ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

M A Buchanan

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

REVISTA DE ESPAÑA.

REVISTA

DE ESPAÑA.

TERCER AÑO.

TOMO XV.

MADRID,

REDACCION Y ADMINISTRACION, Paseo del Prado, 22. | TIPOGRAFIA DE GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.

1870.

46 2910
6. 47

AP
60
R4
t.15

CASTELLO BRANCO.

O observador penetrante da sociedade portugueza contemporanea, o pintor tantas vezes inspirado das virtudes modestas, que a ennobrecem, ou dos vicios e ruins paixões, de que ella adoece no meio das pompas luxosas do seu cortejo, o auctor de tantos quadros notaveis pela correcçao e verdade das figuras, paineis que podiam ser firmados por grandes mestres estrangeiros, não deve a sua realesa, senão á si mesmo, senão á Deus, que o prendou de dotes privilegiados, senão a perseverança, mae de todos os prodigios.

L. A. Rebello da Silva.—*Revista contemporanea.*—Anno 4.°

—

E Camilo Castello Branco uma das mais fecundas e originaes intelligencias da nossa litteratura contemporanea.

Luciano Cordeiro. — *Livro de critica*, pàgina 224.

—

Camilo Castello Branco nada pede ao estrangeiro, e reduz-se unicamente a copiar os typos, os costumes e o viver da sua terra.

Ernesto Biester.—*Cronica litteraria* de la Revista.—31 de Diciembre de 1861.

—

En un libro de crítica literaria, que se titula *O Aristarco portuguez*, hemos leido hace tiempo las siguientes palabras:

«¿Quién no conoce á Camilo Castello Branco, al hombre de los »setenta y tantos libros, al escritor de admirable estilo, al drama»turgo, al poeta, al teólogo, al político, al novelista y hacedor de »sátiras? Nádie: lo aseguramos.» (1)

Este párrafo laudatorio podria muy bien servir de epígrafe para el presente artículo, sin más variantes que la supresion de un adverbio y la adicion de otro: bastaria suprimir el adverbio *no*, y adicionar el adverbio *aquí*, en esta forma:

(1) *O Aristarco portuguez.* Coimbra, 1868, pág. 15.

«¿Quién.... conoce *aquí* á Camilo Castello Branco, al hombre de »los setenta y tantos libros, al escritor de admirable estilo, al dra- «maturgo, al poeta, al teólogo, al político, al novelista y hacedor »de sátiras? Nádie: lo aseguramos.»

En efecto; aquí nádie conoce á Castello Branco como dramaturgo, ni como poeta, ni como teólogo, ni como político, ni como novelista, ni como nada. Y sin embargo, ese literato, inferior por sus versos á Zorrilla, por sus comedias á Breton de los Herreros y por su ingenio satírico á Mariano José de Larra, es el primer novelista contemporáneo de la Península ibérica. ¡Ah! Si tuviese por pátria á la Francia, á la Inglaterra ó á la Alemania, sería tan celebrado, de seguro, y con tan justos títulos, cuando ménos, como Balzac, como Cárlos Dickens y como Roberto Auerbach; pero ha nacido allá donde el Tajo confunde sus aguas con las del Océano, y sus excelentes obras no traspasan las reducidas fronteras de la Monarquía de Alfonso Enriquez, como no sea para circular por el atrasado Imperio del Brasil. ¡Triste condicion la de los escritores lusitanos, condenados desde la estéril segregacion de 1640 á permanecer más oscurecidos é ignorados en medio del continente, que si habitasen una apartada region del Asia! (1) ¡Triste condicion la de los pueblos español y portugues, tan unidos por la voluntad de la Providencia, y tan separados por las preocupaciones tradicionales de sus indolentes moradores!

¿Quién es responsable de este aislamiento absoluto? Ellos y nosotros: ellos, que, vertiendo al idioma lusitano, con atancsa diligencia, todas las producciones selectas que ven la luz en Francia, en Inglaterra y en Italia, rechazan sistemáticamente, con pueril tenacidad y como peligroso contrabando, todo lo que procede de las imprentas de España: nosotros, que, aun prescindiendo de las razones históricas, geográficas, políticas, económicas y sociales que nos aconsejan la más estrecha alianza con el vecino reino, debiéramos estudiarle detenida y concienzudamente por su importancia intrínseca; y que, sin embargo, miéntras damos un lugar prefe-

(1) En los tiempos de Cervántes era tan popular en España el idioma portugues, que se representaban en nuestros teatros comedias portuguesas. «Traemos estudiãdas dos eglogas, una del famoso poeta Garcilaso, i otra del «excelentisimo Camões en su misma lengua portuguesa, los cuales hasta ahora «no hemos representado.»—*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edicion de Argamasilla de Alba, tom. IV, pág. 174.

rente en nuestras bibliotecas particulares á *I promessi spossi*, del italiano Manzoni; á *Nuestra Señora*, del frances Víctor Hugo; á *Pickhevick*, del inglés Dickens; y á las *Historias extraordinarias*, del norte-americano Edgard Poe, no tenemos la menor noticia del primoroso libro *Onde esta a felicidade*, del portugues Castello Branco. ¿Hay algo que justifique, ó que disculpe siquiera, esta lamentable indiferencia? ¿Presenta, acaso, ninguna nacion europea un número mayor de inteligencias superiores, atendida la proporcion estadística de los habitantes? ¿Conoceis algun Estado que, relativamente á su poblacion, ofrezca una suma más respetable de eminencias científicas y literarias? Ese pueblo, extraño para nosotros, tiene sus historiadores, sus poetas, sus novelistas, sus filósofos, sus oradores y sus artistas de primer órden: Fr. Luis dos Anjos (1), Manuel Ayres de Azebedo (2), Antonio Macedo (3) y Fr. Juan de San Pedro, bajo el seudónimo de Froes Perim (4), han recopilado curiosas noticias sobre las portuguesas ilustres (5); pero aquí no nos acomodamos á considerar el Portugal como nacion

---

(1) *Jardim de Portugal de mulheres illustres em santidade.*—Coimbra, 1626.

(2) *Portugal illustrado pelo sexo femenino.*—Breve catalogo de muchas heroinas portuguesas que florecieron en santidad, letras y armas.—Lisboa, 1734.

(3) *Tratado das senhoras mais devotas e nomeadas em Portugal.*—Este tratado no se ha impreso, y se halla entre las obras de este jesuita en la biblioteca lusitana del Padre Francisco da Cruz, segun leemos en Damiam Froes Perim.

(4) *Theatro heroino, abcedario historico e catalogo das mulheres illustres em armas, letras, acçoes heroicas, e artes liberaes, por Damiam de Froes Perim.*—Lisboa, 1736.

(5) Entre las heroinas citadas por Froes Perim, figuran Antonia Rodriguez, Catania, Deonadeo Martins, Elena Peres, Jerónima de Moraes, Isabel de Castro, Juana da Silva, Jerónima de Mendes, Leonor Lopes de Fonseca, Brites de Almeida, con otras tres que se hicieron célebres en Aljubarrota; Isabel da Veiga, y otras várias que se distinguieron en el famoso cerco de Dio: como poetisas menciona á Margarita de Castro, Isabel Correa, Sor María de Jesus, Mónica Joaquina, María de Mezquita Pimentel, Paula Vicente. Paula de Sá, Rosa Soares, Violante de Ceo, Elena de Tavares, Angela de Azebedo, Guiomar do Deserto, é Isabel Senhorinha da Silva: como escritoras en prosa y verso, enumera á Antonia de San Caetano, Bernarda Ferreira, Condesa de Ericeira, Condesa de Atouguia, y Sor María do Ceo: como escritoras religiosas y ascéticas, designa á Beatriz da Silva, Duquesa de Aveiro, Brites de Sousa, Sor María Magdalena, la Infanta Doña Catalina: conmemora como prosistas, á Mariana de Abreu y Mariana de Luna. Habla además de Arcángela Josefa de Sousa, que tradujo al portugues las obras de Góngora; de Ana de Noronha, cronista, de la Condesa de Vidigueira, que escribió un libro de caballerías, y de las pintoras María da Cruz y Teodora María.

independiente y con existencia propia, sino como provincia rebelde, desprendida de nuestra Monarquía por la inhabilidad y la imprevision de los Ministros de Felipe IV. ¡Qué error! Un país que posee su literatura, su historia, sus tradiciones, sus recuerdos de gloria y sus genios populares, puede vivir por sí mismo. La lengua es el signo más característico de toda nacionalidad; y la lengua flexible, dulce, clara, precisa, onomatópica y abundante de Juan de Barros, de Fr. Luis de Sousa, y de Camões, no perecerá.

Se ha pretendido tambien rebajar á los ingenios portugueses de nuestros dias, comparándolos con los de épocas anteriores. El Vizconde de Juromenha, legitimista fogoso, ha publicado recientemente y con motivo de la apertura del itsmo de Suez, un erudito opúsculo en el que, suponiendo que su nacion ha caido en la más lastimosa decadencia por efecto del liberalismo, afirma que la literatura lusitana del siglo pasado y del primer tercio del actual aventaja á la presente (1). Para refutar esta aseveracion equivocada bastan dos palabras. En Portugal no existia el teatro ántes de Almeida Garrett, ni existia la historia ántes de Herculano, ni existia la novela de costumbres ántes de Castello Branco.

Se nota ahora, es verdad, en los escritores lisbonenses, generalmente hablando, cierto espíritu enciclopedista, un tanto atrevido y libre. Apénas se habria dado á la estampa uno sólo de los tomos de poesías posteriores á 1820, si hubieran sido sometidos á la censura de aquellos teólogos que comenzaban así sus informes: «No hemos hallado nada contra nuestra fe y buenas costumbres.» Pero ¿es este un juicio peculiar y exclusivo del período que atravesamos? No hay para qué recordar la torpe licencia de aquellos antiguos tiempos que echan de ménos los tradicionalistas (2); y en

(1) "No puede dejar de confesarse que hay mucha literatura de lente-"juela, y que en duelo el siglo presente será vencido por el pasado y por el "primer tercio del actual." *O isthmo de Suez e os portuguezes, pelo Vizconde de Juromenha.* Lisboa, 1870, pág. 6.

(2) As freiras de Santa Clara
quando não resam no cõro
dizem umas para as outras
ah, se me não caso morro.
As freiras de Santa Clara
quando não rezam o terço
dizem umas para as outras
ah, se não caso endoideço.

cuanto á los poemas de los nuevos Arcades, donde abundan las frases de mal gusto y las expresiones obscenas, no dirémos que deba hacerse con ellos lo que hicieron el cura, el ama y Maese Nicolás en el aposento del Ingenioso Hidalgo de la Mancha con *las Sergas de Esplandian*, con *Amadis de Grecia*, con *Florismarte de Hircania* y con otros libros de caballerías; pero sí que, ántes de leerlos, conviene rociar sus páginas con cloruro de cal, para fumigar la atmósfera. Es lo cierto, que el Vizconde de Juromenha no se atreveria á emitir una opinion tan errónea si hubiese crítica en

---

Cancion popular comprendida en el *Cancioneiro e romanceiro geral portuguez*, de Teofilo Braga. Tomo II, pág. 170.

A freira arrependida.

Não sei para que nasci
de tão bello parecer;
formosa e gentil mulher
e tão bonita.
Metteram-me a capuchinha
cá n' este pobre mosteiro
meus pecados

. . . . . .

La juncto ao dormitorio
onde dormen as mais madres
suspiram por seculares
ca entre nos.
Em ver que que dormimos sos
me causa grande agonia,
pois la pela noite fria
ja me alevanto.

. . . . . .

Rezando as horas devinas
la por esos corredores
me lembram os meus amores
por quem morro.
Toda a minha cella corro
indo-me ver ao espelho,
meu rosto ja vexo velho,
sem que eu queira.
e a abadesa ligeira
como malvada leõa
manda que tanjam a nôa
e a disciplina
Triste, coitada, mofina
que estas metida entre redes
entre tão fortes paredes
em casa escura, etc.

Cancioneiro e romanceiro geral, por Theophilo Braga, Tomo III, página 161.

Portugal: pero ni la ha habido ni la hay, salvando excepciones muy contados, como Lopes de Mendonça y Revello da Silva; y lo vamos á comprobar con algunas autoridades nada sospechosas.

«Falta, sobre tudo em Portugal, una apreciacião recta e uma critica severa.»

MENDES LEAL.—*Prólogo a un sonho da vida.*

«Se o apresentasse em publico... saltavam-me todos os criticos de »folego curto e letras rabudas, que ha n'esta bemaventurada terra »de Portugal, e eu pello-me dos sobredictos criticos; porque de mais »sciencia, tacto e agudesa não creio que se achem em todo o mun»de sem exceptuar o reino do Pegú, a Polignesia e a Cafraria.»

HERCULANO.—*O monge do Cister*, tomo I, pág. 188

«Tratase de critica. Tratase de una coisa muito fallada e pouco »sabida, muito pedida e pouco aceita. Todos lhe lamentam a falta, »todos lhe reconhecem a necesidade, todos a apedrejam na appa»rição.»

LUCIANO CORDEIRO.—*Livro de critica arte e litteratura d'hoje pág.* 21.

«Os nossos criticos não saven elogiar sem favor, nem censurar »sem paixão.»

O Aristarco portuguez.—Coimbra, 1868, pág. 8.

Y he aqui expuesto incidentalmente el pensamiento que ha inspirado estos estudios. Hemos adoptado la forma que más convenia á nuestro propósito. Si en vez de redactar una obra didáctica delineamos semblanzas, es porque así como se puede enseñar fisiología á la cabecera de los enfermos, así pueden darse lecciones de crítica, ejerciendo al lado de cada escritor esta especie de clínica literaria.

Terminada esta digresion, sigamos nuestra tarea.

Camilo Castello Branco nació en Lisboa el 10 de Marzo de 1826. Su juventud ha sido poco venturosa. Fruto desgraciado de un enlace semejante al que unió á los padres de Emilio Girardin, vióse privado en sus primeros años de las tiernas afecciones que forman y suavizan el carácter del hombre.

Minha mae quando creança
não te vi ja sobre a terra,

procurava-te amor e esperança
nas estrellas d'outro ceo.
Com que fe eu te pedia
um carinho maternal
pois na terra eu não sabia
quanto um doce afago val!
E eram mudas as estrellas
mudo o altar e a solidão,
mas eu tinha imagens bellas
tão formosas... mais que ellas
no meu ceo do coraçao (1).

Este incidente doloroso, que tan aciaga influencia ha debido ejercer en su vida moral, explica tal vez el triste orígen de la prision de año y medio que ha sufrido más tarde en la carcel de Oporto, en el mismo calabozo donde pasó el consejero Gravito sus últimas horas ántes de salir para la horca, y donde estuvo detenido por la junta revolucionaria el ilustre Duque da Terceira. No revelarémos nosotros el motivo inmediato de tamaña desventura, pero nos cumple consignar aquí, para evitar suposiciones malévolas, que no le ha hecho perder la estimacion pública, pues fué entónces visitado por Julio César Machado, el folletinista de alma nobilísima, por Antonio Rodriguez Sampayo, el publicista eminente y por José Estebão, el Demóstenes portugues.

Siendo estos artículos puramente literarios, no hemos de juzgarle bajo el punto de vista político. ¿Qué nos importa que haya tenido en sus mocedades, como Victor Hugo y como Lamartine, ciertas inclinaciones legitimistas? Además, desde que se ha retirado del *Nacional*, donde sostuvo una campaña poco venturosa, no pertenece á ningun partido militante. Si perteneciese, si en vez de confeccionar libros amenos hubiese confeccionado una mayoría segura en cualquier círculo electoral del reino, no habrian recibido sus oficiosos amigos tan repetidos desaires cuando, al verle agobiado con un trabajo incesante y mal retribuido, solicitaron plaza para él en una oficina del Estado.

Tampoco le hemos de juzgar como teólogo. Ni lo permite la índole de este libro, ni nos place enredarnos en cuestiones tan hondas é intrincadas. Por otra parte, confesamos nuestra insuficiencia para escribir á la usanza teológica; y no es que no conozcamos las

(1) *Um libro*, 2.ª edicion.—Porto, 1868.

obras de los maestros, es que no sabemos imitarlas. Sobre la mesa tenemos el juicio de Voltaire por el R. P. Fr. Fernando de Ceballos, que es un modelo en su clase. Hé aquí cómo refiere el nacimiento del filósofo de Ferney:

«Este Voltaire ha sido hombre de dos bautismos: el primero, »luego que nació en 20 de Febrero de 1694, y el segundo, cuando »marca el cura. Parece que nació tan débil, lacio y flojo como las »víboras y las lombrices (1).»

Ni el mismo Nordberg ha sido tan perspicaz. Trasladarémos ahora su retrato, y digan las personas imparciales, los que hayan estudiado la vida y las lucubraciones del autor del *Edipo*, si han visto nada más parecido, más acabado, ni más perfecto. Imagina el reverendo biógrafo que se le presenta el espectro de Voltaire y lo describe de esta manera delicada, imparcial, elegante y bíblica:

«Era un sátiro grande, todo nervioso y cubierto de una piel sudo»sa; pero sudaba una tinta hedionda y corrosiva, de modo que »hervia y deshacia las piedras sobre que caia alguna gota. La ca»beza era de una serpiente con orejas, y por ellas respiraba humo »como por las narices y por la boca, que tenia armada de dos hi»leras de colmillos. La negra piel no impedia conocer las comisu»ras del duro cráneo. En su frente tenia dos cuernos de color y tes»tura de hierro, y entre sus arrugas se entrevian impresas con una »marca de fuego estas palabras abreviadas, *Ecrassez l'infame*. »De buitre le quedaron las corvas garras, llenas de sangre y car»ne repodrida. Desde el vientre hasta las rodillas se cubria de lá»minas ó escamas de lepra entre las cuales hervia un prurito que »le hacía despedazarse. Desde la nuca hasta el fin de un largo ra»bo, con que daba vueltas á su cuerpo, estaba armado con una hi»lera de espinas corvas o de agudas uñas. De las espaldillas le na»cian unas aletas de membrana ó de costillas y cuero que le daban »un vuelo torpe y trémulo como el de un dragon. Agitaban su cuerpo cuatro demonios que le habian sido siempre familiares, y »eran la impiedad, la lujuria, la calumnia y la avaricia (2).»

---

(1) *Juicio final de Voltaire con su historia civil y literaria y el resultado de su filosofía en la funesta revolucion de Europa. Escrito por el viajero de Lemnos (el R. P. Fr. Fernando Ceballos). La da á luz D. Leon Carbonero y Sol, antiguo director de la Cruz.* Sevilla 1856.—Tomo 1.º pág. 53.

(2) El mismo tomo, pág. 37.

¿Habrá alguno tan ignorante que desconozca en estas soberbias pinceladas á Voltaire? Esto es retratar. Después de haber examinado esa fotografía, se nos caen de las manos todas las biografías y semblanzas que han sido lanzadas á los cuatro vientos de la publicidad desde Plutarco hasta Cormenin.

Careciendo de fuerzas para seguir el alto ejemplo de Fr. Fernando de Ceballos, nos limitarémos á fijar hechos, sin comentario alguno. Campeon Castello Branco en su edad juvenil del catolicismo, ha reprobado más tarde con desusada severidad en *a bruxã do monte Cordoba*, los abusos de la confesion y los excesos del fanatismo. Después de haber vertido al portugues vários libros religiosos extranjeros, pintó con irreverente franqueza en *Amor de perdição* las costumbres livianas de las órdenes monásticas. Para que nuestros lectores puedan apreciar su ortodoxia, transcribirémos algunos pensamientos, entresacados de sus novelas, advirtiendo, sin embargo, porque así lo exije la buena fé, que no todos los ha expresado por cuenta propia, pues los hay entre ellos que están puestos en boca de personajes de su invencion.

«¡Como has sido ultrajado, mártir del Gólgota, por los que sir»ven el aceite de la lámpara de tu templo hace diezinueve si»glos (1)!»

«Quise ser sacerdote y lo sería, si hubiese nacido en la escuela »luterana, donde el sacerdote no sufre la cruelísima amputacion »de la vida del alma en el comercio del mundo (2).»

«Las hermanas del general hablaban mucho de virtud y de hon»ra. Quien no las conociese, añadiria dos mártires á las once mil »vírgenes conocidas, de las que dudó Byron y en las que no me »siento propenso á creer (3).»

«Como saciaban la sed de sangre con el fervor beatífico de sus »creencias, lo explican mejor millares de hechos semejantes que »acompañan siempre la edificante historia de la integridad reli»giosa, tanto en Roma como en Constantinopla (4).»

---

(1) *Onde esta a felicidade?* Prólogo.
(2) *Scenas contemporaneas*, pág. 142.
(3) *Id.*, pág. 36.
(4) *Id.*, pág. 145.

«Era una de estas desgraciadas que la gente ve caer, caer, caer »á despecho de todos los estorbos. ¿Qué dios ó qué demonio im»prime el movimiento en estas máquinas sin corazon ni cabeza? »No se sabe. La verdad es que yo siento voluntad de llorar esas »víctimas ciegas de un destino bárbaro, y tengo furias de blas»femo cuando me dicen que Dios se entromete en las cosas de este »mundo (1).»

Escasa reputacion ha alcanzado Castello Branco con sus producciones dramáticas. Llevan todas ellas el sello de la nacionalidad lusitana, y este es el mérito principal del *Morgado de Fafe em Lisboa*, cuyo protagonista está descrito con maestría. Respecto á su fin moral, no nos permitirémos grandes elogios. Sirva de ejemplo el drama *Pathologia do casamento*. Julia y Leocadia aman á Jorge, que corresponde simultáneamente al cariño de ámbas, aunque prefiere á la primera, solicitada tambien por Álvaro. Después de algunas escenas de celos y desconfianzas se casan, en parte por amor y en parte por despecho, Leocadia con Jorge y Julia con Álvaro. Pasada la luna de miel, y cansados los dos maridos de sus caras mitades, hacen un cambio amistoso, cediéndoselas recíprocamente. Oigamos los términos del contrato.

«*Jorge.*—No prolonguemos esta situacion. V. va á pedirme una »satisfaccion.

»*Alvaro.*— Está V. engañado. No tengo por qué pedir á V. sa»tisfaccion.... Hace V. bien.... No le disgustan los ojos de aquella »señora y pone V. sus medios. Todo es natural.... ¿Qué satisfac»cion le he de pedir?

»*Jorge.*—Acabemos, D. Álvaro....

»*Alvaro.*—Tranquilícese V. caballero. Aun no he dicho más que »la mitad. Visto que á V. le gustan los ojos de mi mujer, yo apro»vecho la ocasion para decirle que no me disgustan los ojos de la »suya.... Visto que nos encontramos en el mercado, permutarémos »los ojos de nuestras caras mujeres. V. se queda con los ojos de la »mia y yo con los ojos de la suya. Me parece que va V. á pedirme »una satisfaccion....

»*Jorge.*—No sé con qué intencion me hace V. esa propuesta....

(1) *Scenas contemporaneas*, pág. 37.

»*Alvaro.*—Con la mejor intencion del mundo.... Es un contrato »bilateral.... sin testigos. Yo consiento que V. frecuente mi casa »para que estudie bien los ojos de mi mujer y V. me proporciona »ocasion de estudiar los ojos de la suya.

»*Jorge.*—Y si la sociedad sospecha este convenio?

»*Alvaro.*—Déjese V. de eso. La sociedad nos ha dado diplomas »de hombres de bien. Creo que ámbos tenemos la discrecion nece»saria para desempeñar nuestros papeles sin ruido. Ahora voy á »tomar el baño. Esta noche lo espero á V. con su señora en mi »casa, á tomar una taza de té. (Estrechándole la mano.) *Au revoir*, »mi caro amigo.»

Líbrenos Dios de asegurar que este pacto repugnante es inverosímil: lo que afirmamos es que lastima con demasiada impudencia todos los sentimientos de honra y de dignidad para que pueda representarse ante un público culto y noble.

La musa de Castello Branco es monótonamente sentimental, lacrimosa y tétrica.

Melancolia, bem hajas!
Desce, desce sobre a lyra
o teu crepe luctuoso.

Sus rimas lánguidas é incorrectas, no merecen encomio. Han sido, no obstante, excesivamente severos con él los que han dicho que carece por completo de dotes poéticas, y que ni aun sabe medir los versos. Para contradecir este apasionado aserto copiarémos *A mensageira do ceo* que es una balada, rica de ternura y de lirismo.

Estavam sobre relvas matiçadas
de candidas boninas,
tres formosas meninas
brincando com as flores.
A mais nova das tres, inda creancinha,
batia as palmas fitando
o ceo, onde ia voejando
e chilreando a provida andorinha.
"Ai! quem me dera ir assim voando
»como aquella avecinha!„
Ficou suspirando,
as nuvens olhando,

onde ia voejando
a leve andorinha.
Tão alta voejava,
tão longe a avesinha!
e a linda creansinha
por ella chamava
e ella não vinha!
E desde aquella hora uma tristeza
impropia de tao branda natureza,
as faces desmaiou da creancinha.
De vez em quando á mae com voz maviosa
á mae que a tinha em brazos lagrimosa,
pergunta se voltara a avecinha.
—Todas voltaram—lhe dizia a mae—"A minha
"não e nenhuma! a andorinha
"que eu vi tão alta ir não torno a vel-a!"
E a mae quantas passavam lhe mostrava,
dizendo: la vem ella!—e a creança olhava
e dizia a chorar: "não e aquella!"
Assim n'este ancear se foi finando
em quatro primaveras, esperando,
a avecinha!
Morreu ao quinto abril, esperando ainda.
Ja perto de morrer fez-se tão linda
como flor a quem Deus dissese: "es minha!"
O que isto foi..... quem save?!
em vida e morte a veus
que á mão do homen não cabe
erguer tentando a Deus.
Mas ver a creancinha
morrer d'aquelle amor!....
eu creio que a andorinha
foi anjo do senhor.

En sus novelas encontramos algunas composiciones satíricas que no le colocan ciertamente á la altura de Nicolás Tolentino ni de Antonio Diniz.

Eu ja fui rapaz do tom
e com pesar de o ter sido,
resolvi fazer-me bom;
e ao mundo que hei offendido,
em paga faço-lhe um dom.
Dos meus collegas, e certo,
que os artificios traidores
heide mostrar bem de perto,

Quero por ão descoberto
seus planos seductores.
Quando á victima incauta,
(quero dizer a doncella)
chilreando em tom de flauta,
lança á noite da janella
cartinha escripta por pauta.
O poetastro entra em casa,
devora, soffrego, a empada,
e senão é mare vasa
de inspiração desgrenhada,
vate do estro a negra aza.
O que primeiro lhe acode
não é o ardente dizer,
que pintal-o melhor pode;
primeiro cumpre saver
se ha de ser canção ou ode.
Vae, depois, pondo em fileira
as regrinhas desazadas;
arrepella a cabelleira,
roe as unhas mal lavadas,
e, por fin, rebenta asneira.
Borra a pintura que fez,
e versos novos maquina;
recorda d'outros que, ha um mez,
mandara a certa menina,
que com elle, amava trez.
Nova edição incorrecta
da cataplasma damninha
impinge ó vèsgo poeta
á analphabeta visinha
que engole os versos e a peta.
Engole digo, pois quando
ella, com custo, os soletra,
parece estal-os mascando;
e admira não ver *setra*
com dois corações sangrando!
Repete os versos a amiga
que diz nunca os vira eguaes;
mas não savendo o que diga
em resposta a mimos taes,
manda-lhe velha cantiga.
Os diques da inspiração
rompem-se al fim em torrentes
de fructos de maldição;
não são trovas, são candentes
jorros de accêso vulcão.

Ja começa a dar gemidos
a imprensa pouco honesta
com os versos nunca lidos,
que o leitor grave detesta
porque os fins ja são savidos.
E não leva a velha a mal
que o mundo diga que e ella
quem figura no jornal,
disfarçada em nivea estrella
com promessas de immortal.
A inveja de certa amiga
nem isto quer que se esconda;
e, soverba, se impertiga,
vendo-se em letra redonda
do pae cruel inimiga.
Ja o vate eximio abarca
um pensamento profundo,
vem-lhe á memoria Petrarcha,
que deixou cá n'este mundo
Laura zombando da parca.
E est'outra Laura tão sua,
quer fazel-a eterna em verso;
e, quando pensa que actua
na admiração do universo,
não no conhecem na rua.
Trinta cadernos aprompta
de pavorosa escriptura,
tira prospectos por conta
de equivoca assignatura,
que por um terço desconta.
Sae a lume e em trovas morre.
filho da asneira e do amor
livro que insomnias socorre:
mas quem risco amargo corre
é decerto o impressor.
Entretanto, a virgem meiga,
os versinhos, doce prenda,
cada vez mais n'alma arreiga,
a tempo la que na tenda
se embrulha n'elles manteiga.
Vive na fe, todavia,
que do amante a loquaz fama,
que até aos astros a envia,
ja seu talento proclama
muito alem da freguezia.
E convicto d'isto assim,
tendo-se em conta de eterna,

julga ser mister ruim,
coser ceroula paterna
ou remendar o carpim.
Infeliz pae! que afflicções
não tens tu de amargurar
ao tirar dos gavetões
a pinga sem calcanhar,
e a camissa sem botões!
Em velhice desditosa
doe-me ao verte submerso!
em quanto a filha radiosa
se fez immortal en verso,
morres tu em chilra prosa.
....
Mas, o patusca poesia,
es varinha de condão,
es no deserto agua fria,
es taboa de salvação,
es phanal que á patria guia!
Sem ti, doce companheira,
amiga, socia fiel,
a fabrica da Abelheira
não venderia o papel,
nem tenia premio a asneira.
Nem seria a mulher rôla,
nem celeste o seu sorriso,
tal vez fosse menos tôla,
e tivesse mais juiso;
mas isto de que consola?

No compararémos el siguiente soneto con los admirables de Barbosa du Bocage; sin embargo, es indudable que su autor lo ha rebajado en demasía al decir, con modestia excesiva, que tiene un gran merecimiento, el de ser el último.

Abri meu coraçao ás mil chimeras;
encheram-m'o de fel, e tedio e lama,
tive, em paga do amor, riso que imfama....
ai! pobre coraçao! quão tolo eras!
Dobrei-me da rasão ás leis austeras;
quiz moldar-me ao viver que o mundo ama:
o escarneo, a detracção me suja a fama,
e a lei me pune as intenções severas.
Cabeça e coração senti sem vida.
No estomago busquei uma alma nova

*

e encontral-a pensei.... Crença perdida!
Mulher aos pes o coração me sova;
foge ao mundo a rasão espavorida;
e por muito comer eu desço á cova!

Hay una novela histórica de Castello Branco, *O Judeu*; pero no es en ese género, teniendo por rival poderoso á Herculano, al inmortal cantor del *Eurico*, donde se ha distinguido, sino en sus cuadros de actualidad. El ha sido para la novela de costumbres, cuando ménos, lo que ha sido el Vizconde de Almeida Garrett para el drama. No tan sólo supera en ese ramo de la literatura á todos los que le precedieron, sino á sus contemporáneos. Anteriormente no hubo novela de costumbres en Portugal, á no ser que se tenga por tal el libro de Fernandes Trancoso, titulado *Contos e Historias de proveito e exemplo* (1), ó la *historia dos tres corcovados de Setuval* (2). Inútil nos parece citar las novelas pastoriles, parte en prosa y parte en verso, que á principios del siglo XVI escribió Francisco Rodrigues Lobo, en las que la accion tiene tal falta de unidad, que así pueden darse por terminadas al fin del primer capítulo, como al concluir el último. Tampoco necesitamos mencionar las que nádie recuerda ya de Pereira Aragão (3), Elías Fonse-

(1) Entre os contos populares cita-se tambem o libro de Gonçalo Fernandes Trancoso, intitulado *Contos e historias de proveito e egemplo*: não se pode aceitar o que diz Manuel de Faria e Sousa (*Europa portugueza*, tomo III, parte 4.ª, cap. VIII, núm. 87.) ser este o primeiro libro de novellas que saiu a luz em Hespanha, porque muitos contos são tirados das collecçoes primitivas, e alguns até das mais conhecidas como do *Decameron de Bocacio, etc. Cancioneiro e romanceiro geral portuguez, por Theophilo Braga.* Lisboa, 1867, tomo I, pág. 195.

(2) *A historia dos tres corcovados de Setuval* e una imitaçao do conto popular frances, *Histoire des trois bossus de Besançon*, ja variante dos que vem nos contos tartaros de Gueullete, e derivado da *Notte piaccevoli* de Strepavole. *Cancioneiro de Theophilo Braga*, tomo I, pág. 197.

(3) Antonio Pereira Aragão nació en la provincia de Tras os Montes, en 1801, y murió en 11 de Octubre de 1857. Fué doctor en matemáticas por la Universidad de Paris, profesor de humanidades, director de vários colegios de educacion en Lisboa, y escribano del Tribunal de la Relacion en la misma corte. Escribió *Elisa ou a portugueza virtuosa*, novela original. Lisboa, 84 4.—*A orph portugueza e o seu tutor ou as duas ultimas venerandas victimas da usurpaçao dos Filipes*, novela original. Lisboa, 1847.—*Virginia, Alfonso e Corinna*, ou o mais nobre sacrificio do coração de duas virgens, novela. Lisboa, 1853.—Se han publicado además del mismo autor "O cego da fonte da Santa Catharina", drama original. Lisboa, 1842.—"Don Pedro

ca (1), Moraes Sarmento (2), y Botello de Lacerda (3). Castello Branco está hoy al frente de esa pleyada de novelistas, en que figuran, con más ó ménos merecimientos, Teixeira Vasconcellos (4),

---

duque de Coimbra», drama original. Lisboa, 1853.—"A rainha Santa Isabel e d-Diniz», drama original. Lisboa, 1854.—"Alfonso e Virginia», drama original. Lisboa, 1854.—"As duas orphans portuguezas», drama original. Lisboa, 1857.—*Episodio pela chorada falta do Exmo. Sr. Antonio Lopes Vieira de Castro.* Lisboa, 1842.—*Ode dedicada a Sua Santidade Pio IX.* Lisboa, 1848.—*Ode dedicada a el Rei o Sr. D. Fernando II.* Lisboa, 1850.—*Ode dedicada á sua magestade a Rainha.* Lisboa, 1852.—*As meditações*, poema didascalico. Lisboa, 1851.—*Arte latina mnemotechnica para aprender a declinar e conjugar rapidamente e a traducir com facilidade.* Lisboa, 1852.—*Ode ao senhor D. Pedro V*, 1854.—*Statutos do Instituto litterario e scientifico.* Lisboa, 1856. Fué colaborador de los periódicos *Diario do goberno*, *Vigilia do Capitolio*, *Diario do Povo*, *Revoluçao de Septembro*, *Nacional*, *Patriota*, *Portuguez*, *etc.*

(1) Elias Antonio de Fonseca nació en 1779, y murió en 1833. Fué maestro de primeras letras en Lisboa. Publicó "Lizarda ou a dama infeliz», novela. Lisboa, 1806.—"Dorotea», novela. Lisboa, 1816.—"Jaquelina», novela. Lisboa, 1817.—"Guillerme ou a esposa encontrada», novela. Lisboa, 1818.—"Sofia ou o consorcio violentado». Lisboa, 1818.—»Armindo e Theotonio ou a consorte fiel.» Lisboa, 1819.—"A força de uma paixão, historia verdadeira». Lisboa, 1840. Escribió además *Versos de Eliano Aonio*. Lisboa, 1806.—*Obras poeticas de Beliza*, publicadas por Eliano Aonio. Lisboa, 1825.—*Elegia a morte de sua magestade o senhor D. Jo˜o VI.* Lisboa, 1826. Dice de este escritor Inocencio da Silva que fué ménos que mediano, y que sólo escribió para ganar algunos maravedises.

(2) Alejandro Tomas de Moraes Sarmento, primer Vizconde del Baño, Comendador de la Concepcion, gran cruz de Isabel la Católica, Par del reino, Consejero del Supremo Tribunal de Justicia, Diputado á Córtes, etc. Nació en Bahia en 11 de Abril de 1876, y murió en 16 de Abril de 1840. Escribió "Russell de Alburquerque, conto moral por um portuguez». Cintra, 1833. Publicó además *Apontamentos geraes para um systema provisional de publica administraç˜o, logo que seja restaurada a legitima autoridade da rainha D. Maria II.* Lisboa, 1833.

(3) Joaquin Maria Botelho de Lacerda Villaça Bacellar, abogado, nació en Villa Real, y murió en Oporto en 1858. Publicó una novela en dos tomos, "Merlinda, duquesa de Arnau». Porto, 1848.

(4) Antonio Augusto Teixeira de Vasconcellos, Comendador de Cárlos III y de Isabel la Católica, y Diputado á Córtes, nació en Loura. Publicó "Roberto Valença», novela. Lisboa, 1846. Escribió además *Sucinta narração das circunstancias que precederam* e seguiram a união dos realistas insurgentes com a junta do Porto. Lisboa, 1848.—*Oraçao funebre recitada nas exequias do I. e E. Sr. Pedro Alexandrino de Cunha.* Loanda, 1851.—*Carta acerca do trafico dos escravos na provincia d'Angolas.* Lisboa, 1853.—*Les contemporains*

Coelho Lousada (1), Couto Monteiro (2), Eduardo de Faria (3), Eduardo Tavares (4), Sousa Telles (5), Bordalo, Nogeira de Bar-

---

portugais-espagnol e brasiliens. Paris, 1859. Fué redactor principal de *L'Illustraç˜o* y del *Arauto*, y colaborador de la *Chronica litteraria da nova Academia dramatica de Coimbra.*

(1) Antonio Coelho Lousada, nació en Oporto en 4 de Noviembre de 1828. Escribió *A rua escura, tradição portuense.* Porto, 1857.—*Na consciencia*, novela. Porto, 1857.—*A caldeira de Pedro Botelho*, novela. Fué colaborador de la *Peninsula* y del *Clamor público*, diarios de Oporto.

(2) Antonio María de Couto Monteiro, juez de derecho, nació en Coimbra en 1821. Publicó *Gonçalo Hermingues o Traga-mouros*, novela. Lisboa, 1842.—*Coimbra, trecho descriptivo.* Lisboa, 1843.—*Saudades da minha infancia.—Ode ao Sr. Antonio Feliciano de Castilho.* Lisboa, 1840.—*Manual do processo eleitoral, ou exposiç˜o systematica da legislaç˜o em vigor sobre as operações de recenseamento e eleições de deputados.* Lisboa, 1844.—*A ponte monumental*, satira politica. Porto, 1847.

(3) Eduardo de Faria, hidalgo de la Casa Real, nació en Lisboa en 1823. Publicó *A estrella brilhante*, novela. Lisboa, 1845.—*A feiticeira do Douro*, novela. Lisboa, 1847. Escribió además *Novo diccionario da lingua portugueza o mais exacto e mais completo de todos os diccionarios ate hoje publicados, contendo todas as vozes da lingua portugueza, antigas ou modernas, com as suas varias acepções accentuadas conforme a melhor pronuncia, etc., seguido de um diccionario de synonimos.* Tercera edicion. Lisboa, 1857. Ha traducido los siguientes libros: *Ruy Braz*, drama de Víctor Hugo. Lisboa, 1840.—*Nossa Senhora de Paris.* Lisboa, 1841.—*O libro azul o a correspondencia* relativa a os negocios de Portugal. Lisboa, 1847.—*O Conde de Monte-Cristo.* Lisboa, 1850.—*As duas Dianas.* Lisboa, 1850.—Biblioteca económica. Comprende veintisiete novelas de vários autores.—*Debates do Parlamento britanico sobre os negocios de Portugal.* Lisboa, 1847.—*Memorias do povo ou historia d'uma familia de propietarios.* Lisboa, 1850.

(4) Eduardo Tavares, nació en Almada en 1832. Escribió *Uma noute de San Jo˜o em Almada*, novela. Lisboa, 1848.—*Enrique e Leonor*, novela. Lisboa, 1855.—*Ouro e crime. Misterios d'uma fortuna ganha no Brazil.* Lisboa, 1855. Escribió tambien *Qual d'elles e mais ladr˜o?* Comedia Lisboa, 1856.—*Ainda os ha*, comedia —*Galeria pittoresca da Camara dos Pares, contendo uma apreciaç˜o imparcial de cada um dos membros da Camara hereditaria.* Lisboa, 1858.—*Galeria parlamentar ou para lamentar de 1858.* Lisboa, 1858.—*Galeria burocratica portugueza.* Fué redactor de los diarios *Almadense, Esperança, Ecco litterario, Campe˜o do Vouga, Aurora, Revista de teatros, etc.*

(5) Juan de Sousa Telles, nació en Lisboa en 16 de Julio de 1826. Publicó *A filha da caridade*, novela. Lisboa, 1845.—*A açuçena*, novela. Lisboa, 1849.—Escribió tambien *Visitas ao horto botanico da schola medico-cirurgica de Lisboa.* Lisboa, 1846.—*Reflexoes acerca da Farmacopea do doutor Agostinho Albaro da Silva.* Lisboa, 1856.—*O cicero da Mouraria, etc.* Lisboa,

ros (1), Santos Lima (2), Arnaldo de Sousa (3), Pinheiro Chagas, Andrade Ferreira (4), César Machado, Ernesto Marecos, Eugenio de Castilho, A. Vidal, Bulhão Pato, Eduardo Coelho, Cárlos Borges (5), Climaco dos Reis (6), Simoes Diaz y Julio Diniz (7).

Si hay en el país vecino un escritor que no se haya formado en ninguna escuela exótica, que no copie ni imite modelos extraños, que comunique á todas sus obras el espíritu de su nacionalidad, ese escritor es Castello Branco. Quien desee conocer á fondo el pueblo lusitano, su modo de ser peculiar, su estado social, sus adelantamientos, sus preocupaciones, sus hábitos y sus vicios, que lea las

---

1856.—*Compendio elementar de botanica.* Lisboa, 1859. Fué colaborador de los periódicos *Esculapio, Boletin de medicina, Jornal de farmacia, etc.*

(1) José Antonio Nogueira de Barros, doctor en medicina y cirugía, exviceconsul de Portugal en Angra, nació en Oeiras el 3 de Enero de 1811. *A sua mulher, episodio de 1828 á 1830*, novela. Rio Janeiro, 1847.—*Mathilde ou o erro reparado.* Rio Janeiro, 1849.—*O sebastianista.* Lisboa, 1856.—*Rachel Baezo, episodio de 1840.* Lisboa, 1857.—*O monge de Olinda*, novela. Pernambucõ, 1859.—*Cartas de Manuel Tagarella.* Pernambuco, 1859. Se han representado los siguientes dramas suyos: "O pirata negro".—"Agonia e conforto".—"Uma entrevista a meia noute".—"Os encantos que o fado tem", y "O caixeiro physionomista".

(2) José Guillermo dos Santos Lima, nació en Lisboa en 22 de Mayo de 1828. Escribió *O renegado*, novela. 1858.—*O ermitão*, novela. Lisboa, 1858.—*Paulina*, novela.—"Era una vez un rey!" comedia. Lisboa, 1854.—"Modesta", drama. Lisboa, 1858.—"Uma mulher por duas horas", sainete. Lisboa, 1854.

(3) Arnaldo de Sousa Dantas da Gama, nació en 1.° de Agosto de 1828. Publicó *O genio do mal*, novela. Porto, 1857. Publicó además *Poesias e contos.* Porto, 1857.

(4) De este autor hemos leido *Santa Catharina de Ribamar y a noite de Santo Antonio* en la coleccion de novelas titulada "Brinde aos senhores assignantes do *Diario de noticias.* Esa coleccion comprende además *Pero Esteves*, por Eduardo Coelho; *Agonias obscuras* y *A feiticeira de Smolensko*, por M. Pinheiro Chagas; *O arraial* y *Galhardo*, por J. C. Machado; *O retrato da ingleza*, por E. A. Vidal; *O parente de cincoenta e tres monarchas*, por Castello Branco; *O amor de um operario* y *O casamento de Manuel Torquato*, por E. Marecos; *O casal da Encosta*, por Bulhao Pato; *As columnas da rua nova*, por Coelho, y *Sinos ao luar* por Eugenio Castilho.

(5) *Eulalia*, novela original. Lisboa, 1868.

(6) *Os homens de bem*, novela. Ponta Delgada, 1848.

(7) *As pupilas do Sr. Rector; Chronica d'aldea.* Porto, 1868. Julio Diniz es sinónimo de Gomes Coelho.—*Uma familia ingleza* y *A morgadinha dos canaviaes.*

novelas de Castello Branco. En los cuadros que salen de su pincel nada hay que no sea portugues: el asunto, la expresion de los personajes, el dibujo, el colorido, el conjunto, los detalles, todo. Es el más portugues entre los literatos portugueses, asemejándosele únicamente, bajo este punto de vista, el poeta popular Luis Augusto Palmeirim.

Ha examinado con diligente y escrupulosa atencion las diversas capas de la sociedad en que vive, principalmente las inferiores. Ha subido á los salones aristocráticos de Lisboa; ha bajado á los calabozos infectos de las cárceles; ha penetrado en los escritorios de los improvisados capitalistas de Oporto, en los viejos castillos de los engreidos hidalgos de provincia, en las humildes chozas de los campesinos, en los dorados gabinetes de los ministros, en las solitarias bohardillas de los cesantes, en las cofradías, en los locutorios y en los talleres; y sus lienzos lo han reflejado todo con la fidelidad de una lámina fotográfiea.

Se le ha acusado, por algun crítico superficial, de esterilidad y monotonía en la creación de los tipos: de que siempre figuran en sus composiciones romancescas el rico brasileño, tosco y cínico; el petimetre disipado, ridículamente jactancioso y poetastro; la mujer, hipócrita é inmoral; y el mayorazgo, labriego y valenton. Cuando esto fuera exacto, que no lo es, no tendria él la culpa de que no ofreciese más variedades la sociedad portuguesa. No negamos que toma frecuentemente por blanco de sus epigramas á los habitantes de Oporto, y con especialidad á los nuevos barones, aristócratas de ayer, que han trocado su humilde condicion de horteras por una categoría nobiliaria; pero esto, si hemos de dar crédito á ciertas noticias que privadamente se nos han comunicado, no es más que la compensacion de desaires sufridos por el autor en la ciudad invicta. El más ardiente de sus apologistas no se atreveria á compararlo con Antinóo, ni por la gallardía de su aspecto, débil y enfermizo, ni por la belleza de su semblante, que desfiguran hondos hoyos de viruelas. Cuéntase, no obstante, que, siendo jóven, habia llegado á adquirir, entre los padres y los maridos, reputacion universal de galanteador peligroso. Hay en su drama *Pathologia do casamento* un Eduardo que todos creen libertino, y á quien, sin embargo, otros calaveras más cautos exceden en versatilidad y en cinismo. Sin haber hecho una sola víctima entre las mujeres cuyo trato frecuenta, la opinion le señala como seductor

inmoral y corrompido. Se nos antoja que Castello Branco se ha retratado en Eduardo. Por esa prevencion, ó por otra análoga, se habian despertado contra él grandes odios, que sólo aguardaban ocasion para manifestarse, y ésta no se ha hecho esperar. Dícese que, habiendo pretendido ingresar en un casino de Oporto, los sócios depositaron en la urna tan crecido número de bolas negras, que le cerraron la entrada. ¡Oh! Si el hecho ha sido cierto, los portuenses deben estar arrepentidos de haber provocado al implacable epigramático, pues éste se ha lanzado con fria y perseverante saña sobre ellos, los ha desnudado de sus oropeles, y los ha expuesto en la picota de sus novelas al desprecio de los hombres honrados, y á la befa, al escarnio y á los silbidos de la maldiciente muchedumbre. Si el hecho ha sido cierto, Castello Branco ha debido saborear hasta saciarse el placer de la venganza. Dejando por un momento su habitual tono irónico, exclama en *Scenas contemporaneas*:

«Me he cansado de oir decir que la segunda ciudad de Portugal »es un enjambre de monederos falsos, de contrabandistas, de mer»caderes de negros, de exportadores de esclavos, y de magistrados »de alquiler. Venalidad, crueldad y latrocinio son los tres ejes »capitales sobre que rueda, en el entender de la crítica mordaz, el »maquinismo social de cien mil almas.»

Novelistas hay que fian el éxito de sus novelas, como Bouchardy el de sus dramas, á la complicacion de los argumentos. Por el contrario, Castello Branco elige un tipo, lo diseña, lo perfila, lo expone bajo todas sus fases, y termina su tarea. En vez de pintar cuadros de grandes dimensiones, dibuja rápidamente bocetos. No se busque en él eso que hemos dado en llamar caractéres bien sostenidos. Ha estudiado el corazon humano, y lo presenta tal cual es, con sus inconsecuencias, con sus contínuas trasformaciones y con sus eternas metamorfósis.

Su estilo es espontáneo, fácil, lijero y ordinariamente jovial: y decimos ordinariamente, porque si sus *Aventuras d' um boticario d'aldea* nos recuerdan el *Decameron* de Giovanni Boccaccio, en cambio *A engeitada* y *Romance de um homem rico* no pueden leerse con ojos enjutos.

¡Qué fondo de melancolía hay en toda la accion de *A engeitada*! A fines de 1809 sostuvieron los guerrilleros portugueses una empeñada refriega con las tropas napoleónicas, desde un convento de

monges benedictinos, situado á corta distancia de Guimaraes. Allí fué herido y ocultado luego por un fraile, en su celda, el cosonel frances Alfredo Gassiot, jóven de treinta años, de noble presencia, que hablaba correctamente el castellano, como hijo de una madrileña. Si consintió que le amputaran el brazo izquierdo fué acordándose de dos niños que dejara en Francia, habidos de una prima suya, con la que le impidieron casarse. Restablecido de la herida visitó á la viuda de un oidor, muerto á manos de las turbas por afrancesado. Vivian con ella dos hijos suyos, Miquelina, poco inclinada á la vida monástica, y Roberta, que se preparaba con la lectura de Santa Teresa á cumplir su vocacion de monja. Alfredo procuró caballerosamente dominar la pasion que le inspiraba la belleza de Miquelina, por respeto á los vínculos que dejara en su país natal; pero pudo más el amor que la prudencia, á despecho de los amigos y parientes de la jóven, que veian con espanto la posibilidad de casarse una portuguesa católica con un jacobino. Este ódio de familia y de pueblo tomó un carácter tan amenazador, que Alfredo tuvo necesidad de huir á España para evitar que los patriotas le asesinaran. Incorporado nuevamente al grande ejército ganó con su espada en los campos de batalla la faja de Mariscal del Imperio, y se casó con su prima. Cuando Napoleon, vencido por la coalicion europea, partió para Santa Elena, Alfredo se retiró á Madrid, enviando dos de sus hijos á la Coruña. Miéntras tanto la abandonada Miquelina habia descendido al sepulcro, dejando en poder de una pobre mujer á la recien nacida Flavia, fruto ilícito de sus desventurados amores.

La huérfana infeliz llegó á un extremo tal de miseria que se vió obligada á implorar la caridad de los transeuntes. A la edad de siete años se fugó con una compañía de titiriteros, fascinada por la brillantez de sus pintados trajes. Estando en la Coruña se escapó otra vez para entrar como criada en un colegio de niñas, donde una educanda, llamada Carlota, no tan sólo exigió que la tratasen como compañera suya, sino que más tarde se la llevó consigo á Madrid. Nuestros lectores habrán adivinado ya que Carlota era una de las hijas del general, y que así vino á encontrarse Flavia al lado de su padre, aunque ignorando ámbos el estrecho parentesco que los unia. Aquellos dias de felicidad fueron breves. La esposa de Alfredo, por haber descubierto que su hijo Ernesto galanteaba á Flavia, la arrojó á la cara la nota de *engeitada*, expósita.

Esto produjo la tercera fuga de la desdichada huérfana: habia huido primero de la choza de su nodriza; huyó después de la compañía de los titiriteros, y huyó últimamente de la morada de sus protectores, á pesar de las lágrimas de su amiga Carlota y de la bondadosa resistencia del general.

Ernesto, después de pelear denodadamente en Africa vino á morir delante de Oporto, como soldado de aquella heróica legion organizada por el Emperador D. Pedro en la isla Tercera. Exhaló su último aliento en los amorosos brazos de Flavia, que habia ido de Francia con el propósito de encontrarle. Retirada á Guimaraes compró por casualidad la casa donde falleciera su madre, y hallando en un mueble viejo los papeles que ésta dejara, descubrió que era hija de Alfredo, y hermana del hombre á quien tanto habia amado. En esta novela, que se diferencia de las otras del mismo autor por la seriedad de su entonacion y por el enredo de la trama, hay escenas de la guerra peninsular, que compiten en exactitud con las del *Mario* de Silva Gaio.

Se ha censurado á Castello Branco, lo mismo que á Dickens, por seguir con persistente y cansada uniformidad la escuela humorística, que fundaron en el siglo XVIII Smollet, Sterne y Eiedling. ¡Como si el estilo de cada escritor, cuando éste renuncia á la afectacion y al artificio, no fuera el reflejo de su inteligencia, de su idiosincrasia, de su manera de ser! Todo literato debe á Dios su estilo, como todo hombre debe á Dios su fisonomía.

Castello Branco retrata tipos y no personas; sin embargo en la *Queda d'um anjo* aparece de una manera asaz transparente el ex-ministro Ayres de Gouveia. El interes de esta fingida historia se sostiene más por su lenguaje festivo y por su diálogo vivo y chispeante, que por las peripecias del argumento. Calixto Eloy de Siles, mayorazgo de Agra de Freimas, de 49 años de edad, casado con Doña Teodora Barbuda, mayorozga de Travancos, es el protagonista. Hidalgo rico, preciado de la antigüedad y nobleza de su casa, apegado á los antiguos usos y á las leyes antiguas, dado á la lectura de los clásicos griegos y latinos, censor perpétuo desde la oscura aldea en que vive, de todas las innovaciones de la civilizacion, legitimista de pura sangre y católico á macha martillo, tal es en un principio Calixto Eloy. Elegido diputado por su distrito se exhibe en el Congreso, como verdadero prócer rural, perorando contra el lujo, contra la perversion de las costumbres y

contra el despilfarro de veinte mil duros con que el Estado subvenciona anualmente á la empresa del Teatro de San Cárlos. Encuéntrase en las discusiones frente á frente de otro representante de Oporto llamado Liborio, que ha viajado por el extranjero, y que después de haber impreso algunos libros ruines, pretende darse importancia haciendo discursos pedantescos, altisonoros y soporíferos. Este Liborio es Ayres de Gouveia, diputado y ministro en várias ocasiones, y autor de *A reforma das prisões*. Las alusiones son tan desembozadas, que muchas de las frases que pronuncia están copiadas literalmente de ese volúmen. El legitimista Calixto, especie de D. Quijote, que ha tomado sobre sus hombros la audaz empresa de desfacer entuertos y amparar doncellas, no tan sólo clama en la tribuna parlamentaria contra las instituciones modernas, sino que interviene oficiosamente en la vida doméstica de familias determinadas, para corregir y moralizar sus costumbres. Aconseja sucesivamente á Doña Catalina, esposa de Duarte Malafaca y á su amante Bruno Mascarenhas que rompan sus relaciones criminales. En efecto, Bruno se aparta de Catalina. Pero ¡oh fragilidad humana! Calixto, el católico severo, comienza por sentir en su corazon la necesidad de amar y ser amado, y concluye por apasionarse de Ifigenia de Teive, por regalarle una casa en Cintra y por marcharse con ella al extranjero, olvidándose completamente de su prosáica mujer, la buena Doña Teodora. Hay más aún: el ardiente legitimista se trasforma en ministerial, y acepta del Gobierno revolucionario el título de Baron de Agra de Freimas para sí, y numerosas condecoraciones para ciertas influencias electorales. A su vez Teodora, ántes hacendosa y consagrada á los quehaceres de su casa, se deja seducir por su primo Lope de Gamboa. Marido y mujer siguen hasta el fin una senda de perdicion: él tuvo dos hijos de Ifigenia, y ella uno de Lope. Completa metamorfósis: el legitimista se hace constitucional, el inflexible Caton se hace adúltero. Esto es lo que motiva el título de *A queda d'um anjo*, aunque á semejanza de *Aventuras de Bazilio* debiera denominarse más bien *Aventuras de Calixto*. Esta novela correria peligro de ser denunciada en España, porque hay en ella personajes que parecen tomados *d'après nature* de nuestra galería parlamentaria.

Originalidad en la invencion, soltura en el estilo, elegancia en la frase, primorosos cuadros de costumbres, ironía delicada, diá-

logos fáciles y picantes, y descripciones bellísimas, todo esto abunda y resalta en las novelas de Castello Branco, pero nada más. No se busque en ellas un propósito trascendental, porque no lo tienen; no se busque tampoco una tendencia fija y determinada, pues podriamos copiar máximas opuestas y sentencias contradictorias. No vamos á demostrar si esto es un mal ó es un bien: problema difícil que exigiria de nosotros extensas consideraciones. Dirémos tan sólo que el novelista llena su cometido miéntras se concreta á corregir deleitando, á reproducir tipos y usos, á hacer simpática la virtud y odioso el vicio, y á exponer, para condenarlos, errores del entendimiento, extravíos de la pasion y abusos de las instituciones humanas; y que extralimita la esfera de su accion si pretende definir y sostener y propagar sistemas políticos, filosóficos y sociales. Miguel de Cervántes Saavedra ha conquistado la inmortalidad ridiculizando en su *Quijote* los libros de caballerías, y Enriqueta Beccher Stove ha llamado profundamente la atencion de ámbos mundos denunciando las iniquidades de la esclavitud en su *Cabaña del Tio Tomás*; pero no sobrevivirán á nuestra época de escentricidades aquellos escritores franceses y alemanes que se han propuesto convertir la novela en cátedra de ciencias físicas y morales: como Julio Verne que enseña geología en su *viaje al centro de la tierra*: como Gutzkow que pinta en su *Mago de Roma* el estado general de Europa: como Roberto Byr que desenvuelve en su *Lucha por la existencia* las teorías de Darwin sobre la transformacion de los séres: como Federico Spielhagen que amplifica en sus *Naturalezas problemáticas* las doctrinas filosófico-pesimistas de Schopenhauer.

Tomad al acaso un libro de Castello Branco, y contestadnos á esta pregunta: ¿cuál es su espíritu? Sea ese libro *As memorias do carcere*. El autor no habrá presumido al redactarlo que llegaria á ser tan leido como las memorias de Silvio Pellico, ni como *les prisons de l'Europe* por Alboise y Maqueten, en las que se relatan las sangrientas y célebres tragedias de que fueron teatro los encierros de Bicètre, de Fort l'evêque, del Temple, de la Conserjería, de Santa Pelagia, de l'abbaye y de San Lázaro. ¿Qué intento ha guiado su pluma? ¿Dar á conocer el sistema carcelario de Portugal, presentar en relieve sus defectos y aconsejar sus reformas? Ciertamente que nó; pues si bien se ocupa de esto, es de una manera rápida, incidental y secundaria: ¿revelar las irregularidades

de la legislacion penal ó los vicios del procedimiento? Tampoco: hacer observaciones sobre la estadística de la delincuencia? Ménos aún. No ha remontado tan alto su vuelo. No ha tenido otro propósito que el de entretener agradablemente á sus lectores. Lo mismo exactamente acontece en todas sus novelas. De ellas vamos á entresacar algunos pensamientos, que quizás nos descubrirán las ideas filosóficas y sociales del autor.

« Creo en Dios como creo en la vida. Creo en la vida como creo »en el dolor. En lo que no creo es en la muerte. La muerte es una »palabra convencional con que los hombres expresan el tránsito »sobre la tierra hácia el seno de una nueva existencia. La inmor- »talidad es una idea abstracta de todo lo que es comprensible á »los hombres. El hombre no explica la inmortalidad en cuanto no »sube un grado en la escala de los séres inteligentes. Hay una es- »cala de séres que principia en la materia bruta y termina en los »espíritus. Las funciones del espíritu sin formas corpóreas, perte- »necen á la criatura superior al hombre. El hombre no explica »esas funciones, que deben ser su existencia futura, por la misma »razon que el animal, inferior al hombre, no comprende las fun- »ciones del pensamiento perfeccionadas, pero no perfectas en el hom- »bre. Todos los séres, por lo tanto, van subiendo en la escala de »la inteligencia. Todos se transfiguran de forma en forma hasta »dejar la envoltura de la materia, y vagar en los espacios incóg- »nitos como vagan los espíritus. Es allá en las ruinas, en las pro- »ximidades del gran misterio, á la claridad de la eterna luz, don- »de se lee el libro de Dios. Es en las regiones que mi alma adi- »vina, que yo debo sentir por el órgano espiritual en que recibí »la interminable impresion de agonía que fué en la tierra mi len- »ta peregrinacion (1). »

«No caigo en el absurdo de reprobar el castigo, pues sería tanto como pregonar la impunidad del latrocinio. Hasta ignoro si Dios »dejó remedio para los defectos de sus obras: confieso solamente »que es un blasfemo atrevimiento el querer corregirlas. Si los crí- «menes son involuntarios, ¿cómo se ha de penitenciar al delincuen- »te? ¿Con qué derecho racional se le escalpela, fibra á fibra, la vi-

(1) *Scenas contemporaneas*, pág. 152.

»da? ¿Cómo se ha de considerar social, humana y justa la ley que »abre un túmulo entre cuatro paredes á Margarita, que es ladrona, »por la misma razon por la que el tigre es feroz, y la víbora vene»nosa, y el poeta poeta? Abundo en las ideas de un filósofo que di»ce: *el Creador conserva al hombre, á la mujer y al mundo tales »cuales son, por honra de la firma* (1).»

«Tomar por lo serio la sociedad, es enloquecer. Vivir con ella »en buena paz, es escarnecerla. O loco, ó cínico (2).»

«La sociedad, la familia y el hombre expian incesantemente la »culpa del hombre, de la familia y de la sociedad. Se opera una »contínua redencion del género humano. El hombre es desde su »principio la víctima de la culpa, con el labio colocado en el cáliz »de la agonía. La vida sobre la tierra es una interminable expia»cion. Yo pago los crímenes de mi padre, mis hijos expiarán mis »crímenes, y el último sér vivo de la animalidad inteligente será »el holocausto del primer hombre criminal (3).»

«Digno de estos tiempos D. Juan (hijo de un herrero), sería hoy »afablemente recibido por la vieja nobleza, con tal que las dife»rencias en lo azul de la sangre fuesen saldadas con lo amarillo »del oro (4).»

«El hombre de talento es siempre un mal hombre. Algunos co»nozco yo que el mundo proclama virtuosos y sabios. Dejadlos »proclamar. El talento no es la sabiduría. Sabiduría es el trabajo »incesante del espíritu sobre la ciencia. El talento es la vibracion »convulsiva del espíritu, la originalidad inventiva y rebelde á la »autoridad, el viaje extático por las regiones de la idea. San Agus»tin, Fenelon, madama de Staël y Benthan son sabidurías. Lute»ro, Ninon de Lenclos, Voltaire y Byron son talentos. Comparad »los servicios prestados á la humanidad por esos hombres, y ha»breis encontrado el antagonismo social en que luchan el talento »con la sabiduría (5).»

---

(1) *Memorias do carcere.*
(2) *Id.*, pág. 158.
(3) *Scenas contemporaneas*, pág. 158.
(4) *Id.*, pág. 139.
(5) *Id.*, pág. 97.

La moralidad de sus novelas es la de la sociedad que reflejan. El no tiene la culpa de que Portugal sea lo que es, como no la tiene el fotógrafo que os retrata de que vuestras facciones sean imperfectas. ¡Es de ver el donoso fervor con que algun académico neo-católico lamenta la inverisimilitud y la licencia en que han caido la novela y la comedia, echando de ménos la sencillez, la verdad y el candor de nuestros antiguos escritores! ¡Como si fuera más inverisímil el *Conde de Montecristo* con su fuga del castillo y con su arribo á la ínsula desconocida, que el *Primaleon de Grecia* con su gigante Baledon, vencido por el fiero Palmendos, y con sus doncellas encantadas bajo la forma de serpientes! ¡Como si fueran más edificantes los versos del Arcipreste de Hita que las canciones de Beranger, ni más licenciosa la comedia *El Rey se divierte* que la *Celestina*!

Entre cuantos escriben para el público de la Península no hay uno más laborioso ni más fecundo que Castello Branco. Tiene cuarenta y cuatro años, y ha dado á luz ochenta tomos (1), tradu-

---

(1) Hé aquí una nota de las producciones literarias de Castello Branco: «Amor de perdição (Memorias d'uma familia).» Porto, 1862.—«Onde está a felicidade?» Porto, 1860.—«Estrellas funestas.» Porto, 1862.—«Um homem de brios.» Segunda edicion. Porto, 1864.—«Aventuras de Bazilio Fernandes enxertado.» Lisboa, 1863.—«Memorias do carcere.» Porto, 1862. Son dos volúmenes.—«A queda d'um anjo.» Lisboa, 1866.—«O parente de cincoenta e tres monarchas.» Lisboa, 1867.—«Um libro.» Segunda edicion. Porto, 1858.—«Vinte horas de liteira.» Porto, 1864.—«A engeitada.» Porto, 1866.—«Agulha em palheiro.» Porto, 1865.—«Amor de salvação.»—«Annos de prosa.»—«O bem e o mal.»—«Carlota Angela.»—«Coisas espantosas.»—«Coração, cabeza e estomago.» Lisboa, 1862.—«Doze casamentos felices.» Los seis primeros capítulos se han publicado en el tomo I de la *Revista contemporanea de Portugal e Brazil.*» Lisboa, 1861.—«Divindade de Jesus. Duas horas de leitura.—Esboços de apreciações litterarias.»—«O esqueleto.»—«Estrellas propicias.»—«A filha do arcediago.»—«A filha do doctor negro.»—«Horas de paz.»—«Lagrimas abençoadas.»—«O libro negro.»—«O marquez de Torres Novas.»—«Memorias de Guilherme de Amaral.»—«O mundo elegante.»—«Mysterios de Lisboa.»—«A neta do arcediago.»—«No bom Jesus do monte.»—«Noites de Lamego.»—«O que fazen mulheres.»—«Romance d'um homem rico.»—«Scenas contemporaneas.» Segunda edicion. Porto, 1862.—«Scenas da foz.»—«Scenas innocentes da comedia humana.»—«A sereia.»—«As tres irmãs.»—«Vingança.»—«A Bruxa do monte Cordova.»—«Cavar em ruinas.»—«Coisas leves e pezadas.»—«A doida do candal.»—«O judeu.»—«Luta de gigantes.»—«Mosaico.»—«O olho de vidro.»—«O retrato de Ricardina.»—«O sangue.»—«O santo da montanha.»—«Virtudes antigas.»—«Duas epocas da vida (poe-

ciendo además várias obras del frances, tan voluminosas como *El genio del cristianismo* y *Los mártires*, y habiendo sido colaborador de diferentes periódicos de Oporto y de Lisboa.

Esta fecundidad es su defecto, y no ciertamente porque se repita ó se plagie á sí mismo. Léjos de eso, hay en su imaginacion un venero tan abundante de argumentos que no se agota jamas; y él, que lo sabe, léjos de escasearlos los prodiga. Otro ingénio de ménos recursos encontraria en sus *Memorias do carcere*, en sus *veinte horas de liteira*, en *coraçao*, *cabeza e estomago*, y en *scenas contemporaneas* asuntos suficientes para dar interes y novedad á cincuenta novelas. La fecundidad es su defecto, porque á veces se hace lánguido y difuso como en *Estrellas funestas* y en las *Aventuras de Bazilio*. Pero no le culpemos por esa falta, que harto la conoce él y la deplora. El arte del novelista, tan filosófica y tan poética, es ordinariamente un oficio, un modo de vivir como otro cualquiera. Un novelista hace novelas como un alfarero hace vasijas, para ganarse la vida y sustentar á su familia. Es un obrero que labra la piedra arrancada de su propio cerebro Esas escenas tan ricas de sentimiento, de ternura y de espiritualismo que conmueven dulcemente vuestra alma, son monedas que el autor ha fundido en el crisol de su inteligencia para saldar prosáicamente las cuentas del sastre y del casero. Vende al editor, que lo explota, una obra de tantos pliegos, y queda obligado á entregárselos sin que falte uno sólo, y si al efecto es necesario alargar y extender el argumento, lo alarga y lo extiende hasta llenar esa cláusula esencial del contrato. La accion terminaba quizá naturalmente en el casamiento, en el divorcio ó en la muerte del protagonista: ese era su desenlace verdadero ó su fin; pero faltan cuarenta ó sesenta páginas, que el calculista editor no perdona, y es forzoso inventar un incidente, un episodio, un aditamento, un epílogo y emborronar del mejor modo las hojas estipuladas. Si se quiere la prueba

---

sías).»—«Preceitos do coração (poesías).»—«Misterios de Fafe.»—«Brilhantes do Brazileiro.»—«A mulher fatal.»—«Preceitos de consciencia (poesías)» Ha escrito tambien los siguientes dramas y comedias: «Abençoadas lagrimas.» «Agostinho de Ceuta.»—«Espinhos e flores.»—«Justica.»—«O mongado de Fafe em Lisboa.»—«O mongado de Fafe amoroso.»—«Poesia ou dinheiro?» «Purgatorio e paraizo.»—«O ultimo acto.» Ha traducido «Fanny,» «Genio do christianismo,» «Inmortalidade, a morte e a vida,» «Os martires,» y «Roman-d'um rapaz pobre.»

de esto léase el último capítulo de *Virtudes antigas*, titulado *um poeta portuguez..... rico.*

El mercado literario es en Portugal reducido y escaso, como no puede ménos de serlo en un país de tres á cuatro millones de habitantes. Lo que no se gana en calidad hay que ganarlo en cantidad. No basta que los libros que el autor produzca sean buenos: es menester además que sean muchos. El dia en que deje de producir se encuentra en la triste alternativa de pedir limosna, como Camões, ó de reunir sus escuálidos hijos é irse con ellos en procesion silenciosa á llamar á las puertas de un asilo de beneficencia.

Castello Branco es hombre escéntrico, de una franqueza increible. Cuenta al público, es decir, á amigos y á enemigos, á la generacion presente y á las venideras, lo que muy pocos osarian depositar en el seno de la más estrecha intimidad. Piensa en alta voz y ha elegido por confidentes de sus secretos á sus numerosos suscritores. ¿Habeis leido *los de Hohenstein* de Spielhagen? ¿Recordais el raro valor y la ausencia de aprension con que el demagogo Cayus comienza su lamentable historia, profiriendo esta frase horrible que debia quemar sus lábios y que la pluma se resiste á copiar: «mi padre era un borracho y mi madre una mujer pública?» Pues si nuestro novelista se viese en tan desdichadas y humillantes circunstancias sería capaz de imitar á Cayus. En *Amor de perdição* refiere las debilidades, los deslices y los crímenes de una familia desventurada. Domingo Botelho, hidalgo de una antigua casa de Villa Real, se sostiene en Coimbra como flautista, porque sus mermadas rentas apénas llegan para salvar de manos de la justicia á su hermano Luis, perseguido como asesino. A pesar de su inteligencia limitada, y merced á la compasiva tolerancia de los examinadores, recibe el título de abogado. La cualidad que más sobresale en él, y que le dá cierta nombradía poco envidiable, es su tacañería proverbial. Se casa con Doña Teresa Castello Branco, y nacen de este matrimonio, entre otros hijos, Manuel y Simon: Manuel que deserta del regimiento de infantería de Numancia para huir á España con una mujer casada, y Simon que, después de haber sido condenado á morir en la horca por homicidio premeditado, consigue la conmutacion de su pena en la de presidio por diez años. Al fin de la novela, y como por vía de epílogo se halla esta nota inverisímil:

De la familia de Simon Botelho vive aun en Villa Real de Tras-

os montes la señora Doña Rita Emilia Castello Branco, su hermana predilecta. La última persona fallecida hace veinticinco años, fué Manuel Botelho, padre del autor de este libro.

Camilo Castello Branco, jóven aún por su edad, pero anciano por sus achaques, triste herencia de una juventud nada austera: jóven porque acaba de cumplir cuarenta y cuatro años, pero anciano porque, como José de Espronceda, «siempre juguete fué de sus pasiones,» vive en la soledad del campo, consagrado á la literatura, que es su más fiel amiga, que es su único patrimonio, que es su gloria. Después de producir ochenta volúmenes, con los que ha enriquecido á sus avaros editores, permanece pobre. ¡Dichoso él, teólogo de ortodoxia dudosa, si encuentra en los consuelos de la religion el bálsamo que há menester para alivio de sus amarguras! Político versátil, que ha caminado desde las regiones heladas de Bonald hasta las cumbres volcánicas de Víctor Hugo, termina su peregrinacion fatigosa, como Cárlos Dickens, sin haber recibido auxilio, ni favor, ni amparo de la corte. Poeta sentimental y jeremiaco, y ménos buen rimador que poeta, es, como decia Cervántes de sí mismo, más versado en desdichas que en versos. Su talento superior no le ha revelado el secreto de agradar y conmover en el teatro, de interesar la atencion de los espectadores con el dominio de los recursos dramáticos y de los efectos escénicos. Su popularidad, que es grande, se la debe toda á la novela, en la que descuella por su espíritu observador sin pretensiones filosóficas, por su fecunda invectiva y por su estilo humorístico, que le permite mezclar escépticamente lo sublime con lo prosáico y lo jovial con lo patético, como anda siempre mezclado en este dichoso mundo que habitamos. Reputaciones que presumen de inmortales, se desvanecerán sin duda bajo la accion deletérea del tiempo; pero el siglo XIX trasmitirá á los venideros los nombres de tres literatos ilustres: el de Herculano que ha fundado la historia; el de Almeida Garret que ha fundado el teatro, y el de Castello Branco que ha fundado la novela de actualidad: aventajando este último á los dos primeros, porque Herculano fué precedido por Juan de Barros, y Almeida Garret fué precedido por Gil Vicente, miéntras que él no ha tenido un solo predecesor como novelista de costumbres.

ANTONIO ROMERO ORTIZ.

NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

DE LA

GRAN BRETAÑA.

APUNTES LITERARIOS.

Los novelistas contemporáneos en la Gran Bretaña son tantos, que sólo la enumeracion de sus nombres llenaria un volúmen. Desde la época en que murió Walter Scott, hasta el dia de la fecha, los tomos de novelas inglesas publicadas se calculan en 20.000 (1).

Áun cuando la paciencia y la vida alcanzaran para examinar una masa tan formidable de impresos, no habrá muchos, de seguro, que por completo hayan ejecutado tarea semejante. Excusado es advertir, que estos breves apuntes sólo aluden á las novelas que hemos leido. Si muchas están aquí omitidas, es porque nosotros,

(1) Dicho número está sacado del *Athenæum* y de otras publicaciones bibliográficas y críticas.

En Inglaterra, generalmente se publica la 1.ª edicion de una novela en tres tomos (8.° mayor) y se vende por lo comun al precio de una *guinea* (100 reales) cada ejemplar. Desde hace algunos años, sin embargo, vários novelistas tienen periódicos literarios, donde imprimen sus obras de este género. Así Dickens posee el periódico: *All the year Round*; Mistress Wood: *The Argosy*; Miss Braddon: *Belgravia*, y otros novelistas tambien los suyos. De estos, muchos escriben bajo el anónimo, y otros con pseudónimos, como en sus primeras obras, Dickens con el de *Boz*, Thackeray con el de *Michael Angelo Titmarsh*, etc. Vários novelistas publican bajo el anónimo su primera obra, y en las demás expresan que está escrita por el autor de dicho primer trabajo, imitando en esto, á Scott, que dió á luz las suyas poniendo en todas: *por el autor de Waverley*.

El escribir buenas novelas produce ganancias muy grandes en Inglaterra, y los no-

y la generalidad de cuantos aman la lectura, únicamente nos enteramos de tales libros como distraccion, y solaz en medio de otros trabajos más áridos y pesados, para saciar el placer natural á la humana índole de recrearse con la relacion de hechos amenos y curiosos, y deleitar la fantasía con un entretenimiento tan sabroso, que á veces llega hasta convertirse en poderosa pasion, segun sucede á menudo, especialmente entre las jóvenes de Inglaterra, á quienes cautiva, arrastra y embelesa.

Con seguridad puede afirmarse, que es ley de nuestra naturaleza, la que ordena que para el ánimo las diversiones agradables son tan necesarias como el ejercicio para el cuerpo. Los novelistas ingleses, mejor que nádie, suministran lo que aquella ley exije, al ofrecer abundante y casi inmensurable cantidad de obras tan castas y morales, como deliciosamente amenas y maravillosas. Esos novelistas ponen de relieve las glorias de pasados tiempos; animan las escenas y los acontecimientos históricos; pintan los triunfos de la virtud y del patriotismo y la miserable vileza de los vicios; despiertan nuestros buenos sentimientos en favor de los olvidados y oprimidos, de los pobres y desgraciados; tales autores suministran un banquete intelectual con manjares tan sanos como sabrosos y variados; forman con sus obras un cuadro animadísimo y pintoresco en grado supremo, por su vasta erudicion, por sus observaciones delicadas y profundas, y merced al embellecimiento que derraman las luces de su imaginacion lozana y viva, y un buen gusto literario correcto, lleno de gracia y elegancia. En el número y diversidad de sus concepciones y caractéres, los nove-

---

velistas célebres poseen inmensos caudales alcanzados con la pluma. Á Wilkie Collin, le ha abonado su editor 5.000 libras (25.000 duros) por la novela *The Woman in White*, y á Miss Evans (George Elliot) 7.000 libras (35.000 duros) por su *Romola*. Tales sumas se pagan por la publicacion de dichas novelas en Revistas mensuales, y además quedan los autores dueños de la propiedad de las obras, que reimprimen y expenden en tomos.

No conocemos libros modernos sobre los novelistas británicos. Taine, en el último tomo de su *Histoire de la Littérature anglaise*, sólo habla de dos novelistas contemporáneos, que son: Dickens y Thackeray. Dicha obra de Taine, cuya 2.ª edicion se ha dado á luz hace cuatro meses, ha merecido durísimas calificaciones de críticos que prueban que el autor ignora la materia que trata (V.: *The Saturday Review* del 20 de Noviembre de 1869, y el *Athenæum* del mes de Octubre del año último). Importantes obras acerca de la novela en general, son las siguientes; *History of Fiction* (Historia de la ficcion), por Dunlop, (3.ª edicion, Lóndres 1843); *Allgemeine Geschichte dés Romans* (Historia general de la Novela), por Eichendorff (2.ª edicion, Jena 1850); *Novels and Novelists* (Novelas y Novelistas), por Jeaffreson (Lóndres 1858); y otras várias.

listas aludidos pueden colocarse junto á los primeros autores de fiiccion de cualquier país del mundo y nádie les supera ni en la abundancia, ni en la originalidad, ni en la variedad de sus obras.

Natural parece, pues, que el dar apuntes, aunque pocos y breves, sobre ciertos trabajos contemporáneos de tales novelistas, no carezca enteramente de interes, tratándose de asunto tan vasto y de gran importancia, que como parte de la historia de la literatura, está cada dia más estrechamente ligada á la política y social de cualquier nacion culta. Más todavía que en otros países, esta clase de estudio debe interesar en España, cuyo esplendente blason y cuya incomparable gloria es el rey de los escritores de novelas: Miguel de Cervántes Saavedra. Su inmortal *Quijote*, segun escribió Heine, por la unánime aprobacion de generaciones y generaciones, está declarado la primer novela del mundo; el eterno modelo de cuantos se propongan enlazar la realidad á la ficcion; obra, esa, á la que ni en fuerza de observacion, ni en verdad de caractéres, ni en profundidad de pensamientos, ni en gala de estilo y de colores, ni en lo exacto, ni en lo ideal llega, se acerca ninguna otra de cuantas el ingénio humano ha concebido; siempre fresca y lozana á pesar de sus doscientos sesenta y cuatro años; siempre leida con el mismo placer y admirada con el propio entusiasmo que en los primeros dias; única en el orbe que, cuando parecia que no tuviese ya objeto ni razon, sigue deleitando á toda clase de personas, á la par que desesperando á cuantos cultivan tales flores del espíritu, y se afanan por encontrar algo que la imite, ya que no la iguale.

Decíamos, pues, que, á nuestro juicio, este trabajo, por el asunto de que trata, pudiera tener algun interes, y eso nos mueve á emprenderlo para quien no esté familiarizado con el movimiento intelectual en ramo tan fecundo de la literatura inglesa. No vamos á dar ahora, ni breves juicios, ni tampoco siquiera datos bibliográficos completos acerca de las obras de todos los novelistas contemporáneos de la Gran Bretaña. Ni el artículo de una Revista lo consiente, ni la regla á que deben sujetarse los estudios para este género de publicaciones lo autoriza. De otra parte, sin invertir vários tomos, seria imposible presentar detalladamente nuestro asunto, pues hoy dia en Inglaterra, como novelistas, figuran personas en número inmenso: aquí nobles, allí plebeyos; ya ignorantes, ya eruditos; ora hombres, ora mujeres; allá clérigos, acá seglares; en fin, gente de cada clase, circunstancia, edad y condi-

cion; los que, poco ó mucho, pero los más sin tregua ni descanso, cultivan, explotan y sin cesar producen las obras de este género.

Se limitarán, pues, nuestros rápidos apuntes á aquellos autores cuyas novelas, merced á su mérito, puedan considerarse como joyas de arte, á las que por sus atractivos alcanzan unánimes aplausos y gran celebridad, embelesando al público inglés y pasando luego á formar parte del patrimonio de la literatura europea. Unicamente indicarémos, entre algunos libros de novelistas modernos de Inglaterra, los que son como faros, cuya luz sirve de norte y guia en el derrotero que conduce al conocimiento del estado actual de tan abundosa y prolífica materia. La índole de ésta exige, empero, que se antepongan observaciones, que aquí serán brevísimas, sobre la novela, y aquellos de sus géneros que en dicho país, hoy dia de la fecha, más se cultivan.

I.

La novela, segun Goethe y otros, es la epopeya moderna. La epopeya propiamente dicha, la epopeya grande y heróica, como todos saben, no es posible en nuestros dias, debiendo concurrir para su formacion circunstancias poco comunes, que el hombre no puede crear, porque son obra de los tiempos, y sólo existen algunas épocas distantes, únicas tal vez en la vida de los pueblos, en que ese poema sea posible.

Mas así como éste, en tiempos antiguos, era el libro de los templos, el libro de las plazas, de los teatros y de los juegos circenses, de los grandes concursos, de las solemnidades públicas; la novela es el libro del hogar doméstico, del gabinete, del sofá modernos, el libro de los sentimientos solitarios de cada corazon, el poema de las actuales aisladas pasiones de todas esas almas, que no se reunen en ninguna parte para cantar, para orar, para sentir y llorar algo en comun. Dicho esto más brevemente: en la vida individual de las sociedades modernas, la novela ha remplazado al interes social del poema antiguo.

Por otra parte, existe una circunstancia notable que nádie ignora: la relativa á no haber en nuestro siglo lectura más generalizada que la de novelas, la cual ha desbancado y oscurecido por completo á todas las demás. Con avidez devoran multitud de personas

hasta las novelas más insípidas, y á esto es debido que doctos escritores, sobresalientes por sus obras sérias y profundas, abandonan á veces tales trabajos áridos y pesados para dedicarse á este género de composiciones literarias. Teniendo presente circunstancia semejante M. Caxton, dirigiéndose á su hijo Pisistratus, personajes ámbos de una de las novelas más recientes de Bulwer, le dice: «La »novela se ha hecho un artículo de primera necesidad en nuestro »siglo. Escribe algun libro, hijo mio, escribe algun libro, no de »tal suerte que necesariamente resulte despreciable, sino cualquier »novela, que, áun sin valor, la gente no puede ménos de leer.»

Claro es que la novela corresponde á la comarca de la poesía, puesto que resulta producida por la imaginacion; pero difiere de ella, por cuanto que casi siempre se escribe en prosa.

Así como suelen hacerse tres subdivisiones de la poesía, á saber: la lírica, la narrativa ó épica, y la dramática, tambien se pueden establecer igual número de partes correspondientes á las mismas en las obras en prosa de la imaginacion. Á la poesía lírica corresponde la oratoria, ó al ménos algunos de sus géneros; al drama métrico, el drama en prosa, y á la poesía narrativa ó épica, la novela.

La teoría que considera la novela como la epopeya, es importante; pero su desenvolvimiento no puede establecerse dentro de los límites de este artículo. «Toda novela, dice Bunsen, debe ser una nueva Iliada ú Odisea.» No faltará quien califique tal aserto de estravagancia filosófica; pero el mismo Bunsen, para demostrar su teoría, pasa revista á las novelas de los tres últimos siglos, y halla que, sólo las que reunen condiciones épicas, son las que han conseguido fijar la atencion por más de una ó dos generaciones.

Nace la oposicion y violencia para aceptar el anterior aserto de la circunstancia de que, cuando se quiere comprobar su verdad, se piensa sólo en los grandes poemas épicos, comparándolos con todas las novelas, sin distinguir sus respectivos géneros, méritos, ni condiciones. Fijándose en la Iliada ó en la Odisea, en la *Jerusalen* del Tasso, ó en el *Paraiso Perdido* de Milton, es de seguro muy difícil hallar más de una ó dos novelas que puedan ponerse en parangon con tales obras del génio épico. Mas de otra parte, tambien hay muchas obras que se clasifican juntamente con aquellos poemas, que son muy inferiores á algunas de las mejores novelas.—

Pongamos, por ejemplo, al *Quijote* (1). Pocos vacilarán en colocar esta grandiosa obra á la misma altura que los tres ó cuatro poemas épicos, que el mundo prefiere á todos los demás, y es seguro que nádie dejará de ponerla á mucha mayor elevacion que tienen otras afamadas composiciones poéticas, en el género aludido, de autores que gozan de universal renombre. Así, la comparacion de que se trata, sólo debe establecerse entre obras que en ámbas esferas reunan iguales condiciones, y entónces resultará una analogía perfecta entre la novela y la epopeya.

II.

Admitido lo que antecede, y procediendo con rigorosa lógica, deberia únicamente establecerse en la novela la misma division que se hace en la epopeya, distinguiendo la séria de la cómica. Edward Bulwer Lytton, empero, cuyas obras de ficcion todos admiran y el que con tanta conciencia ha planteado una teoría de la novela, las clasifica sin excepcion alguna en tres clases, á saber: en novelas *familiares*, en *pintorescas* y en *intelectuales*; clasificacion esa muy poco científica por cierto, pero que contiene un significado óbvio, que vários críticos aprueban, por referirse al estilo y contenido interno de estas composiciones.

Tales clasificaciones, sin embargo, y otras que omitimos, parecen poco adecuadas para servir de norte y guia á traves de la inmensa masa de novelas contemporáneas inglesas; porque de éstas hay sobre todo linaje de asuntos, sobre cada clase de la sociedad humana, relativas á cuestiones éticas y políticas, y á cuantos problemas se han propuesto en las regiones intelectuales y morales. Sin embargo, como en la mayor parte de las publicaciones de este género, aparece siempre que el objeto que más resalta es pintar la sociedad moderna, creemos preferible, de acuerdo con críticos autorizados, circunscribirnos á una division externa de estas composiciones, arreglada á las materias de que principal y respectivamente traten, sin fijarse en los fines peculiares que bajo una ú otra forma se haya propuesto alcanzar con especialidad cada autor.

(1) Es, ciertamente, muy extraño que el novelista inglés Bulwer, diga, en una nota del capítulo LII de *Pelham*, que no es novela el *Quijote*, y que en todo el mundo no existe ni una sola novela perfecta.

Nuestro punto de arranque al echar una ojeada rápida sobre tan vasta comarca, comienza en la época inmediata á la muerte de Walter Scott y dentro de tales límites existen trece variedades distintas de la novela británica.

I. *La novela de la vida y costumbres de Escocia* —En este género es fácil hallar la influencia ejercida por Scott, cuyas huellas han seguido Galt, Mistress Johnstone, Miss Ferrier, Hogg, Allan Cunningham, Lockhart, Wilson, Sir Thomas Dick Lauder, Picken y Moir. Entre los anteriores, sin embargo, hay vários cuya originalidad es notoria y que presentan condiciones diferentes de las peculiares á Scott, ya sea esto debido á su organizacion mental, ya porque habitasen distintas partes de Escocia, ó ya bien á causa de practicar observaciones en otras esferas de la vida escocesa. Así, vése sólo en Hogg la vida humilde de pastores en las tierras bajas de dicho país; en Galt y Picken predominan representaciones del génio astuto de la region del Oeste; y de la del Norte, en Hugh Miller. Galt, en una de sus novelas, traslada su Escoces á América, desarrollando su carácter en sitios y en condiciones adonde Scott jamás llegó. Tambien Lockart y Wilson, autores de erudicion y cultura, aunque eligieron temas nacionales y figuran en la escuela de que se trata, tienen escritas escenas de la vida escocesa, concebidas en un espíritu literario diverso, y presentadas, asimismo, con luces características y propias. Wilson suministra en sus *Luces y sombra de la vida escocesa*, en sus otras novelas y principalmente en sus *Noctes Ambrosianæ*, ya un sentimiento de poesía patética dando sombra, mas no oscureciendo el espíritu escoces, ya una gracia tan grande y un humor delicado tan original, profundo y nuevo, que segun vários críticos autorizados, dejó á Scott muy atrás, aunque sólo se miren los cuadros del último en este género, más acabados y perfectos. El *Pastor de Ettrick* de Wilson es, de cuantos trabajos de ficcion recientes han visto la estampa, una de las creaciones más extraordinarias.

No son, empero, únicamente novelistas naturales de Escocia los que se han ocupado en delinear, desde la época de Scott, el carácter, costumbres, naturaleza y vida de ese país, sino que muchos ingleses lo toman por tierra romántica é ideal, tanto física como moralmente; y hallándola en estado más primitivo y ménos corrompido que los otros dominios británicos, la eligen para escenas de sus composiciones, y buscan en ella caractéres, ya sencillos,

ya rudos, ó ya bien por otro estilo peculiares. Véase un ejemplo en la novela *Alton Locke* de Mr. C. Kingsley, donde Sandy Mackaye, escoces viejo y cínico, que tiene un puesto de libros en Lóndres, destruye las supersticiones del jóven sastre y, hasta cierto punto, endereza cuantos entuertos existian en su vecindad.

II. *La novela de las constumbres y vida en Irlanda*, es la segunda division de nuestro asunto.—Ántes que Scott estableciera la novela escocesa, inició la de Irlanda Miss Edgeworth, á quien siguieron Miss Owenson y otros; mas como era natural, el ejemplo de Scott estimuló nuevamente el génio irlandes y le imprimió un fresco impulso y una direccion más peculiarmente patriótica. Ejemplos para esta segunda division son las novelas de Banim, Crofton, Croker, Griffin, Carleton y Lover, más algunas de M. Lever y Mistress S. C. Hall.

III. *La novela de la vida y costumbres inglesas*, no presenta, respecto á Inglaterra, el mismo carácter, peculiarmente distintivo que las novelas contemporáneas de las dos clases, ántes indicadas, demuestran, con relacion á Escocia é Irlanda. Por supuesto, que compuesta la mayoría de novelistas británicos, desde Scott, por ingleses de ámbos sexos, es natural que hayan tomado á Inglaterra para escena de sus composiciones, y como asunto de sus argumentos, la vida y costumbres inglesas.

Tal vemos en las obras de Lady Caroline Lamb, Mr. Peacok, Theodore Hook, Mr. Plumer Ward, Mr. Disraeli, Edward Bulwer Lytton, Mistress Gore, Mistress Trollope, Lady Blessington, Miss Martineau, Mr. Samuel Warren, Douglas Jerrold, Mr. C. A. Murray, Mistress Crowe, Miss Jewsbury, Albert Smith, Mr. Lewes, Mr. Shirley Brooks, Anthony Trollope, Mistress Marsh, Miss Mulock, Dickens, Thackeray, Wilkie Collins, Mistress Oliphant, Charles Reade, Mistress Woulfe, Miss Amelia B. Edwards, Sarah Tytler, Mistress Edwards, Miss Craik, Miss Braddon, Lady Fullerton, Miss Cummins, Mistress Riddell, George Elliot y otros muchos, cuyas novelas corresponden á esta tercera division adoptada. Vários de los citados prosiguen el estilo exquisito de la ficcion doméstica inglesa, que comenzó Miss Austen, y otros han introducido en la novela peculiaridades originales, extendiéndola ya sobre gran espacio de la superficie de la vida inglesa, ya hasta penetrar en sus rincones apartados y en sus más remotos límites. Sin embargo, la mayor parte de los novelistas de que ahora se

trata, sólo presentan escenas de dicha vida tomadas en las clases superiores de la sociedad ó de los habitantes de Lóndres y sus cercanías.

Nótase, empero, cierta tendencia á describir las costumbres provinciales. Así Miss Brontë pinta caractéres y escenas de Yorkshire y hasta emplea el dialecto de este condado: Mistress Gaskell dibuja la vida de los artesanos en Lancashire y dá muestras del dialecto de esta provincia; y Mr. Kingsley ha presentado esquicios de Devonshire y de otros vários condados. Tambien se hallan ilustraciones de la naturaleza y vida inglesa, tal como existen variamente fuera de la metrópoli, en las novelas de Miss Mitford, en algunas de Theodore Hook, Mr. Peacock, Edward Bulwer Lytton, Dickens, Thackeray, Anthony Trollope y otros vários.

Mas estando todo el movimiento literario inglés concentrado en Lóndres, quizás, merced á semejante contralizacion ha brotado (IV) *La Novela de la moda*, que trata de describir la vida de la sociedad aristocrática, tanto de aquella capital como de los puntos donde suele tener su residencia la gente elegante que priva y está en boga. Cultivaron este género Lady Caroline Lamb, Theodore Hooke y tambien lo han explotado, Mr. Disraeli, Edward Bulwer Lytton, Mistress Gore, Mistress Trollope y su hijo Anthony, Lady Blessington, etc., etc.

Otra clase de novelas es (V) *La de los Crímenes y Criminales*, á cuyo género, en Inglaterra, hoy dia de la fecha se llama: *novela de sensacion* (*sensation novel*) y el cual hace muchísimo ruido en la actualidad; porque los autores que lo cultivan han logrado excitar poderosamente la curiosidad, causando extrañeza y admiracion al apelar al misterio y al terror, con los que producen tan grande hechizo y embeleso, que no es posible soltar la novela de las manos sin terminarla, siendo inmensa la sorpresa y arrebato que origina. Ejemplos de este género, tan en boga, son: el *Pablo Clifford* de Edward Bulwer Lytton, el *Jack Sheppard* de Ainsworth, algunas novelas de Mr. Wilkie Collins, de Mistress Wood, Miss Braddon y de otros autores. Esta clase de novela no es la misma que el *Jonathan Wild* de Fielding, ni que las novelas picarescas españolas; si bien trata de hechos de gente mala, de asesinatos cometidos y de aventuras criminales.

Otra variedad es (VI) *La Novela del Viajero*, cuyo género consiste en trasladar fuera de la Gran Bretaña á los personajes, que

como gente de moda, hace excursiones en el continente, residiendo, ya en Paris, ya en los baños alemanes, ó ya bien en Florencia ó en otras ciudades italianas. Algo de esto se encuentra en casi todas las novelas de la clase IV; mas muy especialmente corresponden al género que ahora designamos várias novelas de Edward Bulwer Lytton, y aún más, algunas de Mistress Gore y de Mistress Trollope. Tambien Mr. Thackeray, en su manera peculiar, solia hacer viajar por el Rhin, á los Kickleburys ó algunas otras de sus familias inglesas.

Del género anterior nacen dos clases más, que merecen distinguirse, á saber (VII): *La Novela de las Costumbres y Sociedad americana*, de que han escrito Mistress Trollope, el capitan Marryat; y hasta cierto punto tambien Dickens y Thackeray y (VIII) *La Novela Oriental, ó de las Costumbres y Sociedad de Oriente*, de que son ejemplos las novelas persas é indianas de Mr. Morier, Mr. Bailie Fraser y de algunos otros. No dejan de tener importancia las dos últimas clases, por cuanto que enseñan nuevas regiones de la naturaleza; costumbres ántes cási ignoradas, y una sociedad totalmente diversa de la europea.

Hay dos géneros en las composiciones de que tratamos, cuyo interes principal tambien nace, hasta cierto punto, de una locomocion imaginaria, tales son: (IX) *La novela militar*; y (X) *La novela naval*. Aquella está representada por los tomos que han publicado el cura protestante Mr. G. R. Gleig, Mr. W. H. Maxwell y Mr. Lever, sobre aventuras militares, y además incidentalmente por ciertas partes de las ficciones de Thackeray y de otros autores que con gracia y originalidad reseñan la vida del soldado, ya en paz, ya en guerra, ó ya bien de vuelta á su casa, refiriendo los peligros y peripecias de su azarosa carrera.

Las obras de los capitanes Marryat y Charnier, de Mr. James Hannay, Mr. Cupples y otros forman la clase X. Gran parte del interes que tienen las novelas recientes de este género está, no sólo en la representacion del carácter de los marinos y de los incidentes de la vida á bordo, igual al que imprimió Smollett en sus cuentos marítimos en tiempos anteriores, sino que se funda principalmente en la poesía de la mar misma, en las relaciones entre compañeros de fatigas y penalidades á bordo, en lo variado y proceloso del elemento sobre que flotan; en el cielo bajo el cual navegan, ya despejado y bonancible, ya cubierto de negros nubar-

rones que rugen, revientan y se desencadenan con huracanes horrorosos, soplando tremendamente sobre las bravías aguas, hasta levantarlas más altas que gigantescas montañas con sus espantosos abismos de inmensurable y tenebrosa profundidad.

La del marino es símbolo poético de la humana vida en general, pues presenta una conjuncion de dos séries de relaciones, consistiendo unas en las que mantienen los navegantes como indivíduos de una misma tripulacion que reunidos prosiguen su viaje, y otras formadas por las de la dotacion del buque considerada como un todo, respecto á los elementos infinitos y visibles donde se halla y en que vuelan los augurios que notan amagando y espantando á la vez cuantos espíritus infernales temen. Todo lo anterior se observa en las descripciones de algunos de los novelistas navales más recientes, que narran ya supersticiones de timoneles, ya cuentos de marineros viejos, velando en noches serenas y estrelladas, al referirse sus ideas vagas y ásperas sobre religion marina, ó ya bien, pintando escenas donde todos sobre cubierta sólo atienden la voz de mando del capitan en la tormenta, ó cuando el barco, listo para el combate, presenta toda su gente con pecho y brazos descubiertos, al lado de los cañones, las mechas encendidas, armas de abordaje y de combate preparadas, y todo dispuesto para llevar en breve de uno á otro buque la destruccion y la muerte.

Tan gran cantidad de novelas sobre acciones de la vida y referentes á todo linaje de aventuras como llevamos indicada, todavía no termina la série de semejante género de composiciones; porque en ella tambien tenemos (XI) *La novela de fantasía sobrenatural*, de la que son ejemplos: *Frankenstein* por Mistress Shelley, *Zanoni* por Bulwer Lytton; algunos cuentos de Douglas Jerrold, así como las de *Noche Buena* de Dickens.

Distínguese además la clase (XII), que comprende *La novela de la cultura intelectual*, y cuyo objeto es exponer el desarrollo y educacion del carácter de algun indivíduo de índole reflexiva superior. La idea para este género de composiciones, la han tomado los novelistas británicos de la traduccion inglesa del *Wilhelm Meister* de Goethe. Cuantos cultivan la clase ántes anotada con el número IV, que han escrito buenas novelas, lo deben, en mucha parte, al haber introducido ingeniosamente en su plan algo de lo que el género de que ahora tratamos comprende. Dentro de este último, Bulwer sobresale en várias de sus novelas, y ade-

más otros escritores muy modernos que adelante mencionarémos.

Queda por último que hacer mencion de la clase (XIII), que comprende: *La novela histórica.* El génio de Scott demostró lo que podia hacerse en este linaje de composiciones, ya coleccionando los materiales y fragmentos esparcidos por indagaciones arqueológicas é históricas, ya penetrando y amaestrándose con habilidad y talento en costumbres y sucesos de pasadas edades. Lo acaecido en tiempos atrás, Scott no lo describe, sino que lo vivifica, dándole cuerpo y animacion. Así fué como esta clase de novelas recibieron de Scott tan grandísimo vigor, predominio é impulso.

Desde entónces, las novelas históricas que han visto la luz pública en la Gran Bretaña, son numerosísimas, y tratan de las más diversas épocas, de distintos personajes y pueblos, y de períodos variados en las crónicas de muchas naciones. Así Galt, publicó novelas sobre la historia escocesa de los siglos XVI y XVII, Sir Thomas Dick Lauder y tambien otros, siendo algunas relativas á épocas todavía más remotas de dicha historia; los novelistas irlandeses ántes mencionados, tienen impresas composiciones sobre la de Irlanda; relativas á la historia inglesa, son várias de Godwin, Bulwer Lytton, Horace Smith, Mistress Bray, Ainsworth, y principalmente de Mr. G. P. R. James. Mr. C. Kingsley tambien ha invadido de nuevo esta comarca en su *Westward Ho!*; Tackeray en su *Esmond*; y Dickens en su *Barnaby Rudge*, donde describe los motines de Gordon. Vários de estos novelistas derraman luz clara sobre cuestiones oscuras de distintas épocas en la historia de Inglaterra, al mismo tiempo que fascinan la imaginacion y estimulan la curiosidad del lector.

De la historia de los demás países de Europa, James ha escrito muchas novelas y Bulwer su *Rienzi.*

Aunque la pasion de Scott por el género histórico se limitó al período gótico del pasado europeo, el gusto actual de lo histórico en la ficcion, ó de lo ficticio en la historia, ha traspasado dicha época extendiéndose por todas partes, así cronológica como geográficamente. En el primer sentido comprenden las novelas contemporáneas inglesas la historia clásica antigua, de que son ejemplos: el *Valerius* de Lockhart; *Los últimos dias de Pompeya* de Bulwer; *Antonina* de Wilkie Collins, *Hypatia* de Kingsley; y otras muchas de épocas todavía más remotas. Geográficamente

variadas, hay además de las novelas contemporáneas sobre sociedad y costumbres orientales, que de suso quedan indicadas, otras sobre la historia de Oriente. De estas, la más célebre es el *Anastasius* de Hope, quien describe en ella la sociedad decrépita del Imperio turco á fines del siglo XVIII, sus costumbres y naturaleza, con la minuciosidad y exactitud del más consumado artista. Vários críticos autorizados, sin excluir á Bunsen, la alaban sobre manera, dando al *Anastasius* una importancia épica mucho mayor que la que pueda tener la más perfecta de las novelas de Scott.

III.

Admitiendo la anterior clasificacion, ora otra cualquiera, siempre resulta que ningun novelista contemporáneo ha cultivado más géneros de este linaje de composiciones que Bulwer, pues ha escrito, por lo ménos, en siete de las diversas clases ántes enumeradas.

Á Bulwer (1), hoy Lord Lytton, que siempre será conocido en el mundo literario por dicho apellido, con el que se ha conquistado fama universal de autor erudito, profundo y filosófico, como los demás literatos ingleses que han estudiado en Alemania, le conviene exactamente el epitafio que Johnson redactó para la tumba de Goldsmith en la abadía de Westminster: *Nullum feré scribendi genus non tetigit; nullum quod tetigit no ornavit.* Estos apuntes, naturalmente tienen que excluir cuanto se refiere á las obras poéticas, dramáticas, arqueológicas, biográficas, históricas y demás clases donde se ha distinguido Bulwer y han de reducirse á pocas y rápidas indicaciones sobre sus novelas; comarca en la que ha ocupado, muerto Scott, el más alto y principal lugar, rei-

(1) Edward Bulwer ha sido autorizado á cambiar su apellido en Lytton. Nombrado, en 1858, Ministro de las Colonias, ha recibido en 1866 la dignidad de Par del reino, y desde entónces es Lord Lytton. Su esposa Rosina, hija de Francis Wheeler y nieta de Lord Massey, ha publicado muchos trabajos literarios, y entre estos, novelas notables que están traducidas al aleman. Pinta en ellas con maestria la vida aristocrática inglesa, expone sus escándalos, hipocresías y vicios de todas clases. Su mejor novela es la intitulada *Miriam Sedley*. En Junio de 1858, desempeñando Bulwer el cargo de Ministro, se presentó en Hertfordshire candidato para miembro del Parlamento, y al verificarse la votacion, acudió su esposa al colegio electoral, donde públicamente manifestó las quejas y agravios que tenia contra su esposo, de quien desde entónces permanece separada.

nando sobre todos los demás escritores de obras de ficcion, y sólo conservando el cetro en este género literario, hasta que se lo ha arrebatado Dickens primero, y disputado después otros vários autores británicos.

Segun consta en diversas biografías de Bulwer, á los cinco años de edad ya componia versos; pero á la novela se dedicó bastante tiempo después teniendo veintiuno. *Falkland*, su primera obra de ficcion en prosa, está inspirada por Byron; es un cuento de amor apasionado é intenso, calculado para excitar é inflamar; cuento basado en la admiracion de su autor á dicho poeta, cuyo génio peculiar y hasta sus errores seductores imita, empleando vivo y hermosísimo colorido, sin que con esto, empero, logre producir más que un cuadro desproporcionado, falto de los toques necesarios para darle armonía y unidad.

En la época cuando causaban fanatismo las novelas de la sociedad elegante, puestas á la moda por Theodore Hook, apareció el *Pelham* de Bulwer, donde abunda la gracia más delicada y se dibujan con exactitud grandísima la vida y costumbres de la aristocracia, presentándose escenas de profundo y romántico interes, sin que falten agudezas ingeniosas, chistes de buen tono y ocurrencias felices, tan nuevas como oportunas. Adolece, empero, de arte en el desarrollo del argumento, no estando combinados armoniosamente lo satírico con lo trágico, y apareciendo vários defectos debidos á la poca experiencia del autor, y que hoy dia destacan en mayor grado; porque la crítica es más severa, y porque comparamos esta obra con várias recientes de mérito superior. Sin embargo, el tipo perfecto del pisaverde, que segun Carlyle: «es un »hombre cuya ocupacion, oficio y existencia, se reducen á vestirse »bien y sábiamente, consagrando con heroismo á ese objeto todas »las facultades de su alma, talento, fortuna y persona entera; de »forma, que así como los demás se visten para vivir, él vive para »vestir» está retratado con tanta verdad en *Pelham*, y reune además esta novela tantos atractivos irresistibles, que llamó poderosamente la atencion del público, consiguiendo en breve popularidad grandísima, y conquistando para su autor sitio principal entre los novelistas británicos.

Las otras novelas del primer período de nuestro autor son muy diversas así con respecto á los asuntos que comprenden, como relativamente al estilo que las distinguen; habiendo querido Bulwer,

con tanta abundancia y variedad, demostrar la riqueza de su imaginacion y la fuerza grande de su talento. *The Disowned* que es lo opuesto á *Pelham*, pero mucho más perfecto que éste como composicion artística, es la historia de un héroe de virtud estóica que, en medio de las ruinas de su fortuna y á pesar de muchas desgracias y desengaños, conserva grandeza de carácter, demostrando sentimientos levantados, generosos y nobles. Esta novela, dice su autor: «contiene escenas del mayor interes, vivo colorido, pensa»mientos expresados ménos superficialmente, pasiones intensas y »enérgicas y una tendencia más moral y sensible que todo lo pe»netra.» El argumento es complicadísimo, demostrando el talento peregrino de Bulwer para combinar incidentes nuevos y extraordinarios; pero á pesar del juicio favorable de muchos críticos, esta novela goza de escasa popularidad y no ha logrado tantos aplausos como otros trabajos de Bulwer. Los estudios históricos de este comenzaron á dar frutos, y como tales aparece primero la novela intitulada *Devereux* donde están representadas, con viveza y perfeccion, las cortes de Inglaterra y Francia, en los tiempos de la reina Ana y Jorge I, y del regente Orleans con el intrigante espléndido Bolingbroke. Toda esta obra resulta animada con una entonacion moral muy superior á las anteriores del mismo autor, y tiene páginas elocuentísimas, que parecen consagradas á enaltecer el sentimiento del amor puro, de la lealtad, del honor y de la religion.

Mas como si el novelista, que nos ocupa, hubiera querido destruir el buen efecto de *Devereux*, inmediatamente después dió á luz composiciones de una espécie que ha fundado, donde brillan trabajos suyos notabilísimos, habiendo servido de norte y guia á los que recientemente han puesto el género tan en boga. Aludimos á la clase V de nuestra anterior clasificacion, siendo su primera obra de este linaje, *Paul Clifford*, cuyo héroe, bandolero romántico, recorre la lóbrega y repugnante senda de los vicios más asquerosos y vulgares; pero por último llega á reformarse y consigue cierta elevacion merced á la influencia del amor. Algunas partes de esa novela están escritas de mano maestra; pero es indudable que en Inglaterra ha producido efectos perniciosos sobre el gusto del público; y hasta el perpetramiento de vários crímenes horribles, lo atribuyen algunos á la influencia y enseñanza de libros de ese género.

Prosiguiendo éste mismo, publicó *Eugene Aram*, novela de es-

tructura artística y trabajo digno de un gran maestro. En ella se poetiza el carácter de Aram, asesino inglés, al que convierte el novelista en hombre estudioso, en amante refinado, lleno de generoso apasionamiento y hasta en filántropo, que ansía redimir de males á la espécie humana. Aram intenta casarse con la interesante Madeline, muchacha noble de espíritu, y cuantas escenas hay relativas á estos amores desgraciados, presentan interes trágico de órden superior. En toda la obra se hallan reflexiones morales expresadas con tal sentimiento y poesía, que embelesan profundamente. Los incidentes se relatan combinados tan bien, que despiertan curiosidad intensa y excitan la atencion con fuerza descomunal, deleitando siempre sobremanera las muchas escenas tiernas, patéticas y trágicas que abundan en esta novela. Toda ella es brillante ejemplar del arte con que una pluma mágica traza admirablemente la ejecucion del crímen, las agonías de una conciencia culpable, las peripecias que al descubrimiento del delito conducen; y áun cuando este asunto sea repugnante y detestable, y áun cuando tambien se falte, hasta cierto punto, á la verdad en el dibujo y desarrollo de los caractéres, no se puede por ménos de disculpar eso, tratándose de un autor que embelesa con su imaginacion tan fecunda , original y lozana, y que tanto fascina con su génio superiormente extraordinario.

Muchos años después que la anterior novela, Bulwer ha dado á la estampa otra del mismo género con igual mérito artístico; pero si cabe, todavía el argumento es más repulsivo. Está intitulada: *Lucretia*; *or*, *the Children of Night*, y es una aglomeracion de cuanto hay de aborrecible, inícuo y detestable para la conciencia y el corazon humano. No falta en ella ningun elemento del mal: traicion, malicia, celos, envidia, avaricia, torpes ambiciones, fraudes, hipocresías, apetitos contra naturaleza, asesinatos atroces, y todo linaje de desenfrenadas pasiones. Sólo un talento de primer órden es capaz de interesar al lector con tal argumento, sin obedecer á aquella regla de Horacio, que previene que el poeta debe instruir ó deleitar.

Apartando la vista de esos escritos tan contrarios á la moral, consignemos ahora alguna breve observacion referente á novelas de nuestro autor, que son resultados de sus estudios clásicos y profundos sobre historia y filosofía. Como tales aparecen primero: *The Last Days of Pompeii* (*Los últimos dias de Pompeya*) y *Rienzi*.

Traducidas ámbas al español, ¿qué hemos de poner en su elogio que no se sepa? Las dos han alcanzado aplausos unánimes de todas las personas de buen gusto.—En *Los últimos dias de Pompeya* se hallan hermosamente dibujadas las costumbres sociales y domésticas de una poblacion de la antigua Roma, de la alegre ciudad en la bahía napolitana, cuya destruccion maravillosa es uno de los más imponentes acontecimientos históricos. Los griegos y romanos, Diomed, Glaucus, Nydie y demás que en la narracion figuran, son simpáticos, á pesar de la época remotísima de que se trata, hasta para lectores que no han cultivado los estudios arqueológicos; y el argumento de dicha novela, si bien ménos complicado que el de otras de Bulwer, está combinado con arte perfecto y reune condiciones de un mérito muy superior. El *Rienzi* tomado de la historia del Mazzini del siglo XIV, contiene relaciones curiosas de hechos importantes. Estas dos novelas históricas fueron, después de las de Scott, las mejores que se habian escrito, y dieron con razon á Bulwer el puesto que ocupó aquel gran novelista escoces.

Bulwer, empero, no ha querido dedicar mucho tiempo al género histórico, el que sólo ha aumentado con otras dos novelas relativas á la crónica nacional inglesa, que son: *Harold*, y *The Last of the Barons*; demostrando en ámbas que sabe sostenerse á la altura de su brillante reputacion.

Sólo la enumeracion completa, sin entrar siquiera en somerísima crítica de las novelas del autor que nos ocupa, requiere mucho mayor espacio del que disponemos, lo que forzosamente obliga á concluir aquí lo relativo á Bulwer; si bien á sus escritos más recientes de esta clase, hay que añadir aún pocas palabras. Precisa pues, omitir juicios de obras tan populares como *Ernest Maltravers* y *Alice*, novelas de amor ámbas donde bellamente se pinta un noble afan de apasionado cariño, libros esos que si bien han sido censurados por los que reclaman que las plumas mágicas consagradas á la ficcion, difundan sólo la moral más sana y severa, y aunque, por otra parte, imitan dichas novelas á Goethe en su *Wahlverwandschaften* y en su *Geschwister*, las dos, empero, están reconocidas como trabajos de una imaginacion extraordinaria, que demuestra ya, adelantos prodigiosos en facultades artísticas y profundísimo análisis de los móviles que impulsan al humano carácter.

Tambien tenemos que callar sobre la *Leila*, cuyo argumento se refiere á España, y sobre *Night and Morning*, relativa á la sociedad moderna inglesa con escenas de aventuras en Paris, dibujadas de tal manera que de seguro hubiera envidiado el mismo Balzac.

Bulwer abordó la region de lo sobrenatural en *Zanoni*, novela por demás extravagante, que únicamente aplauden los que leen para recrearse con excitaciones engendradas por cuentos maravillosos de la más salvaje fantasía.

La prodigiosa actividad de Bulwer jamás se ha visto decaer, y ni áun las tareas árduas de Ministro de la Corona le han impedido continuar sus trabajos literarios. Así vemos que, cuando formaba parte del Ministerio Derby, ha dado á luz la interesantísima novela intitulada *What will he do with it?* En el *Strange Story*, publicada después, expresa Bulwer sus ideas místicas, á las que ahora parece que confiere marcadísima predileccion.

Ántes tenía escrita nuestro autor la novela *The Caxtons*, donde, hasta cierto punto, se imita á *Tristam Shandy*, y que, careciendo de originalidad é interes, no ha merecido tanta aprobacion como la que, enlazada con la primera, ha dado á luz bajo el título de *My Novel*. Ésta, muy diversa de cuanto ha publicado Bulwer, es una de las composiciones más bellas y de mayor naturalidad que se ha escrito, á la par que un cuadro admirablemente animado, donde con extraordinaria verdad, y de la manera más feliz, se ve el movimiento y la vida social en Inglaterra. Ninguna de las novelas contemporáneas supera á ésta respecto á la sana moral que enseña, al buen sentido que por todas sus partes predomina, á la exactitud y verdad con que están representados los caractéres de sus personajes, ni tampoco en cuanto á la bondad, tolerancia y agudeza de los juicios y máximas que contiene.

Los anteriores ligeros apuntes pueden servir para formar una idea de Bulwer, como novelista, quien, después de Scott, es uno de los más populares en la Gran Bretaña y en Norte-América, y quizá el más conocido en los otros países, á cuyos idiomas, con raras excepciones, están todas sus obras traducidas. Pocos autores le igualan en la pureza, elegancia y armonía con que escribe la lengua inglesa, en saber dominar el asunto de que trate con profundidad filosófica, utilizando hábilmente su tema, presentándolo con la debida unidad y en proporciones adecuadas para conseguir el resultado propuesto. En fuerza de observacion intensa, conoci-

mientos psicológicos y facundia de invencion, á Bulwer sólo le aventajan algunos pocos novelistas modernos que han elegido argumentos grandiosos, que dibujan los caractéres con mayor variedad y verdad, pintándolos con colorido más vivo y brillante, demostrando alteza superior en las concepciones, sentimiento y apasionamiento que conmueve, y una inspiracion tal, que arrastra y fascina por completo.

IV.

Benjamin Disraeli (1), más que como novelista, es conocido por ser hombre político. Sin embargo, su primera obra, *Vivian Grey*, está escrita con una imaginacion brillante, si bien, algo desenfrenada, como fruto de la juventud falta de experiencia; pero contiene preciosas descripciones de la vida en la alta sociedad. Es ménos notable el *Young Duke*, su segunda composicion; pero en *Contarini Fleming*, ha demostrado que sabe representar y analizar las humanas pasiones, dibujando con exactitud vários fenómenos psicológicos.

El amor, con sus efectos que conmueven el alma, con la efusion que al corazon infunde, y con todos sus incidentes y peripecias, lo describe Disraeli en *Henrietta Temple;* miéntras que en sus publicaciones más modernas, como *Coningsby*, *Sybil* y *Tancred*, mezcla la política con la novela, enaltece la Edad Media y glorifica á los Judíos, sus correligionarios.

Autorizados críticos niegan, empero, á este autor una importancia literaria de primer órden; censuran el estilo pretencioso con que á veces escribe, y desaprueban las exageraciones, que no son difíciles hallar, tanto en las novelas citadas, como en otras que callamos.

Aunque tampoco libre de defectos, ocupa William Harrison Ainsworth mucho más alto y principal lugar, por el gran número de novelas que ha escrito, y merced á la importancia de algunas que le han conquistado notable reputacion y popularidad, no sólo en la Gran Bretaña, sino tambien en Norte-América y en los

(1) Cuando se escribió este artículo no habia visto la luz *Lothair*, la última novela del citado autor. Esta obra confirma lo que expresa el texto respecto á Disraeli como novelista.

países donde se conocen las traducciones de várias de sus obras. Ya ántes idicamos que imitó la clase V, renovada por Bulwer, de la novela de *Los Crimenes y Criminales* en *Jack Sheppard*, donde Ainsworth pinta las guaridas y hechos de ladrones y asesinos en Lóndres, escenas misteriosas y terroríficas de la gran metrópoli, presentando un conjunto repugnantemente inmoral, el que, no obstante, siempre ha sido admirado y leido con afan por la muchedumbre en Inglaterra.—Sué tomó del *Jack Sheppard* la idea para *Los Misterios de Paris*, y Feval en *Los Misterios de Lóndres*, y otros novelistas franceses y alemanes tambien plagian dicha novela de Ainsworth, sin duda alguna la peor y ménos poética entre las muchísimas que ha escrito. Además de la citada, dicho autor tiene dadas á luz otras veintitantas, casi todas históricas, y relativas á Inglaterra la mayor parte, donde se exponen los acontecimientos verídicos, adornados con detalles, intrigas y diálogos, muchas veces faltos de viveza y animacion, resultando obras poco divertidas y algo pesadas, si bien demuestran algunas, notables facultades dramáticas extraordinarias y conocimientos artísticos. Sus novelas más recientes son relativas á una pequeña parte de la historia de España, y están intituladas: *Cardinal Pole, or the Days of Philip and Mary (El Cardenal Pole, ó la Época de Felipe y María)*, y *Spanish Match, or Charles Stuart in Madrid (El Matrimonio español, ó Cárlos Estuardo en Madrid)*.

Frederick Marryat, difunto desde hace algunos años, figura entre los novelistas posteriores á Scott, y es muy notable, porque después de Smollett, nádie ha escrito con mayor agudeza, donaire y talento la *novela naval*. Sus obras de esta clase son en número de veinte, y poseen admirables descripciones; reseñan gran variedad de tipos y caractéres originales, y contienen abundantes chistes llenos de grandísima gracia. Brilla Marryat (1), porque cuanto escribió carece de afectacion, demostrando siempre tan buen humor, naturalidad y gracejo, que divierte sobremanera, y merced á esto consiguió la popularidad de que sus obras disfrutan, á pesar

(1) Una hija de Marryat, Miss Florence, hoy Mistress Rose Church, ha escrito várias novelas, y actualmente se ocupa en concluir una, relativa á la sociedad en la India, asunto que ha ocupado principalmente su pluma. Las novelas más aplaudidas de esta señora son: *Love's Conflict*; *For Ever and Ever*, *The Confessions of Gerald Estcourt* y *Nelly Brooke*.

de que sus severos críticos, respecto de ellas, tienen manifestado, que no satisfacen las exigencias elevadas del arte, correspondientes al género de que se trata.

Otros autores, imitando al anterior, han dado á luz cuadros excelentes de la vida y aventuras marítimas. El capitan Glasscok, en sus várias novelas, reseña con exactitud peripecias de los navegantes, aunque casi todos los argumentos que inventa adolecen de grandísima irregularidad. Mr. Howard escribe más ordenadamente; pero no tiene tanta gracia, miéntras que el capitan Chamier y Michael Scott han publicado diferentes novelas de la vida naval, llenas de naturalidad, de observaciones agudísimas, y de unos diálogos tan animados y chistosos, que entretienen y divierten sobre manera.

Catharine Gore, desde no hace mucho difunta, figura entre los que mejor han cultivado *la novela de la moda.* Publicó muchísimas obras de este género, donde con cierta novedad y exactitud extraordinaria, están dibujadas las ocupaciones de la gente elegante, sus bailes, banquetes y fiestas; sus modas, opiniones y peculiaridades; sus aficiones frívolas, hipocresías, vanidades y demás vicios; todo en estilo sarcástico; pero lleno de mucha gracia y originalidad, de admirable talento, y en tan grandísimo número, que dejó impresas setenta novelas en doscientos tomos.

Callando aquí nombres y obras de muchos otros autores notables de ámbos sexos que escriben novelas, debemos indicar á Miss Harriet Martineau, señora que por sus publicaciones religiosas, pedagógicas, políticas, de economía política, de historia y de filosofía, ocupa alto y distinguido lugar en la literatura contemporánea inglesa, donde como novelista no es ménos señalada, abundando sus escritos de esta clase, en pensamientos delicados, en descripciones elegantes y poéticas, llenas á veces de elocuencia y novedad, y produciendo á menudo con todo esto sorprendentes y agradables efectos.

Miss Martineau, en várias de sus novelas, demuestra vivo interes, respecto á la clase obrera, por cuya enseñanza, adelantos y bienestar aboga, habiendo logrado dar impulso á la publicacion de otros escritos con semejante tendencia. Á ésta se han consagrado muchos otros novelistas, y entre tantos, sobresale Miss Catherine Marsh, la que parece que tiene destinada su vida entera á tan laudable objeto, y cuantas novelas ha dado á luz, bastante nume-

rosas y con cierto carácter religioso, están dedicadas á la instruccion y mejora de esa clase tan útil, y desgraciadamente tan desprovista de intelectual cultura.

Distínguese tambien Elizabeth C. Gaskell, autora de la novela *Mary Burton*, donde con igual verdad que si fuese fotografía, se representa la vida de la clase obrera, y en la que hay un episodio sobre las huelgas de los operarios de una fábrica, que produce el efecto más sorprendente y maravilloso. El fariseismo de la vida pública inglesa, está maestramente dibujado en su novela *Ruth*; en *Sylvia's Lovers*, que es un idilio, así como en sus demás novelas demuestra profundos conocimientos del humano corazon y arte admirable, para infundir interes dramático á los acontecimientos ordinarios de la vida. La novela *North and South* describe las condiciones de los obreros, y representa los esfuerzos que practican en balde, para que no les oprima la aristocracia del dinero: aunque muerta esta señora, desde hace cuatro años, las obras citadas y otras que no mencionamos, vivirán eternamente.

Nádie, empero, ha trabajado más por dicha clase obrera, que el cura protestante Charles Kingsley, hoy catedrático de historia moderna en la universidad de Cambridge, y autor de la novela extraordinariamente célebre, intitulada: *Alton Locke*, interesantísima como pocas, y en la que con portentoso talento hace conmover lo más hondo del corazon, con escenas de sufrimientos y miserias de los pobres, por quienes logra excitar poderosa simpatía, si bien á menudo entristece y aflige penosa é intensamente los ánimos.

Pocos autores, exceptuando á Mayhew en su libro sobre *El trabajo y los pobres en Lóndres*, se han ocupado más de los pobres, ni presentado tantas sombras de negrísimo color, que hacen resaltar las escenas brillantes de la vida de los ricos y poderosos. Las verdades que revela oprimen el pecho y nos crispan los nervios con horrible angustia. Reseña cómo millares de séres humanos, resultan aniquilados y triturados por el hambre y por el trabajo. Nos habla de privaciones, de enfermedades, de prostitucion, de crímenes, de todo linaje de envilecimiento físico y moral, á que parecen condenados sin misericordia los desgraciados nacidos en el último escalon de la sociedad inglesa. Para esos no hay esperanza, nacieron en la miseria y ésta, más ó ménos pronto, concluirá por anonadarlos. Educacion, religion, ideas políticas ó sociales, las

ciencias con su pompa y sus glorias, cuantos resultados han conseguido las luces y progresos modernos, todo lo ignoran y no es para ellos más que una fantasmagoría dedicada á la diversion de la gente rica. ¿Y de qué le serviria todo eso al que no puede lograr pan con qué sustentarse, aunque se mate trabajando? Tratar de distraer su miseria, sin darle pan, sería decepcion vana y cruel. C. Kingsley hace conocer la vida interna de esos hombres desdichados y las luchas por la existencia de una clase tan digna de compasion.

El citado C. Kingsley, poeta lírico, dramático, historiador, teólogo y economista, además de la anterior novela, ha escrito otras, bien del género aludido, ó bien históricas, de las cuales ántes se anotaran dos. Su obra más reciente *Hereward* es muy notable. En casi todas sus novelas, segun queda apuntado, y en sus otras composiciones, la actividad de este autor está consagrada á fines filantrópicos y á mejorar la suerte de la parte más pobre de la clase obrera, á la que intenta instruir para librarla de los males que la ignorancia engendra; pero las máximas que escribe y todo el sistema de C. Kingsley, á pesar del objeto á que se refiere, nada tiene de comun con las ideas socialistas de Francia y Alemania.

Henry Kingsley, hermano del autor que acabamos de citar, es otro novelista distinguido, cuyas obras tambien están coronadas por la aprobacion del público en Inglaterra. Cuantas novelas tiene escritas, desde la primera *Ravenshoe*, hasta la terminada poco há *Mademoiselle Mathilde*, lo mismo que las demás publicadas estos últimos años, que son *Austin Elliot*, *Geoffry Hamlyn*, *The Hillyars and the Burtons*, *Leighton Court* y otras várias, deleitan no sólo por su estilo vigoroso, sino merced tambien, tanto á su ausencia de afectacion y vulgaridad, como á lo delicado de los sentimientos, á la nobleza y alteza de numerosas ideas sublimes que, expresadas con elegancia y superior talento, en todas esas obras resplandecen.

Para el objeto de este artículo, que segun ántes indicamos, consiste en dar noticias, si bien incompletas, que al ménos no omitiesen ninguno de aquellos novelistas contemporáneos de la Gran Bretaña, cuyas obras, por sus cualidades sobresalientes hayan de pasar á la posteridad, nos falta el espacio necesario, aunque al desenvolver semejante programa, empleásemos observaciones tan condensadas, áridas y lacónicas como las precedentes. Ántes de escribir,

pues, sobre Dickens, Thackeray, Wilkie Collins y los demás novelistas que hoy dia gozan de celebridad extraordinaria y que destinamos para tema de nuestro siguiente artículo, en éste, forzosamente tenemos que callar sobre las novelas cuya calificacion con alguna palabra aquí corresponderia, de autores tan distinguidos como son los siguientes: Miss Landon aplaudida en su *Francesca Carrara* y en *Ethel Churchill*, cuadro brillante de la vida inglesa; Miss Ellen Pickering que sabe pintar con gran animacion los caractéres y argumentos en sus novelas intituladas *Who shall be Heir*, *The secret Foe* y *Sir Michael Maulet*; Mr. John Poole en su *Little Pedlington and the Pedlingtonias*; J. L. Peacock en su *Crotchet Castle* y demás novelas; Mr. Thomas Ingoldsby en *The Ingoldsby Legends*, y Douglas Ferrold en *Men of Character* y en otras obras, demuestran todos que saben manejar la sátira, el sarcasmo y la gracia cómica deliciosamente, en diálogos chispeantes, llenos de frases aceradas é incisivas, y en esquicios admirables de caractéres escéntricos y ridículos.

Tambien deberiamos haber apuntado algo de Thomas Miller (1), que nacido en la clase de artesanos, ha conquistado una gran reputacion como poeta, novelista y escritor de obras de otras clases. Sus novelas históricas *Fair Rosamond* y *Jane Grey*, son tan pintorescas en las descripciones, los argumentos se desenvuelven con tanta naturalidad y tienen toques tan patéticos y variados, que demuestran el talento grande de su autor. Las publicaciones de éste son numerosas, y entre las más populares se cuentan sus libros relativos al campo. Hoy dia escribe principalmente sobre política, para la prensa periódica.

George P. R. James, cuya última novela se ha publicado hace cuatro años, después de muerto su autor, figura entre los novelistas posteriores á Scott, como uno de los que más obras de este género tienen dadas á luz, pues se cuentan ciento veinte tomos de novelas suyas, la mayor parte históricas y muy leidas en Inglaterra y en Alemania, donde están traducidas. La inventiva de este autor parece que no tenia límites, sobresaliendo por la facilidad con que figura escenas variadas, incidentes, contratiempos, escaramu-

(1) Es curioso que del mismo apellido haya existido en Alemania otro novelista de gran celebridad. El aleman Miller, que murió de diácono en Ulm en 1814, es autor de *Siegwart*, donde abunda el sentimentalismo más intenso que jamás se ha visto, y de otras muchas novelas del mismo género, de poesías líricas, sermones religiosos, etc.

zas, zalagardas, batallas, duelos, desafíos, disfraces, fugas, justas y aventuras de todas clases. Acumula nombres, trajes, pertrechos de paz y de guerra, ceremonias de cuantos linajes pueden idearse, trenes y todo lo que atañe á la más completa indumentaria. Agotó todas las situaciones dramáticas y no hay vestimentas, muebles, ni utensilios que no tenga descritos. En reseñas heráldicas, de grandeza feudal y de ceremonias de la Edad Media, James no tiene rival. Mas su tendencia irresistible á amontonar detalles y particulares circunstanciados con minuciosidad, perjudican las formas artísticas y dañan las escenas donde las pasiones intensas exigen que se conmueva el corazon. Ningun novelista debiera olvidar lo que decia Alfred de Musset: *Ah! frappe-toi le cœur, c'est lá qu'est le génie.*

No omitiriamos por cierto, á no existir la causa citada, el anotar aquí algo respecto á otros muchos novelistas que escriben, bien sobre los diversos géneros enumerados al principio, ó bien acerca de muy distintos y variados argumentos de difícil clasificacion metódica; pero escritores todos que se levantan del nivel ordinario, siendo sus novelas importantes, con popularidad notable y extensa.

Siempre ha de ser rara la gloria de distinguirse por originalidad portentosa, inventiva superior y extraordinario talento; pero en ningun otro período de la literatura inglesa, una de las más ricas y grandes del mundo, se ha visto, como actualmente sucede, mayor abundancia de capacidad intelectual, conocimientos más profundos, ni imaginaciones más perfectas y brillantes, dedicadas en tan gran número á componer obras de ficcion.

Si Richardson, Fielding, Smollett, Sterne, Goldsmith, Mackenzie y otros novelistas ingleses alcanzaron gran renombre, en el siglo XVIII; si á principios del actual, Frances Burney, Ann Radcliffe, Mistress Inchbald, William Godwin, Miss Edgeworth, Miss Austen, Mistress Brunton, Mistress Hamilton, Lady Morgan, Walter Scott y otros, llegaron á tan descomunal y gran altura, que difícilmente podrá haber jamás quien los supere; hoy en dia, los autores nombrados en este artículo, y algunos que en el siguiente citarémos, demuestran que la novela en la Gran Bretaña, léjos de decaer, continúa siempre luciendo con claridad tan pura y brillo tan intenso, que sus resplandores circundan y alumbran toda la extension del mundo literario.

Que lean los autores nombrados en estos sumarios apuntes, cuan-

tos busquen novelas que no falsifican la historia y sean aficionados al movimiento y complicacion en narraciones peregrinas, á las emociones palpitantes de raros sucesos, incidentes, peripecias, catástrofes con escenas variadas, entretenidas y patéticas, y caractéres naturales habilmente contrastados. Fíjense en esas obras cuantos amen un espléndido colorido, inventiva dramática, encanto del misterio, sorpresa de aventuras, interes de pasion, angustia y tirantez en situaciones, que conmueven agradablemente el ánimo, suspenden hasta encumbrado punto la atencion y obligan á leerlas con incansable afan, sin descanso ni respiro, estimulando en grado prodigioso el apetito intelectual, deleitando el paladar del entendimiento más que todo manjar sabroso y delicado, al mismo tiempo que arrastran el alma ligada por mágicas cadenas de oro, perlas y brillantes, y la fascinan merced á cuanto es propio para hechizar y embelesar la imaginacion.

(*Se concluirá.*)

EMILIO HUELIN.

3 Enero 1870.

LAS GENERACIONES ARTÍSTICAS

EN

LA CIUDAD DE TOLEDO.

(Continuacion.)

VI.

Muerto Pedro Perez en 1275, la fábrica continuó dirigida por otros maestros cuyo nombre se ignora; y sólo á fines del siglo XIV se sabe que la dirigia Alvar Gomez, predecesor de Egas y Juan Guas, que la dieron por terminada en los mismos años en que el Renacimiento comenzaba á invadirlo todo.

Reinando D. Alfonso el Sábio, que habia nacido en Toledo y dejó allí recuerdos imperecederos, la ciudad recibe algunas modificaciones. El Rey habitó mucho tiempo los *Palacios de Galiana*, donde en union con los rabinos toledanos compuso el famoso *saber de astronomía*. Hé aquí convertidos en observatorios aquellos famosos recintos donde estaba el incomprensible oroloxio, sitio que la literatura caballeresca convirtió en retablo de Maese Pedro para mirar en él las figurillas de Galiana, Carlo-Magno y el feroz Bradamante. El noble destino que la permanencia en ellos de D. Alfonso les dió, no les ha salvado de llegar á ser uno de los más desapacibles lugares que pueden verse. ¡Cuantas generaciones han habitado en él! Para que fuera más rica su historia, era preciso que el Rey melancólico y desventurado llevara allí la ingratitud de su hijo y las congojas que la corona de Alemania le causó.

En este tiempo la basílica de Santa Leocadia, que conocemos desde hace seis siglos, experimenta una modificacion radical. Es la

última basílica latina que quedaba; pero al construirla como hoy está, los arquitectos conservaron su forma general primitiva, empleándola tambien en Santiago del Arrabal, casi coetáneo. Santa Leocadia es edificada de nueva planta, y en esta segunda forma se conserva la disposicion antigua, adoptando el ábside circular, que la influencia arábiga decora con tres séries de arcos de ladrillo, de un hermoso carácter bizantino. En Toledo abundan mucho estos ábsides, aunque algunos han sido cubiertos de una espesa capa de yeso ó bárbaramente mutilados por los arquitectos del siglo pasado, que han dejado en la antigua ciudad huellas harto tristes de su pedantesco dogmatismo.

Ahora Santa Leocadia nos presenta otra tradicion que, comparada con la que anteriormente referimos, nos manifiesta cuánto ha cambiado en seis siglos el sentimiento popular. Aquella, enteramente mística, concuerda bien con el espíritu de los primeros tiempos de la civilizacion cristiana, cuando no concluida aún la elaboracion de las creencias, aparece contínuamente la intervencion divina en todos los problemas que se plantean en este bajo mundo: pertenece á la época del milagro, á la época de la formacion de esa gran comunidad que se aumenta cada dia con miles de adeptos, á quienes sorprende lo bello de la doctrina y los hechos maravillosos que su práctica produce. La segunda tradicion es más humana; mejor dicho, puramente humana; porque pertenece á la época en que la gran comunidad está formada, y el hombre, ya tranquilo en lo que concierne á sus relaciones con Dios, se ocupa en arreglar sus asuntos mundanos, en dirimir sus querellas: pertenece á los tiempos de las luchas de los hombres, tiempos determinados por la aparicion de un sentimiento que desde entónces se apoderó del corazon humano subyugándolo con extraordinaria fuerza, el sentimiento del honor.

La iglesia citada impresionó siempre las imaginaciones populares. La edad caballeresca no podia ménos de referir á aquel sitio algunas de sus leyendas, como la que sirve de explicacion á la extraña actitud del Cristo que allí se venera. Cuentan que un caballero dió palabra de matrimonio á una jóven toledana. Ella era pobre, él hidalgo de ejecutoria; y como suele suceder en semejantes casos, los hombres, *máxime* si son de más elevada cuna que las doncellas, no ponen el mayor cuidado en cumplir juramentos hechos tal vez cuando la mente no tiene serenidad suficiente para

medir la gravedad de las palabras. Pero esta vez el galan dió su palabra ante el Cristo que en las puertas de la iglesia estaba, y la doncella lo puso por testigo, después de lo cual creyó sin duda que la fortaleza de su honor habia adquirido el más celoso alcaide. Pasa el tiempo y llega el instante en que fué preciso cumplir la promesa. El hombre se resiste: ella no sabe qué partido tomar, porque el único testigo es un Cristo de palo de quien no es razonable, ni aun en plena Edad Media, esperar una declaracion y una firma. Ella, sin embargo, llena de fé y angustia, lleva á su amante en presencia del Cristo, y pregunta á la divina imágen si no es cierto que aquel pérfido novio le dió palabra de casamiento. El Cristo entónces baja el brazo derecho en señal de asentimiento. El jóven lleno de estupor y miedo cumple su palabra y todo queda arreglado. El Cristo conservó inclinado el brazo derecho y hoy llama la atencion de todos por esta rara actitud, que no tiene ninguna explicacion racional.

El milagro, que es cosa esencial en todas las religiones positivas, aparece con toda su fuerza en las épocas de propaganda, y los libros santos le usan como principal elemento de conviccion. Cuando la propaganda es menor, porque la creencia se ha extendido y tiene pocos infieles que catequizar, vemos al milagro refugiarse en cosas más mundanas; y la Edad Media con sus costumbres rudas, sus groseros errores, su crasa ignorancia científica, su fé y su sencillez, le ofrece ancho campo, le acoge y le explota. Entónces se apodera de la literatura caballeresca, que por su índole especial necesita un uso excesivo de lo maravilloso: se difunden por Occidente los cuentos orientales, que usan tambien lo maravilloso, aunque más bien como un recurso apologético, y entónces el mundo se plaga de leyendas, en que las divinidades cristianas mezcladas en profano maridaje con sus divinidades de orígen oriental, tales como magos, sibilas, génios, gigantes, cachidiablos, grifos parlantes y encantadores, intervienen en los asuntos de los hombres, en sus contiendas, en sus luchas, y especialmente en todos aquellos accidentes á que dá lugar una falsa nocion del honor.

El milagro hace poco papel en el Renacimiento, iluminado por el buen sentido de la antigüedad; languidece después, para venir á morir en nuestros dias sin probabilidades de volver á preocupar al mundo.

La leyenda que hemos referido con su intervencion divina, con

su Cristo *ex-machina*, es una buena muestra del estado de las creencias en aquella época: en ella vemos sancionado el principio del honor por el testimonio de la divinidad cristiana, juez inmediato de las contiendas de los hombres, que ya no se contentan con referir á un juicio ulterior los hechos de la vida, sino que traen aquí abajo aquel tribunal augusto á fin de establecer mejor la jurisprudencia del decoro femenino, cuya nocion, enaltecida después por todos los poetas, y llevada á un extremo de susceptibilidad exquisita, fué importantísima para la perfeccion de las costumbres y la honradez de las familias.

Volvamos á la Catedral, que ya presenta un extraño fenómeno á la admiracion de los Muzárabes. Ellos vieron allí á los ochenta años de comenzada la obra una cosa rara, inusitada, en la puerta del *Niño Perdido*, que es la primera que se construyó; vieron una cosa de que no tenian idea, la escultura aplicada á la arquitectura. Ellos no conocian para la ornamentacion de los edificios más que los colores, el mosáico, la pintura y los adornos geométricos en que han hecho tantas maravillas: cuando más, usaban alguna decoracion de flores, hojas ó conchas aplastadas de muy rara forma, tomadas de los bizantinos; conocian los laberintos de fajas y rayas que á la vista oscilan, moviéndose como el espejismo de un delirio, y usaban tambien los *almocárabes*, parodia de los acantos greco-romanos y del antiguo capitel, que abriéndose paso ha recorrido todas las generaciones monumentales. ¡Cuán grande sería, pues, su sorpresa cuando vieron aquella muchedumbre de figurinas que pusieron los sucesores de Pedro Perez en la puerta del *Niño Perdido*, un pueblo entero de pequeñas estátuas colocadas en las tres ojivas concéntricas, como están los bienaventurados colocados en los cielos que inventó la poesía teológica de aquel tiempo! Vieron con estupor aquellas tres séries de pequeños tronos, cada uno con su estátua y su doselete, que es una miniatura de una torre; y estas séries doblándose en la direccion de la ojiva para abarcar el tímpano donde otro enjambre de cuerpos humanos representan allí, colocados en fila, dos de los pasajes más conocidos del Nuevo Testamento. Al mismo tiempo no podian ménos de contemplar con igual sorpresa la espléndida vegetacion que empezaba á desarrollarse en aquellas piedras, dotadas, al parecer, de toda la potencia generadora de la madre tierra; vieron los tréboles, tímidos aún y poco frondosos, las escarolas aún cha-

tas y poco desarrolladas, y junto á ellas los animalejos inverosímiles que empiezan á criarse en los huecos de todas las flores. Ellos no conocian otra cosa que los bárbaros cristos y groseras imágenes de la época latina; y esta aparicion de la puerta del *Niño perdido*, cuajada de formas diversas, llena de variadas representaciones de la naturaleza, fué como una luz para los pobres mozárabes, que en el arte habian heredado la antipatía iconoclasta de sus mayores.

La influencia del arte cristiano en el arte musulman es desde entónces decisiva. Para encontrarla, veamos la sinagoga del Tránsito, obra del siglo XIV, siglo fatal para Toledo que vió asesinados gran número de sus hijos, y ensangrentadas sus calles por las horribles luchas de los hijos de Alfonso XI.

Ya sabemos qué punto de la ciudad habitaban los Judíos. Allí existen las ruinas más tristes que posee Toledo. Pero entónces estaba allí el gran bazar de Occidente, resplandecia en sus casas el bienestar, la prosperidad y el lujo, lo mismo que en la Alcana, donde los más opulentos mercaderes llevaban sus artículos, y adonde concurrian de toda España por ser uno de los principales depósitos. Allí los tejedores de Segovia y de Cuenca llevaban ricos paños verdes y azules, no igualados por fábrica alguna; los armeros de la ciudad presentaban sus admirables hojas, célebres todavía; los Arabes baleares sus hermosas cerámicas, y los Murcianos y Andaluces sus sedas rojas y blancas, que después, con los recamados de oro y la brillante pasamanería, tambien de orígen arábigo, formaba las ricas vestiduras que tanto ennoblecieron la figura humana en aquellos tiempos. A la vez el Oriente tambien depositaba en la ciudad las especias, los inciensos, los celemines de perlas, que después vemos adornando, con profusion mundana, los cuellos de la Vírgen del Sagrario y de otras por el estilo: de Berbería venia el coral en abundancia; de Venecia las joyas esmaltadas; del Asia Menor el ámbar y la mirra, y de más allá del mar donde está la fabulosa isla Trapobana el oro y la plata, que después en los talleres de Sevilla y Toledo formaba los vasos sagrados, las empuñaduras, los marcos de trípticos, los ex-votos, los collares, los relicarios y demás objetos preciosos. En la misma ciudad multitud de artífices labraban esas finísimas cotas, eclipsadas después por las de Milan, los escudos cincelados y todos los objetos que con el acero domado y hecho más flexible que el papel por

las aguas del Tajo, dieron tanta preponderancia á la industria española.

Esas calles que hoy veis angostas, intransitables, formadas por altas paredes que van á desplomarse sobre el transeunte, calles donde sorprende encontrar un sér vivo, tristes y silenciosas, llenas de miedo por las noches, y aterradas siempre con la sombra del Marqués de Villena, eran entónces de agradable aspecto y sumamente pintorescas. Las sombreaban y daban frescura los toldos tendidos de uno á otro lado, las cortinas que, prendidas en todos los ajimeces, colgaban formando con su variedad de colores una risueña vista. Tiestos de flores habia en todas las ventanas; y en las tiendas servian de muestra y adorno esas telas orientales semejantes á los tapices de Persia, que por la profusion combinada de los colores, por su riqueza y maravilla parecen un lienzo de pared de cualquier sala de la Alhambra. Los avalorios, los flecos hechos con infinitas borlas de seda y trenzas y festones aparecian en todas partes, porque eran el principal adorno, y fueron de moda muchos siglos, conservándose aún en Andalucía un recuerdo de aquella magnificencia. En otras tiendas los metales preciosos, la alfarería de lujo, las mallas finísimas, los cueros suavizados y perfumados en Córdoba, los arneses, las lanas rojas y azules completaban aquel bazar inmenso, sin que faltaran enormes almendradas, predecesoras de los mazapanes de hoy, tortas y panes de especias, frutas secas y licores en pequeñas tiendas portátiles, conocidas desde léjos por el olor del azafran y de la nuez moscada.

Allí podríais ver los tipos característicos: del Árabe, delgado, enjuto, moreno; del Judío, grave, hermoso, pálido, con la barba bermeja y partida; del Castellano, pequeño, fornido, y de mirada inteligente y perspicaz; del Aragones, alto, fuerte, reconcentrado y austero.

Pues bien: los tiempos de la opulencia israelita en Toledo están marcados por la ereccion de un edificio que es la mejor muestra del lujo que entónces imperaba y de la esplendidez con que se realizaba toda clase de obras. El *Tránsito*, ó San Benito como hoy se llama, está en un extremo de la *Judería*, no léjos de Santa María la Blanca y de San Juan de los Reyes, y fué edificado por Samuel Leví, el tesorero de D. Pedro el Cruel, un millonario, un banquero semejante á los modernos Rostchild y Pereire. Esta sinagoga no se parece en nada á Santa María la Blanca; de más valor ar-

quitectónico, pero inferior por la riqueza de la ornamentacion y el lujo con que está decorada. Ya han desaparecido todas las antíguas basílicas latinas, y ya no se emplea aquella singular forma en la construccion de los templos. La arquitectura árabe ha adoptado ya la forma que usa en sus famosos palacios andaluces, la forma de *tarbea*, es decir, una gran lonja, un paralelógramo con elevadísimo techo, y cubiertas las paredes con toda clase de labores. Aquí la forma arquitectónica es pobrísima; pero las proporciones de aquel enorme salon son tan buenas, y su decoracion tan pomposa, que, de conservar los dorados y los colores, sería de un aspecto encantador. Por lo alto de la pared corre una faja, donde una multitud de columnas de diversos mármoles determinan una série de ajimeces ricamente labrados y con rejas de lo más ingeniosamente complicado que han hecho los Árabes. Bien se conoce aquí la influencia de la escultura cristiana, porque en las archivoltas de los pequeños arcos y en los entrepaños se desarrollan los pámpanos de una vid, y en todos los dibujos se descubren formas vegetales, desfiguradas sí, pero bastante claras para descubrir su filiacion enteramente gótica. Por todo el friso corre una inscripcion, una faja de esos hermosos garabatos de oro y azul, que parece haber trazado el dedo vacilante de un brujo; y encima de esta inscripcion se extiende el techo cuajado de riqueza, un artesonado que tiene las incrustaciones de nácar y marfil, como puede tener bordados de oro el trage de un Niño Jesus, un caudal enorme tirado al aire; techo del cual se puede hacer formar idea diciendo que es como las tapas de esos preciosos estuches que hoy se usan, pero con setenta piés de largo por treinta de ancho; una miniatura enorme, la filigrana empleada en dimensiones colosales.

Samuel Leví edificó junto al Tránsito su palacio, en cuyas cuevas guardaba sus inmensos tesoros. Posteriormente lo habitó, segun dicen, el Marques de Villena, y vacía de sacos de oro, se llenó la casa de redomas, potes y manuscritos. Allí atesoró el célebre alquimista toda la ciencia de su tiempo, y allí escribió las preciosas obras que la ignorancia y el fanatismo arrancaron á la posteridad y á la crítica moderna, quedando sólo el recuerdo de aquel hombre, ridiculizado por la tradicion, en opinion de hechicero y nigromántico. Aún se conserva memoria de él en aquel barrio, que parece maldito. Por mucho tiempo estuvieron inhabitados aquellos sitios, porque la gente, impresionada sin duda por el espantable

aspecto de las ruinas del palacio, daba en asegurar que á las altas horas de la noche se aparecia dando zancajos sobre los muros el Marqués de Villena rodeado de amarillenta luz, y con su séquito de redomas, brujas, papelotes y guarismos.

El reinado de D. Pedro el Cruel es aciago para nuestra ciudad. Doña Blanca fué encerrada por primera vez en el alcázar para ser trasladada después á Medinasidonia. La poblacion se dividió en bandos, y cuando las tropas de D. Enrique fueron sobre la ciudad, unos le abrieron las puertas por el puente de Alcántara, y otros se las cerraron por San Martin. Esto produjo una matanza horrible; y como si tantas desventuras no bastaran, viene después D. Pedro, y acusando de desafecta á la ciudad, comete en ella las mayores atrocidades, condena á morir degollados á una multitud de nobles, y sus tropas llevan á cabo un saqueo general, que sufren principalmente los Judíos y los tenderos de Alcana.

Pero esta época desastrosa deja allí, además de la opulenta sinagoga del Tránsito, otros edificios de mucha importancia, como son el palacio de D. Diego, construido por D. Enrique el Bastardo, y otras habitaciones señoriales de que aún se conservan algunos restos. En general, puede decirse que todos los nobles y personajes acaudalados adoptaron para sus palacios el estilo árabe-toledano, usándolo por todo el siglo XIV y áun en el XV, pues se conservan casas de ese género contemporáneas de *San Juan de los Reyes*. Lo que hoy se llama *Taller del moro* es el último resto de un soberbio palacio que debió ser de algun judío rico ó de algun noble castellano. El sistema arquitectónico aquí, como en los célebres palacios andaluces, es el de la *tarbea*, con sus primorosos techos, sus cornisas cuajadas de estalactitas y las paredes cubiertas de un riquísimo tapiz de oro, rojo y azul, que más bien que esculpido parece bordado por la más sutil aguja. *La casa dehesa*, el *arco del Rey D. Pedro* y el Colegio de Santa Catalina son de la misma época, y presentan la última evolucion de aquel arte tan rico, tan suntuoso, más propio para expresar los encantos y bienestar de la vida, que para servir de intérprete al misticismo y al sentimiento religioso. Por eso prevaleció en los palacios, donde el arte ojival ha sido siempre poco feliz, y no pudo luchar con éste en los edificios religiosos. La arquitectura gótica, implantada en la baja Castilla, tímida al principio, exótica, y, por decirlo así, impopular, adquirió á fines del siglo XIV una fuerza extraordinaria, aunque

su reinado no fué de larga duracion, porque el Renacimiento se apoderó bruscamente de toda España, y en poco tiempo verificó la trasformacion más completa.

VII.

La Catedral va desarrollando poco á poco su inmenso panorama interior, y unas tras otras las cinco naves van llegando á su límite, agrandándose cada vez más. Las dos de los extremos laterales se cierran primero; las dos que siguen, aspirando á mayor altura, se cierran más tarde; y por último, la central, que desea sobrepujar á todas, tarda mucho, y sólo á fines del siglo XV ve puestas las claves de sus últimas bóvedas. Las cuatro laterales se unen entre sí, costeando la central por detras del presbiterio y formando el ábside, donde la construccion gigantesca parece que se enrosca, violentando el corte de todas sus piedras y contrayendo todos sus pilares. Entre los machones han dejado los arquitectos unos huecos enormes, donde debia existir la pared, y en ellos, después de construido el enrejado de piedra, empieza maese Dolfin á poner sus pedazos de vidrios de colores, que forman figuras de santos, ángeles y querubes.

Los mozárabes quedan mudos de estupor al ver aquel lienzo de pared, abierto á la luz, sustituido por una cosa de fantasía, por un muro imaginario hecho con todos los colores y con un tejido de reflejos: ven aquellos grandes agujeros, por donde vestidas de fuego se asoman tantas figuras de otro mundo, y no pueden comprender cómo no habiendo realmente pared se sostienen las bóvedas y todo el cuerpo del edificio. Pero contemplando al exterior, advierten una cosa que les explica aquel enigma. La arquitectura gótica tiene de peculiar y característico el empleo de fuerzas disimuladas para sostenerse. Quiere afectar en el interior una gran ligereza, superior á la que puede obtenerse con todos los esfuerzos de la estereotomía, y reforzando los machones por fuera con la aplicacion ingeniosísima de los arcos botareles, puede suprimir, si quiere, el entrepaño, y abrir esas ventanas donde coloca esos hermosos cuadros de luz. Los Muzárabes admiraron aquel artificio que no conocian ni de oidas, y los arbotantes les parecian una andamiada permanente, una especie de brazos de piedra que sostenian el edificio.

Se hace después la puerta de Santa Catalina, una de las del cláustro, y aquí la escultura es más correcta que en la del Niño Perdido. Las flores se destacan más, y las figuras tienen más movimiento y soltura. La vivificacion de la piedra se hace lentamente, y los séres que en el siglo anterior eran informes y con cierta expresion de estupidez en las fisonomías, se pulimentan y hermosean, haciendo presentir la escultura del Renacimiento, ménos ideal y correcta que la clásica, pero más individual y expresiva. El cláustro aparece tambien entónces con sus cuatro grandes galerías destinadas al solaz y desahogo de la muchedumbre de clérigos que han de desempeñar los servicios del templo; y en él tienen lugar algunos hechos importantes de nuestra historia, como el ofrecimiento de la Corona de Castilla hecho á D. Fernando de Antequera, la renuncia de éste, y la proclamacion de D. Juan II. Al mismo tiempo que el cláustro, se desarrolla tambien el coro en su parte de sillería. Se colocan aquellos fustes de jaspes hermosísimos, pertenecientes sin duda á la antigua mezquita, y todo el ancho del muro se cubre de aquella extraña escultura tan ruda y prolija. Multitud de animales inverisímiles surgen de la piedra, enroscados en tallos diversos, y en union con ellos aparecen innumerables santos y representaciones simbólicas, grotescos los unos y expresando en sus toscos semblantes un misticismo alelado que les dá no sé que aire de petrificados habitantes del limbo; incomprensibles las otras como las fórmulas de la teología escolástica; y encima de todo esto asoman sus cuellos y sus alas ciertas figuras que son una monstruosa fusion del ángel y la esfinge, una especie de dragon injerto en Sibila, que está allí para expresar no sé qué enigmas, y que atrae siempre la atencion del espectador por su misteriosa forma y su actitud semejante á los de los animales de las gárgolas, que puestos en lo alto de los machones exteriores vomitan el agua de la lluvia.

Al mismo tiempo el altar mayor se va formando, y el decorado de su muro externo, semejante á una maravillosa cristalizacion, se desarrolla en pocos años. Es un cuerpo de edificio, una miniatura con sus zócalos, su columnaje, sus ventanas, su cornisamento y su crestería. Cada piedra de las que componen el zócalo, es un plinto en que descansa una estátua, cada estátua engendra un machon, cada dos machones una ojiva, cada ojiva un par de enjutas llenas de filigrana: sobre la cabeza de cada santo, se eleva nn doselete

que es otra miniatura, y contiene en pequeño todo un sistema arquitectónico: de cada doselete parte una aguja, y por toda la parte superior descuella, semejantes á las picas de un ejército, la série inacabable de puntas y minaretes en que van á resolverse todas las formas del edificio. Los santos aparecen colocados en filas como se suponen en el cielo las categorías de bienaventurados, todos extáticos y con ese ademan de estulticia é ingénua contemplacion que tiene la escultura de entónces. Todos tienen en la mano su signo característico, esa herramienta simbólica que distingue á Pedro de Pablo, á Andres de Lúcas, y sin la cual sería imposible distinguirlos unos de otros; tal es la semejanza y uniformidad de aquel arte rudo y primitivo. Todos tienen sus nimbos de oro, y en sus pedestales se enrosca la misma hiedra que ha echado raíces en todas las piedras, y en sus doseletes se extienden todas las escrescencias multiformes, que hacen de aquella superficie un musgo prodigioso. Por dentro la elaboracion de la capilla mayor es más lenta. Sin embargo, poco después de terminado y esculpido el Apocalipsis exterior, se colocan los sarcófagos de los Reyes Nuevos, que no reposan en el suelo, si no que, aspirando sin duda á una ascension corporal, quisieron en su vanidad subir llevándose el pesado artificio de sus sepulcros; y aparecen encaramados en lo alto de la pared, sostenidos como el Zancarron de la Meca por potencias magnéticas. Les rodean ciertos ángeles, en quienes se ha querido retratar la compuncion y la tristeza: los escudos cuelgan á un lado y otro: todos tienen en las manos sus luengas y terribles espadas, y á los piés el leon antiguo, esculpido con más formas de perro que de leon. Por una exigencia de la perspectiva, el arquitecto puso inclinadas hácia fuera las urnas cinerarias, y parece que las estátuas yacentes van á rodar al suelo con toda su máquina de escudos, coronas y leones. Junto á los nichos de los Reyes Viejos, se alzan las estátuas de varios monarcas, y en lugar preferente las de dos hombres humildes, el Alfaquí, de quien hablamos, y el Pastor de las Navas, que guió á D. Alfonso VIII en la batalla de las Navas. Estas dos estátuas tienen una ingenuidad encantadora, las dos parecen asustadas de verse en tan suntuoso recinto: la rudeza y simplicidad de la escultura ha sido esta vez un admirable medio de expresion, porque ha dado á los dos pobres hombres una actitud embarazosa que los señala entre los demás que adornan aquel sitio.

Llega, por último, un año memorable en la historia de España, el año 1492, en que los Reyes Católicos toman á Granada y descubre Cristóbal Colon el Nuevo Mundo. Entónces se cierran las últimas bóvedas de la catedral, y la obra en su parte arquitectónica se puede dar por terminada. Faltan las fábricas de las artes auxiliares que hacen de aquel templo un magnífico museo; faltan las obras de entalle y fundicion, los bronces, las pinturas, los retablos, los altares, los vidrios, los vasos y objetos del culto, y para esto se preparan una multitud de artistas que el Renacimiento ha traido é inspirado. Entónces empieza una emulacion que maravilla. Vemos que un solo hombre profesa artes tan diversas como la pintura y la estatuaria, sobresaliendo igualmente en las dos; y hay artista, perteneciente á la gran raza de los Benvenuttos y Berruguetes, que traza un edificio, lo construye, funde y cincela una verja, talla un púlpito de madera, pinta un retablo, hace vidrios de colores y labra una custodia. Tal era la fuerza de concepcion, la fecundidad y el ingenio en una época en que la tradicion gótica se habia unido al estudio de la antigüedad clásica para producir tantos prodigios.

Al acercarse el siglo XVI, el arte monumental entra en el período de su decadencia. Ensanchada la esfera de los conocimientos, hallándose en gran descrédito la teología escolástica, y en visible degradacion el misticismo, que tan grandes cosas ha producido en la Edad Media, la sociedad sufre una de las más notables crísis que registran los siglos. El estudio de las humanidades ha difundido una gran luz: las disputas religiosas han quebrantado la fé, y la gran tempestad que ha de venir más tarde sobre la Iglesia, se deja sentir con síntomas alarmantes. Por lo demás, el mundo se preocupa ménos de las cosas santas; ya no hay Moros que combatir, y la antigua fé que inspiró tantas empresas fabulosas, comienza á decaer. Ocurre que el estado de las cosas de Europa, el ensanche que á la esfera de accion del hombre ha dado el ilustre genoves, hacen que los hombres se preocupen más de lo que pasa en el mundo. Pronto se ha de formar el gran Imperio austriaco, y la aparicion de un poderoso soberano ha de encender contínuas guerras. La diplomacia se pone en juego, marchan los ejércitos, se activa la politica, Europa está sufriendo una conflagracion de ideas y de armas. La teología murió herida por las humanidades; el misticismo murió herido por la filosofía. Perece la literatura legenda-

ria á manos del buen sentido desarrollado por estudios sanos, y así como la caballería cayó cuan larga era con todo su aparato de inverisimilitudes ante la discreta sátira de Cervántes, huyeron tambien, se hundieron, fueron quebrantadas y rotas, como las figurillas del retablo de Maese Pedro, todas las ideas y entidades de la Edad Media. El resultado de esta trasformacion es bien claro en el arte monumental. La arquitectura gótica, que era la expresion de todo aquello, pereció tambien, acabándose para siempre la gran raza de catedrales que por tres siglos sintetizaron el pensamiento, el saber y los sentimientos de la humanidad. Ya de las entrañas de la tierra no se extraen esas enormes masas de piedras para unirlas y aglomerarlas formando esos cuerpos gigantescos que asombran por lo complejo de su construccion y el inmenso caudal de fuerza que se supone empleado en ellos. La familia de los grandes templos concluye entónces, y sólo Felipe II, que poseía el dinero de dos mundos y la más firme voluntad de que hay noticia, pudo construir, en pleno siglo XVI, el Escorial.

La arquitectura gótica espira cuando se verifica esa grande evolucion de la humanidad, y espira después de hacer su último esfuerzo en su postrera eflorescencia, después de dar su más hermoso desarrollo; perece ornada de flores, cubierta con todas sus galas, exuberante, rica, resplandeciente, con un lujo que llega al delirio. El cláustro de San Juan de los Reyes, de que después hablarémos, presenta esta última faz de aquel estilo prodigioso, lleno de variedad y armonía como la naturaleza.

Concluye el dominio de la piedra. Parece que el refinamiento en las costumbres, el mayor grado de cultura, la erudicion que ha invadido hasta el estudio de las artes, no son compatibles con el empleo de aquel material duro y tenaz. La construccion sillar, que tiene algo de ciclópeo, no se adapta á la nueva raza de artistas, en los cuales hay algo de afeminacion. Además, se quiere hacer mucho y pronto; ninguno se contenta con ser inventor y trazador de una fábrica que no ha de ver concluida. El artista se encariña con su obra, quiere hacerla toda con su propia mano, expresar su pensamiento fácilmente; nacen los talleres, y son abandonadas las canteras; se adoptan materiales ménos ingratos que la piedra, y aparecen esas maravillosas artes del Renacimiento, los vasos, la platería, la ferretería, los bronces cincelados y fundidos, la escultura en madera, y como complemento y última expresion del in-

dividualismo en el arte del dibujo, aparece con extraordinario vigor la pintura, con su fácil procedimiento, su sencillez y encanto del color que en poco tiempo la hace tan popular.

El arte ojival, arrojado de la arquitectura, arrojado de la piedra, se refugia en la madera y en las artes de adorno, se ocupa por mucho tiempo en modelar las sillas corales, los facistoles, los retablos, donde hace el último alarde de su fecundidad y riqueza. Llega un tiempo en que sus formas se confunden con las greco-romanas, y mútuamente se prestan los dos estilos, aquél su multiplicidad y su delicadeza, éste sus proporciones y su gracia. Pero en tanto, ¿qué se ha hecho de aquel pobre arte muzárabe que dejamos allá en los palacios señoriales del siglo XIV, que todavía existe fuerte en su aplicacion, con vida propia, creando sus mejores magnificencias, y dueño aún de sí mismo? Viene tambien á tomar parte en la fusion del Renacimiento. En Toledo, la multitud de artes complementarias, como el entalle, la carpintería de lo blanco, la pintura mural, la fundicion de metales preciosos, y la ferretería, conservan siempre la influencia muzárabe. En la Catedral han dejado todas estas artes, nacidas del arte monumental de la Edad Media al calor de las ideas de Italia, sus mejores obras. Las verémos cuando, siguiendo el desarrollo de los monumentos de la ciudad, hayamos concluido todo lo que en ella se hizo con piedras y ladrillo; cuando, después de asistir al último esfuerzo de la mecánica y de la estereotomía, lleguemos á la época del pincel y el buril.

VIII.

La puerta de los Leones es quizá el trozo más bello que contiene la Catedral. Muestra de lo que podia crear el arte ojival en el siglo XV, lleva en sí tambien los gérmenes de aquel excesivo desarrollo que después habia de extinguir su genio. La escultura, como la de la puerta del Perdon, es más correcta que en las del *Niño Perdido* y Santa Catalina: se destacan las figuras de la superficie de la piedra con más soltura; sus miembros se modelan, pierden sus fisonomías aquella expresion de estupidez que ántes tenian; los trages se pliegan con holgura y desembarazo, y por lo general hay más variedad en las actitudes. Al mismo tiempo las hojas se despliegan, las flores se han desarrollado, los capullos son

ya flores, los tallos se han abierto y enroscado. A la antigua disposicion angulosa y chata de todas las formas, ha sustituido una morbidez y una ondulacion que tienen algo de voluptuoso. Esto nos lleva necesariamente á hablar de San Juan de los Reyes, monumento de inestimable mérito, que elevó la piedad de los Reyes Católicos en cumplimiento de un voto hecho por la terminacion de la guerra de Portugal. Su cláustro tiene una fama universal: es quizá el trozo de arquitectura española de que corren más estampas y reproducciones por el extranjero, existiendo como modelo en todas las escuelas de Francia. En esto hay una especie de reparacion, porque los Franceses lo mutilaron y destruyeron, dejándolo después de la invasion en el estado en que hoy se encuentra, desmantelado, roto, con todas las figuras sin cabeza, y despuntadas todas las hojas del follaje, como si una hoz bárbara y profana hubiera pasado por allí. La iglesia, aunque de gran belleza, es inferior al cláustro, obra única en su género, perfecta, si cabe perfeccion en lo que hacen los hombres. En éste, la aplicacion del gótico florido está hecha con el más sano criterio, con la mayor fuerza y unidad: en aquella, hay muchas cosas exóticas, como son algunas formas bien poco disimuladas del arte árabe, puestas al lado de las ojivales sin transicion, sin maridaje, sin ingenio en fin. La iglesia es suntuosísima, y su decoracion es de una riqueza y prolijidad maravillosa. En el cláustro hay todo esto y mucha más gracia. Nada impresiona más que el entrar en aquellas galerías, de poca extension, de estrecha perspectiva, pero que contienen desarrollados en sus arcos y machones mundos enteros de vida, infinitas formas naturales puestas con tal método, con tal arte, que, á pesar de su profusion, no parece allí contrariado el precepto de la sobriedad en los adornos. Verdad es que allí los adornos no son accidentales: constituyen un sistema, es la eflorescencia de la arquitectura, que, habiendo apurado ya todas las formas generales, y buscando siempre nuevos medios de expresion, cansada—digámoslo así—de expresar un vago ideal y una belleza poco determinada, tiende á expresar la naturaleza directa, tiende al realismo, á la imitacion, y prepara el período en que, descomponiéndose por un esfuerzo excesivo, salen de ella con nuevo vigor la escultura y la pintura. El famoso cláustro indica esa evolucion del arte, dirigiéndose á la realidad y al individualismo para dar orígen á la buena nueva del Renacimiento. Allí los follajes son tan lozanos, tan

vivos, que parece que un sol tropical les ha dado el más exuberante desarrollo.

En estos países meridionales, donde estamos acostumbrados á las reverberaciones de la arquitectura oriental, llena de colores, de oro, luminosa y caliente como si el sol de Andalucía modelara y encendiera contínuamente la portentosa cerámica con que están cubiertas las paredes, no podemos ménos de ver con asombro las construcciones del gótico florido, que, como en San Juan de los Reyes, presentan modificadas las primitivas formas que han traido del Norte por la influencia local que alcanza á todas las cosas. Parece que todos aquellos tréboles, aquellas escarolas, aquellos tallos han sido en su orígen chatos, débiles y raquíticos, simples ornatos de la arquitectura; y que después, recibiendo en la série de los años los rayos del sol de Castilla, se han desarrollado, encontrando un fecundo jugo en las entrañas de la piedra, se han abierto y enroscado, cubriéndolo todo, como las yerbas trepadoras que, estimuladas por la humedad y el sol, se extienden, ahogando el árbol en que se apoyan. Del seno de estas formas vegetales parece que el mismo calor natural ha hecho salir la muchedumbre de séres animales que no pertenecen á ninguna categoría zoológica, séres inverisímiles debidos á la generacion espontánea que parece residir en la parte fecundísima de la piedra. Estos bichos, que habitan en los cálices de todas las flores, son en cantidad enorme: el espectador les ve asomados en sus grutas de follaje, y diria que al sentir sus pasos van á esconderse agitando los tréboles sutilísimos que cuelgan aquí y allí. En cuanto á la ejecucion de esta obra incomparable, bien se ve que es el último grado de destreza á que puede llegar el artífice humano: todas las figuras animales y vegetales están labradas en hueco; la luz entra y sale por detrás de los objetos, aislándolos y dándoles esa trasparencia que tanto caracteriza las paredes del cláustro. Todo el recinto es melancólico, tranquilo, y convida á la devocion prudente y sensata. No es un sitio de horror como los cláustros románicos de Cluny y el Cister; es un cláustro del siglo XV, un poco mundano ya, bastante apegado á la vida, no tan refractario á la naturaleza. En el centro crecen unas flores modestas, y el agua de una fuente, cayendo en un pequeño pilon, produce la más grata armonía. Allí se piensa en las cosas santas; pero se ama la vida, porque el sitio convida al reposo y á la meditacion, al mismo tiem-

po que seduce la vista y adormece los sentidos. De este cláustro salió para ser Consejero de los Reyes Católicos el Cardenal Cisneros, y no hay duda de que los pobres seráficos que habitaban tan apacible mansion no eran personas de muy arregladas costumbres, porque conocidos son los esfuerzos que para reformar y moralizar la Orden hizo el ilustre vencedor de Orán.

La iglesia no iguala al cláustro, á pesar de su belleza. No sé qué hay allí de discordante y anómalo. Es de admirar el crucero, el ábside y las dos elegantes tribunas que hay en los machones del arco toral de la nave. El exterior ofrece una agradable perspectiva por la crestería del crucero, las agujas y los arcos botareles. Pero no es aquello, á pesar de su magnificencia, el puro y genuino monumento ojival, severo y airoso, con todas sus formas resueltas en pirámides agudísimas, con sus machones esculpidos y sus arcadas llenas de figuras. En el exterior de San Juan de los Reyes no estuvo Juan Guas, su inmortal arquitecto, tan feliz como en el cláustro: son, sin embargo, muy esbeltas las paredes del ábside, y hacen muy buen efecto las figuras de los heraldos que, en vez de santos, hay en todos los machones; heraldos que son padres de los que después vemos en la puerta del alcázar de Cárlos V.

Dos particularidades, además de lo que hemos descrito, encuentra hoy el viajero en el célebre monasterio. Una es la puerta que comunica con el cláustro, y que sustenta una cruz y dos estátuas, que suponen ser los retratos de Fernando é Isabel, trazados por la piadosa inventiva del autor en la Vírgen y San Juan Evangelista. Otra es la terrible alegoría que por voluntad expresa de la misma Reina se puso en el comedor de los pobres frailes. Sobre la puerta hay un nicho horizontal, y en él una figura, esculpida con horrible verdad, que representa un cadáver en estado de putrefaccion. La escultura repugna y aterra, porque el color que los años han dado á la piedra contribuye á hacerla más espantosa. Así los discípulos del Seráfico, cuyo fuerte no era en aquellos tiempos la templanza, tenian siempre ante la vista, miéntras comian, la imágen de la muerte con todo el horror de la idea y toda la repugnancia de la forma. Esto, sin embargo, no debió producir mucho efecto; porque Cisneros, ya lo hemos dicho, se vió en grande aprieto para corregir las costumbres de sus cofrades, que eran cada vez peores.

Para dar el último adios á la aquitectura ojival, hemos de volver á la Catedral, donde el retablo mayor nos ofrece su página postrera. Ya ha perdido el reinado de la piedra, y se refugia en la madera, más dócil al cincel, más propia para obedecer los caprichos de aquel arte que ya ha llegado al delirio, y necesita lo más blando, lo más sutil, la cera, para expresar la multitud infinita de sus formas. Donde conocimos los sepulcros de los Reyes Viejos y las estátuas del Alfaqui y el Pastor de las Navas, se construye este retablo, para lo cual es preciso remover los sarcófagos y ensanchar la capilla: los escultores necesitan un espacio inmenso, de todo el alto y todo el ancho de la nave central para desarrollar aquel panorama, que es el Nuevo Testamento y el *Flos Sanctorum* grabado y pintado. Allí está todo, desde el Nacimiento hasta la Pasion, que ocupa el centro en la parte más elevada: y en todas las columnas que dividen los veinte espacios ó casetones del retablo, una muchedumbre, un hormiguero de santos de ámbos sexos y de todas categorías. Puede decirse que es un catálogo completo de la iconografía cristiana, un panorama artístico de la religion; porque cuantas personificaciones ha hecho el idealismo y la teología están allí expresadas. Veintisiete artistas trabajaron en esta enciclopedia, y sólo con tanta gente y el empeño de Cisneros, cuya resolucion se probó en la Biblia Políglota, podia construirse en cuatro años. El material es madera pura, pintada y dorada, lo que llamaban entónces *encarnacion* y *estofado*. Las figuras están pintadas con su color natural, anunciando la escultura en madera, que tan bellas obras produjo entónces, y que después, por su fácil procedimiento, llenó de mamarrachos á España. La arquitectura ha muerto ya: viendo gastadas y perdidas sus formas, recurre á todos los medios para parecer bella, y se pinta como las viejas. Cesó el imperio de la piedra, y empiezan las artes del Renacimiento, y con ellas la pintura, que más tarde lo sintetizará todo, como ántes lo sintetizó la arquitectura. El arte ojival, que aún conserva alguna vitalidad después del período terciario ó florido, se resuelve en el retablo, que es una transicion. Con esas escuálidas figuras y esos *estofados* de oro, que crearon un pincel tímido aún, y un buril sumamente delicado, acaba el gran arte y aparecen los gérmenes de otro nuevo. Eso es lo que hemos de ver en el resto del artículo.

IX.

A principios del siglo XVI, en los años en que Cárlos V refrenaba en Castilla las Comunidades y encendia las guerras de Italia que habian de durar tanto; cuando los primeros conquistadores de América añadian cada mes un nuevo imperio á la corona de España, volvia de Italia Alonso de Berruguete, lleno de ilusiones y cargado de modelos, trayendo en la memoria más formas y más ideas de arte que dibujos en su cartera y vaciados en su cofre. Allá habia trabajado con Miguel Angel, con el cual le unia ese parentesco espiritual, que tanto asemeja física y moralmente á hombres nacidos en distintos lugares y de diferentes madres. Berruguete tenia, como el célebre Buonarrotti, la voluntad poderosa, la fecundidad, la confeccion del ideal en formas colosales, la grandeza de ideas, la universalidad de conocimientos, la rudeza de carácter, la fuerte constitucion corporal, y ese entusiasmo exclusivo por su arte, ese amor llevado al fanatismo que da un sello viril á todas sus obras, y que, difundido á los discípulos, tiene fuerza bastante para crear esa raza de artistas que vieron Italia y España en aquella centuria.

Cuando Berruguete volvió á España, encontró un terreno vírgen, un campo sin obstáculos ni estorbos, propio para edificar pronto y bien; encontró mucho entusiasmo, bastante fe religiosa y grande aficion á las artes, munificencia y cultura en los soberanos, en los magnates y cabildos, muchos medios de ejecucion y mucho dinero. Verémos lo que con esto hizo su extraordinario génio. Verdad es que no encontró los grandes modelos de la antigüedad, que entónces servian de norma en Italia y que él estudió con amor; pero en cambio encontró lo que en Italia no habia, ó se encontraba escasamente en Sicilia, es decir, la variedad infinita de las formas orientales, y la original fusion y armonía que de ellas y del dibujo ojival se habia formado. Cuando él volvió, el gótico florido dominaba aún con gran fuerza, especialmente en los retablos, que se pintaban aún segun la enseñanza que dejó en Andalucía Juan Eych. Querer implantar aquí en toda su pureza el Renacimiento italiano, hijo directo de la antigüedad con sus formas puras y su repulsion al decorado prolijo que creó y llevó á un extremo de delirio el ro-

manticismo místico de la Edad Media, hubiera sido empresa arriesgada. Las principales poblaciones de España eran refractarias á aquel estilo que les habia de parecer desnudo y pobre. Las ciudades de Andalucía y de la baja Castilla tenian, á causa de la civilizacion musulmana, costumbres y gustos enteramente orientales; y las del Norte en Leon y Astúrias y tierra de Búrgos, se habian encariñado tanto con las creaciones ojivales de la buena época, con los sombríos monasterios románicos, con las viejas abadías y las catedrales del siglo XIII, que no era posible la adopcion del nuevo órden, que trascendia á cosa pagana y arte de infieles.

Así es que España, como Francia, no aceptó la grande obra del Renacimiento italiano, sino adaptándola á sus tradiciones, reformándola caprichosamente. Si los Mozárabes vieron con estupor elevarse los pilares góticos de la Catedral, más extrañeza les causa á los buenos estofadores de retablos ver elevarse los hermosos fustes de la columna corintia, sustentando el arco de medio punto y la triple cornisa, adornada de grecas y relieves. Atenuaba la sorpresa de esta aparicion el ver que los animalejos fantásticos y la vistosa flora que habian admirado en el claustro de San Juan de los Reyes, tomaba posesion tambien del órden greco-romano, recien traido de Italia. Pero aún el órden antiguo ha de doblegarse más todavía, sumiso y condescendiente á las exigencias de los alarifes y estofadores: los fustes se adelgazan y estiran abandonando las medidas de Vitrubio, todas las formas se espiritualizan y se da ancho campo y rienda suelta al génio de la escultura, que en Italia se emplea con discreta sobriedad en los monumentos. La escultura decorativa sufre sin embargo una trasformacien realizada por las cosas nuevas que en sus cartones ha traido Berruguete de Roma. En vez de las figuras apocalípticas imitadas de las viejas gárgolas, se ponen unos dragones alados de singular elegancia: á las esculturas místicas de santos y arcángeles, suceden unos hombrecillos con piés de cabra, desvergonzados sátiros que sacaron allá de las ruinas romanas, y que después lo invaden todo, iglesias, capillas y altares: á las cabeceras de ángel lacrimoso y escuálido, sustituyen unas á modo de cabezas de Medusa ó bustos de Antinóo que ocupan todas las enjutas, y en todas las cornisas y en todas las pilastras aparece el candelabro griego, y la jamba ondulante, robusta, cubierta de vastas hojas como un acanto ó de escamas como una culebra. Acabáronse las líneas verticales multiplicadas y reunidas

en haces, para resolverse después en agudas puntas erizadas de crestería; y ahora dominan las ámplias líneas horizontales que no fatigan la vista: los cornisamentos de los retablos, llenos de picos resplandecientes como cordilleras de oro, caen para dejar el puesto á los áticos, á las balaustradas y á los antepechos. Además como en aquella época de confusion y de crísis predominaban las artes que tenian por material la madera, la plata, el marfil, el bronce y los jaspes, el estilo arquitectónico, que ya no tenia grandes monumentos que hacer, afectó naturalmente esa prolijidad que le hizo tan rico y elegante, dándole el gérmen de que proceden el entalle, la fundicion artística, la cerámica, la pintura, el vaciado y todas las maravillosas artes del Renacimiento.

La mejor muestra del nuevo estilo importado por Berruguete, es el coro de la Catedral, que hizo en colaboracion con Felipe de Borgoña, siendo hoy objeto de mil controversias cuál de los dos sobrepujó al otro. No se ha verificado jamás un certámen tan magnífico, ni vieron nunca las artes lidiar en su palenque á dos tan valientes campeones. Ese coro, de fama imperecedera, ha quedado como muestra del Renacimiento español, que ostentó allí toda su magnificencia. Antes de examinar la sillería alta, que es la obra de Berruguete y Borgoña, veamos la baja, muy anterior á la vuelta de Italia de aquel grande ingénio, obra impregnada aún de goticismo y notable por la ingénua extravagancia de su escultura, que prueba, ó un candor nada comun en los artistas, ó una malicia que no se comprende cómo fué tolerada por los cabildos de aquella época. La historia de las guerras de Granada, que está esculpida en el respaldo de los asientos, es séria y de ménos importancia que la escultura decorativa de los sillones y de las escaleras. Los bajo-relieves historiados tienen la importancia que les dan los muchos datos de indumentaria y de armamentos que contienen; pero ni los grupos tienen acertada disposicion, ni las figuras se distinguen por su altura y elegancia. Lo curioso y verdaderamente notable es, la multitud de detalles picarescos que adornan los brazos de las sillas. Con una ingenuidad encantadora retrataron allí la corrupcion de los monacales de aquella época, esculpiendo un fraile con orejas de asno, progenitor sin duda de aquella raza de Gerundios que tan bien satirizó otro fraile en el siglo pasado. Vários monos hacen equilibrios en otro sitio y en un rincon está el perrero de la catedral, látigo en mano y sério como un arzobispo.

¿Es esto una burla, ó una franqueza humorística, ó una candidez de maestre Rodrigo el escultor de esta pieza? De todos modos aquello es un sainete que hace recordar las escenas picarescas que con intervencion de frailes y clérigos retratan la poesía tan picante como sencilla de aquel tiempo.

La sillería alta es la gran creacion de un arte vigoroso y sano, vivificada por el criterio artístico que falta en obras anteriores; arte que trae la fuerza de las ideas nuevas, y que en su primer ensayo se presenta desde luego majestuoso y completo. Se compone de setenta sillas puestas bajo igual número de arcos sostenidos por un columnaje de jaspe que forma un cuerpo de edificio; en el tímpano de cada arco y sobre la silla hay una figura tallada en madera, y en cada entrepaño del segundo cuerpo que corre sobre la cornisa, otra esculpida en alabastro. Las treinta y cinco sillas del Evangelio son de Borgoña; las treinta y cinco de la Epístola y la central del Arzobispo, de Berruguete. Sobresalen en esta obra incomparable las esculturas, que no son ya aquellas agarrotadas y estupefactas que hemos visto en las antiguas estátuas, llenas de timidez y confusion; son las hermosas figuras modeladas por la singular anatomía de Miguel Angel, segun el ideal antiguo. Variedad en las actitudes, amplitud en las formas, soltura y verdad en los ropajes, expresion serena en los semblantes, proporcion admirable en los miembros, todas las cualidades de la buena escultura se reunen en aquel vasto museo, siendo de notar que, las obras de Berruguete son más viriles, más robustas, de más atrevida concepcion y de más acentuados contornos que las de Borgoña, las cuales tienen en cambio más gracia y serenidad. Los del primero son todas hercúleas, segun el viril dibujo que le enseñó el de la capilla Sixtina: las del segundo son más modestas, como creacion, pero de más acabada y correcta forma. Bien se echa de ver que Berruguete adoraba el Laocoon que trajo de Italia vaciado por él mismo, y de seguro Borgoña era apasionado del Antinóo.

La trasformacion que Berruguete determina en España, como arquitecto y como escultor, es bien clara. El arte de construir no creó en mano suya ninguna obra de primer órden. Verdad es que ya no se hacian grandes catedrales, y sólo vemos de esa época puertas, capillas, algun pequeño frontispicio para completar obras superiores: en resúmen, la arquitectura de los tiempos de Berruguete y el género llamado plateresco, á que dió orígen, son esen-

cialmente decorativos. En esto cedió Berruguete al influjo de su época, ocupada en terminar lo antiguo y no deseosa de emprender fábricas nuevas, época dada al lujo, en que empleaba grandes tesoros: los hombres en ella viven más aprisa, porque el mundo está agitado por nuevas ideas, por las guerras y por la política; no tienen paciencia para emprender la ereccion secular de grandes monumentos. Así es que el célebre artista que traia en la mente tal vez una basílica de San Pedro ó una capilla Sixtina, no realizó en arquitectura sus ideales. Aplicó la forma antigua é introdujo los órdenes olvidados, y sus discípulos y sucesores, tomándole por modelo y adoptando su maravillosa escultura, difundieron el estilo que lleva su nombre. Pero si en la arquitectura apénas pudo verificar una verdadera innovacion, contentándose simplemente con asociar sus conocimientos de lo antiguo al arte decorativo y pintoresco, cuyas tradiciones, fuertemente arraigadas, no podian desaparecer, en cambio su influencia fué decisiva en la escultura, que profesó como un gran maestro. Todas las estátuas de Berruguete tienen el encanto de la forma: en las del coro, las figuras, aunque vestidas, revelan á primera vista la ciencia del desnudo que su autor poseia. Todas tienen la nobleza de actitud, y la expresion varonil que caracterizan la escultura del Renacimiento en Italia. Parecerian enteramente paganas por la preferencia dada á la elegancia de las formas y por el artificioso plegado de los trajes talares, sino carecieran de aquella serenidad imperturbable y majestuosa del arte griego. Estas figuras son hijas de aquella familia de gigantes que creó Miguel Ángel, criaturas hercúleas, que aparecen siempre en las actitudes más difíciles para el dibujo, con cierta violencia sublime, con una agitacion que aterra; contraidas por los esfuerzos de no sé qué gimnasia fantástica. Una de las bellas obras de Berruguete es el sepulcro del cardenal Tavera, en el hospital de San Juan. Adoptó la forma gótica, la estátua yacente, remedo del cadáver, expresado con un realismo excesivo. Pero él modificó este sistema, haciendo la caja del sepulcro segun la manera ideal y simbólica que se usaba en Italia, y puso cuatro alegorías en los extremos, que son cuatro obras maestras. Prescindiendo de la estátua yacente, que es exacta copia del cadáver, como se usaba en las sepulturas ojivales, y está muy bien ejecutada, el mausoleo de Tavera es una obra acabada en su género. En la ornamentacion empleó el escultor una porcion de ele-

mentos que hoy la sana crítica repugnaria; pero que entónces se usaban sin escrúpulo en Italia y en España, por ser lo más bello que se habia aprendido de la antigüedad; en el zócalo hay unos centauros y unos camafeos que no tienen nada de cristianos; pero en cambio ¡qué uncion y que sentimiento hay en los ángeles que adornan los medallones laterales, y qué serenidad en las cuatro águilas que tambien contornean los cuatro ángulos! En todo hay mucho de pagano, contrastando visiblemente la caja con la estátua yacente, de una realidad chocante; pero una cosa y otra están admirablemente ejecutadas.

El grande artista español dejó un estilo decorativo muy característico. Los frisos, las enjutas, las pilastras y los zócalos de todo lo que entónces se hacía, especialmente puertas, retablos, y pequeñas construcciones, aparecen engalanados con multitud de formas, que pueden llamarse miniaturas de las que empleó Miguel Angel en las célebres pechinas de la capilla Sixtina. La figura humana, dispuesta en grupos de dos, aparece reproducida hasta lo infinito: vénse estos pares, ya sean atletas, ángeles ó genios, dispuestos simétricamente á un lado y otro de un candelabro, y se repiten variando la posicion de las manos, de las piernas, de los cuerpos, formando singulares juegos que parecen de gimnasia. Así hace gala el artista de sus conocimientos anatómicos; y en su desprecio por toda forma que no es humana, la asocia á la ornamentacion vegetal, poniendo hojas que terminan en cabeza de ángel, y á veces flores que tienen por pistilos un par de piernas. Estos cuerpecillos ingeniosos invaden después todas las artes, los bronces, la platería, el entalle, la cerámica, y vemos siempre los pares de atletas retorciéndose en las asas de los vasos, en las estanterías y en los facistoles; el águila es adoptada para los atriles de coro, y las cabezas de guerrero con cascos aparecen perpétuamente en los casetones de los armarios y aun en las tapas incrustadas de los libros. Puede verse una muestra completa de este género de decoracion en la puerta de la *Presentacion,* que comunica la Catedral con su cláustro.

Parecerá que ya no queda nada de aquel antiguo arte mozárabe tan original, tan rico y pintoresco. Pues á pesar de las innovaciones, á pesar de la grande escuela desarrollada á principios del siglo XVI, todavía existe; los grandes señores le usan todavía en sus grandes palacios, y en la misma Catedral, frente á frente al

gótico florido y á las primeras aspiraciones del Renacimiento, se atreve á poner sus lacerias y alicatados, desafiando allí, donde es extranjero y exótico, las grandes manifestaciones del arte cristiano y del pagano, que ya llega exigente y poderoso. Sí: poco ántes de volver Berruguete de Italia, se construye la sala capitular, donde los alarifes hacen su último esfuerzo. Pero allí han trabajado todos de consuno, y se ha verificado una reconciliacion. El arco es enteramente árabe, cubre las paredes una ebanistería prodigiosa de los mejores tiempos de lo plateresco, y el techo es uno de esos artesonados de Lopez Arenas, el autor de *La Carpintería de lo blanco*. Este techo es un tapiz formado con trozos de madera, oro, rojo y azul, un tejido de líneas, que proceden de los nácares del Transito, pero que son más pintorescas y si se quiere más árabes por la viveza del color y lo complicado y laberíntico de su disposicion.

En la mitad del siglo XVI, el desarrollo de las artes del lujo es portentoso. El génio de Berruguete parece como que se inoculó en todos, creando otros tan universales como él. Entónces la necesidad de decorar y el afan de ostentar las magnificencias por todas partes, estímuló á los fabricantes de bronces, á los entalladores y á los plateros; las catedrales rivalizaban en lujo artístico y querian eclipsarse unas á otras. Al mismo tiempo vemos confundidas las profesiones y practicadas por un mismo artista, no sólo las tres nobles artes, sino todas las que les sirven de complemento y ornato. Sin salir del coro y de la capilla mayor de la Catedral, podrémos ver el más completo museo de lo que aquella época produjo, siendo aquel un palenque donde las obras de los más célebres ingenios parece que quieren confundirse y oscurecerse unas á otras. Lo que Berruguete hizo en la madera, lo hizo Francisco Villalpando en el bronce, y así como aquel trabajó en competencia con Borgoña, éste tuvo por rival á Domingo de Céspedes. Pero en estos no es tan difícil asignar la palma de la victoria. La reja de Villalpando es muy superior á la de su competidor. En una y otra, especialmente en la de la capilla mayor, que es la principal, tiene la escultura un importante papel, y asombra que en material tan duro pudiera el cincel más tenaz labrar tantas maravillas. El gusto plateresco y la decoracion introducida por Berruguete dominan allí, siendo de notar las soberbias cariátides doradas del segundo cuerpo, hijas legítimas de las griegas. Pero todo lo pagano que allí puede ha-

ber, está redimido por el enorme Cristo dorado que remata la verja, el cual resplandece allá arriba como una aparicion; y por un extraño efecto de óptica, parece que se refleja en medio del espacio, produciendo una ilusion luminosa aquel otro Cristo colosal que termina el retablo mayor. Los púlpitos y la reja del coro (obra de Céspedes), lo mismo que las hojas de la puerta de los Leones, los atriles, el facistol y el pequeño altar *de prima* y todos los accesorios del culto que hay en el centro del templo, son prodigios de riqueza, de lujo, de arte exquisito y primorosa ejecucion. Productos todos de imaginaciones meridionales, llevan en sus infinitos detalles el sello de una inagotable inventiva; revelan un refinamiento de costumbres y una cultura que no nos presenta el arte de otras épocas más adelantadas; y casi puede decirse que la índole de su estilo les hace más propios de los palacios de los reyes, que de aquel sitio donde la humildad debe tener su asiento, y debe la modestia haber hecho su habitacion. ¿Qué impresion produce el coro de la Catedral de Toledo? ¿Sumerge el alma en la meditacion, incita al recogimiento y á esa suave melancolía que despiertan las cosas santas? No; porque es un alarde del lujo más deslumbrador, es el mejor producto de un arte, no austero y recogido como el de la Edad Media, sino magnífico, risueño, espléndido y feliz. La multitud de figuras modeladas en un alabastro pastoso y más suave que el mármol de Páros, ó talladas en una madera delicadísima y fina, que el tiempo ha bruñido, dándole una suavidad y un tono sumamente agradables; las formas esbeltas paganas, esencialmente plásticas de la escultura de Berruguete y Borgoña; las enfáticas águilas que sostienen los libros de coro; la elegancia *sui generis* de las columnas de jaspe y de aquel vasto cuerpo arquitectónico, de un colorido enteramente florentino; las piezas cinceladas de la reja, y por último, los desvergonzados monos que hacen cabriolas en las sillas de los racioneros, dan á este recinto un carácter mundano y régio á la vez; que respira todo el sibaritismo de las antiguas corporaciones capitulares, pero nada de la santa uncion y el grave recogimiento que el lugar requiere. Pero así andaban la religion y el arte en el Renacimiento. El arte desarrollado en la Edad Media por la proteccion de la Iglesia, siguió todas las fases de la organizacion interior de esta y de todas las crísis porque iba pasando. Fué ascético y grave cuando esta lo fué: sutil y atrevido cuando esta lo fué; tuvo severidad y tristeza en tiem-

po de las antiguas abadías; simbolismo y erudicion en la edad de las controversias y del furor dogmático; y cuando los cabildos fuéron poderes, y los capitulares opulentos, y el clero todo fué amigo de las cosas bellas, epicúreo y sibarita, el arte, tomando del paganismo todo lo que éste tenia de plástico y voluptuoso, se cubre de galas, y apoderándose de las maderas finas, de los metales preciosos, del marfil y de los jaspes más ricos, produce esa multitud de bellezas que señalan las épocas de Leon X en Roma, de los Médicis en Florencia y de Cárlos V en España. El célebre coro es una aglomeracion sorprendente de magnificencias enteramente mundanas, presentadas con un lujo insolente, con una belleza provocativa que embriaga los sentidos y llena el alma de alegría. En la verja hay una lacónica é ingeniosa inscripcion que manda *callar y cantar* á todo el que entre allí. *Psalle et sile* dice en una sutil paradoja digna de servir de tema á unas córtes de amor, queriendo significar que allí deben olvidarse todas las cosas del mundo para ocuparse sólo en alabar á Dios. Calderon escribió unos versos muy conceptuosos sobre esta inscripcion; pero con todo su ingenio no puede llenar de misticismo aquel recinto que infunde la felicidad en el espíritu, é inspira, en vez de mansedumbre y tristeza, entusiasmo y orgullo.

Canta y calla dice aquel
mote, cuya soberana
inscripcion, sacro buril
en grabado bronce estampa.
Canta y calla otra vez leo
y otra vez suspensa el alma
duda como se reduzca
á un precepto *canta y calla.*

X.

A pesar de que la arquitectura no tenía ya fuerza en el siglo XVI para crear grandes cosas; aunque la raza de los templos colosales habia concluido, se hacen, sin embargo, edificios civiles y sobre todo muchos de reconocida utilidad, como hospitales, asilos y casas de expósitos. Ya no es todo para la iglesia; y, aunque los reyes y magnates han cogido para sí la parte principal del arte, siempre queda algo para el pueblo. Toledo vió en aquel siglo elevarse tres

monumentos de primer órden, dos de los cuales se debieron á la piadosa y humanitaria devocion de dos ilustres arzobispos, el Cardenal Mendoza y el Cardenal Tavera. En la iglesia metropolitana la série de prelados forma, con raras excepciones, una dinastía de varones insignes tan ilustrados como virtuosos, que contribuyeron mucho al esplendor de las artes y dotaron la ciudad de magníficos establecimientos de beneficencia. El Cardenal Mendoza fundó el hospital de Santa Cruz, que es la más acabada muestra de ese género de transicion que enlaza las épocas gótica y del Renacimiento. El pórtico, el patio, la escalera son suntuosísimos; aquellos grandes Cardenales, que gracias á sus enormes rentas podian practicar la caridad con despilfarro, llenaban de maravillas del arte los sitios destinados á la mendicidad; y no sabemos si en esto habia un desmedido orgullo ó la mansedumbre más ejemplar; lo cierto es que ellos cubrian de púrpura al pordiosero, como por una especie de compensacion, y creian que la caridad no era completa sino se hacia descender á las últimas capas sociales la suntuosidad y belleza de que las superiores no podian prescindir entónces.

Trazó el Hospital de la Cruz el célebre Egas, que habia trabajado en la Catedral; y á pesar de que quiso producir una razonable amalgama de la ojiva con la forma greco-romana, no pudo conseguirlo, resultando una gran confusion más bien que una grata armonía. El pórtico, que es bastante bello, aspira á ser un cuerpo proporcionado y medido segun la disposicion italiana; pero sus líneas se quiebran, se dispersan, buscando la forma irregularmente pintoresca del antiguo estilo: en vano quiere el artista asentar reposada y tranquilamente las columnas sobre sus bases: las columnas, la cornisa, las archivoltas, el ático, son refractarios á las líneas puras, á las disposiciones horizontales y verticales, ámplias y magestuosas; no pueden adaptarse á este rigorismo, y se retuercen siguiendo la costumbre, buscan lo múltiple, lo incorrecto, lo desproporcionado, lo tortuoso. Así es que la célebre portada es una obra confusa, que dista tanto del gótico como del Renacimiento; que no es ninguna de estas cosas, ni las dos juntas. Hace presentir el hermoso Plateresco de la puerta de la Presentacion y del sepulcro de los Condes de Melito; pero no tiene la pureza de tintas, ni la elegancia pagana de la decoracion que introdujo la escultura de Berruguete. Entrando en el edificio, la confusion disminuye por-

que la iglesia es de una forma originalísima, tiene los cuatro arcos torales del crucero góticos, y la escalera y el patio del Renacimiento, franco ya y descubierto.

El Alcázar, de época posterior, perteneciente al segundo tercio del siglo, vale mucho más como obra de arte, pudiendo decirse que es una de las más estupendas construcciones palacianas que los autócratas de aquel tiempo dejaron en Europa. En él trabajaron simultáneamente Covarrubias y Herrera, auxiliado el primero por Francisco de Villalpando, talento tan general como Berruguete. La fachada principal, concebida de muy distinto modo que la del Hospital de Santa Cruz, ofrece en su conjunto la más acertada armonía y una singular elegancia en los detalles: el gran arco de la entrada con su fronton y sus dos gigantescos heraldos, la fila de ventanas del piso principal, y sobre todo las del segundo, abiertas en una faja almohadillada, sostenidas por columnas de balaustre, presentan un aspecto suntuoso y rico, en armonía con los hábitos y el carácter de su esclarecido fundador. Con esta fachada, que tiene no sé qué de español, tal vez por su pomposa arquitectura ó por los recuerdos de una brillante época que despierta, contrasta la posterior hecha por Herrera, ménos elegante y orgullosa, pero tambien muy bella, y mostrando ese sello especial de severidad y tristeza que dió á todas sus obras el arquitecto del Escorial. El patio y la escalera del Alcázar nos son conocidos por las restauraciones de Villanueva. Los contínuos desastres que estas dos principales partes del edificio han sufrido, hacen que sólo por presuncion podamos fijar su forma primitiva, muy semejante sin duda á las que tienen después de la inteligente reparacion que la época presente está verificando allí. El patio como hoy le vemos, próximo á concluirse, es una obra única en su género, un modelo imperecedero cuya vista encanta y asombra por la elegancia sin igual del trazado y la solidez y atrevimiento con que está construido. La escalera es tal, que Cárlos V decia que *sólo se consideraba ser Rey de España cuando estaba en ella*. Sus proporciones son tan desmesuradas, que la célebre escalera del Escorial y la del palacio de Madrid parecerian mezquinas á su lado: subiendo por ella, no hay nádie que no sea un liliputiense, y más bien que para simples indivíduos parece hecha para un ejército. En todo esto se advierte la prodigalidad caballeresca, la hospitalidad generosa, el lujo inteligente y el despilfarro artístico de aquel César, con cuya casa

contrasta bruscamente la enorme y gigantesca madriguera de Felipe II, el Escorial, cuyos recintos innumerables, exceptuando el del templo, parecen no tener suficiente aire respirable, y en ellos se ha obtenido la grandeza material por una multiplicacion infinita de la pequeñez.

El Hospital de Tavera es un poco posterior al Alcázar, y como obra de la segunda mitad del siglo tiene cierto aspecto escurialense. Aún no ha venido la total decadencia de las artes; pero en la arquitectura especialmente se nota la tendencia á desechar todo lo que pueda darle un carácter español. El reinado del Plateresco ha sido muy efímero. El mencionado Hospital es notable por su doble patio, formado de arcadas, algo parecidas á las del Alcázar: y la iglesia sería una obra acabada en su género, si se hubiera empleado en ella un material más artístico que el estuco. La piedra ha huido ya para siempre, y empieza el período de esas iglesias de ladrillos de que ha plagado á España el petulante y devoto siglo XVII. Lo maravilloso que encierra la iglesia del Hospital de Tavera es el sepulcro de su fundador, obra maestra de Berruguete, que hemos descrito.

Con este edificio concluye el período arquitectónico. Los edificios del Renacimiento, que mataron los vigorosos artes mozárabe y ojival, concluyen tambien después de un período tan esplendoroso como breve; porque, como hemos dicho, la extraordinaria fuerza, la inagotable inventiva, la elegancia de concepcion del Renacimiento se emplea principalmente en la escultura, en obras complementarias y de ornato, y en esa multitud de artes del lujo que cultivaron Borgoña, Villalpando, Vergara, Céspedes, Copin, Lopez de Arenas y otros muchos. Pero con la muerte de la arquitectura coincidió el desarrollo de otro arte igualmente importante, producto de una época de más refinadas costumbres, de más erudicion y mejor criterio, la pintura. Este arte, que tiene por edad de oro en España el siglo que média entre Pablo de Céspedes y Cláudio Coello, tuvo en Toledo su escuela, alimentada por el pedido de los conventos y la devocion de los grandes. Ya desde el siglo XV otro Berruguete, padre del escultor, habia cultivado con éxito la pintura, siendo de los primeros que pretendieron y divulgaron el estilo florentino. Pero hasta que se acerca el siglo XVI, en los dias en que la pintura espiraba en Italia con los Boloñeses y los últimos Venecianos, no adquiere en España ese carácter nacio-

nal que tanto la distingue, dándole la misma importancia que en la península vecina. Un extranjero contribuye á propagar en Toledo el nobilísimo arte; y si él, por tener tantas extravagancias como buenas cualidades, no puede crear verdadera escuela, sus discípulos Trutan, Orrente y Maino producen obras que por su mérito y homogeneidad pueden formarla. Ese extranjero que nombramos, Domenico Theotocopuli, llamado *el Greco*, fué un artista de genio, en quien los terribles efectos de una enajenacion mental oscurecieron las prendas de un Ticiano ó un Rubens. Una inventiva inagotable, gran facilidad para componer, mano segura para el dibujo, y á veces empleo exacto y justo del color y los tonos, son las cualidades que se observan en sus primeras obras; pero después, padeciendo la más lamentable aberracion, *el Greco* se dió á pintar con un falso color y una expresion imaginaria que marca sus obras con un sello indeleble. Todos han visto sus figuras escuálidas, terroríficas, sin sangre, flacas y amarillas, con las cabezas sepultadas en enormes gorgueras de encaje rizado: él percibió un extraño ideal, y sin duda, extraviado por una obsesion, esclavo de una monomanía, llegó á ese período lamentable, en que es tan original. Una obra maestra ha dejado Theotocopuli, obra en que su extravagancia, todavía no muy pronunciada, aparece oculta por bellezas de primer órden. Es el cuadro que se halla en la iglesia de Sto. Tomé, y representa el entierro de D. Gonzalo Ruiz de Toledo, Conde de Orgaz.

Aunque los discípulos del Greco no imitaron sus excentricidades, y produjeron hermosas obras, Toledo no puede apropiarse la generacion completa de la pintura española. Cultivada está en todas las principales ciudades: no fué un arte nacional y característico, hasta que los Andaluces le infundieron su genio y le pusieron el sello inmortal que todavía lleva.

El siglo XVII, que marca una atroz decadencia, así en política como en artes, crea en Toledo, como en toda España, una multitud de bárbaros é insustanciales conventos, creados por un fanatismo craso y una devocion poco ilustrada. Ya no se ponen al servicio del culto aquellas artes tan bellas, tan ingeniosas y ricas, que fueron principal gala del siglo anterior. Se derriban palacios mozárabes y del Renacimiento para erigir esos desapacibles conventos de ladrillos, y esas casas de jesuitas, de que España está llena. La arquitectura es cosa muerta; y como por una especie de

ironía, nace de sus cenizas una vil parodia, una caricatura, una burla, el churriguerismo, que pone su mano estúpida en todas las grandes catedrales de España, y en la de Toledo hace el *transparente*, que es un padron de ignominia.

Este estilo, que es la carencia completa de sentido comun, lo absurdo y lo necio, lo pedantesco y lo grosero aplicados á la arquitectura, parece haber tomado por modelo de sus formas la prosáica familia de los moluscos y toda la categoría de los mariscos. El tambien se inspira en la naturaleza, y tiene por tipo el caracol. El trasparente de la Catedral de Toledo parece una roca de mármol cubierta de crustáceos de oro.

En el pasado siglo la restauracion clásica trae consigo un destello de discrecion y estilo en las muertas artes españolas. Pero la arquitectura de Cárlos III, que tiene no sé qué sello oficial y una gran dósis de pedantería, hace, á pesar de su buena procedencia, tan grandes estragos como el churriguerismo. Toca todas las viejas catedrales, y en la de Toledo, más que en ninguna otra, deja impresa la huella de su funesto paso, haciendo puertas y frontones de una pedantería clásica irresistible. El criterio artístico no aparece hasta el presente siglo, que muy apto para apreciar y fijar el mérito de las cosas antiguas, apénas puede restaurarlas y rara vez imitarlas. Por lo demás, bastante funesto ha sido este siglo para la ciudad ilustre, que vió bárbaramente destruidos por las tropas francesas el Alcázar y el cláustro de San Juan de los Reyes, obras únicas en su clase; y sólo en estos últimos tiempos la presente generacion, inteligente é inspirada por un recto patriotismo, sabe cuidar con amor las venerables ruinas del arte español. La restauracion de *Santa María la Blanca*, la de la *Puerta del Sol*, la del Alcázar, la creacion del *Museo Provincial* en lo que queda de San Juan de los Reyes, son el mejor título de cultura de los Toledanos del siglo XIX.

B. Perez Galdós.

LA CRISIS DE ESPAÑA.

Toda la prensa periódica se ha ocupado de la abdicacion de la última Reina de España en su hijo D. Alfonso, concediendo unos al acto grande importancia, negándosela otros, éstos suponiéndolo tardío, aquellos prematuro, y examinando todos esta solucion á la árdua crísis que atraviesa el país, segun el prisma de sus afectos particulares, no desde la altura de los grandes y permanentes intereses de la pátria. Arrebatados tambien nosotros por el ardiente torbellino de la política, actores bien que insignificantes en este drama revolucionario que, ahora apuntando heroismos, ahora descubriendo miserias, se acerca á su desenlace, es posible que la pasion nos extravie; pero en todo caso, si hay extravío, será involuntario, porque inspirados en el santo amor de la pátria, hace ya tiempo que estamos acostumbrados á prescindir de toda pretension individual y de todo interes de partido, que tanto pervierten y vician la inteligencia y el sentido moral de nuestros hombres públicos. Intentarémos examinar con verdadera imparcialidad, sin amor y sin ódio *(sine ira et studio*, como decia el gran historiador romano), la abdicacion de la Reina Isabel ó sea la candidatura del Príncipe Alfonso, ó por mejor decir, la actual situacion política de nuestra pátria, pensando que los momentos son tan solemnes para todos, que para salvar el honor ante sus contemporáneos, aun los hombres más oscuros que toman parte en la vida pública, necesitan descargar su conciencia diciendo toda la verdad sin las vagas nebulosidades que quieren pasar por salvaguardia del decoro y no son más que la egoista espectacion del dudoso porvenir.

I.

Es una dinastía, como recordamos haber leido en un publicista contemporáneo, el resultado del matrimonio que celebra un estado con una familia, estado que sólo así se manifiesta, declara y afirma en la prolongacion del tiempo, familia en quien se encarnan el génio y los intereses de la nacion, y que se compromete por el contrato de boda á no tener ningun interes distinto del país que está llamada á gobernar. Miéntras una dinastía representa el carácter, las necesidades, las aspiraciones de la nacion con que se desposara, hay paz, hay armonía, hay bienandanza en el matrimonio, respeto y entusiasmo para la familia régia, tranquilidad y obediencia en los pueblos; pero cuando esa familia deja de ser un instrumento de progreso por no acomodarse al espíritu del siglo en que vive, ó por no comprender el carácter de la nacion que gobierna, poco á poco se hace el vacío alrededor del trono, y hoy unas, mañana otras clases, ayer estos, hoy aquellos partidos van estableciendo su incompatibilidad con la familia reinante, hasta que por fin la nacion se pronuncia por el divorcio definitivo. Un rey como Enrique el Impotente de España ó como Luis XV de Francia, dominarán en una corte de disolutos, pero preparan ó determinan el divorcio de la nacion con su descendencia. Un rey como Jacobo II de Inglaterra, ó como Cárlos X el de las Ordenanzas, dominarán en el seno de las congregaciones ó en una corte de fanáticos, pero llega un dia en que los pueblos, á cuyo frente los colocara la Providencia, viéndose contrariados en sus sentimientos, en sus necesidades, en sus aspiraciones, apelan al divorcio con las dinastías que los gobiernan. Claro es que, siendo las revoluciones para los pueblos peligrosas enfermedades, crísis agudas que los organismos sociales pobres y enfermos, no pueden siempre resistir para recobrar la salud, ni pueden ni deben apelar á esos divorcios con las familias reinantes, sin apurar ántes la paciencia en largos, en dolorosos, en interminables dias de sufrimiento, y aun para pronunciarse resueltamente por la separacion es necesario pesar con frialdad y madurez los inconvenientes y las ventajas de este acto supremo, porque podria ser que los resultados de la separacion definitiva fueran peores que los sufrimientos que

siempre acompañan á un matrimonio desdichado. Así, por ejemplo, la Hungria separada del Austria, es una nacion que no resiste la propaganda panslavista y viene á ser absorbida por la Rusia como un arroyuelo por el gran Océano; comprendiendo lo cual uno de los patriotas más puros y más austeros, el Conde Emil Desenwffy, cuando la Hungria celebraba como victorias las contrariedades que los Hapsburgos encontraban en Alemania y en Italia. decia siempre á los Magyares: «Cuando un marido y una mujer no pueden divorciarse, lo más cuerdo es buscar el modo de tolerarse mútuamente», consejo que en definitiva han venido á seguir los Magyares y que les ha sugerido el *modus vivendi* de hoy, que les asegura su libertad, su autonomía y el desenvolvimiento de su bienestar material. Así tambien España, después de haber pasado por los dias calamitosos y afrentosos de Cárlos IV y de Fernando VII en su matrimonio con la dinastía de Borbon, derramó inmensos tesoros y rios de sangre por asentar la corona en las sienes de la Reina Isabel, y así, por último, aun después de las tristezas y desengaños del reinado de esta última Señora para la España liberal, aun después de las acusaciones que todos los partidos y sus personajes más importantes, contando con los partidos y con los personajes más conservadores desde Doña María Cristina hasta el Duque de Tetuan, habian dirigido á la Reina Isabel directa ó indirectamente, los hombres de Estado podian pensar, considerando los riesgos de una revolucion, que se sabe dónde empieza, pero no dónde acaba, considerando los anchos y peligrosos horizontes que abre á lo desconocido, sobre todo en nuestro siglo de crítica tan audaz y de experimentos tan temerarios, considerando, en fin, la brecha terrible que practica en la institucion monárquica la interrupcion violenta de la legitimidad dinástica, los hombres de Estado, repetimos, podian pensar, podian dudar si el divorcio debia consumarse por completo, y si al derribar á Doña Isabel II no sería conveniente levantar sobre el pavés á D. Alfonso XII, si al repudiar á la madre no hubiera podido ser patriótico sostener y amparar al hijo. De esta manera pensaba el inmortal O'Donnell, alma tan llena de patriotismo, á quien sus contemporáneos, convertidos en posteridad por su muerte, hacen ya justicia y en rededor del cual tendia á agruparse la España liberal de entónces, empezando por el Sr. Conde de Reus, de lo que se vieron algunos claros síntomas en la misma expatriacion; de esta manera, decimos, pensaba

O'Donnell que acaso no tradujo á vias de hecho este su pensamiento, ora por el miedo que tenia á la menor edad del Príncipe Alfonso, ora porque, escarmentado con la experiencia de la Regencia del Duque de la Victoria, tanto porque no se le imputasen ambiciones bastardas, vacilase en la forma que debia revestir el poder supremo, bien que á lo último se inclinara á que ejerciera la Regencia un varon tan eminente, tan honrado y tan puro como el Sr. Luzuriaga. Es posible tambien que, por iguales consideraciones y por lo que debian á la dinastía caida, algunas dudas en este sentido cruzaran vaga y confusamente por la mente y por la conciencia del Sr. Conde de Reus y del Sr. Brigadier Topete á bordo de la *Zaragoza*, y por la mente y por la conciencia del Sr. Duque de la Torre ántes de que empezaran á hablar los cañones de Alcolea; pero existieran ó nó esas dudas, lo que para nosotros es incuestionable y tenemos por incuestionable ya para la historia es que, dados los precedentes que enjendraron la Revolucion de Setiembre, así que se presentó ésta en escena con los bríos y pujanza que tuvo desde sus comienzos en las aguas de Cádiz, é instantáneamente en todos los distritos militares de Andalucía y demas departamentos marítimos de la Península, todos los amigos leales de la dinastía debieron de aconsejar á la Reina la abdicacion. El grande, el inmenso error del Sr. Marqués de la Habana, al sustituir al Sr. Gonzalez Brabo en la Presidencia del Consejo de Ministros en trance tan supremo, fué creer que su mision era exclusiva ó principalmente militar, cuando debia de ser principal ó exclusivamente política. Podia hacerse ilusiones respecto á la posibilidad y á la facilidad de constituir cuerpos de ejército con las debidas dotaciones de todas armas para vencer en una série de batallas y de encuentros al ejército sublevado de Andalucía, alimentado por dos distritos militares de tanta importancia como Sevilla y Granada, por los inagotables recursos del Arsenal de la Carraca, de la maestranza de Sevilla, de la veterana guarnicion de Ceuta, por el espíritu y entusiasmo de las poblaciones y por el renombre y fama de los generales puestos al frente del movimiento; podia creer que no fuera completamente estéril el brillante heroismo del Sr. Marqués de Novaliches y esperar que el laurel de la victoria coronase sus esfuerzos en los campos de Alcolea; pero ¿y después? ¿Cómo se concluia la guerra civil encendida por los cuatro ángulos del país? ¿Cómo se aniquilaba el movimiento en todas partes y se vencian todas las resisten-

cias? ¿Cómo se atacaba aquella su indestructible y flotante base de operaciones que se llamaba la escuadra? El Brigadier Topete, verbo creador de la Revolucion de Setiembre, y hácia el cual tiene la revolucion tales deudas que sólo con el desvío y con la ingratitud puede pagarle; el Brigadier Topete dió al movimiento de Setiembre una base, un elemento que le aseguraba el triunfo en todos los casos. Aun con fortuna los últimos defensores de la Reina Isabel, aun ayudado de la fortuna el valeroso Novaliches, aquella contienda, aquel formidable comienzo de guerra civil tenía que acabar por un convenio, y el primer capítulo de ese pacto no podia ser otro que la abdicacion de la madre en favor de su hijo. El señor Marqués de la Habana, para hacerse cargo de una situacion tan comprometida, debió imponer como condicion á su Soberana el sacrificio de la abdicacion, ¿qué decimos sacrificio? debió aconsejar á la madre la única manera de poder conservar la vacilante corona de su cabeza sobre las sienes del hijo. No hacía falta el militar ni hacía falta el caballero al lado de la Reina, cuando otros la abandonaban: hacia falta el hombre de Estado que, apoderándose y apoyándose en la abdicacion, hubiera procurado evitar á toda costa el derramamiento de la siempre inútil sangre de la batalla de Alcolea, mucho más porque al Sr. Marqués de la Habana no se podian ocultar las escasas simpatías de la Reina en el país y en los partidos, cuando el moderado, que tardíamente ha consejado y celebra la abdicacion en estos momentos, fué el primero en descubrir los misterios de Palacio allá en los tiempos del Ministerio puritano, cuando la Union liberal habia quemado completamente sus naves con Doña Isabel II y cuando los progresistas, mucho tiempo há, venian luchando á la sombra de la bandera de los obstáculos tradicionales. Sí: el Sr. Marqués de la Habana, comprendiendo la gravedad de la situacion, la angustia del tiempo, la infausta suerte de la familia reinante después de una batalla perdida, no debió venir á Madrid á hacerse cargo del Gobierno sino con el acta de abdicacion de la reina en su cartera. Si pensó en hacer esta política, no se atrevió ó no pudo realizarla, y la Reina Isabel, después de la batalla de Alcolea, tuvo que atravesar tristemente el Vidasoa, considerando definitivamente perdida su causa y temiendo quizá que la España revolucionaria levantase sobre el pavés á la que ella habia proscrito, como Enrique IV proscribió á Isabel la Católica, á la que su mismo gobierno habia presentado

como bandera del movimiento y que tantos ejemplos de virtud, de patriotismo y de valor habia dado siempre en su austero retiro de Sevilla.

II.

La revolucion triunfaba en toda la línea con inconcebible facilidad, con portentosa rapidez. Era preciso no perder el tiempo, aprovechar la victoria, salir del cáos, regularizar su curso, cristalizar aquella materia cósmica, dar formas á la revolucion triunfante.

Nosotros confesamos ingénuamente que, ó no sabemos lo que la palabra *revolucion* significa, ó significa rapidez de procedimientos, abreviacion de trámites, condensacion del tiempo, esto es, actos de fuerza que resuelvan en un minuto problemas preparados de siglos, ó que piden siglos de preparacion, soluciones rápidas y fulminantes que da la fuerza á situaciones insolubles por los caminos lentos de la ley; crísis agudas en que se resuelven todos los males crónicos de un país que pueden traer la muerte al organismo social, es cierto, pero que pueden y deben servir para expeler todas las ruindades, todos los elementos morbosos que lo vician, devolviendo de esta manera la salud, la plenitud de salud á veces, al organismo enfermo. Indudablemente que si este procedimiento habia que aplicarlo á la solucion de todos los problemas que la revolucion se planteaba ó encontraba planteados, habia que aplicarlo necesariamente y en primer término á dos grandes cuestiones, la cuestion de Hacienda y la cuestion Dinástica, que para la Revolucion de Setiembre constituyen el enigma fatal de la esfinge griega.

Para nada tenemos que ocuparnos en este estudio de la cuestion de Hacienda, que por no haberse resuelto con el criterio revolucionario en los primeros momentos, no podrá resolverse ya en nuestra pobre opinion sino á la sombra de un poder fuerte, que no será ciertamente el flaco y enfermizo poder que emana de una Regencia interina. Queremos sólo ocuparnos de la cuestion Monárquica, y decimos que esta cuestion debia resolverse con rapidez por várias y capitalísimas consideraciones que vamos á enunciar. Si se queria que el nuevo rey tuviese el glorioso bautismo, toda la popularidad de la revolucion; si se queria no galvanizar, no dar fuerzas

al mónstruo de lo pasado, que es el absolutismo, todavía con grandes raíces en España; no despertar, no dar fuerzas al mónstruo del porvenir, el socialismo, cobijado bajo la riente y deslumbradora enseña republicana, ya con grandes masas, con esas masas que piden, más que derechos políticos, política socialista, que se traduce en un bienestar material; si se queria dar á la nueva construccion política que íbamos á levantar el asiento seguro, la base firme, anchurosa y estable de la propiedad, del comercio, de la riqueza, de la industria, de la aristocracia (en el alto y social y filosófico sentido de la palabra) para no herir ó ahuyentar á estas clases que no quieren gobernar, pero sin las que no gobierna ningun Gobierno; si se querian prevenir complicaciones diplomáticas; si se queria evitar que, pasada la efusion de los primeros momentos, evaporado el entusiasmo de los primeros instantes, cada partido de los coaligados en la revolucion tirase por su lado, y en vez de aceptar todos juntos una solucion de interes nacional, buscase cada uno por sí solo una solucion de interes exclusivo; si se queria ocurrir con oportunidad y con fortuna al eterno conflicto y á la mancha eterna de todas las revoluciones españolas en el presente siglo, que siempre han coincidido con tempestades y mutilaciones de territorio en las Américas, era de todo punto necesario pensar en construir de prisa, muy de prisa, la nueva monarquía.

¿Por qué no se hizo así?

Habia una candidatura lógica, natural y legítima para la Revolucion de Setiembre. El instinto público colocaba enfrente del palacio de Madrid el palacio de San Telmo de Sevilla. Escritores de todos los matices liberales al nombre del Rey consorte oponian el nombre del marido de Doña María Luisa Fernanda para presidir una reunion literaria que se celebraba en los salones del Ateneo. El mismo Gobierno y la Reina misma, empujados por esa fatalidad que persigue á los poderes que están condenados á perdicion, proscribiendo á los Duques de Montpensier por sospechas de complicidad con los revolucionarios, daban á los revolucionarios la bandera dinástica que podia faltarles. Ilustres proscritos autorizaban á correligionarios suyos para que conferenciaran respecto de esta candidatura con representantes de otras parcialidades. Por tradicion, por conviccion, por interes, por prevision, representaba esa candidatura la libertad. Representaba dentro de la Revolucion el valladar á la restauracion Personificaba la virtud. Significaba

el conocimiento profundo del país, de sus hombres, de sus necesidades, de sus intereses. Ofrecia dentro de la legitimidad fortísimos asideros para salir al encuentro de oficiosas dificultades diplomáticas en el exterior, y para tranquilizar escrúpulos legítimos de intereses y de clases de gran fuerza en el interior. La Asamblea, las Córtes constituyentes, la Convencion española que se reuniese en 1868 podia imitar la conducta del Parlamento inglés, que hace dos siglos, en 1668 cabalmente, verificó un fecundo cambio de dinastía sólo con declarar que «habiendo el rey Jacobo abandonado el reino con su hijo,» ni más ni ménos que como lo hizo la Reina Isabel al pasar el Vidasoa, «el Príncipe y la Princesa de Orange serian proclamados Rey y Reina,» como lo hubieran podido y debido ser los Duques de Montpensier.

Pero seamos completamente justos: no se hizo así, no tanto por prevencion ó desvío de la emigracion revolucionaria que se presentó en Cádiz, cuanto por delicadezas y sentimentalismos de los factores más importantes de aquel movimiento. Don Antonio de Orleans, dejando á su mujer en Lisboa, como Guillermo de Orange dejó en Holanda á María Estuarda cuando se embarcó para Inglaterra, pudo y debió estar á bordo de la escuadra, como más tarde pudo y debió estar en Alcolea. Topete, el héroe de Cádiz, Serrano, el héroe de Alcolea, pensaban en esa solucion, y ciertamente que los que aceptaban con agradecimiento los auxilios de los emisarios de aquel Príncipe, habrian recibido con mayor gusto al Príncipe mismo que los enviaba. No tenía el Duque de Montpensier ninguna consideracion que guardar ya á la Reina Isabel, que lo trataba como extraño y lo proscribia como enemigo, y una vez al frente del movimiento nacional aquel Príncipe, los acontecimientos se habrian desarrollado lógicamente como en la revolucion inglesa de 1668, y no á la sombra de un poder provisional que en nada prejuzgase la definitiva forma de gobierno, y que podia dar á nuestro movimiento algo del peligroso carácter que tuvo la crísis de Francia en 1848, en que el poder que se improvisó en la Asamblea para inspirar confianza al pueblo y no prejuzgar si era la república ó si era la monarquía la que debia proclamarse, empezaba por enterrar la candidatura del Conde de Paris, y abria los horizontes de lo desconocido á todas las utopias y á todas las ambiciones de la Francia.

Sabemos que no fué culpa del ilustre Príncipe á quien nos refe-

rimos, su ausencia de Cádiz y su ausencia de Alcolea. Nobles y generosas susceptibilidades de los más nobles y generosos de sus amigos, le inspiraron ó le impusieron ese retraimiento aparente, funesto á la candidatura más natural dentro de la Revolucion, y Dios quiera que no lo sea tambien para la Revolucion misma.

Así han trascurrido cerca de dos años, sin que la Revolucion haya llegado á su término. Se ha proclamado la Monarquía en la Constitucion, pero no se la ha realizado en los hechos por medio de una afirmacion dinástica. Los enemigos de la Revolucion, que ella abatiera en el momento de su explosion magnífica, se han rehecho y se presentan ensoberbecidos en la arena del combate. Se ha resucitado á los absolutistas y se ha dado vida á los republicanos. Todos ellos disparan sin piedad todas sus baterías sobre la candidatura revolucionaria, y aflojados los lazos que unian á los elementos que entraron en la Revolucion, los hay que ayudan desesperadamente en su obra demoledora á los enemigos comunes; fuera de que, sin considerar una ley constante de la flaca naturaleza del hombre, que lo hace soberbio en la fortuna y humilde y contemporizador en la desgracia, hay que tener en cuenta que se han fortalecido los grupos ó parcialidades, débiles en el comienzo de la Revolucion, al compás que se han debilitado las parcialidades ó grupos que eran fuertes en el momento de su estallido, y hoy no tienen fuerza para imponer ninguna solucion ó imprimir una direccion á los sucesos.

Así la crísis española ve pasar los dias, los meses, los años, y no halla su desenlace, cuando ciertamente nosotros podiamos lisonjearnos de no encontrar las dificultades de los Ingleses en 1668, de los Franceses en 1830, de los Belgas en la misma época, de los Griegos en 1862. Abandona Jacobo II las costas de Inglaterra hácia fines de 1668, y las Cámaras juran en los primeros dias del siguiente Febrero á Guillermo y á María por reyes, sin preocuparse de las hostilidades de la Francia, entónces gobernada por el Monarca ostentoso que decía: *El Estado soy yo*; que tenía en sus manos un poder como no ha tenido ningun Soberano de Francia, ni Napoleon III siquiera, aun en los dias de su omnipotente é irresistible dictadura, no ya actualmente, en que tiene que acomodarse, bien que mal, á la voluntad de las Cámaras. Las jornadas de Julio en Francia acabaron con el mes, y en la sesion permanente celebrada por la Cámara de Diputados desde el 7 al 9 de Agosto, se eligió rey

á Luis Felipe, sin emplearse más que nueve dias en reformar profunda y radicalmente la Constitucion, y elegir rey á aquel Príncipe, que equivalia á romper los tratados de 1815 y á dar un tremendo bofeton á toda Europa, que habia restaurado á los Borbones, enlazados con casi todas las familias reinantes entónces. La insurreccion de Brusélas se verificó el 25 de Agosto de 1830, y á pesar de que aquellos revolucionarios tenian que crear un Reino, un Rey y una Constitucion, contra la Holanda, toda ella puesta en armas, contra gran parte de la diplomacia europea, contra la intriga, que buscaba la anexion de Bélgica á la Francia, y contra las divisiones intestinas de los partidos rivales, en 3 de Febrero del año siguiente estaba hecha la Constitucion (que no ha sufrido después reformas ensenciales), y elegido rey el Duque de Nemours en segundo escrutinio: de modo que, no habiendo éste aceptado, eligieron á Leopoldo de Sajonia-Coburgo en 4 de Junio inmediato, y en nueve meses y diez dias eligieron dos soberanos, crearon el reino, elaboraron su Código político y afirmaron su dinastía. La misma Grecia, cuando destronó á su Rey Othon, en Octubre de 1862, ha tenido más fortuna que nosotros; y á pesar de que Rusia tuvo buen cuidado de recordar á la Gran Bretaña los compromisos de los tratados de 1830, que estipulan que las dinastías de las tres potencias protectoras de Grecia serán excluidas del nuevo trono, considerando como nula toda elevacion eventual del Príncipe Alfredo ó del Duque de Leuschtemberg á aquel sólio, el pueblo heleno, llamado á pronunciarse por sufragio universal en esta cuestion, en 5 de Diciembre elige al primero de dichos Príncipes y es proclamado rey constitucional; bien que luego, cuando el Príncipe Alfredo no aceptó, por oponerse á ello los tratados de 1830, la Asamblea nacional de Grecia elige Rey, en 30 de Marzo de 1863, al Príncipe Guillermo de Scheleswig-Holstein-Sonderbourg-Glucksbourg, con el nombre de Jorge I: de modo que, desde el 24 de Octubre de 1862 hasta el 30 de Marzo de 1863, ó sea en el espacio de cinco meses y siete dias, eligieron los Griegos dos reyes, contra lo convenido en los tratados de 1830, contra la voluntad de Austria, que en circular diplomática de 14 de Diciembre de 1862, firmada por el Conde Rechberg, se declaraba abiertamente por el Rey Othon y su familia; contra la Baviera, que en circular de 12 de Abril de 1863 protestaba contra todo perjuicio de los derechos de la dinastía bávara al trono de Grecia, y contra la misma actitud de las potencias protectoras, Inglaterra,

Francia y Rusia, que hasta el protocolo de 27 de Mayo de 1863 no habian declarado vacante el trono de Grecia, y hasta el 13 de Julio del mismo año no reconocieron la eleccion de Jorge I.

No ha tenido la Revolucion española de 1868 la habilidad ó la fortuna que tuvieron las revoluciones dinásticas que rápidamente acabamos de exponer, y por eso nuestra Revolucion vive en una contínua fiebre y se halla amenazada en estos momentos de perecer por consuncion é impotencia. Verdad es que hemos pedido una vez, por lo ménos, solucion para nuestra crísis á la Casa de Braganza y dos á la Casa de Saboya; pero ni en Portugal, ni en Italia, ni acaso en Alemania, á cuyas puertas quizás se haya llamado tambien, se ha atendido á nuestro ruego.

Estudiemos el fracaso de estas tentativas.

III.

Hállase al frente de los destinos de la Francia un Soberano ilustre, que está ya en el último tercio de su atropellada y tempestuosa existencia, que sólo tiene hoy la natural preocupacion de trasmitir la Corona imperial á su hijo. Cree Luis Napoleon que, elevados los Duques de Montpensier al Trono de España, nuestro país se convertiria en un foco activo de intrigas orleanistas contra la dinastía de los Bonapartes, cuando, prescindiendo de que no sería ésta la mejor manera de cimentar el nuevo Trono, ni toleraria la Nacion española semejante política, para nosotros es indudable que un Orleans proclamado rey de España, significaria Europa toda procurando arraigar la actual dinastía en Francia para evitar que ámbas Coronas viniesen á recaer en Príncipes de la casa de Orleans, como es indudable que de asentar su planta en las Tullerías el Conde de Paris, sería punto ménos que irresistible la candidatura del Duque de Montpensier para ocupar el trono de San Fernando. Partiendo de esta creencia Luis Napoleon no oculta su desagrado ante la posibilidad de que triunfe entre nosotros la candidatura Montpensier, y ya que hoy una diplomacia diligente y astuta se vede los ruines medios de corrupcion y de intriga á que en un país tan dividido como el nuestro por las pasiones políticas podia apelar un soberano con los inmensos é inagotables recursos del César frances, es indudable que hay mu-

chos políticos honrados y sinceros entre nosotros, que temen los eternos conflictos que dicha candidatura nos suscitaria con el Imperio vecino, faltos de aquella virilidad con que la Nacion inglesa de Guillermo de Orange se puso en frente de Luis XIV, ó con que la Francia rasgó los tratados de 1815 en 1830, ó con que la Bélgica resistió á la Holanda y se sobrepuso á otras dificultades diplomáticas, ó con que la degenerada Grecia, de hace seis años, desafió todo el poder del Austria y de la Baviera, y todo el desagrado de las potencias protectoras y creadoras de aquel reino al elevar sobre el respectivo pavés nuevas dinastías.

Pero si nuestro Gobierno, haciendo caso omiso de la candidatura Montpensier, y patrióticamente atraido y fascinado por otros ideales, se fija en un Príncipe de la casa de Braganza para ocupar el trono español, á fin de que, contando con la fecunda colaboracion del tiempo, pueda realizarse la obra de la naturaleza, que la política ha impedido hasta el dia, haciendo una sola nacion de estas dos naciones mutiladas que se extienden al pié de los Pirineos, tiene que tropezar necesariamente con la mano invisible de la diplomacia napoleónica que, harto ha sufrido con la creacion de la unidad itálica y de la unidad teutónica, surgidas de dos errores de la política personal del Emperador, para que consienta la creacion de la tercera unidad ibérica, en los momentos en que más necesita Napoleon halagar el orgullo frances para no atraer sobre su raza los rayos de soberana elocuencia que M. Thiers ha fulminado contra la política exterior del segundo Imperio, así en Alemania como en Italia. De la misma manera si nuestro Gobierno, frustrado en sus pretensiones portuguesas, pide á la casa de Saboya, varonil, ilustrada, liberal, batalladora, un Príncipe experimentado y digno como el Duque de Aosta, se encuentra con una negativa humillante, acaso porque Francia teme tambien que la casa de Saboya, dominando á la vez en la Península Itálica y en la Península Ibérica, constituya un peligro para el Imperio en las desconocidas eventualidades de la política europea, y haga uso del natural ascendiente que debe de ejercer en la Corte de Florencia por los servicios que le ha prestado y puede aún prestar, miéntras la unidad itálica en parte esté amenazada y en parte no concluida.

Es más. La candidatura del Duque de Génova, que tanto llegó á prosperar en las regiones oficiales y parlamentarias de la Nacion española, abortó brusca é impensadamente en los momentos en

que sus partidarios se hacian más ilusiones, sin que hasta ahora se haya explicado ese fracaso de una manera plausible y satisfactoria. La leyenda sentimental y melancólica de que ha hablado ya dos veces el Sr. Presidente del Consejo de Ministros en sesion pública de las Córtes; aquellas misteriosas palabras dirigidas, no sabemos por quién, á la madre del Duque de Génova: *Madame, priez pour votre enfant*; la habilidad de los agentes de otros candidatos para hacer desistir al sobrino del Rey de Italia, no tienen fuerza y eficacia bastante para imponerse á entendimientos frios y severos como explicacion decisiva de este hondo secreto de Estado. Acaso no fuera temerario creer, que si la candidatura del Duque de Génova fracasó tan inopinadamente fué, porque sobre representar para la Francia lo que hemos dicho de la del Duque de Aosta, y lo que puede decirse de toda candidatura ítaliana, tenia la particularidad, por la edad del candidato, de poderse enlazar con la familia de Orleans española, por medio de un matrimonio, y hasta por medio de la Regencia, como lo dieron á entender influencias poderosas de esta situacion, que se preocupan hondamente del bien público y del porvenir de la revolucion, y claro es que estas perspectivas debian poner en guardia á las Tullerías.

Quizás el Gobierno español haya hecho tentativas cerca de algunas córtes alemanas para coronar el edificio revolucionario, y acaso en estos momentos tenga trabajos pendientes con este objeto Por nuestra parte, consignamos que no veríamos mal al vencedor de Sadowa ocupando el sólio español, y que la animosa empresa de constituir y encaminar á nuestro pueblo en la presente crísis, podia ser encomendada con fruto á un príncipe de esa raza teutónica tan paciente como valerosa, tan valerosa como ilustrada. Pero no nos hagamos ilusiones: un príncipe aleman, un príncipe enlazado con la dinastía prusiana, dadas las condiciones del equilibrio europeo, el antagonismo de Francia y Prusia, arrancaria un rugido de cólera en las Tullerías y nos suscitaria conflictos diplomáticos de primer órden, cuando no fuera la chispa que encendiera la conflagracion general en Europa.

Resulta, pues, que por parte de Francia, síempre se nos presentarán inconvenientes cuando para ocupar el trono de San Fernando pidamos un Príncipe á la casa de Orleans ó á la de Saboya ó á la de Braganza ó á alguna de las familias reinantes en Alemania, y que la Revolucion de Setiembre, bajo el punto de vista monárqui-

co, no tiene más remedio que ó prolongar indefinidamente la vergonzosa interinidad, en que hoy agoniza más bien que vive, ó acogerse á la candidatura del Príncipe Alfonso, que es el candidato de las Tullerías, el huésped y el amigo del Príncipe imperial, que tiene en su favor todos los sentimientos del corazon de aquella corte, para facilitar cuyo triunfo se pensó en enviar aquí al hábil Vizconde de Lagueroniere como Embajador, y acaba de abdicar la Reina en el palacio de Basilewski, siguiendo los consejos de Napoleon, segun han dicho los periódicos, á la manera que sus antepasados, allá en el castillo de Marrac en los alrededores de Bayona, deponian la corona de España arrastrándose á las plantas del fundador de la dinastía de los Bonapartes.

Ahora bien, hay que buscar una solucion monárquica á toda costa, arrostrando el desagrado de esta ó de aquella corte extranjera, porque la interinidad es una sangría abierta á la vida y á la honra de la pátria y de la revolucion, y el Príncipe Alfonso ahora ya es una gran desdicha y una gran vergüenza para la revolucion y para la pátria, como sin mucho esfuerzo lo conseguirémos demostrar.

IV.

Muchas y bellas cosas se han dicho y se han escrito contra la interinidad á estas horas, y todas ellas con razon, porque difícilmente se encontrará nada mas fértil en lástimas y miserias como el raro sistema de Gobierno, desconocido en Europa é importado del Africa vecina, en donde son bien conocidas las Regencias de Túnez y de Trípoli, que hoy impera en España. Y estas lástimas, estas miserias aumentarán de dia en dia, porque la interinidad significa envilecimiento de los valores públicos, pánico y absentismo del capital, parálisis de la industria y el comercio, ruina de la Hacienda, intermitencias de guerras civiles, anarquía crónica, el espectáculo de Madrid en ruinas, el espectáculo de las provincias en disolucion, necesidad de transigir con todos los elementos puros ó impuros que estén ó vengan á la situacion, impotencia del Gobierno para cortarse las escrecencias que le hayan salido, para desprenderse de esos expósitos de la inteligencia y de la fortuna que constituyen con su lujo inverisímil ó con el lujo inverisímil de sus familias una especie de embarazo gástrico en las personas

dignas que aún aman la revolucion, autorizando esas acusaciones anónimas de inmoralidad que se oyen en las conversaciones privadas y apuntan vagamente en los periódicos; interinidad significa ineficacia del proselitismo revolucionario en el círculo de las personas honradas, una situacion sin desenlace legal, una situacion con los sangrientos horizontes del caudillaje americano por único porvenir; interinidad significa continuacion ó renovacion de nuestra guerra en Cuba, pérdida definitiva de las Antilias; interinidad, en fin, significa que si la Revolucion de Setiembre, como todas las revoluciones, segun queda atrás dicho, era una crísis aguda y fulminante de la que podia salir regenerada ó muerta la España, quiere decir que ha resultado el cadáver de la gran nacion española, muerta por consuncion, sin gloria y sin grandeza; sobre cuyo cadáver vendrán á hacer presa los buitres políticos, Césares de aventuras, dictadores de pacotilla, que no sienten removerse sus entrañas con los quejidos lastimeros de la pátria moribunda, sino que hacen su negocio y satisfacen sus concupiscencias en medio de los pueblos degradados y de las sociedades en disolucion.

Pero con ser tan grandes, pero con ver tan evidentes los males de la interinidad, pero con venir de todas partes el ronco grito de ¡abajo la interinidad! como decia en el Congreso el Sr. Cánovas del Castillo con su magnífica elocuencia, hay hombres políticos de grande altura que imputan esos males á la Constitucion, á las leyes, al mal Gobierno que nos rige, cuando para nosotros es evidente que la ineficacia de la Constitucion, de las leyes y del Gobierno que nos rige, son tambien producto de la interinidad. Que se salga de ella, que se realice la Monarquía, y la Monarquía tendrá sus desenvolvimientos naturales; la Monarquía, por su propia virtualidad, hará el órden y desaparecerán las vacilaciones del Gobierno, que un dia acaricia á los republicanos y maltrata á los conservadores, y otro acaricia á los conservadores y maltrata á los republicanos. Tan cierto es esto, que no creemos que los republicanos vacilaran un momento en establecer verdaderas limitaciones en las leyes orgánicas y en el Código, respecto al ejercicio de los derechos individuales, con tal que los conservadores votaran la república. Y por qué? Porque la república buscaria sus desenvolvimientos naturales, porque no cabe duda de que, establecido el principio, brotan con lógica inexorable sus consecuencias. Así, pues, no concebimos que defiendan la interinidad sino los que, sin

merecimientos para arrostrar la competencia de las personas dignas en una situacion normal, se hallan muy bien en medio de esta especie de rio revuelto en que hoy vivimos, ó los que rechazan la Monarquía y quieren la República, ó las que hacen política de pesimismo y quieren que los males de la interinidad sean aún mayores, para que el país eche de ménos lo que se fué y pida ó acepte resignado su restauracion; porque si es verdad que esta España impresionable, aquejada por el mal que la domina en el momento, clama muchas veces con injusticia: *nada hay peor que lo actual, todo es preferible á lo presente*, tambien es verdad que, llevados de esa facilidad de impresion, olvidamos las desdichas pasadas y los escándalos sufridos, para otorgar, por generosidad imprudente ó para consentir por egoismo calculador ó miserable desidia, rehabilitaciones monstruosas y absurdas que constituyen otras tantas violaciones del sentido moral. Por eso la posibilidad de una restauracion que puede esconder en sus entrañas esta interinidad que nos asesina, debe tener en alarma contínua á todos los que no hayan renegado de la Revolucion consumada en 1868, y por eso nosotros no vacilamos en exclamar: ¡desdichado país, si tiene que seguir encadenado á la vergüenza de la interinidad! ¡Desdichado país si tiene al fin que llamar á la actual revolucion la revolucion del desengaño, y para defenderse contra la interinidad, tiene que inclinarse á la vergüenza de la restauracion!

Porque ya lo hemos dicho, la restauracion para nosotros, aun bajo la al parecer inocente, simpática é inofensiva forma del Príncipe Alfonso, como se presenta en el acta de abdicacion y en la proclama á los Españoles de su última Reina, es fuente de grandes desventuras. Prescindiendo de otros achaques que se han atribuido á la candidatura del Príncipe Alfonso, y que son la reproduccion de vicios con que se persiguió con singular éxito á algun pretendiente de tiempos antiguos, Alfonso XII no sólo representaria las represalias de toda restauracion (dígalo, no ya Fernando VII, sino Luis XVIII con ser tan sabio, y Cárlos X con ser tan piadoso), no sólo representaria la menor edad de un rey, tan turbulenta como todas las minorías, seguida de aquel período en que el ímpetu de las pasiones se junta con la inexperiencia de los años para hacer mayores los extravíos de la flaca naturaleza del hombre, significaria además la impotencia de la escuadra que se sublevó en Cádiz, la impotencia del ejército que triunfó en Alcolea,

la impotencia de todos los elementos viriles y enérgicos que se comprometieron con la revolucion, la impotencia del país que la saludó con entusiasmo; significaria que España, como el Príncipe Segismundo de la *Vida es Sueño*, después de puesta en libertad, merecia, por sus locuras y extravagancias, volver á la mazmorra de que habia salido; significaria que España habia de ser únicamente gobernada por los hombres que la precipitaran en las catástrofes de 1854 y de 1868, en cuyo beneficio parece dada en estos momentos el acta de abdicacion; significaria, supuesta la presion que contra la revolucion ejerce indirectamente Luis Bonaparte, y directamente en favor del Príncipe Alfonso, que España habia dejado de ser nacion y que el desdichado Príncipe que la daban tendria que convertirla en una especie de feudo de la Francia imperial, á la manera que Portugal, hace años, está convertido en un feudo de Inglaterra.

Repetimos que ántes de la batalla de Alcolea pudo y debió pensarse por todos, por los de uno y por los de otro lado, si convenia pronunciar el fallo definitivo contra la familia de Doña Isabel de Borbon; pudo y acaso debió proclamarse al Príncipe D. Alfonso, cualesquiera que fueran las repugnancias que esta candidatura inspirase á los revolucionarios más intransigentes; pero después de la batalla de Alcolea, pero después de consumado el divorcio ¿cómo volver al ayuntamiento antiguo? Se dan en el mundo, se ven en la sociedad casos en que dos cónyuges, después de haberse escupido la infamia sobre su frente, quizás después de haber llamado hijos del adulterio á los hijos del amor conyugal, obedeciendo á influencias amigas vuelven á hacer vida comun; pero la sociedad sigue señalando con el dedo esos matrimonios, los cuales acaban de ordinario por una separacion más estrepitosa, después de arrastrar una existencia entre lágrimas y desventuras. Y lo que pasa en los matrimonios particulares, pasa tambien en esos matrimonios de Estado de las naciones con sus dinastías. Dos grandes restauraciones han tenido lugar en el mundo, la de los Stuardos en Inglaterra y la de los Borbones en Francia. Pues bien, ámbas son efímeras y ámbas son desastrosas, la de los Stuardos dura ocho años, de 1660 á 1668, que se comparten entre los dos hermanos Cárlos II y Jacobo II, reinados los dos llenos de intolerancia, de rencores, de sangre, de desdichas; y la de los Borbones dura quince, que tambien se comparten entre otros dos hermanos, Luis XVIII y Cár-

los X, reinados los dos igualmente llenos de humillaciones, de ultrajes, de ódios y de desventuras para la Francia. Por eso Inglaterra verificó su revolucion de 1668 y Francia su revolucion de 1830.

Si de algo ha de servir la historia, ahí están sus enseñanzas solemnes.

V.

Muchas veces, al meditar sobre los pocos frutos que saca la humanidad de los ajenos desengaños, hemos comparado la experiencia que no nos castiga y advierte personalmente, á la luz que lleva un ciego, que puede alumbrar á los demás, pero que no le alumbra á uno mismo, y esto es lo que tememos que ocurra á España en la cuestion de la restauracion, que consideramos como una gran desdicha para la pátria y que sin embargo todos, cuál más, cual ménos, todos vamos haciendo posible y aun, lo decimos con pena, pero con profunda conviccion, probable y muy probable.

Los elementos preponderantes en la actual situacion política de España, rechazan por funesta y deshonrosa la solucion del Príncipe Alfonso, y á pesar de esto, caminan á ella con instinto ciego y suicida. Si un génio maléfico y tortuoso presidiera los destinos de la Nacion española, si Maquiavelo resucitado quisiera encaminarnos fatalmente al Príncipe Alfonso, ¿qué otra conducta seguiria, sino la que estamos siguiendo? Vivir en la interinidad, desangrar la revolucion, disgustar al país sensato de ella, al país que la saludó con entusiasmo, destruir sus fuerzas, acomodarse inconscientemente á todas las exigencias ó á todos los deseos de la política napoleónica, que patrocina abiertamente esa candidatura, ¿qué es esto sino facilitar su triunfo? Por eso no debe de extrañarse el hombre que es alma de esta situacion, de que muchas gentes hayan cometido con él la injusticia de suponerle inspirado por los propósitos de Monk, aunque no la suerte de Monk con los Stuardos, sino la de Ney con los Borbones, es posible que le esperase con la restauracion. Por eso no debe de extrañar tampoco que otros se alarmen de la intimidad creciente de S. E. con el Emperador de los Franceses. Bien que el Jefe de un Gabinete, sobre todo en las circunstancias excepcionales que atravesamos, se preocupe, como hombre de Estado, de mantener amistad con el Imperio vecino; pero esta preocupacion, que es un deber, llevada demasiado

léjos puede ser la perdicion de España y la perdicion de la Revolucion de Setiembre. Hacemos plena justicia al Sr. Conde de Reus; sabemos que el hombre de Méjico no se dejará adormecer ni prescindirá del cumplimiento de sus deberes con la pátria, por los refinamientos de cortesana delicadeza, que con él personalmente ó con deudos queridos, tenga el Emperador de los Franceses; pero no eche en olvido que así como con sus célebres *jamas, jamas, jamas*, se ha concitado las iras de algunos elementos que confiaban atraerle dulce y lentamente á sus planes de restauracion, así el dia en que se decida valerosa y dignamente á salir de la interinidad, tendrá que arrostrar el desagrado de las Tullerías, y lo que tememos no es precisamente que sea incapaz de desafiar el desagrado imperial, sino que la revolucion y el piloto que lleva en sus manos el timon revolucionario, hayan perdido fuerzas y no alcancen la victoria definitiva.

La situacion, en el estado caótico é indefinido que hoy tiene, no puede prolongarse más tiempo sin riesgos mortales para la pátria. No nos podemos quejar los revolucionarios de la fortuna, porque dos años hemos tenido ya á nuestra disposicion sin grandes contrariedades: en todo caso, quejémonos de nuestra impericia, que nos hace proceder como si tuviéramos por delante la inmortalidad de los dioses paganos. Ha querido la naturaleza que los hombres gastados sean prudentes por necesidad. Tengamos nosotros prudencia, ya que estamos en el período de la declinacion y del descrédito. No vivimos hoy en el mejor de los mundos posibles, ni ofrecemos horizontes de rosa al país para el dia de mañana. Lo que significa la interinidad lo dejamos dicho, y aunque el Sr. Conde de Reus sinceramente crea otra cosa, no se halla tan firme y segura la libertad, bien que tengamos fastuosas exterioridades que lo acrediten. La Roma de los Césares y de los Augústulos vivia en medio de apariencias republicanas, con el Senado, con los tribunos, con el foro, con el pueblo del tiempo de los Scipiones y de los Gracos. La libertad se entiende mal con el régimen de lo arbitrario, y lo arbitrario hasta ahora no ha entrado por poca parte en el sistema de la revolucion, fuera de que no es régimen liberal el que depende de la vida de un hombre.

Creemos por lo tanto, que el interregno parlamentario en que hemos entrado necesita ser fecundo, porque es el último plazo que nos da la fortuna á los revolucionarios de Setiembre. Si no hay

una solucion que corone el edificio levantado por la Asamblea constituyente cuando ésta reanude sus tareas, la revolucion está perdida. Imposible será que se mantenga por más tiempo la conciliacion de los partidos y de los elementos que la llevaron á cabo, rota la cual los dias del Gobierno están contados, porque, como observa Salustio, no se salvan los gobiernos y no se salvan las revoluciones sino siendo fieles á aquel principio que les diera vida. Ni el patriotismo, ni el decoro de los partidos y de los hombres verdaderamente monárquicos que estén con la revolucion, pueden consentir más aplazamientos, dándose por satisfechos con ese espejismo de Monarquía que siempre se presenta delante de sus ojos y nunca se realiza. La lucha empezará en el Parlamento, pero por desgracia, y como ha sucedido siempre, no será en el Parlamento donde la lucha se decida. Hace ya mucho tiempo, que cuando llegan esos instante solemnes, los parlamentos sirven para inflamar y decidir la opinion, pero no para resolver las crísis. Aun así, el choque de unas haces contra otras de la Asamblea, será terrible, porque han sido grandes las consideraciones guardadas, largo el silencio, y están los pechos cargados de ira y los ánimos de razon. Llorarán la libertad y la pátria, porque los frutos de esta infausta campaña han de ser cosechados brevemente por la anarquía, por la restauracion después; pero no por eso los contendientes tirarán á hacerse ménos daño, porque entónces ocurrirá lo que dice Tácito: *multi odio præsentum et cupiditiæ mutationis, sui quoque periculis lactabantur* (1). Por eso la abdicacion de la reina, que ahora no tiene ninguna importancia, para en ese caso tendrá mucha. Por eso la restauracion, que nada puede esperar de España miéntras los elementos revolucionarios estén unidos y todo lo puede esperar de su discordia, ha debido hacerse la mortecina hasta llegar ese momento, sin llamar la atencion sobre ella con una abdicacion, como la de la reina Isabel, por el temor de apretar de nuevo ante el comun peligro los vínculos revolucionarios, algun tanto relajados sin duda alguna; pero la impaciencia es mala consejera, y toda emigracion, como observa Macaulay, pierde el sentido de la realidad fuera de la pátria. Por eso los que en el silencio caminaban hácia el Príncipe Alfonso y mantenian afinidades y relaciones con determinados elementos revolucionarios, no han debido enarbolar esa

(1) En ódio á lo presente y deseosos de novedades, se alegraban de sus propios peligros.—Anales.—Tácito.

handera, que habia de reverdecer y enconar los rencores hácia la familia real destronada, sino cuando los revolucionarios más alborotados, por el deseo de encontrar menos competidores dentro de la situacion, aunque poniéndola en evidente peligro, hubieran intentado y acaso conseguido precipitar en el abismo de la restauracion á los elementos conservadores que en la situacion figuran; pero las pasiones humanas, que siempre figurarán en política, cuando ésta sólo debia proocuparse de intereses, nunca dejarán de obrar como factores en sus empresas, perturbando la fria razon de los mismos que con justo título blasonan de verdaderos hombres de Estado.

Sabemos muy bien que los engreidos revolucionarios se reirán de nuestras observaciones, y se juzgarán modestamente invulnerables, omnipotentes é inmortales. Contamos con sus sonrisas; contamos con su compasion. ¡Ah! ¿Qué poder no sufre desvanecimientos? ¿Qué triunfador, y mucho más si no le costó gran cosa la victoria, no tiene vértigos en las alturas á que inesperadamente se elevó? Pero tengan en cuenta á su vez que esos vértigos, que esos desvanecimientos conducen y precipitan más pronto al abismo. No tiene, ó no tenemos, por mejor decir, los revolucionarios de Setiembre, la energía, el entusiasmo, la fe, la austeridad de costumbres, la fuerza de los revolucionarios ingleses que convirtieron en sangriento patíbulo el Trono de Cárlos I, y no vemos entre nosotros á álguien que tenga la talla, los contornos y la estatura de Oliverio Cromwell; y, sin embargo, sobre Cromwell y sobre los revolucionarios ingleses vino á sentarse la restauracion de los Stuardos. No tienen, ó por mejor decir, no tenemos los revolucionarios de Setiembre la horrible y épica grandeza de los gigantes franceses del 93, y no vemos ciertamente entre nosotros á álguien que tenga algo de la estatura colosal de Napoleon el Grande; y sin embargo, sobre los gigantes del 93 y sobre la encarnacion viva de esa generacion de gigantes en el gigante de la humanidad de todos los tiempos, vino á sentarse en Francia la restauracion de los Borbones.

Mediten, mediten los hombres del dia sobre estas grandes lecciones de la historia, y obren con cautela, seguros de que procederán mal en no hacer plena justicia al sincero, al ardiente, al desinteresado patriotismo que dicta nuestras observaciones. Amigos somos de la Revolucion, y no queremos figurar en la catego-

ría de sus herederos, ni tampoco en la de aquellos que sólo saben jurar eterna fidelidad á la fortuna, ó en la de los que entran en las revoluciones para explotarlas, retirándose después á lugar seguro para gozar tranquilamente los frutos de su industriosa inteligencia aplicada á la política. En todo caso nosotros somos el médico, el médico que asiste á un amigo querido, que ve los alarmantes progresos de su peligrosa enfermedad, que le señala el camino de salvacion, que le quiere apartar de las orgías que le llevan al sepulcro, y que, con lágrimas en los ojos y el corazon herido, turba el júbilo calenturiento de sus alegres calaveradas, anunciándole la implacable proximidad de la muerte.

VI.

Lleguemos ya á una conclusion práctica como final de nuestras observaciones.

Tenemos en España un partido carlista que sale de las catacumbas de lo pasado, pretendiendo imponerse con la melancólica poesía de los tiempos antiguos á las nuevas generaciones, que necesitan el aire de vida, el oxígeno puro de la libertad; un partido moderado que aspira á hacer triunfar la candidatura del Príncipe Alfonso, cuando la España revolucionaria se ha pronunciado contra ella; un partido de Union liberal, justamente ufano con sus gloriosos recuerdos, con su lucido y brillante estado mayor, con su personal inteligente, con sus simpatías en las clases medias, pensadoras y ricas de la sociedad, que ha creido que la Revolucion española, para salvarse, debia de seguir las huellas de la Revolucion inglesa de 1668, y de la Revolucion francesa de 1830; tenemos un partido progresista, cuya historia es la historia de la libertad en España, lleno de patriotismos fogosos y de abnegaciones heróicas, que hoy flota indeciso á merced de los sucesos, sin candidato conocido para el Trono, y que así puede ser la base de nuestra regeneracion, el Verbo creador de nuestra palingenesia futura, como puede terminar su honrada y pura existencia entre oleadas de sangre y de cieno; tenemos un partido republicano que ha confundido una mision de propaganda con una mision de gobierno, que aspira á convertir su generacion de apóstoles en una generacion de hombres de Estado y de Ministros, que quiere antici-

par los tiempos, y en vez de sacrificar temporalmente su ideal á los intereses permanentes de la pátria, ha intentado realizarle precipitando á España en los abismos sin fondo de la anarquía.

Pues bien, la monarquía de derecho divino, la monarquía de Enrique IV, de Luis XIV, de Cárlos III, no ha salido nunca, y hoy saldrá mucho ménos, del fondo místico de una sacristía: ha muerto, y en vano los carlistas golpean sobre el blanqueado sepulcro para evocarla. El siglo XIX ha esculpido sobre sus doradas paredes, con el buril de fuego de las revoluciones modernas, aquel versículo sagrado, que es la voz tremenda de los siglos antiguos: *Ecce nunc in pulvere dormian, et si mane me gæsieris, non subsistam.* La monarquía moderada, la monarquía de la restauracion, tampoco puede prevalecer, porque le faltan abajo la base popular, en la region media la adhesion de muchas clases, y si en las alturas tiene algo de una aristocracia antigua, que no ha sabido conservar su influencia, y algo de una aristocracia moderna, que de otra revolucion ha nacido y de la actual revolucion se aparta, esas fracciones de dos aristocracias, bien débiles ya, que aspiran á crear una especie de *faubourg Saint Germain* en nuestro democrático Madrid, podrán desgastar en parte el prestigio de la monarquía que salga de la Asamblea constituyente, pero en su obra de demolicion, si con la nueva monarquía no se reconcilian, dejarán los últimos restos de su influencia y acaso de su fortuna, porque una nueva revolucion en España revestirá caractéres esencialmente socialistas. La monarquía acariciada por la Union liberal, la monarquía de Guillermo de Orange ó la monarquía de Luis Felipe, nosotros no nos hacemos ilusiones, siendo la que mejor respondia á las necesidades de lo presente y á las previsiones de lo porvenir, ha sido, sin embargo, el blanco de grandes injusticias y de grandes calumnias, es verdad; pero injusticias y calumnias que sólo un partido no puede contrarestar; y sin el concurso activo, muy activo de otras parcialidades y de otros elementos, es imposible pensar en establecerla. La monarquía anónima, la monarquía innominada, la monarquía sin dinastía de los progresistas, ó por mejor decir la interinidad actual, no puede continuar más tiempo, porque ella nos llevaria á no hacer posible en España otra monarquía que la monarquía de un soldado de fortuna, seguida de una catástrofe segura, que traeria el partido progresista por haber confundido con un vulgar pronuncia-

miento una gloriosa revolucion; y la república, que es minoría insignificante en todas partes á la hora presente, sólo puede triunfar como fórmula de despecho, y á la manera de los siniestros meteoros, para pasar fugazmente y dejar por huellas lagos de sangre; pero por encima de estas agrupaciones artificiales, que el aluvion crea y el aluvion deshace en las tempestades políticas, está el país, como por encima de la nubes que traen la borrasca y despiden el rayo, está y brilla al fin el cielo puro, el cielo azul y sereno; el país sano, el país que piensa, que trabaja, que sufre, que paga, el país industrial, mercantil, agricultor, propietario, el país que ha salido de la menor edad y que porque ha salido de la menor edad y no es pupilo de nádie, se inspirará con frialdad en sus intereses y apoyará con calor la solucion patriótica que le saque de la interinidad y le dé Gobierno realizando la Monarquía.

Que ha de ser difícil á la Revolucion encontrar un candidato, de sobra se nos alcanza; porque las familias reinantes en Europa, porque los hombres de Estado que las aconsejan, comprenden lo difícil, lo aventurado que es de ordinario pretender arraigar una dinastía completamente nueva en una nacion antigua, sin representar algo de los intereses, de las tradiciones, de las necesidades, de las aspiraciones, de las clases que constituyen la trama secular de su historia y el organismo íntimo y misterioso de su existencia; pero á estas horas las dinastías europeas y los hombres de Estado que las aconsejen, deben de comprender tambien cuál es la verdadera situacion á que ha venido á parar España, dividida, en su parte oficial, en grupos que buscan ó tienen que aceptar por necesidad una solucion exclusiva, y ansiosa, en su parte sana, en su inmensa mayoría monárquica, que no está encadenada fatalmente á los grupos políticos, de llegar á una solucion y de encontrar un Príncipe digno que represente esa aspiracion monárquica y le dé la paz, el órden, la libertad, el gobierno, la moralidad y la justicia que está pidiendo con gritos de desesperacion y con angustia suprema. Los hombres que hoy tienen en sus manos un poder que llega á la omnipotencia, con hacer comprender esta situacion al Príncipe á quien se dirijan, tienen mucho adelantado para facilitar la obra de coronar el edificio revolucionario; é inclinados, como somos por temperamento, á decir la verdad tal como la concibe nuestra conciencia, y sin suavizarla con la hipocresía de las palabras, no vacilamos en asegurar que, en nuestro concepto, cometen una gran

falta de patriotismo, un delito de lesa nacion, y además un inmenso error político, todos los que, comprometidos con la Revolucion y queriendo salvarla, contrarien los propósitos del Gobierno para encontrar un candidato. Es más: léjos de considerar plausible la conducta de aquellos que, enamorados de una determinada candidatura, llegan al último paroxismo de la ira para ahogar en gérmen cualquiera otra solucion, nosotros, si tuviéramos autoridad para ello, no ya en nombre de los grandes intereses de la pátria, en nombre mismo del porvenir y del éxito de esa misma candidatura, diriamos á los que esa conducta observasen lo que el Príncipe de Benevento á sus agentes diplomáticos: *Et surtout point de zèle*. Nádie que esté comprometido con la Revolucion, nádie que la Revolucion quiera salvar, puede ni debe poner el menor obstáculo á que en términos dignos se realice la Monarquía en España. Por el contrario, hay que apoyar con afan, con patriotismo, hasta con pasion, esos propósitos plausibles que tienden á satisfacer la necesidad pública de más urgencia en estos instantes solemnes.

Empleamos este lenguaje grave y severo con los que consideramos nuestros amigos, porque así hay pleno derecho para dirigirse á los hombres que lo son todo en esta situacion, á fin de hacerles cumplir con los altos deberes que les impone la salvacion de la Revolucion y de la pátria. Hay una candidatura, cuya significacion patriótica hemos examinado en el rápido y desordenado curso de estas observaciones, que puede ser aún la salvacion de todos. Esa candidatura ha provocado en contra de ella desde el primer dia una conjuracion formidable de todos los enemigos naturales de la Revolucion de Setiembre ó enemigos de la Monarquía; conjuracion que ha puesto espanto en el ánimo de muchos revolucionarios monárquicos, y á la que habria que hacer frente, so pena de incurrir en una cobardía que podria tener su vergüenza, su remordimiento y su expiacion en el porvenir, si al reunirse de nuevo la Asamblea Constituyente nos encontrásemos huérfanos de toda otra solucion. Los hombres que en Cádiz se ponian en relaciones con el Príncipe que simboliza esa candidatura, ó que le aceptaban para Regente durante la menor edad del Duque de Génova, y le pedian una de sus hijas para enlazar de esta manera la dinastía de Orleans con la nueva dinastía que quiso aclamarse, no tienen derecho para rechazar esa candidatura por preocupaciones vulgares, y en presencia de la situacion del país, de sus angustias, de los peligros

crecientes de una restauracion, de los horrores posibles de una anarquía social que sobre todos pase, tienen la obligacion sagrada de emplear su poder todo y toda su popularidad en levantar y hacer triunfar la única candidatura que quede para realizar la Monarquía liberal y parlamentaria con que todos soñamos en la explosion de nuestro entusiasmo revolucionario.

Porque si la monarquía de la libertad, con este ó con aquel Príncipe, no se realizara, allá para cuando la Asamblea Constituyente de nuevo se reuna, debemos de estar apercibidos para ver bajar por las crestas de los Pirineos la monarquía de la restauracion ó para ver subir desde los últimos antros sociales el reinado de la anarquía y del terror, como prólogo tambien necesario de la restauracion y acaso de otra página histórica como la del Trocadero, que escribiria esta vez con gusto la Europa civilizada ó la Francia imperial, porque, la restauracion de D. Alfonso, que cerraba el período del terror rojo, diríase que no abria el período del terror blanco que representan los carlistas y á los sangrientos espectáculos de la anarquía social que puede sobrevenir, de que son una pálida muestra algunas de las repugnantes escenas que ha ofrecido de vez en cuando la Revolucion, en estos últimos dias aun en la culta y severa y morigerada capital de España, no sucedian los quemaderos de la Inquisicion, las purificaciones del 23 y el bárbaro ojeo sistemática é inteligentemente establecido contra los liberales.

Todos tendríamos nuestra parte de culpa en esta gran catástrofe; pero la responsabilidad ante los contemporáneos y ante la historia caeria en primer término sobre el hombre que es encarnacion viva de la Revolucion de Setiembre. Hay muchos en España que hacen al Sr. Conde de Reus único ó principal responsable de la prolongacion indefinida de la interinidad, puesto que el que todo lo puede, de todo tiene que responder ante su país. Hay muchos que le creen influencia decisiva en la Asamblea, árbitro absoluto de todas las cuestiones pendientes y pontífice máximo de la situacion que se ha sobrepuesto á todas las influencias de las esferas políticas, especie de lúgubre cipres, recordando la imágen de Virgilio, que se levanta erguido y soberbio en medio de la vasta necrópolis de grandes reputaciones que la Revolucion ha soterrado. Estas personas, malignamente dirigidas en sus investigaciones por el principio de derecho del *cui prodest*, suponen en el Sr. Conde de Reus el tenaz propósito de prolongar indefinidamente la interinidad.

Nó, no somos nosotros del número de estas gentes; nó, no suponemos en el Sr. Conde de Reus el propósito, interesado al parecer, y que sería realmente suicida, de prolongar sistemáticamente esta interinidad funesta y asfixiante , de la cual todos queremos salir y á la que todos volvemos empujados por no sabemos qué triste fatalidad; pero sin pertenecer al número de estas personas, pero haciendo nosotros plena justicia al noble y honrado patriotismo del Sr. Conde de Reus, darémos por terminado este somero estudio de la situacion, escrito al correr de la pluma, con una observacion que tenemos por fundamental, y entregamos á sus solitarias meditaciones.

El Sr. Marqués de los Castillejos ha llegado donde soñaba como término de su vida pública, adonde debia de llegar segun sus amigos, adonde no podia soñar haber llegado segun sus enemigos; pero debe de tener en cuenta que ahora es cuando le van á juzgar definitivamente los contemporáneos y la historia. ¿ Consolida el Sr. Conde de Reus la Revolucion, salva la libertad, reconstruye la monarquía, reconstruye el país, presenta á su ventura magníficos horizontes? Es una figura gloriosa, pasa á la posteridad con los contornos de un gran hombre de Estado, de esos grandes hombres de Estado que asisten á la resurreccion de un pueblo ó son el cimiento de su libertad y de su grandeza; y miéntras viva ó miéntras le dure el vigor físico será el eje sobre que gire la política española. —¿No lo consigue, fracasa la Revolucion en sus manos, se pierde la libertad, se disuelve el país, resulta más envilecido y más pobre, más envilecido y abyecto? Pues el Sr. Conde de Reus, qué todo lo podia y ha dado estos tristes resultados, el Conde de Reus pasa á la historia como un ambicioso vulgar; y aunque haya aduladores que le digan, esos miserables parásitos que roban toda su sávia al árbol á que se arriman, aunque haya aduladores que le digan: si hubieras nacido en la Edad Media, hubieses sido fundador de dinastía como Carlo-Magno; si hubieras nacido en la antigüedad, habrias sido semi-dios cantado por Homero, vendrá á dejar en la pátria historia una huella más efímera que la que deja la piedra en el agua al sepultarse para siempre en las profundidades del Océano. No lo olvide el señor Conde de Reus: los hombres muy elogiados, muy adulados en vida, son maldecidos muchas veces cuando mueren. Enanos que nos parecian gigantes por el pedestal de su posicion, son enanos al

fin cuando ese pedestal se desmorona y los mide el nivel vulgar y comun de una tumba.

Los hombres de Estado no tienen más piedra de toque que el éxito. César, pasando el Rubicon para sufrir la suerte de sus cómplices de Pistoya, habria figurado en la historia de Roma como un Catilina. Con toda su campaña de Italia y con toda su gloria de las Pirámides, sin el éxito del 18 Brumario, Napoleon sería uno de tantos generales de la República francesa, como Moreau ó como Dumouriez. Sin la fortuna que le acompañó el 2 de Diciembre, Luis Bonaparte habria quedado en la historia contemporánea como el calavera de Strasburgo y de Boulogne; y así el Conde de Beust, asistiendo al Austria en sus infortunios con más genio que Bismark á la Prusia en sus grandezas, no dejará para la posteridad la inmortal y espléndida página que su feliz rival el creador de la unidad germánica.

C. Navarro y Rodrigo.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XIX.

LOS JARDINES.

Entónces anochecia; pero apénas pusimos el pié dentro de la verja, cuando un diluvio de luz inundó todo el recinto, presentándolo á nuestros ojos como un sitio verdaderamente mágico.

La luz venia de un enorme globo de vidrio que parecia colocado en el cielo por su elevacion. Este globo, que cuadraba precisamente con el centro de la ciudad, estaba sostenido por altísimas columnas, que, arrancando de los arrabales y encorvándose graciosamente sobre sí mismas, remataban en un grande anillo, en medio del cual estaba colocado el globo. Las columnas eran huecas, y en sus bases se veian pilas de mil elementos cada una, regadas con ácido nítrico que, actuando sobre el zinc, suministraban el fluido eléctrico necesario para sostener la luz. Los conductores del fluido eran alambres muy gruesos que subian por el hueco de las columnas para penetrar dentro del globo. La columna más ancha tenía una escalerilla de caracol, por la cual entraba el que habia de tenerlo limpio.

Ahora bien: esta luz que apareció repentinamente, no sólo iluminó los jardines y sus alrededores, sino que iluminó tambien la ciudad.

Aquella luz era muy viva, irresistible si se la miraba.

Aquella luz era semejante á la del sol.

Reinaba un fresco agradable, y las calles formadas por aquellos

frondosos árboles estaban tan perfectamente enarenadas, que se sentia placer al pisarlas. Cascadas, fuentes, juegos sorprendentes de agua que, al caer, producian un murmullo delicioso; flores espléndidas que exhalaban perfumes exquisitos, y que engalanaban de mil modos aquel sitio; lindos parterres, amenos bosquecillos, pabellones, estátuas y glorietas, todo, todo se hallaba allí reunido para llenar de asombro á los pobres habitantes de la Tierra.

En efecto, muy grande era la diferencia que habia entre ésta y aquel mundo.

Apénas habiamos podido ver muy por encima todas estas maravillas, cuando una música, llena de sublime melodía, vino á aumentar el encanto y arrobamiento en que nos hallábamos sumergidos. Al mismo tiempo un enjambre de criados nos sirvieron un variado y delicadísimo refresco en bandejas de oro y sobre mesas preparadas al efecto.

Acabado el refresco, y miéntras conversaban los reyes con los ancianos y los altos funcionarios del Estado, nos paseábamos nosotros y nos parábamos de cuando en cuando para gozar de los fuegos artificiales que, en diversos puntos del jardin, presentaban á nuestros ojos soles, árboles, cascadas y otros mil objetos que cautivaban nuestra atencion.

M. Leynoff se quedó con aquellos personajes; pero yo cogí del manto al embajador, que ya habia ido á mudarse, y que entraba entónces en el jardin.

—Venid,—le dije.

—Adónde?

—A este bosquecillo que tenemos enfrente.

Cuando llegamos, añadí:

—Ahora que estamos solos, hablemos de vos.

—Por qué me encargábais, Mendoza, que me guardase de Nostrendy y de Nomatty?

—Vais á saberlo.

Y entónces le conté la conversacion que les habia oido en la quinta de Nomara.

Escuchóme con atencion, y luego dijo:

—Tranquilizaos, Mendoza; pues léjos de incomodarme lo que acabais de referir, me agrada mucho.

—Os agrada!—dije;—no alcanzo la razon.

—Sí tal, sí tal, si reflexionais un poco: Nostrendy, con su en-

cono y furor hácia mí, no hace más que exasperarse y ofrecerse á los ojos de Aneyda despojado de aquella dulzura y galantería que tanto cautivan á una niña de su edad. Y no sólo se despoja de estas cualidades, sino que, irritado por su mal humor, es probable que trate á su prima con dureza. Esto, que tanto desvirtua á Nostrendy, ya comprendereis que me realza á mí, por escaso que sea mi mérito. No pensais ahora como yo?

—Ah, sí, teneis razon; no habia caido en ello; pero, ¿y las amenazas de Nomatty no deben tenerse en cuenta?

—Bah,—dijo con sumo desden el embajador;—si lo que intenta contra mí es cara á cara, me importa poco; y si es á traicion, ó por medio de alguna intriga tenebrosa, el Eterno, en quien confio siempre, me salvará; no tengais duda.

—Admiro,—le respondí,—pero no apruebo vuestra confianza. ¿No habeis observado que ni un momento os perdieron de vista esta noche él y sus cuatro compañeros?

—Oh, Mendoza! preguntadme primero si he reparado en ellos siquiera, ni en ninguno de los objetos que me rodeaban. Donde está Aneyda, no me es dado mirar más que á ella, y, absorto en contemplarla, me olvido del universo.

—Perdonadme si no pienso, en este punto, como vos. Yo quiero observar á Nomatty, cuyos designios me inquietan tanto más, cuanto que no he podido penetrarlos todavía. Y no creais qne es esto todo por vos, nó; porque tambien es por nosotros, á quien sabeis detesta de corazon.

—Perdereis el tiempo, Mendoza.

—No importa.

—Como gusteis.

Y mudando de conversacion, le pregunté:

—Quién es aquella niña que estaba, hace poco, con Aneyda, y que fué una de las que hemos visto en la quinta de Nomara?

—La señorita Nassala?

—No sé como se llama; pero debe ser esa sin duda. Héla allí.

—La misma,—me dijo el embajador.—Esa niña, de bellísimo carácter por cierto, íntima de Aneyda, y muy linda además, es hija del señor Esttrola, uno de los más altos personajes de Romalia, que queda hablando ahora con S. M. Ya os lo enseñaré á la vuelta. Su esposa es íntima de la princesa de Toluma.

—Gracias.

—Pero, por qué me haceis esa pregunta? Es acaso porque os gusta la señorita Nassala? Diantre! Mucho lo celebraria.

—Nó, nó,—le respondí, ruborizándome;—es porque esa niña ha estado conmigo muy amable en la quinta de Nomara, pues tuvo la bondad de decir que le habia parecido hermoso, á pesar de mi poca talla. Esto, amigo, para una persona que acaba de llegar á un mundo desconocido, vale mucho é inspira una confianza que vale todavía mucho más.

—Pensais visitarla?

—Pues nó? Mañana irémos, si gustais.

—Corriente. Sabeis una cosa, Mendoza?

—Qué?

—Que desearia que alguna de nuestras niñas os gustase.

—A mí?

—Sí.

—Y por qué?

—Porque de ese modo estaria yo seguro de que no tratariais de volver á la Tierra.

—Oh, Nottely! Con eso y sin eso, es muy posible que no piense en ella por ahora.

—De véras? Decís eso de corazon?

—Muy de corazon, amigo. Están demasiado recientes los peligros que acabamos de pasar; es demasiado bueno vuestro mundo, y demasiado afectuosa la acogida que nos dispensais, para que nos acordemos de la Tierra. Además, apénas hemos visto á Saturno.

—Cierto; pero el amor á la pátria es á veces tan vehemente.. .

—Oh! Dejemos,—le dije interrumpiéndole,—esta conversacion, porque me entristece.

—Dejémosla pues.

Y esto diciendo, nos dirigimos al salon del baile. Cuando llegamos, estaban cantando, porque ántes del baile habia tambien concierto.

Aquí, lector amigo, me encuentro otra vez con obstáculos (la descripcion de los objetos) con que ya más atrás he tropezado, y que son cada vez más difíciles de superar. En efecto, ¿cómo describir lo que entónces se ofreció á mi vista? ¿Cómo hacerte conocer las sensaciones que experimenté? Porque en Saturno, si bien algunos objetos son parecidos á los nuestros, ¡la mayor parte se diferencian tanto! ¡Y son, además, los hombres y las cosas tan supe-

riores en aquel mundo! Así es que las palabras faltan, las comparaciones escasean, y sólo en calificativos tendria que agotar la lengua más rica de la Tierra.

Lo que puedo decirte es que los sentidos apénas podian apreciar las impresiones que ofrecian en aquel local la combinada acumulacion de luz, los perfumes, la armonía, el ornato, los matices y el artificio. Lo que puedo asegurarte es, que sentí vértigos en un principio, que creia soñar, y que tomaba por ilusiones de mi fantasía todo lo que tenía delante. Y no era extraño, porque mísero terrícola, no podia siquiera presumir que existiese una cosa semejante. Acostumbrado á los salones de Europa, ¿cómo podia figurarme que los de Romalia deslucirian y empeñecerian aquellos?

Por eso, lector, si quieres tener una idea de lo que me rodeaba, preciso es que te figures realizados todos los prodigios de las *Mil y una noches*, y todas las maravillas que las imaginaciones calenturientas del Asia han creado en sus sueños más lucidos, á excepcion de sus absurdos y aberraciones.

Saturno deja seguramente muy atrás al humilde planeta que habitamos, y triste es que muchos de nuestros compatriotas miren á éste como el único y principal objeto de la solicitud del Criador.

Pero volvamos al salon.

Allí oí cantar con voz divina una música tambien divina, pues no puedo calificarla de otro modo. Escuchándola, recordé las producciones de Rossini, de Donizetti y de Bellini, que últimamente habia aplaudido en la Tierra; pero ¡con dolor lo digo! los cantos de la *Sonámbula*, de *Poliuto* y de *Guillermo Tell* palidecian al lado de los que en aquel momento me extasiaban: me parecian entónces frios, faltos de pasion, pobres de sentimiento, sin grandeza, sin inspiracion y sin vida. Consolémonos, sin embargo, los terrícolas, porque aquí abajo todo es relativo.

Después de la música llegó el baile, gracioso y grave, á la vez, expresivo y lleno de variedad. Nottely tuvo por pareja dos veces á Aneyda: hablaron mucho, con animacion, y entrámbos se mostraban sumamente satisfechos. En cambio, las princesas, Nostrendy y Nomaty parecian descontentos y con semblantes poco halagüeños.

Como á todo sucede, aquella noche, de eterno recuerdo para mí, tuvo su fin, y nos retiramos.

Al atravesar una de las antecámaras, me detuvo un hombre, que me saludó respetuosamente.

—Á quién buscais?—le pregunté.

—A nádie, señor; estoy en mi puesto.

—No os comprendo.

—Soy, señor, uno de los guardias destinados por S. M. á vuestro servicio.

—Ah, sí; y el otro?

—Siguió á M. Leynoff, que, como sabeis, se retiró hace rato. Teneis algo que mandarme?

—Venid conmigo.

Y volviéndome al embajador que me seguia, le dije:

—Hasta mañana en el observatorio, verdad?

—Sin falta, y si quereis, pasado mañana tendrémos un dia de caza. Os acomoda?

—Con vos, todo lo que querais.

—Gracias: adios, pues.

Cuando salí á la calle amanecia.

CAPITULO XX.

EL OBSERVATORIO.

El observatorio astronómico de Romalia estaba situado segun arte, es decir, al medio dia, y en un paraje desde donde se registraba un horizonte que parecia no tener término. La construccion era sencilla, pero elegante: consistia en un templo alto, rematado por una media naranja, encima de la cual habia una linterna. Tenia ocho caras, y en cada una de ellas habia una ventana: en estas, es decir, en las ventanas, estaban colocados con sus correspondientes trípodes, grandes y lujosos telescopios en disposicion de poder usarse. Veíanse tambien sobre las mesas y escaparates, globos, planisferios, maquinas planetarias, péndulos, cronómetros, clepsidras y otros instrumentos astronómicos dispuestos con tal órden y simetría, que á la vez que agradaban á la vista, podian cogerse fácilmente.

Estábamos mirando todo esto los señores Nolatto, Nomara, Rodulio, Notey, M. Leynoff y yo, cuando entró el director. Era este un anciano venerable, de blanca cabeza y de dulce y simpática fisonomía. Nos saludó afectuosamente. Habiéndole correspondido nosotros, dijo el Sr. Nolatto:

—Vaya, señores, que el cielo nos brinda hoy con un dia soberbio; ni el más leve celaje empaña su azul purísimo: aprovechémoslo, si gustais.

Esto diciendo, dirigió uno de los telescopios al sol. Luego que lo tuvo fijo, y miró algunos momentos, dijo á M. Leynoff:

—Mirad, Leynoff, y decidme qué diferencia hallais entre vuestros telescopios y los nuestros.

Miró M. Leynoff, y dijo:

—Ninguna; el mismo disco, las mismas manchas, el mismo océano luminoso, y la misma atmósfera se ven por el mio que por éste.

—Hola, y la distancia? ¿Olvidais que si suponemos dividida la que hay desde la Tierra al Sol, en diez partes, por ejemplo, deben mediar ciento entre nosotros y aquel astro? Y esto, no es nada? Vaya, confesad que os cuesta trabajo el dar la preferencia á nuestros instrumentos, y no os lo tomarémos á mal.

—Loco que soy,—dijo sonriendo M. Leynoff;—me habia olvidado que estábamos en Saturno y no en la Tierra.

—Ya lo creo—repuso el Sr. Nolatto;—y, sinó dadme acá vuestro telescopio y veré yo.

Se lo dió M. Leynoff, lo colocó el Sr. Nolatto en un sitio conveniente, y después de haber mirado un corto rato, dijo:

—Ved vos ahora.

Miró M. Leynoff y se quedó estupefacto. Luego volviéndose á mí, añadió:

—Mirad, Mendoza, mirad y asombraos.

—Qué tal?—decia entre tanto el Sr. Nolatto.

—Que confieso,—contestó M. Leynoff,—la superioridad de vuestros instrumentos sobre los nuestros.

—Oh, sí,—dije yo dejando el telescopio y dirigiéndome á M. Leynoff;—no hay remedio sino confesarlo, amigo, pues la diferencia es grande.

En efecto, visto el Sol por nuestro telescopio, no sólo no se le percibian manchas, atmósfera, ni el cuerpo de este astro, sino que su diámetro quedaba reducido desde allí á poco más de cuatro dedos.

Después de nosotros miraron los demás señores, y aunque nada dijeron por finura, bien conocimos que no se les escapara la diferencia que habia entre sus instrumentos y los nuestros.

—Oh, cuánto deseo ver la Tierra y los anillos de Saturno por ese precioso anteojo,—dijo M. Leynoff.

—Eso de noche, amigo, dijo el Sr. Nolatto; ya lo sabeis.

—Cierto,—contestó M. Leynoff.

—Quereis que hablemos del Sol?

—Como gusteis.

—Qué pensais de él?

—Lo creo un cuerpo opaco,—contestó M. Leynoff,—como creo que lo son todos los que pueblan el espacio. Es cierto que no hace mucho lo mirábamos como una inmensa hoguera; pero las investigaciones de nuestros modernos sábios nos han hecho conocer que el núcleo del astro es opaco, que este núcleo tiene su atmósfera, y que esta atmósfera está cubierta por un océano luminoso que es el que le da ese brillo y esplendor que, distinguiéndolo de los planetas, lo coloca entre las estrellas.

—Pero si el Sol es un cuerpo opaco,—dijo el Sr. Nottely, que escuchaba con atencion,—por qué posee esa atmósfera luminosa? Quién se la dá? Por qué no la tienen los demás planetas?

—Es verdad,—dijo el Sr. Nomara;—esa misma pregunta iba á hacer yo.

—Y yo tambien,—añadí á mi vez.

El Sr. Rodulio estaba muy entretenido, arrimado á una ventana, viendo como construian una casa que estaba cerca del observatorio.

—A eso os responderá Ruttilo,—dijo el Sr. Nolatto.

—Oh, señor,—dijo el anciano; bien sabeis que ámbos pensamos del mismo modo respecto de ese punto. Además, vos sois más jóven que yo, y os producis mejor; respondedles, pues, os lo suplico.

—Como probablemente,—dijo el Sr. Nolatto,—tocarémos esta noche algunos puntos de astronomía, bueno será que preceda, por via de exordio, lo que voy á referir; pues además de creerlo necesario para el asunto que nos ocupa, formará la base de las conferencias que hayamos de tener en adelante.

No hay vacío en la naturaleza,—continuó el Sr. Nolatto,—y todo ese espacio infinito que compone el universo, está lleno de un fluido sutilísimo que, llámenle algunos como quisieren, no viene á ser para mí otra cosa que la electricidad, es decir, ese fluido prodigioso que, á pesar de verlo y desarrollarlo en nuestras máquinas, todavía no hemos podido comprender por lo sorprendente de sus fuegos, por lo complicado de sus modificaciones, y por lo misterioso de su esencia. Y como en este fluido, alma para mí del universo,

circulan y se mueven todos los cuerpos que pueblan el espacio, de ahí el que á impulso de su movimiento de rotacion, se carguen y circunden de él, presentándonos ese aspecto luminoso.

—Pero entónces,—dijo el Sr. Nottely—tambien debieran presentarlo los planetas y aun los satelites, puesto que todos tienen un movimiento de rotacion.

—Y lo presentan,—contestó el Sr. Nolatto;—pero tan débil é insignificante, que no se percibe, ó, por mejor decir, se desvanece ante el infinitamente superior que tiene el Sol, como se desvanece el brillo de la Luna ante el brillo de aquel astro; así es, que sí los planetas y satélites no la tuviesen prestada, jamas los podriamos ver por su luz propia.

—¿Y por qué es tan débil el brillo de estos cuerpos,—dijo el señor Nomara,—y no lo es el de las estrellas?

—Por los volúmenes, príncipe,—respondió el Sr. Nolatto.—¿Quereis comparar con el de los planetas, la fuerza, el poder y espantosa rapidez que en su movimiento de rotacion debe tener un cuerpo como el Sol, cuyo diámetro, para ser cubierto, necesitaria ciento doce mundos como el de la Tierra, y para llenar cuyo volúmen serian precisos millon y medio de estos mismos mundos? Imposible. Pues bien, de la diferencia de los volúmenes pende la mayor ó menor cantidad de fluido eléctrico robado al espacio, siendo tan pequeña la de los planetas, que apénas se la percibe, miéntras que la de las estrellas se difunde á distancias incalculables.

Ahora bien; esto era lo que yo creia y creiamos todos en Saturno; pero ante los hechos, es decir, ante la relacion que nos hizo M. Leynoff, de la cual hablé ya al Sr. Ruttilo, deben callar las teorías; y si ni uno ni otro hemos variado por completo de nuestras ideas, admitimos, sin embargo, que á la luz que sacan del espacio las estrellas, puede añadirse la que les mandan sus planetas respectivos. La teoría de M. Leynoff, confirmada por los hechos, debe respetarse.

—Oh, sí, efectivamente,—dijo el Sr. Ruttilo;—y en Saturno, al ménos, no la conociamos.

—Verdad es,—dijo M. Leynoff con su modestia acostumbrada,—que no tengo motivo para dudar de una teoría que han confirmado los hechos; pero fuera de esto, abundo en las mismas ideas que vosotros, respecto á que el espacio está lleno de ese fluido, que es para mí tambien el alma del universo.

—Y para mí, querido Leynoff,—dijo el Sr. Nottely.

—Y para mí,—añadió el Sr. Nomara.

—Una pregunta quisiera haceros,—dije al Sr. Nolatto.

—Las que gusteis, caballero,—respondió éste.

—Digo que si del océano luminoso que rodea al Sol, emana, no sólo la luz que reciben los planetas, sino la que posee el astro mismo, el dia en él debe ser eterno.

—Así parece que debemos suponerlo,—dijo el Sr. Nolatto,—pues teniendo una luz propia, y rodeándolo ésta por todas partes, es imposible que haya noches.

—Si se trata de que sean tan oscuras y regulares como las nuestras,—dijo el Sr. Ruttilo,—no hay inconveniente en admitirlo; pero noches parecidas á crepúsculos, ó algo más claras todavía, es forzoso que las haya, Sr. Mendoza.

—¿Cómo puede ser eso,—dije yo,—si el Sol no recibe luz de ningun cuerpo?

—Es cierto,—contestó Ruttilo.

—Quién, pues, ha de quitársela para que haya noche?—insistí bastante satisfecho de mi pregunta.

—Las manchas, caballero,—me contestó Ruttilo.—¿Os olvidais de que el Sol las tiene casi siempre en diferentes puntos de su disco?

—Ah, es verdad, no me acordaba; tened la bondad de continuar.

—Nó,—dijo á este punto el Sr. Nolatto;—dejémoslo, pues ya es tarde.

Y volviéndose á los demás, añadió:

—Señores, á las tres en punto aquí, pues la noche que se prepara promete ser tan hermosa como el dia: ¿no quereis que la aprovechemos?

—Pues nó! Seguro es que no faltarémos,—respondimos todos.

Cuando estuvimos en la calle, sacó Nottely su reloj, y dijo:

—Aún tenemos media hora: ¿quereis, Mendoza, que la aprovechemos haciendo una visita al Príncipe de Nocuara? No está léjos de aquí su casa, y nos la estimará.

—Con mucho gusto,—le respondí.

*

CAPITULO XXI.

VISITA AL PRÍNCIPE DE NOCUARA.

Hallamos á éste en una suntuosa estancia, vestido, y medio recostado en un sofá. Su trage y sus maneras, aunque distinguidos, distaban mucho de la finura y delicadeza que tenian los Romalianos. Habia en este jóven mucho valor, sin duda, y cierta ruda franqueza que no le sentaba mal; pero su persona hacía un contraste demasiado vivo, sobre todo con el embajador.

El Príncipe tenía pendiente de su cuello el brazo enfermo. Al vernos, se levantó y tendió la mano al embajador.

—Os esperaba,—dijo.

—Este amigo podrá deciros cuán imposible me ha sido veros hasta ahora; pero....

El Príncipe se habia sorprendido tanto, supongo que con mi figura, y me miraba con tal atencion, que, en lugar de responder al embajador, le dijo sin apartar de mí los ojos:

—¿Es, acaso, este caballero uno de esos extranjeros que han llegado á Saturno, y que son habitantes de uno de los planetas que están más acá del Sol?

—Sí, Príncipe, y aunque esté él delante, no puedo ménos de deciros que es muy digno de vuestra estimacion y de la nuestra. Pronto lo echareis de ver si le tratais.

—No lo dudo, Nottely, y por lo mismo siento que mi corta estancia en Romalia no me permita ahora ese placer. Entre tanto, —añadió dirigiéndose á mí,—podeis considerarme como uno de vuestros amigos; advirtiéndoos que, si os diese gana de ver la Nocuara, tendria sumo gusto en recibiros. Os hablo así, caballero, por la gran consideracion en que os tengo, y creed que nunca digo más que lo que siento.

—Lo creo, señor, y tanto mi compañero como yo, agradecemos vuestras atenciones. Aquí, y en todas partes, nos teneis á vuestra disposicion.

—Gracias.

Y volviéndose al embajador, añadió:

—Sabeis que me voy mañana?

—Cómo! enfermo y todo os marchais, Príncipe? Me sorprende eso.

—No lo extraño; pero cesará vuestra sorpresa cuando sepais que no es mi voluntad, sino la de otro, la que me obliga á dejar á Romalia.

—Y será una indiscrecion preguntaros la de quién?—dijo sonriendo el embajador.

—La de mi rey,—respondió el Príncipe.

—Oh, oh,—dijo el embajador mirando á éste:—¿sabeis, Príncipe, que casi adivino el motivo?

—Muy listo sereis entónces: á ver?

—No sin una condicion.

—Cuál?

—Que no me lo negueis si acierto.

—Concedido; decid.

—Me engañais?—preguntó sonriendo el Sr. Nottely.

—Palabra de honor.

—Entónces os diré, Príncipe, que, si marchais con esa precipitacion, es por algun socorro que pide al vuestro el Soberano de Catília.

—Diantre!—dijo el Príncipe sorprendido;—muy largo de vista sois, querido; habeis acertado.

Nottely bajó la cabeza y se quedó pensativo.

—Parece que os afecta la noticia,—dijo el Príncipe;—y si he de juzgar por vuestro aspecto, de un modo nada agradable, por cierto.

—No lo niego,—respondió Nottely.

—Lo que quiere decir,—añadió sonriendo y animándose el Príncipe de Nocuara,—que no será sólo en los torneos donde tengamos el gusto de encontrarnos.

—Puede ser, puede ser,—dijo siempre pensativo el embajador, —pero en todo caso, Príncipe, bien sabeis que no os negaré la revancha.

—Oh, no lo dudo, como no debeis dudar vos que la tomaré con ánsia, pues aunque os he cobrado cariño, tengo aquí (y señalaba la garganta) atravesada mi derrota, y, vive Dios, que no puedo, por más que hago, digerirla. Qué quereis? Una vez he sido vencido, y esta mancha que habeis echado sobre mí, sólo puede lavarla vuestra sangre. Con que.....

—Ya os desquitaréis, ya os desquitaréis,—dijo interrumpiéndole el embajador.—¿Pensais ver al rey ántes de marchar?

—Esta misma tarde.

—Entónces, Príncipe, me despido de vos, y no os digo más que una cosa.

—Cuál?—dijo el Príncipe dándole la mano, que Nottely estrechó entre las suyas.

—Que en todo, por todo y para todo, me teneis á vuestras órdenes.

—No esperaba ménos de vos. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

CAPITULO XXII.

CONTINUACION DE LA CONVERSACION ASTRONÓMICA.

A las tres volvimos al observatorio donde estaban ya mirando á la Tierra los Sres. Ruttilo y Nolatto.

—Ahí la teneis,—dijo este, tan pronto como nos vió.

Miró M. Leynoff nuestro planeta, y al dejarme su puesto me dijo con cierta solemnidad:

—Ah, Mendoza, observad ese punto casi imperceptible que se ve allá en las profundidades del cielo, ese asilo del orgullo y de la ignorancia donde nosotros hemos nacido, y donde la mayor parte (la mayor parte, señores, lo decimos con dolor) de nuestros compatriotas consideran como imposible que la Tierra sea una estrella, es decir, que tenga el aspecto de tal, mirada desde otro globo.

—¡Cómo,—dijo con viveza el Sr. Nolatto,—no creen que la Tierra sea una estrella! Estais loco por fuerza, querido Leynoff.

—Oh, no lo estoy, por más que me cueste confesarlo,—contestó éste,—pues prescindiendo de un corto número de hombres que piensan como nosotros, todos los demás, no sólo no creen que la Tierra sea una estrella, sino que si se les digese que esta estrella está colocada en la *via lactea*, nos tendrian por unos visionarios. Estamos muy atrasados, querido amigo, y desde que llegamos á Saturno, lo conocemos más aún.

—Pues aquí, querido,—dijo el Sr. Nolatto,—hasta los niños saben que Saturno es una estrella, si bien esta creencia va acompañada de cierto orgullo, porque saben al mismo tiempo que, á lo ménos entre los planetas, el más hermoso de todos es el nuestro.

—Y tanto como lo es,—dijo M. Leynoff,—por eso lo hemos elegido para nuestras investigaciones. Y á propósito de investigacio-

nes, ¿podremos hablar con franqueza, es decir, podrémos comunicarnos cuanto se nos ocurra, como es justo que lo hagan los que desean instruirse?

—Pues nó,—dijo el Sr. Nolatto,—todo lo que gusteis, querido,

—Vuestra pregunta nos hace ver,—añadió el Sr. Ruttilo,—que ignorais aún que en Romalia hay amplia tolerancia para todas las opiniones, de las cuales podeis hablar en cualquiera parte y á cualquiera hora, sin que nádie lo extrañe, ni os diga la menor palabra, con tal que no toqueis, se entiende, el órden y el gobierno establecidos. Y si en medio de una plaza podeis hablar lo que se os antoje, qué no podreis decir en el seno de la amistad?

—En hora buena,—dijo M. Leynoff,—y principiando á usar de esa hermosa tolerancia, deseo saber una cosa.

—Qué cosa?—preguntó el Sr. Nolatto.

—Lo que pensais del universo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual todos nos preparamos, el Sr. Nolatto para hablar, y nosotros para escucharle. Por fin, dijo el Sr. Nolatto :

—Por universo, querido Leynoff, entendemos nosotros todo lo creado, es decir, el espacio, los mundos que le pueblan, y los séres que pueblan estos mundos. Lo consideramos como un sér de desmesurada grandeza, que al mismo tiempo que vive, contribuye á que vivan los mundos que lo componen, como éstos á su vez contribuyen á que vivan los séres que los habitan. Unos y otros, es decir, los mundos y sus habitantes, contribuyen con su vida particular á sostener la vida general de aquel gran sér, ó lo que es igual, del universo. Y de este sér, ó por mejor decir, de este todo, grande, inconcebible y fabulosamente enorme, del cual Saturno y la Tierra no son más que átomos imperceptibles, de este todo, repito, no vemos más que una pequeña parte, aquella parte que puede percibirse desde nuestra nebulosa (via lactea), en medio de la cual está colocado nuestro sol, y con él, nuestro sistema planetario. El resto del universo se esconde en remotísimas regiones á nuestra vista, y aun á nuestra inteligencia, como se esconde al través de él, nuestro misterioso Criador.

—Entónces, si considerais al universo como un sér,—dijo M. Leynoff,—este ser debe perecer un dia, como perece todo lo creado.

—Sí y nó,—dijo con sorpresa nuestra el Sr. Nolatto:—voy á explicarme :

Al contemplar con atencion profunda el marcado empeño que tuvo el Omnipotente en poner como bases principales de la vida al círculo y á la esfera; al ver que por la esfera y por el círculo vive, no sólo el universo, sino los mundos que lo componen, y los séres que pueblan estos mundos, he creido, llevado en alas de la induccion y de la analogía, únicas que, en mi concepto, deben guiarnos en las cosas que no pueden apreciar nuestros sentidos, he creido, repito, que era razonable, que era lógico considerar al todo que llamamos universo como un cuerpo enormísimo, sin duda, pero esférico.

—Y más allá de esa esfera qué hay?—dijo al punto el embajador.

—Y quién hizo á Dios?—preguntó con viveza el Sr. Nolatto.

—Oh, á eso es imposible contestar,—dijo bajando la cabeza el embajador.

—Pues entónces,—dijo el Sr. Nolatto,—parémonos en alguna parte, si de algun modo hemos de entendernos, pues demasiado sabemos todos que, de no hacerlo así, caerémos en el cáos sin remedio.

—Teneis razon,—dijo el Sr. Nomara,—proseguid.

—Siendo pues el universo una esfera,—contínuo el Sr. Nolatto,—dónde tiene su principio? dónde su fin? En ninguna parte, es indudable. Puede, sí, la inteligencia fijar un punto en esta esfera, y partiendo de él, decir: hé aquí el principio; y volviendo á él, después de haberla recorrido toda, añadir: hé aquí el fin. Pero aun cuando esto sea posible, y se conciba si se quiere fácilmente, ¿será aquel el verdadero principio y el verdadero fin de aquella esfera? Sólo Dios puede saberlo. Y no pudiendo hallar ni el principio ni el fin de tal esfera, porque no está en el poder humano conseguirlo, ¿no viene ella á darnos una idea de lo infinito, y aun de la eternidad misma, puesto que no tiene esta principio ni fin como la esfera?

—Pero mi pregunta queda en pié,—dijo M. Leynoff,—pues, siendo esa esfera creada, ó un sér, como vos decís, debe perecer un dia, puesto que nada hay eterno más que Dios.

—Y qué importa eso para el hombre?—dijo el Sr. Nolatto,—nada, toda vez que para él siempre será infinita, siempre eterna, como voy desde luego á demostrarlo.

Si la vida y su duracion han de estar en armonía con la mag-

nitud é importancia de los séres, la duracion del universo no puede en modo alguno calcularse, puesto que el número de sus años debe perderse en lo infinito, como se pierden el tiempo y el espacio. Y preciso es que sea así, toda vez que nacen y mueren las estrellas, sin que el universo se resienta en lo más mínimo, ni de su aparicion ni de su falta. Y si á esta ley universal están sujetos cuerpos tan importantes como las estrellas, que son otros tantos soles iguales y aun mayores que el que preside nuestro sistema planetario, ¿con cuánto más motivo no lo estarán unos mundos tan pequeños é insignificantes como los nuestros? Y siendo probable ó por mejor decir lo cierto, que Saturno y la Tierra desaparezcan del espacio en ménos tiempo que un relámpago, atendida la duracion del universo, ¿no queda éste para el hombre siempre infinito, siempre eterno? ¿Qué hombre, puesto que no lo ha visto, dirá que el universo tuvo principio? ¿Qué hombre, puesto que no lo ha de ver, dirá que el universo tendrá fin? Lo supondrá, lo sospechará, ¿pero será por eso una verdad? Para el hombre, pues, siempre queda el universo infinito y eterno, aunque éste á su vez perezca un dia.

—Me convenceis, amigo,—dijo M. Leynoff,—y veo que la duracion del universo no está en relacion con nuestros sentidos, como no lo está el espacio, como no lo está lo infinito, como no lo está lo eterno, y como no lo está Dios, ni su existencia misteriosa. Todos estos problemas quedarán sin resolver en nuestros mundos, y en vano sus habitantes se afanarán por comprenderlos.

—Los de Saturno y de la Tierra,—dijo el Sr. Nolatto,—puede ser; pero los pobladores de otros mundos....

—Cómo!—dijo interrumpiéndole M. Leynof;—¿comprenderán los pobladores de otros mundos unos problemas tan difíciles, por muy superiores que sean á nosotros?

—Para mí sí,—dijo el Sr. Nolatto;—porque en el universo, querido Leynoff, hay una progresion tan estupenda desde el mundo visible, es decir, desde el mundo que sólo podemos apreciar por el microscopio, hasta los mundos superiores, es decir, hasta aquellos mundos que ocupan el centro, ó parte más esencial del universo, que las naturalezas de los séres que los habitan, en el supuesto que sigan la progresion de aquellos mundos, deben ser tan grandemente poderosas, que, no sólo tendrán una inteligencia superior á la nuestra, sino que resolverán los problemas que habeis dicho.

—Y dónde están esos habitantes y esos mundos?—dijo entónces el Sr. Nomara?

—A eso os responderá Ruttilo,—dijo el Sr. Nolatto.

Y volviéndose al anciano, añadió:

—Vamos, querido Ruttilo, modestia á un lado: y decid á estos señores lo que pensais respecto de esos mundos y de esos séres que nuestros cerebros no pueden comprender, ni los telescopios alcanzan á enseñarnos.

—El universo,—dijo entónces el Sr. Ruttilo, es efectivamente un todo, un sér que vive por sí, como ha dicho el Sr. Nolatto.

Este sér, como todos los cuerpos organizados, debe tener un centro, que, si bien no percibimos por la enorme distancia á que se halla de nosotros, existe indudablemente, toda vez que si así no fuese, ni habria vida, ni unidad, ni el órden admirable que en él reina. Y aunque de este sér, es decir, del universo, no vemos más que una parte pequeñísima, por lo que de ella sabemos ya podemos inferir lo que pasa en las demás.

Ahora bien; los satélites giran alrededor de sus planetas, y estos y aquellos alrededor de sus soles, es decir, de sus centros respectivos. Estos soles giran alrededor de otros soles mayores que ellos.... Y á propósito de los soles; que el nuestro tiene su movimiento de rotacion, ya lo sabemos; pero el de proyeccion que, aunque sospechado por los astrónomos, no está demostrado todavía, lo prueban, en mi concepto, los elipses y no los círculos, que alrededor de él describen los planetas, y arrastrados por estos, los satélites.

—Cómo así?—preguntó M. Leynoff.

—Sí,—repuso sonriendo el noble anciano; —porque si el Sol estuviese quieto, es decir, en un mismo punto, aun cuando girase sobre sí mismo, las órbitas de los planetas serian perfectamente circulares, porque ejerciendo la atraccion en todas direcciones, no podrian aquellos acercarse ni apartarse de su centro, pero como además de su movimiento de rotacion, tiene el Sol el de proyeccion por medio del cual camina constantemente, de ahí el que cuando los planetas lleguen á sus perihelios, se hallen más cercanos á este astro que cuando lo están en sus afelios. Y cuál es la causa? Lo que anduvo el Sol hácia adelante, miéntras los planetas caminaban hácia atrás. Y sucederia lo mismo si el Sol estuviese quieto? Creo que nó.

—Perdonadme,—dije entónces,—si os interrumpo; pero tengo una duda que quisiera me resolviéseis.

—Exponedla,—dijo con amabilidad el Sr Ruttilo.

—Si en efecto el Sol camina constantemente, y á eso se debe el que los planetas se le acerquen en sus perihelios, al segundo ó tercero de éstos, serian atraidos por él, y agregados á su sustancia. Porque es claro, que si en el primer perihelio se le acercan, por ejemplo, como dos, en el segundo se acercarán como uno, y en el tercero, como ninguno.

—Es cierto,—repuso el Sr. Ruttilo,—y así sucedería infaliblemente sin una circunstancia que vos olvidais, señor Mendoza.

—Y cuál es?—pregunté algo cortado.

—Que el Sol, al marchar en su línea de proyeccion, ó lo que es igual, por su órbita desconocida, imprime á los astros que de él dependen este mismo movimiento, como os lo imprime á vos el carruaje que os conduce, y lo imprime un buque á los objetos que lleva dentro. ¿Olvidais que una flecha disparada en sentido vertical, desde el palo mayor de un buque, vuelve á caer al pié de este mismo palo, por grande que sea la rapidez que el buque lleve? No pueden, pues, los planetas unirse jamás al Sol, aun cuando se acerquen á él en sus perihelios, por la sencilla razon de que si él adelanta siempre, tambien adelantan ellos, siendo ésta la causa de no haber conocido hasta ahora su movimiento de proyeccion, pues arrastrándonos consigo en su carrera, lo vemos á una distancia siempre igual.

—Teneis razon, teneis razon,—dije bastante desconcertado;—y dignaos proseguir, que os escuchamos con el mayor gusto.

—Sí, sí, proseguid,—añadieron todos.

—Decia, pues,—continuó el Sr. Ruttilo,—que si los satélites se mueven alrededor de los planetas, éstos se mueven alrededor de sus soles respectivos: estos soles giran alrededor de otros soles mayores aún que ellos, y estos soles, mayores que los otros, se mueven alrededor de los centros de sus nebulosas. Pero estos diversos movimientos, aunque asombrosos por los volúmenes enormes de los cuerpos que los efectuan, y por las órbitas más enormes todavía que describen en torno de sus centros, estos movimientos, repito, son juegos de niños comparados con los que las mismas nebulosas describen en órbitas, cuya desmesurada grandeza no podemos nosotros apreciar, alrededor de otra nebulosa, que, aunque fuera ciertamente de nuestro alcance, es forzoso que exista para que la vida del mismo universo sea ordenada. Esta nebulosa,

pues, es la principal, un verdadero prodigio, para hablar del cual me faltan expresiones convenientes; es, en una palabra, el sitio donde yo creo que resida la morada del Altísimo, de la cual los hombres no podemos tener cabal idea....

—Pues bien; partiendo de lo conocido á lo desconocido, pregunto ahora: por qué se mueve un satélite alrededor de su planeta? Porque la grandeza é importancia de este son mayores que la de aquel. ¿Por qué se mueven los planetas en torno de sus centros respectivos? Porque la grandeza é importancia de éstos son mayores que las de aquellos. Pues bien; si conoceis el volúmen de los planetas; si sabeis el que tiene el Sol; ¿cuál será el de los centros de estos soles? Cual el de los centros que tengan las nebulosas?

Momento de silencio.

—Prosigamos,—dijo de allí á un rato el noble anciano.—Ya sabeis que cuantas estrellas alcanzamos con la vista en una noche oscura y despejada, exceptuando, por supuesto, los planetas, no son más que cuerpos componentes de nuestra nebulosa, es decir, de ese magnífico bancal de estrellas llamado por los astrónomos *via láctea*. Sabeis tambien que todas esas estrellas son otros tantos soles iguales y aun mayores que el que preside nuestro sistema planetario (tened presente el volúmen de éste, para hacer la comparacion con los demás). Por induccion y analogía debemos inferir que cada uno de estos soles tenga sus planetas, satélites y cometas; ya porque los tiene tambien el nuestro; ya porque poseyendo luz propia, parece natural que tengan á quien comunicarla; y ya porque, si no vemos los cuerpos por ellos iluminados, es por la inmensa distancia á que se hallan colocados de nosotros. Si apénas distinguimos las estrellas, ¿cómo hemos de percibir los cuerpos que giran en torno suyo?

Reconcentraos ahora en vosotros mismos, y reflexionad, primero: en el número prodigioso de mundos que componen nuestra nebulosa; segundo, en el volúmen enorme de estos mismos mundos; y tercero, en el número grande, infinito é inconcebible de los séres que deben habitarlos. ¿No os estremeceis, no os anonadais ante tanta grandeza y magnificencia?

Otro momento de silencio.

—Pues bien,—continuó el Sr. Ruttilo;—como esta nebulosa hay muchas en el universo. Algunas las percibimos á la simple vista, en forma de una nube blanquísima, que aquí y acullá es-

tán diseminadas por el cielo; otras las percibimos con el telescopio; y el resto se esconde en remotísimas regiones á los instrumentos ópticos más perfectos.

¿Cual, pues, será el volúmen, cuál la estructura y maravillas de los soles que componen la nebulosa central del universo, si por centro, como dejamos ya probado, se ha de entender una cosa muy superior á todo lo que gire en torno suyo?...

Y si los séres siguen, como parece probable,—continuó el señor Ruttilo,—la progresion de sus mundos; si están en armonía con la vida é importancia de éstos; ¿cuál será la talla, cuál el génio, cuál el poder é inteligencia de los que habiten la nebulosa central del universo?...

Aquí, señores, lo confieso; el hombre se abisma y confunde comparando tanta grandeza con su miseria y pequeñez.

Así concluyó el Sr. Ruttilo, y en verdad que su discurso me preocupó en extremo.

Cuando estuvimos solos dije á M. Leynoff:

—Qué pensais de lo que acabamos de oir?

—Pienso, Mendoza, que los Sres. Nolatto y Ruttilo son hombres muy notables, particularmente el último; pienso que lo que han dicho es ameno, seductor, y sobre todo, profundo; pero hablándoos con la franqueza que debe haber entre nosotros, no estoy enteramente conforme con algunas de sus ideas.

—Con cuáles?—pregunté yo con viveza.

—En otra ocasion os lo diré.

—Sí, y por que tengo que madrugar, pues supongo no habreis olvidado que mañana estamos de caza todo el dia. Con que buenas noches.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

REVISTA POLÍTICA.

INTERIOR.

Cuál es el ideal del progreso? Un autor contemporáneo contesta á esta pregunta diciendo, que el ideal del progreso es el *máximum* del bienestar que puede conseguir en la tierra la criatura humana. La felicidad, añade, es un sentimiento vago, producto del bien que el hombre realiza. Este sentimiento puede considerarsse como el cuadrante que señala en nosotros mismos los grados de perfeccion relativa á que hemos llegado. No hay un progreso, no se desarrolla nuestro sér, no verifica una conquista sobre la tierra ó sobre el espacio, que no proporcione un bienestar al alma. Las enfermedades, el miedo, la ignorancia, la pobreza, en una palabra, todo lo que es negativo y que representa una imperfeccion física ó moral, engendra necesariamente un sufrimiento. El bienestar, los goces, la dicha, en fin, apénas existian en el mundo, cuando el hombre estaba reducido á la condicion de una especie de jefe, y no de alta graduacion, en el gran ejército de los monos. Hemos llegado á ser mucho ménos desgraciados de dia en dia, á medida que hemos sido ménos imperfectos.

El progreso humano es el objeto á que se dirigen, y cuya realizacion intentan al ménos los buenos Gobiernos. Cuando en un pueblo tiene lugar una revolucion, es prueba indudable de que el progreso, es decir, el bienestar social no podia llevarse á cabo dentro de las formas políticas que á la sazon imperaban. Para que una revolucion sea un hecho que la moral no repruebe, y que justifique la historia, es necesario que esta falta de armonía la haya producido, y que de la revolucion tenga orígen, un nuevo órden social más perfecto del que á su impulso se derrocara, consiguiendo la mayor suma de bien con el ménos mal posible. Por eso la revolucion más gloriosa que registra la historia de los pueblos modernos, es la que tuvo lugar en 1688 en Inglaterra, que ha sido la ménos revolucion de todas las revoluciones.

Los primeros pasos del alzamiento de Setiembre, sus primeros movimien-

tos, los actos del Gobierno Provisional parecian encaminados por direccion análoga á la que siguió el pueblo inglés en la época á que ántes nos hemos referido. La Europa entera, el mundo culto nos aplaudia y nos apoyaba. Ni la resurreccion de Italia, tan justificada por la grandeza de su propósito, fué recibida en Europa con el general asentimiento que mereció la revolucion española. Nosotros eramos un pueblo que, cansado al fin de encontrar obstáculos tradicionales que impidiesen su desenvolvimiento intelectual y su desarrollo físico, rompia la especie de esclavitud histórica en que habia vivido, con raros intervalos, para gobernarse por sí mismo.

Si conseguiamos este objeto, la Revolucion quedaba completamente justificada; si no sabiamos alcanzarlo, el absolutismo tradicional que ha pesado sobre nuestra raza, adquirió las proporciones de un hecho providencial y necesario. Habia llegado la hora de fabricar con nuestras propias manos la grandeza y la reputacion de la pátria, ó de declararnos, sin disculpa de ninguna clase, el pueblo más atrasado y más impotente de cuantos componen el continente europeo.

Algun terreno hemos perdido, no hay que negarlo; algo se ha debilitado aquel sentimiento unánime con que la Revolucion fué saludada en el mundo, por los obstáculos que á la constitucion definitiva del país han presentado las circunstancias. Pero nosotros que no seriamos francos si no nos declarásemos completamente adictos á la idea revolucionaria, que serémos los últimos en perder la fé en las instituciones liberales con rectitud ejercidas, creemos que aún es tiempo de salvarnos, si de las dos tendencias que dentro de la Revolucion se dibujan, sale triunfante al fin la que representa el progreso, la civilizacion y el triunfo de formas de gobierno de virtud probada en la historia, siendo derrotada la que en nombre de intereses populares mal comprendidos, de ideas generosas nunca realizadas, de sentimientos explotables ha engendrado en todos los pueblos modernos poderes dictatoriales y tiránicos.

No vamos á ocuparnos en esta REVISTA de los elementos enemigos de la Revolucion, que tienen sus símbolos respectivos en tierra extranjera. Sea cualquiera la importancia que quiera dárse, lo mismo á la abdicacion de la ex-reina Isabel, que al feliz alumbramiento de la Princesa Margarita, es lo cierto, que la causa del carlismo, que la causa de la restauracion, continuarán siendo impotentes, si una desmembracion de las fuerzas revolucionarias no viene á proporcionarles elementos de fuerza de que hoy carecen.

La separacion del general Cabrera del Rey de derecho divino, condenando abiertamente la política que aquel representa, es un golpe de que difícilmente se levantará el partido carlista, en mucho tiempo.

La bandera de la restauracion, que más ó ménos ostensiblemente encarna hoy la candidatura del Príncipe Alfonso, á pesar de su debilidad actual, podrá llegar á ser temible, digan lo que quieran los optimistas, si la Revo-

lucion se extravia en el desconocido porvenir de instituciones contrarias á nuestra historia, á nuestros hábitos y á nuestro carácter.

No vamos á estudiar detenidamente lo que la abdicacion de la reina significa, por haberse encargado de hacerlo en otra parte de nuestra REVISTA persona competente; pero cualquiera que sea la opinion que de ella formen los hombres y los partidos, ciegos estarán cuantos nieguen que es el único peligro formal que tiene en su camino la Revolucion.

En vano se buscarán razones en la historia para probar que si entre nosotros existiese por desgracia un Monk, no podria llevar á cabo la empresa que aquel realizó en Inglaterra. En vano se pondrá de relieve la nobleza de la Revolucion española, presentando á su lado los excesos de la primera revolucion inglesa; en vano se tratará de consignar que si Cromwel escribia sobre el palacio de la representacion nacional,—"esta casa se alquila,"—en España existe un Parlamento elegido libremente por la voluntad nacional, que sostiene los principios constitucionales; en vano se recordará que el ejército inglés, obedeciendo á distintos jefes, obligó á abdicar al descendiente del Gran Protector, quedando dueños del país soldados sin bandera, y la anarquía imperando en la Gran Bretaña, miéntras que existe entre nosotros un Gobierno que ha demostrado la energía y la rapidez con que sabe reprimir las tentativas de la demagogia. Todo esto será verdad hoy; ¿pero quién nos responde de que no lleguemos mañana á una situacion peor que aquella por que atravesó Inglaterra en 1679? Sucesos recientes, de que nos ocuparémos luego, ponen de relieve la justicia de nuestros temores.

Si no descubriésemos en las fuerzas que representan el movimiento revolucionario gérmenes de division tristes; si no hubiéramos percibido entre los entusiastas defensores de la República halagüeñas esperanzas, creeriamos tambien que la Revolucion era invencible, que los errores pasados no podian olvidarse, que la Nacion española caminaba con paso firme y resuelto á su regeneracion, que la Constitucion democrática de 1869, garantizando cuantos derechos puede desear un pueblo libre, iba á ser mensage seguro de risueño porvenir.

Es preciso no perder de vista que hay dos clases de democracia, de las cuales la una es posible dentro de instituciones permanentes, y existe bajo cualquier forma política en que se realice el gobierno de la nacion por la nacion misma; esta democracia puede ser compatible con la Monarquía, existe entre nosotros de antiguo encarnada en las costumbres, y es base única de la nueva Constitucion del Estado, en tanto que la otra, léjos de respetar el voto de las mayorías legítimas, las sofoca por medios coercitivos, trata siempre de imponer sus ideas por el terror, por las asonadas y por las rebeliones, tiene por bello ideal la dictadura que proclama y sostiene en nombre de la libertad, como los realistas defienden el absolutismo en nombre de la religion.

Nada existe en el mundo más contrario, más antitético que estas dos democracias. Ellas luchan hoy abiertamente en el mundo, la una aliada con las Monarquías constitucionales, con las instituciones representativas y con el sistema parlamentario; la otra teniendo por exclusivos agentes la demagogia, la envidia social, el ódio á las clases acomodadas, y la ambicion, unas veces oculta, no pocas manifiesta, de sus sectarios.

Tendencias políticas tan contrarias, fuerzas sociales tan distintas, son tan diferentes en sus manifestaciones como diverso es el fin á que se dirigen, diferente el bello ideal de sus aspiraciones. La primera persigue como punto objetivo la civilizacion y la libertad; la segunda lleva irremediablemente en su seno la barbarie, el despotismo y la dictadura.

Semejante democracia, como ha dicho un escritor ilustrado de la escuela liberal, no busca prosélitos por la discusion; espera el triunfo siempre de un golpe de audacia; puede ser en un momento dado la fuerza, pero no será jamas el derecho. Paris ha sido hasta ahora el centro privilegiado de la flamante escuela, que ha escrito además páginas de sangrienta gloria en Marsella, Lyon y Burdeos, cuya historia moderna arranca en el famoso Ayuntamiento de la gran Revolucion francesa, y llega hasta los parlamentos caseros de Menilmontant y de Belleville, sin olvidar las sucursales no ménos gloriosas del Congreso de Francfort, del Triunvirato romano, de los ejércitos del Luxemburgo y de las bombas Orsini, á las cuales hay que añadir los bárbaros acontecimientos de que recientemente ha sido teatro, para eterna vergüenza de la Revolucion, la capital de la antigua monarquía española.

Cuando parecia que estábamos libres de estos peligros; cuando la Revolucion habia entrado en la única via de salvacion posible, aceptada la forma monárquica por 214 votos, ha empezado á manifestarse en los últimos debates del Parlamento, en las discusiones de la prensa, y en las calles, una nueva tendencia política que, si hubiera seguido, sería mil veces más perjudicial que la proclamacion inmediata de la misma República. El Sr. Marqués de Miraflores ha dicho en su último manifiesto una verdad indiscutible al afirmar que "ninguna sociedad puede existir si no está apoyada en una ú otra forma de "gobierno." No hay que hacerse ilusiones ni engañarse, considerando que la fuerza que hoy tiene el principio revolucionario ha de ser eterna. Los pueblos no pueden vivir sino dentro de instituciones determinadas; los poderes personales, de escasa consistencia siempre, son punto ménos que imposibles en la actualidad; el espíritu del siglo les es adverso; podrán existir transitoriamente; podrán durar sobre un equilibrio formado por aspiraciones contrarias; podrán apoderarse del poder en hombros de fuerzas accidentales que se dividirán el dia después del triunfo.

Si la idea monárquica se realiza al fin con el vigoroso entusiasmo que excitaba entre sus adeptos al abrirse por primera vez la Asamblea, la Re-

volucion podrá consolidarse, á pesar de los indudables peligros de que la interinidad la ha rodeado: si, por el contrario, la tendencia contraria triunfara al fin, la Revolucion arrastraria una existencia efímera, que duraria más ó ménos tiempo, pero acerca de cuyo desastroso fin nádie puede hacerse ilusiones.

Basta fijar un momento la atencion sobre el carácter que la democracia, enemiga de la Monarquía, tiene en todas las naciones de Europa para comprender lo que pasaria en España el dia en que el país se convenciese por completo de que la nueva Constitucion del Estado no podia realizarse en todas sus partes.

La esperanza sólo de que la República iba á crearse, avivaria bien pronto las pasiones que estallaron en Cádiz, Malaga, Jerez, y más tarde en los campos de Cataluña, en Valls, en Medina y en Paterna. Constituido un Gobierno republicano, los espíritus ardientes, separados de la masa general del partido, formarian de dia en dia un nuevo cisma: cada periódico se declararia pronto representante único del verdadero pueblo; cada club se pondria en guerra con el club vecino, resultando de este armónico conjunto que la opinion verdadera del país quedaria aherrojada si no completamente desconocida.

Las ilustraciones se verian en la imprescindible necesidad de separarse de los negocios públicos, como ha sucedido en todas partes donde la democracia pura ha gobernado ó gobierna, comenzando el triste imperio de los cortesanos del pueblo, que no ménos serviles que los del despotismo, edifican sobre la adulacion de las masas su fortuna política. Ellos ocuparian el lugar de los verdaderos patriotas, los cuales se verian en la imprescindible necesidad de retirarse á la vida privada por no ser, segun ha dicho Stuart Mill y repite hace pocos dias un escritor de la escuela democrática, órganos serviles de los que les son inferiores en virtud, en saber y en talento. En España sucederia esto ántes que en ninguna parte; y la política, léjos de ser como dice Macaulay, el empleo más noble de las facultades humanas, se rebajaria á oficio poco digno, por la intriga, por la adulacion demagógica, por la lucha corporal que seria necesario sostener contra los inflamadores de las malas pasiones del pueblo.

Esta lucha, este combate, esta guerra contínua acabaria por hastiar al país de la vida política, y las fuerzas permanentes de la sociedad española, guiadas por un espíritu instintivo de salvacion, y convencidas de que así servian mejor los intereses de la pátria, irian á colocarse luego bajo la bandera de la Monarquía, cualquiera que fuese la persona que la representara, si no encontraban pronto un guerrero de fortuna con el atrevimiento suficiente para sacrificar la libertad constitucional, convertida ya en bacanal inmunda, en aras de la paz pública.

La historia de Inglaterra nos prueba de una manera elocuente cómo en

un mismo pueblo, en una misma sociedad pueda llegarse á la dictadura, al caudillaje y á la disolucion social ó formarse instituciones sólidas que garanticen de un modo permanente los derechos de los ciudadanos y la prosperidad de la Nacion, segun el espíritu liberal se desborde hasta llegar á las concepciones ideales y antiprácticas de la República, ó siga encauzado dentro de los conocidos términos de las instituciones parlamentarias.

La Nacion española tiene en la actualidad, como compensacion de otras dificultades que arrancan de su carácter histórico, para llegar á la Monarquía constitucional, la poca simpatía que inspiran en la parte sensata del país las ideas republicanas. Es verdad que nosotros no hemos pasado por el escarmiento que sufrió Inglaterra á mediados del siglo XVII; pero en cambio la república no tiene en España recuerdos gloriosos; ningun héroe salido de su seno ha paseado nuestras banderas por el mundo; nuestros oradores más notables, nuestros escritores de más fama, los mártires mismos de la libertad, cuya memoria reverencia el verdadero pueblo, fueron siempre defensores de la Monarquía.

Francia, bajo la restauracion y bajo el reinado de Luis Felipe, vivió, como dice M. Renan, de los recuerdos del Imperio y de la República. La revolucion volvió á estar en boga. Mientras que en Inglaterra, á partir de la restauracion de Cárlos II, después de 1688, la república no dejó de ser maldita, todo ciudadano inglés era mal recibido en la sociedad si al hablar de Cárlos I no le llamaba el rey mártir, si al nombrar á Cromwell no le calificaba de usurpador: en Francia por el contrario era de rigor formar historias de la revolucion en tono apologético y admirativo. Fué un hecho triste que el padre del nuevo rey hubiere tomado en ella una parte considerable porque acostumbró á las gentes á considerar la nueva dinastía como parte integrante de la revolucion, no como representacion de una legitimidad. El partido republicano, apoyándose en algunos antiguos patriarcas de 1793, que vivian aún, consiguió reformarse. Este partido que habia desempeñado un papel de importancia en la batalla de Julio de 1830, pero que no habia conseguido que el absolutismo de sus ideas teóricas triunfase, no cesó de batir en brecha al nuevo Gobierno.

El cambio de 1688 en Inglaterra, no tuvo nada de revolucionario en el sentido que hoy se le da á esta palabra; aquel cambio no se hizo á mano airada por el pueblo; no violó ningun derecho, si se exceptúa el del rey destronado. En Francia, 1830, desencadenó grandes fuerzas anárquicas y humilló profundamente al partido legitimista, el cual, considerado desde cierto punto de vista, contaba en su seno la parte más sólida y más moral del país, cuyo partido hizo una guerra cruel á la nueva dinastía, ya absteniéndose de mezclarse en los asuntos del Estado, lo que la quitaba el apoyo del verdadero partido conservador, ya entrando en connivencia con el partido republicano. De este modo, el Gobierno de la casa de Orleans no

llegó á fundarse sólidamente; un soplo podria volcarlo. Todo se le habia perdonado á Guillermo III; nada podia perdonársele á Luis Felipe. El principio monárquico era suficientemente fuerte en Inglaterra para sufrir una trasformacion, pero no lo era en Francia. No cabe duda, que si el partido republicano hubiese tenido en Inglaterra, bajo Guillermo III, la importancia que tuvo en Francia bajo Luis Felipe; si este partido hubiese sido apoyado por los amigos de los Stuardos, la libertad constitucional de Inglaterra habria durado poco tiempo."

Hemos copiado las frases anteriores de un notable artículo sobre filosofía de la historia contemporánea, debido á la pluma de M. Renan, porque conociendo la gran autoridad que en cierto órden de ideas tiene este hombre eminente entre los republicanos españoles, deseamos que se conozca el juicio que de él merece el radicalismo moderno.

El partido republicano, añade, no ha dejado jamas que la Monarquía constitucional se desarrolle en Francia: ¡ojalá de hoy más no se pueda decir que existe en España un partido, negacion completa de todo gobierno! Sea en buen hora la república el término ideal de la sociedad humana; pero hay dos maneras bien diferentes de llegar á ella. Establecer la república por medio de la lucha, destruyendo todos los obstáculos que se presenten en su camino es, segun M. Renan, el ideal de los espíritus ardientes; pero hay, en el sentir de aquel ilustre escritor, otro camino más dulce y más seguro, el cual consiste en conservar la forma monárquica aliada con la libertad, porque con ella el Gobierno constitucional es más fácil. Los pueblos que han seguido este camino, como la Inglaterra, por ejemplo, puede que lleguen un dia á formar una República perfecta sin dinastía hereditaria y con sufragio universal. Pero de cualquier manera, ello es lo cierto, que allí la libertad está establecida y consolidada sobre sólidas bases. Esto no lo ha querido comprender jamas el partido republicano de Francia ni del continente, y ha sacrificado siempre la realidad del sistema representativo á la forma republicana. Por no seguir, asegura aquella elevada inteligencia, el gran camino trazado en la historia, ha preferido arrojarse en los precipicios y en los abismos de la demagogia á establecer sobre sólidas bases los legítimos derechos del pueblo.

El partido republicano, que no ha sido en Francia bastante fuerte para fundar sobre sólidas bases la República, que seria más impotente para ello entre nosotros, ha sido allí, sin embargo, un obstáculo para que la Monarquía constitucional se realice, y lo será aquí si en el Gobierno y en la mayoría de la Asamblea se resfria la fé monárquica de los primeros momentos de la Revolucion.

No podia ménos de influir en el ánimo del Presidente del Consejo de Ministros y del Gobierno de S. A. el Regente, la ansiedad cada vez más pronunciada del país, el deseo de los partidos liberales de llegar al coronamiento del edificio revolucionario, sin desconocer los peligros que ya se

dibujaban en lo porvenir, y que se aumentaban de una manera indudable por la abdicacion de la ex-reina Isabel, creciendo las esperanzas de los partidarios de la restauracion por las públicas deferencias que la dinastía derrocada merecia de los Emperadores de Francia.

Lastimaba tambien por otra parte la susceptibilidad del Marques de los Castillejos, el rumor esparcido de que estaba á devocion del Emperador Napoleon III, no teniendo el Gabinete de Madrid libertad de accion, sin obtener ántes la venia del César del Imperio vecino. Consideraciones de otra índole hacian necesaria en un plazo breve la eleccion de Rey. Marchito el afecto, si no relajados los vínculos de amistad que unieron á los tres caudillos de la Revolucion en la bahía de Cádiz, su vigor se amortiguaba por los antagonismos que la cuestion de la candidatura régia venía fomentando, siendo por desgracia muy posible, que llegando pronto el dia en que estuvieran en abierta lucha, encontrasen ocasion propicia los enemigos de las nuevas instituciones para destruir la obra de la Asamblea Constituyente.

El noble patriotismo, el escrupuloso respeto á la Constitucion del Estado y al poder de la Asamblea, no habian sido impedimento tampoco para que la maledicencia pública dejase de dirigir sus tiros contra el Regente del Reino. Suponíansele miras interesadas, ambiciones que están por encima de la alta posicion que hoy ocupa, iniciativa débil, falta de resolucion para encaminar en direccion conveniente los negocios del Estado.

Es imposible desmentir de una manera más elocuente semejantes suposiciones por no decir calumnias, que como las ha desmentido el Gobierno de Su Alteza el Presidente del Consejo y el Regente mismo al presentar á la aprobacion de la Cámara Constituyente la candidatura del Príncipe de Hohenzollern, sea cual fuese, por otras consideraciones, el juicio que de esta solucion se forme.

El secreto con que se han seguido las negociaciones, ha herido la susceptibilidad del Gobierno de Francia, y la cualidad de ser aquel Príncipe indivíduo de la familia real de Prusia, ha agitado la opinion pública en el vecino Imperio, contrariada ya por la victoria del ejército prusiano en Sadowa, por la importancia que en los destinos de Europa habia alcanzado la Confederacion Alemana del Norte, y por los progresos que á su sombra habia hecho el pueblo italiano, que hasta entónces debia á la proteccion de Francia exclusivamente, los primeros pasos en el camino de su engrandecimiento y de su unidad nacional.

Sería pueril desconocer que estamos atravesando un momento de gran peligro para la Revolucion, ó mejor dicho, para el progreso, adelanto y honor de la Pátria. Respetos y consideraciones de índole elevada sellan nuestros lábios en la actualidad á propósito de la candidatura del Príncipe de Hohenzollern, porque no queremos aumentar, ni con el modesto influjo de nuestra publicacion, las dificultades presentes, confiando además, en que el Ministerio tendrá el tacto, patriotismo y dignidad que exigen las circuns-

tancias; pero un deber de imparcialidad, que sería vergonzoso sofocar, nos obliga á hacer consignacion expresa de las nobles cualidades que adornan al candidato del Gobierno, á quien fuera de las complicaciones internacionales que de su eleccion puedan surgir, sería difícil encontrarle tacha personal por mucho que se afanen en denigrarle las publicaciones enemigas de la Revolucion.

Respetamos profundamente la excitacion que ha producido en Francia la noticia de que el Príncipe de Hohenzollern podia ocupar el trono de España. Los Gobiernos, los partidos y los pueblos, en cumplimiento sin duda de una cualidad de la organizacion humana, reflexionan poco, como los hombres individualmente cuando por la suposicion más leve llegan á ponerse en tela de juicio las inmunidades del honor.

Esta consideracion, digna de respeto para cualquier pueblo, aumenta sus quilates si se tiene en cuenta el derecho inconcuso que posee la Nacion francesa por su valer intelectual y moral, por su influencia legítima en Europa y en el mundo, á que quede claro como la luz del dia que la Nacion española al coronar el edificio revolucionario, ni contrae alianzas contrarias á Francia, ni intenta siquiera ejecutar un acto que pueda menoscabar en lo más mínimo, no ya el orgullo legítimo de aquel gran pueblo, pero ni aún las puerilidades más imaginarias de su vanidad nacional.

Desde que los países se gobiernan por sí mismos, las nacionalidades pueden aumentar en importancia sin que la grandeza de las unas amengüe en lo más mínimo el poderío de las otras. Los intereses de los pueblos son solidarios. La gran ley del progreso humano ha de cumplirse de una manera equitativa en todas partes. Los celos de influencia, las susceptibilidades políticas, las rivalidades de fuerza, achaques son, no destruidos por desgracia todavía, de épocas en que las naciones eran patrimonio de las dinastías en ellas imperantes.

Desconocen, en nuestro sentir, la índole de los tiempos modernos, el espíritu del siglo en que vivimos, la grandeza de la civilizacion, los que confundiendo épocas que no se parecen juzgan las relaciones internacionales en la actualidad por las leyes que creaban ayer, como quien dice, los intereses exclusivamente predominantes de las dinastías.

La guerra de Crimea, al engrandecer el Imperio de Napoleon, no achicó la Monarquía de la Reina Victoria. Sadowa, levantando á Prusia, no ha rebajado á Francia. La unidad de Italia es un suceso fausto para todas las demas naciones continentales. Las industrias, el comercio, las vias de comunicacion, el vapor, la electricidad, la libertad de conciencia y la politica hermanan los pueblos entre sí. Donde quiera que se verifica un progreso, aumenta la suma total del bien de la humanidad. No es posible defender con sinceridad las ideas modernas, preocupados, como en lo antiguo, con

el interes de las dinastías, que, disfrazados bajo formas distintas, es lo que se ventila siempre dentro de esa combinacion accidental de fuerzas que se llama equilibrio europeo.

Por eso nos llama la atencion el que sinceramente pueda decirse que el Príncipe de Hohenzollern, al ocupar el Trono español, sería una amenaza á los intereses y al honor de Francia. Dejando aparte, como ántes hemos dicho, cuanto á la susceptibilidad nacional se refiera, por considerarlo digno del mayor respeto, ¿quién con sinceridad negará que si el Príncipe de Hohenzollern llegase á ocupar el Trono de los Reyes Católicos sería por la naturaleza misma de las cosas, tan español en intereses, en aspiraciones y en tendencias como el que más de entre sus nuevos conciudadanos?

La historia lo enseña así, teniendo que remontarse á tiempos en que los poderes y la extructura de los Gobiernos eran muy diferentes de los que existen en la actualidad para aducir un solo argumento en contrario. ¿Cuál es el orígen del tan ponderado españalismo de los Borbones?—Aún hay Pirineos, dijo Felipe V, después de renunciar á las eventualidades de ser Rey de Francia por quedarse entre nosotros.—

Pues si esto sucedia cuando los pueblos no se gobernaban por sí mismos, cuando las monarquías se traspasaban por testamento como propiedad privada, ¿qué influencia tendria hoy en nuestras relaciones exteriores el advenimiento al Trono español de un príncipe ligado más ó ménos directamente con cualquiera casa reinante? No conservaria el nuevo rey la Corona sino en representacion de los intereses más legítimos y permanentes de la Nacion española.

Si estos intereses estaban en armonia, como indudablemente estarian, con los intereses de Francia; si industria, comercio, agricultura, afinidades políticas, costumbres, y hasta gustos literarios, nos llevaba á ser amigos del pueblo frances, amigos seriamos, llámese Hohenzollern, Montpensier, Génova ó Braganza la persona que ocupase el Trono. ¿Pues si la Revolucion de Setiembre, la Constitucion democrática de 1869 y la libertad parlamentaria, en fin, fundada en las nuevas instituciones, no hubiesen conseguido esto; si la Nacion española tuviera que seguir siendo patrimonio de sus monarcas y debiera sacrificar aún sus intereses y sus afecciones á los intereses y afecciones de las dinastías reinantes, ¿qué habriamos conseguido?

La índole del poder monárquico, la necesidad de una situacion permanente que se levante sobre las ambiciones movibles de los partidos, que ponga dique á las improvisaciones de la fortuna política y social, obligan á los hombres que quieren ver consolidada la Revolucion á buscar para candidato al Trono un indivíduo de régia estirpe.

Por eso no hemos puesto obstáculo á ninguna solucion monárquica que dé garantías de respeto á las instituciones. Toda afirmacion de las conquistas revolucionarias ha sido para nosotros aceptable dentro de la Monarquía.

Practicar la Constitucion del Estado en toda su pureza, es en nuestro sentir la suprema necesidad social.

Si estas consideraciones eran de gran fuerza cuando el problema habia de resolverse en nuestra propia casa, cuando no habian aparecido fuera de España las dificultades que la Revolucion hoy encuentra; si entónces sólo con la union de los elementos liberales podiamos salvarnos y salvar á la Pátria, ¡cuán grande no será la necesidad que existe ahora de robustecerla y fortificarla, sacrificando cada uno en aras de la dignidad comun, el egoismo, la ambicion ó el orgullo de sus ideas, planes y propósitos!

Así como Napoleon dijo á sus soldados en Egipto, que desde lo alto de las Pirámides cuarenta siglos los contemplaban; nosotros, respetando la opinion que cada cual tenga de la candidatura oficial, quisiéramos penetrar en el espíritu de cada español, de cada fraccion, de cada partido, y hacerlos comprender que la Europa nos está mirando, recordándoles al mismo tiempo, que por nuestras desuniones intestinas ya hemos pasado en este siglo por una gran vergüenza, que el cielo no permitirá se repita.

J. L. Albareda.

EXTERIOR.

Las elecciones generales que acaban de verificarse para la renovacion de las Dietas de las provincias cisleithanas del Imperio austriaco, han dado nuevas ventajas á los autonomistas ó partidarios de las prerogativas provinciales, que fueron ya bastante poderosos para obligar al Gobierno imperial á la disolucion del anterior Reichsrath. Por consiguiente, se debe creer que las cuestiones entre centralistas y autonomistas continuarán con nueva recrudescencia. La Monarquía austro-húngara no acaba de fijar las bases de su organizacion constitucional, y no se ve la posibilidad de que llegue á fijarlas en un porvenir más ó ménos próximo. Cuando todos los Imperios tienden á la unidad, el de Austria ha dado pasos muy grandes hácia la federacion. En él representa la idea unitaria el elemento aleman; pero como los Alemanes forman la minoría, y como son además la raza que tiene ménos afinidad con las demás, no puede imponerles una Constitucion uniforme.

El ejemplo de la Hungría ha sido funesto. Desde que aquella provincia realizó su casi completa independencia en lo político, administrativo y legislativo, no quedando, en realidad, ligada sino con un lazo federal al Austria, á la que obligó hasta á cambiar de nombre, adicionándolo con el suyo, las exigencias de los restantes Estados no alemanes que componen el Imperio han crecido extraordinariamente. Sobre todo, la Bohemia y la

Galitzia, no quieren ser ménos que la Hungría. La retirada de los Diputados polacos, que arrastraron con su ejemplo á los de la Bukovina, á los de Istria y á los Eslovenos, desorganizó el último Reichsrath. El Ministerio Hasner-Giskra pidió al Emperador la disolucion de las Dietas provinciales cuyos Diputados habian adoptado la política de retraimiento; pero Francisco José no accedió á ello. Retirados del poder aquellos Ministros y sus compañeros, el Conde Potocki y los suyos, que entraron á gobernar la parte cisleithana de la Monarquía al comenzar la segunda década de Abril, intentaron en vano, durante algunas semanas, llegar á una conciliacion, y por último disolvieron en 21 de Mayo las Dietas provinciales y convocaron para las nuevas elecciones que se acaban de hacer. El estado de las cuestiones con los Bohemios se hallaba en tal grado de irritacion, que el Ministerio Potocki no se atrevió á la prueba de unas nuevas elecciones en este reino. Las Dietas disueltas fueron, pues, las de Dalmacia, Galitzia, Sabsburgo, Styria, Corinthia, Carniola, Bukovina, Moravia, Silesia, Tyrol, Vorarlberg, Istria y Grodisca, y el Consejo municipal de Trieste. Respecto de Bohemia, el Gabinete Potocki decia al Emperador en el documento oficial en que se proponia la disolucion de las Dietas: «El Ministerio no ha podido adquirir la seguridad de que la Dieta de Bohemia enviaria Diputados al Reichsrath. Las dificultades que existen para una solucion satisfactoria, podrian haberse aumentado con ocasion de las nuevas elecciones y por la actitud hostil que la Dieta adoptaria acaso contra la Constitucion.»

Con los Polacos, aunque lo es el Conde Potocki, jefe de la actual Administracion, y á pesar del empeño del Gobierno de Viena de atraerse el afecto de los habitantes de Galitzia tratándolos con una suavidad que contraste con el despotismo ruso reinante en Varsovia, y con la rigidez prusiana existente en Posen, tampoco se ha podido llegar á un acuerdo. La Dieta de Lemberg exigia una posicion particular é independiente en la Cisleithania, una organizacion provincial que sustrajese de la accion del poder central todo lo relativo á ingresos y gastos; y queria que el idioma aleman dejase de ser el preponderante en la Universidad de Lemberg, dándose á ésta un carácter exclusivamente polaco, como se ha dado ya á la de Cracovia.

Esta cuestion de los idiomas es una de las más graves en el Imperio de Austria, no sólo por la inexplicable confusion que introduce en las leyes, en la administracion y en las costumbres la coexistencia de muchas lenguas oficiales, sino porque es el síntoma y marca el carácter de uno de los mayores problemas que allí están planteados. El germanismo, cuya preponderancia interior en el Imperio austriaco estaba sostenida por la preponderancia exterior de éste en la Confederacion Germánica, lucha con desventaja contra el panslavismo desde los desastres de Sadowa.

Al lado de las divergencias procedentes de las diversas exigencias del provincialismo, hay otra que acaso va á tomar ahora mayores proporciones de las que venía presentando desde hace algunos años. Los conflictos entre las potestades civil y eclesiástica agitan los ánimos en Austria con mucha viveza, y uno de los sucesos más notables de las recientes elecciones es el triunfo de gran número de Diputados católicos, que acaso, posponiendo las cuestiones políticas á las religiosas, obliguen al Gobierno, en cambio del auxilio que le den en aquellas, á no ir demasiado léjos en sus hostilidades contra la Corte de Roma; hostilidades que los actos importantísimos y que se creen ya próximos, del Concilio ecuménico, van tal vez á renovar.

De un momento á otro anunciará el telégrafo el resultado de la votacion que se verifique en el Vaticano respecto de la declaracion dogmática de la infalibilidad pontificia. El dia 4 de Julio terminaron los solemnes debates sobre este punto, por haber renunciado la palabra más de sesenta prelados que todavía la tenian pedida. Es de creer, pues, que la proclamacion del nuevo dogma, anunciada primeramente para la Pascua de Resurreccion, después para el aniversario del regreso de Pio IX á Roma desde su destierro de Gaeta, más adelante para la Pascua de Pentecostés, y últimamente para el dia de la fiesta de San Pedro y San Pablo, y que habia ido aplazándose de esa manera de fecha en fecha por la resistencia perseverante opuesta por la minoría de los Padres del Concilio, se realizará dentro de muy breves dias.

En los que últimamente han trascurrido se han publicado algunos hechos importantes relativos á las tareas del Concilio. Los periódicos de Paris insertaron en sus columnas una comunicacion dirigida al Reverendo señor Chigi, Nuncio en Paris, por Francisco Mercurelli, secretario de Breves para los Príncipes, y redactada en los siguientes términos:

«Ilustrísimo y reverendísimo señor: Su Santidad recibe diariamente de todas partes, y principalmente de Francia, mensajes en los cuales se afirma la creencia en la infalibilidad pontificia, en las definiciones *ex-cathedra* relativas á la fe y á las costumbres; y en ellos se pide con grandes instancias que este privilegio concedido para el bien de la Iglesia á su Supremo Gerarca, en la persona del Príncipe de los Apóstoles, sea elevado á dogma de fe. El Padre Santo no puede ménos de alegrarse al ver que esta doctrina, que nádie ha puesto en duda durante tantos siglos, se afirma hoy tan abiertamente y se extiende entre el clero y el pueblo cristiano.

»Por esta razon se ha dignado contestar con palabras de reconocimiento á un gran numero de estas manifestaciones. Empero multiplicándose en términos que es ya imposible responder en particular á tantas corporaciones y reuniones como acuden con piadosas y humildes súplicas; queriendo, sin embargo, satisfacer de algun modo á su paternal afecto hácia todos, y darles á conocer el aprecio que hace de estos testimonios de fe y de devocion, Su Santidad, por medio del infrascrito secretario, encarga á V. S. I. y R. que adopte las disposiciones convenientes para que el clero de Francia sepa cuán agradables le son estas muestras de devocion filial, y al mismo tiempo para que todos estén seguros de que ha hecho que se tome cuenta exacta de dichos men-

sajes, manifestaciones brillantes del sentimiento de la familia católica, por las personas encargadas de ordenar y conservar todo lo que se refiere á las materias en que se ocupa el sagrado Concilio ecuménico.»

Algunos periódicos, y especialmente los enemigos de la Santa Sede, clamaron fuertemente contra el contenido de esta comunicacion, que resumia y generalizaba lo dicho en multitud de cartas anteriormente dirigidas por Su Santidad á personas y corporaciones que le habian enviado manifestaciones de adhesion á la doctrina de la infalibilidad pontificia. Dichos periódicos pretendian que el Papa faltaba de esa manera á la neutralidad que, segun ellos, debiera haber guardado en esta gravísima cuestion.

El Gobierno frances, resucitando para este caso prácticas regalistas, que se hallan poco en consonancia con el régimen ámpliamente liberal que se gloría de haber restablecido en Francia, ha tenido el mal gusto de enojarse porque en esta época de ilimitada publicidad se le haya dado á esa comunicacion, sin solicitar préviamente su *pase*, y el *Journal Officiel* del Imperio frances ha anunciado en las siguientes frases la leccion de derecho diplomático que el Ministerio Ollivier ha dado al Nuncio, y que el Nuncio ha recibido con resignacion: «De una publicacion reciente resulta que la Nunciatura Apostólica ha comunicado á la redaccion de un periódico frances una carta del Secretario de Breves de S. S., invitando al Excelentísimo Sr. Nuncio á dar respuesta á los mensajes enviados al Padre Santo, con ocasion del Concilio, desde diferentes puntos de la Francia. Como nuestro derecho público prohibe formalmente en el interior del Imperio esta clase de comunicaciones, y asimila por completo al Nuncio de la Santa Sede con un Embajador, el Ministro de Negocios extranjeros se ha visto en la necesidad de llamar la atencion de Monseñor Chigi hacia esta irregularidad. Las explicaciones de Monseñor Chigi han hecho constar que dicha publicacion se ha llevado á cabo por una equivocacion: ha manifestado su sentimiento, y declarado que en adelante no se repetirá un suceso de esta clase.»

Otro documento hemos leido estos dias, que contribuye tambien á señalar la tirantez de relaciones que media entre el actual Gobierno frances y el Pontificio. La *Gaceta de Augsburgo* ha publicado un despacho dirigido en 12 de Mayo por M. Emilio Ollivier, como Ministro interino de Negocios extranjeros, al Marques de Banneville, en que le manda observar una conducta de absoluto y amenazador retraimiento en todo lo que se refiera al Concilio. Como este despacho es breve, vamos á transcribirlo íntegro:

«Señor Embajador: el Gobierno del Emperador no se ha hecho representar en el Concilio, aunque le corresponde ese derecho en su cualidad de mandatario de los seglares en la Iglesia.

»Para impedir que las opiniones excesivas se conviertan en dogmas, ha contado con la sabiduría de los Obispos y con la prudencia del Padre Santo. Para defender nuestras leyes civiles y políticas contra las invasiones de la teocracia, ha contado con la razon pública, con el patriotismo de los católicos franceses y con los medios ordinarios de sancion de que dispone. En su consecuencia, se ha preocupado de lo que tiene de augusto una Asamblea de prelados congregados para decidir de los grandes intereses del alma y de la fe, y no ha formado más que un propósito, el de asegurar y proteger la completa libertad del Concilio. Advertido por los rumores de Europa de los peligros que ciertas proposiciones imprudentes harian correr á la Iglesia, deseoso de no ver aumentarse las fuerzas de agresion organizadas contra las creencias religiosas, ha salido un momento de su reserva para dar consejos y presentar observaciones.

»El Soberano Pontífice no ha creido deber escuchar nuestros consejos, ni acoger nuestras observaciones. No insistimos y volvemos á nuestra actitud de abstencion y de espectacion.

»No provocareis ni aceptareis en adelante conversacion alguna, sea con el Papa ó con el Cardenal Antonelli, sobre los asuntos del Concilio.

»Os limitareis á informaros, á estar al corriente de los hechos, de los sentimientos que los han preparado ó de las impresiones que á ellos han seguido.

»Tened á bien decir á nuestros Obispos que nuestra abstencion no es indiferencia: es para ellos respeto, y sobre todo confianza. Su derrota sería bien amarga, si por su intervencion no la hubiese impedido el poder civil, y su triunfo tendrá todo su valor, si sólo lo deben á sus propios esfuerzos y á la fuerza de la verdad.

»Recibid, señor Embajador, etc.»

En el reino de Italia han ocurrido pocos sucesos de importancia desde que el Ministerio del general Menabrea fué remplazado por el que preside el Sr. Lanza. Las tentativas revolucionarias de Milan, las de Catanzaro (en la Calabria), las de Reggio (en la Emilia), la entrada de los Mazinianos en la Lombardía por el canton del Tesino, ni han prosperado, ni han despertado siquiera gran inquietud en las poblaciones, que las vieron con la mayor indiferencia. En las Cámaras apénas se ha tratado más que de la cuestion de Hacienda. La derecha de la de Diputados ha mostrado algunos deseos de que se reformara el Ministerio, saliendo de él Lanza, y encargándose de la presidencia Sella. La izquierda, por el contrario, buscaba la reorganizacion con el actual Presidente y otros compañeros. Por último, la izquierda, dirigida por Ratazzi, se ha separado por completo del Ministerio, al que en cambio apoya ya decididamente la derecha, bajo la direccion de Minghetti. Pero si la situacion de los partidos en la Cámara es tal que no puede organizarse una fuerte mayoría, ni el Ministerio ha podido atravesar la legislatura si no declarando que su mision es sólo buscar el remedio para la laboriosa crísis económica, prescindiendo de toda cuestion política, tambien es cierto que los partidos, representados en la Asamblea, han dado pruebas de cordura, de moderacion y de no discrepar, en suma, mucho en sus respectivas ideas y aspiraciones. Todos son monárquico-constitucionales y dinásticos: el absolutista y el republicano no tienen allí influencia. En el órden político no hay ningun grave

problema pendiente; en el diplomático tampoco; el estado de la Hacienda pública es tan poco satisfactorio, que no excita en los partidos la ambicion del poder miéntras se está estudiando y tratando de remediar. Así se han podido pasar ocho meses de legislatura, sin una mayoría compacta y sin conflictos. Los proyectos de Sella, Ministro de Hacienda, han sido aprobados ya, ó lo serán, segun toda probabilidad. Se han hecho grandes rebajas de gastos, especialmente en el ejército. Se ha mejorado de un modo muy considerable el curso forzoso del papel-moneda: el oro no gana ahora en los cambios más que un 2 y medio por 100. La dificultad más grande está en los contratos hechos por el Estado con el Banco de Florencia, que ascienden á una suma de 2.000 millones de reales, pero á pesar de la hostilidad de los otros cuatro Bancos de emision, va cesando la que la opinion pública manifestaba contra el de Florencia, porque el estudio analítico de los antecedentes demuestra que ha prestado grandísimos servicios al Gobierno. Las ventajas ya conseguidas en los negocios financieros, se hacen notar en el Presupuesto de 1871, presentado ya por Sella á la Cámara. En él los gastos suben á 1.149 millones de pesetas, y los ingresos á 1.152, habiendo un sobrante de tres millones: pero es de advertir que, en los ingresos, está comprendida una emision de Deuda por la cantidad necesaria para producir 106 millones.

En Francia sucede todo lo contrario que en Italia: la Hacienda está próspera, el déficit no existe, las dificultades financieras no inquietan al Gobierno; pero las cuestiones de organizacion política son graves y en crecido número, y vuelven á presentarse, con apariencias tambien de gravedad, las diplomáticas.

El proyecto de ley sobre nombramiento de los *Maires* ha ocupado, durante muchas sesiones, al Cuerpo legislativo. En el desarrollo de las ideas de descentralizacion, el Ministerio Ollivier se ha apresurado á aplicarlas en los negocios provinciales. Por una ley ha concedido á los Consejos generales de los departamentos, el derecho de elegir sus mesas y de formar sus respectivos reglamentos; les ha dado después la facultad de designar los periódicos que hayan de disfrutar el monopolio de los anuncios judiciales, monopolio considerado en Francia como muy importante, porque equivale á una fuerte subvencion otorgada á tales ó cuales diarios. Otra ley, votada ya por el Cuerpo legislativo y por el Senado, ha quitado á los Prefectos la presidencia de los Consejos de Prefectura. Pero respecto de la organizacion municipal, á pesar de las promesas contenidas en los programas de los dos centros, que parecia llamado á ejecutar el Ministerio Ollivier, éste se ha limitado á proponer un proyecto de ley para que los *Maires* sean elegidos entre los miembros de los Consejos municipales, reservando su eleccion al Gobierno ó á los Prefectos. A pesar de los esfuerzos de las oposiciones, el Cuerpo legislativo ha aceptado el plan del

Gobierno, desechando todas las enmiendas que se le han presentado para la adopcion de otros sistemas. M. Choiseul queria que los *Maires* fuesen nombrados por el sufragio universal, para satisfacer la justa exigencia de muchos electores que no comprenden cómo habiendo podido elegir su Emperador, no han de poder escoger su *Maire*. La enmienda, defendida con más empeño, fué la de MM. Jules Javre, Gambetta y Grevry, proponiendo que los *Maires* sean nombrados por los Consejos municipales; pero la Cámara la desechó por 187 votos contra 55. Después pidió M. Lefévre-Portalis que, en las capitales de departamento, en las cabezas de distrito y en los demás pueblos que cuenten más de 6.000 habitantes, conserven el Gobierno y los Prefectos el derecho de elegir los *Maires*, dejándolo á los Consejos municipales en los demás casos: este sistema estuvo vigente en Francia cuatro años, desde la ley de 3 de Julio de 1848, que lo adoptó. El Marqués de Andelarre, por su parte, procuró tambien un término medio conciliador en esta forma: «Los *Maires* y sus adjuntos serán nombrados por el Emperador, ó, en su nombre, por el Prefecto, de conformidad con el artículo 3.° de la ley de 21 de Mayo de 1831, á propuesta del Consejo municipal, hecha en los ocho dias que sigan á su eleccion. Esta lista comprenderá un número de candidatos, doble del de nombramientos que deban hacerse.»

Los Príncipes de la familia de Orleans han dirigido al Presidente del Cuerpo Legislativo la siguiente carta ó peticion, para que diera cuenta de ella en sesion pública.

«Señores Diputados: Os ocupais en la peticion para derogar las medidas excepcionales que pesan sobre nosotros. En vista de esa proposicion, no debemos guardar silencio. Desde 1848, bajo el Gobierno de la República, protestamos contra la ley que nos destierra; ley de desconfianza que nada justificaba entónces. Nada la ha justificado después, y venimos á renovar nuestras protestas ante los representantes del país:

»No es una gracia lo que reclamamos; es nuestro derecho, el derecho que pertenece á todos los Franceses, y del que sólo nosotros estamos despojados.

»Es nuestro país lo que pedimos; nuestro país que amamos, al que nuestra familia ha servido siempre lealmente; nuestro país, del que no nos separa ninguna de nuestras tradiciones, y cuyo solo nombre hace latir siempre nuestros corazones, porque para los desterrados nada hay que remplace la pátria ausente.

»Luis Felipe de Orleans, Conde de Paris.—Francisco de Orleans, Príncipe de Joinville.—Enrique de Orleans, Duque de Aumale.—Roberto de Orleans, Duque de Chartres:

»Twickenham 19 de Junio de 1870.»

Muchos Orleanistas han creido que los Príncipes no han debido hacer semejante peticion. En el número de los que la desaprueban se dice que está M. Guizot, pudiéndose incluir tambien en él á M. Thiers, que no ha tomado parte en la discusion. El Gobierno se ha opuesto á que se derogue la ley de destierro, alegando que estas medidas de expulsion contra las dinastías reales caidas se han creido siempre necesarias, y durante el

reinado de Luis Felipe no se permitió la entrada en Francia á los Príncipes Bonapartes, ni áun en los momentos en que se traian con entusiasmo y solemnidad á través del Océano las cenizas de Napoleon I. Segun M. Ollivier, es privilegio de las familias elevadas á tanta altura el no poder descender á la categoría de los simples ciudadanos. Además, el mismo órden con que están puestas las firmas al pié de la exposicion, colocando al sobrino, representante de la línea primogénita, á la cabeza de sus tios, prueba que los firmantes no se presentan como peticionarios comunes, sino como Príncipes que conservan pretensiones muy altas. M. Estancelin hizo una defensa calorosa de los Orleans, y pidió la derogacion de la ley de destierro, y en el mismo sentido habló el General Lebreton; pero el incidente más curioso de la sesion fué la actitud de los oradores republicanos. M. Jules Favre apoyó la pretension de los Príncipes, siguiendo su ejemplo M. Arago y M. Picard, jefe de la fraccion que ahora se llama la izquierda abierta, segun ya explicamos en el número anterior; pero MM. Arago y Grevry declararon que su opinion era diametralmente contraria á la de sus compañeros, porque hallándose, en su sentir, muy próximo á desaparecer el Imperio, no querian que sobre el suelo de la Francia haya quien pueda disputar su triunfo á la República. A esto replicó M. Picard que, aunque republicano, no coloca la República por encima de la voluntad de la Francia; y otros han observado que, al hacer esas declaraciones, parece que los partidarios de la forma republicana no confian en poder triunfar sino por medio de la sorpresa. La peticion de los Príncipes fué desechada por 174 votos contra 31.

Los celos que á la Francia inspira el crecimiento del poder de la Prusia, se han manifestado con ocasion de un asunto que, por su índole, no parece más que mercantil é industrial, pero que puede tener indudablemente una importancia militar muy grande. Cuando ya está adelantada la grande obra de atravesar los Alpes por medio del túnel del Mont-Cenis, que en 1871 dejará un paso directo por ferro-carril entre la Francia y la Italia, va á emprenderse la construccion de otra via que comunique de la misma manera á la Italia con la Alemania. Los ingenieros han estudiado cuatro pasos: el del Simplon, el del San Gotardo, el Splügen y el Lucmanier, y se han decidido por el del Simplon.

Siendo demasiado crecidos los presupuestos de gastos de esa obra gigantesca para una compañía de ferro-carriles, han creido los Gobiernos interesados que debian ponerse de acuerdo para dar una subvencion de 85 millones de pesetas, que se calcula necesaria, y de lo cual están suscritas próximamente las tres cuartas partes. El Gobierno italiano se ha obligado á contribuir con 22 millones; la Compañía de los caminos de hierro lombardos con diez; la ciudad de Génova con siete; los cantones más próximos de la Suiza, con trece; las compañías de ferro-carriles, con siete;

el Gran Ducado de Baden, con tres. El reino de Wurtenberg no ha decidido aún lo que hará; Baviera que, acaso tiene miedo á dar demasiadas facilidades de locomocion á los terribles regimientos prusianos, se ha negado á tomar parte en el negocio. La Confederacion del Norte, que tanto dá que cabilar á los Franceses, se ha suscrito por 10 millones, además de la parte que han tomado tambien en la empresa várias compañías prusianas de ferro-carriles y de minas. Varios Diputados han interpelado en el Cuerpo Legislativo al Gobierno, llamándole la atencion sobre los peligros que puede haber para la neutralidad de la Suiza en esos convenios internacionales que entregan un paso importante de su territorio, y hasta una parte de su propiedad, á extranjeros ambiciosos. El Duque de Grammont, Ministro de Negocios extranjeros, ha tratado de tranquilizar á los interpelantes, haciéndoles observar que los Estados que subvencionan un camino no se hacen co-propietarios de él; que la Suiza continuará siendo dueña del San Gotardo, segun las leyes más elementales del derecho de gentes, y además ha tenido la precaucion de reservarse sus derechos de neutralidad, y consignado explícitamente hasta el de interrumpir las comunicaciones y destruir la via; añadiendo que, en todo caso, si esas garantías no son bastantes alguna vez para la defensa de la neutralidad suiza, la Francia se encargaria de hacerla respetar. En verdad, esta última razon es muy contraproducente, porque señala á la Francia una nueva obligacion militar, para los grandes conflictos, en esa misma neutralidad que debiera resguardar parte de sus fronteras.

Y no parece que el mismo Ministerio Ollivier tenga en este asunto la tranquilidad que ha querido infundir á sus interpelantes; pues á sus instancias, segun parece, se ha suspendido en Florencia el que las Cámaras deliberen acerca de la parte de subvencion que corresponde á la Italia.

Otro asunto ha dado ocasion para que en el Cuerpo Legislativo frances se trate extensamente de las fuerzas militares que respectivamente cuentan la Francia y la Prusia. El Gobierno ha presentado un proyecto de ley reduciendo á 90.000 hombres el contingente anual para el ejército, que ántes era de 100.000; y todos los oradores que han tomado parte en el debate, lo han considerado como parte principalísima de la cuestion de rivalidad entre ámbas naciones. M. Garnier Pagés, que combatió el proyecto del Gobierno, le estimulaba á imitar la organizacion del ejército prusiano, que con ménos gasto da relativamente más soldados. M. Jules Favre, hablando tambien en contra, pedia para la Francia, nacion democrática que tiene la pretension de ser libre, el armamento universal de los ciudadanos, á fin de que cada uno de estos, teniendo su fusil con su cédula de votar, pueda defender sus opiniones y su pátria; y preguntó al Ministerio si tiene temores de guerra, y de dónde proceden, en caso de haberlos. M. Ollivier le dió la satisfactoria respuesta, que nos alegrarémos

de ver confirmada por los sucesos, de que jamas ha estado más asegurada que ahora la paz de la Europa, no habiendo empeñada en la actualidad ninguna cuestion irritante, y estando convencidos todos los Gabinetes de la necesidad imprescindible de respetar los tratados, y con especialidad los dos que más interesan á la conservacion de la paz; el de 1856, que la aseguró en Oriente, y el de Praga, que la restableció en la Alemania.

M. Thiers, que en esta discusion ha apoyado al Gobierno, ha mostrado tambien confianza en que no ha de estallar por ahora la guerra, y la funda en que el Conde de Bismark comprende que no le conviene ostentar tanta ambicion como hace cuatro años, porque se despertarian contra él las susceptibilidades nacionales del Sud de Alemania. En la Francia sería tambien insensato provocar la guerra, que podria producir el resultado de excitar el patriotismo aleman, haciendo que se uniesen á Bismark los Estados que hoy le miran con recelo. Pero, al mismo tiempo que una política pacífica, aconseja M. Thiers á sus compatriotas que mantengan un ejército numeroso y dispuesto á todas las eventualidades, porque no conviene entregarse á la prudencia ajena, sobre todo cuando es la de un ambicioso que dispone ya de cuarenta millones de hombres, y que tan grandes pruebas tiene dadas de la grandeza de sus planes y del temerario arrojo de sus empresas.

FERNANDO COS-GAYON.

NOTICIAS LITERARIAS.

OBSERVACIONES SOBRE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA EN ESPAÑA.— *Proverbios ejemplares y Proverbios cómicos*, por D. Ventura Ruiz Aguilera.

El gran defecto de la mayor parte de nuestros novelistas, es el haber utilizado elementos extraños, convencionales, impuestos por la moda, prescindiendo por completo de los que la sociedad nacional y coetánea les ofrece con extraordinaria abundancia. Por eso no tenemos novela; la mayor parte de las obras que con pretensiones de tales alimentan la curiosidad insaciable de un público frívolo en demasía, tienen una vida efímera determinada sólo por la primera lectura de unos cuantos millares de personas, que únicamente buscan en el libro una distraccion fugaz ó un pasajero deleite. Es imposible que en país alguno ni en ninguna época se haga un ensayo más triste y de peor éxito, que el que los Españoles hacen de algunos años á esta parte para tener novela. En vano algunos editores diligentes han acometido la empresa con ardor, empleando en ello todos los recursos de la industria librera; en vano las Revistas y las publicaciones periódicas más acreditadas, han tratado de estimular á la juventud, prefiriendo algunas obras muy débiles de escritores nuestros, á las extranjeras, relativamente muy buenas; en vano la Academia ofrece un premio pecuniario y honorífico á una buena novela de costumbres. Todo es inútil. Los editores han inundado el país de un fárrago de obrillas, notables sólo por los colorines de sus lujosas cubiertas; la prensa tiene que recurrir de nuevo á su sistema de traducciones; y raras veces llega al recinto de la Academia un manuscrito de mediano precio, pudiendo asegurarse que no pecan de severos los inmortales de la calle de Valverde al escatimar el premio mayor con una prudencia casi sistemática.

Este fenómeno es singular atendiendo á lo que la poesía lírica ha producido en este siglo, y el brillante período del teatro contemporáneo. Pero tal vez se encuentre una explicacion satisfactoria fijándose en la especialísima índole de la novela de costumbres, y relacionándola con nuestro carácter y nuestra educacion literaria.

Las personas dadas á la investigacion, explican esto diciendo: los Españoles somos poco observadores, y carecemos por lo tanto de la principal virtud para la creacion de la novela moderna. La fantasía andaluza y cas-

tellana, que ha creado la más rica poesía popular que existe en la civilizacion cristiana, la literatura mística, y el gran teatro del siglo XVII, es completamente incapaz para el caso. Hemos hecho algo en la novela romántica, que ya está mandada recoger, y en la legendaria y maravillosa, cuyo prestigio desciende ya notablemente; pero la novela de verdad y de caractéres, espejo fiel de la sociedad en que vivimos, nos está vedada. El lirismo nos corroe, digámoslo así, como un mal crónico é interno, que ya casi forma parte de nuestro organismo. Somos en todo unos soñadores que no sabemos descender de las regiones del más sublime extravío, y en literatura como en política, nos vamos por esas nubes montados en nuestros hipógrifos, como si no estuviéramos en el siglo XIX y en un rincon de esta vieja Europa, que ya se va aficionando mucho á la realidad.

Cierto es esto: somos unos idealistas desaforados, y más nos agrada imaginar que observar. Bien se está viendo que no hay gente ménos práctica en toda especie de asuntos que esta buena gente española, que tanto ha dado que hacer al mundo en tiempos lejanos, y en las letras no es en donde ménos se refleja esta disposicion especial de nuestros espíritus. Sin embargo, puede asegurarse que en este punto la citada disposicion es más bien accidental, hija sin duda de condiciones del tiempo, que innata y característica. Examinando la cualidad de la observacion en nuestros escritores, verémos que Cervántes, la más grande personalidad producida por esta tierra, la poseia en tal alto grado, que de seguro no se hallará en antiguos ni modernos quien le aventaje, ni aun le iguale. Y en otra manifestacion del arte, ¿qué fué Velazquez sino el más grande de los observadores, el pintor que mejor ha visto y ha expresado mejor la naturaleza? La aptitud existe en nuestra raza; pero sin duda esta degeneracion lamentable en que vivimos, nos la eclipsa y sofoca. Hay que buscar la causa del abatimiento de las letras y de la pobreza de nuestra novela en las condiciones externas con que nos vemos afectados, en el modo de sér de esta sociedad, tal vez en el decaimiento del espíritu nacional ó en las contínuas crisis que atravesamos, y que no nos han dado punto de reposo. La novela es producto legítimo de la paz: al contrario de la literatura heróica y patriotera, no se cria sino en los períodos de serenidad, y en nuestros tiempos rara es la pluma que no se ejercita en las contiendas políticas. No se espere hoy de los grandes ingénios otra cosa que diatribas muy bellas.

Hay además el gran inconveniente de las circunstancias tristísimas de la literatura considerada como profesion. Domina en nuestros pobres literatos un pesimismo horrible. Hablarles de escribir obras sérias y concienzudas de puro interes literario, es hablarles del otro mundo. Todos ellos andan á salto de mata, de periódico en periódico, en busca del necesario sustento, que encuentran rara vez; y la mayor recompensa y el mejor término de sus fatigas es penetrar en una oficina, panteon de toda gloria española. Todos reposan su cabeza cargada de laureles sobre un expediente; y el infeliz que no acepta esta solucion, y se empeña en ser literato á secas, viviendo de su pluma, bien podria ser canonizado como uno de los más dignos mártires que han probado las amarguras de la vida en este valle de lágrimas.

Entre tanto, por más que digan, aquí se lee mucho, y se lee de todo, política, literatura, poesía, artes, ciencias, y sobre todo, novela. Pero esta gente que lee, estos Españoles que gustan de comprar una novela y la de-

voran de cabo á rabo, estimando de todo corazon al ingenio que tal cosa produjo, se abastece en un mercado especial. El pedido de este lector especialísimo es lo que determina la índole de la novela. El la pide á su gusto, la ensaya, da el patron y la medida; y es preciso servirle. Aquí tenemos explicado el fenómeno, es decir, la sustitucion de la novela nacional de pura observacion, por esa otra convencional y sin carácter, género que cultiva cualquiera, peste nacida en Francia, y que se ha difundido con la pasmosa rapidez de todos los males contagiosos. El público ha dicho: «Quiero traidores pálidos y de mirada siniestra, modistas angelicales, meretrices con aureola, duquesas averiadas, jorobados románticos, adulterios, extremos de amor y ódio,» y le han dado todo esto. Se lo han dado sin esfuerzo, porque estas máquinas se forjan con asombrosa facilidad por cualquiera que haya leido una novela de Dumas y otra de Soulié. El escritor no se molesta en hacer otra cosa mejor, porque sabe que no se la han de pagar; y esta es la causa única de que no tengamos novela. El género literario en que se ocupan con algun resultado nuestros desdichados literatos, y el que sostiene algunas pequeñas industrias editoriales, es el de la novela de impresiones y movimiento, cuya lectura ejerce una influencia tan marcada en la juventud del dia, reflejándose en nuestra educacion y dejando en nosotros una huella que tal vez dura toda la vida.

La verdad es que existe un mundo de novela. En todas las imaginaciones hay el recuerdo, la vision de una sociedad que hemos conocido en nuestras lecturas: y tan familiarizados estamos con ese mundo imaginario que se nos presenta casi siempre con todo el color y la fijeza de la realidad, por más que las innumerables figuras que lo constituyen no hayan existido jamas en la vida, ni los sucesos tengan semejanza ninguna con los que ocurren normalmente entre nosotros. Así es que cuando vemos un acontecimiento extraordinariamente anómalo y singular, decimos que *parece cosa de novela*; y cuando tropezamos con algun indivíduo extremadamente raro, le llamamos *héroe de novela*, y nos reimos de él porque se nos presenta con toda la extrañeza é inusitada forma con que le hemos visto en aquellos extravagantes libros. En cambio, cuando leemos las admirables obras de arte que produjo Cervántes y hoy hace Cárlos Dickens, decimos: «Qué verdadero es esto! Parece cosa de la vida. Tal ó cual personaje, parece que le hemos conocido.» Los apasionados de Velazquez se han familiarizado de tal modo con los séres creados por aquel grande artista, que creen haberlos conocido y tratado, y se les antoja que van Esopo, Menipo y el Bobo de Coria andando por esas calles mano á mano con todo el mundo.

II.

En la novela de impresiones y movimiento, destinada sólo á la distraccion y deleite de cierta clase de personas, se ha hecho aquí cuanto habia que hacer, inundar la Península de una plaga desastrosa, haciendo esas emisiones de papel impreso, que son hoy la gran conquista del comercio editorial. La entrega, que bajo el punto económico es una maravilla, es cosa terrible para el arte. Es como la aplicacion del periódico á toda clase de manifestaciones literarias, y expresa una tendencia de nuestro siglo, la tendencia á aceptar para todo el sistema inglés de los *mu-*

chos pocos, que aquella buena gente sabe aplicar á todo. Como quiera que sea, los recursos de publicidad aumentan considerablemente con la entrega. El libro, dividido de este modo, penetra hoja por hoja en todos los hogares, y es accesible á las fortunas más modestas. No vituperamos todavía este sistema; porque el mal no está en él. Como excelente medio de propagacion la entrega, ha podido difundir lo malo; pero en igualdad de condiciones puede extender lo bueno y darle una extraordinaria circulacion con la rapidez y la ubicuidad del periódico.

No ha absorbido todo el público la clase de novelas de que hemos hablado. Siempre hay un pequeño número de lectores para los ensayos que en otros géneros se han hecho. Tambien aquí se ha intentado crear la novela de salon; pero es una planta esta difícil de aclimatar. Verdad es, que por lo general, valen poco las producciones de esta clase, que no son sino imitaciones muy pálidas y muy mal hechas de la literatura francesa de *boudoir*. A esto contribuye en gran parte el afrancesamiento de nuestra alta sociedad, que ha perdido todos sus rasgos característicos. Ya desde principios del siglo pasado, la reforma de la etiqueta, la venida de los Borbones, la irrupcion de la moda francesa, comenzaron á desnaturalizar nuestra aristocracia. En el presente siglo aún existia un resto de aquellas costumbres caballerescas de la antigua nobleza; la parte principal del reinado de Fernando VII fomentó en ella su innata aficion á los toros y á los frailes, al paso que le hacía perder sus cualidades seculares de noble orgullo y exagerado pundonor; y por fin, la mayor cultura de la presente época, la educacion literaria recibida por casi todos los jóvenes de alta alcurnia, ha modificado completamente la clase, alejándola de aquel vicioso y rancio españolismo que fué una degeneracion de la primitiva caballerosidad castellana. Hoy la aristocracia no es aventurera, ni petulante, ni idólatra de los toros, ni mogigata. Es una clase perfectamente reconciliada con el espíritu moderno; que ayuda á impulsar más bien que á entorpecer el movimiento de la civilizacion, y vive tan tranquila y pacífica en medio de una sociedad que ya no domina ni dirije, contenta de su papel, contribuyendo á la vida colectiva con lo que su influencia y su poder le permita, alternando con todos nosotros durante el dia, y retirándose por la noche allá al recinto de sus salones, donde penetran ya toda clase de mortales. Por lo demás, los amantes de lo pintoresco y lo característico encontrarán á esta aristocracia un poco vulgar: la adopcion del ritual frances para todas sus ceremonias, el contínuo uso de aquella lengua y de sus fórmulas de cortesía, la aficion, mejor dicho, el delirio por los viajes elegantes ha rematado esta obra de nivelacion, asimilando á todos los nobles de la tierra. Por eso la novela de salon, de una tendencia puramente elegante y de *sport*, es entre nosotros una flor exótica y de efímera existencia. Además, el círculo de la alta sociedad es estrecho; nos interesa poco lo que hace esa buena gente allá en sus encantados retiros; es verdad que la pasion suele presentarse en ella con brios extraordinarios, dando orígen á sucesos de gran interes y novedad. Es verdad, que hay allá arriba vicios trascendentales (vulgarmente) que no son distintos de los vicios de aquí abajo (aunque no mayores como se cree), y que son un gran elemento de arte ridiculizados ó corregidos con habilidad; pero, ó nuestros novelistas no saben tratar el asunto, ó no han tenido el acierto de ser un poco más generales, poniendo en contacto y en relacion íntima, como están en la vida, todas las clases sociales. La novela, el

más complejo, el más múltiple de los géneros literarios, necesita un círculo más vasto que el que le ofrece una sola gerarquía, ya muy poco caracterizada; se asfixia encerrada en la perfumada atmósfera de los salones, y necesita otra amplísima y dilatada, donde respire y se agite todo el cuerpo social.

La novela popular es la que únicamente ha sido cultivada con algun provecho, sin duda por las tradiciones de nuestra novela picaresca, cuyos caractéres y estilo están grabados en la mente de todos. Es más fácil retratar al pueblo, porque su colorido es más vivo, su carácter más acentuado, sus costumbres más singulares, y su habla más propia para dar gracia y variedad al estilo. En el pueblo urbano, muy modificado ya por la influencia de la clase media, sobre todo en las grandes ciudades, la dificultad es mayor. Los nuevos elementos ingeridos en la sociedad por las reformas políticas, la pasmosa propagacion de ciertas ideas que van penetrando en las últimas gerarquías, la facilidad con que un pueblo dócil y de vivísima imaginacion como el nuestro acepta ciertas costumbres, hacen que sea más difícil y complicada la tarea de retratarlo. El pueblo de Madrid es hoy muy poco conocido: se le estudia poco, y sin duda el que quisiera expresarlo con fidelidad y gracia, hallaria enormes inconvenientes y necesitaria un estudio directo y al natural, sumamente enojoso. Se equivoca el que cree encontrar á ese pueblo en las obras de Mesonero Romanos. El buen Curioso Parlante se quejaba de que hubiesen desaparecido las manolas, los chisperos, los covachuelistas, los lechuguinos, los antiguos barberos: él fué un pintor concienzudo de los nuevos tipos que produjo la trasformacion de nuestra sociedad hace treinta años; y tal vez estaria muy léjos de creer el ilustre madrileño, que bien pronto desapareceria tambien aquella falange de personajes que él vió nacer y que observó con singular maestría. Ya todo es nuevo, y la sociedad de Mesonero nos parece casi tan antigua como la de las antiguas fábulas picarescas, como la categoría de los rufianes, buscones, necios, corchetes, gariteros, hidalguillos y toda la gentuza que inmortalizó Quevedo.

En la novela de costumbres campesinas, Fernan Caballero y Pereda han hecho obritas inimitables. El primero ha pintado la buena gente de los pueblos de Andalucía con suma gracia y sencillez, retratando la natural viveza y espontaneidad de aquella noble raza. Sólo se bastardea y malogra su ingenio cuando quiere salir del breve círculo del hogar campestre. Fernan Caballero cae por tierra desde que quiere elevarse un poco, y nada hay más pobre que su criterio, ni más triste que su filosofía bonachona, afectada de una mogigatería lamentable. Pereda es un pintor muy diestro: sus *Escenas montañesas* son pequeñas obras maestras, á que está reservada la inmortalidad. ¡Lástima que sea demasiado local y no procure mostrarse en esfera más ancha! El realismo bucólico y la extraña poesía de que sabe revestir á sus interesantes patanes, no pueden realizar por completo la aspiracion literaria de hoy. Es aquello muy particular, y expresa una sola faz de nuestro pueblo. En un horizonte más vasto, aquel ingenio tan observador y perspicaz haria cosas inimitables, satisfaciendo esa secreta aspiracion de toda gran sociedad á manifestarse en forma artística, produciendo una expresion ó remedo de sí misma.

III.

Pero la clase media, la más olvidada por nuestros novelistas, es el gran modelo, la fuente inagotable. Ella es hoy la base del órden social; ella asume por su iniciativa y por su inteligencia la soberanía de las naciones, y en ella está el hombre del siglo XIX con sus virtudes y sus vicios, su noble é insaciable aspiracion, su afan de reformas, su actividad pasmosa. La novela moderna de costumbres ha de ser la expresion de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esa clase, de la incesante agitacion que la elabora, de ese empeño que manifiesta por encontrar ciertos ideales y resolver ciertos problemas que preocupan á todos, y conocer el origen y el remedio de ciertos males que turban las familias. La grande aspiracion del arte literario en nuestro tiempo es dar forma á todo esto.

Hay quien dice que la clase media en España no tiene los caractéres y el distintivo necesarios para determinar la aparicion de la novela de costumbres. Dicen que nuestra sociedad no tiene hoy la vitalidad necesaria para servir de modelo á un gran teatro como el del siglo XVII, ni es suficientemente original para engendrar un período literario como el de la moderna novela inglesa. Esto no es exacto. La sociedad actual, representada en la clase media, aparte de los elementos artísticos que necesariamente ofrece siempre lo inmutable del corazon humano y los ordinarios sucesos de la vida, tiene tambien en el momento actual, y segun la especial manera de sér con que la conocemos, grandes condiciones de originalidad, de colorido, de forma.

Basta mirar con alguna atencion el mundo que nos rodea para comprender esta verdad. Esa clase es la que determina el movimiento político, la que administra, la que enseña, la que discute, la que da al mundo los grandes innovadores y los grandes libertinos, los ambiciosos de genio y las ridículas vanidades: ella determina el movimiento comercial, una de las grandes manifestaciones de nuestro siglo, y la que posee la clave de los intereses, elemento poderoso de la vida actual, que da origen en las relaciones humanas á tantos dramas y tan raras peripecias. En la vida exterior se muestra con estos caractéres marcadísimos, por ser ella el alma de la política y el comercio, elementos de progreso, que no por serlo en sumo grado han dejado de fomentar dos grandes vicios en la sociedad, la ambicion desmedida y el positivismo. Al mismo tiempo, en la vida doméstica, ¡qué vasto cuadro ofrece esta clase, constantemente preocupada por la organizacion de la familia! Descuella en primer lugar el problema religioso, que perturba los hogares y ofrece contradicciones que asustan; porque miéntras en una parte la falta de creencias afloja ó rompe los lazos morales y civiles que forman la familia, en otras produce los mismos efectos el fanatismo y las costumbres devotas. Al mismo tiempo se observan con pavor los estragos del vicio esencialmente desorganizador de la familia, el adulterio, y se duda si esto ha de ser remediado por la solucion religiosa, la moral pura, ó simplemente por una reforma civil. Sabemos que no es el novelista el que ha de decidir directamente estas graves cuestiones, pero sí tiene la mision de reflejar esta turbacion honda, esta lucha incesante de principios y hechos que constituye el maravilloso drama de la vida actual.

No ha aparecido aún en España la gran novela de costumbres, la obra vasta y compleja que ha de venir necesariamente como expresion artística de aquella vida. Sin duda, las circunstancias de estos dias no le son favorables, como ántes hemos dicho, por ser un producto natural y espontáneo de los tiempos serenos; pero es inevitable su aparicion, y hoy tenemos síntomas y datos infalibles para presumir que sea en un plazo no muy lejano. La aspiracion de la sociedad actual á exteriorizarse, se manifiesta ya con alguna energía en el sin número de cuadros de costumbres que han visto la luz en los últimos años. De este modo se inician los grandes períodos de la literatura novelesca, que no llega á producir sus grandes y más preciados frutos sino después de una lenta y laboriosa prueba. De estos cuadros de costumbres que apénas tienen accion, siendo únicamente ligeros bosquejos de una figura, nace paulatinamente el cuento, que es aquel mismo cuadro con un poco de movimiento, formando un organismo dramático pequeño, pero completo en su brevedad. Los cuentos breves y compendiosos, frecuentemente cómicos, patéticos alguna vez, representan el primer albor de la gran novela, que se forma de aquellos, apropiándose sus elementos y fundiéndolos todos para formar un cuerpo multiforme y vário, pero completo, organizado y uno, como la misma sociedad. En España, la produccion de esas pequeñas obras es inmensa. La prensa literaria se alimenta de eso, y menudean las colecciones de cuentos, de artículos, de cuadros sociales. Hay mucho de vulgar y mediano en estas composiciones; pero el que siga con interes el movimiento literario habrá tenido ocasion de observar lo que hay de bueno entre la muchedumbre de obritas de este género. Las que más boga han alcanzado son los *Proverbios Ejemplares* de D. Ventura Ruiz Aguilera, coleccion de pequeñas novelas, muy apreciables y bellas particularmente, además del mérito y la importancia que tienen en su conjunto como pintura general de nuestra sociedad. Estos cuentos, en que se desarrolla el sentido moral de un adagio popular, son tan breves y conceptuosos, que jamas cansa su lectura: son cuadros hechos á cuatro rasgos, y ocupando sólo el espacio necesario para sus escasas figuras; no hay en ellos digresiones ni superfluidades, porque su índole exige la forma más concreta, pudiendo decirse, por la intencion que encierran y lo sencillo de su organismo, que son verdaderos apólogos. Algunos, sobre todo los cómicos, no son otra cosa que epigramas en grande escala. Mas no por ser breves los cuentos que la forman deja de ser muy vasto el mundo que vive y se agita en esta coleccion de proverbios. Allí estamos todos nosotros con nuestras flaquezas y nuestras virtudes retratados con fidelidad, y puestos en movimiento en una série de sucesos que no son ni más ni ménos que estos que nos están pasando ordinariamente uno y otro dia en el curso de nuestra agitada vida. La índole de la obra no permitia utilizar demasiado el elemento patético, siendo casi siempre lo cómico el principal recurso que el autor emplea para su fin. *El Castigat ridendo*, es el principio que se ha tenido en cuenta, aunque suele haber mucha seriedad en todas las soluciones. Por lo general, domina en todos ellos una calma de espíritu imperturbable, y su lectura produce el efecto de una conversacion discreta y sana con personas de extremada bondad, porque la filosofía que encierran no tiene la severidad agresiva del moralista dogmático, ni ese pesimismo doloroso de nuestros escépticos de hoy, que no saben enseñar verdad alguna que no sea muy amarga, y nos quitan una esperanza y un consuelo en cada lec-

cion que nos dan. A una gran viveza de color en los retratos se une un tacto especial para escoger sólo las figuras necesarias, la más características, sin usar segundos términos ni cosa alguna que esté demás; así es que los personajes se graban en la memoria del lector con gran viveza. Los hechos son los más naturales de la vida, verificándose siempre con la más estricta lógica, cualidad que, unida al interes, constituye el secreto de la buena novela. Ya estamos cansados de las situaciones difíciles, penosas y violentas, que suelen hacer efecto en el teatro, pero que son intolerables en el libro, donde el campo es más vasto, la ficcion más fácil. y por consiguiente ménos llevaderas las licencias de esta naturaleza. Ya hemos dicho cuán serena y dulce es la filosofía que inspiran estos sencillos cuentos; pues esta serenidad, esta apacible calma del justo se refleja en la naturalidad del relato, en la sencillez de la invencion, en el fácil artificio del diálogo.

En cuanto al estilo, *Los Proverbios* encierran un preciosísimo tesoro de locuciones populares que vemos con disgusto desaparecer poco á poco de nuestro lenguaje literario. Conviene que el movimiento y las trasformaciones de una lengua, indicados por el movimiento de la vida de los pueblos, no sea tal que haga poner en olvido ciertos modos de decir que constituyen uno de los principales tesoros de nuestra lengua. En esto el señor Aguilera ha sabido sacar partido del inmenso caudal de frases, dichos, refranes y modismos que posee, poniéndolos en boca del pueblo con mucho donaire y oportunidad; y si estas novelitas no tuvieran el encanto de su sencillo é ingenioso artificio, la exactitud y gracia de las pinturas, sería suficiente motivo para darles valor la circunstancia de ser un archivo de curiosidades lingüísticas que nos interesan y seducen, no sólo por ser bellas y pintorescas, sino por ser raras y estar exhumadas con una solicitud digna de imitacion.

IV.

Ya hemos dicho que el mundo de los *Proverbios*, lo mismo el de los *Ejemplares*, que el de los *Cómicos*, publicados recientemente, es el que formamos todos nosotros en la vida ordinaria y real. De la clase media han salido todos aquellos caballeros y señoras, y aunque tambien vemos alguna gente del pueblo y tal cual aristócrata, considerada en conjunto la coleccion, estos tipos parecen como de segundo término, ó completamente ripiosos, si nos es permitido decirlo. En aquella sociedad imaginaria domina la clase que domina en la real, y el punto de vista para tan vasto cuadro ha sido el de este círculo en que todos vivimos, círculo formado por nuestros amigos, nuestros conocidos, una multitud de personas que vemos perfectamente y no conocemos, otros tantos de quienes oimos contar pestes, muchas de quienes se cuentan maravillas, otras de que nos reimos con buenas ganas, la muchedumbre de los que quieren engañarnos, la falange de los que señalamos con el dedo como una notabilidad social, la gerarquía de los extravagantes, la familia de los tontos, en fin, la série inacabable de los *fulanos*, la figura del prójimo personificado, el *fellow* de los ingleses. Todos son indivíduos y á todos los vemos por esas calles con sus levitas y sus sombreros tan léjos de pensar que son un gran elemento de arte, y unos modelos de gran precio.

Los vicios y virtudes fundamentales que engendran los caractéres y

determinan los sucesos son tambien estos de por acá. Nada de abstracciones, nada de teorías; aquí sólo se trata de referir y de expresar, no de desarrollar tésis morales más ó ménos raras, y empingorotadas; sólo se trata de decir lo que somos unos y otros, los buenos y los malos, diciéndolo siempre con arte. Si nos corregimos, bien; si nó, el arte ha cumplido su mision, y siempre tendrémos delante aquel espejo eterno reflejador y guardador de nuestra fealdad.

Los vicios, decíamos, son de los que andan sueltos por estas tierras, hallándose por lo general en gran predicamento y teniendo mucho dominio entre nosotros. La vanidad, por ejemplo, tiene en los *Proverbios* un punto tan importante como en la vida: aquí se halla en todas partes, todos la tenemos en mayor ó menor grado, y casi puede asegurarse que este vico es uno de los que más participacion tienen en el movimiento moderno. Este gran siglo en que hemos nacido nos ha traido tantas cosas buenas, que se le puede perdonar todo. El nos ha traido la participacion de todos en la vida pública, ha reconstituido el sér humano con la nocion de la dignidad, del mérito personal, y, como ha traido la justicia de la gloria, como nos da á todos la seguridad de que si valemos hemos de ser apreciados, como nos abre el camino y nos paga con la estimacion general, si la merecemos, de aquí el que todos queramos ser algo superior á los demás, distinguirnos de cualquier modo. Si no podemos hacerlo con buenas y grandiosas acciones, lo hacemos con un título, con un nombre, con una cinta ú otra fórmula convencional.

Somos muy vanidosos, pero este vicio es una pequeña sombra proyectada por las grandes excelencias de nuestra época. Todos los grandes progresos traen su cortejo de pequeñas flaquezas. La participacion de todos en la vida pública, la seguridad que tiene el individuo de influir personalmente en la suerte de la sociedad, esto que es la mayor de las conquistas, ¿no ha de ser causa de que todos nos creamos ya con un pié en el templo de la fama, y de que tengamos ambicion, á veces infundada, y de que procuremos, en cuanto nos sea posible, intervenir más que los demás, hacer prevalecer nuestra opinion, y rodear de todo el prestigio posible á nuestra querida persona?

Esto es un pequeño mal que vá fatalmente unido al resultado de un inmenso bien. Vaya otro ejemplo. El gran progreso de la industria ha hecho que una infinidad de productos de arte, objetos bellos y de valor que estaban reservados á las clases altas y poderosas, le son hoy accesibles á todas las clases; y si los objetos de gran valor intrinseco no pueden hoy ser adquiridos por las personas de modesta fortuna, en cambio la facilidad de la produccion, el acierto con que se aplica el arte á la industria, ha dado orijen á las cosas *elegantes* que están al alcance de todos. Pues bien: no es extraño que esta maravilla realizada en nuestro siglo haya fomentado el vicio de la presuncion, y que este mal se haya propagado, causando muchos grandes disturbios en el seno de la familia. La vanidad en las mujeres, el lujo en el vestir es hoy uno de los males de que más se preocupa la categoría de los maridos trabajadores y modestos. Pero no disertemos más, y volvamos á los *Proverbios*, en cuya primera página está la familia de Lozano, que es uno de esos pobres maridos que están dados al demonio por las vanidades de su mujer. Verdad es, que él es un infeliz como muchos que conocemos. Está dominado por ella, y apénas puede levantar el gallo en la casa, porque la señora es una ortiga, y tan amante

de lo elegante y lo lujoso, que pone á su esposo al borde del abismo, y da orígen á muy graves disturbios.

En este *proverbio*, titulado *Al freir será el reir*, el cuadro es animado y vivísimo: la señora aquella, el bueno de Lozano, la hija y las tres jóvenes modestas que trabajan en una boardilla y son el polo opuesto de la consabida Doña Isabel, forman un hermoso y artístico grupo. Otra presuntuosa de gran calibre, aunque de diversa índole, es Julia, jovencita soltera, nacida en un pueblo y educada en Salamanca. Todo su empeño consiste en hacer olvidar que es lugareña, y darse un aire de dama que deprime y hiere la delicadeza de los pobres charros sus compatriotas. Además es envidiosa y embustera, es decir, lo último que puede ser una mujer, lo cual, unido á una singular belleza, forman esos demonios con faldas que ya han martirizado y consumido bastante á la desdichada humanidad. Este es el proverbio *A moro muerto gran lanzada*. Pero en materia de presuncion la más cómica y la más interesante, por ser la más general, es la de Próspero (proverbio cómico *¿De dónde le vino al garbanzo el pico?*) Este caballerito es un tipo madrileño de los que con más abundancia tenemos aquí; es el politicastro ramplon y vanidoso que se encarama y se hace persona notable por la sola fuerza de la osadia y la falta absoluta de vergüenza. Esta polilla se ha generalizado mucho, aunque ya casi puede decirse que va siendo extirpada por el desprecio general. Todo el mundo conoce á esos individuos que por medio de la adulacion y de la injuria, ejercidas en el rincon de un periódico, llegan á ocupar altos puestos y á influir en los destinos de un país demasiado generoso y benévolo con ellos. Pues el tal Próspero es uno de esos entes que encontramos á cada paso en la Carrera de San Jerónimo, y que á nuestro paso nos saludan con una sonrisa de proteccion, ó se pavonean muy orondos, volviendo la cara para evitar nuestra presencia. Y ¿qué hemos de decir de otro vanidoso descomunal, de D. Ciriaco Salido, estimable indiano que va á su pueblo á avergonzar á sus paisanos y darse tanto lustre como si se trajera en el baul todas las onzas que habia producido Cuba desde la conquista? Este otro tipo de presuncion (proverbio cómico: *Cada cuba huele al vino que tiene)*, es muy distinto: es el buen paleto montañes que ha puesto una taberna en la Habana, y ha traido unos ahorrillos que le permiten aspirar á la mano de la chica más encopetada del pueblo, mirar con desden á todo el mundo, y cometer las más extravagantes groserías, que á él le parecen donaires y agudezas. Tambien es digno de llamar la atencion otro pequeño vanidoso, pero inocente y sencillo, el desdichado Ricardillo de *Herir por los mismos filos*, que es víctima de esa encantadora presuncion de las madres, que á veces por querer que sus hijos vayan como unos príncipes y lleven lo más raro y sobresaliente, hacen de ellos unos estupendos mamarrachos, de que se rie todo el mundo. Pero entre todas estas figuras descuella el baron de la Esperanza, insigne personaje de la más cómica gravedad que puede existir en la tierra. Puede ser clasificado en la familia de los tontos rematados, de esos que no tienen atadero, y de tal modo se las componen en sus relaciones sociales, que son despreciados hasta por las personas de ménos cultura. El baron de la Esperanza (*Mi marido es tamborilero....*) es un tipo que abunda en Madrid casi más que el del politicastro á lo Próspero; es la última expresion de la vagancia vergonzante. Como su orgullo es atroz, su entendimiento escaso, y su hambre mucha, dis-

curre los medios más extraños para salir de tan aflictivo estado, tratando al fin de embaucar á una honrada familia de la calle de Toledo, familia comerciante, cuyo jefe es D. Pablo No, el más astuto de los tenderos de ultramarinos. Pero el hambriento baron, que anda á caza de una dote, encuentra en su proyectado suegro toda la tenacidad negativa que su lacónico apellido indica. Todos los incidentes de este cuento, uno de los mejores de la coleccion, son muy chistosos, porque las innumerables trampas del baron y las simplezas de su criado gallego, con honores de intendente, ponen al hombre en frecuentes y grandes apuros.

Hay sin embargo en esta larga série de los tontos quien eclipsa al de la Esperanza, y es un tal Gonzalez que es héroe del proverbio *Perro flaco todo es pulgas*. El optimismo de este desventurado raya en lo sublime: es de estos que tienen una excesiva confianza en la bondad del prójimo; y como no hacen cosa alguna que no sea una sandez, resulta que no salen jamas de un mal vivir. Son engañados y explotados por cuantos los tratan, sin que puedan curarles jamas de su nécia sencillez las contínuas lecciones que recibe. Por otro estilo, aunque mentecato estupendo tambien, es el jóven Agapito de *Hasta los gatos quieren zapatos*, el cual vive dominado por las ideas de falsa galantería, y se ha empeñado en ser un don Juan. La criatura intenta seducir á una mujer casada. ¡Oh desgraciada juventud! Precisamente este empeño lo tienen casi todos los chicuelos imberbes, entecos y ridículos, los ménos favorecidos por la naturaleza, y más dominados por ese vicio cardinal de nuestra época á que nos venimos refiriendo; y como complemento de esta caricatura está el marido feroz, atrabiliario y agitado contínuamente por celos indiscretos como el Francisco de *Antojarse los dedos huéspedes*, que es un hombre insoportable.

Este artículo se hace ya demasiado largo y detenemos nuestra escursion por esa variada sociedad que encierra el libro. Si la siguiéramos encontrariamos tambien personas y tipos más sérios que los que hemos descrito ligeramente. Los proverbios *El Beso de Júdas* y *Al que al cielo escupe* etc., son un poco patéticos, encerrando rasgos de delicadeza de la más esmerada ejecucion. Hay otros patéticos tambien pero muy compendiosos como *Hacer de tripas corazon* y *Tres al saco* etc..., que no son más que un lijero dibujo pero con una intencion moral de alta trascendencia.

En su variedad, tienen todos los cuentos lo que ántes hemos dicho: la unidad que les da la sencillez del procedimiento aplicado en todos, y la verdad inapreciable de los caractéres. Son tan naturales que les conocemos desde que salen, y al punto les relacionamos con álguien que va por ahí tan sério sin pensar que un arte habilísimo ha expresado al vuelo su fisonomía con la rapidez de la fotografía y la belleza de la pintura. Están todos allí frente á nosotros, puestos en luz, colocados con un admirable punto de vista, fijos y exactos, y son el projimo mismo, Fulano y Zutano, etc...

Tal es la coleccion de Proverbios del Sr. Aguilera, tal es el libro, producto espontáneo de una fiel observacion y una extremada bondad; porque para engendrarlo se ha unido á un ingénio vivo, la benevolencia discreta, la sana filosofía, la serenidad de corazon que tan gran parte tienen siempre en la paternidad de las buenas obras de arte.

BENITO PEREZ GALDÓS.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

LIBROS ESPAÑOLES.

Poesías sérias y humorísticas, *de D. Pedro A. de Alarcon,* precedidas del retrato fotográfico y de la biografía del autor, y de un prólogo de D. Juan Valera.—(Publicadas por La Revista de España.—Madrid, tipografía de Gregorio Estrada, 1870.

Comienza este libro con la briografía del autor, escrita hace pocos meses por D. José Calvo y Teruel para la obra titulada *Los Diputados pintados por sus hechos.* Con animado estilo reseña las vicisitudes de la vida agitada y laboriosa del niño precoz, del jóven turbulento y temerario, del infatigable escritor, del periodista del *Látigo,* del crítico del *Occidente,* de *La Discusion,* y de otros veinte periódicos; del novelista fecundo, del poeta rico de imaginacion, del soldado voluntario y popular historiador de la guerra de Africa, del autor dramático que no ha querido hacer para las tablas más que *El Hijo pródigo,* y que ni á éste permite presentarse en ellas; del político de carácter entero, de brillante pluma, poderoso para la defensa, terrible en el ataque, original en la forma, profundo en la idea, acaso excesivamente retórico y poeta al tratar de las contiendas diarias de los partidos.

Un prólogo de D. Juan Valera contiene el juicio crítico de las poesías coleccionadas. Diciendo el nombre de quien lo ha escrito, hemos dicho ya que abunda en erudicion, en frescura de estilo, en atinadas consideraciones, en comparaciones discretas, en sal ática.

Entre las poesías, las hay de todas clases. Alternan con las sérias, las humorísticas. En algunas, el sentimiento domina por completo; otras están inspiradas por una idea filosófica. La gravedad melancólica de unas forma contraste con la ligera y juguetona jovialidad de otras. El *Suspiro del Moro,* canto épico premiado por el Liceo de Granada, está escrito en magníficas octavas reales, de tan robusta entonacion que pocas veces ha resonado con más vigorosos sonidos la trompa de la epopeya. Y con igual facilidad y fortuna pulsa el Sr. Alarcon la lira para las odas, ó el laud para las endechas. Pocas veces se habrán reunido en un solo tomo de poesías géneros tan diversos, ni habrá dado un poeta pruebas tan notorias de aptitudes tan distintas. La oda al lado de la alegre seguidilla; la copla junto á la epístola; el madrigal en seguida de la sátira; el canto

de amor después de la meditacion religiosa. Pero todo se distingue por la espontaneidad, por la fuerza, y sobre todo, por la sinceridad del sentimiento. Nada de afectacion, de rebuscado, de amanerado, de convencional. La vanidad académica, el arcaismo presuntuoso, la pedantería del purismo, las imitaciones frias y monótonas de los modelos clásicos, faltan por completo en el libro del Sr. Alarcon. Su pluma no ha puesto sobre el papel la expresion de ninguna idea, de ningun afecto, de ninguna imágen, que su corazon no haya sentido ántes.

Excusamos copiar aquí, como nuestra, algunas de esas poesías. En los números de nuestra REVISTA vieron la luz algunas. Las condiciones de su estilo, y la abundancia de bellezas literarias, que en ellas hay siempre, cos.s son de que todos nuestros lectores tienen noticia, porque el Señor Alarcon es uno de los escritores españoles más conocidos y más populares. Debemos, pues, limitarnos aquí á anunciar que sus poesías coleccionadas están ya impresas en rico papel y en elegante tomo, que los amigos de la bella literatura pueden adquirir en cualquiera de las principales librerías de la península al precio de 20 rs.; y al de 30 en las de Ultramar.

ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA DE DERECHO Y ADMINISTRACION, Ó NUEVO TEATRO UNIVERSAL DE LA LEGISLACION DE ESPAÑA É INDIAS, *obra que hoy escriben y publican los señores D. Lorenzo Arrazola, D. Pedro Gomez de la Serna y D. José María Manresa y Navarro*, con la colaboracion de vários jurisconsultos.—Entregas 109 y 110.—Madrid, imprenta de la *Revista de Legislacion*, á cargo de Julian Morales.—1870.

Después de muchos años de suspension ha vuelto á ver la luz pública la continuacion de esta notable y apreciadísima obra, que goza de tanta reputacion entre los letrados y cuyo texto es citado con respeto en el foro, en donde hace autoridad.

Se publica por entregas que al principio constaban de nueve pliegos, y desde la 45 tienen diez cada una, en fólio menor á dos columnas. Cada diez entregas forman un tomo, por lo que las señaladas con los números 109 y 110 que se acaban de repartir, son las últimas del décimo. Ambas están dedicadas á la palabra *compra-venta*. Deseamos que, no habiendo ya nuevas interrupciones, avance hácia su conclusion este trabajo literario que, una vez terminado, no tendrá rival en nuestra librería contemporánea.

LIBROS EXTRANJEROS.

NINIVE ET L'ASSYRIE, *par M. Victor Place, Consul général, avec des essais de restauration, par M. Félix Thomas.*—Paris, imprimierie imperiale.—1867-70.—Dos vol. en fólio de texto, y un vol. de estampas.

Contiene esta obra la noticia completa de los grandes trabajos ejecutados para sacar del olvido las ruinas del arte asirio. La Asamblea legislativa de Francia votó en 1851 la cantidad de 8.000 francos para auxiliar esos trabajos; en 1853, la suma votada ascendió á 14.000 francos; en 1855, á 90.000. De estos 112.000 francos, 80.000 se han invertido en pagar los gastos de trasporte de los monumentos traidos al Louvre.

Cuatro campañas sucesivas, desde el 1.° de Febrero al 15 de Junio

de 1852, del 1.° de Octubre del mismo año al 1.° de Junio de 1853, del 1.° de Octubre siguiente al 1.° de Junio de 1854, y del 1.° de Octubre de 1854 al 1.° de Abril de 1855, entre todo veintiseis meses, con las interrupciones exigidas por el calor, bastaron para desenterrar todo el palacio y una parte del perímetro de la ciudad de Khorsabad.

M. Place, que ha continuado la obra emprendida por Botta, tenía por auxiliares un fotógrafo, M. Franchand, que dirigió las excavaciones cuando el Cónsul general tenía que ir á Mossoul para el desempeño de sus tareas oficiales, y que ha fallecido después en Francia, de resultas de una enfermedad contraida en aquel clima peligroso; un maestro de obras asirio, Neuman-Naouch, que primeramente no era más que simple albañil, y que ideó la manera de poder trasportar hasta el mar los grandes monolitos que no hubieran podido ser trasladados por tierra, y un arquitecto frances, M. Félix Thomas, antiguo pensionista en la Academia de Roma, que servia como agregado en la mision francesa de Babilonia. De este M. Thomas, es el atlas de planos y de vistas pintorescas, grabadas al agua fuerte, que se publicó con la obra de M. Oppert. Además, M. Thomas ha residido, durante mucho tiempo, en Khorsahad, ha levantado planos, medido y dibujado los descubrimientos más importantes de M. Place, y contribuido al brillo de la publicacion hecha por éste.

M. Place no se ha contentado con hacer la reseña de lo encontrado en Khorsabad, sino que, sobre los datos allí reunidos, ha ensayado formar la historia y la crítica del arte asirio.

CAMPAGNES DE L'ARMÉE D'AFRIQUE (1835-1839) *par M. le Duc d'Orleans*.—Un vol. en 8.° — Paris, 1870, chez Michel Lévy.

Este libro del malogrado Príncipe, primogénito del rey Luis Felipe, reune el interes de la historia de la lucha del ejército frances con el argelino, al que le dan las cualidades de escritor, y de hombre que adornaban á su autor. Al publicarlo ahora sus hijos, le han añadido cada uno un breve escrito. El Conde de Paris, en un *prefacio*, reseña las vicisitudes de las campañas de Africa, llamando la atencion hácia los oficiales que, desde el principio de su carrera, dieron grandes esperanzas. Entre los nombres de esos oficiales, los hay que han obtenido después una celebridad europea, habiendo fallecido ya casi todos; Bugeaud, Pellissier, Lamoriciére, Oudinot, Trezel, Cavaignac, Bedeau, Bosquet y otros muchos. El Duque de Chartres, en *la introduccion*, relata y critica las campañas de Africa desde el punto de vista de la ciencia militar.

Como muestra del estilo en que se halla escrita esta obra, vamos á copiar un bello pasaje, en que el ilustre historiador, testigo y actor en los sucesos de que nos da cuenta, refiere los servicios prestados por algunos centenares de presidiarios, á quienes el Mariscal Clauzel cambió, durante algunas semanas, en Abril de 1836, las cadenas por el fusil.

«Cuatrocientos penados, mal protegidos por algunos restos de una mala pared, y dominados por un próximo olivar, iban á custodiar lo más precioso que el ejército tenía: sus heridos, su artillería, su tesoro! Pero el Mariscal habia juzgado bien á aquellos hombres, extremados en lo bueno como en lo malo: sabia que estaban más ligados por la prueba anticipada de una estimacion y de una confianza de que no se habian hecho todavía dignos, que por los hierros que habian merecido....»

»El 7, el cuerpo expedicionario flanqueado en las alturas por el general Rapatel, volvió á la quinta de Mouzaïa, confiado á los presidiarios. Las murallas habian sido reconstruidas, se habian abierto fosos, y hecho plataformas: al lado de aquella fortaleza improvisada yacian cadáveres enemigos. Cuatrocientos heridos ó enfermos, acumulados en aquel estrecho recinto, y careciendo de todos los medios propios de un hospital militar, se habian visto cuidados y defendidos por los presidiarios con un celo y un valor tan honroso para el Jefe que habia sabido restituir al bien á aquellos hombres como para los penados que tan perfectamente habian sabido emplear su energía hasta entónces culpable.

»Dos veces el enemigo se habia presentado con respetable fuerza; dos veces habia sido rechazado por aquellos infelices á quienes la necesidad habia obligado á dar las armas y que debieron quedar rehabilitados por sus servicios.

»Sin embargo, víctimas de una inflexible é ininteligente sumision á las formas administrativas, fueron entregados nuevamente á su ignominia y su castigo cuando ya no se tuvo necesidad de ellos. A instancias del Mariscal, algunos fueron indultados, y consiguieron conservar las armas de que habian usado noblemente; uno de ellos, condecorado por un hecho brillante, cambió sin transicion, la librea de la vergüenza, por la distincion del honor.

»Pero la mayor parte volvieron á ser tratados como infames por la ley, por esa dura ley que ellos no invocaron cuando se la violó para armarlos, y que después se aplicaba implacablemente para cargar de cadenas las manos que habian guardado la tesorería, curado los heridos, y derramado valerosamente la sangre del enemigo. Se tuvo la impolítica crueldad de volver á colocar en el presidio á aquellos hombres á quienes su paso por debajo de las banderas, y el bautismo de sangre habian amnistiado. Verdaderamente soldados por la resignacion, como lo habian sido por el valor y la humanidad, besaron llorando los fusiles, que eran para ellos el símbolo del honor, y regresaron sin murmurar á sus talleres.»

No son ménos ricos de colorido otros cuadros, pintados por el Príncipe, de las fatigas del soldado en el campamento, del heroismo con que afrontaba una muerte oscura en trabajos nocivos á su salud sobre un suelo y bajo un clima cuyas condiciones le eran funestas.

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

LEYENDAS DEL ANTIGUO ORIENTE.

El recuerdo de la gran civilizacion greco-romana, ya gentílica, ya transfigurada más tarde por el Cristianismo, no dejó de columbrarse hasta en los siglos más tenebrosos de la Edad Media. Los pueblos de Europa siguieron avanzando á la luz de aquel recuerdo, y pronto volvieron al verdadero camino de la civilizacion, del cual no cabe duda que se habian apartado. Y no es esto negar la marcha constantemente progresiva del humano linaje. Un caminante se pierde por la noche en una intrincada y oscura selva; atraviesa espesos matorrales, breñas confusas y medrosos precipicios; tal vez rodea mucho; tal vez gasta más tiempo y se fatiga más de lo que debiera; pero vuelve al cabo á hallarse en el buen sendero, más adelante del punto en que se perdió, y más cerca del término á que aspira. No de otra suerte comprendemos el retroceso aparente de la civilizacion del mundo, en ciertos períodos históricos.

Importa además tener presente, que cuanto por la intensidad se menoscaba, suele compensarse en difusion. Más alumbra acaso una lámpara, suspendida en la bóveda de un pequeño santuario, que la luna esparciendo sus rayos por el espacio profundo de los cielos. Y sin embargo, el fulgor de la luna es infinitamente mayor que el de la lámpara. Lo mismo ha podido afirmarse de la civilizacion, cuando se ha encerrado dentro de los límites de un solo pueblo, ó tal vez ha iluminado sólo á una casta de hombres superiores, ó por naturaleza ó por institucion religiosa, civil ó política. La suma del saber extendida por el mundo todo en el siglo X de la Era Cristiana, por ejemplo, era mayor sin duda que la suma del saber que habia en el mundo en el siglo IV ántes de dicha Era. En balde se buscará, no obstante, en todas las regiones

y entre todas las razas de hombres, en el siglo X, un florecimiento artístico, poético y filosófico, como el que hubo en el siglo IV ántes de la venida de Cristo, en una pequeña comarca de Europa, cuyo centro fué Aténas.

La memoria, aunque vaga, de aquel florecimiento, los restos de aquella antigua civilizacion sirvieron de guia, estímulo y mira á las naciones de Europa, las cuales, pensando sólo en hacer que aquella ya muerta civilizacion renaciese, aspirando sólo á retroceder hasta allí para encontrar su ideal, lograron en la época del Renacimiento, no ya un mero renacimiento, sino una civilizacion mayor, más comprensiva y más vária, en la cual no era todo la antigua civilizacion clásica, sino era un elemento, una parte, uno de los muchos factores. Fué como planta marchita, que se habia cortado hasta el haz de la tierra, pero cuyas raíces vivian. Cuando á fuerza de esmerado cultivo, retoñó, reverdeció, y volviendo á florecer, dió abundantes frutos, hubo de notarse con agradable sorpresa que los frutos eran otros, ricos y extraños, mejores de los que se esperaban, porque en la raíz de la planta antigua se habian introducido insensible y misteriosamente, como otros tantos ingertos fecundos, mil peregrinas ideas, nociones y pensamientos. El poeta, que pensó imitar á Homero ó á Virgilio, puso en su obra algo nuevo y superior, y fué Dante ó Tasso; el filósofo, que pensó comentar á Platon ó Aristóteles, creó en su comentario una nueva filosofía que aquellos jamas soñaron; los humildes glosadores de las leyes romanas abrieron inspirada y divinamente ancho é inexplorado campo y jamas hasta entónces vislumbrados y claros horizontes, por donde alcanzaron á entrever un concepto más puro y sublime de la justicia en la sociedad y en los individuos; y los estudiosos admiradores de Plinio, Dioscórides, Hipócrates y Galeno, buscando inspiracion á fin de anotarlos y de aclararlos, descubrieron en el oculto seno de la naturaleza más hondas verdades que cuantas sus maestros habian llegado jamas á conocer y á divulgar entre los hombres.

En nuestro sentir, léjos de ser el Renacimiento, con la adoracion que no pudo ménos de suscitar en favor de los antiguos, y con el prurito constante de imitarlos, un estorbo para que lo original y lo propio apareciesen, una distraccion hácia lo pasado que nos embelesaba y retenia sin ir á la conquista del porvenir, fué un incentivo poderoso, un estímulo ardiente, quizás una salu-

dable alucinacion, por donde, imaginando volver atrás en pos del remedo, nos lanzamos con brio hácia adelante, en busca de lo desconocido.

Posteriormente, cuando los pueblos de la moderna Europa contemplaron el camino andado y tuvieron plena conciencia de la superioridad de su civilizacion, el respeto á los antiguos se convirtió en orgulloso menosprecio y en desden injusto, el cual, empezando por las ciencias, y en este punto llegando á su colmo en el siglo XVIII, vino á extenderse tambien á principios de nuestro siglo por los dominios del arte y de la poesía.

Por dicha, en época posterior y algo reciente, mitigada la pasion del engreimiento, pero sin que reviva por eso la ciega admiracion anterior, hemos venido á un término justo y razonable de estimacion á la antigua cultura clásica, la cual fué nuestro norte; y hemos evaluado y tasado en lo debido su importancia, su influjo y su cooperacion eficaz en los desenvolvimientos ulteriores del espíritu humano.

Predispuestos así los ánimos en nuestros dias, hemos anhelado como nunca descubrir y saber las cosas todas, y hemos manifestado una equitativa y serena imparcialidad para juzgarlas. Desde el renacimiento clásico hasta ahora, el espíritu de los pueblos europeos ha encumbrado su vuelo á tal altura, que miéntras otea entre nieblas no poco de su confuso porvenir, va penetrando en los abismos de lo pasado, y ensanchando por ambos extremos el imperio vastísimo de la historia. Y no podia ser de otra suerte, porque no podia reducirse nuestro conocer á una porcion de tiempo mezquina, después de haberse dilatado por el espacio sin término. El hombre de ahora, que ha hollado con sus piés todas las regiones del globo que habita, y que ha llegado á abarcar con sus ojos mortales la insondable profundidad del éter, ha querido hacer y ha hecho no menos importantes conquistas en el tiempo que en el espacio.

Si quedan en pié las dudas sobre el principio que pudo tener este infinito Universo, y hasta sobre el orígen de la tierra, nuestra morada, y sobre la aparicion en ella de nuestros primeros padres; de todo lo cual sólo la fé ó la imaginacion siguen dando explicaciones miéntras que la verdadera ciencia niega ó calla; al ménos ese principio, ese orígen y esa aparicion incomprensibles, han ido retrocediendo en nuestra mente hasta perderse en la noche tenebrosa del tiempo, y han dejado al descubierto un larguísimo período,

millares de años de existencia, no ya sólo para el globo en que vivimos, sino tambien para el linaje humano.

Sobre el orígen de éste y del mundo no puede ya aquietarse la curiosidad, dándose por satisfecha con los *mythos* de los antiguos Libros Sagrados ó con las bellas fábulas que los poetas han inventado ó nos han trasmitido, prestándoles una forma inmortal. Sin embargo, menester es confesarlo, las explicaciones de los sábios modernos acerca de estas cosas, no por ser ménos poéticas nos parecen ménos inverisímiles y disparatadas. Algunos naturalistas de ahora tal vez tengan razon, tal vez nosotros seamos atrevidos y hasta insolentes en no querer creerlos, pero muchas de sus teorías tienen visos de ser tan extravagantes como las expuestas en el *Antropodemus plutonicus* y en *El ente dilucidado* del padre Fuente de la Peña. Schmidt, por ejemplo, supone que las formas pasan ó se trasmiten de unos séres á otros; ya del animal á la planta, ya de la planta al animal. Así, de un tulipan saca un cisne, poniendo patas á la cebolla y á la flor pico, y de la cola de un leon, desprendida por cierto accidente, y caida y enclavada en terreno fértil, produce una airosa y vencedora palma. Oken, reconoce que el hombre no debió de aparecer sobre la tierra ya perfecto y adulto, pero tampoco cree posible que apareciese como aparece ahora, no teniendo madre ni nodriza que le cuidase y amamantase y siendo una criatura tan menesterosa é incapaz en los primeros años de su vida. Para salvar estas dificultades, imaginó Oken que en el seno de los mares, cuando estaban aún á muy elevada temperatura, se formaron unos huevos donde los primeros hombres se criaron y empollaron hasta la edad de tres ó cuatro años. La marea hubo de ir depositando estos huevos en la playa, y de ellos salieron ya los muchachos, listos y traviesos, y aptos para alimentarse de mariscos, raíces, frutas silvestres y sabandijas. Tal fué el orígen de la humanidad. Otro sábio, llamado Ritgen, hace nacer á los primeros hombres en el cáliz de ciertas flores gigantescas. Otros, por último, y ésta es la opinion que ahora priva, hacen que todo proceda de ciertas moléculas ó globulillos viscosos ó glutinosos, los cuales van compaginando y construyendo todas las formas y maneras de la vida, desde los grados más ínfimos hasta el grado supremo, que en el dia es el hombre, y seguirá siéndolo miéntras no se forme, engendre y cuaje otro género superior que nos quite la supremacía y el imperio y nos mate á desazones y malos tratos. Edgardo Quinet, en su recien-

te y amena obra *La Creacion*, se muestra muy inclinado á esta doctrina, y harto receloso de que el dia ménos pensado nos encontrémos como quien dice de manos á boca y al revolver de una esquina, con este sér superior al hombre, que nos destrone y confunda, y de quien seamos animal doméstico, como es para nosotros el perro ó el gato. Con dolor prevé Edgardo Quinet que, en nuestro orgullo de reyes de la creacion, no hemos de querer conformarnos con un papel tan humilde, y que todos nos hemos de morir de pena, aunque somos ya de 1.200 á 1.300 millones. No de otra suerte se extinguió la raza de los *antropiscos*, que segun otro sábio, llamado Bergmann, en sus *Estudios de Ontología general*, precedió inmediatamente al hombre, y fué el eslabon de la cadena que le une al chimpacé, al gorilla y á otros monos mayúsculos, desde los cuales, si seguimos retrocediendo en los grados de la vida, irémos á parar á los globulillos pegajosos de que ya hemos hablado. Pero estos globulillos, sacos ó vejigüelas que contienen la vida, ¿cómo se han formado? ¿Cómo de lo inorgánico ha procedido lo orgánico? A esto se contesta con la ley de formacion progresiva y hasta se cita el *uranoelain*, que es una sustancia orgánica vesicular, que se halla en la nieve cuando cae de las nubes. Teniendo ya á mano las tales vejigüelas, no queda criatura que no se fabrique con ellas y que, por sus pasos contados, de ellas no vaya saliendo.

Del moho sale el hongo, del hongo el líquen, del líquen el musgo, del musgo el helecho y del helecho la palma; miéntras que por otro lado, sale del pulpo el caracol, del caracol el cangrejo, y del cangrejo el pez, y del pez el lagarto, y del lagarto el cuadrúpedo, y del cuadrúpedo el mono, y del mono el *antropisco*, y del *antropisco* el hombre, y del *hombre* ese sujeto de quien tenemos tanto que recelar, segun Edgardo Quinet. Llama dicho autor á la destruccion de nuestra especie por el mencionado sujeto, una *profecía de la ciencia*. Es el último capítulo de su obra; la Apocalípsis de este Novísimo Testamento. Nuestras artes, nuestras literaturas, nuestra elocuencia parlamentaria, nuestras cavatinas, arias y sinfonías, todo se acabará. Qué permanecerá de todo? pregunta Edgardo Quinet. Y él mismo responde: «Lo que hoy queda del murmullo de los insectos en la floresta carbonífera?» Por cierto que no valia la pena que se ha tomado de estar estudiando ciencias naturales, durante diez años, segun afirma este profeta, para prorumpir al cabo en un tan desconsolador vaticinio. Entre tanto, con-

viene vivir sobre aviso y con la barba sobre el hombro; y si descubrimos en gérmen á ese nuevo sér, no hay más que exterminar el gérmen, aunque sea obra poco caritativa, imitando en esto la conducta prudente de los pigmeos, quienes, segun autores fidedignos, bajan todas las primaveras de los montes en que habitan, caballeros en sendas cabras, y destruyen los huevos de sus acérrimos enemigos, las grullas.

Lo malo es, si hemos de creer á otros sábios, que ya es tarde para imitar á los pigmeos. Nuestras grullas han roto el cascaron: la raza que ha de acabar con nosotros, como nosotros acabamos con los *antropiscos*, vive y se extiende por el mundo y le domina, y ha empezado la obra de aniquilamiento. Darwin, Schaafhausen y otros doctos ingleses y alemanes, han explicado bien la teoría de que lo que es mejor y más fuerte debe suplantar á lo que es peor y más débil. Las razas decaidas y endebles, que se quedan en grande atraso, que no pueden seguir, ni á remolque y á larga distancia, á otras razas más enérgicas é inteligentes, están condenadas á perecer y de hecho perecen. Al contacto de toda civilizacion muy superior, los hombres de una civilizacion muy inferior se mueren todos. Los Portugueses y Españoles, como no estábamos muy civilizados, no dimos muerte á todos los negros é indios con quienes entramos en relacion cuando nuestros descubrimientos y conquistas; pero, segun parece, los Ingleses y los Yankees, como más adelantados en civilizacion, tienen la mision de acabar con todos. A unos los matan á cañonazos porque se rebelan, como á los cipayos; á otros de hambre y de tristeza, arrojándolos de los terrenos fertiles que habitaban y acorralándolos é internándolos en tierras más esteriles, como á los cafres, hotentotes, pieles-rojas y naturales de la Nueva Holanda y Nueva Zelanda; y á otros los matan de fastidio, con el empeño de que lean y se afinen, y estudien la Biblia, como á los alegres habitantes de Otahiti, olvidados ya de sus danzas lascivas y de sus fáciles amores, y sujetos á la férula de algun ministro protestante, empalagoso y cogotudo. Hablando Quinet de estos infelices Polinesianos, exclama: «De una raza de hombres, esparcida sobre una inmensa extension del globo, no quedará un individuo sólo dentro de pocos años.» «Pronto, añade más adelante, no quedará de estas naciones sino una queja vaga del abismo, un canto popular, una lamentacion, quizás algunas palabras de una lengua muerta, que pasaran á la lengua

de los europeos.» Como prueba de esta mision destructora de los Ingleses, dice el Doctor Zimmermann que la India Oriental habia sido invadida por las feroces hordas de los Mongoles y los Turcomanos, los cuales incendiaron palacios y ciudades enteras, pasaron á cuchillo á los moradores, é hicieron otras cien mil insolencias. El país, con todo, era tan generoso y tan rico, que pudo alzarse de nuevo á la primera prosperidad. Pero fueron los Ingleses á la India, y la India, que era ántes un jardin florido, se va convirtiendo en un yermo, y su poblacion de 400 millones se va reduciendo á la cuarta parte. Sin duda que en esto hay alguna exageracion del Doctor Zimmermann; mas no puede negarse que, aun despojado de la exageracion, basta para demostrar cuán terrible es la civilizacion cuando llega muy desnivelada, y para hacernos sospechar si serán los Ingleses ese género nuevo con que Edgardo Quinet nos amenaza, y que no bien acabe con los Indios, ha de empezar á acabar con nosotros. Toda raza inferior, con respecto á otra superior, es un eslabon ó un anillo de la cadena que une al hombre con la naturaleza bruta, y segun lo explica satisfactoriamente el ya citado Doctor Schaafhausen, es una ley ineludible del progreso, que este eslabon ó anillo se rompa y aniquile.

Quizá pensará álguien que nosotros por salir tan mal librados con esta Filosofía de la Historia, hija del consorcio de la Economía Política y de la Biología, producto de la combinacion de las teorías de Malthus y Darwin, la estimamos en poco y nos atrevemos á calificarla de inhumana y desconsoladora, cuando no la tenemos por falsa. Pero es lo cierto que la tenemos por falsa por conviccion y sin que á ello nos mueva el menor interes. Apoyan dicha Filosofía de la Historia, los que la siguen, en el hecho supuesto de que el progreso se realiza, como si dijéramos, por la cima, por la cumbre, por la eminencia de las razas. Entienden que con el ejercicio se desenvuelven más ciertos órganos y de aquí nacen las nuevas especies. Los indivíduos primeros de las nuevas especies son como mónstruos de las antiguas. Aquella duda profunda del Padre Fuente de la Peña acerca de *si los móstruos lo son ellos ó lo somos nosotros*, ha venido á resolverse, segun la teoría de Darwin, y resulta que los mónstruos lo somos nosotros. El símil de la girafa explica esto que no hay más que pedir. La girafa era en un principio una como cabra montés ó gacela; pero se fué á vivir á parajes donde no habia yerba, y tuvo que alimentarse de las altas ra-

mas hojosas de los árboles. Andaba, por lo tanto, casi contínuamente estirando el pescuezo y las patas delanteras, y tal fué lo afanoso de este ejercicio, durante muchas generaciones, que las patas delanteras y el pescuezo se le alargaron, y casi sin sentir vino á convertirse en girafa. Así, *mutatis mutandis*, se explica el orígen de las demás nuevas especies, cada vez mejores. Aplicada al hombre la susodicha teoría, debe entenderse que el inglés, á fuerza de discurrir y cavilar, ha ido empujando para arriba toda la parte anterior de su cráneo y haciendo más capaces los senos, y más gruesas las protuberancias de la causalidad, comparacion y demás facultades mentales superiores. Al mismo tiempo los laberintos ó circunvoluciones del meollo ó encéfalo se han hecho más tortuosos y complicados, de lo cual depende, sin duda, el pensamiento, así como de la masa y volúmen de los sesos que se han hecho mayores. Y por último, la buena alimentacion ha acostumbrado el estómago inglés á extraer y á asimilar á su organismo mayor cantidad de fósforo, que es el ingrediente principal con que el pensamiento se confecciona, segun Moleschott, Büchner y un boticario amigo nuestro. Lo que es Edgardo Quinet, en su ya citada *Creacion*, saca de aquí un luminoso corolario. Casi prueba que con el Cesarismo se achican los sesos, se hacen más livianos y tienen ménos circunvoluciones. Los sesos de cualquier frances pesan hoy ménos y tienen ménos laberintos que cuando comenzó á reinar Napoleon III.

De lo que haya de verdad en este modo de explicar el pensamiento no queremos tratar aquí; pero explíquese el pensamiento como quiera, es indudable, á nuestro ver, que no se ha aumentado en el hombre la potencia ó energía de pensar, desde los principios de la historia hasta el dia. En esto no ha habido progreso, ni consiste en esto el progreso. Quien quiera que fuese el autor ó los autores de los más antiguos himnos del Rig-Veda, de los Poemas homéricos, del libro de Job ó de las Institutas de Manú, pensó con más energía y eficacia que Shakspeare componiendo todo su teatro, ó que Newton descubriendo las leyes de la gravitacion universal. Dados los pocos medios ó elementos de que entónces se disponia, dado el escaso caudal de saber adquirido entónces por herencia, cualquiera de los trabajos mencionados presupone un esfuerzo intelectual mil veces mayor; apénas se comprende sin que atribuyamos al autor un poder sobrehumano, una inspiracion

semi-divina. Los primeros hierofantes de la humanidad, los que abrieron la senda del progreso, el hombre que detuvo

La palabra veloz que ántes huia,

el que pensó por primera vez en la primera causa, y el que dió á un pueblo las primeras leyes, fueron superiores á los hombres de ahora, ó al ménos iguales á los génios más sublimes que produce ó puede producir en el dia la humanidad. Valmiki, Viasa, Zoroastro, Moisés, Sakia-Muni y Homero, si es que el pensamiento es fósforo, gran masa de meollo y muchas circunvoluciones en él, tuvieron todos tantas circunvoluciones como el que más en el dia, y tuvieron sesos muy voluminosos y pesados, y consumieron toda una fosforería, destilando y secretando de ella mil ideas sublimes en la retorta del cráneo. Damos, pues, por seguro que no ha consistido el progreso en que una familia ó várias ó cierto número de indivíduos hayan ido elevándose y haciéndose superiores á los otros, sino en que de la superioridad primitiva de algunos indivíduos ó familias han ido poco á poco haciéndose partícipantes los demás, y subiendo por la educacion y por las mejoras sociales al mismo nivel de moralidad y de inteligencia, hasta donde esto es posible, dada la desigualdad de aptitudes que la naturaleza pone en nosotros. Tambien ha consistido y consiste el progreso en el caudal de saber y de experiencia que se trasmiten las generaciones de unas en otras, caudal que ya no se perderá nunca y que irá creciendo cada dia, con el trabajo incesante de los futuros pensadores.

Entendido así el progreso, debe considerarse además que la marcha ascendente de la humanidad no se ha realizado siempre en el mismo punto, ni entre las mismas tríbus, naciones ó gentes. Desde el primer albor de la historia hasta los tiempos de Ciro, el grande impulso civilizador estuvo en Asia; desde Ciro hasta Alejandro, Asia y Europa se disputaron el cetro de la civilizacion; y por último, Europa le adquirió entónces, y si bien en cierto período, desde el siglo V al XII de nuestra era, se diria que se le iba cayendo de la mano, y que Asia le recogia y volvia á empuñarle, hoy más que nunca Europa le mantiene.

Si echamos la vista sobre un mapa del Mundo Antiguo, verémos que Europa es como una extremidad de Asia; como la sexta parte de aquel gran continente. Las razas y la civilizacion de Europa, de Asia han venido. Es, pues, extraño y parece anormal que estas

razas, que son las mismas en Asia y en Europa, y esta civilizacion que en Asia tuvo orígen, florezcan hoy en Europa, y en Asia estén como adormecidas ó aletargadas. Es evidente, en nuestro sentir, que en Asia han de renacer. No creemos, como generalmente se cree, que los pueblos, las grandes familias humanas cumplen su mision y mueren luego. No creemos que la vida toda del Asia, se haya agolpado y como refugiado para siempre en este extremo que se llama Europa, y que, últimamente, hasta haya abandonado la mejor y mayor parte de este extremo, y haya ido á localizarse y á circunscribirse sólo en las últimas tierras y naciones del Noroeste. Aunque este fenómeno singular se advierta ahora, hace tan poco tiempo que se advierte, que no puede ni debe mirarse sino como un accidente momentáneo en la historia del mundo. ¿Qué son tres ó cuatro siglos, á lo más, durante los cuales Inglaterra, Francia y Alemania pueden reclamar con razon la supremacía, comparados con los veinte ó veinticinco siglos que duró la civilizacion griega desde Homero hasta Láscaris, y con los millares de años que han durado las civilizaciones orientales?

Estos pensamientos explican por qué los hombres del Occidente de Europa volvemos la vista con tanta curiosidad hácia el Oriente, de donde nos vino la luz, y por qué es tan fecundo todo recuerdo de las pasadas civilizaciones.

Desde mediados del siglo XV hasta fines del siglo XVI podemos marcar en la historia de la moderna Europa una época, que llaman del Renacimiento: la época en que revive ó renace la antigua civilizacion greco-romana y obra los portentos de que hemos hablado al comenzar este escrito. Hoy, esto es, desde un siglo há, podemos afirmar que hay algo como otro renacimiento, el cual tambien será fecundo: un renacimiento de la ciencia, las lenguas, las religiones y las literaturas del Asia.

Prolija tarea y harto superior á nuestras fuerzas sería trazar aquí á grandes rasgos la historia de este Renacimiento oriental. No incumbe tampoco á nuestro propósito el hacerlo. Baste decir. que lo que más nos interesa, y lo que en efecto se puede tener por demostrado hasta la evidencia, es nuestro cercano parentesco con los Indios y con los Persas, cuyos antepasados vivieron reunidos á los nuestros en época remotísima, difícil aún de determinar, al norte del Cáucaso indiano. Esta sociedad primitiva, pueblo ó tríbu, es la raíz y el tronco de una gran raza civilizadora y progresiva

en alto grado, que ha extendido sus ramas frondosas y cargadas de flores y frutos, desde Ceilan hasta Islandia, dilatándose más tarde por toda la extension de ámbas Américas. Esta gran raza civilizadora se llama indo-europea ó japética; el pueblo primitivo de que procede se llama los Arios. Otros pueblos de otras razas los precedieron y formaron grandes centros de civilizacion ántes de que los Arios apareciesen: tales son los Chinos y los Egipcios. Hay quien conjetura que hubo otros centros de civilizacion, como el de los Atlantes, cuyo dominio se extendia por un continente inmenso, colocado entre Europa y América, y que se tragó la mar. Supónese asimismo que los pueblos semitas, esto es los Arabes, los Hebreos, los Caldeos y Asirios, ó más bien el tronco de que salieron, estuvo en época remotísima unido tambien al tronco ario. Esto, con todo, ni siquiera por indicios puede rastrearse. Ni en los idiomas semíticos hánse hallado hasta ahora bastantes voces ni formas reductibles á las de alguna lengua ariana, ni tradiciones autorizadas y concordes nos hablan de esta union primitiva. Los semitas aparecen en la historia viviendo más hácia el Occidente que los Arios; en las llanuras que bañan el Tígris y el Eufrates.

En dichos tiempos, llamados con elegancia por Edgardo Quinet los *propiléos* de la historia, figuran además otras razas blancas ó amarillas, en guerra constante con los Arios, y á quienes se designa con el nombre de Turanienses ó Turanies. El país que se extiende desde el Oriente del Mar Caspio al Imaus, regado por caudalosos rios como el Jaxartes y el Oxo, en cuyo centro está el Lago Aral, y donde aún se ostentan ricas y famosas ciudades como Kiva, Bucara y Samarcanda, era el Turan antiguo ó la tierra por excelencia de los Turanies; tal vez los mismos hombres á quienes llama la Biblia los pueblos de Gog y de Magog.

Es de advertir que algunos de los investigadores ó fantaseadores de la más antigua historia del humano linaje, ántes de esta division entre Turanies y Arios, suponen todas estas razas mezcladas y viviendo aún más al Norte, en un país delicioso y ameno, más allá de las montañas Rifeas, montañas que podemos colocar donde se nos antoje. Las antiguas fábulas griegas hablan de estas montañas Rifeas y del hermoso país de los felices Hiperbóreos, el cual estaba más allá del punto desde donde sopla el Bóreas, causa del frio, y por consiguiente era un país templado, fértil y de suavísimo clima.

Rodier supone á estos Hiperbóreos, á quienes llama Proto-scitas,

esparciéndose ya por el mundo y colonizando la Europa, unos 25 ó 26.000 años ántes de la Era Cristiana. Los restos de las Edades de Piedra y de Bronce, las poblaciones lacustres, los cráneos hallados en las cavernas, y á los que se atribuye una antigüedad portentosa, pueden creerse de estos Proto-scitas, primitivos pobladores de Europa.

La geología y la paleontología han venido á prestar un auxilio poderoso á la arqueología y á la historia, á fin de afirmar la grande antigüedad del género humano. Con todo, si bien dichas ciencias prueban en nuestro sentir que esta antigüedad es grande, ni la fijan ni la determinan. La misma discordancia de opiniones entre los geólogos convida al escepticismo. Cierto es que todos convienen en que las armas de sílex y otros restos de la Edad de Piedra suponen millares de años; pero los cálculos varían mucho. Unos, como Bergmann, dan á los objetos que han visto una antigüedad de 25.000 años: Lyell una antiguedad de 100.000: Bronn llega á suponer que tienen 158.000. Todos estos geólogos, y otros muchos, como Boucher de Perthes, Falconer y Prestwith, podrán acertar sin contradecirse, porque podrán ser distintos los objetos que han observado, y la Edad de Piedra no es sincrónica en todas las regiones del globo y entre todas las razas. La Edad de Piedra dura aún en algunas.

De todos modos, la geología y la paleontología se ligan hoy íntimamente con el estudio de la historia. La *Historia Universal*, publicada en Francia, bajo la direccion del Sr. Duruy, por una sociedad de sabios, como allí suelen llamarse cándidamente á sí mismos los escritores, sin oponerse esto á que en efecto lo sean, va precedida de un tomo titulado *La Tierra y el Hombre*, obra del ilustre Alfredo Maury, miembro del Instituto. Puede calificarse esta obra de una verdadera Pre-historia, y contiene la geología, la historia de nuestro globo ántes de la aparicion del hombre, su aparicion, y la descripcion de las diferentes razas humanas y de las lenguas y religiones. Esto manifiesta el enlace de dichas ciencias con la ciencia histórica. No se ha de negar, sin embargo, que la cronología de los geólogos es una, y la de los historiadores en cierto modo es otra.

Las armas de sílex, otros instrumentos y utensilios de una industria grosera, tal vez alguna imágen rudamente esculpida en un hueso ó en una piedra, imágen de algun animal que ya no existe,

ó el hueso mismo de algun animal, como el *Bos priscus*, el *Ursus spelæus* ó el *Rhinoceros tichorinus*, herido por un arma, todo esto podrá demostrar la presencia del hombre en el período cuaternario, quizá al fin del terciario, en los terrenos llamados *pliocenos*, y dejar así abierto y despejado un inmenso espacio de tiempo, de 40.000 ó 50.000 años si se quiere, para que la historia pueda extenderse por él; pero la verdadera historia no empieza sino donde empieza el recuerdo de la palabra humana, cuyos documentos son la escritura, ya hieroglífica, ya cuneiforme, y á todo lo cual pueden añadir algunos indicios la filología comparativa y el estudio de las más antiguas religiones y *mythos*. Este último estudio tiene, sin embargo, el escollo de hacernos incurrir en un *evhemerismo* exagerado; esto es, de hacernos prestar una realidad y una consistencia históricas á lo que no fué acaso sino una mera alegoría ó cuento fantástico naturalista, convirtiendo en reyes á los dioses, y en sucesos de la tierra á los sucesos soñados en espacios imaginarios, celestes ú olímpicos. Así, por ejemplo, Rodier convierte decidida y resueltamente en personajes reales, no sólo á Osíris y á Thoth, sino tambien á los dioses egipcios más primitivos, como Phré y Phta, haciendo de esta suerte que comience la historia de Egipto más de 30.000 años ántes de la Era Cristiana.

En efecto, la civilizacion egipcia parece ser la más antigua de la tierra; pero de ningun modo podemos creer que empiece en época tan distante. Y limitándonos nosotros á los Arios y á los demás pueblos del Asia central que estuvieron en relaciones con ellos desde el principio de la historia, dirémos que ni Rawlinson, ni Layard, ni Duncker, ni Grimm, ni Max Müller, ni Lassen, ni Lenormant, ni Weber, ni ningun otro de los más eminentes historiadores, arqueólogos y filólogos orientalistas, dan mayor antigüedad á la literatura védica que unos dieciseis siglos ántes de Cristo; á la primera dispersion de los Arios, 3.000 años; y á sus sucesivas inmigraciones en Europa, de 2.000 á 1.000; todo lo cual puede ó casi puede conciliarse con la cronología de la Biblia, larga y generosamente explicada. Dentro de este gran período de tiempo de 3.000 años, ó mejor dicho, de 2.500, terminando el período en el orígen de la guerra médica, unos 500 años ántes de Cristo, así como caben con holgura los sucesos históricos que refiere la Biblia, caben tambien todos los sucesos que las tradiciones orientales, los libros sagrados, como el Vendidad y el Desatir, las

epopeyas, como el Ramayana, el Mahabarata y el Shah-nameh, y las inscripciones cuneiformes y demás antigüedades de la India, la Persia y el Asiria, refieren ó indican con un carácter verdaderamente histórico, y que no son meramente un *mytho* ó una alegoría.

Imaginemos ó conjeturemos en época anterior un reino ó imperio en el país primitivo de los Arios, ántes de su division ó cisma en Iranienses é Indios. Este país se llama Ariana-Vaega. Allí reinaron sucesivamente cinco dinastías de reyes. Los fundadores de estas dinastías, y aun algunos otros reyes, fueron santos, legisladores ó profetas. Así, Mahabad, quien dicen haber sido el mismo Manú; así, Dji-Afrans, Cayumer, y otros, hasta Djemschid, el Salomon de los Persas, á quien los Orientales han convertido en rey de los Genios.

Durante todo este período, los Celtas, los primitivos Germanos, los primitivos Griegos ó Jaones, y otros pueblos de raza japética, se van separando de los Arios y emigrando hácia el Asia occidental y la Europa. Posteriormente, pero tambien dentro de este período, los Indios y los Iranienses se separan; y por último, el país de Ariana-Vaega es abandonado, ó por una inundacion ó diluvio, ó porque se convierte en muy frio, y los Iranienses fundan un Imperio más al Sur, tal vez en la Bactriana y Aria antiguas, extendiéndose por la Partia y la Hircania, ó sea en el Afganistan y el Corazan de ahora. Este nuevo Imperio se llama Vara. Djemschid le funda, y otro Djemschid, ó el mismo Djemschid, le pierde, porque los personajes *mythicos* ó semi-*mythicos* viven siglos y siglos. Zohac, caudillo árabe, le vence y le destrona.

Supongamos, además, que este Zohac conquistase el reino de Djemschid, y le venciese, no 7.048 años ántes de Cristo, como pretende Rodier, sino unos 2.200 ó 2.300 años ántes de Cristo, como pretende Gobineau, en su *Historia de los Persas*, haciendo á Zohac contemporáneo de Nino, y equiparándole ó confundiéndole con el Areo de los escritores clásicos. Apoyados ahora en estas suposiciones, y en las fechas que señala Rodier con exactitud portentosa, fijemos en el año 2284, en que fué el advenimiento de Nino, rey de Asiria, el principio de la historia que tiene ya algo de seguro. Tengamos por inseguro y mythico cuanto ocurre ántes, y concretémonos al período en que prevalece Asia sobre Europa, esto es, hasta la guerra médica, unos 500 años ántes de Cristo. Nos queda, pues, un espacio histórico de cerca de 1.800 años, desde Nino hasta

el primer Dario, dentro del cual se nos ha ocurrido ir escribiendo y colocando una série de leyendas ó novelas, en donde la imaginacion ó la inspiracion, si Dios quiere enviárnosla, complete y aclare la historia, la cual, á pesar de los trabajos de Rawlinson, de Gobineau, del mismo Rodier, y de otros muchos autores que ya hemos citado, ó que nos excusamos de citar, nos deja, como vulgarmente se dice, á media miel sobre los más famosos personajes y los más estrepitosos acontecimientos. No despreciarémos tampoco todo lo que se cuenta de edades anteriores á Nino, y aprovecharémos las tradiciones confusas, las epopeyas y las relaciones de los libros sagrados, para que los casos de esas edades anteriores á Nino sean como el fundamento y el antecedente de nuestras leyendas, y al mismo tiempo lo que crean y afirmen sus héroes, cuando les hagamos entrar en agradables coloquios.

No se echen á temblar nuestros lectores juzgándose amenazados de una obra interminable. Sin duda en mil ochocientos años caben novelas y leyendas infinitas; pero nosotros somos infecundos y perezosos, y más pecarémos por escribir pocas novelas ó leyendas para justificar este prólogo ó introduccion, que por escribir demasiadas. Todavía escribirémos ménos si no gustan las primeras que escribamos. Por último, cada una de nuestras leyendas será breve de por sí, y no entrarémos en las menudencias y prolijidades en que entran y caen los que escriben novelas de tiempos más cercanos á los nuestros, como de la Edad Media ó áun de época más moderna; de los cuales tiempos nada se ignora, y áun la historia, que no tiene el recurso de imaginar, va siendo ya harto prolija y algo pesada, contándonos hasta los ápices al parecer más insignificantes. Por esto precisamente, deseando dar vuelo y rienda suelta á nuestra fantasía, nos hemos refugiado en el antiguo Oriente. Barante, por ejemplo, ha llenado con la historia de seis Duques de Borgoña más volúmen de lectura que el que forman acaso todos los historiadores griegos y latinos, que aún quedan, y donde se refieren los acontecimientos de miles de años, y el principio, crecimiento, decadencia y caida de una multitud de imperios, repúblicas y monarquías. Si Barante, limitándose á lo histórico, escribe tanto sobre seis Duques de Borgoña, ¿adónde iríamos á parar si sobre lo histórico quisiésemos recamar, bordar y completar con la fantasía? Por esto, repetimos, nos vamos al antiguo Oriente. Allí donde la ciencia no llega, es donde la imaginacion y la poesía deben volar.

Otra razon nos impulsa tambien á escribir estas leyendas. Deseamos divulgar un poco la literatura oriental antigua y empezar á emplearla en nuestra moderna literatura española. En Francia y en Inglaterra y en Alemania, el renacimiento oriental, de que hemos hablado, deja, tiempo ha, sentir su influjo en el arte y en la poesía. En España aún no se nota nada de esto.

En Alemania, el Mahabarata, el Ramayana, el Shah-nameh, los Vedas, ó han sido traducidos en verso, ó han inspirado ya bellas poesías. En Francia, desde los lindos cuentos de Voltaire, el antiguo Oriente ha dado asunto feliz á muy amenas narraciones. ¿Por qué hoy, que se conoce mejor el antiguo Oriente, no hemos de aspirar á algo semejante en España? Se me contestará que carecemos del ingenio de Voltaire, y que *El toro blanco*, *Zadig* y *La Princesa de Babilonia*, son inimitables. Procuremos, con todo, aproximarnos á esos modelos. De tiempos antiguos se han escrito en Francia últimamente muy primorosas novelas, como *La Momia* y *La Corte de Merodac-Baladan*, de Teófilo Gauthier, y *Calirhoe*, de Mauricio Sand. Sírvanos esto de estímulo.

De Grecia y Roma, miéntras duró el impulso que imprimió el Renacimiento clásico en la moderna literatura, se escribieron novelas, poesías y leyendas; algunas muy eruditas, agradables y celebradas, como los *Viajes de Antenor* y los *Viajes de Anacársis*. Algo parecido pudiera con general aplauso escribirse del antiguo Iran, de Asiria, de Babilonia, de Media ó de Persia. Pero no presumimos de ser capaces de tanto. Nuestro propósito es escribir una obra de mera imaginacion sobre el fundamento de un escasísimo saber, que sólo es necesario para que sirva como de pauta y cañamazo á nuestros fantásticos bordados. Tal vez, si en algo acertamos, se animen otros á escribir con más tino, discrecion y conocimiento del asunto.

Este, no sólo es vasto, sino seductor y apetitoso. La rapidez con que en los libros sagrados y antiguos poemas aparecen ciertos personajes, y se fijan en nuestra mente de un modo indeleble, como si los hubiésemos conocido y tratado, y luego se pierden y se desvanecen, sin que se sepa más de ellos, induce y solicita á buscarlos con la fantasía y hasta en sueños, á fin de completar y acabar la historia de su vida.

Sin citar para ejemplo más que á algunos personajes de la Biblia, por ser más conocidos de todos, ¿quién no siente curiosidad de

saber cómo se llamaba la mujer de Putifar y qué fué de su vida después de aquella terrible pasion y de aquel cruelísimo desaire que recibió de Josef el Casto? Pues, y la Reina Vastí? ¡Apénas si interesa la Reina Vastí! ¿Qué fué de ella, después que la repudió el Rey Asuero, por demasiado pudorosa; por no querer presentarse á lucir su hermosura, delante de todos aquellos Príncipes y Sátrapas borrachos y libertinos, que su marido, borracho tambien, tenia congregados en su gran palacio de Susa? Del Rey Asuero nádie ignora que, después de repudiada Vastí, hace reunir de todas las provincias del Imperio las más gallardas doncellas, las cuales van entrando una á una en su cámara, no sin pasar ántes un año en lavatorios, sahumerios, unciones con bálsamos y pomadas y otros cien mil preparativos para que estuviesen bien adobadas y lustrosas, y de todas estas doncellas, prévio un exámen profundo, elige por reina á Ester: pero de la pobre Vastí, nádie vuelve á acordarse. Díganme si no es este un asunto para una novela sentimental, que mejor pudiera llamarse lastimosa, si no temiésemos el equívoco. Más bello asunto sería aún, si cabe, el de los amores de Salomon con la discreta y bella Reina de Sabá, que vino á verle con tanta comitiva y séquito, que le propuso tanta pregunta difícil, y que tan enajenada quedó de la sabiduría de Salomon y de la magnificencia y esplendor de su corte. Como todo esto sólo está indicado y dicho en brevísimas palabras en la Biblia, se siente un vívísimo deseo, al ménos nosotros le sentimos, de acudir á las inscripciones y á las tradiciones, ó de pedir á Dios segunda vista histórica para adivinar los pormenores que faltan, empezando por el nombre propio de la Reina de Sabá, y para escribir las relaciones que tuvo con el hijo de David, y demás casos ocurridos entónces. Lo propio que decimos de los personajes bíblicos, puede decirse con no ménos razon de los personajes que figuran en las historias y poemas arios. Mucho nos han interesado hasta aquí Agamenon, Ulíses, Aquíles, Temístocles y Epaminóndas: mucho nos han encantado los poetas griegos, pero más nos interesan hoy los personajes arios y más los cantos de las Vedas. Se diria que por el espíritu están más cerca de nosotros. Los vemos tan bien y tan íntimamente, que se siente uno inclinado á creer en la metempsícosis y á recordar la vida que tuvo en Ariana Vaega, ó en los tiempos de Djemschid ó de Feridum. Agni, Indra ó Aura-Mazda, nos parecen más divínos que Vulcano, Júpiter ó Saturno. Todo el desen-

volvimiento ulterior de la civilizacion moderna europea se nos presenta como en gérmen en aquella primera civilizacion oriental. No se extrañe, pues, que hayamos elegido este asunto de las leyendas del antiguo Oriente, ni se tilde de difusa la introduccion. Antes bien, se nos quedan no pocas cosas por decir: pero todo lo que aún queda irá saliendo en las leyendas, las cuales aparecerán poco á poco en esta REVISTA DE ESPAÑA, y más tarde, si Dios nos da salud y si el público no nos desdeña, formarán dos ó tres volúmenes separados, quizás de nada ingrata lectura. Bueno es que España contribuya tambien, aunque sea pobre y modestamente, ya que no á lo que hemos llamado y debe llamarse Renacimiento oriental, al influjo de este renacimiento en la literatura y en la poesía de la moderna Europa.

Vamos á retroceder con el espíritu hasta las edades primeras de la humanidad que la historia ilumina algo con sus fulgores, y vamos á pintar, sin embargo, portentosas civilizaciones y á presentar personajes, no inferiores en nada, tal vez superiores á los del dia. Ya hemos explicado cómo comprendemos el progreso. Le comprendemos por el caudal acumulado por herencia y por la difusion y divulgacion del saber y de la moralidad en mayor número de personas, familias, tribus y naciones. Mas creemos asímismo que, para que el progreso se realizase, las razas civilizadoras, y singularmente los Arios, desde el principio y más que nunca en el principio, debieron estar y sin duda estuvieron dotados de extraordinarias facultades y de una poderosa iniciativa; prendas que habian de resplandecer más en ellos, miéntras permanecieron en toda su pureza y no se mezclaron con otras castas plebeyas é impuras. Pero el mezclarse con estas castas, el no despreciarlas, el bajar un poco hasta su nivel para elevarlas hasta ellos, y el amalgamárselas para fundar la humanidad una, era su mision providencial, era su salvacion y su destino. Los que faltaron á esta mision, degradando y envileciendo cada vez más á las castas ó razas inferiores, acabaron por envilecerse y degradarse ellos mismos. Los que hicieron lo contrario realizaron el progreso. El sacerdote egipcio se ha confundido con el felah, y el bramin con el sudra, miéntras que el último hombre de nuestros pueblos de Europa se ha elevado.

JUAN VALERA.

EL HOMBRE PREHISTÓRICO.[1]

I.

El estudio de las primeras fases de la humanidad, de aquel pasado remoto hasta el cual no alcanza tradicion alguna, épocas en las cuales realizó el hombre los primeros progresos que algun dia le asegurarán su dominacion sobre la naturaleza entera, constituye, en el terreno de la ciencia, uno de los problemas nuevos más interesantes que se han presentado á la especulacion y al análisis de la generacion actual.

Desgarrar el denso velo que oculta á nuestros ojos tan lejanas edades, escudriñar los recónditos orígenes de la familia humana, para poder un dia escribir de un modo seguro el génesis de la civilizacion, es el objeto al cual se proponen llegar los estudios *prehistóricos*, y los progresos realizados hasta hoy parecen augurar ópimos resultados para el porvenir. Desde hace unos cincuenta años, los descubrimientos hechos en diversos puntos de Europa y de América, ya sea de huesos humanos en terrenos cuya cronología se halla determinada, ya de restos de la industria del hombre, han sido cada dia más numerosos á medida que la civilizacion moderna se extendia, que los estudios geológicos se perfeccionaban, y que la ciencia nueva adquiria mayor número de adeptos. Los archivos prehistóricos se han enriquecido considerablemente, las hipótesis de unos han sido comprobadas por los hallazgos de otros,

(1) *L'homme avant l'histoire*, par Sir John Lubbock. — *L'homme fossile*, par H. Le Hon. — *Histoire du travail*, par Felix Foucon. — *Du mineur, sa mission et son influence*, par J. Fournet.—*L'antiquité de l'homme prouvée par la géologie*, par Sir Ch. Lyell.—*Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, por D. M. Góngora Martinez.— Darwin, *De l'origine des espéces.*

*

y existe ya un cuerpo de doctrina que no pide más que nuevos descubrimientos con que poder extender el círculo de sus investigaciones.

Se ha creido hasta hace pocos años, que era necesario abandonar en la historia, la consideracion de épocas tan lejanas como inútil, que todo indicio material de aquel pasado estaba completamente borrado para nosotros, por no quedar vestigios del tránsito del hombre por la tierra en aquellas edades. Así, pues, animándose por los deseos de investigar todo lo humano, comprendiendo el inmenso interes que está unido á exploraciones científicas de Egipto y de la Asiria, creyendo ver en aquellas ruinas seculares que exhumaban vários sábios, los restos de las civilizaciones primordiales, y miéntras toda la atencion de los arqueólogos se encontraba fija hácia el Oriente, M. Boucher de Perthes descubria en el centro de Europa, en las márgenes del rio Soma, vestigios de civilizacion humana aún más remota, cuyos contemporáneos fuéron testigos de los últimos cambios climatológicos ocurridos sobre la superficie de nuestro planeta.

La historia de la humanidad, considerada bajo el punto de vista del cual nos estamos ocupando, comprende las épocas siguientes:

1.° *La diluvial* ó *paleolítica*, caracterizada por los fósiles del mammuth y del oso de las cavernas, por capas de cantos pluviales antiguos, y arqueológicamente, por herramientas bastas de piedra groseramente talladas.

2.° *La neolítica* ó *edad de las piedras pulimentadas*, en la cual se encuentran ya objetos de tosca alfarería fabricados sin el auxilio del torno de alfarero. No ha aparecido aún la série metálica, y sólo es conocido el oro empleándose para adornos y alhajas.

3.° *La del bronce*, que caracteriza un período particular, durante el cual esta aleacion se usa sola.

4.° *La del hierro*, que principia poco ántes de la guerra de Troya y que continúa en los tiempos históricos.

Esta terminología ha sido criticada por várias autoridades, á las cuales nos unimos, y más tarde demostrarémos, segun la medida de nuestras fuerzas, que las circunstancias locales han debido modificar é imprimir su sello en el progreso humano, y que aun suponiendo un clima uniforme en toda Europa, las condiciones mineralógicas de cada país han contribuido poderosamente á hacer diferir en intensidad é importancia el impulso del progreso, puesto

que los materiales de la civilizacion eran diferentes, y que las comunicaciones entre los diversos pueblos eran poco ménos que imposibles. Sin embargo, adoptarémos las divisiones anteriores como método de exposicion, tan sólo reservándonos el pedir á su tiempo para nuestra España una época intermedia entre la 2.ª y la 3.ª á la cual llamarémos Edad del Cobre. Las divisiones anteriores son únicamente aplicables á Europa y á un estado de desarrollo análogo al nuestro, pues existen hoy en las islas del Océano Pacífico pueblos que están todavía en la Edad de Piedra y que podrán pasar rápidamente á un gran progreso, sin necesidad de recorrer paso á paso las largas jornadas que ha tenido que caminar el conjunto de la humanidad.

Resumir los descubrimientos hechos, descartando todas aquellas consideraciones especiales que sería enojoso reproducir, es el objeto que nos hemos propuesto en este artículo, en el cual pasarémos tambien revista á los efectuados en Suiza y Dinamarca, países en los que existen inmensos tesoros para los estudios prehistóricos ó *paleo-ethnológicos* como los designaran algunos sábios.

II.

En 1841 observó M. Boucher de Perthes en los aluviones del rio Soma, en Abbeville, mezclados con fósiles de mamíferos extinguidos, herramientas de sílex, toscamente labradas, en las cuales vió inmediatamente su clara penetracion restos de industria remotísima é indicios de la contemporaneidad del hombre con várias especies de animales desaparecidos. La afirmacion de estos hechos fué acogida con la mayor incredulidad y desprecio, y el autor de tan interesante descubrimiento tratado de impostor ó de víctima del engaño de otros, colocándole en la categoría de los que se ocupan de la cuadratura del círculo y movimiento contínuo, esfuerzos inútiles con los que sólo demuestran que ignoran el A, B, C de la geometría y de la mecánica. Sin embargo, existian ya datos positivos sobre hallazgos análogos; en 1734 Mahudel señalaba estas piedras como de industria humana, y figuraban además en las colecciones mineralógicas con el nombre de *cerannitas*. En la misma época, poco más ó ménos, se habia encontrado un sílex labrado al lado de un colmillo de elefante, y en el año de 1800 M. Frire ha-

bia extraido en Inglaterra otros objetos de piedra en circunstancias parecidas.

Consisten estos principalmente, en fragmentos de sílex labrados por fractura, de forma ovalada aplastada, puntiagudos unos, otros con filo cortante, á veces mellado como los dientes de una sierra, y algunos de figura de lanza; presentando sobre todo los primeros cierto espesor ó mango opuesto al filo ó punta para poderse agarrar.

Después de quince años de incredulidad por parte de unos, de lucha para M. Boucher de Perthes, su descubrimiento fué elevado á hecho científico por los geólogos ingleses Mrs. Prestwich y Evans, que movidos por la excesiva insistencia que en el sostenimiento de su teoría empleaba M. Boucher, pasaron á examinar por sí mismos los estratos de Abbeville, y determinaron la posicion y edad de las gravas, en las cuales tuvieron la fortuna de encontrar vários objetos.

Los instrumentos de la época diluvial no están nunca pulimentados, sus formas han sido producidas por fracturas del sílex, hechas á golpes repetidos, dados en una direccion adecuada. Las que más predominan en el valle del Soma, son las de hierro de lanza con las aristas biseladas, y la ovalada, que encuentra su análoga, todavía hoy, en los *tomahanhs* de los indígenas de la Australia.

En cuanto á la autenticidad de dichos utensilios como objetos labrados, el profesor Ramsay, uno de los jueces más competentes en esta materia, dice que los sílex de Abbeville le parecen ser objetos labrados con la misma seguridad que lo son los cuchillos de acero de Sheffield. Y sí quisiésemos más pruebas, y nos detuviese la duda de si pertenecen los objetos al mismo período de los estratos que los envuelven, y de los huesos fósiles de los animales con que están mezclados, podemos responder de un modo positivo, comprobando que los sílex tienen la misma apariencia y color que los estratos, que no son posteriores, ni introducidos por ninguna excavacion ó ruptura de la cual hayan podido quedar indicios, y que á su lado se han hallado los huesos de la pierna de un rinoceronte, en la misma posicion anatómica en que debieron quedar enterrados, ántes que la carne, los ligamentos, músculos y tendones hubiesen desaparecido. Además, los huesos no tienen indicios de haber rodado, y pertenecen todos á especies extinguidas. La ausencia casi general que se nota de restos hu-

manos, puede atribuirse á la costumbre de quemar los cadáveres, ó á la desaparicion de estos por efecto de las degradaciones naturales, añadidas á la accion del tiempo, pues se ha observado, que tampoco se encuentran vestigios fósiles de animales cuyos huesos sean tan pequeños como los del hombre.

Las herramientas auténticas de pedernal, se distinguen de las falsas por la capa blanquizca de que se encuentran cubiertas, y que proviene de una alteracion lenta del sílex, miéntras que las otras tienen el color y brillo de una fractura reciente, dando esta circunstancia una preciosa garantía contra los engaños de que podrian ser víctimas los arqueólogos.

En vários sitios de Francia é Inglaterra se han descubierto capas análogas á las de Abbeville, con instrumentos de diversas clases, de los cuales muchos no son más que resíduos de la fabricacion de objetos más perfectos, que golpes mal dados han inutilizado, y en los que sólo una persona experimentada puede reconocer los signos de una labor humana. En Mosseedorff, en Coucise, en Suiza, y en otros puntos, se han encontrado restos de talleres en los que se fabricaban estas herramientas, hallando esparcidos por el suelo innumerables fragmentos y astillas ó esquirlas.

En cuanto al género de rocas empleadas para la fabricacion de dichos objetos, podemos señalar como la más abundante el sílex pedernal, el petro-sílex verde ó grís, compuesto de cuarzo y feldspato, y en general todas las de las séries cristalina y metamórfica. El sílex posee la cualidad, sobre todas las demás piedras, de fracturarse en todas direcciones, formando fragmentos concoides, con filo cortante. Cuando esta roca contiene aún la humedad especial, denominada *agua de cantera*, es muy susceptible de labrarse, miéntras que cuando se ha hallado expuesta al aire durante algun tiempo, no se fractura por el choque de un modo tan perfecto, habiendo sufrido como una especie de endurecimiento.

Son todavía escasos los documentos encontrados en España pertenecientes á la primera Edad de Piedra, y fuera de los hallazgos hechos en las oquedades de algunas cavernas, no podemos casi señalar más que las capas huesosas cuaternarias de San Isidro del Campo, cerca de Madrid, en donde en 1862 se principiaron á señalar y recoger guijarros hallados en forma de hacha, puntas de lanza y de flecha mezcladas con fósiles de elefantes é hipopótamos. Al otro lado del Manzanares, el cerro llamado de Almodóvar, in-

mediato á Vicálvaro, parece ser la continuacion de dichos estratos fosilíferos.

Pero ántes de continuar el exámen del período paleolítico, detengámonos á examinar una de las primeras fases de la humanidad, la de los *trogloditas*, ó habitantes de las cavernas.

Segun Lubbock, una de las mayores autoridades en esta materia, podrian establecerse cuatro divisiones para la Edad Primitiva, determinadas por los animales fósiles que en ellas se encuentran. Son estas: 1.° La del gran oso de las cavernas: 2.° La del elefante y del rinoceronte: 3.° La del rengífero y del aurochs, animales todos que han habitado en la Europa.

Sobre estos períodos, hay en España interesantes problemas sin solucion aún. Sería curioso saber de un modo seguro, si el rengífero, el mammuth y el ciervo irlandés, existieron al Sur de los Pirineos, del mismo modo que el oso de las cavernas, que el ilustre geólogo D. Casiano de Prado halló en su exploracion de la cueva de Pedraza, próxima á Segovia.

No citarémos uno á uno los diversos descubrimientos que sobre este particular se han hecho, bastándonos consignar el de la cueva sepulcral de Aurignac, en el departamento del Alto Garona, Francia, una de las necrópolis más antiguas. Persiguiendo un cazador á un conejo, y habiendo metido el brazo en la madriguera en que éste se habia refugiado, extrajo un hueso humano, y llamando semejante hallazgo su atencion, arrancó la losa vertical que servia de puerta á aquella cavidad, encontrando hacinados en ella hasta catorce cadáveres, mezclados con huesos fracturados de oso, leon, rinoceronte, etc., al lado de los sílex groseros que habian servido de cuchillos en el festin de funerales. En la parte exterior de la gruta habia tambien huesos de médula abiertos, sin su parte esponjosa, que sin duda ninguna devoraron las hienas, cuyos coprolitos se encontraron sobre el suelo. Desgraciadamente tan interesante hallazgo tuvo un enemigo mayor que los siglos, y el alcalde de Aurignac mandó enterrar en el cementerio del pueblo tan curiosos vestigios, sin que M. Lartet, que fué á dicho punto al poco tiempo, pudiese exhumarlos. Entre los objetos labrados que pudo recoger en los escombros, figuraban várias conchas de *cardiums* perforados en el centro, y un colmillo de oso labrado en forma de cabeza de pájaro. Habia tambien vários útiles de cuerno de rengífero, entre estos, punzones que debieron servir para coser

las pieles con que el hombre entónces se abrigaba. El gran espesor de la capa de cenizas, y el gran número de huesos que existian delante de la gruta, indican que se abrió várias veces para recibir nuevos cadáveres, hasta el dia en que se encontró completamente llena. Huesos intactos, y entre ellos el pié de un oso, encontrados dentro de la caverna, indican, lo mismo que los sílex que los acompañaban, ofrendas votivas de los salvajes. La ausencia de alfarería es un indicio de la extremada antigüedad de esta necrópolis.

Sir Ch. Lyell, en su obra *La antigüedad del hombre*, dice lo siguiente: «Si los documentos fósiles de Aurignac se han interpretado bien; si lo que presentan al pié de los Pirineos es una cueva sepulcral con esqueletos humanos, enterrados en su última morada por deudos y amigos; si los restos que se han hallado en el umbral de esta tumba son los del festin de funerales, y si las carnes depositadas en el interior eran las provisiones de viaje destinadas para los que se iban á la tierra de los espíritus; si, en fin, eran ofrendas fúnebres aquellas armas que debian servir para cazar en tierras desconocidas el ciervo gigante, el leon y el oso de las cavernas, así como el rinoceronte velludo, entónces hemos llegado al fin á encontrar en lo pasado restos de ceremonias fúnebres, y lo que es todavía más interesante, hemos probado la creencia en una vida futura en épocas muy anteriores á las de la historia y de la tradicion.»

Para dar una idea de la remota antigüedad que debe atribuirse á algunos de los vestigios paleolíticos, nos bastará echar una ojeada sobre los estudios hechos por vários geólogos y naturalistas sobre la cuenca del rio Soma.

Los efectos de inundacion que un rio ejerce sobre el terreno en que corre, son harto conocidos para que nos detengamos en examinarlos. Las aguas de las corrientes rápidas excavan el suelo llevándose en suspension las materias más ténues y haciendo rodar sobre el fondo todas aquellas demasiado graves para poder ser arrastradas. Cuando la velocidad disminuye, la accion sobre dichas materias es menor y principian á depositarse entónces los sedimentos que ántes acarreaban. De modo que los rios presentan dos alternativas; desmonte en la parte alta cerca del nacimiento, y terraplen en la baja en donde el delta va aumentando cada vez más. En el valle del Soma se observan dos clases de gravas, unas

llamadas de nivel alto, á más de doscientos piés de elevacion sobre el fondo actual del rio, aisladas, y las otras contínuas en el fondo del valle, elevándose poco sobre el mismo. En ámbas se encuentran fósiles de mammuth y de elefante al lado de sílex labrados. El exámen mineralógico de estas gravas demuestra que no contienen fragmentos de otras rocas más que los de las procedentes de la cuenca del Soma, de modo que en la excavacion del valle no han podido influir fenómenos de otro órden que los actuales, ni han corrido las aguas de otras cuencas. La presencia en estos estratos de grandes pedazos de grés ó asperon de las capas terciarias superiores á la creta, indica que estos fragmentos han sido trasportados por los hielos, pues su traslacion no hubiera sido posible por las corrientes, que arrastraron los fragmentos pequeños, y á haberlo efectuado estas, hubieran dichos asperones perdido sus aristas, adquiriendo el carácter de cantos rodados. Otras várias circunstancias parecen indicar que las gravas han sido contemporáneas de un clima ártico, pues los fósiles de los moluscos lo indican, así como los del rengífero y otros vários mamíferos habitantes de climas frios. Las teorías que se han propuesto para explicar este cambio de clima son muchas, y podemos citar entre las más hipotéticas las de una variacion de la intensidad de la radiacion solar, ó la que han sostenido muchos de un cambio del eje de rotacion de la tierra. La más probable, sin duda alguna, es la que ha presentado el sábio geólogo inglés Lyell. Una depresion de dos mil piés convertiria el valle del Missisipí en un brazo de mar, en comunicacion directa con los lagos de la América del Norte. Como consecuencia de este fenómeno, la corriente actual del golfo de Méjico, llamada por los marinos *Gulf Stream*, no experimentaria desviacion ninguna, sus aguas pasarian directamente al mar Artico, y por consiguiente habria contracorriente de agua fria en las costas de Noruega y Groenlandia. Este cambio produciria una disminucion de temperatura de unos diez grados en las costas de Europa, que unidos á tres ó cuatro de la corriente fria del Norte, darian la temperatura frígida que parece indicada por la fama.

El hombre ha debido ver correr el rio Soma cien pies más alto que hoy, en épocas en que la especie humana tenía por enemigos al mammuth, al elefante, al oso, al buey almizclado, al rinoceronte, al ciervo gigante y á la hiena, y que afrontar la terrible temperatura de un clima ártico. Al recorrer hoy tan delicioso valle

es difícil remontarse al aspecto que entónces debia presentar. Si buscamos entre los pueblos actuales, uno que pueda ofrecer alguna analogía con el primitivo del Soma, le encontrarémos probablemente en los indios de América que habitan el mar polar y la bahía de Hudson.

Los rios permanecian entónces helados muchos meses del año, y en la estacion rigorosa los animales de caza desaparecian emigrando en gran número á climas más favorecidos. No le quedaban, pues, al hombre más recursos que los que podia proporcionarse en el rio sobre el cual plantaba sus tiendas, abriendo agujeros en el hielo para poder echar sus redes y anzuelos y procurarse tambien agua potable. Estas aberturas no se hacian sino con las herramientas más duras de entónces, las de piedra, y suponiendo que durante millares de años los pescadores hayan continuado fijándose en los sitios que les ofrecian mayores ventajas, no es chocante que el número de objetos caidos al fondo sea tan grande como el que se ha encontrado, que Lyell evalúa á más de mil. A medida que fué elevándose el valle del Missisipí fué modificándose el clima, desapareciendo poco á poco los grandes paquidérmus. Para formarse una idea de la lentitud con que han debido verificarse estos cambios, basta que digamos que en las gravas altas se encuentra un cementerio romano, cuya antigüedad puede remontar á unos mil quinientos años, y que el nivel del suelo no ha variado de un modo sensible en este espacio de tiempo. Lyell, como consecuencia de sus experimentos sobre el Missisipí, ha calculado que el intervalo necesario para la formacion del delta actual de este rio, es de más de cien mil años, y que las gravas altas del Soma son de la misma antigüedad. Las del nivel inferior son más modernas, pues cuando hay formacion aluvial, en casos como éste, las más elevadas son naturalmente las más antiguas.

Las cavernas que abundan en las calizas han dado y han de dar aún documentos importantísimos para el estudio del hombre primitivo. Los huesos de un cadáver, impulsados por las aguas, están expuestos á tales agentes de destruccion, que es cási imposible que después de cierto número de años quede vestigio alguno; miéntras que las aguas han podido impulsar el hueso dentro de una cavidad subterránea criando la caliza á su alrededor una coraza preservadora. Debajo de la capa estalagnítica que generalmente forma el suelo, se halla otra, arcillosa ó calcárea, rica en

fragmentos orgánicos, en la que muchas veces hay diseminados útiles de piedra y barro. Podemos asegurar que los vestigios más positivos y completos sobre el hombre prehistórico, han de encontrarse en dichos antros. Así, pues, es inmenso el interes que puede haber en que se exploren científicamente todas las cavernas de nuestro país; en ellas hemos de dar con preciosísimos datos sobre las razas y costumbres de sus primeros pobladores.

III.

La segunda Edad de Piedra, llamada neolítica, indica un estado de civilizacion más avanzado, y el número de objetos que se han encontrado atribuibles á dicha época es tan grande, que demuestra de un modo palpable el desarrollo y predominio que en tan remota edad habia adquirido y ejercia la familia humana.

Caracterizan dicho período las piedras pulimentadas, ó hachas, que en mayor ó menor número se encuentran esparcidas en toda la superficie de Europa. Los Museos dinamarqueses las tienen por millares, y en España mismo, donde los documentos prehistóricos son aún escasos, por no haberse recogido, se encuentran abundantemente en toda la Andalucía y en Extremadura, distinguiéndose por su facies especial, que no ha podido ser obra de la naturaleza. Ovóides, alargadas, presentan por una de sus extremidades un filo análogo al de las hachas actuales, terminándose por la otra en punta más ó ménos aguzada. En nuestro país, el vulgo las conoce con los nombres de piedras del rayo ó de la centella, suponiéndose, por muchos, que constituyen la parte maligna del meteoro eléctrico, y que, enterrados al caer, salen por sí solas á la superficie de la tierra después de cierto número de años. Entre las que hemos llegado á poseer, tenemos una de 0,^{m} 360 de larga, encontrada en el centro de la provincia de Huelva, y que nos parece notabilísima por sus exageradas dimensiones. Es de diorita compacta, y á causa de su gran peso, superior á 4 kilógramos, no parece haber estado unida á un mango, empleándose sola como herramienta de mano. Las hachas grandes son una excepcion, y no se han usado sino en los grandes trabajos de carpintería. Muchas pequeñas llevan indicios de haber estado sujetas á un ástil, reconociéndose aún en la parte central una superficie bruñida, debida al roce contra éste.

Los mangos eran de asta de ciervo ó de madera, á veces de ámbas materias, consolidándose la herramienta con cuerdas, y en algunos casos con asfalto. Los usos en que estos útiles se empleaban, eran tan diversos como las necesidades de la vida humana: algunos de ellos debieron servir de armas de guerra, otros de proyectiles, y la mayor parte de herramientas. Citemos como prueba de la primera aseveracion, el descubrimiento en Kirkenbrightshire (Inglaterra) de un cadáver cuyo brazo se hallaba separado del tronco, y tenía en la fractura pedazos del hacha de piedra que la ocasionó. Várias de las habitaciones lacustres de la Suiza son contemporáneas de la Edad de Piedra, habiéndose cortado los pilotes de madera, sobre los cuales reposaron, con herramientas neolíticas. El que ha visto aserrar un árbol, podrá difícilmente imaginarse el ímprobo trabajo que en aquella época debia exigir esta operacion elemental. Las hachas se mellaban fácilmente; era, pues, necesario afilarlas á cada momento, y no hay duda, si se considera lo muy blando de la sustancia de algunas, que, al usarlas, debian auxiliarse de la accion del fuego, obrando alternativa y mecánicamente con este agente.

En Dinamarca se han encontrado hachas con un agujero en el centro; pero se cree que hayan sido empleadas en la Epoca del Bronce.

El exámen minucioso de dichas herramientas ha demostrado el medio que empleaban para labrarlas. Las de pedernal, por fracturas hábilmente dirigidas, y las de rocas, más duras, por medio de ranuras que permitian arrancar del criadero fragmentos de una forma adecuada á la que se exigia. Las ranuras se hacian con las sierras de sílex, continuando el trabajo á golpes, que lentamente llegaban á producir el labrado susceptible de afilarse sobre la piedra de amolar. Poseemos hachas cuya parte central lleva aún las contusiones de dicha operacion. Cerca de Perssigny le Grand (Indre et Loire), existen grandes pedazos de asperon con fuertes ranuras angulares, en las cuales se pulimentaron todas las de los alrededores.

Las demás herramientas neolíticas, son: las puntas de flecha, generalmente en forma de hoja, ó triangulares, con un apéndice ó hendidura que estaba destinada á sujetarlas á la varilla; los cinceles, parecidos á las hachas, pero más estrechos; los punzones, pedazos groseros de sílex, fuertes y no muy puntiagudos; y en último lugar, como el *nec plus ultra* del arte de entónces, las da-

gas, verdaderas maravillas de sílex, parecidas en un todo á las de metal, de las cuales al principio se creyó que fuesen copia, pero las localidades en que se encontraron parecen demostrar lo contrario. El pedernal de Dinamarca es el único que ha podido trabajarse de un modo tan perfecto.

La talla y corte de las flechas debian exigir tambien grandes dificultades y una habilidad completamente especial por parte del operario. Las mejores reproducen la forma y dimensiones de las que usaban los pueblos modernos ántes de la invencion de la pólvora, y en algunas se han contado más de 200 facetas, arrancadas en el último labrado, no representando esta cifra más que una fraccion ínfima del trabajo ejecutado. ¡Cuántas veces en esta última mano, un golpe desgraciado no habrá destruido la labor de muchas horas! Al usar dichas flechas, debia preocupar al hombre la idea de poder volver á hallar en el cuerpo de su víctima tan precioso utensilio.

Objetos de madera de aquellas Edades se han conservado difícilmente; pero algunas turberas, y el fondo de los lagos suizos, han dado varios ejemplares: desgraciadamente, tan interesantes vestigios no pueden conservarse; en la disecacion disminuye su volúmen hasta no quedar más que la sexta parte, fracturándose en todas direcciones, arrollándose y doblándose, de modo que lo interior se vuelve lo exterior.

Usábanse tambien armas y herramientas de hueso, asta de rengífero y de ciervo. M. L. Lartet ha encontrado algunas en sus exploraciones de las cuevas de Torrecilla de Cameros, acompañando á toscas alfarerías, fabricadas sin el auxilio del torno, que llevaban por adornos impresiones onguiculares y estrías hechas por medio de un cuerpo duro. No seguirémos al Sr. Lartet en toda su descripcion de dichos antros, y nos bastará resumir los puntos más principales de su trabajo. Refiere á tres épocas distintas las cavernas que ha visitado, y que podrian atribuirse á un período intermedio entre el Diluvio del Soma y la verdadera Edad Neolítica. Las más antiguas, las de la Peña de la Miel, contienen fósiles de rinoceronte, de un gran buey, y entre ellos hay algunos cuyas roturas parecen haber sido producidas con un instrumento contundente para extraer la médula. Las de la segunda época, situadas cerca del rio Iregua, presentan ya capas de cenizas carbonosas, depósitos de huesos fracturados, con señales de la herramienta que

produjo la rotura, y pedazos de sílex cortantes, que debieron servir de cuchillos. Las de la tercera abundan en restos de alfarerías y huesos, llevando estos últimos signos seguros del trabajo del hombre. Allí se recogieron tambien restos humanos, entre los cuales habia dos cráneos pertenecientes al tipo céltico.

En las costas de Dinamarca, sobre todo en las bahías en donde las olas del mar azotan con ménos fuerza, se observan grandes montones de conchas de 3 á 10 piés de espesor, de 100 á 200 de ancho y de un largo variable. Durante muchos años se supusieron ser bancos levantados del seno de las aguas por oscilaciones del nivel del suelo. Examinados más de cerca, se vió que estaban compuestos todos de conchas llegadas á su mayor grado de desarrollo, y que existian en ellos, juntas, especies que generalmente en la mar viven separadas. Además, estos estratos no contienen arena; de modo que no pueden atribuirse á un depósito casual en el cual se hallarian mezclados los diversos elementos. Investigando más, encontraron cocinas ú hogares hechos de piedras planas como plataformas, cubiertas á veces de cenizas, y conservando en otras vestigios del fuego. Entre las primeras se hallaron cuchillos de sílex y toscas hachas con numerosos huesos de vertebrados, rotos para extraer la médula, que sin duda alguna debió ser uno de los platos más delicados de que pudo gozar el hombre en tan remota edad. *Kjokkenmoddings*, esta palabra danesa, que significa *montones de restos de cocina*, es ya técnica en la ciencia: análogos á los de Dinamarca, existen en vários puntos del mundo, y hoy mismo los naturales de la tierra del Fuego siguen haciéndolos.

En Agosto último, las personas que asistieron al Congreso prehistórico de Copenhague, han podido ver y explorar de cerca en los bordes del Cattegat estos célebres montones de conchas. Reunidos por el profesor Steenstrup alrededor de uno de los más ricos depósitos, recogieron, entre las conchas de ostras, á medida que el pico las revolvia, hachas, cuchillos de piedra, mezclados con fósiles de perro y cerdo, animales que ya entónces existian en estado de domesticidad. Acompañaban además huesos labrados, así como las piedras calcinadas por el fuego que sobre ellas ardió hace tantos siglos.

Los restos encontrados nos dan algunos indicios sobre el modo de vivir de estos hombres primitivos que debian asimilarse mucho á los Esquimales actuales. Tenian el cráneo redondo, con la arcada

orhitaria prominente, los dientes incisivos no se cruzaban, desgastándose unos contra otros, circunstancia que hacía variar el acto de la masticacion. La talla del indivíduo debió ser exígua, y la vida, como ya hemos dicho, análoga á la de los naturales de la tierra del Fuego, con todas sus miserias y privaciones.

Han llegado hasta nosotros vestigios de los contratiempos á que entónces se encontraba expuesto el hombre; aquellos salvajes comieron carne de lobos y zorras, en momentos en que sin duda sus alimentos naturales, los crustáceos, el pescado y la caza les faltaban.

Relativamente á la antigüedad de los *Kjokkenmoddings*, el sabio Worsae los atribuye á la primera parte de la Edad Neolítica, reconociendo casi como imposible con los datos actuales el consignar una fecha. Las turberas indican que Dinamarca ha estado cnbierta largo tiempo de bosques de pinos; esta vegetacion ha sido sustituida por el roble, y últimamente ha crecido el haya que existe todavía en aquel país. Los instrumentos de sílex pertenecen al período del pino, hallándose algunos troncos que han sido cortados por el fuego, probablemente ántes de usar las hachas neolíticas que se encuentran tambien en los robles. A los últimos correspondió el bronce, durando hasta la época de las hayas, en que principió á usarse el hierro. La lentitud con que se efectuan estas evoluciones del reino vegetal es inmensa y se ha calculado como cifra mínima la de cuarenta siglos. Entre los fósiles de la fauna de los Kjokkenmoddings figura el gallo silvestre, que se alimenta, sobre todo, de los retoños del pino, y esta circunstancia permite clasificar dichos montones como contemporáneos de la vegetacion primera.

En 1854, el gran descenso que experimentaron las aguas de los lagos de Suiza, descubrió largas hileras de pilotes, soportes de una plataforma de madera, sobre la cual elevaban sus casas pueblos de remotas edades. Situados de este modo sobre el agua, podian abandonarse á la pesca, sin renunciar á la caza, encontrándose al mismo tiempo resguardados de todo ataque, tanto de los animales feroces como de los enemigos. En una de dichas estaciones se han contado hasta 40.000 pilotes, lo que prueba que no han sido construidas por una sola generacion; esta cifra es sorprendente, porque las herramientas de piedra y de hueso, las únicas que entónces existian, eran de muy pequeña ayuda para trabajos de tal entidad.

Los pilotes se cortaban con el auxilio del fuego y de las hachas, tenian de 15 á 30 piés de largo, de 3 á 9 pulgadas de diámetro, penetrando en el barro de uno á cinco piés. En muchos sitios era dificil clavarlos, y una vez en la posicion en que debian hallarse, se elevaban alrededor montones artificiales de piedra para sostenerlos.

Sobre estos pilotes reposaba una plataforma de madera, sobre la cual estaban edificadas las casas. La mayor parte de dichas estaciones desaparecieron incendiadas, habiéndose encontrado en el fondo de varios lagos, pedazos cilíndricos de arcilla cocida, con impresiones de ramas en el lado exterior y lisos por el interior. Se han considerado como fragmentos del revestimiento interno de las cabañas, y el profesor Troyon asigna, aproximativamente, 12 á 15 piés de diámetro á cada habitacion. El techo de un recinto circular tenía que ser cónico, de modo que la imaginacion puede muy bien representarse el aspecto general de aquellas poblaciones. Las construcciones rectangulares debian ser una excepcion á causa de las dificultades que presentaba el arte á escuadra de las maderas.

En casi todos los lagos suizos existen vestigios de habitaciones lacustres, ya del período neolítico, ya del de bronce, y son varios los puntos de Europa en que se encuentran indicios de esta clase de viviendas. En Escocia, en Italia del Norte, y en Irlanda los *cranoges* ó islas artificiales de pilotes, tierra y piedra, han servido de fortificaciones hasta 1591. Actualmente varios pueblos salvajes viven de este modo aún, y podemos citar, entre otros, los de las Indias Orientales, Borneo, Celebes, las Carolinas y la Nueva Guinea.

El exámen de la fauna de las habitaciones lacustres demuestra que el hombre no es todavía el más fuerte de los séres vivientes de la creacion. Su imperio está sólo asegurado para el porvenir, siendo aún numerosísimos los enemigos que tiene que vencer y subyugar. La suma total de los animales bravíos ó salvajes, es mayor que la de los domésticos, entre los cuales figuran ya el perro, el cerdo, el caballo, la cabra y el buey. Como enemigos, existen aún el oso, ciervos y jabalíes de talla extraordinaria, el urus y el aurochs. Digámoslo de paso, la osteología posee medios de comparacion que permiten distinguir en un fósil si ha pertenecido á un indivíduo doméstico ó salvaje. El tejido de los huesos del último es más firme y apretado que el del primero, presentando en su superficie nervuras indescriptibles y rugosidades en los

puntos de union con los músculos. Hay además exageracion en las las apófisis ó eminencias naturales de las extremidades, y disminucion de las superficies planas.

En cuanto á la flora, se han encontrado granos de trigo, cebada en espigas, pan y frutas medio carbonizadas, que parecen señalar un progreso en la alimentacion.

En tres estaciones se han hallado fragmentos de telas de aquella época. Relativamente á su autenticidad no hay duda ninguna, porque el microscopio nos revela la existencia, entre sus hilos, de las vegetaciones más diminutas de las antiguas turberas.

Circunstancia notable! Instrumentos análogos á los que á Herschell y Newton permitieron sondear los espacios celestes, nos sirven á nosotros para llevar nuestras investigaciones á traves de la oscura inmensidad de lo pasado, y en su potencia alcanzan á la vez el tiempo y el espacio.

Las estaciones de la Edad del Bronce están situadas á mayor distancia del márgen, sin duda, porque los medios de ataque eran más poderosos á medida que la civilizacion progresaba.

Pertenecientes al período neolítico pudiéramos citar, además, elevaciones tumularias con salas sepulcrales, dólmens y otros monumentos megalíticos que dejarémos ahora para hablar de ellos al llegar á la Edad de Bronce.

Los descubrimientos hechos por el Sr. Góngora Martinez, catedrático de la Universidad de Granada, son tan notables que puede asegurarse que hasta hoy no se habian hallado documentos tan curiosos como los suyos, sobre las primeras poblaciones de nuestra pátria. Mejor que resumirlos sería indicar á nuestros lectores su interesante y bien escrito libro: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía.* Pero aunque no sea mas que rápidamente, es menester que consignemos aquí el más importante, que ha sido el hallazgo de una necrópolis neolítica, situada en las Angosturas de Albuñol, cerca de Adra, en donde tuvieron sepultura más de cincuenta cadáveres. Descubrióse dicho antro en 1831, mas habiéndose señalado en 1857 como una rica mina de minerales plomizos, fué objeto de explotacion, hallando entónces en una de sus anfractuosidades, varios cadáveres vestidos, y sentados alrededor de otro de hombre, que ceñia sobre su frente una diadema de oro rudamente labrada y de un valor intrínseco de más de sesenta escudos. Excitada la codicia de los mineros todo lo volcaban, deshaciendo y rom-

piendo preciosísimos documentos que lanzaban á la profundidad de un arroyo cercano.

Muchos de los cadáveres conservaban aún la carne momificada: sus vestiduras, tejidas con finísimo esparto, habian sido preservadas de la corrupcion por el nitro que abunda en dicha cueva. Al lado de los esqueletos estaban sus armas, cuchillos de pizarra y pedernal, puntas de flechas pegadas á los palos con betun fortísimo, vasijas de barro, cucharas de madera, punzones de hueso, y bolsas ó cestos de diversos tamaños llenos de presentes funerarios, que consistian en caracolillos de mar, cabezas de adormideras, emblemas sin duda del sueño de la muerte, y mechones de cabellera castaña.

Si estos tesoros no hubiesen caido en manos ignorantes, para las cuales era letra muerta todo lo que en el antro habia, tendria España hoy datos tan exactos, tan indiscutibles y completos sobre sus primeros pobladores, que podria determinarse el estado de civilizacion de aquellas sociedades primitivas. Desgraciadamente cuando en 1867 llegó el Sr. Góngora á la cueva de los Murciélagos ó de Albuñol, no quedaban ya más que raros vestigios de todas aquellas curiosidades, que ávido recogió, removiendo los vaciaderos de escombros de los mineros. No es este tampoco el único punto en el cual tesoros de gran importancia han desaparecido á causa de la ignorancia de sus descubridores. Contra dicho mal no hay más remedio posible que el desarrollo de la instruccion, y esta luz ha de tardar en penetrar entre nuestros pastores, montaraces y labradores.

IV.

Difícil es asegurar el órden en que se descubrieron los metales; dependió éste sin duda de las condiciones mineralógicas de la localidad, y en unos puntos sería el oro el primero que por su color brillante y sus propiedades físicas fijase la atencion del hombre; en otros sería el cobre, que existe en muchos sitios; pero puede afirmarse que los metales nativos fueron los primeros. En cuanto á su uso industrial, tal como resulta de los descubrimientos arqueológicos, el más antiguo es el del oro que encontramos en la época neolítica empleado para adornos, é inmediatamente después el del cobre, que combinado más tarde con el estaño no tardó en producir aleaciones sumamente útiles, á causa de sus propiedades. El

bronce, compuesto generalmente de una parte de estaño y nueve de cobre, es más fuerte, más tenaz, más sonoro, más fusible que el cobre, poseyendo además la cualidad de endurecerse si se deja enfriar lentamente. El estaño indudablemente excitó la curiosidad por el peso de su mineral, y su union con el cobre fué casi simultánea á la época de su descubrimiento, pues hasta ahora no se han encontrado objetos de estaño solo. La plata es relativamente moderna, y pertenece al último período de la Edad del Bronce. El empleo del hierro cundió con la misma velocidad que la última aleacion, pues al llegar al Norte los ejércitos romanos, encontraron ya desarrollado su uso.

Como ya hemos indicado, no creemos poder adoptar para nuestro país las clasificaciones prehistóricas establecidas por los sábios arqueólogos del Norte, que á la segunda Edad de Piedra hacen suceder inmediatamente la del Bronce, sin ningun género de transicion. Se han fundado en la similitud de los objetos encontrados, la cual parece demostrar que no hubo incertidumbre ninguna, ni ensayos, y que una vez fundido el primer modelo, fué adaptado de un modo general por los artífices de los diversos países, siendo su propagacion rápida y no fruto de un desarrollo lento y gradual.

Pero en nuestra España, tan rica en criaderos metalíferos, no podemos admitir una clasificacion hecha para países desprovistos de esta clase de veneros metalúrgicos, tanto más cuanto que es evidente que dichos metales no han sido descubiertos en el Norte y sí llevados de países extraños.

A la Edad Neolítica sucedió el hallazgo del cobre nativo, que forjado en frio y desgastado con útiles de piedra, no era más que una herramienta análoga á las que habian servido para tallarla. La materia metálica estaba encontrada, mas para el hombre eran aún desconocidas todas sus propiedades y no podia considerarla sino como una roca algun tanto diferente de las demás. Cuando la conquista de Méjico por Hernan Cortés y sus compañeros, se halló la afirmacion del hecho que acabamos de citar.

La transicion de la época neolítica á las metálicas, no debió ser repentina, continuando en uso las herramientas de la una, á la par que principiaban á explotarse los primeros criaderos metalíferos. Hemos tenido la suerte de encontrar en nuestras investigaciones documentos que demuestran esta verdad de un modo palpable. Sobre la superficie de dos criaderos cobrizos de escasa importan-

cia de la region huelvana, uno en Monte Romero (Almonaster), otro en el rodeo de Madroñas (Valverde del Camino), hallamos infinidad de martillos de diorita toscamente labrados, que indudablemente sirvieron para la explotacion de aquellas minas. Al descubrir las célebres del lago superior de América, aparecieron tambien millares de mazos de diorita, vestigios de las labores primitivas Haciendo abstraccion de la riqueza de unas y otras, hay entre ambos descubrimientos una identidad completa. Todos los ejemplares recogidos en los dos puntos citados de la provincia de Huelva, llevan signos de haberse empleado como cuerpos contundentes, que se desecharon á medida que se inutilizaron en el trabajo, pues todos están rotos.

¿No sería posible que España estuviese en la Era del Cobre, miéntras Suiza y Dinamarca se encontraban en la Neolítica, y que en estos países, más tarde, en un momento dado, se refundiesen en bronce todos los utensilios de cobre venidos del extranjero, explicándose así la rareza actual de dicho metal?

Si nos atenemos á los hallazgos del Sr. Góngora en las provincias de Jaen y Granada, y á los pocos que hemos hecho en la de Huelva, podemos afirmar que el bronce es una excepcion, y aun entre los objetos romanos del último territorio domina el cobre. Pidamos, pues, para nuestra España, sobre todo para Andalucía una edad del último metal, contemporánea de otras ménos civilizadas en el Norte de Europa.

Examinemos las teorías propuestas por los anticuarios suizos y daneses para explicar la Edad del Bronce.

Es imposible atribuir un orígen romano á dicha época, á causa de la ausencia de objetos de alfarería romana, por el carácter de los dibujos y ornamentos que llevan y más que nada por la circunstancia de hallarse las herramientas y armas de bronce en gran abundancia en Dinamarca, Suiza é Irlanda, países en los cuales no entraron nunca las legiones de los hijos de Rómulo.

Quedan por considerar todavía dos hipótesis; la de que dichos objetos sean de orígen fenicio, ó que hayan venido por la irrupcion en Europa de una raza indo-europea. Abundan en favor de la primera suposicion los portentosos viajes de los Fenicios, que llegaron á alcanzar las costas de Huslé, nombre que el sábio profesor Nillson cree debe atribuirse á la Noruega, llevando á las regiones hiperbóreas el culto de Baal, que dejó en ellas los nombres de Belt,

Báltico, Belteberg, y otros derivados del mismo. Aunque en Noruega hay indicios de una civilizacion fenicia, no puede afirmarse de un modo completo que todos los utensilios de la Edad del Bronce tengan este orígen. Al contrario, hay motivos para alejarse de esta suposicion; las pequeñas dimensiones de los mangos de las espadas y puñales, la exigüidad del diámetro de las pulseras parecen indicar que han pertenecido á una raza indo-europea notable por la finura de su tipo, la pequeñez de sus manos y de las junturas de las extremidades de los miembros. Tenemos, además, datos para conocer los instrumentos verdaderamente fenicios, con los cuales arma Homero á sus héroes, y que están siempre adornados en las descripciones del poeta griego, con figuras de plantas y animales, miéntras que las armas de bronce llevan sólo dibujos geométricos.

Segun Plinio, Thoas ó Ciníras descubrió en la isla de Chipre el arte de explotar las minas, así como las primeras herramientas del metalurgista; las tenazas, el martillo de fragua, el yunque y la palanca. Si hemos de creer á Estrabon, mil quinientos á mil doscientos años ántes de J. C., los Fenicios hacian ya el comercio del estaño por Cádiz, yendo á buscarle á las islas Stanníferas, nombre con el cual designaban á Inglaterra. Anteriormente á esta fecha habian principiado, como hemos visto, los trabajos mineros en nuestras costas del Mediodia.

Los objetos característicos de la Edad del Bronce, son las hachas llamadas célticas, muy abundantes sobre todo en Irlanda y Dinamarca, de un largo de 18 á 20 centímetros, de 7 á 8 de ancho por el lado del filo, y que se sujetaban al mango de diversos modos. Las más antiguas fueron completamente lisas, penetrando en una abertura hecha en el centro del ástil al cual acababan de adherirse por medio de cuerdas fuertemente atadas; más tarde llevaron en la parte opuesta al filo una hendidura, en la cual entraba un palo acodado en un ángulo recto, consolidándose la union tambien con ligaduras pasadas por un anillo que habia en la parte inferior del metal. Grande es la distancia que separa á unas de otras, pues las últimas no son ya lisas, y tienen adornos compuestos de rayas en zigzag y dentículos triangulares.

Los demás objetos encontrados hasta el dia, son espadas de bronce afectando la forma de hoja vegetal, puntiagudas, de dos filos, sin guardia y con empuñadura de hueso ó de madera. Hay dagas

de puño corto, puntas de lanza y de flecha, y cuchillos pequeños de hoja curva, carácter que los distingue perfectamente de los de hierro que siempre son rectos.

Pertenecientes á época más moderna, se han hallado en Dinamarca cuchillos de forma parecida á la de las hojas de nuestras navajas de afeitar, así es que se les ha atribuido este uso. Llevan en la parte plana, además de los dentículos característicos del período que nos ocupa, diseños de barro, circunstancia que parece probar hayan pertenecido á un pueblo pescador.

Las alhajas consisten en pulseras, alfileres, collares de bronce y oro, adornados con dibujos geométricos compuestos de espirales, círculos y líneas en zig zag.

La apertura de un túmulo de Dinamarca, nos ha dado á conocer la indumentaria de aquel país en el período del Bronce. Contenia hasta tres atahudes de madera, de los cuales uno encerraba los restos de un niño. Presentaba la circunstancia extraña de que las carnes se habian conservado en medio de la humedad, en un estado gelatinoso. Conservaban aún sus vestiduras los cadáveres; uno de ellos tenia una camisa, una capa, y un gorro felpudo, todos de lana, y sobre las piernas unas polainas de cuero. A mano derecha del cuerpo estaba colocada una caja con otro gorro análogo, un peine y una navaja con vaina de madera, y todo el cuerpo habia estado envuelto en una piel de buey. Al lado de otro se halló una espada, un cuchillo y una punta de flecha de sílex. El del niño contenia una bola de ámbar y un anillo de metal.

Las elevaciones tumularias danesas, que tambien pertenecen al período neolítico, son bastante curiosas. Están rodeadas de piedras clavadas en el suelo por el exterior, y tienen en su centro un recinto sepulcral, en el cual se encuentra el cadáver, generalmente sentado, y á su lado están colocadas las herramientas de caza y de guerra que han de servirle en el misterioso reino de las sombras. Su semejanza con las habitaciones de los Esquimales, Groenlandios y Yourts es palpable. Este primer pueblo abandona á menudo la choza en que ha fallecido uno de sus habitantes, convirtiéndola en sepulcro, y entierra el cuerpo sentado, envuelto en sus mejores pieles, colocando á su lado sus útiles y herramientas. Esta clase de sepulturas ha sido usada por todos los pueblos antiguos y modernos. Semíramis hizo elevar á la memoria de Nino una colina de arena, y los Indios modernos de Otahiti han hecho lo mismo sobre

la tumba de su Reina Oberea, construyendo un túmulo de cuarenta y cuatro piés de altura.

Los dólmens ó monumentos megalíticos, formados de recintos de piedras clavadas en el suelo, rodeando un monumento central formado por una piedra tabular horizontal, soportada por otras sin labrar, pertenecen á la vez á la Edad de Piedra y á la del Bronce, En su libro, el Sr. Góngora describe once parajes de las provincias de Jaen y Granada en que se encuentran esta clase de ciclópeas construcciones.

Los Hebreos llamaban Jalaad á estos monumentos que el culto pagano levantaba en honor de los Dioses, y que frecuentemente han servido para recubrir las cenizas de los muertos.

Durante todo el período del Bronce, existió el uso de quemar los cadáveres, conservando las cenizas en vasos funerarios de barro. En la Europa occidental, el cadáver sentado caracteriza á la época neolítica, miéntras que la posicion extendida pertenece á la del Hierro. En las excavaciones se distinguen ámbas fácilmente: cuando el cráneo reposa sobre una gran cantidad de huesos, puede asegurarse que el esqueleto estuvo sentado; miéntras que, si los vestigios de éstos existen repartidos en cierta longitud, puede afirmarse que se halló tendido.

Hemos encontrado en gran abundancia en la provincia de Huelva sepulturas atribuibles á esta edad. Orientadas todas de Levante á Poniente, están revestidas de cuatro losas verticales de pizarra, formando un rectángulo, y algunas veces un trapecio. Sus dimensiones son 1,^{m} 20 de largo, 0,^{m} 50 de ancho, é igual profundidad. Abundan en ellos las pateras ó vasijas planas de barro, que debieron servir para contener las cenizas: en espacio tan exíguo no cabe un cuerpo humano. A pesar de haber excavado un gran número, son pocos los objetos que hasta ahora hemos podido extraer. Tenemos, sin embargo, anillos votivos de oro y cobre, várias pulseras ó armillas de alambre de plata, y vasijas de diversas formas labradas toscamente, moldeadas con hierro mal preparado, lleno de materias orgánicas que al carbonizarse dejaron ese color negro que se encuentra generalmente en la fractura de los objetos antiguos de arcilla. A esta mala fabricacion se debe el que hayan sido pocos los que hemos podido desenterrar enteros. Rectifiquemos de paso un error lamentable, en el cual hemos oido incurrir á muchas personas. Se habla á veces de arcilla cocida al calor del sol, sin pen-

sar que en las condiciones de accion que este astro tiene sobre la tierra, esto es un imposible. El calor mismo del Ecuador no bastaria para cocer una arcilla en tal grado que la hiciese perder la cualidad de desleirse en el agua. ¡Desgraciados de nosotros los habitantes de los climas cálidos, si el sol fuese capaz de producir dicho efecto, pues entónces nuestro suelo se hubiera convertido en una inmensa baldosa de tierra cocida, impenetrable para las raíces de los vegetales! Puede secar una pasta arcillosa; mas para hacerla insoluble es menester un principio de fusion de la masa.

Nada dirémos de la Edad del Hierro, pues existe escrita la historia de este último período que alcanza hasta nuestros dias. La guerra de Troya fué contemporánea de la transicion. En los países del Norte de Europa, el hierro, el bronce y el cobre se excluyen recíprocamente, demostrándolo así, entre otros ejemplos, el campo de batalla de Tiefenan (Suiza), en que sólo se hallan objetos de hierro, y nunca armas de dos metales mezclados.

La arqueología prehistórica procede en sus apreciaciones cronológicas empleando los métodos de evaluacion de su hermana la geología, con la cual tiene muchos puntos de contacto, confundiéndose las primeras edades de una con las últimas de la otra.

En el lago de Ginebra desemboca el torrente de la Tiniere, formando un delta de 300 metros de largo y siete de profundidad. Los trabajos de un ferro-carril, habiendo venido á cortar dicho delta, se ha reconocido que se compone de tres capas paralelas de tierra vegetal, intercaladas entre las gravas aluviales. Examinemos estos estratos. El primero, de 0,^{m}12 de espesor, cubre 1.600 metros cuadrados de superficie, y está 1,^{m}30 más bajo que el nivel actual del cono. Tejas y monedas romanas encontradas en él han probado claramente que pertenece al período romano. El segundo cubre 270 metros cuadrados y tiene 0,^{m}15 de espesor: situado á 3 metros de profundidad, ha dado unas pinzas de bronce y fragmentos de alfarería sin barniz. La tercera, de 4 metros cuadrados, 0,^{m}15 á 0,^{m}17 de espesor, se halla á 6 metros de profundidad, y contenia alfarerías groseras, carbones, huesos de médula fracturados, y un esqueleto humano de cráneo redondo y muy espeso. Calculando que la capa romana tenga de 16 á 18 siglos de antigüedad, y comparando los espesores de los estratos, resulta que el bronce perfeccionado que se halló, remonta de 2.900 á 4.200 años, y que el tercer sedimento, que es de la Edad de la Piedra pulimentada, ha de tener de 4.700

á 7.000 años. Esta vaga cronología puede presentar errores, pero es ya una luz sobre un punto completamente oscuro, y otras evaluaciones han venido á demostrar que tiene cierta exactitud. Los estudios de M. Gellieron en el puente de la Thiele fijan para la piedra 6.700 años, y segun el profesor Steenstrup, las turberas danesas, en el fondo de las cuales hay vestigios humanos, no han podido tardar ménos de 4.000 años en formarse, y es posible que hayan necesitado un tiempo mucho mayor.

V.

Es aún trabajo imposible el querer resolver los difíciles problemas que presenta la cuestion de desarrollo del tipo humano al través de los siglos: no son suficientes aún los documentos recogidos sobre este particular, y los descubrimientos paleoethnológicos hechos hasta el dia han permitido solamente trazar algunos puntos del camino recorrido por la humanidad.

Es una verdad positiva, experimental, que tanto física como intelectualmente el hombre está sometido á la ineludible ley del progreso. La paleontología nos demuestra que la especie humana ha sobrevivido á otras muchas que hoy ya no existen en ningun punto del globo, y que en la lucha contínua que todo sér animado tiene que sostener contra la muerte, el hombre llevó elementos de fuerza y de vitalidad con que no contaban entónces muchos de sus contemporáneos. Considerado bajo este punto de vista únicamente, lleva el sello de una suerte privilegiada, impulsion especial y divina, recibida en la creacion; fuerza que hasta ahora nada ha podido detener. ¿Llegará el dia en que la especie humana se acueste en el sueño de la muerte y venga con sus últimos huesos á enriquecer la gran coleccion de las especies fósiles? No lo creemos; y las consideraciones que más adelante vamos á explanar alejan esta presuncion.

Las diversas especies de séres que pueblan la tierra son susceptibles de variacion, y los cambios que de esta resultan no se limitan á la superficie del cuerpo y á las formas exteriores, sino que son sensibles aun en el esqueleto. La raza canina, la caballar, las numerosísimas variedades de palomas, nos presentan ejemplos repetidos de esta susceptibilidad de evolucion que anima á la materia animal. ¿Por qué medio se efectua? Prácticamente sabemos

que es por la eleccion de los reproductores, principio al cual Darwin da el nombre de *seleccion natural,* y del que hemos visto aplicaciones en los animales expuestos en las exposiciones agrícolas. Aquellos objetos que allí vemos producir al hombre, las fuerzas naturales son tambien susceptibles de efectuarlos, desprendiéndose de esto, que los animales y vegetales actuales no son más que los derivados de otros diferentes que los han precedido. Aplicando esta ley á la familia humana, resulta que el estado actual de la humanidad ha sido producido por el trabajo lento de trasmision de millares de generaciones, que dejaron á sus sucesores la suma de adquisiciones físicas é intelectuales que cada indivíduo pudo conquistar durante su vida. Todavía no están determinadas las fuerzas y condiciones bajo la influencia y accion de las cuales se crea la materia organizada, y se cumple el fenómeno de la vida; pero su existencia es indudable, y primitivamente estas fuerzas moldearon séres humanos muy inferiores á nosotros, que perfeccionados por la seleccion natural han llegado á través del tiempo á nuestro modo de ser actual. Los monumentos egipcios nos muestran en sus bajo-relieves, perfectamente discernibles, los tipos del árabe, del negro y del egipcio. La comparacion de estas esculturas con los hombres actuales de dichas variedades, prueba que en tres mil años no han sufrido alteracion. Esto indica la lentitud enorme con que dichas variaciones han debido efectuarse, y segun M. Wallace es hasta posible que el tiempo sólo no haya sido causa suficiente para producirlas, ejerciendo hoy las condiciones exteriores ménos efecto que en otras épocas. Ahora, cuando los hombres emigran, llevan consigo los usos y costumbres de la vida civilizada, miéntras que, cuando el hombre se estableció por primera vez, su alimentacion, sus hábitos y su vida pudieron hallarse más sometidos á variaciones, al pasar de un país á otro, siendo posible además que el tipo fijado por la repeticion de varios siglos no sea hoy tan modificable como entónces. Lubbock se expresa así: «Wa»llace cree en una solucion de continuidad en la seleccion natural, »es decir, que miéntras el hombre arrastró la existencia que po»driamos llamar animal, se encontró sometido á las mismas leyes »y varió del mismo modo que las demás criaturas; pero que con el »tiempo, con la facultad de vestirse y de fabricar armas y útiles »arrancó á la naturaleza el poder que ejerce sobre los demás ani»males, cambiando su forma y estructura. De modo, que el dia en

»que los sentimientos de sociabilidad y de simpatía entraron en »plena actividad, el dia en que las facultades intelectuales y mo»rales llegaron al desarrollo necesario, el hombre dejó de estar so»metido corporalmente á la seleccion natural. Como animal queda »estacionario en su forma, sin modificarse como las demas partes »del mundo organizado, por los cambios del universo que le ro»dea. Pero en el momento en que su cuerpo llegó á ser estaciona»rio, su espíritu empezó á afectarse por las mismas influencias de »que se habia librado su sér material; cada cambio ligero que so»breviene en su naturaleza intelectual y moral, le permite garan»tizar mejor su seguridad, y el bien y proteccion mútuos, en con»cierto con sus semejantes, cada uno de estos progresos se conserva »y se añade á otros. Los indivíduos mejores y más elevados de »nuestra raza tienden á crecer y á esparcirse por la tierra, mién»tras que los más bajos y brutales les ceden el terreno y desapa»recen gradualmente. Así, gracias al rápido adelanto de la organi»zacion intelectual, se han elevado á tan alto grado por encima de »las bestias, razas de hombres originariamente muy abyectas y que »diferian poco de algunas de ellas, bajo el punto de vista de la es»tructura física.

»El cuerpo del hombre se encontraba desnudo y sin proteccion, »el espíritu le ha dado un vestido contra las diversas intemperies »de las estaciones. El hombre no hubiera podido alcanzar la rapi»dez del gamo en la carrera, ni la fuerza del toro bravo; pero el »espíritu le ha dado armas con que perseguir y domar á estos ani»males. El hombre era el ménos capaz de todos para alimentarse »con las frutas y yerbas que la tierra produce espontáneamente; »esta incapacidad es la que le ha enseñado á dominar á la natura»leza, dirigiéndola segun sus fines, y obligándola á producir ali»mentos en el sitio y del modo que á él le conviene. En el mo»mento en que la primera piel fué empleada como vestido, en que »la primera lanza grosera fué usada para cazar, la primera semi»lla echada en la tierra y el primer retoño de un árbol plantado; »en aquel momento se llevó á cabo una revolucion que no habia »tenido otra igual en las edades precedentes del mundo, porque »empezó entónces á existir un sér que no estaba obligado á modi»ficarse con los cambios que ocurriesen en el universo; un sér que »hasta cierto punto era superior á la naturaleza, puesto que tenia »medios de examinar y dirigir su accion, podia mantenerse en ar-

»monía con ella, no modificando su forma corporal, pero sí perfec»cionando su espíritu.

»Aquí se ve, pues, la verdadera grandeza y dignidades del hom»bre; gracias á sus atributos especiales, podemos admitir que los »que reivindican para él un lugar especial en la creacion, un ór»den distinto, una clase ó vireinato, tienen alguna razon para ha»cerlo. Es en efecto un sér aparte, puesto que ya no sufre la in»fluencia de las grandes leyes que modifican de un modo irresisti»ble á los demas séres organizados. Dirémos más, la victoria por »la cual alcanzó la libertad para sí mismo le dió á la vez la in»fluencia directora de las demas existencias. No tan sólo ha esca»pado el hombre en lo que á él atañe á la seleccion natural, sino »que puede apropiarse parte de ese poder que ántes de su aparicion »ejercia la naturaleza sobre el universo entero. Se puede así pre»ver el momento en que la tierra no producirá más que plantas »cultivadas y animales domésticos, en el cual la seleccion del »hombre habrá suplantado á la seleccion natural y entónces el »Océano será el sólo dominio en donde puede ejercerse, en lo suce»sivo, el poder que desde hace innumerables años reinaba como »árbitro supremo de los destinos de la tierra.»

En una de las sesiones del Congreso paleoantropológico de Paris, M. Broca presentó una curiosa exposicion de las trasformaciones que ofrecen las partes sólidas de la cabeza del hombre. Comparando el cráneo del chimpancé con los paleolíticos de Neandertal y Eguisheim, los de un Australiense y un Frances moderno, resultó que se graduaban de un modo notable en el mismo órden en que los hemos enumerado. En el prefacio de su obra *Lugar del hombre en la naturaleza*, dice Huxley, hablando del intervalo zoológico entre el hombre y los animales, lo siguiente:

«Me sucedió un dia, en Suiza, que permanecí muchas horas solo, »y no sin ansiedad, en la cúspide del ventisquero de los *Grand's Mu»lets*. Cuando contemplaba á mis piés el pueblo de Chamounix, me »parecia situado en el fondo de un prodigioso abismo. Prácticamen»te considerado éste, era inmenso, pues ignoraba completamente »el camino de bajada, y si hubiese tratado de buscarle solo, me hu»biera perdido infaliblemente en las grietas y hendiduras del ven»tisquero de los *Bossons*; á pesar de esto, sabia que el intervalo que »me separaba de Chamounix, aunque para mí infinito, habia sido »atravesado centenares de veces por personas prácticas en el terreno.

»El sentimiento que experimentaba entónces, vuelvo á sentirlo »cuando considero á la vez á un hombre y á un mono. Tengo se- »guridad que del uno se ha pasado al otro por un camino desco- »nocido. Ahora la distancia que separa á ámbos es igual á la de »un abismo.»

Como ya hemos dicho, la talla del hombre primitivo fué más bien pequeña que grande, y su tipo parecido al de los Esquimales. Debia usar el cabello y la barba largos, no conociendo instrumentos con que cortárselos, á no ser que se los arrancase ó emplease el fuego como epilatorio. La fuerte proeminencia de la parte inferior de la region frontal puede aplicarse y provenir, tanto del género de vida dentro de las cavernas, como del estado de alarma contínua en que siempre se hallaba. En el estado salvaje, la vida es sumamente inquieta, y los animales inofensivos, como por ejemplo el antílope, tienen que buscar por término medio una vez todos los dias su salvacion en la fuga. Si este hombre que vive entre los bosques, las fieras y los brutos, tiene una religion, puebla con ella el mundo de espectros invisibles, imponiéndose á sí mismo los sufrimientos y deformaciones más terribles, y el temor de un peligro vago, indefinible, aterrador, domina todos los actos de su vida.

Segun la opinion generalmente adoptada, las artes é instrumentos más sencillos han sido inventados separadamente por diversos pueblos y en partes diferentes del mundo. Los monos usan palos para apoyarse, se construyen cabañas y emplean piedras para partir las nueces y demás frutos de cáscara dura. De esto, á usar una afilada para cortar, no hay más que un paso, que no pudo ser difícil de realizar. A uno se añadió otro, y el progreso constante, segun el cual van mejorando á cada instante las condiciones de la vida humana, parece augurar para nuestra posteridad un dia feliz en que lleguen á desaparecer todos los males que nos aquejan. Este objeto es el más noble de todos los que pueden animar al hombre, y si ni nosotros ni nuestros hijos llegamos á tocar tan feliz resultado, nuestros descendientes gozarán de él y nos mirarán con el mismo respeto y veneracion que consideramos á las lejanas sociedades de que hemos estado tratando, y de las cuales hemos recibido los primeros impulsos, que nos han traido á nuestra situacion actual, tan superior á la suya.

RECAREDO DE GARAY Y ANDUAGA.

Minas de los Silos de Calañas, 12 de Abril de 1870.

ESTADO GENERAL DE INGLATERRA

EN EL SIGLO XVII.

Á LA SEÑORA DOÑA MARÍA DE LOS DOLORES MURIEL,

VIUDA DE GUTIERREZ DE CASTRO.

Mi buena y querida hermana:

El fragor de la horrenda catástrofe se va perdiendo por la accion del tiempo en la inmensidad del espacio.

Quedan, sin embargo, sitios en los cuales el dolor es perenne, y cada dia más agudo: nuestros corazones.

Volvamos, pues, á nuestro Isidoro al seno de la sociedad doméstica, de la que era tan amante: sustraigámosle á las profanaciones de la política, que era la sola cosa que á él y á mí nos separaba, entre tantas que nos unian.

Pero no seamos egoistas con la literatura, que es una segunda familia: no tenemos derecho de privarla de sus afanosos y largos desvelos; que ántes bien debemos honrar su memoria publicando algunos de sus terminados ensayos, pues son inequívocas muestras de su laboriosidad, de su sano criterio, y de sus generosos sentimientos.

Al publicar el presente, permíteme que te lo dedique en su nombre, ya que él te ha dedicado—en vida—todos sus cuidados y todos sus pensamientos.

Siempre tuyo,

Plácido de Jove y Hévia.

Madrid 25 de Abril de 1870.

PRÓLOGO.

He intentado escribir la historia de la revolucion inglesa de 1688.

Pero este acontecimiento, comprendido en una época de corta duracion, apénas suministra, por sí solo, materia para llenar un volúmen. Además, un episodio histórico, por interesante que sea, nunca se lee con gusto si no se acompaña con noticias generales del país á que el historiador se refiere.

Por esto, y con el fin de amenizar la lectura de esta obra, he reunido en su primera parte las noticias más exactas y minuciosas sobre el estado general de Inglaterra en el siglo XVII, con algunos datos estadísticos acerca de su agricultura, industria y comercio, y he tratado de describir sus usos y costumbres en aquella época: finalmente, he dado una idea de la religion del país, y del curso que allí siguieron la literatura, las ciencias y las artes.

Debo á un ilustrado amigo, que no me permite publicar su nombre, la adquisicion de muchos datos que figuran en esta obra, extraidos de los archivos y bibliotecas de Lóndres. El ha sido no pocas veces mi censor y mi guia, para lo cual lo califican eminentemente su larga permanencia en Inglaterra y su familiaridad con la literatura de aquel país.

Es mi ánimo continuar en breve la historia de aquella revolucion, que inauguró una nueva era política. Entre tanto, ofrezco al público como ensayo estas páginas, acogiéndome á su benevolencia y respetando su censura.

INTRODUCCION.

La Inglaterra del siglo XVII era una potencia de segundo órden que figuraba al lado de la Polonia, Suecia, Dinamarca, Venecia y Holanda. Ni la importancia que adquirió bajo el Protectorado, ni el buen estado de su marina, que ya aspiraba al señorío de los mares, pudieron elevarla al rango de primera nacion entre los Estados europeos: porque si hemos de contar por siglos la vida política de las naciones, la Inglaterra, durante aquel período, tuvo ménos glorias que reveses, pudiendo decirse que aunque prosperó en épocas excepcionales, su estado normal fué la decadencia.

La desastrosa guerra civil que privó del trono y de la vida al mal aconsejado Cárlos I, rebajó en mucho la consideracion de que gozaba aquel país entre sus vecinos y aliados. Los reyes de Europa miraban con horror el espectáculo de un pueblo enfurecido que osaba pedir cuentas á su legítimo monarca y le hacía expiar sus faltas en un cadalso. Los historiadores y los publicistas por su parte, aplicándose á controvertir el nuevo sistema político de la Inglaterra, no escaseaban las invectivas ni los injuriosos epítetos para conseguir su objeto. Eran los Ingleses, segun ellos, un pueblo anárquico y voluble, que sin conocer más autoridad que la fuerza ni más derecho que la rebelion, asesinaba á sus Príncipes para rehacer sus leyes. Llamábanles raza maldita de Dios: impía, porque exhumaba los cadáveres; inhumana, porque descuartizaba á los católicos; cruel, porque daba tormento á los sectarios disidentes.

El Español odiaba al Inglés con todo el encono de su celo religioso. Un pueblo sobre quien pesaba el anatema de la Iglesia romana, era á los ojos de los Españoles un pueblo de leprosos. Como nacion, se consideraban muy superiores á ellos, y hacian alarde de su valimiento, cual suele hacer con el débil el poderoso y fuerte. Un solo ejemplo citarémos en apoyo de esta verdad.

Poco tiempo después de la ejecucion de Cárlos I se presentó en España el Embajador de la República Británica, Mr. Asham. Habia tenido éste que pedir auxilio á las autoridades del país para resguardarse del pueblo que le perseguia con amenazas; pero la escolta que á instancias suyas le acompañó desde Cádiz á Madrid, no fué bastante para contener el torrente de insultos con que le asediaban por todas partes. En fin, la noche de su llegada á la corte, miéntras cenaba en compañía del intérprete de la misma embajada, fué asaltado, herido y muerto por cuatro espadachines. Tan escandaloso agravio, que no tenía ejemplo en la historia de los pueblos cultos, movió al Gabinete inglés á pedir una satisfaccion completa al de Madrid; pero éste, que temia más la opinion pública qne la ira de una República naciente, desestimó la demanda, y dió, al parecer, tiempo á que se fugasen los asesinos, castigando sólo á uno de ellos. La República comprendió que el Gobierno español no tenía fuerza para sobreponerse al furor del pueblo, y conociendo asimismo su propia debilidad, se dió por satisfecha con tan triste reparacion.

No era mayor el caso que hacian las demás naciones de los In-

gleses. Jamas se pedia su intervencion en los Congresos europeos. Su influencia política era tan escasa, que rara vez se veia la carroza de un Embajador británico en las Córtes extranjeras. El desprecio con que se les miraba era hijo á veces de la ignorancia. Cuentan que Margarita de Este, solicitada en casamiento para el Rey Jacobo II, preguntó sorprendida:—«¿Qué país es Inglaterra?» Los Ingleses, por su parte, poco acostumbrados al trato exterior, respondian con la misma indiferencia. Cornbury, Ministro de Estado, estando un dia con el Embajador de Francia, le oyó hablar de los círculos políticos en que estaba dividido el territorio aleman: —«¿Y qué tienen que ver—respondió aquel Ministro—los círculos con la Alemania?»

Tal era la importancia política de la Iglaterra en la época á que nos referimos. Oliver Cromwell la sacó del olvido; pero á la muerte del usurpador volvió aquel país á ser presa de las discordias civiles, que no cesaron de desgarrar su seno hasta la paz de Riswick.

El estado material del pueblo inglés se resentia naturalmente de las conmociones políticas. País pobre, estéril, despoblado y víctima del rencor de los partidos, la Inglaterra veia á menudo interrumpido su comercio, abandonados sus puertos, inerte su marina mercante. La agricultura, presa en las garras del feudalismo, era como una madre débil y extenuada, cuyo seno enflaquecido apénas daba jugo al afanoso cultivador; las ciencias y las artes buscaban proteccion en la Corte de Luis XIV; la propiedad luchaba con la rapiña; la seguridad pública descansaba en la fé de los malhechores.

Esta triste condicion, exagerada sin duda por los escritores de la época, era causa de las ideas extravagantes que formaban de Inglaterra los pueblos más civilizados. Corrian mil fábulas absurdas sobre el clima de aquel país y sobre las costumbres de sus habitantes. La situacion de las islas Británicas, en un rincon de Europa, y separadas por el mar de los pueblos del continente, debió prestarse mucho á estas falsas suposiciones en un siglo en que tan poco se viajaba y cuyo principal carácter era la credulidad. El viajero se arredraba al saber que los isleños no conocian el pan ni el vino y que se alimentaban de carnes crudas y cerveza. Decíanle que no veria allí la faz del sol; que viviria entre espesas nieblas y en un pepétuo diluvio. Suponíase que los huracanes derribaban

las casas; que los rios se salian de madre, inundando los campos y destruyendo las cosechas; y habia quien aseguraba que las nieves cubrian el suelo en todo tiempo á la altura de tres piés. El clima de la Siberia era sólo comparable, para la generalidad de las gentes, al de aquellas islas.

Las posteriores generaciones les han hecho más justicia. Shakspeare nos ha dado ideas más exactas del carácter de sus compatricios; Bacon nos dá un ejemplo de su inteligencia; Milton nos prueba que no eran extraños á la sublimidad del pensamiento. La Escocia de Walter Scott está muy léjos de ser una isla árida, desierta ó inclemente. Hoy dia sabemos que la nacion inglesa es un pueblo generoso y hospitalario, cualidades que no se adquieren con el andar de los siglos. En su suelo protector encuentran asilo los párias de todos los países; asilo que les niega la Europa cuando el furor de las facciones políticas los arroja de sus pátrios hogares. El viajero que en estos últimos tiempos ha podido admirar el mágico Palacio de Cristal, recordará á los pueblos venideros cuánto ha logrado engrandecerse una nacion pequeña é insignificante en su orígen, empero familiarizada desde su infancia con la industria y el trabajo.

Prosigamos ahora nuestra tarea, tratando de describir la Inglaterra del siglo XVII, y de distinguir entre la fábula y la historia.

CAPITULO I.

LONDRES.

Descripcion de la capital.

Sentada en las márgenes de un rio caudaloso, pero turbio y pestilente, la capital de Inglaterra parecia entónces querer justificar con su tenebroso aspecto la opinion desfavorable que de todo aquel reino mantenia el extranjero. Dominábala en parte la prision de la Torre, ostentando sus negras murallas de ladrillo, sombría y silenciosa cual mansion de criminales. Las agujas góticas de la Abadía de Westminster, descollando por encima de la vieja poblacion, se dibujaban al léjos como dos fantasmas en medio de una atmósfera compacta y cenicienta. Veíanse asomar las torres y campanarios de los templos, y por todas partes multitud de chi-

meneas envolvian constantemente la ciudad entre súcias tinieblas.

Navegando rio arriba, y á medida que se acercaba la poblacion, variaba el cuadro de aspecto. A derecha é izquierda del Támesis habitaban en mal construidas casuchas los barqueros y pescadores, que solian dar posada á la marinería, haciendo tambien oficio de constructores y herreros. No existian entónces los bellos edificios de Woolwich y Greenwich, ni los espaciosos diques que son la admiracion de los marinos. Los buques mercantes que estacionaban apiñados desde la Torre al puente de Lóndres, no encontraban siempre donde depositar sus efectos, y á veces tenian que constituirse en tiendas y almacenes flotantes. El desembarque se hacia en vários muelles pequeños de madera, cuya construccion, que databa del reinado de Isabel, era tan mezquina que apénas merecian el nombre de tales.

Al entrar en la ciudad, llamaban particularmente la atencion dos grandes monumentos: el Puente y la Columna. El Puente era una mole informe de piedra que descansaba sobre 19 arcos y tenía 1.300 piés de longitud. Sobresalian por encima de los antepechos unas malas habitaciones de madera, de feo é irregular aspecto, y sus aceras se veian constantemente ocupadas con várias tiendecillas y puestos portátiles, á manera de los que se ven hoy en el de Rialto en Venecia. La Columna era un monumento dórico tal cual se vé hoy dia, que tiene 202 piés de elevacion, construida en 1666, y debida á los pobres ingenios de Wren el arquitecto y Cibbers el escultor.

La ciudad se dividia en dos barrios principales: la City y Westminster. Este último era el sitio aristocrático de la capital, por hallarse en él la Corte, el Parlamento, los palacios de la nobleza, los teatros, los cafés y los puntos de reunion de la sociedad escogida. La City era la residencia del comercio, de la toga, del pueblo industrial y mecánico, y comprendia en su recinto la Bolsa, la Aduana, los tribunales y las oficinas del Lord Corregidor.

El aspecto interior de la ciudad daba una idea bien triste de la cultura de sus habitantes. Las calles eran angostas, tortuosas, oscuras y sucias. No se conocian cañerías, ni alumbrado, ni empedrado. Las plazas públicas sin verjas, árboles, ni asientos, eran en general depósitos de escombros ó inmundicias. Las casas eran pequeñas y sombrías, construidas de madera y tierra con tan poca solidez, que parecian querer sostenerse unas á otras; siendo rara

la fachada que contaba 16 piés de ancho, y muy pocas las que tenian cuatro huecos de luz. Constaban por lo regular de dos ó tres pisos, y en algunas se veian unos grandes balcones de madera, á modo de galerías, que ocupaban la fachada á lo ancho de extremo á extremo. Otras, edificadas con más esmero, figuraban en la planta dos semicírculos salientes como si fueran dos torreones unidos al hueco de entrada y embutidos en el plano de la pared exterior. De esta clase de construcciones se ven aún muchas en vários puntos de Lóndres y se conoc n con el nombre de Isabelinas, ó de estilo Isabelino, por datar del tiempo de la reina Isabel.

Al internarse en la poblacion se observaba con extrañeza, que ni las casas estaban numeradas ni bautizadas las tiendas con nombre alguno. Consistia esto, en que la mayor parte del pueblo no sabia leer, y así era mucho más fácil y comprensible señalar una carnecería con una vaca mal pintada y una posada con un caballo de barro.

Los edificios públicos y los palacios de la nobleza se construian de ladrillo, echándosse de ver en ellos el estado de languidez de las artes. La Abadía de Westminster era el único monumento que llamaba justamente la atencion, á pesar de hallarse rodeada de una multitud de casas de mala apariencia que afeaban y limitaban el golpe de vista exterior. Entre los demás templos sobresalia la catedral de San Pablo, que aún no estaba concluida de edificar, fábrica pesada y poco elegante, si bien construida con magnificencia. Los palacios reales de San Jaime y Whitehall, eran edificios monstruosos, adornados interiormente con más lujo que gusto ó elegancia. La Torre de Lóndres, que siglos atrás habia servido de palacio y prision al mismo tiempo, estaba entónces destinada á este último objeto, y era una inmensa fortaleza de piedra y ladrillo, rodeada de un ancho foso que llenaban en todo tiempo las aguas del Támesis. El pueblo la miraba con horror, recordando los sangrientos dramas de que habian sido testigos sus lóbregos subterráneos. Su construccion fué debida á Guillermo el Conquistador, que en 1078 la hizo levantar sobre los cimientos de unas ruinas romanas, y su mayor mérito consiste en la solidez de sus murallas.

Los teatros ingleses de aquella época no merecen mencionarse como edificios. De los tres que figuraban en Lóndres, el más concurrido á principios del siglo XVII era el del Globo, del que era propietario y principal actor Guillermo Shakspeare, cuyo nombre

sólo bastaba para atraer á los espectadores. El de Drury Lane no llegó á adquirir nombradía hasta mediados del siguiente siglo, bajo la direccion del célebre Garrick. El de Covent-Garden figuró posteriormente.

Las fondas y hospederías de la capital eran tan mezquinas en la apariencia como los demás edificios que acabamos de describir, pero era muy de notar el buen trato y las comodidades que en ellas encontraban los viajeros. Las habitaciones estaban generalmente provistas de grandes chimeneas y mullidas camas: la mesa siempre cubierta de buenos manjares, jamon de Hampshire y pudding de York, vinos de Burdeos y de Canarias; en fin, la asistencia era esmerada y respetuosa. La limpieza que reinaba en ellas las hacia muy superiores á las malas posadas de España, Francia é Italia, países en que los viajeros de distincion tenian que hospedarse en los conventos y monasterios.

Las tiendas estaban agrupadas en tres ó cuatro puntos de la ciudad. En el Puente estaban los que vendian efectos marítimos. En la Bolsa habia cuatro pasajes ó galerías ocupadas exclusivamente por las tiendas de mercería y artículos de moda. En Covent-Garden estacionaban los puestos de abastos, y por las demás calles circulaban una infinidad de tenduchos portátiles llamados *liquor shops*, en que se vendian frutas, vinos, licores y refrescos.

Lóndres poseia además una Academia de Ciencias, vários cafés y círculos literarios, clubs, paseos, y algunos establecimientos de beneficencia fundados por los francmasones.

No se veian entónces las hermosas haciendas y casas de campo que hoy pueblan los alrededores de aquella capital. Desde el terraplen de su morada podia observar el noble Lord la caza mayor del bosque de Epping, siendo entónces Islington un desierto; Chelsea, un páramo; Piccadilly, un grupo de malas casas; la hermosa calle del Regente, un matorral donde se cazaba la chocha y la perdiz, y Oxford Street un campo infestado del que todos huian, porque allí se habian sepultado los cadáveres de las 100.000 víctimas de la peste en 1665.

La salubridad pública debia resentirse del poco aseo de una poblacion que carecia de policía urbana. En la época lluviosa se trasformaba la ciudad en un tremedal intransitable. Además del lodo que era natural y constante por la falta de empedrado, corrian por todas partes torrentes de agua buscando un nivel donde estan-

carse. Para remediar esto se habia construido un albercon descubierto en medio de la calle más céntrica de la poblacion que era la llamada Fleet Sheet, nombre que aún conserva. En este depósito venian á precipitarse las aguas que bajaban de Snow-Hill y Ludgate Hill, barriendo los puestos de carne y verdura que encontraban á su paso, lo que les daba un color sanguinolento y un olor fétido en extremo.

En verano mudaba la escena. Pirámides de cascajo obstruian el paso por todas partes. La plaza de San Pablo en la City era en aquella época una de las más irregulares de la poblacion. La construccion de la catedral, que ya hoy se levanta orgullosa en el centro de su area, era causa de hallarse allí aglomerados multitud de materiales que servian de parapetos á la prostitucion y al desórden. La plaza de San Jaime, que era el centro de la aristocracia, se convertia en un muladar inmundo, donde hallaban sepultura los perros, gatos y caballos que morian en el vecindario. Esto era tanto más de extrañar, cuanto que allí tenian su residencia los poderosos Duques de Ormond y Norfolk, los Condes de Penbroke, y entre otros personajes de no menor lustre, una linda marquesa favorita del rey Cárlos II; por lo cual es fácil suponer que aquel ilustre galan estaba muy familiarizado con el lugar que describimos.

Un viajero frances que llegó á Lóndres á principios del siglo XVIII, después de haber recorrido todas las córtes de Europa, pinta con vários colores el sucio estado de aquella capital, que no podia compararse, segun él, con el de ninguna otra del continente. Pero de todas las descripciones que tenemos á la vista, ninguna merece mayor crédito que la que nos dejó el agudo y satírico ingénio de Gay en su obra titulada «Trivia, ó arte de andar por las calles de Lóndres.» En ella leemos las contínuas molestias y asechanzas que rodeaban al extranjero en aquel intrincado laberinto. Si se le ocurria pasear por la plaza de Covent-Garden, los pilluelos le arrojaban frutas y legumbres, las verduleras le manchaban adrede sus vestidos y le aturdian con sus pregones. Si se detenia un momento distraido con las bufonadas de algun payaso ambulante, los rateros le limpiaban el bolsillo. En los cafés era víctima del petardista; en las tiendas le vendian lo viejo y desusado por artículo de moda; y rara vez se evadia de los lazos de alguna princesa desventurada, que sin más armas que sus atractivos, le

obligaba á dejar su fortuna en el altar de la Vénus pública. La canalla era tanto más temible, cuanto que contaba con la impunidad de sus fechorías, y el extranjero, sin proteccion ni auxilio, se veia insultado á cada paso y expuesto al ludibrio de las gentes. Ni podia vengar sus propios agravios, porque nunca faltaba un pugilista que, ayudado de las turbas, le obligara á retirarse mohino y estropeado. Su clase, rango y distincion no le ponian á cubierto de un lance desagradable, ni la prudencia le servia para eludir un desafío á Montague House ó una riña en campo abierto.

La seguridad pública en general estaba igualmente desatendida, y de aquí resultaba que los malhechores se creian, con razon, verdaderos héroes de la Edad Media. La completa oscuridad en que quedaba la poblacion durante la noche favorecia los planes de aquellos criminales, facilitándoles la fuga en caso de sorpresa. En el reinado de Cárlos II propuso cierto Mr. Hemmins un proyecto de alumbrado, que, aunque mezquino é ineficaz, no obtuvo el éxito que su autor se prometia. Limitábase éste á pedir que se obligara á los ciudadanos á costear y colocar un farol de diez en diez puertas, cuya luz, que sólo debia brillar en la estacion de invierno, podria economizarse en las noches de luna, Esta idea, á pesar de su pequeñez, fué acogida como lo son siempre las mejores urbanas en los pueblos de poca cultura; es decir, que obtuvo censuras sistemáticas y aplausos inmerecidos. Unos la reputaban digna de Arquímedes: otros la creian invencion de algun traficante ávido de ganancias. El Gobierno, atacado diariamente por los partidarios de uno y otro bando, dispuso que cada vecino acomodado alumbrase la entrada de su propia casa: de modo que las calles en que habitaba la gente pobre ó vagabunda permanecieron en tinieblas, y el resto de la ciudad mejoró muy poco.

Para allanar este inconveniente, se apostaban de noche en los puntos más frecuentados cuadrillas de muchachos con hachones encendidos, brindándose á acompañar á los transeuntes mediante una corta retribucion. Hamilton nos refiere los apuros de un cortesano que se vió obligado á echar mano de este pobre recurso.— El Conde de Gramont, que gozaba de gran valimiento en la corte de Cárlos II, era un asíduo concurrente á la tertulia de la Reina. Obligado por el mal estado de su fortuna, que no le permitia andar en carroza, quiso una noche llevar consigo un hachonero que le acompañara hasta Palacio. Grita al pasar, y acuden como por

encanto una turba de muchachos disputándose la preferencia. El Conde se impacienta, y le insultan, amenazan y le salpican de brea; huye, y la turba infernal le persigue dando espantosos alaridos. Inmediato ya á las puertas de Palacio, el apurado cortesano, temiendo mayor escándalo, les arrojó un puñado de monedas, con lo cual logró distraerlos y refugiarse en la Real Cámara; pero la Reina, instruida del suceso, le dice haciendo ascos: «Me aseguran que el chevalier no tiene carroza.—El Conde titubea retorciéndose el bigote.—No es por falta de fortuna, replica un cortesano, porque esta noche ha traido un lucido acompañamiento.—Pues yo creia que fuese algun entierro, añade un tercero.—¿Sabes, Gramont, le dice en fin el Rey, que la brea tiene olor detestable?» El pobre Conde, afectando buen humor, se vió entónces precisado á contar su ridícula aventura, y en esto se divertia la Corte de Inglaterra.

La fuerza civil destinada á velar por la seguridad pública, se reducia á un cuerpo de 1.000 serenos. Esta especie de milicia fué creada por un decreto del Consejo, no sancionado por el Parlamento, y obligaba á todos los ciudadanos ricos y pobres á desempeñar por turnos aquel molestísimo cargo; pero sucedia diariamente que unos se eximian abonando un sustituto, y otros pasaban la noche en las tabernas olvidados de su deber. No era pues de admirar que existiesen en Lóndres numerosas bandas de malhechores que habian sabido erigir el robo en sistema y burlar la vigilancia del angustiado propietario. Engreidos con su impunidad, solian aquellos malvados introducirse en los altos círculos de la sociedad, frecuentaban los principales cafés y casas de juego, y aun llegaron á pisar osadamente los salones del Real Palacio. Veíaseles montar soberbios corceles en Hyde Park, sostener crecidas apuestas en las carreras de New-Market, y disipar su mal adquirida fortuna con las cortesanas, al igual de un Duque de Buckingham. Si la justicia ó la Providencia llegaba alguna vez á descubrirlos, no faltaba un noble Lord ó alguna dama de distincion que rompiese sus cadenas, y el bandido, recogiendo su máscara, volvia libre y triunfante al campo de sus hazañas.

A la cabeza de una de estas gavillas estaba entónces el llamado coronel Blood, cuya odiosa notoriedad reclama un lugar preferente en la tradicion y en la historia. Derivaba aquel su distincion de un mando que obtuvo bajo Cromwell en el ejército de la Repú-

blica, y sus cómplices eran, como él, antiguos oficiales que la Monarquía habia destituido. Estaban organizados bajo el sistema ɔp las sociedades secretas, obligándose por un solemne juramento á asesinar al Rey, Ministro ú otro cualquier personaje que contribuyese á la justicia de alguno de ellos. Blood habia llegado á adquirirse una posicion brillante en la alta sociedad, donde era más admirado por su ingenio que temido por sus crímenes; y así nos lo dice Evelyn, que habiendo asistido un dia en su compañía á la mesa de Sir Tomas Clifford, se admiraba de que «un hombre de »fisonomía tan perversa pudiese producirse en un lenguaje tan »elegante y persuasivo.» Las principales hazañas de aquel bandido habian sido: la captura del Duque de Ormond y su comitiva, que ejecutó á la luz del dia en la concurrida calle de San Jaime; y entre otros ataques no ménos escandalosos contra la persona del mismo Rey, el atrevido robo de los diamantes de la Corona. Cogido en este último atentado, fué socorrido en su prision por el Rey Cárlos II, quien, en pago de su osadía, le perdonó sus delitos, señalándole una pension vitalicia. Así la justicia de aquellos tiempos, transigiendo con el crímen, obligaba á los ciudadanos á buscarse los medios de defensa; y el malhechor, elevado hasta el heroismo, adquiria una reputacion novelesca, cuyos funestos resultaos han venido de siglo en siglo interrumpiendo el progreso de la moral pública.

De igual manera llegó á formarse en Lóndres el famoso asilo de Whitefriars. Habia existido tiempos atrás en la City un convento de Trinitarios, que tenía el derecho de poder albergar á los deudores; pero este edificio, derruido ya en la época de la Reforma, fué remplazado por una multitud de casuchas, aisladas de las demas, y formando como un barrio aparte, donde se conservó el mismo derecho de asilo en fuerza del uso y de la tradicion. Allí habitaban en escandalosa compañía y vida licenciosa una turba de asesinos, estafadores y prostitutas de todas clases y edades; escuela de inmoralidad y de infamia, donde la juventud de ámbos sexos se abandonaba, en edad temprana, al más afrentoso comercio. Cuando la justicia se arriesgaba á penetrar en la «ciudad del crímen» para extraer algun malhechor que usurpaba el privilegio de los deudores, dábase el grito de alarma *rescue*, y al momento salia de sus guaridas la feroz canalla dispuesta á rescatar al detenido. Los hombres se armaban de puñales, los niños de piedras y

bastones; las mujeres, medio desnudas, echaban mano á mil proyectiles é instrumentos de cocina. La fuerza armada no conseguia jamas capturar un criminal sin entrar en un combate sangriento; y no pocas veces, acosada por el número, consentia vergonzosamente en abandonar su presa. Este asilo duró hasta 1697.

Este triste estado de cosas nos admira tanto más, si consideramos que Lóndres era ya en aquellos tiempos la capital más populosa de Europa. Su poblacion ascendia á 530.000 almas, cuando Paris sólo contaba 480.000, Amsterdam 300.000, Venecia 130.000, y Roma 125.000. De Madrid y Viena no hay que hacer mencion, porque eran capitales nacientes. De la poblacion total de Lóndres hay que separar 30.000 extranjeros que habian emigrado á aquel país por causas políticas ó religiosas, huyendo de la crueldad de un Alba ó de la tiranía de un Luis XIV. Las memorias de aquella época nos dicen que los barrios de Spithfields y St.-Giles estaban habitados exclusivamente por Franceses hugonotes.

¿Quién podrá conocer por esta descripcion á la moderna capital de la Gran Bretaña? Tal, sin embargo, nos la pinta la crónica de aquella época. Veamos ahora si el país en general correspondia dignamente á la parte que llevamos trazada.

CAPITULO II.

EL ÁREA DE INGLATERRA.—DESCRIPCION GENERAL DEL PAIS.

Country (campo) es el nombre con que siempre se ha designado en Inglaterra á toda el área del reino con exclusion de la que abraza la metrópoli. Este territorio, cuya mayor extension es de 88 leguas de N. á S. y 64 de E. á O., se dividia ya en el reinado de Cárlos II en 52 condados ó *shires*, y todos ellos comprendian 52 ciudades, 641 villas y 9.725 aldeas. De las primeras, las más populosas eran: Bristol con 25.000 habitantes; Manchester con 8.000; Sheffied con 2.000; Birmingham y Liverpool con 4.000; York y Exter 10.000; Leeds y Shrewsbury 7.000; Worcester, Nottingham, Derby y Glocester 8.000; y la poblacion de estas 13 ciudades reunidas, componia un total de 110.000 habitantes, que es justamente la mitad del número con que cuenta hoy Liverpool.

Por esta proporcion podrá el lector hacerse cargo del anterior

estado de aquellas ciudades, cuyo atraso era en parte consiguiente á la falta de poblacion. Algunas habia de las que más figuran hoy, como son Liverpool, Manchester, Birmingham, Leeds y Sheffield, que ni aun siquiera estaban representadas en el Parlamento; lo cual no nos debe admirar, si consideramos que la prosperidad de que hoy gozan, es debida al desarrollo de su comercio exterior. Pero en aquella época, sólo Bristol negociaba con las Antillas; Manchester fabricaba para el país; Newcastle traficaba con Lóndres; Liverpool con Irlanda; Birmingham era un villorro de malos herreros, y Sheffield lo mismo, con corta diferencia. Por lo demás, no habia una sola ciudad que mereciera el título de segunda capital; pues Bristol era sólo nombrada por ser la más populosa; Oxford y Cambridge por sus universidades; Norwich por sus telares; York y Durham por sus catedrales. Lóndres era la única ciudad de Inglaterra que podia sostener un teatro, un club, un café y una Academia de Ciencias. Allí tenian su residencia el alto clero y la alta nobleza; era el centro de la política, el foco de las luces y de la civilizacion; de modo que nunca pudo decirse con más propiedad, Lóndres es Inglaterra.

Y en efecto, habia tanta distancia en punto á civilizacion, de un Londeño á un provinciano, cuanta puede existir de un Europeo á un salvaje del Norte de América. Esto consistia en los pocos medios de comunicacion conocidos, sobrados para difundir entre los pueblos la corrupcion de la corte, pero harto escasos para llevarles la cultura, ó estimularlos al progreso material. Así se veian los caminos convertidos en cenagales, los campos inundados por las aguas, las aldeas destruidas por la miseria, y las ciudades atrasadas en un siglo respecto de las del continente; triste, aunque inevitable, condicion de un pueblo que no salia de la anarquía, sino para caer en el despotismo. Pero las artes, hijas del liberalismo de nuestra época, han convertido la Inglaterra en un vasto y delicioso jardin. El sistema político del siglo XIX, prohijando el génio creador de los Ingleses, nos está demostrando que los pueblos no prosperan sino á la sombra de la libertad bien entendida.

Los medios de comunicacion que entónces se conocian, eran unos coches-volantes que salian de la capital para Oxford y Cambridge tres veces en la semana; y unos malos carruajes, parecidos á nuestras galeras ó carro-matos, que iban del mismo punto á York, Exeter y Chester en ciertos dias determinados. El coche-volante,

importacion del continente, empezó á usarse en el reinado de Cárlos II, y puede decirse que produjo una revolucion muy semejante á la que han ocasionado los ferro-carriles en nuestros dias. Inútil es decir que las clases interesadas clamaban al cielo para que las librase de tan enojosa novedad, y que los amantes del progreso aplaudian con el mismo fervor una mejora de tanta importancia. Los publicistas tomando, como de costumbre, parte activa en la contienda, avivaron de tal modo el fuego de las opiniones, que ni se hablaba de otra cosa, ni parecia sino que el pueblo inglés habia sido llamado en masa para discutir algun grave negocio de estado; y tal nombre mereció la polémica, pues se la llamaba *the grand concern*, esto es, «la cuestion magna». Entre los muchos folletos que acerca de esto circularon, citarémos uno que publicó Cresset, titulado «razones para suprimir los coches-volantes», por las cuales «razones» puede verse con qué puerilidades ha luchado siempre el sano espíritu de innovacion.

«El coche-volante, decia Cresset, arruinará á los arrieros y car»reteros. ¡Ay del pobre posadero de Beaconsfield y del barquero »del Támesis!—¿Y qué comodidades ofrece el nuevo carruaje?— »Es frio en invierno, caloroso en verano. Sale tan temprano, que »no nos da tiempo para almorzar, y llega tan tarde á su destino, »que no hay que pensar en cenar. No se hable de su velocidad, »porque esa será causa de peligrosos vuelcos. Además, la poca co»modidad que pueda proporcionar al viajero, redundará en per»juicio suyo, porque le hará olvidar el noble arte de montar á ca»ballo, de que tanto se gloriaron nuestros antepasados.»

Hay que advertir que la velocidad de esta clase de carruajes, se reducia á caminar 12 leguas diarias, y su comodidad era la que puede esperarse de un coche sin muelles. Sin embargo, hubo hasta corporaciones municipales que dirigieron exposiciones á Cárlos II, pidiendo que «ningun coche-volante (ya que el mal no podia cor»tarse de raíz) usara más de cuatro caballos, ni hiciera más que un »viaje al dia, ni emprendiera jornada mayor de 30 millas.» No sabemos lo que dispuso el Gobierno, pero nos consta que los coches-volantes siguieron sin interrupcion en el servicio público.

No se conocian en Inglaterra sillas de posta, ni se creian necesarias en un país que no tenia comunicacion alguna por tierra con el extranjero. Las embajadas de las potencias continentales desembarcaban el personal y la correspondencia en los muelles del

Támesis, y así no echaban de ménos la falta de trasportes acelerados. Cuando el Rey deseaba trasladarse con alguna premura de un punto á otro de su reino, mandaba colocar anticipadamente relevos de caballos de dos en dos leguas. Los nobles y personas acomodadas viajaban en coche propio, cuando el camino lo permitia, y el pobre caminaba encajonado en los carros de trasporte ó montado en las artolas de algun caballo de arriero.

Pero la falta de vehículos convenientes, era consecuencia forzosa del pésimo estado de los caminos. Las únicas carreteras que existian en el reino, eran las que abrieron los conquistadores, que á falta de mejor empleo, invadieron la Bretaña con Julio César. Habíanse restaurado algunas de estas, más bien por espíritu de interes local que por el del bien público; y aún subsisten aquellas mezquinas reparaciones, por las cuales es fácil convencerse que la ciencia de Mac-Adam no habia adelantado un paso del punto en que la dejaron los Romanos. Los caminos de herradura eran generalmente estrechos y hondos; las cuestas pendientes; los terrenos desiguales y pantanosos, sin puentes ni alcantarillas que remediaran el desnivel. Las carreteras, construidas entre matorrales, formaban crecidas lagunas en la estacion lluviosa, y era preciso ser muy práctico para no perderlas de noche, como sucedió al anticuario Thoresby, que, segun cuenta él mismo, llegó á perderse en el camino real de York á Doncaster, que es, como si dijéramos en España, entre Búrgos y Vitoria. En muchos caminos no habia más tierra firme que una estrecha senda, formada por el paso contínuo de las gentes de á pié. Entre otros, citarémos el de Lóndres á Leeds, interceptado por una laguna tan considerable, que muchas veces se veian precisados los viajeros á pasarla á nado, abandonando sus caballos. Lo mismo podemos decir del camino real de Bedford, por donde no pasaba carruaje que no se hundiera en los innumerables lodazales que lo obstruian, no bastando á veces la ayuda de todos los bueyes y caballos de las inmediaciones para sacarlos de aquellos abismos. En fin, para convencernos que nunca se podria exagerar el mal estado de aquellos caminos, nos basta leer en unas antiguas memorias la relacion de los medios ingeniosos que se ponian en práctica para viajar sin peligros.—El Conde de Clarendon llevaba siempre entre su comitiva gentes adiestradas en el arte de montar y desmontar carruajes. Cuando llegaba á un paraje cenagoso, ó de cualquier modo intransitable, mandaba des-

armar el coche, cargaban los criados con las piezas ya separadas, y volvian á unirlas cuando pasaban el atolladero. Pero el Príncipe de Dinamarca entendió mejor el artificio, pues en un viaje que hizo de Lóndres á Petworth, llevaba una tropa de robustos campesinos á ámbos estribos de su carruaje, que alertas al menor amago de vuelco, lo sostenian con sus espaldas, ya de un lado, ya de otro, ó bien suspendiéndolo en caso de mayor apuro. Gracias á tanta penosa maniobra, el príncipe y su carruaje llegaron ilesos á su destino; pero no sucedió así con los coches de su séquito, pues todos tuvieron la desgracia de hacerse añicos. Un decidor aseguraba, que no podia haber en el Purgatorio pena tan grande como hacer un viaje en coche de Lóndres á Petworth, en cuyas catorce horas habia él medido otras tantas veces con su cuerpo la distancia del suelo al carruaje.

Si á estos inconvenientes unimos la falta de buenas posadas y la abundancia de ladrones, concluirémos por justificar el alejamiento á que se condenaban los pueblos, y la soledad en que vivian los propietarios y agricultores.

Las posadas inglesas han sido de muy antiguo afamadas por su aseo y comodidades; pero esto ha debido entenderse con las principales de la corte, como dejamos dicho en el capítulo anterior; pues en lo restante del reino, la mal llamada posada era comunmente una taberna donde raras veces pernoctaban los viajeros. Las mejores llamábanse *inns*, como hoy dia, y constaban por lo regular de cinco ó seis piezas, dispuestas para comer, beber y jugar; siendo rara la que tenía más de una cama de huésped, pues las habitaciones interiores estaban reservadas para la familia del posadero. Las más comunes se conocian con el nombre de *tippling houses*, esto es, casas donde se bebe con exceso; y constaban por lo regular del *bar*, que era la pieza destinada al despacho de bebidas, el *parlour* ó sala de recibimiento, que se destinaba al viajero de categoría, y otras várias piezas donde se jugaba, se bebia y se dormia indistintamente. El adorno interior de estas posadas consistia en algunas mesas y sillas de fresno: chimeneas de anchas cornisas, donde se colocaban simétricamente pipas de barro y tiestos de peltre: paredes pintadas, donde escribian los ociosos baladas y canciones populares, y en fin, para cuidar del servicio, una muchacha alegre, robusta, nada limpia y curada de espanto. En el mostrador del despacho presidia por lo comun la dueña de la casa, ó su

hija, si era de buen gesto y sabía atraer á los bebedores. El posadero solia ser el principal consumidor de su establecimiento, amigo de todos los vagos y ladrones de fama, con quienes bebia, jugaba y partia beneficios, sirviéndoles de padrino encubridor en los casos necesarios, y así consta de las declaraciones de muchos reos que, como el célebre King, habian vivido siempre en criminal armonía con los fondistas y taberneros. Los tribunales de justicia, conocedores de sus hazañas, no vacilaban en condenar á los dueños de estos establecimientos, que sin otra industria conocida mantenian con lujo una numerosa familia. Tal era la opinion de que gozaban la mayor parte de los posaderos ingleses en aquella época; y en prueba de ello, citarémos el testimonio de Lord Mulgrave, que haciendo la relacion de un viaje, que emprendió con vários amigos suyos, habla así de una posada de las cercanías de Lóndres.—«Pareciamos una tropa de bandidos en busca de albergue »donde pasar la noche; y por tales nos tomaron, sin duda, los due»ños de la posada en donde pedimos hospedaje; pero acostumbra»dos, como deben estar, á tratar con gentes de este jaez, nos reci»bieron con el mayor agasajo, dándonos repetidas pruebas de aten»cion y de cariño.»

De la policía rural sólo tenemos que repetir lo que digimos de la urbana al hablar de la capital. En la corte y en la villa, en el monte y en el llano, polulaban igualmente los malhechores. El salteador de caminos se diferenciaba del ladron de la ciudad en que aquel era ménos malvado y más valiente que éste; porque la mayor cultura que se nota en las poblaciones, sirviendo de incentivo al hombre depravado, ennegrece más y más sus viciosas inclinaciones y le enseña á manejarse con cautela é hipocresía; pero la sublimidad de la naturaleza salvaje de los campos y el alejamiento del mundo, deben influir en el corazon humano é inspirarle en medio de su fiereza los sentimientos generosos y característicos que han distinguido á Rinaldi el Calabrés y al Andaluz José María. Los pueblos, que como dice Montesquieu obran siempre por pasion, y nunca por designio, han inmortalizado á esta clase de bandidos poetizando en romántico lenguaje la vida libre y aventurera, tipo de la antigua heroicidad. ¡Cuántas malas ideas no han engendrado entre los hombres las baladas y romances populares, que aún en el dia corren á vil precio entre las clases humildes!

Si la España, la Italia, y la Francia tuvieron sus bandidos, sal-

teadores y asesinos, la Inglaterra, en la época que historiamos, tuvo gavillas de *moss troopers*, no ménos terribles por el furor con que talaban los campos, incendiaban los caseríos y asaltaban las aldeas indefensas. La selva de Epping era en aquel entónces la Sierra Morena de Inglaterra. Los propietarios y labradores—sin más proteccion que la de sus propias armas—vivian en contínuo sobresalto. De este tiempo datan en Inglaterra la formacion de partidas rurales voluntarias y el uso de los perros de presa (bloodhounds), terribles animales que sólo en aquellas circunstancias pudieron tolerarse. Las casas de campo de la nobleza estaban fortificadas como castillos. Los cortijos y caseríos se disponian igualmente á la defensa, y no habia campesino que ántes de entregarse al sueño, no armase su fusil, preparase agua hirviendo, é hiciese repuesto de piedras enormes, para repeler en caso adverso un asalto nocturno. El pastor encerraba su ganado al anochecer; el segador guardaba bajo llave las mieses recogidas en el dia; porque todo era para él causa de recelos y precauciones desde que el sol le abandonaba.

Por esta breve narracion podrá inferirse que el número de viajeros no debia ser muy crecido; y los que obligados por su deber ó por alguna necesidad imperiosa, se aventuraban á atravesar el país, llevaban consigo fuertes escoltas de gente armada, ó bien caminaban reunidos en pelotones para poder protegerse unos á otros. Consta que los miembros del Parlamento viajaban por cuadrillas: los jueces *itinerantes*, escribanos y otros funcionarios públicos, iban siempre escoltados cuando recorrian sus distritos judiciales. Tal era el mal estado de la policía rural y el terror que infundian los bandidos.

Cuál era la riqueza pública de un pais tan maltratado, cuál el estado de su agricultura, á qué industria, á qué comercio se dedicaban sus habitantes, será la materia del siguiente capítulo.

(Se continuará.)

ISIDORO GUTIERREZ DE CASTRO.

LAS BIBLIOTECAS.

Imposible sería conocer el desarrollo, cada dia más creciente, que se advierte en las ciencias y en las artes, si la sociedad no contara con esos recintos sagrados que se llaman *bibliotecas*.

Demostrar su utilidad é influjo, encarecer su necesidad é importancia, haciéndolos simpáticos áun á los ojos de los más ignorantes, será el objeto de estas mal trazadas líneas.

Hay en el hombre dos clases de necesidades innatas, las físicas y las intelectuales, comprendiendo en estas la religion y el arte.

Si volvemos la vista á la naturaleza vírgen ó en su accion libre sin las modificaciones que establece la moralidad y la educacion encontramos al hombre salvaje que, después de satisfacer sus necesidades comunes, le gusta pintarse el cuerpo adornándose de plumas, etc.

En el órden moral se manifiestan tambien claramente las necesidades, pues primero se presenta la idea de Dios, luego la de darle culto, que ha sido general á todos los pueblos, y comprendida en ésta el arte: arte grosero y malo al principio, pero arte, al fin, lo mismo que la escritura, que sirvió para formar los libros de liturgia y á Moises para cumplir el mandato de Dios cuando le dispone después del paso del Nilo que escriba lo sucedido.

Más adelante, cuando el hombre empieza á considerarse, entra en el estudio y atesora un caudal de conocimientos que luego sirven al desarrollo de las ciencias. Esto no pudo hacerse sin una reaccion favorable del entendimiento, puesto que el arte y la cien-

cia proceden de dos orígenes distintos; el primero es producto de la inspiracion, el segundo de la reflexion: una y otro sin embargo se auxilian.

Se dice que el arte es una facultad convertida en capacidad, porque no basta ser artista, es necesario además haber estudiado para serlo, cultivar la inspiracion; de modo que aun poseyendo un rayo de fuego divino, de génio, se hace preciso el estudio para dirigir su vuelo y llevarlo á ordenada forma.

El estudio es el arsenal adonde recurrimos en todas nuestras necesidades intelectuales, como que por medio de él conseguimos remover los obstáculos que nuestra imaginacion tropieza para realizar ó demostrar un pensamiento, que hubiera fenecido á no contar con el benéfico influjo del libro y de la ilustracion.

I.

Al hacerse el estudio de las Bibliotecas en su parte histórica, divídenlo algunos en dos grandes cuerpos ó secciones, á saber: bibliotecas ántes de la imprenta y después de la imprenta. En cuya division se falta al principio de la verdad histórica, por cuanto su autor pasa rápidamente sobre el período más laborioso, pero tambien más importante de las primitivas bibliotecas, el cual sirve para demostrar con testimonios, ya que no por la fe y la tradicion, la necesidad de esos elementos de instruccion.

El orígen de los archivos ó bibliotecas, se pierde en la oscuridad de los tiempos, y puede suponerse tan antiguo como las sociedades ya constituidas en comun y organizadas con leyes, pactos y derechos.

Hácese mencion de ellos en todos los pueblos civilizados de la antigüedad, habiendo existido con un carácter particular y señalado, literario en la esencia.

A nada conducirian cuantas investigaciones pretendiéramos hacer; y no faltaria escritor que nos persuadiese de que, al crear Dios al hombre, le infundió con el dón de la palabra y de la escritura, la idea y la facultad de trasmitir á sus descendientes las

memorias de su primitiva aparicion y existencia sobre la tierra, y más tarde el resultado de las propias observaciones.

Mader, escribió un libro sobre los escritos antidiluvianos, y aun cuando en esto haya mucho de mitológico y de imaginacion, dice que Cam, hijo de Noé, salvó en el *arca* las láminas de metal en que escribió sus supersticiosas invenciones, deseoso de perpetuarlas en una materia incorruptible.

Mas no hay necesidad de invocar testimonios que únicamente se apoyan en la fe: Job, cap. XIX, vers. 23 y 24 exclama: *quis mihi tribuet ut scribantur sermones mei?*

Y si la escritura era necesaria, y apénas se concibe estado alguno de civilizacion que pudiera existir sin ella, á su orígen debe remontarse el de la conservacion de los documentos, cualquiera que fuese la forma de aquella y la materia de estos.

El libro de *Esdras* menciona el que adoptaron los reyes de Media y Babilonia para guardar sus actas y provisiones; y en los de Jeremías y Esther se hace mencion de documentos provistos de verdaderos caractéres diplomáticos, que necesariamente habian de custodiarse con seguridad.

Hemos procedido hasta ahora por induccion, dado que no es posible ofrecer pruebas, sino testimonios y conjeturas, del principio que dejamos sentado. De que no hayan llegado hasta nosotros monumentos de épocas tan remotas, no va á deducirse que no hubiesen existido nunca, y, ó hemos de suponer que la especie humana vivió en los primeros siglos desprovista de inteligencia, ó tenemos que admitir que desde el momento que tales intereses se crearon, hubo de atenderse á satisfacerlos.

Puede decirse del primitivo orígen de los archivos y bibliotecas lo mismo que de la civilizacion. Afirmamos que esta tuvo su cuna en Oriente y que, desde la India primero, y luego por medio de la Persia y Grecia, se comunicó á Europa.

Estas aseveraciones se fundan en la historia de la humanidad, en la fe que damos á los libros sagrados, y en las investigaciones de la ciencia.

Siguiendo en nuestro estudio retrospectivo, toca ocuparnos de la Grecia, cuya civilizacion retrata perfectamente el genio, el ideal humano. Ostenta bien distinto su culto intelectual en la famosa biblioteca de Alejandría.

Los Griegos tenian en tanto esta institucion, que destinaron sus

templos de Délfos y Minerva, en Aténas, para depósito de los archivos de cada ciudad, y en ellos conserbaban tambien las obras de los escritores que honraban á su pátria.

Tácito asegura que, en tiempo de Tiberio, existia aún en el Peloponeso el tratado original de este país, entre los descendientes de Hércules, cuando estos se enseñorearon de él un siglo después de la guerra de Troya. Los Mesenios, en una discordia que tuvieron con los Lacedemonios, exhibieron este tratado, que recibido por auténtico, fué seguido en sus disposiciones.

En el órden que hemos adoptado, después de Grecia viene Roma educada por la anterior, y que fué la continuadora de sus prácticas y tradiciones.

Durante el imperio se fundan várias bibliotecas, que estaban protegidas por los primeros hombres de su época, que tenian especial cuidado en atender á su fomento y engrandecimiento, como á su custodia.

Roma, heredera de las doctrinas de la Grecia, no halló sitio más á propósito para conservar los manuscritos, que los templos de Júpiter Capitolino, Apolo, Vesta y Juno; pudiendo asegurarse, segun Suetonio, que los guardaban las Vestales.

Antonino Pio fué en su época el protector de todo lo que podia hacer grande á Roma, y así concibió y realizó el pensamiento de dotar á sus provincias de lo que pudiéramos llamar Bibliotecas provinciales, cuya custodia se confió á funcionarios públicos y personas de dignidad.

Y es más, hombres como los Emperadores romanos, eminentemente militares, completamente embebidos en el arte de la guerra, que no soñaban más que en la gloria de las batallas, en los placeres del poder y en los deleites de todo género, tuvieron un momento, dias y tiempo para ordenar y formar en sus mismos palacios pequeñas bibliotecas, anexas y dependientes de su autoridad, que recibian el nombre de *sacra scrinia*, donde á la vez conservaban los memoriales, epístolas y disposiciones.

Maffey y otros autores aducen en prueba de estos hechos multitud de testimonios de Emperadores griegos y romanos, citando la órden del Emperador Tácito, para que las obras de Cornelio Tácito se pusiesen en todas las bibliotecas *et in evicis archivis*.

Pero cae el Imperio, y se conmueven los ejes de la tierra, retemblando sus cimientos al confuso ruido que forman los pueblos del

Norte, corriendo en bárbaro tropel. En su desvastadora carrera lo amenazan todo, y concluyen con cuanto pueden destruir. Aquellos hombres de feroz valor, de brazo férreo, son enemigos de la ciencia y sus adelantos, matan sus institutos, y hacen polvo archivos y bibliotecas.

Pero la Providencia, al ver en tal desamparo á la creacion, extiende su mano protectora, que hallarémos siempre unida á la historia y visible á la luz de los relámpagos que iluminan las grandes convulsiones de los pueblos, y lo que parece próximo á su fin vá á tener un remedio.

Cuando los Bárbaros llevaban tras sí la destruccion y el aniquilamiento, aparecieron, como los apóstoles de la civilizacion, los monjes, que fueron los que al final del siglo IV recogieron la literatura y la escritura, y en medio de aquel general desmembramiento supieron sacar á salvo los progresos y los adelantos de tantos siglos de civilizacion.—Llegaron á ser guardadores de restos gloriosos que conservaron en sagrado depósito, alternando en este tesoro las preciadas alhajas con los códices de gran valor, y los renombrados manuscritos con los ternos ó vestiduras con que oficiaban.

Mas aumentaron tanto las alhajas y los manuscritos, que hubo necesidad de separarlos, lo cual produjo la formacion de bibliotecas.

Cuando principiaba el siglo VIII, era casi total el olvido que se habia hecho de las artes y las letras, y el poderoao genio del invencible Cárlo Magno trata de curar esa ignorancia, protegiendo no sólo determinados ramos del saber, sino tambien las bibliotecas, considerando cuanto podian servirle para obtener la restauracion que deseaba.

Á esta proteccion se deben los riquísimos depósitos de los monasterios de Saint Gall, Metz, Reims, Tours y Aix-la-Chapelle.

Pero acontece en los períodos históricos de triste recordacion que, una vez, si no humillada, rendida al ménos la inteligencia, ó avasallada por la fuerza, que lleva consigo la arbitrariedad y la ignorancia, tarda en vencer á su enemigo, y con dificultad levanta la cabeza de entre los escombros de ruinas que la maldad y la malicia se han complacido en amontonar. Así sucedió entónces, y esta gloriosa época de Carlo Magno, llamada con razon el primer Renacimiento de las letras, fué de muy corta dura-

cion, sucediendo las tinieblas que habia encontrado aquel genio superior.

Aparece el cristianismo en España, y con él las luces del Evangelio, las del saber y el estudio, y al momento se forman innumerables escuelas dentro de las iglesias, y en ellas se conservan con mucho esmero manuscritos de todas clases que vienen á formar el orígen de los archivos eclesiásticos. Los monasterios y las iglesias catedrales, á costa de grandes sacrificios, llegaron á reunir numerosas colecciones de códices, no sólo de los Santos Padres, sino tambien de la literatura clásica, salvando de este modo á la civilizacion anterior de una ruina inminente.

De tanta importancia llegaron á considerarse estos archivos, que habiendo ocurrido, por un descuido de los muchachos al salir de la escuela, el incendio del monasterio de San Pedro de la Roca, en Galicia, siendo presa de las llamas el archivo, y por consiguiente todos los documentos en él existentes, D. Alfonso V, en cuya época sucedió esta catástrofe, confirma en un privilegio todo lo que se decia en los documentos quemados. Hubo tambien bibliotecas particulares de gran mérito, como las de San Isidoro de Sevilla, la de D. Rodrigo Jimenez de Roda, arzobispo de Toledo, y la de D. Fernando Talavera, que lo fué de Granada.

De los monarcas, son célebres la de D. Alfonso el Sabio y la de los Reyes Católicos, en cuyo engrandecimiento tanto se interesaba la Reina Doña Isabel I, de feliz recuerdo.

Entre los Próceres de la Edad Media, existian algunas de los aficionados al estudio, como las del Marqués de Santillana, del de Villena, de D. Pedro Alfonso Pimentel y del Conde de Haro.

En Alemania, que supo aprovecharse como ninguna del ingenioso invento de Guttenberg, se han propagado las bibliotecas con tal rapidez, que hoy el comercio de libros es uno de los ramos más importantes de la industria alemana: las ferias de Leipsik, famosas por sus librerías, son un elocuente testimonio de este hecho.

Bélgica, Francia é Italia le siguen luego en esta senda del progreso intelectual.

Y al llegar á nuestra España, es necesario hacer punto aparte, y condolerse del abandono con que se mira asunto tan importante, que atañe en mucho á la felicidad general, y que puede como ningun otro medio ayudarnos á salir de la situacion dolorosa en que

vivimos, creada por errores tradicionales, que ha venido á ser la normal de este pueblo.

En Madrid existen dos bibliotecas generales, que apénas son visitadas, y las especiales de las Facultades, reunidas en los edificios de la Universidad y San Cárlos.

Si las hay en algunas provincias, están cerradas por abandono y falta de personal, fomentándose de este modo la indolencia de los naturales á concurrir á centros de ilustracion.

El erudito P. Sarmiento, en una de sus cartas, dirigida al bibliotecario de S. M., recomienda el laudable pensamiento de que se establezcan bibliotecas en todos los pueblos que pasen de 600 vecinos.

El ilustre Jovellanos, en un plan general de Instruccion pública, recomienda el establecimiento y multiplicacion de las escuelas y bibliotecas.

Fuerza es confesarlo, que hasta ahora en nuestra pátria nada se ha hecho en sentido tan necesario, y que, si hemos de pretender alcanzar un predicamento honroso entre las naciones civilizadas, y á fin de no quedarnos á la zaga en el movimiento literario, debemos estudiar un plan que fomente y desarrolle la instruccion, estableciendo bibliotecas en todos los pueblos de más de 100 vecinos, pues sólo así podrémos obtener un adelanto práctico á la vez que el engrandecimiento de este pueblo.

II.

Hemos apuntado ligeras observaciones históricas acerca del establecimiento y vicisitudes de las bibliotecas, y vamos ahora á hacer lo mismo respecto á su utilidad, influjo, necesidad é importancia.

En la vida que hoy hacen todos los pueblos, merced á los progresos de la civilizacion, y cuando conviene, como en nuestra España, desarrollar la aficion al estudio y estimular, la utilidad de las bibliotecas es reconocida. De ellas, y del fruto que pueden dar, debemos esperar la solucion de los problemas político y social. No cábalas políticas, no caprichos de los gobernantes, sujetan, rigen y dirigen á los pueblos.

Las doctrinas democráticas, triunfantes hoy, ayer temidas, son el lema de nuestra regeneracion política: ellas serán las que, modificando nuestro sér político, nos lleven á la paz, al sosiego y al engrandecimiento, haciéndonos vivir la de los pueblos cultos. Pero no es obra de un dia ni de un hombre: á esta gran tarea han de contribuir todos los elementos que encierra la Nacion. ¿Y cómo? Ilustrándose los más, rectificando muchos sus errores, y aprendiendo todos.

¿Cómo se consigue esto? Por medio del estudio y de la educacion. Esta sirve para suavizar sus instintos, aquella sus costumbres y su sér, pues ilustrando su inteligencia, ponen á disposicion de la misma recursos que no conocian, y la inclinan á aceptar y reconocer lo que ántes no le era dado apreciar por el estado de ignorancia en que vivia, y que estaba en el interes de sus explotadores conservar. Para conseguir tan grandes resultados, nada como multiplicar las escuelas y las bibliotecas, facilitando de este modo los medios de instruccion.

Clases todas de la sociedad: ved el provechoso influjo de la enseñanza en vuestra vida política, y que lo mismo puede decirse para la particular que arrastrais de siervos. Acostumbraos á esperarlo todo del estudio, no de vuestras ideas políticas ó de los santones que explotan vuestra credulidad para crecer ó enriquecerse.

¿No os basta para ejemplo el engrandecimiento de unos cuantos que habeis contribuido á elevar y que luego os azotan el rostro con el látigo que pusísteis en sus manos?

Desistid, infelices, de vuestros planes belicosos y fratricidas; sed Españoles y honrados, á la vez que os dedicais al estudio, y alcanzareis la calma y el bienestar de que tanto necesitais, y dejareis de ser un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas materiales del país. Lograreis entónces ese trabajo que proporciona vuestro sustento y el de vuestros hijos, dulcificareis vuestras costumbres, y perdereis hábitos que os rebajan, adquiriendo renombre entre los pueblos cultos vuestros hermanos.

Romped con las antíguas prácticas y empezad costumbres nuevas: pues no olvideis que la costumbre es una segunda naturaleza, y esto debe fortaleceros al emprender la senda benéfica de la regeneracion.

Concurrid á las escuelas y á las bibliotecas, que en estas se en-

cierra un maná delicioso que deleita al alma y á la inteligencia, y que se infiltrará en vosotros cual lo hizo ese nunca bien maldito espíritu de la ignorancia.

Allí, en aquellas mansiones serenas, podeis dedicaros al estudio, acrecentar y multiplicar las fuerzas de que os ha dotado Naturaleza, y adquirir conocimientos útiles que os sirven siempre, y que de seguro os recomendarán al mundo civilizado, que ahora os mira con prevencion y hasta con lástima, á causa de ese patrimonio de ignorancia que saboreais.

Es reconocida y absoluta la necesidad de las bibliotecas, y así lo demuestran los pueblos y las comarcas que las poseen y disfrutan de su benéfico influjo; adelantados en todo, en verdadera paz cimentada en el conocimiento exacto de los derechos y de los deberes, y siendo el objeto de la admiracion universal.

Basta de horrores y de despilfarro en la querida pátria de Cervántes, ábranse alguna vez nuestras puertas á la verdadera civilizacion y procuremos no alejarnos del concierto literario en que viven las naciones adelantadas.

Por todos es bendecida y alabada, institucion tan útil é importante como la de las bibliotecas, en cuyo recinto anidan en ordenado ejército los pensamientos, los estudios, los experimentos y los resultados de una raza de sábios que nos ha precedido y que no podemos conformarnos á creer haya concluido. Allí se estudia el hombre, allí á la sociedad: allí la historia abre sus páginas interminables y podemos leer las famosas y heróicas hazañas de nuestros mayores para imitarlas: allí se adquiere el conocimiento de nuestro sér y se aprende el medio de atender á sus necesidades, sin que la haya de molestar, vejar ni deprimir ni envidiar á nuestros conciudadanos.

Dedicados al estudio todo se alcanza, desde el bienestar hasta un nombre ilustre, desde el honor hasta la gloria.

Reservados tesoros guardan las páginas de un libro, y para merecerlos es necesario concurrir á las bibliotecas, con la fé en el corazon, en la mente la ciencia, y la idea de Dios, siempre grande, sobrenadando sobre todas las ideas y completamente dueña de nuestra alma.

En resúmen: Gobierno que nos riges, dános instruccion para que seamos dóciles: instruccion, para ser obedientes: instruccion, para vivir con moralidad y recato, é instruccion, para que podamos ser libres.

Si esto no haces, si no acudes pronto al remedio de lo que es una necesidad apremiante, este pueblo vivirá pobre, y trabajado por las ambiciones personales que hoy lo dividen y que amenazan aniquilarlo.

Hazlo, y encomienda la obra de conciliacion, de progreso y de engrandecimiento á los apóstoles de la enseñanza: facilítales medios de propagarla, y en especial aumenta, perfecciona y dota las bibliotecas públicas, á cuyas aguas saludables pueda llegar con facilidad el enfermo que las necesite.

Afortunadamente vivimos en una época en que todo se estudia; época de lucha, que no tiene carácter fijo, pero que muestra marcada predileccion por el saber, que luego recompensa: y es de suponer que, las bibliotecas como medio reconocido de difundir, ayudar y sostener la enseñanza, han de obtener toda la proteccion de que necesitan, llegando á formar un ramo importante de la Administracion y del estudio.

José de la Cuesta y Crespo.

Madrid 19 de Abril de 1870.

EL LICENCIADO PEDRO DE LA-GASCA.

Una de las personas más dignas de la consideracion y aprecio de la posteridad, que produjo España en el siglo XVI, época feliz para nuestra pátria, en que tan pródiga de grandes hombres fué la Divina Providencia con ella, lo es sin duda alguna aquel modesto sacerdote, que investido por la confianza de su Soberano con la comision delicada y expuesta de pacificar la más revuelta parte de sus dominios del Nuevo Mundo, preséntase en las playas agitadas del Perú sin otras armas que su Breviario, y allí donde todas las malas pasiones tenian su asiento, logra á fuerza de perseverancia y habilidad aquietar los ánimos, atrayendo á su partido los más díscolos de aquellos indómitos capitanes, con los cuales persigue y bate á los que persisten en estado de rebelion, dando fin dichoso y remate á ésta con la prision y muerte de su temido jefe, Gonzalo Pizarro, hermano del célebre conquistador. Varon, pues, de inmarcesible loa y altas prendas, comparable por su habilidad para gobernar y su dón de mando, fué sin duda con el gran Cardenal Jimenez de Cisneros, el Licenciado Pedro de La-Gasca, á cuyos hechos gloriosos vamos á dar una rápida ojeada.

I.

Nació Pedro de La-Gasca en Navaregadilla, barrio situado en la jurisdiccion y término de la villa de Barco de Avila, hoy cabeza del partido judicial de su nombre, en la provincia de Avila, el año de 1493, de una familia de las más acomodadas y distinguidas del país.

Pasó los primeros años de su vida dedicado al estudio, frecuen-

tando las más famosas escuelas de España, que entónces lo eran tambien de la Europa entera, pues el brillo de la célebre Universidad de Salamanca, igualaba, si no oscurecia, el de las de Paris, Bolonia y Lovaina, únicas que con ella podrian sostener la comparacion, por los eminentes profesores que en sus áulas difundian la luz del saber. No necesitaban por cierto, como hoy dia, nuestros jóvenes estudiosos el ir á completar su educacion científica en establecimientos extraños, que, ántes por el contrario, ilustres varones, formados en nuestro país, fueron á explicar con gloria en aquellos centros de la humana ciencia. Juan Martinez Siliceo, Pedro Ciruelo y Juan Gélida, catedráticos de Filosofía en la Universidad de Paris; Juan de Mariana y Juan Maldonado, que enseñaron Teología en la misma; así como Pedro de Soto y Martin de Olave, en la de Dilingen; Alonso de Pisa, en la de Ingolstad; Pedro Ruiz de Moros, en la de Cracovia; Luis Vives en Lovaina y Oxford; Luis de Lucena y Pedro Jaime Esteves, explicando la Medicina en Tolosa y Montpeller, y otros muchos que podriamos citar, dieron clara muestra de la superioridad intelectual de España durante el siglo XVI.

Graduóse de Maestro en Artes y Licenciado en Teología en la Universidad de Alcalá, y fué colegial en el Mayor de San Ildefonso de la misma, y Examinador de licencia en Artes; pero en tiempo de las Comunidades de Castilla, alborotados la mayor parte de los colegiales en favor de la causa popular, quisieron introducir novedades en la gobernacion de él, á las cuales se opuso nuestro D. Pedro, que no sacando fruto alguno de su oposicion, renunció la beca y marchó á la Universidad de Salamanca, en la cual se dedicó al estudio de las leyes y cánones, y recibió el grado de Bachiller en ámbos Derechos. Fué Rector en su Universidad y Juez escolástico, y en 18 de Octubre de 1531 vistió la beca en el Colsgio Mayor de San Bartolomé, vulgo el Viejo.

Concluidos sus estudios, recibió La-Gasca las sagradas órdenes, abrazando la carrera eclesiástica, que era entónces la que más breve y seguramente conducia á los hombres de mérito á una elevada posicion: y no es que pretendamos decir con esto que la escogiese movido por la ambicion, pues ántes, al contrario, la rigidez y pureza de su vida fueron una constante prueba de que habia entrado en ella impulsado por una verdadera vocacion. A poco obtuvo una canongía en la santa iglesia de Salamanca y el destino de

Juez metropolitano: dióle el Cardenal Tavera las vicarías de Toledo y Alcalá, y la rectitud con que desempeñó dichos cargos le valió el ser nombrado Ministro del Supremo Consejo de la Inquisicion.

Confiáronle tanto el Consejo como el Gobierno comisiones muy importantes, y en particular por los años de 1542 y 1543 la de aquietar los Moriscos del reino de Valencia, á quienes supo contener en el deber sin necesidad de emplear medidas de rigor, sino adoptando tales disposiciones para rechazar la armada de Turcos y Franceses, que aquellos esperaban para levantarse, que les hizo, perdida la esperanza de recibirla, el desistir de su intento. Acabado este negocio, le cometió el Emperador la visita de los jueces, tribunales, empleados y cuentas de la Hacienda y Patrimonio Real de todo aquel reino, que desde su conquista por el Rey D. Jaime no habia sido visitado, y la rectitud con que procedió dió por resultado grandes alcances á favor del Estado, lo cual fué causa del buen concepto que la Majestad Cesárea formó de su gran prudencia y capacidad.

II.

Hallábase aquejado el Consejo del Emperador Cárlos V con las malas nuevas que se recibian del Perú, donde ni el Gobernador Vaca de Castro primero, ni después el bravo Virey Blasco Nuñez Vela, habian podido adelantar nada en la pacificacion del país, y al saberse á principios del año 1545 la desastrosa suerte de este último, vencido y muerto por Gonzalo Pizarro, determinóse enviar allí persona que tuviese más cualidades, como dice Lopez de Gomara, de raposa que de leon; y recordando la extremada prudencia y exquisito tacto del Licenciado La-Gasca, acordóse que fuese allá. Nombráronle, pues, Presidente de la Audiencia Real del Perú, con pleno poder para todo lo tocante á la gobernacion de la tierra y á la pacificacion de las alteraciones de ella, con facultad para indultar y perdonar todos los delitos y casos sucedidos, ó que sucediesen durante su estancia. Diéronsele además todas las cédulas y recaudos necesarios para hacer, en caso que le conviniese, gente de guerra, y ámplios poderes, en fin, para obrar de la manera que á su juicio fuese más adecuada para lograr la deseada pacificacion de aquellos países.

Resistíase á aceptar tan arriesgado cargo, pero habiéndole escrito el Emperador desde Colonia, con fecha 6 de Agosto de 1545, que lo aceptase, hubo de resignarse á ello, contestando en Madrid á 14 de Noviembre del mismo año, por carta de la cual copiamos la siguiente cláusula :—«Conozco mis pocas fuerzas y corta industria, y que ninguna experiencia tengo de las cosas de las Indias; y conforme á esto si me faltase la vida ó salud en el camino, ó medios en los negocios, sería inútil para servir á Dios y á V. M. en ellos, y no se conseguiria el fin de la pacificacion de aquella tierra. Mas considerando la determinacion con que V. M. me lo manda, me pareció que sin réplica ni excusa le debia obedecer, considerando que con hacer lo que en mí fuese, tratando los negocios con la fe, verdad y limpieza que debo á Dios y á mi Príncipe, habré cumplido.»

Propuso el Consejo de Estado, que ántes de partir para América se le honrara con una de las iglesias más ricas del reino, para que con el esplendor y autoridad de la mitra fuese en aquellas partes más respetado y seguido; pero al llegar á su noticia el acuerdo, respondió : «que la mayor dignidad que habia de llevar consigo, era su hábito clerical y su Breviario.» El Emperador se conformó con este parecer, y cuando lo supo La-Gasca, dijo : «S. M. ha puesto los ojos en lo más conveniente para la conciencia de ámbos, porque cuando me honrara con una iglesia, no la pudiera aceptar, sin notorio peligro de mi alma, y nota de mal cristiano, habiendo de tener tan poca cuenta con ella en tan larga y peligrosa jornada, y tan léjos de cualquier obispado de los de España.» En lo cual mostró su gran desinteres y el desprendimiento con que en lo tocante á su medro personal procedió siempre.

III.

Ni lo grave y comprometido del cargo, ni el temor á las penalidades y molestias que tan largo viaje habian de ocasionarle, en su ya madura edad, fuéron suficiente causa para hacer flaquear el ánimo de La-Gasca, quien decidido á llevar á cabo cuanto ántes su cometido, dióse á la vela para el Nuevo Mundo en el mes de Mayo de 1546, sin llevar en su compañía más que á los Licenciados Rentería y Andrés de Cianca, nombrados Oidores de su tribu-

nal, y al Mariscal Alonso de Albarado, con sus criados. Al llegar al puerto de Santa Marta, supo que Melchor Verdugo, jefe de las tropas que después de la muerte del Virey Nuñez Velas seguian sustentando el partido de S. M. en el Perú, habia sido vencido y desbaratado por Pedro Alonso de Hinojosa que mandaba gentes de los Pizarros, y que con los restos de su fuerza estábale esperando en Cartagena; pero el Presidente, léjos de dirigirse allí, hízolo á Nombre de Dios, sin verse con él para no dar celos á los sublevados, que le tenian gran ódio, y con los cuales queria desde luego entrar en trato. Hízolo en efecto por medio de Albarado, el cual bajó á tierra y logró ganar al Gobernador de dicho punto, Hernan Megía de Guzman, el cual con su gente hizo grata acogida al Presidente, cuya autoridad no tardó en reconocer, y comisionado por éste para entenderse con Hinojosa, de quien era grande amigo, que se hallaba con su ejército en Panamá, hízolo con tan buena fortuna, que tanto aquel caudillo, como otros ménos señalados, vinieron desde luego á su obediencia, así como las tropas de tierra y mar que tenian á sus órdenes. Confió el mando de la armada á Lorenzo de Aldana, ardiente secuaz hasta entónces de los contrarios, dándole comision para recorrer los pueblos de la costa y hacerlos pronunciar, como lo verificó, por la causa real, y mandó á Pedro Hernandez Paniagua á Lima con dos cartas para Gonzalo Pizarro, la una suya y la otra que para él traia del Emperador. Contenia ésta frases generales y promesas vagas, y en la suya, más larga y llena de razones y ejemplos, le aconsejaba la sumision al Emperador, ofreciéndole perdon de todo lo pasado, repartimientos, oficios y licencia para conquistar, apuntándole algo de guerra si la paz despreciaba. Pizarro léjos de contestar reunió sus parciales en són de guerra y dispuso salir á su encuentro para prenderle ú obligarle á regresar á España.

Miéntras tanto el Presidente negociaba á la callada cuanto podia, tratando á todos con la mayor afabilidad, diciendo en público que se volveria al Emperador, caso de no recibirle Pizarro, porque su hábito no le permitia guerrear, sino poner á todos en paz, revocando las ordenanzas y presidiendo en la Audiencia; pero al mismo tiempo iba con tal sagacidad allegando partidarios, que pronto pudo reunir un respetable ejército. Dió el mando de él con cargo de General á Hinojosa, nombrando Maestre de Campo al mariscal Albarado, y general de la artillería á Gabriel de Rojas, y

habiendo reunido todos los aprestos necesarios para combatir con extraordinario tino y diligencia, depuesta ya la máscara del disimulo, marchó en busca de los rebeldes.

No es nuestro ánimo historiar los sucesos y variadas peripecias de aquella curiosa campaña; baste decir que después de várias alternativas, en que unos y otros se vieron respectivamente vencidos y vencedores, encontráronse ámbos ejércitos frente á frente en el valle de Xaquixaguana, donde el lúnes 9 de Abril de 1548 se dieron la batalla que decidió la suerte del Perú. Vencido y preso en ella Gonzalo Pizarro, juntamente con sus principales capitanes, fueron todos condenados á muerte por traidores, ejecutándose la sentencia al dia siguiente de la batalla, en Pizarro, á quien sacaron á degollar en una mula ensillada, atadas las manos y cubierto con una capa, acompañado de trece de sus parciales, que sufrieron igual suerte. Su cabeza fué llevada á Lima y puesta en la plaza sobre un pilar de mármol, rodeada de una red de hierro y un escrito, que decia: «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro, que »dió batalla campal en el valle de Xaquixaguana contra el estan»darte Real del Emperador, lúnes 9 de Avril del año de 1548.»

IV.

Vencida la rebelion y casi terminada con la derrota y muerte de su principal caudillo, pudo el Presidente dedicarse con su acostumbrada perseverancia y tino á la organizacion y pacificacion completa de aquel desventurado país. Para llevarla á feliz término fuese deshaciendo con habilidad suma de los codiciosos caudillos que le rodeaban, contentando á los unos con repartimientos ó dádivas, y alejando á otros con pretexto de perseguir los últimos restos de los sublevados, ó de proseguir las más remotas y apartadas conquistas y descubrimientos. No todos quedaron, como no podia ménos de suceder, contentos con la parte que del botin les tocara, y tramaron en el Cuzco contra él una conspiracion, en la cual tomaron parte Melchor Verdugo y otros capitanes; pero descubierta á tiempo, siendo presos y castigados los principales instigadores de ella por el Oidor Cianca, todo quedó apaciguado, y el reino libre de la plaga del militarismo, que es la más pesada que puede enviar para castigo de un pueblo la cólera del Señor.

Estableció en la ciudad de los Reyes (Lima), la Audiencia Real, que la componian el Doctor Melchor Bravo de Saracria y los Licenciados Andrés de Cianca y Pedro Maldonado Santillan, sujetos de reconocida y probada ciencia y conciencia, y abocó á su jurisdiccion todas las causas y negocios de gobernacion. Dispuso que se procurara la conversion de los Indios, que aún no estaban bautizados, por los obispos, clérigos y frailes, á quienes obligó á que continuaran predicando y enseñando la doctrina cristiana, obligacion que con los pasados disturbios habian descuidado. Prohibió, bajo gravísimas penas, el que se cargase á los Indios contra su voluntad, ni que los tuviesen por esclavos sino por hombres libres, pues así lo mandaban el Papa y el Emperador, ni que los sacasen de los puntos de su naturaleza, porque no se destemplasen y muriesen, sino que los criados en los llanos y tierras calientes sirviesen allí, y que los serranos hechos al frio no bajasen á las llanuras. Escogió muchas personas entre las tenidas por más honradas, y después de exigirles juramento en manos de sacerdote, que les dijo la misa del Espíritu Santo, de que ejercerian bien y fielmente su encargo, las envió á que visitasen la tierra, llevando sus instrucciones sobre lo que habian de ver y examinar respecto á la conducta de los encomenderos, personeros y autoridades. Los informes de estos visitadores pasaban á una comision, que con el mismo La-Gasca formaban el Arzobispo Loaisa, y los dominicanos Fr. Tomás de San Martin y Fr. Domingo de Santo Tomás, quienes cotejándolos con las relaciones que habian dado los señores de los vasallos, tasaron los tributos, que hasta entónces no tenian medida, imponiendo y cobrando cada señorío lo que era su voluntad; é hiciéronlo con tal humanidad, que los mismos Indios decian, que se les habia impuesto menor tributo del que buenamente podian pagar. Y no sólo hízoles este bien, sino que mandó además que cada pueblo pagase su pecho ó contribucion en aquello que su terreno produjera, si oro en oro, si plata en plata, si coca, algodon, sal ó ganado, en aquello mismo; aunque mandó á algunos pagar en metálico, para obligarlos á que se diesen al trabajo y trato para allegarlo, ya criando aves, seda ó ganados y llevándolos á vender á los mercados de los grandes centros de poblacion, ó ya sirviendo á jornal en las casas y haciendas de los Españoles, con lo cual aprenderian su religion y costumbres, perdiendo la idolatría y embriaguez á que estaban muy entregados.

Recibieron con gran alborozo y contentamiento la publicacion de la tasa y demás disposiciones los míseros Indios, que ántes no dormian ni descansaban, pensando en los cobradores, que habian de arrebatarles cuanto tenian, á título de tributo, y aunque ahora se les imponia una pena sino lo pagaban en el término de veinte dias, después de cumplido el plazo de la contribucion de cada año, tambien al encomendero que les llevase más de lo dispuesto en la tasa, se le imponia por primera vez el castigo de pagar un cuatro por ciento, y por segunda que perdiera la encomienda y repartimiento.

V.

Si tan alto brillo adquirió el nombre de La-Gasca por sus singulares dotes de mando, prudencia y ánimo esforzado que mostró, no ménos y sí mucho más puro, si cabe, le cupo por el nunca visto desinteres con que en todas ocasiones procedió. Al recibir el nombramiento de Presidente y Gobernador de la provincia más rica del mundo entónces conocido, considerando que sus predecesores en aquel codiciado puesto habian sido notados de algun afan por allegar riquezas, por la facilidad que en aquella tierra hay para adquirirlas, no quiso aceptar ningun sueldo señalado, salvo el poder gastar de la Hacienda Real cuanto le pareciese necesario para su coste y mantenimiento, y gastos de su casa y criados. Obtuvo las cédulas y autorizaciones necesarias para ello, y lo llevaba con tal rigor, que todo lo que se compraba en su casa, así de víveres como de otras cosas, se hacía por ante escribano que para ello estaba designado, y con certificacion de él se tomaba lo necesario de la Tesorería Real. Fué, al decir de todos los historiadores de los sucesos de América, el primero y quizás el único, de cuantos Españoles han parado con empleo en aquellas tierras, que no tomó nunca un real para sí, ni lo procuró ni se le notó jamas la más leve señal de avaricia; conducta que por lo insólita y ejemplar debia encargarse á cuantos obtienen destinos para Ultramar, recomendándosela cual modelo á que debieran ajustar la suya.

Llevaba consigo cuando desembarcó en Nombre de Dios, por todo caudal, cuatrocientos ducados; mas buscando prestados y á cambio, reunió cuanto habia menester para la guerra; compró armas, artillería, caballos y demás pertrechos, pagó los soldados, dió

socorros é hizo otros muchos gastos que ascendieron, durante toda la campaña, á novecientos mil pesos, los que abonó á su terminacion, con lo que reunió, recogiendo las rentas y quintos del Rey, y con el oro y plata de los traidores y condenados, juntando tan gran tesoro, que le quedaron para traer al Emperador un millon y trescientos mil castellanos en plata y oro; cosa de que mucho se maravillaron todos, y no tanto por el dinero, sino por la manera con que lo juntó, sin cometer tropelías, injusticias, ni desafueros.

Después que con gran maña castigó á los revoltosos y bandoleros, restos de las disensiones pasadas, dióse prisa á poner en concierto la justicia, á gratificar los soldados, poner en vigor la tasa de los tributos, dejar la gente y tierra llana quieta y mejorada, para lo cual visitó en persona los puntos más necesitados de buen gobierno, y en una de aquellas beneficiosas para el país entradas suyas, fundó la ciudad de la Paz, á orillas del rio Cayano, entre unas montañas, al Levante, que miran al Brasil, y el lago de Titi caca, al Poniente; hecho lo cual, preparóse para volver á la Península, cosa que mucho deseaba, al reves de cuantos ejercen mandos importantes, quienes, por lo general, se apegan tanto á ellos, que consideran como la mayor desgracia que sucederles pudiera, el tenerlos que dejar para volver á la vida privada.

VI.

Habia llevado el Presidente licencia de S. M. para volverse á España cuando le pareciese, y viendo ya quietos y sosegados los ánimos en el Perú, donde los soldados y gente de guerra, disueltos y derramados, se habian aplicado á ganar de comer cada uno en el oficio que sabía, ó tratando en negocios de minas; considerando asimismo que la Audiencia Real y los Gobernadores, por ella nombrados, administraban justicia sin embarazo ni impedimento alguno, determinó su regreso. Movióle tambien á ello el deseo de poner en salvo los fondos que habia reunido para la Real Hacienda; temiendo que si permanecian allí, fuesen incentivo que moviese á algunos á promover nuevas alteraciones para robarlos. Sin dar, pues, á nádie parte de su proyecto, hizo preparar todas las cosas necesarias para la navegacion, y después que tuvo embar-

cados los dineros, envió á llamar al cabildo de la ciudad de los Reyes, y le hizo saber lo que habia resuelto. Opúsose á ello la ciudad, proponiéndole los graves inconvenientes que podian sobrevenir de irse ántes que S. M. hubiese nombrado nuevo Presidente ó Virey que le sustituyese; pero él satisfaciéndoles los reparos, entregó el mando á la Real Audiencia, que presidia por su ausencia el Doctor Bravo de Saracria, y fuese á embarcar. Ya en la nao, hizo un nuevo repartimiento de Indios, en razon á haber quedado muchos vacantes por muerte de Gabriel de Rojas y otros sujetos principales, y á fin de evitar quejas y reclamaciones, lo dejó cerrado y sellado con las cédulas de encomienda, en poder del Secretario de la Audiencia, con órden de que no lo abriese hasta pasados ocho dias de haberse dado él á la vela.

Sucedió miéntras tanto, que noticiosos de los preparativos que hacía para su partida los hermanos Hernando y Pedro de Contreras, nietos del famoso y cruel Gobernador del Darien, Pedrarias Dávila, los cuales se hallaban prófugos y retraidos por haber dado muerte violenta al Obispo de Nicaragua, Fr. Antonio Valdivieso, determinaron atacarle á su paso por Panamá, para robarle los dineros que llevaba. Reuniendo, en efecto, gran número de foragidos y descontentos, de aquellos que en todas partes hay siempre mal avenidos con toda clase de gobierno, pusieron por obra su propósito, logrando sorprender la ciudad de Panamá, cuando ya el Presidente habia pasado por ella. Sin embargo, saquearon la casa del Tesorero Real, Martin Ruiz de Marchena, y en sus cajas robaron cuatrocientos mil pesos en plata, que no habian podido ser conducidos á Nombre de Dios por falta de acémilas. Al llegar el Presidente á esta última ciudad, y tener noticia de lo ocurrido, desembarcó al punto, y obrando con su acostumbrada presteza y diligencia, reunió buen golpe de gente, que puso á las órdenes de Sancho de Clavijo, Gobernador de aquella provincia, y marchando él mismo á su cabeza, salieron en busca de los rebeldes. Repuesto en tanto de su sorpresa Marchena, y auxiliado con tropas que le trajo Juan de Larez, habia salido contra los hermanos y sus secuaces, á quienes alcanzó y batió cerca de Panamá, rescatando los dineros y haciendo huir á los Contreras, que perecieron ámbos miserablemente en la fuga.

Pacificado este último alboroto, se embarcó de nuevo el Presidente, después de haber dado gracias al Señor por haberle librado

de un peligro tan no pensado, y trayendo consigo al provincial de Santo Domingo y á Jerónimo de Aliaga, que fueron nombrados Procuradores de la provincia del Perú, para negociar cerca de S. M. las cosas della, y otros muchos caballeros y personas principales, que regresaban á la Península con sus haciendas, hizo rumbo para España á fines de Diciembre de 1549. Tres años habian por consiguiente bastado á aquel insigne varon para dar feliz término y remate á la comision más delicada que jamas súbdito alguno hubiese desempeñado, logrando en tan breve espacio de tiempo y á tan inmensa distancia del gobierno central, sin otros recursos que los allegados por él mismo en aquel esquilmado país, sofocar la más terrible insurreccion militar que pudiera darse, hacer entrar en su deber á jefes indisciplinados y avezados á la insubordinacion y al pillaje, devolver la paz y quietud á las ántes agitadas poblaciones, hacer que los tribunales de justicia funcionaran con regularidad, conforme á las leyes, que todo el mundo aprendió á respetar, sobreponiendo en fin, el elemento civil, como debe estarlo en toda república bien organizada, al desenfreno militar hasta entónces preponderante. ¡Ojalá la Providencia divina, mirándonos con ojos compasivos, exaltara hoy, que tan necesitada de iguales remedios se halla la Nacion, al poder hombres de tan acabadas dotes de mando!

Durante la travesía, tuvieron todos al Presidente el mismo respeto y obediencia que le tenian durante su mando; tal era la consideracion que habia alcanzado con su conducta y carácter, tratándolos él con su acostumbrada afabilidad y comedimiento, y teniendo mesa franca para cuantos á comer querian acompañarle. De esta manera prosiguió con felicidad su viaje, hasta llegar á Sanlúcar de Barrameda, donde tomó tierra en Julio de 1550.

No bien desembarcó, despachó por la posta al capitan Lope Martinez á Alemania, donde entónces se hallaba el Emperador, á darle noticia de su venida, nueva que le fué muy agradable, y puso gran admiracion en él y en cuantos la supieron, por haber con tanta ventura y buen suceso terminado negocios que tan dificultosa salida parecia habian de tener. Mandóle S. M. que partiera desde luego para su corte, porque queria oir de sus labios la relacion de los sucesos en que habia intervenido, y él lo cumplió al punto, llevando en su compaña á los Procuradores del Perú y á otras personas señaladas, que pretendian recibir mercedes por lo

que habian contribuido á la pacificacion. Con todos ellos se embarcó en Barcelona en las galeras de la armada Real, que le estaban esperando, y llegó á la presencia Real con un presente, además, de quinientos mil escudos labrados en reales. Dióle el Emperador, de allí á pocos dias, el Obispado de Palencia, que acababa de vacar por muerte de D. Luis Cabeza de Vaca, y le concedió la gracia de que añadiese al escudo de sus armas nueve banderas con esta letra: *Carolo Quinto restitutio Perú Regnis tyrannorum spolia.* Premio digno de sus señalados servicios, pero no igual al mérito y á la gran capacidad para gobernar, de que habia dado tan insigne muestra.

VII.

Preparábase nuestro Obispo á dedicarse entera y exclusivamente á las sagradas funciones de su ministerio pastoral, cuando recibió órden, á principios de 1551, de pasar á la corte, que entónces se hallaba en Valladolid, para formar parte de la Junta nombrada con el fin de resolver la instancia que habian presentado los Procuradores de Nueva España en solicitud de que los repartimientos de Indios se declararan perpétuos. Formaban aquella, además del Presidente, Marqués de Mondéjar, que lo era del Real Consejo de Indias, los demás Ministros del mismo Tribunal, los Procuradores del Perú, ántes nombrados, los de Méjico, que lo eran Alvaro de Villanueva, Gonzalo Lopez, y el historiador Bernal Diaz del Castillo, F. Martin Regente, dominico, Obispo de las Charcas, el venerable y digno de eterna loa F. Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa, y su compañero F. Rodrigo, D. Vasco de Quiroga, Obispo de Mechoacan, y otros vários hidalgos y caballeros de los primeros conquistadores que en aquella sazon se hallaban en la corte con distintas pretensiones, y á todos los cuales se les ordenó asistir á las sesiones que celebrara la Junta para ilustrarla con su parecer, como conocedores del estado del Nuevo Mundo y de lo que pudiera serle más conveniente. Reunida la Junta, propusieron desde luego los Procuradores de ámbos reinos su demanda, á la cual se opuso el primero F. Bartolomé de las Casas, apoyado por F. Rodrigo; contestóles D. Vasco de Quiroga, que patrocinaba la solicitud, y tomando entónces la palabra el Obispo de Palencia,

hizo ver con copia de razones que, no sólo no se debian dar los Indios en repartimiento perpétuo, sino que ni aun por tiempo determinado era justo hacerlo; que léjos de continuar una práctica que ocasionaba contínuos disturbios y reclamaciones, debian quitárseles á los que los tenian repartidos, porque habia entre ellos personas en el Perú disfrutando buena renta de Indios, que merecian castigos en vez de dárselos ahora en perpetuidad. Irritado al oirle el de Mechoacan, que favorecia la instancia de los Procuradores, como ya dijimos, replicóle que, si tal sabia, ¿por qué no castigó á los bandoleros y traidores, pues conocia y le eran notorias sus maldades, y no que él mismo les dió Indios? A lo que La-Gasca respondió riendo: —«Creerán, señores, que no hice poco en salir »en paz y en salvo de entre ellos, y algunos descuarticé y hice »justicia.»

Propusieron entónces los Procuradores de Nueva España, que se diesen por lo ménos á los primeros conquistadores que pasaron con Hernan Cortes, y á los de Pánfilo de Narvaez y Francisco Garay, pues de esos quedaban muy pocos y habian sido tan bravos y leales servidores, dejando á los del Perú que procurasen directamente por sí como pudieran. Sobre esta pretension, que contradijeron tambien los Obispos de Chiapa y las Charcas, hubo largos y diferentes debates; pero cortó la cuestion el Presidente Marqués de Mondéjar, inclinado como los más de los indivíduos del Consejo Real á que se negara la perpetuidad de repartimientos, proponiendo que en vista de lo árduo del negocio quedara sin resolver hasta que S. M. volviese de Alemania, y así se acordó. En tal estado permaneció aquel asunto largos años, mas no cesando las reclamaciones, lo resolvió el rey Felipe II en principios de su reinado por una Real cédula en que mandaba, que á los conquistadores y á sus hijos se les diesen, pero no en perpetuidad, los mejores repartimientos que fuesen vacando, y luego á los antiguos pobladores casados.

Tal fué el último y no ménos señalado servicio, que prestó La-Gasca á los indígenas del continente americano, que con mucha razon le llamaban su *padre*, *restaurador* y *pacificador*, pues con su oposicion al repartimiento perpétuo, que sin ella tal vez se hubiese aprobado, á pesar de la tenaz resistencia de las Casas, los libró de caer en un estado de verdadera esclavitud, que era el que les preparaban con su pretension los conquistadores.

VIII.

Con la junta de Valladolid termina la vida pública del Licenciado Pedro de La-Gasca, que hemos procurado sacar de la oscuridad en que injustamente yace. Retirado desde entónces en la capital de su diócesis, vivió únicamente dedicado á cumplir los deberes que le imponia el grave cargo del episcopado, y á contestar las consultas que sobre asuntos graves de Estado le dirigia el rey Felipe II, que hacia gran caso de su capacidad. Trasladado de dicho obispado de Palencia al de Sigüenza en 1561, murió en 10 de Noviembre de 1567, de edad de 74 años, después de haber asistido al concilio provincial de Toledo, celebrado en 1565.

Dotó, por su testamento en Sigüenza, la fiesta del Santísimo Nombre de Jesus, que se celebra en aquel obispado el 14 de Enero, y dos aniversarios, uno por el alma del Emperador y otro por la del Rey D. Felipe II; dejó para sus deudos un mayorazgo de 300 ducados de renta, que tan mezquina fué la que para sí reunió hombre de tan grandes prendas y que tan pingües destinos desempeñara; y por último, edificó en Valladolid, con suficiente dotacion para sustentar sus servidores, la parroquia de la Magdalena, en cuya capilla mayor yace enterrado en grandioso sepulcro, con su busto de alabastro encima, obra del célebre Jordan, y un largo y honroso epitafio latino.

No le impidieron los negocios el cultivar las bellas letras, como se colige de la dedicatoria que le hizo de la *Historia Palentina*, el Arcediano de Alcor, y aun se asegura que escribió una *Historia del Perú*, cuyo manuscrito es de lamentar que se haya extraviado, pues dados sus antecedentes, podemos suponer que referiria los hechos de aquel país con una verdad é imparcialidad que no suelen encontrarse en la mayor parte de los historiadores. Varon verdaderamente ilustre, digno de inmarcesible lauro, y merecedor de la eterna gratitud, tanto de los Indios, á quienes protegió y administró recta y cumplida justicia, como de los Españoles, cuyo nombre enalteció y honró con su conducta noble y desinteresada. Varon de quien estamos firmísimamente persuadidos, que de haber sido llamado á regir los destinos de la Nacion, escudara con su nombre la ínclita fama que rodea el del eminente repúblico y cardenal, Jimenez de Cisneros.

CÁRLOS RAMIREZ DE ARELLANO.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XXIII.

RUSSILIO.

A la mañana siguiente muy temprano, ya estaba en mi casa un criado del embajador para decirme que su amo me esperaba.

Acompañado de mi guardia y de un lacayo del Sr. Nomara, me fuí al punto á la embajada.

Cuando llegamos, piafaban en el patio seis magníficos caballos. Otro más pequeño lo tenía de la brida un hombre de tez morena, de ojos negros, dientes blanquísimos, nariz chata, y de mirar algo feroz. Además de los caballos referidos, habia otros cuatro ya cargados, supongo que con las viandas que debiamos comer en aquel dia.

Apénas me vieron, se inclinaron respetuosamente los criados, y un ayuda de cámara, colocado allí con este objeto, me condujo por una escalera de mármol á un salon donde los Sres. Nottely, Soletty y otros cinco caballeros me aguardaban.

No se veia en esta casa la profusion de oro, plata y pedrería que habia en los palacios de Romalia; pero en cambio, habia más gusto y elegancia.

Apénas entré, vino á mí el embajador con aquel aire noble y simpático que le era peculiar, y cogiéndome de la mano, me dijo sonriendo:

—Vamos, señor perezoso, que hace un año que os estamos esperando. Qué dormilon sois!

—Es que, amigo, no soy de hierro como vos. ¿No veis que me acosté muy tarde?

Y saludando á los señores que se hallaban con nosotros, cambié un apreton de manos con Soletty.

—Estais entre Nostracianos, Mendoza,—me dijo el embajador;—observadlos, y así os sorprenderán ménos cuando los trateis.

Y haciendo sonar un timbre que tenía sobre la mesa, entró un ayuda de cámara.

—Las armas,—dijo Nottely.

Un momento después nos trajeron pistolas, escopetas, que eran unas pistolas más largas, y una especie de dardos tambien largos, que tenian á un extremo dos hileras de plumas, y al otro una punta de acero muy aguda. Al mismo tiempo observé que todos se ceñian sus espadas, metiendo además en sus fajas unos cuchillos de monte.

Sorprendido de un aparato tan guerrero, cuando sólo se trataba de cazar, no pude ménos de decir al embajador:

—Pero adónde vamos, amigo; á cazar ó á batirnos?

—Á cazar, Mendoza. Pero ¿no podria suceder que, yendo á cazar, tuviésemos que batirnos?

—No sabe nada,—dijo el Sr. Soletty sonriendo y mirando al Sr. Nottely.

—Pero vamos, qué es lo que hay? Sed francos, y decidme si preveis algun peligro, porque el aparato de que os veo rodeados no es en verdad para cazar.

—Teneis razon, Mendoza,—me contestó Nottely,—y en el camino os diré lo que hay en esto. Ahora, marchemos.

Cuando llegamos al patio, me dijo el embajador:

—He hecho traer para vos ese caballo más pequeño, porque creí que iríais mejor en él que en uno de esos otros, que son muy altos y de paso ménos veloz.

—Oh, Nottely! por Dios....

—Qué! Quereis acaso desairarme?—me dijo, mirándome con extrañeza.

—No, no; gracias, querido Nottely; lo acepto con mucho gusto.

Una sonrisa de satisfaccion brilló en el rostro del jóven.

En marcha ya, le dije á éste:

—Con que decid: ¿qué es lo que os obliga á ir armados de ese modo, cuando vamos á divertirnos?

—Es preciso que sepais, Mendoza, que en la Rogelia y en todo este continente hubo muchos bandidos en épocas ya lejanas; sólo

que, á medida que la cultura y civilizacion fueron aumentando, fué tambien desapareciendo esa canalla, en disposicion de que hace más de un siglo que los ladrones eran desconocidos en Romalia. Hace dos años, sin embargo, que apareció en los alrededores de la capital un hombre terrible, el feroz Russilio, tan sagaz, tan sutil y tan intrépido, como valiente y afortunado. Este hombre ha cometido robos extraordinarios que sembraron el terror en todos estos contornos. Aparece de repente, da su golpe, que lleva preparado de antemano, y desaparece sin dejar en pos de sí la más ligera huella, y sin que se haya podido dar con él por más investigaciones que se han hecho.

—Pero ¿es algun duende ó algun encantador ese hombre? Porque supongo que ningun género de sacrificio habreis dejado de hacer para cogerle.

—Y así es la verdad, Mendoza,—me dijo el Sr. Soletty;—pero es tan sagaz y sutil ese demonio, como ha dicho el Sr. Nottely, que, no sólo burló nuestras pesquisas, sino que llevó su osadía hasta introducirse en la ciudad, andar entre nosotros, y dar algunos golpes que denotan su serenidad y su valor. Os acordais, Nottely, del lance del Sr. Otrocy?

—Ya lo creo! Pues fué poco sonado para haberlo olvidado.....

—Referídmelo,—dije, picado de curiosidad.

—Que os lo cuente Soletty, que ha sido testigo de él.

—Tomaba una tarde,—dijo Soletty,—nuestro amigo el Sr. Otrocy un vaso de helado en el café de Torlony, cuando se le acercó un hombre alto, corpulento, moreno, de ojos negros y penetrantes, de ancha boca, de nariz chata, de pómulos salientes, y de cejas, bigote y barba muy largos y extremadamente espesos. Su fisonomía llamaba la atencion por un no sé qué de feroz que imponia, si bien suavizaban la dureza de su aspecto lo fino de sus modales y lo suntuoso de su trage.

—Si no os incomodo, caballero—dijo, acercando una silla al señor Otrocy,—tomaria con gusto un vaso de helado junto á vos.

—Al contrario, amigo,—contestó el Sr. Otrocy;—me dareis en eso un gran placer, pues estando juntos, hablarémos á lo ménos algo.

Y hablaron efectivamente, y no sólo hablaron, sino que habiéndole propuesto el Sr. Otrocy dar un paseo por la ciudad, salieron del café y recorrieron juntos diferentes calles, hasta que, ya oscu-

recido, llegaron á la casa del Sr. Otrocy. Encantado éste con la verbosidad y buenas maneras de su compañero, le invitó á que subiese, y habiendo aceptado el desconocido, lo introdujo en el salon, donde cansados ámbos se sentaron. No habian pasado seis minutos, cuando sacando el desconocido un agudo puñal, y acercándolo al pecho del Sr. Otrocy, le dijo, sin inmutarse lo más mínimo:

—Ni una palabra, ni un gesto, ni el más leve movimiento, ó por Dios vivo, que os atravieso el corazon.

Cuál se quedaria el Sr. Otrocy, juzgadlo vos. Se puso pálido primero, después lívido, tanto que el mismo Russilio le tuvo lástima; así es, que le dijo:

—Pero si no hablais, y si ejecutais pronto, y sin hacer el menor ruido, lo que voy á proponeros, nada teneis por qué temer.

—¿Y qué es?—dijo, sin aliento, el Sr. Otrocy.

—Que recojais cuanto oro, plata y pedrería haya en este salon y en los gabinetes inmediatos; que lo coloqueis todo en un cofrecito, con llave, y que lo pongais después sobre esta mesa.

Y le señaló con la punta del baston una que estaba debajo de un espejo.

Iba ya á ejecutarlo nuestro amigo, cuando deteniéndole el desconocido por el brazo, añadió:

—Oidme bien: si durante la operacion que vais á hacer, ó durante el tiempo que permanezca á vuestro lado, entrasen algunos amigos , ó algun criado, y delante de ellos hiciéseis la menor señal que les revelase la posicion en que os hallais, no sólo os mato á vos, sino que los mato á ellos. ¿Habeis oido hablar de Russilio? Pues si habeis oido, como lo supongo, sabreis que es más que capaz de ejecutar lo que os ha dicho.

Al oir este nombre, palideció de nuevo el Sr. Otrocy. Conocióla Russilio, y añadió:

—Pero si ejecutais lo que os mandé, y cuando salga me venis acompañando hasta el portal, os juro, por mi alma, que no correis el menor riesgo.

Tranquilizado con esta promesa, pudo decir el Sr. de Otrocy:

—Voy, caballero, á obedeceros.

Y miéntras el Sr. Otrocy recogia todo su oro, plata y pedrería, lo metia en un cofrecito que cerró con llave, y colocó después sobre la mesa, se paseaba el Sr. Russilio muy tranquilo, parándose

de cuando en cuando á examinar los cuadros que colgaban de la pared, y mirando de soslayo al pobre Otrocy.

Ya habia acabado éste, y ya Russilio se acercaba á la mesa para coger el cofrecito, cuando entramos Notty y yo en compañía de otro jóven.

Ni la más leve sorpresa, ni el más leve indicio de temor se manifestó en el semblante de Russilio, á quien saludamos con una inclinacion de cabeza, porque no le conociamos.

No dejamos, sin embargo, de notar alguna alteracion en el semblante del Sr. Otrocy; pero como veiamos la calma y serenidad del desconocido, á quien por otra parte trataba él con la mayor amabilidad, no concebimos la menor sospecha: todo al contrario, nos sentamos, y la conversacion se hizo general. Russilio habló poco, pero bien, y con mucha oportunidad. Habria pasado como media hora, cuando levantándose y encarándose con el Sr. Otrocy, le dijo:

—¿Con que llevo, caballero, el cofrecito, y lo entrego á la persona que sabeis, para que ejecute lo que tenemos acordado, no es eso?

—Sí, amigo,—respondió el Sr. Otrocy,—y me hareis en ello un gran favor.

Y recogiendo el cofrecito, que cubrió con su manto el desconocido, y saludándonos profundamente, se marchó acompañado del Sr. Otrocy.

Pasados algunos momentos volvió éste; y como se veia libre de la terrible presion que hasta entónces le habia subyugado, se dejó caer sobre un sofá, y exhaló un gemido que nos llenó de sobresalto.

—Qué teneis?—preguntamos todos á la vez.

—¿Sabeis quién es,—nos dijo, con voz casi apagada,—el que acaba de salir de aquí?

—Nó,—respondimos muy inquietos;—quién es?

—Russilio.

—Russilio!—repetimos llenos de estupor.

—El mismo,—repuso el Sr. de Otrocy.

—Y aguardais, amigo, á decírnoslo después que se ha marchado?

—Y qué queriais que hiciese?

—Hablar á todo trance,—respondió Soletty.

—Escuchad primero. Y el Sr. Otrocy nos contó, muy por menor, cuanto acababa de pasar, lo que unido á otros lances que ya sabiamos de este personaje, vino á hacer más terrible el concepto en que le teniamos.

—Ya veis, Mendoza,—continuó el Sr. Soletty,—si pudiendo hallar á Russilio por estos alrededores, sería prudente que viniésemos desprevenidos. Comprendeis ahora?

—Demasiado, querido; y habeis hecho perfectamente en venir armados. Yo tambien traigo mis pistolas y mi espada, que aunque pequeña, puede hacer las veces de puñal. ¡Caramba con el señor Russilio!

Toda la mañana estuvimos muy divertidos cazando y matando pájaros de variados y lindísimos colores. Los que eran muy grandes, los mataban con las escopetas, y los pequeños con el dardo. En este sobresalian los Nostracianos, pues no erraban tiro; y en las escopetas, los Romalianos, puesto que el Sr. Soletty mató doce colubas, que eran allí una especie de aves monteses muy estimadas, y que hacian el mismo papel, en aquel mundo, que hacen en el nuestro las perdices. Y en efecto, su carne y su sabor eran parecidos á los que tienen estas aves.

Entretenidos en esta ocupacion, y atravesando bosques inmensos, llegamos á una llanura sembrada de una planta para mí desconocida, que tenia en la punta una bolita. Los Sres. Nottely y Soletty me dijeron que aquella bola se convertia, después de madura, en una harina blanca y finísima á la menor presion que se la hiciese; era el pan de aquellos habitantes. En medio de esta llanura, se elevaba una casita, en la que vivia el labrador que cultivaba aquel terreno. Al verla, dijo el Sr. Soletty.

—Pasa mucho de las dos, señores, y será bueno que entremos en esta casa para comer, pues por poco que nos detengamos, dudo mucho que lleguemos con dia á Romalia. Nos hemos alejado más de lo regular, y el cielo se encapota por momentos. Miradlo.

Miró entónces el Sr. Nottely, y después de haberse hecho cargo del estado de las nubes, dijo :

—O mucho me engaño, ó vamos á tener una tormenta.

En efecto, el cielo que estaba despejado cuando salimos de casa, y que se conservó así casi toda la mañana, se cubria entónces de gruesos y espesos nubarrones. Un viento suave al principio, pero que iba arreciando por momentos, agitaba ya con violencia los

bosques que rodeaban la llanura, produciendo un ruido sordo y confuso que no dejó de llamarnos la atencion.

Sin embargo, encendida la lumbre y calentada la comida, nos sentamos á la mesa alegres y hambrientos, haciendo bravamente los honores á cuantos platos se nos presentaron. En los intermedios, bebiamos un vino extraido de una planta parecida á las parras de la Tierra, pero cuyos racimos eran mucho mayores que los de aquella, y cuyos granos tenian el tamaño de ciruelas. El que bebiamos era de Catilia, reputado entónces por el más rico de toda la comarca. La alegría y la expansion comenzaban á reinar entre nosotros, cuando un relámpago que iluminó la mitad del cielo, y un trueno que retumbó pavoroso en los valles y en los montes, vinieron á aguarnos la funcion.

—Diantre!—dijo el Sr. Soletty:—Y ya no tenemos dia para llegar á Romalia. Es preciso marchar, señores, sino queremos dormir á la intemperie.

—Y no sería mejor quedarnos aquí?—dije yo sintiendo abandonar aquel sitio en que me hallaba tan á gusto, porque estaba efectivamente muy cansado.

—Sería lo mejor, sin duda,—dijo el Sr. Soletty,—si tuviéramos camas y ropa en que dormir; pero como nádie habita esta casa más que un labrador, y no hay aquí cerca quien nos provea de ámbas cosas, tendrémos que marchar por fuerza. Qué decís, embajador?

Iba éste á responder, cuando el chasquido de un látigo, y el ruido que hacia un carruaje caminando con rapidez, nos obligó á acercarnos á la ventana.

En efecto, más bien que marchar parecia que volaba un carruaje tirado por seis caballos, y escoltado por ocho hombres montados.

—No es un cualquiera el que viaja así,—dijo el embajador.

—No á fe mia,—contestó el Sr. Soletty.—Quién será?

—No lo sé,—respondió Nottely,—pero debe caminar con tanta prisa por llegar á Romalia ántes que estalle la tormenta.

En efecto, un momento después desapareció el carruaje, y se perdió en el espacio el ruido que producia.

—Nos vamos?—dijo el Sr. Nottely.

—Por mí lo que gusteis,—respondió Soletty,—pero me parece que si no nos detenemos y picamos bien, podrémos llegar á Romalia poco después de anochecer.

—Pues á ello,—dijo el Sr. Nottely.

—A ello,—respondimos todos.

Un momento después, estabamos á caballo.

Los criados se apresuraban á recoger los restos de la comida para huir tambien de la tormenta.

Entre tanto la atmósfera se encapotaba cada vez más. Brillaban los relámpagos que, en surcos de fuego, iluminaban lúgubremente la campiña; retumbaba el trueno, y agitados los árboles de los bosques inmediatos por un viento impetuoso, producian un ruido confuso y sostenido, que era el precursor de la tormenta.

Picábamos cuanto podiamos; sin embargo, no nos fué posible oir el ruido y ménos alcanzar con la vista el carruaje que nos precedia.

De pronto un relámpago más grande que los anteriores, y el trueno de que fué seguido, rasgaron, por decirlo así, las nubes, que despidieron torrentes de agua, inundando los campos y poniendo el camino intransitable.

—A la carretera, señores, á la carretera,—dijo con voz de trueno el Sr. Soletty,—pues aunque por ella sea más largo el camino, el piso es firme y no nos extraviarémos cuando llegue la noche.

Seguimos el consejo de Soletty, y como la carretera estaba cerca, pronto llegamos á ella.

Entónces andábamos mucho, pero más que nosotros avanzaba la noche; así es que no tardó ésta en aparecer, triste, amenazadora y tan oscura, que ni nos veiamos unos á otros, ni nos hablábamos, porque el viento nos lo impedia.

De cuando en cuando el surco siniestro de un relámpago iluminaba todo el horizonte; pero la oscuridad que le seguia era más densa y profunda.

—Horrible noche!—dijo el Sr. Nottely.

—Lo peor es,—repuse yo,—que aún estamos muy léjos de Romalia.

—Alto, señores!—dijo de pronto el embajador.

—Pues qué hay?—preguntamos todos.

—Acabo de tropezar con un objeto que no conozco, y que por poco hace caer á mi caballo. Esperemos que venga otro relámpago, á ver si con su luz podemos percibir lo que es.

No sin una especie de terror nos acercamos y agrupamos alrededor del Sr. Nottely. Era tal la oscuridad, que aun estando juntos, apénas nos distinguíamos.

De repente brilló otro relámpago, y con su luz pudimos ver....

Cuatro cadáveres tendidos en la carretera, y poco distantes unos de otros!....

Un grito se escapó á la vez de nuestros pechos.

—Qué será esto?—dijo pensativo el Sr. Nottely.

Pero ni él, ni nosotros, sabíamos á qué atenernos, cuando otro relámpago nos hizo ver algunos pasos más allá, un carruaje sin tiro, sin escolta y sin lacayos.

—Oh, oh,— dijo el embajador volviéndose hácia nosotros;—algun grave suceso acaba de ocurrir aquí. Apostaria, señores, que este carruaje es el mismo que vimos pasar á escape, cuando acabábamos de comer. Qué os parece?

—Que indudablemente es el mismo,—contestamos todos.

—Pero entónces, qué es de su dueño?—repuso el embajador;—qué de los caballos? qué de los criados? y qué de la escolta que le acompañaba? En guardia, señores, en guardia y mano á las pistolas, porque ó yo me engaño, ó estamos en un gran peligro. Ahora caminemos despacio y en silencio.

Esto diciendo, rompió la marcha el embajador, y le seguimos todos, pistola en mano.

No habíamos andado siete pasos, cuando un gemido desgarrador vino á herir nuestros oidos.

—Quién se queja?—dijo, parándose, el embajador.

—Socorro, señores, socorro!—respondió una voz temblorosa.

—Al momento,—repuso el Sr. Nottely, apeándose del caballo.

Todos hicimos lo mismo, y todos rodeamos silenciosamente al que acababa de implorar nuestro auxilio de un modo tan lastimero.

Acercándonos más, pudimos percibir tendido en el suelo, y anegado en su sangre, á un hombre que, por su traje, nos pareció que era uno de los guardias que iban escoltando el carruaje que dejábamos atras.

—Estais herido?—le preguntó el Sr. Nottely.

—Sí señor,—respondió con voz débil el paciente.

—Y en dónde?—volvió á preguntar el embajador.

—En la cabeza y en el pecho.

A tientas y como pudo, llevó el embajador su mano á la cabeza del herido, y después de haberla examinado, dijo:

—En efecto, aquí os han dado un golpe violento, pues además de haberos roto la piel, he tocado el hueso con mis dedos.

Esto diciendo, sacó su pañuelo, lo dejó mojarse con el agua que caía, y reuniendo á tientas los colgajos, le vendó lo mejor que pudo.

—Veamos ahora la del pecho,—dijo en seguida.

Y separándole la túnica, introdujo su mano, que el herido guió trabajosamente hasta tocar otra herida, larga y poco profunda que tenia sobre una costilla falsa, y que por haber tropezado con ella, no habia penetrado en el pecho.

—Esta os la han hecho con una espada,—dijo el Sr. Nottely.

—Sí señor, y con una culata de una pistola la otra, después que el que me atacaba disparó sobre mí sin acertarme.

—Amigo,—dijo el embajador,—os voy á vendar esta herida como os vendé la otra, siquiera para que no acabeis de desangraros, porque ya lo veis, no somos cirujanos, y por consiguiente no tenemos apósitos, ni instrumentos con que haceros una cura regular, ni aun luz, que es lo que más falta nos hacía.

—Oh, señor, —dijo el herido con voz más animada; —vos sois algun ángel del cielo que ha bajado á Saturno para socorrerme. Cuándo podré pagaros este servicio, que acaso me salvará una vida que iba á perder sin vuestro auxilio?

—Vamos,—dijo el embajador con su natural bondad;—esto no merece la pena. Y ahora que estais curado lo mejor que nos fué posible, hacedme el obsequio de decir quién sois, y por qué os hallais en este sitio.

—Soy uno de los guardias que acompañaban al dueño de un carruaje que habreis encontrado más atras.

—Y qué es de él, de sus criados y de vuestros compañeros?

—Yo no sé, señor, —contestó el herido, —si mi debilidad me permitirá referiros la escena que acaba de pasar aquí. Vos me permitireis que hable despacio, y que descanse de cuando en cuando para poder tomar aliento.

—Todo lo que gusteis, amigo; hablad despacio y del modo que os acomode.

Teniendo al herido en medio, escuchábamos con ansiedad.

—Caminábamos con rapidez,—dijo éste,—para llegar á Romalia con dia, y, sobre todo, para huir de la tempestad, cuando al llegar á este sitio nos asaltaron doce hombres armados y perfectamente montados. Traian dos antorchas encendidas. Uno de ellos, el que parecia jefe, nos dió el alto; pero en lugar de responderle, le

hicimos una descarga. A los primeros tiros salió el caballero del carruaje, montó á caballo, y desenvainando la espada, se lanzó como el rayo á la pelea. La lucha fué sangrienta, pues á los primeros tiros fuí yo herido, y cayeron á mi lado cuatro de mis compañeros, cuyos cadáveres habreis encontrado más abajo Ya no quedaban en pié más que tres, un criado y el caballero que se batia como un leon, cuando el jefe dijo á éste:

—Ríndete, ó eres muerto.

—Jamas,—contestó el caballero.—Un hombre como yo, no se rinde á un bandido como tú, Russilio, y ahora mismo vas á pagar todos tus crímenes.

El caballero habia oido, como yo, el nombre del jefe á uno de sus secuaces.

Aquí hizo una pausa el herido, porque se sentia desfallecer.

—Descansad, amigo,—dijo el Sr. Nottely,—todo el tiempo que gusteis, aun cuando lo que estais diciendo exigia más brevedad, pues presumo que no sois vos el único á quien tendrémos que socorrer.

—Y no os equivocais, señor,—volvió á decir el herido, algo más repuesto, después de haber descansado un rato;—pero dudo mucho que podais dispensar vuestros servicios á esos pobres que compadeceis, y que estoy seguro los necesitan en este momento más que yo.

—Cómo así?—preguntó el embajador.

—Escuchadme, y lo sabreis. Apénas el caballero habia dicho lo que dejo expuesto, cuando cayó sobre el que llamó Russilio, decidido á atravesarle el corazon; pero (¡cosa que me pareció sobrenatural, señores!) ántes que el caballero se hubiese acercado al jefe, ví á uno de los bandidos montado á la grupa de su caballo, sujetándole y apretándole de manera, que ántes que el caballero pudiese desasirse de él y de otros tres que se apresuraron á ayudarle, quedó enteramente inmóvil. El jefe entre tanto se reia.

Desarmado y atado el caballero, hicieron lo mismo con el criado y los tres guardias; y desenganchando los caballos, y haciendo marchar delante á los cocheros, y detrás de ellos á los prisioneros, los condujeron por ese lado (y apuntaba al lado derecho de la carretera); llegaron á un montecillo que no está léjos de aquí, y cuando yo pensaba que subirian por él, y aun que pasarian al otro lado, los perdí de vista, no á ellos, porque á ellos no los veia, sino

á las antorchas que llevaban: en una palabra, me pareció que los habia tragado la tierra, segun la prontitud con que dejé de percibirlos. Hé ahí, pues, por qué os decia que no podriais, aunque quisiéseis, socorrerlos, ignorando, como ignorais, dónde se hallan.

—Oh, eso es fatal,—decia pensativo el embajador.

—Ahora, caballero,—añadió el herido,—os ruego que nos marchemos al instante, pues corremos aquí mucho peligro.

—Por qué?—preguntó con viveza el embajador.

—Porque al marcharse el jefe, dijo á los bandidos:—Amigos, pronto á ocultarnos, y después que pongamos á buen recaudo esta gente, y los caballos que cogimos, tú, Nosolatto, volverás al coche y conducirás al subterráneo todo lo que venga dentro. Con que, ya lo veis; de un momento á otro puede llegar Nosolatto, y si ve tanta gente reunida, retrocederá para avisar á sus compañeros.

—Muy bien, gracias,—dijo el Sr. Nottely:—seguirémos vuestro consejo, que no deja de ser prudente; pero ántes deseo saber una cosa.

—Qué?—preguntó el herido.

—Sabeis quién es el caballero que escoltábais?

—Sí, señor.

—Y quién es?

—El hijo del príncipe de Toluma.

—El hijo del príncipe de Toluma! — dijimos Nottely, Soletty y yo.

—El mismo: le conoceis?

—Oh Dios! Oh Dios!—repetimos á la vez los tres.

Si hubiese sido de dia, se habria visto mi palidez, lo mismo que la ansiedad del Sr. Nottely, cuyo corazon estoy seguro que latia entónces con violencia. El Sr. Soletty tambien debia estar muy afectado, porque al fin era un primo suyo el que se hallaba en poder de los bandidos.

—Y bien, Mendoza y Soletty,—dijo de allí á largo rato el embajador:—Qué pensais de esto? Qué determinacion tomais? ¿Quereis abandonar á una muerte cierta, vos, Soletty, á vuestro primo, y vos, Mendoza, al hijo de vuestro amigo?

—Jamas!—respondimos á la vez los dos.

—Bien; no esperaba ménos de tan cumplidos caballeros.

Y volviéndose á los Nostracianos, añadió:

—Y vosotros, queridos amigos, ¿consentiréis que tantos hom-

bres vayan á perder la vida, probablemente entre martirios, cuando con vuestro esfuerzo podreis acaso libertarlos? ¿No sostendreis hoy, como siempre, la gloria de nuestra pátria? ¿Quereis seguirme?

—Hasta la muerte,—contestaron los Nostracianos.

—Oh, gracias, gracias, queridos amigos,—dijo el embajador con efusion.

Entónces conocí de lleno toda la grandeza de aquel jóven, y el irresistible poder que ejercia sobre cuantos le rodeaban.

—Ahora, amigos,—continuó el Sr. Nottely,—no perdamos un momento; el bandido va á venir, y es preciso que nos halle prevenidos. Tú, Cosoly (dirigiéndose á un criado), lleva los caballos al otro lado de la carretera, y escóndelos de manera que ni aun con los relámpagos puedan verse desde aquí; pero estáte alerta por si acaso te llamamos. Vos, amigo,—añadió volviéndose al herido,—tened paciencia y manteneos así todo el tiempo que podais, hasta ver en qué pára esto. Yo pensaba meteros en el coche para resguardaros de la lluvia; pero como me dijísteis que iba á venir el bandido, desisto de mi propósito, temeroso de que os mate si ve que aún estais con vida.

—Teneis razon, señor,—contestó el herido;—yo haré todo lo que pueda por esperar á que volvais.

—Si volvemos,—dije yo para conmigo.

—Ahora ocultémonos nosotros,—dijo el embajador.—Ni una palabra, ni un movimiento que pueda alterar en lo más mínimo la confianza del bandido. Así que llegue al coche, salimos todos, y ántes que vuelva de su sorpresa, le ponemos al pecho los cuchillos. Ni un tiro, señores, pues esto no haria más que alarmar á sus compañeros y hacerlos venir en su socorro. Lo demás es cosa mia.

Todos nos colocamos detrás del coche, es decir, á la parte opuesta del lado por donde habia de venir Nosolatto.

Guardábamos profundo silencio.

Entre tanto, silbaba el viento, y de vez en cuando iluminaba el rayo con su fulgor fatídico los objetos. Después, en medio de las tinieblas que á la claridad se sucedian, retumbaba el trueno, y su eco, repetido allá en los montes, infundia en nuestras almas aquella emocion indefinible que se siente siempre en los peligros, y en los grandes espectáculos de la naturaleza.

Solemnes eran los momentos.

Pero el bandido no venía.

—Por qué tardará tanto? — me dijo en voz baja el embajador.

—Y quién puede saberlo?—le respondí.

—Es que tiemblo á la idea de que los maten ántes que podamos socorrerlos. Si yo supiese dónde estaban, si no temiese que un encuentro intempestivo lo echase todo á perder, ni un momento estaria aquí parado. Ardo por librar á esos infelices de la agonía que deben estar sufriendo.

De repente apareció una luz hácia el medio del montecillo.

—Veis?—le dije en voz baja al embajador.

—Sí, esperemos.

La luz se movia, y poco á poco se vino acercando hácia nosotros.

El que la traia andaba despacio y vacilante, sin duda por el lodo que habia en el camino; pero no por eso tardó mucho en llegar al coche. Entónces miró á uno y otro lado, y no viendo á nádie, se dirigió á la portezuela; mas apénas la habia tocado, cuando saliendo nosotros y rodeándole, le pusimos al pecho los cuchillos.

Es imposible describir el asombro de aquel hombre. Ni un momento trató de defenderse; sus miradas extraviadas se dirigian á nosotros sin decir una palabra. Después un temblor general invadió su cuerpo, y se le habria caido la antorcha de la mano, si el embajador con rapidez no se hubiese apoderado de ella.

—Tranquilizaos,—le dijo el Sr. Nottely,—y nada temais si accedeis á lo que voy á proponeros; pero, por Dios vivo, que os mato si decis una palabra, ó haceis la menor señal para que vengan á socorreros.

Nada respondió el hombre: su estupor no le permitia hablar aún.

—Ni un momento le perdais de vista,—nos dijo el embajador.

Y dirigiéndose al herido, y cogiéndole con sus robustos brazos, le dijo:

—Ahora venid; voy á llevaros al carruaje y vuestra suerte será la que nosotros corramos.

—Gracias, señor, gracias,—dijo lleno de reconocimiento el pobre hombre.

Colocado el herido en el coche y cerrada la portezuela, volvió el embajador junto al bandido.

—Vais á conducirnos ahora mismo,—le dijo,—á la caverna donde está Russilio. Cuidado con lo que os dige; si hablais una palabra, ó haceis la menor señal para que vengan á socorreros, ántes de luchar con ellos, os mato.

—Estoy cogido, señores,—respondió el bandido,—y haré todo lo que querais.

—Bien,—contestó Nottely;—ahora marchemos.

—Pero señores,—dijo el bandido parándose y mirándonos de hito en hito,—adónde vais?

—A la caverna, ya os lo he dicho,—repuso el embajador.

—Es que, señores,—dijo el bandido,—no sabeis lo que vais á hacer, y de seguro caminais á vuestra ruina, si insistis en lo que acabais de proponerme.

—Y por qué?—preguntó el embajador.

Porque son veinte hombres resueltos los que acompañan á Russilio, y porque Russilio sólo vale por doce. Además, el sitio que ocupan es un laberinto que sólo nosotros conocemos, y ántes de llegar á él hay tres centinelas que darán la señal de alarma tan pronto como nos vean. Reflexionadlo, señores, y no os precipiteis.

—Bah,—dijo el embajador;—quereis acaso asustarnos? Pues, amigo, es preciso que sepais que ninguno de los que veis aquí conoce el miedo.

Miraba el bandido con ojos espantados á aquel hombre, que hablaba con tal aplomo cuando iba á arrostrar un peligro tan tremendo: sin duda le tuvo por un Dios ó por un loco, puesto que bajando la cabeza volvió á decir:

—Bien, señores, bien; haced lo que gusteis: qué exigís de mí?

—Por ahora nada más, que nos conduzcais á la caverna.

—Vamos, pues, á la caverna,—dijo el bandido, con visible mal humor.

Y tropezando aquí, cayendo acullá, y metiéndonos en el lodo hasta las rodillas, llegamos á la caverna.

CAPITULO XXIV.

LA CAVERNA.

Tenía ésta una abertura informe, que se cerraba con una peña hueca por adentro, y que, colocada en su sitio, parecia que habia nacido allí, y que allí estaba desde tiempo inmemorial; así es, que no se podia en modo alguno dar con la entrada de la cueva á no estar enterado del secreto. Cuando llegamos estaba la peña levantada.

—Alto, señores,—dijo el embajador,—ántes de entrar es preciso preverlo todo. Teneis preparadas vuestras armas?

—Sí,—respondimos todos.

—Bien,—dijo el embajador.

Y dirigiéndose al bandido, añadió:

—Dónde está el primer centinela?

—Como á doce pasos de la entrada.

—Y el segundo?

—Cuarenta pasos más allá.

—Y el tercero?

—Junto al gran patio, que es la estancia de Russilio.

—Qué armas tienen?

—Pistola y puñal.

—Hay luz en los sitios donde están?

—Sólo la que viene del gran patio.

—Cómo es eso? Explicáos.

—Quiero decir, que no teniendo más luz que la que sale de la estancia de Russilio, para el primero es muy viva, para el segundo confusa y para el tercero imperceptible.

—Comprendo,—dijo el embajador.—Ahora vais á entrar vos, y yo, que no tengo más objeto que mataros, á la primera señal que hagais para dar aviso, os acompaño. Cuando os hable el primer centinela, le direis, para que no extrañe veros volver sin nada, que siendo muy pesados los objetos que trae el coche, necesitais otro compañero. Tú, Corintty (dirigiéndose á uno de los Nostracianos), irás cerca de mí, cuanto la claridad te lo permita, y á su debido tiempo hundirás tu cuchillo en el pecho del bandido con resolucion,

y sin decir una palabra. La misma relacion hareis, dijo al bandido, á los otros dos, y tú Corintty, los tratarás como al primero, sin más diferencia que ir un poco más atrás cuando nos acerquemos al segundo, y más aun, cuando nos acerquemos al tercero. Está claro que estas distancias tendrás que salvarlas después con un gran salto, cuando vayas á dar el golpe. Comprendiste?

—Perfectamente,—respondió Corintty.

—Por lo demás, señores, — continuó el embajador, — no atacareis á los bandidos hasta que veais la señal, que será cuando yo levante el brazo. Entre tanto, sino os recomiendo el valor, porque os creo de él el modelo más perfecto, os recomiendo la prontitud en el herir, y el más exquisito cuidado en no meter el menor ruido. La sorpresa y el arrojo nos van á dar el triunfo; yo os lo digo.

Y volviéndose al bandido, añadió :

—Y vos amigo, miraos bien y no os equivoqueis; si tratais de vendernos, sois muerto, porque no hay poder humano que os sustraiga de mi brazo; pero si, por el contrario, nos sois fiel, no sólo se os conservará la vida que os dejamos, sino que corre por mi cuenta vuestra suerte.

—Aunque no me tuviérais preso, — dijo el bandido, — y no me hubiéreis ofrecido una fortuna, os obedeceria, señor, porque no sé que teneis, que me arrastais Contad conmigo.

El bandido sufria la fascinacion que aquel jóven ejercia sobre todos los que tenian la dicha de tratarle.

—Perfectamente, — contestó el embajador. — Ahora, marchemos.

Y yendo delante el bandido, á su lado el embajador, y detrás de ellos Corintty, los seguimos nosotros.

La entrada era oscura y la escalera tortuosa; pero cuando llegamos al pavimento, percibimos un resplandor en lo último de la galería, que nos sirvió para no extraviarnos. Andábamos muy despacio y en silencio, cuando una voz bronca y cavernosa, dijo :

—Quién va allá?

—Yo, Notaylo,—respondió el bandido.

—Ah, eres tú, Nosolatto? Y el equipaje, no lo traes?

—Para eso necesito ayuda, y vengo á buscarla.

—Luego es bueno? tanto mejor, voto al diablo, porque....

Un gemido sordo y desgarrador se escapó del pecho del centinela, que sin concluir su frase cayó muerto sobre el pavimento.

Corintty le habia clavado su cuchillo en el pecho hasta la empuñadura.

—Adelante, señores,—dijo el embajador,—y silencio.

La galería por donde caminábamos era larga y espaciosa, y estaba llena de columnas que sostenian bóvedas muy altas. Se conocia que habia pertenecido á un edificio grande y suntuoso, que el tiempo, ó alguna erupcion volcánica, habian destruido y sepultado. Lo que habitaban los bandidos no eran más que sus ruinas, y el estar estas debajo de tierra, y el tener tan disimulada la abertura, era lo que habia inutilizado las pesquisas que se habian hecho para dar con ellos. Imponia el caminar por aquellos sitios, y cuando nos acercamos al segundo centinela, cuya sombra divisamos al través de la claridad que venia del patio, sentimos una especie de terror al acordarnos que aquel infeliz iba á morir.

A medida que nos acercábamos á él, nos íbamos quedando atrás Soletty y yo, miéntras que los Sres. Nottely y Corintty marchaban junto al bandido. Como este andaba naturalmente, pronto le sintió su compañero, quien con voz vibrante preguntó:

—Quién va?

—Yo, Clorisso,—contestó Nossolatto.

Como en este sitio habia más claridad que en el anterior, el centinela, percibiendo sin duda á alguno de nosotros, añadió con extrañeza:

—Qué es eso?—Viene álguien...

No pudo concluir. Corintty, ágil como un tigre, salvó la distancia á que estaba de él, y, como al primero, le remató de un golpe.

—Hasta aquí, señores,—dijo el bandido parándose y mirándonos fijamente,—hemos salido bien de la empresa; pero falta el tercer centinela, que estando en un sitio donde la claridad es mayor, no se le puede abordar sin gran peligro. Si ve alguno conmigo, avisará al instante, y como vosotros no quereis que vaya solo, porque estais viendo que puedo vengarme y perderos, no sé lo que debo hacer. Qué disponeis?

Y tenia razon el bandido; podia vengarse, y bien pronto lo conocimos. Nuestra situacion era apurada, pues aumentando la luz á medida que nos acercábamos al patio, nuestras vidas pendian de aquel hombre. Si alguno le acompañaba, éramos descubiertos, y si le dejábamos ir solo, podia unirse á sus compañeros, y perdernos. Qué hacer?

El Sr. Nottely, que se habia quedado pensativo, levantó entónces la cabeza y dijo al bandido con aquella voz insinuante que le era peculiar.

—Acabais de decir que podeis perdernos, y es cierto; pero, no sólo no lo hareis, síno que vais, por el contrario, á salvar á los infelices que gimen bajo la tiranía de Russilio. Hay en vos algo de noble que me dice que sólo circunstancias desgraciadas pudieron obligaros á abrazar la vida tan expuesta que traiais, y entre esta vida y la que yo os ofrezco, feliz y tranquila, no podeis vacilar. De vos penden ahora nuestras vidas, lo conozco; y sin embargo, os las confio seguro de que vais á velar por ellas y á salvarlas. Sólo vos podeis acercaros al que guarda el patio y matarle: id, pues, y hacedlo; ahí teneis mi cuchillo, tomadlo.

Y diciendo esto, sacó su cuchillo y se lo entregó.

Cogiólo el bandido sin decir una palabra, colocólo en su cinto, é iba á marchar, cuando poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo el embajador:

—Pero, si á pesar de todo preferis vengaros, oid: juro ante Dios que ninguno de nosotros tocará á un solo cabello de vuestros compañeros, sin que ántes caigais vos hecho pedazos bajo la furia de nuestros golpes. Ahora marchaos.

Y se marchó!...

—No os lo oculto, amigos—dijo el embajador;—nuestra vida pende de un hilo, puesto que está, como él mismo ha dicho, en las manos de ese hombre. Ya lo habeis visto; he apelado á las promesas, al terror y á mover su corazon: lo que sucederá, Dios lo sabe. Ahora acerquémonos poco á poco, hasta aquel punto en que la oscuridad no permita ver nuestras personas.

Y volviéndose á su criado, añadió:

—Corintty, dame un cuchillo.

El criado se lo dió.

Entre tanto, veiamos perderse entre las sombras la elevada figura del bandido, cuyos pasos largos y precipitados repetia el eco en las negras bóvedas y altas arcadas de aquella galería de siglos.

Nuestros corazones latian con violencia á medida que se acercaba al centinela; pero como nos estaba vedado pasar del punto en que la luz podia hacernos perceptibles, no sabiamos lo que sucederia cuando llegase junto á él.

¡Momentos de agonía fueron aquellos para nosotros!

De repente, un ruido como de voces que salió del patio, nos hizo creer que habiamos sido vendidos: al mismo tiempo vimos destacarse una figura gigantesca que con pasos acelerados se adelantaba hácia nosotros.

—Firmes!—dijo el embajador.—Esperémoslos aquí á la sombra, donde no podrán acertarnos, y desde donde cada bala nuestra matará un hombre.

Pero la sombra venia sola, y se adelantaba en silencio.

Era el bandido.

—Qué hay?—preguntamos con ansiedad.

—Ya está,—nos dijo con voz breve y ademan resuelto;—venid, señores.

—Y aquel ruido?—preguntó el embajador.

—Es el que me ha servido para asegurar el golpe, y ocultar el gemido de la víctima. Russilio disputa acaloradamente con sus prisioneros: venid.

—Bien, amigo,—dijo el Sr. Nottely:—acabais de haceros acreedor á nuestro eterno agradecimiento.

Y volviéndose á nosotros, añadió:

—Ahora, señores, en marcha; pero en silencio y sin parar hasta que lleguemos á la puerta. Acordaos de no hacer el menor movimiento hasta que veais la señal.

Caminábamos con cautela, y á medida que lo haciamos, íbamos percibiendo mejor las voces de los que disputaban.

Junto á la puerta ya, nos paramos, y oimos la conversacion siguiente:

—Jamas,—decia una voz simpática,—obtendrás de mí lo que deseas.

—¿Y qué son seis millones,—decia otra voz áspera y bronca,—para un hombre como tu padre? Firma esa carta, y te verás libre tan pronto como llegue el dinero á mi poder.

—Ya te he dicho y te repito,—repuso la voz primera,—que no es por el dinero por lo que dejo de firmar.

—Y por qué entónces?

—Porque accediendo á tus deseos—repuso la voz primera—daria de mí una idea miserable. Se diria, y con razon, que sólo el miedo me habia hecho firmar, y yo quiero hacerte conocer que no lo tengo, y la diferencia que hay entre un hombre como yo, y un malvado como tú. Haz lo que quieras.

—No me irrites, Silaydi—dijo la voz bronca;—firma. ó por Dios vivo, que voy á hacerte hablar de otra manera.

—Te repito—dijo Silaydi con desden—que hagas lo que quieras.

—Sí?—dijo con rabia la voz áspera.

Silaydi no respondió.

—Es que no creas—añadió el bandido con una risa infernal—que me contentaré sólo con matarte, nó; tienes una hermana divina, y esa hermana es preciso que sea mia, absolutamente mia, ¿lo has oido? Ya sé que tratan de casarla con un Grande de Catilia; pero ántes que eso suceda, la traeré aquí. ¿No sería triste que siendo tan bella, la poseyese otro ántes que yo? Oh! no será así, yo te lo juro

Cómo estaria el embajador al oir estas palabras?

Nada respondió Silaydi, y, aunque no le veíamos, suponiamos que ni siquiera mirase al bandido.

—Con que no te dignas responder?—continuó Russilio, pues él era quien hablaba.—Con que no quieres firmar? Bueno, ya verémos si eres tan valiente como quieres hacernos suponer.

Y volviéndose á los suyos añadió:

—Hola, Rossinio, Coribio, y tú, Rotaldo, pronto al frente, y disponeos á disparar cuando yo avise.

—Bravo, mi capitan!—respondieron los nombrados.

Estos se pusieron en fila, y prepararon las armas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual parecia que reflexionaba Russilio. Aprovechólo el Embajador para decirnos en voz baja:

—No aparteis de mí la vista, y á la señal convenida, entramos todos, matamos cuantos podamos, pues la sorpesa nos dará tiempo para ello, y hecho esto, y quedando en número casi igual, nos batirémos.

Preparamos muy despacio las pistolas, y desenvainamos las espadas.

—No te obceques, Silaydi—decia entre tanto Russilio—y no sacrifiques tu vida á un vano punto de honor. Estando preso y desarmado, qué puedes hacer?

—Morir—respondió con resolucion el jóven.

—Es esa tu respuesta?—preguntó Russilio.

Hubo otro momento de silencio: nuestros ojos no se apartaban del embajador.

—Por última vez,—dijo Russilio:—firmas, sí ó nó?

—Nó,—dijo el embajador con voz vibrante levantando el brazo—y entrando como el rayo en el gran patio.

El asombro que causó nuestra presencia, el lector puede inferirlo; pero ántes que los bandidos se recobrasen de él, ya habiamos inmolado seis que, cubiertos de sangre, se revolcaban por el suelo.

Russilio, que al vernos se habia quedado estupefacto, se recobró al instante, y disparando sus pistolas, mató á mi guardia é hirió en un brazo al Sr. Coloby, uno de los más bravos Nostracianos. En seguida tiró de la espada, y lanzando una imprecacion tremenda, se arrojó entre los Nostracianos, que furiosos le embistieron á su vez. Comenzó entónces una lucha encarnizada.

Mientras que el embajador se batia con tres bandidos que le habian atacado á un tiempo, desataba yo á Silaydi, á los guardias y á los criados, que así que se vieron libres, corrieron á quitar las armas á los que estaban en el suelo, y con ellas embistieron á los enemigos. El estruendo entónces de las armas, y de las imprecaciones aumentaron. Acababa el embajador de quitar la vida á los tres que le habian atacado, cuando un cuarto blandió en el aire su cuchillo, y fué á clavárselo en la espalda. Doy un grito y ántes que el embajador lo percibiese y pudiese defenderse, ya habia atrevesado yo de parte á parte al asesino.

Una mirada de reconocimiento, fué lo único que me pudo decir Nottely; pero observando que los Nostracianos retrocedian delante de Russilio, que uno de ellos estaba tendido en el suelo, y otros dos muy mal heridos, se dirigió á ellos y les dijo:

—A un lado, amigos, que quiero conocer al Sr. Russilio.

Y apartando á los Nostracianos, se puso enfrente del terrible jefe.

—Oh, oh! eres tú embajador?—dijo con diabólica sonrisa el feroz Russilio.—Te he visto en el torneo y has vencido al príncipe de Nocuara; pero aquí no hay príncipes, querido; te lo advierto por si lo ignorabas.

Y diciendo esto se lanzó, rechinando los dientes, sobre el embajador. Recibióle éste con serenidad y sangre fria, y principió entre los dos un combate á muerte.

Entre tanto, ya habiamos nosotros quitado la vida á todos los bandidos, excepto á tres que se rindieron. Miéntras los ataba uno

de los Nostracianos, corrimos todos á ayudar al embajador; pero éste, que lo observó, dijo sin apartar la vista de Russilio:

—Está solo, y es indigno de nosotros abusar de las ventajas; eso se queda para la canalla: no es así, Sr. Russilio?

En lugar de responder Russilio, á quien la rabia de ver muertos y atados á los suyos tenía fuera de sí, tiró una estocada furibunda al embajador; pero parándola éste con su destreza acostumbrada, introdujo su espada hasta la empuñadura en el pecho del foragido, que cayó envuelto en sangre, y lanzando miradas furiosas á Nottely.

Quisimos socorrerle; pero él con gestos repetidos se opuso á ello. Tenía siempre la vista fija en el embajador, á quien parecia querer decir algo; pero sin poder conseguirlo, pues su sangre, que salia con violencia, le debilitaba por momentos. Sin embargo, haciendo un esfuerzo supremo pudo proferir estas palabras confusamente articuladas:

—Sólo tú... tú solo... homb... dem... ángel... maldito se...

Y espiró.

Entónces acudimos á los heridos. Mi guardia estaba muerto: la bala le habia levantado el cráneo. El Sr. Coloby y otros dos Nostracianos estaban heridos, aunque no de peligro; pero el que lo estaba de mucho era el primero que habia caido al suelo. A todos los curamos y vendamos lo mejor posible, acostándolos después en buenas camas que encontramos en el subterráneo.

Cubiertas estas primeras atenciones, y habiendo visto que durante la lucha habia cesado la tempestad, mandamos un propio á Romalia para participar lo ocurrido al Sr. Nomara, y hacer venir á un cirujano.

El Sr. Silaydi cogió un papel de la mesa de Russilio, y escribió la carta.

Dispuestas así las cosas, principiaron á recobrar su imperio las afecciones personales. El Sr. Silaydi no apartaba de mí la vista; pero recordando sin duda que tenía otro deber más urgente que cumplir, dijo al embajador:

—Acabais, señor, de hacerme un servicio que no podré pagaros nunca. ¿Qué casualidad ó qué milagro os ha conducido aquí, precisamente en el momento que iba á perder la vida? Sé que sois el embajador de la Nostracia, porque se lo he oido á Russilio; ¿pero ¿hace mucho que lo sois? Me conoceis quizá?

—No, Silaydi,—contestó Nottely con aquella dulzura quele hacía tan simpático;—pero conozco á vuestro ilustre padre desde que vivo en Romalia. Uno de los guardias que os acompañaban, á quien encontramos herido, fué el que nos refirió el asalto de Russilio, y el que nos indicó el sitio donde presumia que estuviéseis. Un bandido á quien sorprendimos yendo á buscar los efectos de vuestro coche, nos enteró del resto, y nos condujo aquí: hé ahí todo.

—¡Y vos, hombre generoso,—dijo el Sr. Silaydi,—habeis concebido y ejecutado el proyecto de salvarnos, sin que os arredrase el peligro á que íbais á exponeros, cuando apénas nos conocíais, y cuando lo más seguro que podíais esperar era la muerte! Sois incomparable, caballero.

—Dichoso, y nada más,—repuso el embajador.—¿Qué mayor gloria que contribuir á arrancar del poder de Russilio á tantos infelices que iban á ser sacrificados, y devolver al hombre que más venero en el mundo un hijo que tanto ama? Mi alegría por el éxito de esta empresa es superior á la vuestra, Sr. Silaydi; podeis creerlo.

Miraba éste á aquel jóven tan dulce y modesto ahora, y le parecia imposible que fuese el mismo que, momentos ántes, habia visto tan fiero con Russilio. Precisamente veia en él algo de extraordinario, pues le estuvo contemplando largo rato: por último, le dijo:

—Sois, señor, un verdadero héroe, y desde ahora podeis contar conmigo y con los mios: si, además, quereis honrarme con vuestra amistad, tendré en ello un gran placer.

—Con toda mi alma,—dijo el embajador,—tendiéndole la mano, que Silaydi estrechó con efusion.

El embajador estaba radiante de alegría, y no era extraño. Acababa de salvar al hermano de Aneyda, y de adquirirse un amigo á toda prueba. Esto le tenía fuera de sí, y sus miradas me lo revelaban de un modo tan expresivo, que lo comprendí perfectamente.

Cumplido su deber con el Sr. Nottely, se volvió Silaydi háci su primo, á quien dijo:

—A tí no te doy las gracias, pues aunque te debo mucho, sabes tambien cuánto te amo.

—Y á vos, caballero,—añadió encarándose conmigo;—pero ántes tened á bien decirme: ¿sois de la Gran Roquelia?

—No señor, ni de Saturno.

—Ah! ¿Luego sois uno de los dos habitantes de la Tierra que han llegado á este mundo de un modo tan milagroso, y que viven en la casa de papá?

—Sí señor, soy uno de ellos.

—Lo presumia,—dijo Silaydi,—no sólo por vuestra talla, sino por lo mucho que de vosotros me hablaba papá en sus cartas. Oh, señor!—añadió Silaydi, abrazándome con el mayor cariño, y como si me hubiese conocido de antemano:—¡y qué bien pagais los leves favores que haya podido haceros mi familia, exponiendo vuestra vida por salvar la mia! Mucho deseaba conoceros, y lo he conseguido de un modo tan ventajoso para mí, que me hará recordarlo eternamente.

—He cumplido con mi deber, señor; y os digo ahora lo mismo que el Sr. Nottely, que mi alegría por lo que acaba de pasar excede mucho á la vuestra.

—Ya veo,—dijo mirándonos á los tres con visible enternecimiento,—que me hallo entre gente que me quiere.

—No lo sabeis bien,—le respondimos á la vez Nottely y yo.

El Sr. Soletty, que le tenía cogida una mano, se contentó con apretársela.

—Sí tal, sí tal,—dijo el Sr. Silaydi,—y me alegro deberos tanto, porque así os amaré más.

—A mí nada me debeis,—le respondí;—pero debeis mucho á vuestro primo, y más aún al Sr. Nottely.

—Ya sé,—respondió Silaydi,—lo que debo al embajador; pero dejaré de estar agradecido á los que le ayudaron en su empresa? No expusísteis vosotros vuestras vidas por mí?

—No lo niego,—le respondí;—pero, quien concibió el proyecto, quien lo dirigió, quien nos comunicó su entusiasmo y su valor, y quien nos condujo, en fin, á la victoria, fué Nottely. Pensais lo mismo, querido Soletty?

—Absolutamente lo mismo,—respondió éste.

—Ah! vos no conoceis todavía,—dije yo,—á este jóven extraordinario que....

—Eh, alto allá, señor hablador,—dijo interrumpiéndome Nottely.

Y volviéndose á Silaydi, añadió:

—No hagais caso, querido Silaydi, de Mendoza, cuyas relevan-

tes prendas tendreis ocasion de conocer, pues padece la singular manía de ver siempre el mérito en los demás, y nunca en sí mismo. Ya sabeis que sin él, no tendria yo el placer de hablar con vos ahora: ved como lo olvida el ingrato.

Y diciendo esto, cogió mi mano que estrechó con el mayor cariño.

—Sois admirables,—dijo mirándonos el Sr. Silaydi.

En seguida se ofreció uno por uno á los Nostracianos con mucha cordialidad. Cuando llegó al bandido que nos habia facilitado la entrada en la caverna, dijo:

—Cambia de vida, y tu suerte corre por mi cuenta.

—Gracias, señor; ya me ha hecho igual ofrecimiento el Sr. Nottely, y pienso aceptarlo.

—Y por qué nó el mio, y sí el de él?

—Porque él fué quien ha hecho nacer en mí un aborrecimiento sin límites á la vida desastrosa que traia.

—Cómo así?—dijo sorprendido el Sr. Silaydi.

—Porque es imposible ver tanto valor, tanta serenidad, tanta abnegacion, tanto ardor para hacer el bien, y tanta sabiduría para ejecutarlo, sin que uno se pasme y desee ser honrado.

—Tienes razon, tienes razon,—dijo conmovido el Sr. Silaydi;—pero como en último resultado á quien has contribuido á salvar ha sido á mí y no al embajador, á mí, y no á él, toca recompensarte.

—Os ruego, Silaydi,—dijo el embajador,—que no me quiteis el gusto de hacer la suerte de este desgraciado; y ya que he principiado á cambiarle, como él dice, permitidme que concluya.

—No puedo complaceros, Nottely, pues vos mismo conocereis....

—Quiere decir, señores,—repuso el bandido interrumpiéndolos,—que en lugar de uno, tendré desde hoy dos protectores. No es eso lo que pretendeis?

—Cabal,—contestó con viveza el Sr. Silaydi;—hé ahí dirimida la cuestion: los dos te protegerémos, y no se hable más del asunto. Consentís, embajador, no es cierto?

Y como Nottely tardaba en contestar, añadió:

—Ved que si no aceptais, estoy dispuesto á no ceder.

Vi entónces salir una lágrima de los ojos del bandido.

El Sr. Soletty y yo, dijimos á la vez:

—Los dos, los dos le protegereis; no hay remedio, embajador.

—Sea,—dijo éste,—pues que en ello os empeñais.

*

Y el resto de la noche lo pasamos agradablemente entretenidos, pues la alegría era tan viva, que nos quitó á todos el sueño.

A la mañana siguiente, preguntamos á Nossolatto si sabia donde estaban los caballos.

—Ya se ve que sí,—nos contestó.

—Y en dónde?—preguntó el embajador.

—En una gran cuadra que hay á cien pasos de aquí. Siempre que haciamos alguna presa, poniamos en ella los caballos hasta el dia siguiente, que los ibamos á vender á Romalia.

—Pues es preciso que vayais á buscarlos.

—Al instante,—dijo Nossolatto.

Apénas habia marchado éste, cuando apareció el cirujano. Después de saludarnos, dijo:

—No podeis imaginar, señores, la alegría que ha causado en Romalia vuestra aventura de esta noche.

—Sabida en vuestra casa la noticia, y sabida tambien en el Gobierno, cundió al punto por la ciudad; y como no ignorais el gran terror que inspiraba Russilio, debeis inferir el gozo que se difundiria en todos los corazones, á medida que se fueron conociendo los detalles. El Gobierno, por su parte, mandó un piquete de caballería para llevar el cadáver de Russilio y los bandidos que hubiéseis hecho prisioneros: pronto estará aquí.

—Bien, amigo, bien,—dijo á esta sazon el embajador;—pero lo que importa ahora no es eso, sino que veais y cureis á los heridos.

—Teneis razon,—contestó el cirujano:—dónde están?

—El de más peligro aquí,— dijo el Sr. Nottely, conduciendo al cirujano á la cama del herido.

Reconocido, curado y vendado éste, lo sangró el cirujano.

—Qué tal?—dijo el Sr. Nottely;—es grande el peligro?

—Sin la cura que acabo de hacerle, y sobre todo, sin la sangría, quizá sí, porque la herida es larga y la reaccion muy fuerte.

—Y la bala?

—Qué bala?

—Pues no tiene una bala en el pecho?

—No, Sr. Nottely;—lo que tiene es una herida hecha con alguna arma de punta quebrada, sin duda en el calor de la refriega.

—Y mediante lo que acabais de hacerle, esperais salvarle?—preguntó inquieto el embajador.

—No desconfio á lo ménos, porque no estando interesados los pulmones, si se sigue el plan que voy á disponer, y el enfermo guarda un silencio y una quietud completos, es muy posible que cure.

—Dios lo quiera. Venid ahora, si gustais, á examinar los demás heridos.

Concluia el cirujano de hacerlo, y de dictar las disposiciones consiguientes, cuando apareció Nosolatto.

Salimos entónces de las ruinas, y parte á caballo, y parte en el coche de Silaydi, tomamos el camino de Romalia.

Los heridos, á los cuales se habia agregado el guardia que Nottely metiera en el coche ántes de la refriega, quedaron en el subterráneo al cuidado del ayuda de cámara de Silaydi y del cirujano.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

REVISTA POLÍTICA.

INTERIOR.

La guerra declarada ya entre Prusia y Francia, la retirada de la candidatura del Príncipe de Hohenzollern, la suspension de las convocadas Córtes, sucesos son de tan reconocida importancia, que cambian radicalmente la faz de la Revolucion española.

No podrá decirse ya que hemos arrastrado la Corona de Castilla por Europa mereciendo el desprecio de todo el mundo. No: la Nacion española representa todavía lo bastante, digan lo que quieran los adversarios del glorioso movimiento de Cádiz, para figurar con dignidad entre los pueblos europeos. Ni la repulsa del Rey D. Fernando de Portugal, ni las temerosas sensibilidades de la Duquesa de Génova, pueden desmentir el hecho elocuente de que estuviese dispuesto á aceptar la Corona de San Fernando un Príncipe de condiciones simpáticas y cualidades personales recomendables, ligado íntimamente con la dinastía de una de las primeras potencias continentales.

No vamos á ocuparnos de la lucha entablada entre el Imperio napoleónico y la Corte del Rey Guillermo: no tenemos para qué estudiar aquí la naturaleza verdadera de esta gigantesca lucha, ni los grados de popularidad que la guerra tenga en cada uno de los pueblos contendientes: asunto es este encomendado á otra persona, segun la division ordinaria de los trabajos de nuestra REVISTA. Pero está fuera de duda que España queda libre de toda responsabilidad para lo porvenir, y que, después de la negativa del padre del candidato y de la última nota que, comunicando esta nueva, pasó al Gabinete frances nuestro Ministro de Estado, la causa de toda hostilidad

habia terminado, sin que las consecuencias de los grandes combates que se preparan puedan recaer sino sobre los nobles adalides que, por celos de influencia y altivez nacional, han puesto en pié de guerra sus huestes formidables.

Desde el punto de vista de nuestras relaciones exteriores, España no ha perdido en la general consideracion; ántes, por el contrario, ha ganado, guardando el Ministerio de S. A. el Regente una actitud digna. No sucede lo mismo, desdichadamente, en lo que á la situacion interior del país se refiere. Las dificultades que la cuestion régia encontraba para resolverse de una manera conveniente, han aumentado, pues la division, por desdicha, existente de antiguo entre los monárquicos, se ha rejuvenecido ahora por las alabanzas y censuras que el candidato oficial ha merecido de uno y de otro bando.

Confesamos con ingenuidad que nos falta en política una fibra sin duda esencial en España; que no sentimos lo que podria llamarse el entusiasmo de las dinastias; en el bello ideal que nos hemos formado de las instituciones que deben regir á los pueblos en el siglo XIX, la cualidad predominante en el Monarca si no la única en nuestro sentir, es, aparte la moralidad de costumbres, el respeto por la Constitucion del Estado. La historia de Inglaterra, pais sólo en que el Gobierno representativo existe en toda su pureza, enseña de un modo que no deja lugar á dudas, que sus períodos de grandeza y desenvolvimiento nacional no coinciden ciertamente con los momentos en que el sólio de la Gran Bretaña estaba ocupado por individualidades de personal mérito; al contrario, desde el advenimiento del Príncipe de Orange hasta nuestros dias, la época de más decadencia para aquel grande Imperio fué aquella en que el poder real tuvo más influencia é importancia. Por eso nosotros asistimos á la lucha de candidatos con ánimo impasible, sin tomar parte en la contienda, haciendo votos tan sólo porque la institucion se salve acompañada de garantías que afirmen para lo sucesivo las libertades públicas.

Respetamos el convencimiento que abrigan los partidarios de las diferentes soluciones monárquicas que existen dentro de la revolucion, sin participar de su ardor ni de sus esperanzas, convencidos de que en la direccion que el nuevo Monarca dé á los negocios públicos, ha de entrar por algo la suerte y por mucho la popularidad con que el candidato elegido suba al trono.

Personas importantes de un valer reconocido para la Revolucion, deseaban que la Asamblea se hubiese reunido, á pesar de la renuncia del Príncipe Hohenzollern, el dia para que estaba convocada, pues ahora más que nunca, en vista de las complicaciones exteriores, era urgente constituir de una manera definitiva el Gobierno del Estado.

La aspiracion era patriótica, sin duda alguna, y altamente conveniente para los intereses públicos y para nuestro propio decoro, á ser posible; pero no podia olvidarse que para realizar este pensamiento, era preciso ante todo contar en la Cámara con el número de votos conformes, necesarios para sacar triunfante con mayoría legal y con el prestigio conveniente, alguna de las soluciones propuestas.

¿Podia concebirse la halagüeña esperanza de que esto sucediese? En juicio nuestro nó, siendo por lo tanto peligroso y ocasionado á males mayores una determinacion que, á primera vista considerada y pudiendo contar con otros elementos de los que forman hoy la mayoría monárquica, parecia á todas luces urgente.

Desde el dia aciago para la pátria en que los partidos liberales se dividieron en la cuestion de Rey, nacieron para la Revolucion gravísimos peligros de que difícilmente podrá salvarse, si cada una de las parcialidades políticas que tienen dentro de ella legítima representacion, no deponen en aras del bien público una parte al ménos de sus convicciones, intereses y compromisos.

Presintiendo nosotros estas dificultades que pueden llegar, sino han llegado ya, á ser insolubles, defendimos como lo más patriótico el casamiento del jóven Duque de Génova con una de las hijas del Sr. Duque de Montpensier, ocupando ámbos el trono español, lo que hubiera llevado la transaccion de los partidos á la misma dinastía, coronando el edificio de nuestra Revolucion de una manera análoga á lo que hizo Inglaterra en 1688; pero entónces, como siempre, los partidos fueron intransigentes, y todos contribuimos á socabar el terreno, en vez de fabricar los cimientos sobre que debian levantarse las nuevas instituciones.

De tal modo van las cosas, que no vislumbramos un rayo de luz que nos dé esperanzas. Ni los intereses permanentes de todo pueblo civilizado, ni la angustiosa situacion del Tesoro público, ni el desórden social que de tiempo atrás impera en provincias, que recientemente ha aumentado por aporto, sin que Madrid se vea completamente libre de sus excesos vergon-

zosos, ni las complicaciones exteriores cuyas gravísimas consecuencias nádie osará prever, han entibiado el ardor de los combatientes. Montpensieristas y anti-montpensieristas luchan sin tregua ni descanso; sostienen otros á Espartero, cual solucion única; segun de público se dice, los republicanos se aprestan á nuevas aventuras; no son más pacíficas las noticias de los absolutistas; crecen en tanto los partidarios del Príncipe Alfonso, como si España estuviese condenada á perpétuo guerrear, como si la desunion entre sus hijos fuera herencia perdurable que nos habia legado la Edad Media.

El espíritu del clero, adverso entre nosotros á las cosas liberales, no podrá ménos de enardecerse ante los contratiempos que el planteamiento de las instituciones encuentra, en vista de la actitud de la Corte romana, sin que podamos presentar contra el impulso de tantos elementos contrarios, otra fuerza que la siempre efímera popularidad personal de los caudillos de la Revolucion.

Con la aquiescencia de todos los partidos hemos adoptado ante Francia y Prusia la neutralidad más estricta; á ella indudablemente estábamos obligados por compromisos y antecedentes en la cuestion que ha servido de pretexto para que vengan á las manos aquellos dos pueblos; pero sería ridículo negar que esta política, la única posible en la actualidad, ni nos coloca en una situacion airosa á los ojos del mundo, ni prepara grandes soluciones para lo porvenir.

Vencedora Prusia, la candidatura del Príncipe Hohenzollern encontraria mayores dificultades que ha encontrado ahora; los mismos que la considerábamos aceptable, á pesar de los peligros que traia consigo, si la mayoría de la Asamblea la votaba, la veríamos entónces con desagrado, rodeada de una gloria militar en que no habria figurado España. Entónces tendrian razon de ser los argumentos que en contra se han aducido, y un sentimiento de noble dignidad la repulsaria; la derrota de un pueblo latino, sin tener nosotros parte en la victoria, mortificaria nuestro orgullo de raza. Vencedora Francia, su influencia no tendria límites en el continente, siendo, por lo mismo, el momento ménos propicio para elevar al sólio un candidato que, por muy querido que pueda ser para nosotros, sería altamente desagradable al Imperio triunfante.

Hoy, ante la actitud de Prusia, toda solucion para España se declara preferible á la candidatura Hohenzollern. Sucederá lo mismo mañana? No

es el agradecimiento virtud dominante en los Soberanos ni en los pueblos; la política carece de entrañas. ¿Cuál será, además, la salida que para nosotros queda dignamente, si no nos ponemos pronto de acuerdo para elegir Soberano sin el protectorado ni el veto de ninguna nacion extranjera? La Restauracion ó la República, y difícilmente puede adivinarse cuál daria resultados más tristes. Una y otra solucion adolece de los mismos defectos; con una y con otra se perderia pronto la libertad, aun contra el deseo de sus parciales.

Para juzgar cualquiera de estas dos tristes eventualidades, es necesario despojarse de todo espíritu de partido, de toda opinion preconcebida. La República en absoluto, teóricamente considerada, como forma de gobierno que vaya á implantarse en un pueblo civilizado, sin historia, sin antecedente ni costumbres monárquicas, sin relaciones internacionales con otros pueblos vecinos, quién puede combatirla?—La Restauracion, es decir, la alianza entre la legitimidad y los progresos del siglo, entre la monarquía dinástica, tradicional é histórica y las libertades parlamentarias en toda su extension ejercitadas, á ser posible, ¿sería por nádie rechazada?

Mas la Restauracion como la República serian, como acabamos de decir, por la índole misma de las circunstancias, formas de gobiernos que destruirian la libertad política; la libertad política que es en el siglo que vivimos la dignidad nacional, la civilizacion y la paz pública. La manera con que se ha llevado á cabo la abdicacion de la ex-Reina Isabel, ha hecho, sobre otras poderosas razones, al Príncipe Alfonso candidato de un partido que odia á la Revolucion, que combate en sus periódicos las soluciones por ella planteadas, que insulta á las personas que las han llevado á cabo, que busca apoyo en elementos que por tradicion é intereses han de serle rudamente adversos; y eso hoy, cuando la separacion de la madre del trono y la menor edad del hijo, y el residir ámbos en tierra extranjera, no despiertan en sus más ardientes parciales, ni los intereses de la adulacion, ni los instintos de venganza, móviles tan naturales en los que están dispuestos á considerar, no ya la monarquía, sino una dinastía especial por sí sola cual remedio heróico de los males sociales y preciosa panacea á que debe sacrificarse, por peligrosa, toda garantía política.

Sería necesario para que otra cosa sucediese, que la restauracion española fuese completamente distinta de lo que han sido en la historia las restauraciones de Francia é Inglaterra, y no son, en verdad, los antecedentes de

los partidos monárquicos entre nosotros, los más á propósito para concebir ilusiones si llegase caso tan desdichado.

Las leyes sociales y políticas están sujetas á derroteros tan inflexibles como las leyes del mundo físico, y así como ahora, por la fuerza misma de las cosas, han perdido una parte de su influencia en la gobernacion del Estado los partidos conservadores, entónces triunfarian por completo los elementos reaccionarios, con una diferencia, sin embargo, y es que hay en la trama histórica de nuestra nacionalidad, en las costumbres de nuestro pueblo, tales elementos de resistencia, que cuando el espíritu liberal se desborda muere pronto herido por sus propios extravíos, y cuando por el contrario imperan y llegan á ocupar el poder los representantes de las ideas absolutistas, sus máximas, errores, preocupaciones y venganzas encarnan de tal manera en nuestro organismo social, que léjos de debilitarse se fortifican y consolidan tanto más cuanto más exageradamente se practican.

Vicios análogos encierra la República, pues prescindiendo de que fácil y naturalmente las mismas huestes absolutistas formarian en la masa general del nuevo partido, llevando consigo el espíritu de exageracion que constituye lo esencial de su carácter, sería necesario improvisar un alto personal de que el partido carece; lo que hoy, después de votada por la Asamblea la forma monárquica, crearia las primeras dificultades, para salvar las cuales sería preciso empezar aceptando un sello de deshonor que imprimiera marca en los neófitos de la República.

No envidiamos la suerte de los que adoptasen esta línea de conducta, ni deseamos que ningun amigo nuestro tenga el valor necesario para arrostrar responsabilidad tan tremenda; proclamada la República, los monárquicos que se respeten á sí mismos, tendrian un gran deber que cumplir no poniendo obstáculos facciosos al nuevo Gobierno, al que sólo podrian prestar su concurso en el caso extremo de que peligrase la independencia nacional ó la dignidad de la pátria.

El porvenir, pues, que á la Revolucion se le presenta en estos momentos es tristísimo: nosotros lo vemos rodeado de dificultades cási insuperables y con los más negros colores; sería hipocresía indigna no confesarlo; siendo además de su exacto conocimiento de donde únicamente podemos sacar fuerzas para salvar este país, digno de ménos triste suerte.

No somos de los que, inflamados por un falso orgullo nacional, creen que poseemos inmensas riquezas: que el territorio de la Península sobresale

en Europa por su fertilidad asombrosa, ni que está sembrado de veneros metálicos de un valor sin igual; que nuestros vinos son superiores á los del orbe entero, nuestras frutas las más excelentes del globo, nuestros caballos los mejores, nuestras compatriotas las más bellas, y nosotros tipos perfectos de lealtad, nobleza y heroismo; pero tampoco nos consideramos tan desprovistos de bienes de fortuna, que no posea España puertos marítimos en el Mediterráneo y el Atlántico á propósito para sostener ventajoso comercio con los pueblos más lejanos de ámbos hemisferios; poseemos minas bastante ricas de carbon, de azogue, de cobre y otros metales; no nos faltan ricos mármoles, ni productos agrícolas de importancia; hombres de nuestra raza han conquistado medio mundo, y aún inspira envidia y temor el recuerdo de nuestras pasadas glorias; sobresaliamos en las artes y en las industrias, sin que nuestra actual decadencia pueda borrar del catálogo de las inteligencias privilegiadas que han ennoblecido el género humano nombres de Españoles de imperecedera fama.

Somos, en fin, como la generalidad de las gentes, ni mejores ni peores, con los inconvenientes y ventajas que dan el clima en que vivimos y la raza á que pertenecemos. ¿Dónde hay que buscar, pues, el orígen, la causa, los motivos de nuestra decadencia presente? En las instituciones, producto de las cuales han sido la ignorancia, la supersticion, el misticismo. En tanto que no desterremos aquellas fuentes perennes de degradacion moral; en tanto que los Españoles no aprendan á encontrar explicacion de cuanto les sucede, en sus causas propias, sin ligarlas con venganzas divinas, ni misterios sobrenaturales; hasta que la ilustracion general aumente sin encontrar las trabas tradicionales que ántes de la Revolucion existian en su camino, nada adelantarémos. Esta es una verdad en que están de acuerdo, cuantos espíritus cultos, lo mismo nacionales que extranjeros, han estudiado con ánimo imparcial, el desenvolvimiento histórico de los cuatro últimos siglos.

Un historiador inglés, que ha visitado á España en 1845, dice:—"que es singular cómo, recorriendo la Península, se ven reproducidas las costumbres inglesas de hace cinco siglos, encontrándose uno en medio de una sociedad que es reflejo de aquella extinguida media civilizacion, de la cual no queda ninguna traza en la historia moderna de Inglaterra. No puede negarse el atraso del nivel intelectual de aquel gran pueblo, añade, consecuencia del sistema de educacion, por la excesiva influencia de un clero interesado en conservar la antigua fisonomía nacional."

Prescindiendo de la exageracion con que los partidos en lucha se arrojan al rostro la parte que pueda á cada cual tocarles en los males que deploramos, nádie que esté exento de sus pasiones negará que han seguido diferente camino que nosotros las naciones que hoy compiten en bien estar social y riqueza pública, y que las instituciones planteadas, aunque con mal éxito hasta ahora, por la Revolucion, están más en armonía con el organismo de los pueblos modernos que las que existian ántes, sobre todo en el último período de la derrocada dinastía.

Si las nuevas instituciones no llegan á consolidarse, volverán con más rigor los males pasados, y de este gran movimiento social sólo quedará la memoria de las pérdidas reales que todo trastorno trae consigo, sin que lleguemos á cosechar sus indudables ventajas.

Piensen en esto los ciegos partidarios de cada uno de los candidatos en boga, y busquen una solucion comun que pueda apoyar la mayoría de la Asamblea; de lo contrario está perdida la Revolucion.

J. L. Albareda.

EXTERIOR.

En la sesion celebrada por el Cuerpo Legislativo el 30 de Junio último, M. Emilio Ollivier, jefe, aunque sin nombre de tal, del Ministerio frances, h ía estas solemnes declaraciones:

"Contestando á M. Jules Favre, afirmo que el Gobierno no tiene temor de ninguna clase, que *en ninguna época ha estado más asegurada* en Europa la conservacion de la paz; por cualquiera lado que se mire, no se ve empeñada ninguna cuestion irritante; en todas partes, los Gobiernos han comprendido la necesidad *de respetar los tratados*. Sobre todo los dos que más especialmente interesan á la paz de la Europa; el tratado de 1856, que asegura la paz en Oriente; *el tratado de Praga, que asegura la paz en Alemania*, son considerados, segun *opinion unánime*, como dignos de un *respeto inviolable*." Los Diputados, al oir estas palabras, interrumpieron al Ministro, diciendo: Muy bien! Muy bien!

M. Emilio Ollivier continuó diciendo: Me habeis preguntado tambien: ¿qué habeis hecho para que predomine en Europa ese *estado pacífico* que ha-

beis anunciado ser *el fin* que os proponeis? Hemos hecho mucho! Hemos tenido, en todas las negociaciones, un espíritu á un mismo tiempo conciliador y firme, para que todo el mundo comprendiese que, por nuestra parte, la paz no es la debilidad ni la anulacion. Además, sabemos que la verdadera manera de *establecer la paz y de asegurarla*, es desarrollar la libertad. Y nosotros no hemos fundado la libertad en Francia;—decir eso sería cometer una injusticia respecto de nuestros predecesores en esa obra,—pero la hemos desarrollado y hecho definitiva.

"Qué hemos hecho para *asegurar la causa de la paz*? Hemos hecho algo mejor, más eficaz, que tener una buena conducta, que desarrollar la libertad; hemos puesto de manifiesto, á los ojos del mundo entero, el acuerdo cada vez más íntimo, leal, perseverante, entre la nacion y su soberano." Largos aplausos siguieron á estas palabras.

Siete dias después, en la sesion del 6 de Julio, los mismos Diputados aplaudian calorosamente al mismo Ministro, que les anunciaba la probabilidad de una guerra inminente; y en la del dia 15, 244 votantes contra uno sólo, han concedido los recursos de hombres y de dinero con un entusiasmo que desde allí se ha comunicado á todos los puntos de Francia con la violencia y la rapidez de la electricidad.

La causa de esta novedad ha sido la noticia de la aceptacion, por un príncipe prusiano, de la candidatura para la corona de España. Al oir la noticia de que era más ó ménos probable que á este lado de los Pirineos reinase uno de los miembros de la más poderosa familia alemana, la Francia imperial del siglo XIX ha lanzado un grito de alarma, creyendo ver salir de su tumba del Escorial la sombra de Cárlos V.

Aun después de retirada la candidatura del Príncipe Hohenzollern, el Gobierno frances no se ha dado por satisfecho. Y al ver que el Prusiano tomaba el asunto con flema alemana, se ha dirigido á la persona misma del Rey de Prusia, el soberano más altivo y áspero de este siglo. Guillermo I se cansó pronto de oir exigencias, y mandó al Embajador frances que no volviese á presentarse á su presencia. Todavía un paso de esta naturaleza no ha podido jamas ser considerado como un ultraje, que deba ser seguido de una declaracion de guerra; pero el Ministerio Ollivier cree haber hallado motivo suficiente en el hecho de que una nota, ó un parte telegráfico, del Rey prusiano, ó del Conde de Bismarck, haya dado conocimiento á los Gobiernos del Sud de Alemania de lo sucedido.

En el mismo Cuerpo Legislativo, en Paris, ha habido calorosas protestas contra una guerra declarada por tales causas. M. de Choiseul exclamaba: "No se puede hacer la guerra por semejantes motivos.... Es imposible." M. Manuel Arago, decia: "Cuando se sepa eso, todo el mundo civilizado os negará la razon. Cuando se sepa eso, se comprenderá que, si haceis la guerra, es porque la quereis á toda costa. MM. Thiers, Jules Simon, Jules

Fabre, Gambetta, se expresan en igual sentido. Pero el patriotismo está excitado hasta la intolerancia, y ahoga la voz de los oradores de la minoría. MM. Thiers y Gambetta no logran hacerse oir algunas palabras, sino porque empiezan declarando que votarán todo lo que quiera el Gobierno para hacer la guerra, y que, declarada ésta, nádie les ganará en apresuramiento para conceder los recursos necesarios.

Esa minoría tiene, sin embargo, tanta responsabilidad, por lo ménos, como el Ministerio Ollivier, en la ruptura de las hostilidades. Desde hace muchos años ha estado pidiendo cuenta al Imperio de los desastres de Méjico y de Sadowa, y le ha estado echando en cara que el poder militar y la influencia diplomática de la Francia habian venido á ménos. Y tanto ha insistido en esto, que el sentimiento popular exigia imperiosamente un esfuerzo para restablecer el prestigio de las armas francesas. Cualesquiera que hayan sido las circunstancias incidentales, y los motivos que hayan dado ocasion para que estalle la ira entre Paris y Berlin, el fuego que desde ántes la alimentaba, no estaba encendido con los recuerdos de nuestro Cárlos V, sino con las memorias más recientes de Waterlóo y de Sadowa.

Francia quiere ser la primera nacion del mundo. El segundo Imperio la habia acostumbrado á oir que sin su permiso no se podia disparar un cañonazo en Europa; que sin estar ella satisfecha, no habia tranquilidad para las demás naciones. Cuando la fortuna fué desproporcionada á estas jactancias, la Francia sufrió un profundo disgusto. La gloria de la campaña de Crimea le pareció entónces demasiado costosa, porque los intereses servidos en Sebastopol, habian sido los ingleses y los austriacos, más que los franceses. La gloria de la guerra de Italia habia quedado incompleta porque el temor á la Prusia habia impedido á Napoleon III llegar con sus ejércitos al Adriático; el temor á la Prusia, que en 1859 declaraba que no le era posible permitir que fueran arrebatados al Austria, para dárselos á la Italia, el Mantuano y el Véneto, y en 1866 se aliaba con la Italia para que ésta arrebatase al Austria aquellas mismas provincias. La expedicion á Méjico fué un desastre innegable. Por último, cuando la Prusia venció en Sadowa, la Francia reclamó en términos explícitos que le diera parte del botin, dejándole llevar hasta el Rhin su frontera, y la Prusia le contestó con una negativa perentoria y desdeñosa, haciéndole saber que ni una sola pulgada de terreno le sería cedido jamás, sino á viva fuerza. El prestigio de la victoria de los Prusianos en 1866, habia sido tan grande, que la Francia ha tardado cuatro años en lanzarse á una guerra, que, en realidad, estaba decretada desde 1866.

La Francia quiere, pues, realizar un sueño de ambicion extendiéndose hasta el Rhin; tomar venganza de la derrota de Waterlóo, y del veto que al dia siguiente de Solferino le puso la Prusia para proseguir la guerra de

emancipacion de Italia; y restablecer su posicion preponderante en Europa.

La ambicion de la Francia tiene enfrente de sí la ambicion, no ménos desmesurada, de la Prusia de Guillermo I y del Conde de Bismark. Este Rey y este Ministro han acometido, y hasta ahora iban realizando con fortuna, la obra más grande que la política habia intentado: ninguna clase de dificultades los habia detenido en el desarrollo de sus planes. En minoría declarada dentro del mismo reino de Prusia, en donde las elecciones para el Parlamento les fueron constantemente hostiles durante algunos años, dieron el espectáculo de un Gobierno que vivia tranquilo y sereno en medio de una Cámara que diariamente lanzaba sobre él un voto de censura, sin hacer más caso de estas censuras que hubieran hecho de entusiastas manifestaciones de confianza. Ahogaron las reclamaciones de los partidos liberales, y fortalecieron en el poder la preponderancia del feudal, haciendo sucumbir la libertad política bajo el peso de la gloria militar. Adquirieron esa gloria militar, presentando al Austria desigual batalla, y venciéndola en una campaña brevísima, que ha causado una revolucion profunda en la estrategia y en la táctica. Aprovechando audazmente la victoria, incorporaron á la Prusia unos Estados del Norte de Alemania, y quitaron á todos los demás la personalidad para dirigir en sus propios asuntos su diplomacia y sus armas. Realizaron la ambicion prusiana de tener puertos y marina en el Báltico; y después, faltando á los tratados que ellos mismos con su espada victoriosa habian trazado, en vez de dejar formarse una Confederacion alemana del Sur, ligaron á la del Norte con tratados de alianza ofensiva y defensiva los Gobiernos de Baviera, Wurtenberg, Baden, y Hesse-Darmstadt.

La unidad germánica, tal como la han intentado el Rey Guillermo y el Conde de Bismark, es una obra hercúlea, cuyo feliz éxito superaria á las empresas de los más grandes y más afortunados conquistadores. Dentro de la misma Prusia, significa la victoria de la minoría feudal sobre la mayoría liberal: en Hannover, y en Francfort, el triunfo de la centralizacion prusiana sobre la autonomía municipal, y sobre los derechos procedentes de la historia; en Sajonia, y en otros muchos Estados, la tutela de la Prusia sobre reyes y príncipes que ciñen sus frentes con coronas soberanas, y no pueden ni dirigir un saludo á un Gobierno extranjero, ni desenvainar sus espadas, ni conservarlas envainadas, sin permiso del Rey prusiano; en Baden, en Hesse, en Wurtenberg, en Baviera, la sumision de la Alemania meridional y católica á la Prusia protestante, y en todo tiempo, y bajo muchos conceptos, su rival; para el Austria, que durante tantos siglos fué la cabeza de la Alemania, la pérdida total de su significacion histórica y de su importancia en el centro de Europa; para la Dinamarca, la supremacía de la raza germánica sobre la escandinava; para la Francia, la superioridad de la raza germánica sobre la latina; para la Rusia misma, que no puede contemplar con gusto la tentativa de formar una poderosa marina en el Báltico, y que ve levantarse un coloso

que extiende su brazo desde la Península danesa hasta los Alpes, y desde la Bélgica hasta Polonia, la superioridad del germanismo sobre el eslavismo.

Dentro de pocas semanas, los sucesos militares por una parte, y por otra los actos diplomáticos y políticos de los Gobiernos y de los pueblos, pondrán de manifiesto si la obra de Bismark y de Guillermo de Prusia ha adquirido solidez, ó si hubiera necesitado mayor período de tiempo para arraigarse. Entre tanto, lo que más interes inspira es conocer la actitud que tomarán las diferentes Potencias europeas en la guerra. ¿Quedará ésta circunscrita entre Francia y Prusia? ¿Será entre el Imperio frances y la Alemania toda? ¿Se hará general, y tomarán parte en ella casi todas las naciones europeas?

Del Austria, no es posible dudar en dónde están sus simpatías y sus intereses. Cuando la Francia quiere anular las consecuencias de la jornada de Sadowa, el Austria no puede considerarse como desinteresada en el asunto. Durante la guerra de Crimea, estuvo neutral, á pesar de que al disputar al Imperio moscovita la sucesion de los Sultanes de Constantinopla, las Potencias occidentales peleaban, incuestionablemente, por el porvenir del Austria en Oriente; pero estaba muy reciente el servicio prestado por la Rusia cuando intervino en Hungría. Mas ahora, ni tiene favores que agradecer á la Prusia, ni ha olvidado que aquella neutralidad le costó, poco después, la pérdida de la Lombardía, que la Francia le conquistó, y que nádie le ayudó á defender; ni, sobre todo, desconoce que en las negociaciones para la futura paz se va á decidir acerca de cuestiones que le interesan más á ella que á los mismos beligerantes. Francia continuará siendo lo que es, con sus mismas condiciones históricas, con su mismo génio, con sus mismas pretensiones, bien aumente su territorio con toda la orilla izquierda del Rhin, bien sufra una derrota. Prusia seguirá siendo la mayor fuerza militar de la Alemania del Norte, y no dejará de aspirar á ser la base de la unidad alemana, aunque pierda á Maguncia, á Tréveris y á Colonia; acaso satisfecha esa ambicion de la Francia, la Prusia cuente con la alianza francesa, ó por lo ménos con su neutralidad para mucho tiempo, durante el cual pudiera adelantar sus trabajos de unificacion germánica. Pero el Austria, en todos los casos, se halla amenazada de dejar definitivamente de ser una gran potencia alemana, sin otra esperanza que la de intentar la aventura de trasformarse en Imperio eslavo, por la adquisicion hácia el Mar Negro de compensaciones territoriales. Más que el porvenir de la Francia, y que el porvenir de la Prusia, Prusianos y Franceses van á fijar el porvenir del Austria.

Hay dos potencias en Europa que, miéntras no se resuelva la cuestion de Oriente, no pueden ménos de ser rivales, el Austria y la Rusia; así como hay otras dos que tienen por igual motivo que ser aliadas, la Inglaterra y el Austria. Si los ejércitos rusos se movieran hácia el teatro de la guerra,

indudablemente echarian á andar tambien, en cuanto supieran la noticia, los ejércitos austriacos; y si estos tomasen parte en la lucha, es probable que el Czar se creyese en el caso de auxiliar á los Prusianos, más que por favorecerlos, por impedir que después de la lucha se pacte algo que favorezca al Austria en el Oriente, en cambio de lo que pierda ó ceda en el centro de Europa. De todas maneras, nos parece que la Francia puede contar más con la alianza ó con la neutralidad decididamente benévola del Austria que la Prusia con la de la Rusia.

Esa actitud del Imperio austriaco tiene importancia bajo tres conceptos diferentes; contiene al ruso, influye con eficacia en los Estados Alemanes del Sud, y hace imposible todo peligro de que Italia tome parte por la Prusia.

Por decaida que se halle la influencia del Austria en Alemania, todavía es la nacion que cuenta más súbditos alemanes después que la Prusia. Por tanto, al declararse en favor de la causa de la Francia, aunque no saque sus armas fuera de sus fronteras, contribuye á despojar á la guerra del carácter de interes universal aleman, que la Prusia desea darle. Además, si 200.000 soldados austriacos avanzan hacia el Norte por la Bohemia, queda paralizada la accion de los ejércitos de Baviera y de Sajonia, y en estos países, en Wurtenberg, en Baden, pueden levantar la cabeza los partidos anti-prusianos que en ellos existen, y que en la prensa y hasta en las Cámaras se oponen á que se auxilie á la Prusia con hombres y con dinero.

En los mismos países, incorporados al reino prusiano desde 1866, ó incluidos en la Confederacion del Norte, hay intereses, sentimientos é ideas favorables al restablecimiento del estado de cosas antiguo, ó por lo ménos, á la anulacion de la excesiva sumision á la Prusia. En Hannover, el ex-rey está pronto á levantar la bandera de la guerra civil; y los emigrados no desean más que aprovechar la ocasion de volver á la pátria, en la que no han querido ó no se les ha permitido vivir bajo el yugo del Gobierno de Berlin. En Francfort no se ha olvidado la manera con que fué tratada aquella ciudad, por los soldados que, al regreso de Sadowa, la ultrajaron, la humillaron, y la expoliaron en castigo ó en venganza de haber sido la capital de la Confederacion germánica. Tal vez la accion de la Prusia, en los últimos cuatro años, habrá sido bastante eficaz para asegurarle que en todos los Estados de la Confederacion del Norte nádie alzará la voz en contra por el pronto; pero si la suerte de las armas le fuere desfavorable, si los soldados de Francia, después de ganar una batalla á los de Prusia, se adelantasen por la Alemania septentrional, si el Austria tomase una parte activa, ó si los Estados del Sud separasen su causa de la Prusia, nada tendria de extraño que entre los anexionados y los confederados en 1866 comenzasen las defecciones.

Pero, en cambio de estas desventajas y peligros que pudieran causar daño á la Prusia, hay otros hechos que perjudican á sus rivales. Si no forma un

cuerpo nacional muy compacto, tampoco en el Austria faltan, ciertamente, rivalidades y antagonismos provinciales. La Hungría, sobre todo, que tan poderosa influencia ejerce hoy en el Imperio, puede exigir que el Austria permanezca neutral, para apartarla por completo de las cuestiones alemanas, y arrastrarla cada vez más hácia su sistema propio, que tiende, en suma, á trasladar la capitalidad desde Viena á Buda-Pesth. Además, los Estados del Sud están interesados directamente en la conservacion de las fronteras actuales, porque si se trasladan al Rhin, perderian parte de sus propios territorios.

La Inglaterra es la gran potencia que mayores esfuerzos ha hecho para conservar la paz; pero sin éxito, y sin que las demás hayan cooperado á esa tentativa, ni siquiera hayan manifestado grandes deseos de que no se lleve adelante la guerra. La neutralidad está adoptada por el Gobierno de Lóndres, que parece dispuesto á hacerla respetar, no sólo en sí mismo, sino tambien en los Estados secundarios, especialmente en la Bélgica. La Inglaterra, sin embargo, lo reflexionará mucho, en cualquier caso, ántes de lanzar sus escuadras contra las francesas, y de prestar auxilios á las rivales del Austria.

Para la Italia llegó la ocasion, durante tanto tiempo anunciada, de poder ofrecer sus armas en cambio de la posesion de Roma. Pero, muy cuerdamente, no ha creido que debia plantear tal cuestion; y léjos de eso, se manifiesta propicia á considerar que debe favorecer á la Francia, bien con una intervencion activa, bien con una neutralidad declaradamente benévola. Otra conducta sería el suicidio. A pesar de sus veintitantos millones de habitantes, y de su ejército de 300.000 hombres, si la Francia y el Austria intervinieren juntas en aquella península, el nuevo reino, que cási le ha dado unidad política, moriria muy jóven. No es de creer que el Austriaco volviese á alojar sus regimientos en Mántua y en Ancona; pero en vez de una Italia unida, podria haber dos Italias, ó una Confederacion. En Florencia sería una verdadera locura, por servir á la Prusia, que está léjos, enemistarse con la Francia, cuando ésta es apoyada por el Austria.

Suiza, Holanda y Bélgica desean muy sinceramente conservar su neutralidad. Por ahora nádie la ataca; pero durante el curso de la guerra, las necesidades de los ejércitos beligerantes, en sus movimientos estratégicos, pueden muy fácilmente llevarlos al territorio suizo, en cuyos desfiladeros defendió Massena la primera República francesa, y por donde los aliados penetraron en 1814 en Francia; y, más pronto todavía, al del Luxemburgo, que tan próximo se halla á los sitios probables de la primera gran batalla que se dé. Para cuando se haga la paz, ese mismo Luxemburgo y la Bélgica tienen con la parte más oriental de la actual Prusia, la peligrosa semejanza de hallarse al lado de acá del Rhin, y de usar, como propio, el idioma frances; y la Holanda ocupa una posicion sobre las costas del

Mar del Norte, que con muchísima razon cree la Prusia muy importante.

Entre las naciones escandinavas, la neutralidad de la Suecia será más fácil; pero en Dinamarca, todo el que recuerde la resistencia heróica de este pequeño pueblo contra las fuerzas veinte veces superiores que le arrebataron los Ducados, comprenderá que será muy popular la guerra contra la Prusia. Sería, ciertamente, uno de los hechos más curiosos que pudieran ocurrir, que los buques de la nueva marina militar de Alemania se escapasen de la persecucion de las escuadras francesas, refugiados en un puerto dinamarqués.

Pero la neutralidad que debemos considerar más asegurada, es la de nuestra España, porque no depende sino de su propia voluntad, y todos sus hombres y partidos políticos se hallan de acuerdo en reconocerla como conveniente. Tambien la Francia acaba de dar en esta ocasion una nueva prueba, que no es la primera, pero sí, acaso, la más grande, del mucho aprecio con que mira esa neutralidad, que le permite descuidar una línea muy considerable de sus fronteras, y llevar todas sus fuerzas militares hácia el Este; que le dá, en resúmen, la grandísima ventaja de pelear con las espaldas resguardadas por una posicion inaccesible. Es posible que, como aliados, creyese la Francia que le serviamos ménos que como neutrales; porque los aliados son interesados y exigentes, y con frecuencia se convierten en contrarios. Favorecida por la neutralidad de los Pirineos, la Francia disfruta durante la paz de las ventajas de su posicion céntrica en Europa, y no tiene durante la guerra las desventajas que deberia encontrar en compensacion.

Feliz, privilegiada situacion la de España, si las interminables disensiones entre sus hijos no la esterilizasen! Apartada de los grandes conflictos europeos, en que perecen y se modifican las nacionalidades, puede dedicarse con sosiego al desarrollo de su poblacion y su riqueza, que tanto lo necesitan, y rescatar las pérdidas que en ellas hizo la errada política de los pasados siglos, miéntras las grandes Potencias renuevan guerras de ambicion y de conquista, poco propias de la época de civilizacion actual.

Es muy probable que los sucesos militares y diplomáticos que se aproximan, sean los más trascendentales del siglo XIX. Hay muchas cuestiones pendientes, muchas nacionalidades cuya existencia está en juego. ¿Engrandecerá la Francia su territorio? ¿Subsistirá la Bélgica? ¿Sufrirá disminucion la Holanda? ¿Volverá el Austria á tener una gran influencia en Alemania? Se restablecerá la Confederacion del Rhin, ó la Germánica? ¿Se convertirá la del Norte en Imperio aleman? ¿Tomará la Prusia posesion definitiva del puesto de potencia preponderante en Europa? ¿Se aprovecharán la Rusia ó el Austria de la ocasion, para resolver respectivamente á su favor la cuestion de Oriente? ¿Recobrará la Dinamarca sus derechos? ¿Se complicarán las cosas de manera que la Italia consiga apoderarse de Roma?

Esperemos que, en último resultado, y como compensacion á los tristísimos desastres de una lucha espantosa, el espíritu del siglo conseguirá que,

por lo ménos, algunas cuestiones se resuelvan en sentido justo, y se mejoren, más ó ménos, las condiciones de algunos pueblos. Este siglo ha visto la resurreccion de la Grecia, la emancipacion de la Bélgica y de la Italia; y no ha presenciado ninguna iniquidad tan grande como el reparto de la Polonia. De seguro, no serán sometidos, en nombre del derecho de conquista, los pueblos incuestionablemente franceses al Gobierno de Berlin, ni los pueblos verdaderamente alemanes al de Paris. Pero, ¿por qué un Congreso universal no habia de resolver de un modo definitivo el mapa de Europa, con arreglo á las condiciones geográficas de cada comarca, y á las circunstancias etnográficas é históricas de cada pueblo? ¿Por qué hemos de oir á los Franceses sostener, respecto de su frontera del Este, que los Estados deben estar limitados por los rios, cuando por los Pirineos y los Alpes confiesan que deben estarlo por las divisorias de las aguas? ¿Por qué la Prusia ha de reclamar la identidad de raza de los pueblos alemanes como fundamento de nacionalidad, al mismo tiempo que mantiene bajo un yugo de hierro á los Polacos de Posen? ¿Por qué la Francia alega la comunidad de idioma y recuerdos históricos muy breves, para reivindicar la parte izquierda del Rhin, al mismo tiempo que conserva bajo su dominacion la Alsacia y la Lorena, que tienen una historia más larga de union á la Alemania, y hablan la lengua alemana?

FERNANDO COS-GAYON.

NOTICIAS LITERARIAS.

Dicursos leidos en la Academia de la Historia en la recepcion pública de D. José Godoy Alcántara, el dia 30 de Enero de 1870.—Madrid, imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1870.

El Sr. Godoy Alcántara habia conquistado la plaza de Académico con su *Historia crítica de los falsos cronicones*, uno de los libros más eruditos, y al mismo tiempo de los más bellos que se han escrito en castellano en los últimos años. La docta corporacion creyó con razon que no bastaba haber premiado con un voto unánime aquel trabajo del Sr. Godoy, y que le debia un puesto entre sus Académicos de número, con lo que, haciéndole á él justicia, atendia tambien á su propio provecho asegurándose un colaborador útil.

Hablando de los méritos adquiridos por el Sr. Godoy, decía así el señor Cánovas del Castillo en el discurso con que á nombre de la Academia le contestó: "Muchos saben ya que la historia de la antigua y nobilísima Orden de San Julian de Pererero (ó Peral), hoy de Alcántara, ha logrado del señor Godoy mayor claridad y exactitud que tenía; mas por lo que sin excepcion le conocemos todos, y por lo que en la república literaria figura su nombre con tanta estima, principalmente es por la *Historia de los falsos cronicones*, con razon premiada en esta Academia. Si la grande obra con singular esfuerzo acometida, en el siglo XVII, por el Marqués de Mondéjar y Don Nicolás Antonio, y tan adelante llevada, en el siguiente, por D. Gregorio Mayans y el P. Enrique Florez, ha alcanzado dichoso término en nuestros dias, débese al laborioso espíritu investigador del nuevo Académico, á su crítica sagaz é inflexible, á su estilo, ora conciso, ora diserto, mas con frecuencia armado de irresistible ironía. Pocos libros hay en castellano, que sin dejar de ser graves, eruditos y sinceramente católicos, estén escritos con

ánimo tan libre y tan valiente pluma. Descargado ya de las prudentes reservas y zozobras que á D. Nicolás Antonio le impuso su siglo; sin miedo á las persecuciones que Mayans experimentó aún por publicar y aumentar los trabajos de Mondéjar ó los del mismo Antonio; señor de su asunto, y mejor alumbrado que sus antecesores, por los resplandores vivísimos de la moderna crítica, el Sr. Godoy ha limpiado al fin la Historia de España de las groseras falsedades con que eruditos sin conciencia la afearan, desmintiendo sus falsas nuevas y condenando á perpétuo olvido sus relaciones inverosímiles."

El Sr. Godoy se propuso, como tema de su discurso, recordar las ideas y las opiniones de los escritores españoles en diversos tiempos sobre la manera de escribir la historia.

A grandes rasgos traza la forma de las antiguas crónicas anteriores al Renacimiento, y recuerda los preceptistas que en la antigüedad tuvo el arte histórico, y los que en el extranjero siguieron sus huellas después que al concluir la Edad Media dominó en las escuelas el estudio de los clásicos griegos y latinos.

El primero de los escritores españoles de que nos habla el Sr. Godoy, es Sebastian Fox Morcillo. Voy á copiar lo que de él dice, para dar una muestra á mis lectores del estilo rápido y tan notable por la abundancia de las ideas como por la belleza retórica con que el Sr. Godoy bosqueja las obras literarias de los que entre nosotros han pretendido ser los legisladores de la historia:

"Admirador apasionado de la antigüedad clásica, Morcillo habia abandonado muy jóven á Sevilla, su pátria, y trasladádose, como Luis Vives, á nuestras provincias de Flándes para aproximarse á las vivas corrientes de la Filosofía y de las Letras.

"El estudio de tantas obras admirables le embriaga; Platon es su ídolo. Vive en comunion constante con el mundo antiguo; cree que después de la invasion de los Bárbaros no hay nada digno de ser leido ni sabido; para él la inteligencia humana ha dormido once siglos, y no admite otra inspiracion que la que procede de la Hélade ó del Lácio. Si Rafael hubiera conocido á este alumno de la Academia, descarriado en la Edad moderna, le habria colocado en la escuela de Aténas, uniendo los dos grupos que presiden los dos célebres jefes de las grandes escuelas filosóficas de Grecia, que él se esforzaba por concordar. Felipe II quiso que viniera Morcillo á encargarse de la educacion de su hijo D. Cárlos; pero no lo consintió la infeliz estrella que gobernaba la fortuna de este Príncipe: el bajel naufragó, y el filósofo platónico encontró sepulcro entre las olas.

"Su arte de historia (*De Historiae institutione*) es completo. Tuvo, en su sentir, orígen la historia en el apetito natural y general de honor y de inmortalidad que los hombres sienten para ellos mismos y para sus mayores;

equivale á las estátuas y demás monumentos destinados á perpetuar la memoria de los que han vivido; marcha y se perfecciona con la civilizacion; su expresion más alta la halla en Xenofonte; de todos los historiadores, el más excelente (*omnium praestantissimus*); defínela: "Relacion verdadera y elegante de cosas sucedidas ó dichas, para que su conocimiento se grabe profundamente en la memoria de los hombres." Examina sus diferentes formas, de crónica, cronología, comentarios, anales, diarios, epítomes, biografías; y marca los caractéres que entre sí las distinguen. No quiere que el historiador omita nada, por desagradable que nos sea, ni por favorable á nuestros contrarios; y refuta la opinion de Dionisio de Halicarnaso, que quiere que el asunto de la historia sea ante todo grato al lector. Enumera las cualidades que deben adornar al historiador, los deberes que contrae, y no le disimula los sinsabores que ha de atraerle el cumplimiento del primero de todos, la imparcialidad. Luciano permite colorar ciertas narraciones de un tinte poético; Morcillo quiere para la historia un estilo medio entre el poético y filosófico; toma indistintamente sus ejemplos de los historiadores y de los poetas, Tito Livio alterna con Virgilio. Realmente la historia clásica era un poema épico, menos la ficcion y el metro. Su respeto supersticioso á la forma antigua, llega hasta no atreverse á eliminar los agüeros y portentos. No pudiendo sentir la belleza poética y pintoresca de nuestras crónicas, su rudeza le sonroja, como al hijo del pueblo elevado sobre su clase sonroja la rusticidad de sus padres. Conduélese de nuestra indigencia en punto á historia, y de que lo poco que teníamos estuviese en lengua castellana. Indígnase contra la indiferencia de los príncipes que se cuidan de los espectáculos y de entretener turbas de parásitos, y de no promover que se escriba la historia. Excita el amor propio de los doctos, ora recordándoles que los hechos de nuestra nacion podian competir con los más esclarecidos del pueblo romano, ora arrojándoles al rostro los nombres de Vaseo, Jovio, Sabelico, Rizzi, Volaterrano, extranjeros que, al ver nuestra incuria, se habian voluntariamente encargado de escribir nuestra historia. Participando del desprecio con que miraban los sábios los idiomas vulgares, insiste sobre la necesidad de que las historias se escriban en latin para que puedan divulgarse por el mundo; y anima á los escritores, demostrándoles sernos ese idioma más propio que á las demás naciones, y cita en apoyo las composiciones literarias que sonaban al mismo tiempo en latin y castellano. Concluye dando consejos sobre el modo de leer con fruto la historia. complaciéndose en las delicias que proporciona su estudio, y ponderando su utilidad para los reyes y los que gobiernan, y cuánto contribuye al engrandecimiento, poderío, ilustracion y gloria de los pueblos.

"El libro de Fox Morcillo es perfecto para el género histórico, al modo de los antiguos. En el fondo es el más didáctico y metódico de todos los artes de historia; por la forma, en que, fiel el autor á su escuela platónica.

guarda la de diálogo, es á la literatura griega y latina lo que á la estatuaria antigua las obras de Benvenuto Cellini ó de Juan de Bolonia.»

Habla después el Sr. Godoy de D. Pedro de Navarra, bastardo del últitimo Albret, que reinó en la Navarra española, cortesano en su juventud del Emperador, después negociador diplomático del representante de los derechos de su casa. Ya en edad provecta, siendo Obispo de Comenge, coordinó los recuerdos de las discusiones á que habia concurrido en casa del gran Hernan Cortés, y los publicó con el título de *Diálogos muy suptiles y notables*. Segun Navarra, será perfecto el cronista que reuna «sciencia, presencia, verdad, autoridad, libertad y neutralidad.» Declara incompetentes para escribir historias de reyes á todos los escritores que no sean de sangre noble. «Un hombre plebeyo, por más docto ó curioso que sea, es casi imposible medir con su pluma el premio ó culpa que merece el príncipe de quien escribe, porque le falta la lengua interior y términos que conviene á la nobleza. Y así será el vil en juzgar los actos de los nobles, como el ciego que juzga de colóres..... Este error hallarás general entre muchos príncipes en el proveer jueces bajos para juzgar personas y actos grandes; y en elegir confesores, personas nascidas entre el arado y la aguja, sin sciencia y sin experiencia.»

El oficio de cronista databa en Castilla del siglo XIV; sus titulares prestaron algun servicio á la historia conservando la memoria del órden cronológico de los hechos; por lo demás, sus historias no valen mucho. En poco las estimaba ya Fernan Perez de Guzman en el siglo XV diciendo en el prólogo de sus *Generaciones y semblanzas*, «que las corónicas é historias que hablan de los poderosos reyes é notables Príncipe é grandes cibdades son habidas por sospechosas é inciertas é les es dada poca fé y autoridad, porque se escriben por mandado de los Reyes é Príncipes.»

El preceptismo retórico fué aplicado en toda su sequedad á la historia por Rodrigo de Espinosa de Santayana, quien dedicó el segundo de los tres libros que componen su *Arte de Retórica* (1578) á enseñar particularmente el arte de historiador; su obra merece al Sr. Godoy los calificativos de trivial y desconcertada.

Se acercaban mejores dias para la historia. La crítica analítica tenía ya grandes exigencias; mayores en el extranjero que en España. La ley de la reaccion la conducia desde la excesiva credulidad hasta el escepticismo. Melchor Cano se oponia á las exageraciones del espíritu de duda. Jerónimo de Zurita y Ambrosio de Morales inician la época de las laboriosas investigaciones y rebuscan en los archivos de las iglesias y monasterios los viejos códices en que se guardan los testimonios originales de los pasados tiempos. «Pero hasta caer en manos de Mariana, dice el Sr. Godoy, no deja verdaderamente la historia el ropaje de la crónica.» La obra de Mariana, ajustada á los preceptos de Morcillo, hasta el punto de estar escrita

en latin, tuvo por objeto contribuir á la educacion del Príncipe que reinó después con el nombre de Felipe III. "Mariana no es solamente el historiador que narra y encadena sucesos, sino que, sentado frente á frente con el régio alumno, le muestra cómo la historia, juez del género humano, soberana del universo, cubre de palmas inmortales la virtud y el heroismo, y levanta cadalsos en que se expia el crímen á los ojos de todos los pueblos y de todos los siglos."

La vacante del cargo de cronista de Aragon, después de la muerte de Jerónimo de Blancas, era disputada entre otros por el doctor Juan Costa, catedrático de Derecho en la Universidad de Zaragoza, que en la de Salamanca lo habia sido ántes de Retórica. Para hacer alarde de su suficiencia escribió en el término de un mes, segun él afirma, uno de los tratados más extensos que se han compuesto sobre el arte de escribir la historia. Titúlase su obra: *De conscribenda rerum historia libri duo.* El Sr. Godoy encuentra poco interesante el trabajo del doctor Costa como arte de historia, aunque lo estima en mucho como muestra de lo que era en su época el estudio de las humanidades y de la filosofía en la Universidad de Salamanca.

Don Diego Sarmiento de Acuña, más conocido después por el título de Conde de Gondomar, tuvo miedo de que el excesivo número de libros dedicados á tratar asuntos históricos introdujese una confusion que á la posteridad le fuera ya imposible desvanecer; y acudió al Rey proponiéndole la eleccion de cuatro cronistas, prudentes, doctos, ejercitados en los negocios públicos, diligentes para la averiguacion de los hechos secretos, discretos en conocer las cosas, moderados de afectos en juzgarlas, fuertes y libres de ánimo en decir su parecer; los cuales, bajo la direccion ó presidencia de un cronista mayor, caballero muy ilustre, eclesiástico ó seglar, formasen un tribunal, y sin tener ninguna otra ocupacion, examinasen todos los libros que ya estaban impresos para recoger ó enmendar los que lo merecieran, y determinaran todo lo que creyeran conveniente respecto de los que en adelante hubieran de escribirse. El Sr. Godoy observa oportunamente que el medio propuesto por D. Diego Sarmiento para tener buenas historias le fué quizás sugerido por el que un año ántes proponia el Canónigo que sesteó con los conductores de D. Quijote enjaulado para que se escribieran buenas comedias y buenos libros de caballería.

A fin de prepararse para continuar dignamente la historia de España desde el punto en que la habian dejado Zurita y Mariana, Luis Cabrera de Córdoba hizo un detenido estudio acerca de los deberes del historiador, que le sirvió para componer su libro: *De historia, para entenderla y escribirla.* Al reseñar su doctrina, el Sr. Godoy tiene ocasion de compararla con las opiniones de algunos literatos y hombres políticos extranjeros y españoles. El célebre Ministro inglés Walpole, despreciaba por completo á los

historiadores, pobres diablos que han vivido siempre alejados de los consejos del Gobierno, fundándose en que él, que habia gobernado durante mucho tiempo, veia cuán desconocidos eran á los contemporáneos los resortes secretos de los negocios de Estado y de los sucesos. El frances Monsieur de Gomberville, uno de los fundadores y Canciller de la Academia Francesa, en un *Discurso sobre las virtudes y vicios de la historia y manera de escribirla bien*, encerraba en tres reglas las cualidades y deberes del historiador; 1.ª que sea católico; 2.ª que no censure los actos de los reyes, como estos no sean herejes; y 3.ª que no escudriñe nunca las acciones particulares de los Príncipes; "si el historiador lo hace, merece que *lo quemen* con su libro." El autor quisiera, que sólo los Príncipes tuviesen facultad de escribir la historia, y que estuviese privada esta ocupacion á toda otra persona bajo pena de ser *desollada viva*. Disparates que parecen incomprensibles en los dias que nosotros alcanzamos, no acaso porque son mayores, sino por enteramente contrarios á los que diariamente oimos.

Casi medio siglo después de Cabrera, Fr. Jerónimo de San José escribe su *Génio de la historia*, en que concede gran importancia á la forma material extrínseca, y quiere que el historiador infunda un soplo de vida con la energía de su estilo en las cosas de que trata. El Jesuita Francisco García habia publicado una traduccion castellana del *Arte de historia* del P. Le Moyne, en que se asentaba, que el historiador debe ocupar un puesto medio entre el orador y el poeta, porque la historia es una poesía libre de las prisiones del metro. Por entónces esta alianza de la poesía con la historia fué realizada de la manera más brillante por Solís, en su libro sobre la *Conquista de Méjico*.

Quedaron inéditos otros estudios que sobre el arte de la historia y las calidades del historiador produjo el siglo XVII. En este caso se hallan los dos que escribió Tamayo de Vargas, con los títulos de *Provechos de la historia y uso de ella entre los Príncipes*, y *El Coronista y su oficio*; y el *Arte historial* del P. Basilio Varen de Soto.

Al concluir aquel siglo y empezar el siguiente menudearon las disputas y disertaciones sobre la verdad, la certeza, la probabilidad ó la incertidumbre de los hechos históricos. El Sr. Godoy trata ligeramente esta parte de su asunto, por acordarse sin duda de que lo agotó en su *Historia crítica de los falsos cronicones*.

Después de dedicar algunas palabras al Dominicano Jacinto Segura, y á sus *Preceptos de crítica para curiosos de historia*, título que los encargados de la impresion sustituyeron desacertadamente con el de *Norte crítico con las reglas más ciertas para la discreccion en la historia*, pasa el Sr. Godoy á hacer un juicio crítico del Benedictino Feijóo, que con mucho gusto copiaria aquí sino temiese hacer demasiado largo este artículo.

Tres escuelas históricas han florecido sucesivamente desde la Edad Me-

dia; la escuela popular, la clásica y la filosófica. Representa esta última, el primero, el Jesuita Masdeu; trata de darle reglas D. Juan Pablo Forner; D. Alberto Lista, el crítico de mayor autoridad en su tiempo, pelea todavía en favor de la forma clásica. Hermosilla guarda un término medio, y desecha por regla general el recurso de las arengas inventadas por el historiador, que Lista habia defendido.

"Martinez de la Rosa, dice el Sr. Godoy, es el último de nuestros escritores de quien tenemos que recibir lecciones sobre el modo de escribir la historia. Desde Ciceron no habian tenido tan autorizado intérprete las austeras leyes que rigen el género histórico. Él ha vivido, como el gran orador romano, en una época intermedia, que son las más dolorosas de la historia, porque las tradiciones de lo pasado desaparecen, y no se dibuja todavía lo porvenir. Dotado de las cualidades necesarias en nuestros dias para elevarse, el talento y la palabra, tuvo las grandes ambiciones de la vida pública. Hubo un momento en que oyó alrededor de su nombre ese rumor confuso que viene de abajo y se llama popularidad; pero no lo equivocó con el claro sonido que baja de las altas regiones, dispensadoras de los duraderos renombres. A natural candor reunió la distincion aristocrática de los hombres de Estado de la Restauracion francesa. Desdeñoso de la democracia, comparaba sus votos á la moneda de vellon. Tenía el gusto de las cosas ideales, de las formas exquisitas, de los placeres delicados y elegantes. Artista por el cincelado de la frase, un soplo del Ática penetra su prosa numerosa y galana, que marcha con la majestad de una patricia de antigua raza. Sabía imitar ese castellano arcáico, grato al oido como la voz de nuestros abuelos, y, en estrofas de sonoridad argentina, inspirar amores como Tibulo y Propercio. Él se defendió contra la invasion romántica, oponiéndole la belleza clásica del genio heleno en su delicadeza y en su grandeza, como aquellos Romanos que se defendian de los soldados de Alarico, arrojándoles bustos griegos. Hallándose todavía el siglo en la adolescencia, emprendió depurar y fijar su espíritu; obra empezada con el acento del poeta que cantaba *jam nova progenies....* y terminada treinta años después en el desencanto. Los pavorosos problemas que el siglo planteaba no los habia previsto el autor, ni, testigo del primer Imperio napoleónico, habia percibido nada de la levadura de cesarismo que fermentaba en las naciones latinas. Martinez de la Rosa ha dejado un nombre más grande que sus obras."

De una discusion en el Ateneo de Madrid, propuesta por el Sr. Martinez de la Rosa acerca de este tema, ¿cuál es el método ó sistema preferible para escribir la historia? y de las doctrinas entónces sustentadas por el mismo y por Gil y Zárate y Alcalá Galiano, da cuenta el Sr. Godoy para terminar su reseña de los preceptistas españoles; y pasa en seguida, para concluir su discurso, á exponer sus ideas propias y el estado de los estudios históricos en Europa. Pinta con vivo colorido los progresos que ha logrado la erudicion

con el exámen comparativo de las lenguas, con la crítica de los textos, la interpretacion de las inscripciones, y sobre todo con las investigaciones arqueológicas. Reseña los prodigios de induccion científica que han hecho retrogradar los límites de la historia. Explica las diferentes reglas que la crítica histórica sigue para la apreciacion de los documentos y la de los hechos. Determina las condiciones necesarias al buen historiador, que son, en suma, la probidad y el buen juicio, no siendo posible su completa imparcialidad, ni siquiera conveniente, si la narracion ha de tener movimiento y color, y el estilo vigor y nérvio. Y termina notando el hecho significativo y cierto de que, si un gran poeta puede producirse en un pueblo inculto, un gran historiador no saldrá nunca sino de un estado social refinado. "El Oriental es inferior al Europeo, no tanto por no conocer la naturaleza, cuanto por no conocer la historia. Hay una nacion al otro lado del Atlántico, poblada de una raza enérgica, á quien ninguna empresa arredra, á quien nádie aventaja en el arte de domar y trasformar la materia, que hiere con el pié la tierra y hace brotar ejércitos, que atraviesa victoriosa pruebas en que otras sucumbirian; pues esa nacion, que sirve á la vieja Europa como los Germanos servian á los Romanos del tiempo de Tácito, de ideal para adornarla de todas las cualidades, dotes y bienes que para sí sueña, es reconocidamente inferior en las cosas del espíritu, no sólo á los Estados de primer órden de Europa, sino á muchos de segundo y de tercero. ¿Y sabeis por qué? Porque carece de estas aristocracias de la inteligencia que en nuestras capitales europeas se llaman Academias y Universidades."

El discurso del Sr. Godoy fué contestado por otro de D. Antonio Cánovas del Castillo, quien empezó recordando, en bellas y sentidas frases, al malogrado D. Emilio Lafuente Alcántara, cuya plaza ocupa ahora el señor Godoy; enumeró en seguida en los términos que quedan copiados, los méritos del nuevo Académico, y propúsose como tema de su oracion, "inquirir y exponer particularmente las cualidades que tiene ó debe tener en nuestro siglo, y los escollos que al presente ha de evitar con más esmero el bajel majestuoso de la historia."

"Fué ella en el orígen, segun dice su nombre helénico, relacion sencilla de lo visto ú oido para contentar la instintiva curiosidad de los hombres"..... "De aquí nacia el que segun eran los autores meros curiosos ó literatos, soldados ó sacerdotes, predominase tal ó cual hecho en las narraciones"..... "Por nádie hasta entónces era mirada la historia como ciencia ó arte que debiera enseñar lo que es y lo que puede, lo que ha logrado ya y apetece aún la voluntad individual ó colectiva del sér racional y libre sobre la tierra. Si hubo, no obstante, escritores gentílicos que acertaran á componer incomparables libros históricos, debióse á que solian escribirlos bajo la inspiracion espontánea y clara de sus pensamientos habituales, y adoctrinados por el ejercicio de sus especiales profesiones. De esta suerte relató Thucídides un

largo período de civiles contiendas entre los Helenos, con tal verdad, como quien hubiese puesto mano en ellas, conociendo igualmente el ostracismo que la fortuna; y Tácito escribió tan al vivo la Roma de los Césares, cual cumplia al que en sí propio debió de sentir ultrajada la dignidad consular, y en todos sus contemporáneos la de la pátria. No de otro modo Polibio acertó á poner de manifiesto las artes de vencer de los Romanos, pues bien claro se trasluce en su obra que fué él tambien con ellos sobre Cartago; y ciego habria de ser, por otra parte, quien no viera en el escritor inteligente y elegante de los *Comentarios*, sin que se lo dijese nádie, al conquistador de las Gálias. Otro tanto puede afirmarse de los mejores historiadores clásicos."

"No supo el politeismo, á pesar de los maravillosos metafísicos que lo ennoblecieron, levantar la historia á la dignidad de ciencia, limitándose á considerarla como una de las bellas artes; y los pueblos paganos se dieron por satisfechos con cultivarla bajo este aspecto único, mutilándola primero para corromperla al cabo. La blanca piedra penthélica en manos de Fídias, fué hermosísimo espejo de su arte; mas algo se echa de ménos, con todo, en las reliquias maravillosas del Parthenon, y ese algo es lo más íntimo y divino del hombre. Tal sucede tambien con la historia clásica. Sólo extraviado por la estrecha teoría de su época, pudiera haber reunido Luciano en una de sus obrillas burlescas las cualidades del historiador en estas dos, por igual exigibles á todas las artes: juicio y elocuencia, que viene aquí á ser, habilidad práctica para dar á cada asunto su fortuna propia."

"En vano formuló San Agustin en la enciclopedia de Ciencias morales, que intituló *De Civitate Dei*, un grande y fundamental principio, capaz de abrir por sí solo las puertas de la ciencia al arte histórico, señalando la Providencia de Dios como ley esencial de los hechos, sin perjuicio del libre albedrío, y explicando por vía de ejemplo, con arreglo ya á tal principio, la patente decadencia de Roma. Quedó, en verdad, la semilla en tierra para germinar mucho más tarde; pero en el entretanto, las voces de los retóricos y sofistas fueron las últimas que resonaron en el mundo antiguo, miéntras lentamente iba éste sumergiéndose entre las olas sucesivas de los pueblos bárbaros. Hasta la raza misma de los grandes Doctores y Santos Padres, después de haber desenvuelto los principales dogmas evangélicos, y elevado la gran fábrica de la Iglesia Católica, desapareció por un plazo larguísimo, durante el cual todas las ciencias, como todas las artes, volvieron á su infancia, sin exceptuarse la historia."

Durante las tinieblas de la Edad Media, la historia escrita "por hombres que como el Arzobispo Don Rodrigo ó Don Lúcas de Tuy, solian tomar parte en grandes sucesos militares y políticos, habria quizá alcanzado los mismos instintivos aciertos que en Grecia ó en Roma, en la nueva Europa y en España misma, si hubiera seguido su curso normal la civilizacion

de los siglos medios. Mas no habia llegado con mucho el arte histórico á aquel grado de parcial florecimiento, cuando por virtud de nuevos cataclismos, salieron otra vez á flor de agua y deslumbraron con sus bellezas superiores á las todavía sencillas naciones cristianas las correctas reliquias gentílicas.»

Al hablar de la violenta y general irrupcion del Renacimiento clásico en España, el Sr. Cánovas del Castillo, que tan profundos estudios ha hecho de los escritores políticos españoles de los siglos XVI y XVII, recuerda que en medio del entusiasmo con que los autores clásicos fueron acogidos, los Españoles les opusieron resistencia en muchas cosas y rivalizaron en algunas con los más insignes entre ellos. «Sin salir del derecho público, puede con seguridad afirmarse que los teólogos de nuestra grande escuela del siglo XVI, estudiaron con más profundidad que Griegos ni Romanos el orígen de la sociedad humana y la naturaleza de los poderes por ella engendrados, desafiando fácilmente cualquier comparacion en la materia los padres Victoria, Soto y Suarez, hasta con Platon ó Aristóteles.»

Sin embargo, no es posible desconocer «que desde los primeros tiempos del Renacimiento, el influjo de los antiguos fué grande, ni que lo acrecentase sobremanera, hácia la segunda mitad del siglo XVI, nuestro estado religioso y político. Fué harto más seguro de allí adelante, que entregarse á las propias especulaciones, ajustar la pluma á los preceptos y ejemplos de los maestros clásicos, con mayor respeto mirados, de una parte, que los escritores nuevos, por la censura inquisitorial; y exentos de otra, de la negra y fácil sospecha de abrigar intenciones malignas contra las cosas santas. Y con todo, nádie puede disputarle á Luis Cabrera de Córdoba (el honrado historiógrafo de Felipe II) la gloria de haber encontrado el primero una sentencia profunda, que escriben al frente de sus libros, con sentidos diversos, los modernos autores de *Filosofia de la Historia*, formulándola aquel por tal manera, que ya es imposible mejor. «Diónosla Dios y la conserva,» dice de la historia, al resumir el fin de ella, «para que su admirable potencia y perpétuo cuidado de las cosas humanas maravillosamente se declarase.» Si el gérmen está en San Agustin, cual queda dicho, fuerza es reconocer, á pesar de eso, que sobre la gloria de haberlo hecho planta y sacado á luz, tiene nuestro compatriota la de haber comprendido mucho ántes que el gran Bossuet su fecundidad interna y las singulares ventajas de su cultivo.»

Marca después el Sr. Cánovas del Castillo las diferencias esenciales entre la escuela antigua y la moderna: «Todavía, señores, podrian deslindar los dos espaciosos campos que principalmente labran los historiógrafos, aquellas dos distintas fórmulas de escribir la historia que establecieron el escéptico Luciano y el místico San Agustin, al tiempo que la gentilidad agonizaba. Hay, así como entónces, ahora, quien inquiera principalmente la

verdad externa, transitoria, particular; y son ya muchos más los que pretenden descubrir en la cadena de los acontecimientos íntimos, latentes y superiores leyes. Lo que nádie hoy exige por condicion única, ni siquiera esencial, de la historia, como los retóricos paganos, es la elocuencia. Porque tanto en ésta cuanto en otras esferas, si no domina, precede hoy al arte la ciencia; y aun suele voluntariamente el arte mismo sacrificar algo en su forma á la exacta expresion de la idea. Pero, bien sea relatando los hechos desnudos, bien procurando sacar á luz el espíritu interior que los engendra, siempre difiere la de nuestros dias de la antigua historia, en dos fundamentales conceptos al ménos; es á saber: por la mayor amplitud y sinceridad de sus propósitos, y por el diverso ideal social que la informa ó inspira. Nádie ignora que la historia de nuestros dias observa mucho más rigor crítico, alcanza á distinguir mucho mayor número de relaciones sociales, describe más grande aparato de fuerzas políticas, y penetra mucho más adentro en las instituciones esenciales ó en el carácter peculiar de las grandes personalidades iniciadoras, que no la de la antigüedad, por externa ó superficial que sea la primera. Tal la moderna pintura, si falta á las veces de la divina inspiracion de la de otros siglos por lo que toca á la exactitud y variedad de sus accidentes, osténtase superior siempre.»

No me es posible seguir extractando, como quisiera, el discurso del señor Cánovas del Castillo, porque lo impide la misma grandeza y armonía de sus proporciones. Después de haber bosquejado lo que era la historia en su primitiva forma de crónica; de haber manifestado los progresos que, considerándola como un arte hizo en ella la antigüedad clásica; de habérnosla presentado en sus nuevas condiciones que la elevan á la categoría de ciencia; y de haber puesto de relieve las esenciales diferencias que distinguen á los modernos de los antiguos cultivadores de la historia, pasa á examinar cuál ha sido el espíritu que la ha animado en las diferentes épocas, aun en aquellas más rudimentarias que más distantes se encontraban de sospechar la existencia de una filosofía de la historia; y termina juzgando los diferentes sistemas filosóficos que se disputan hoy la supremacía en los dominios de la ciencia. Así, pues, la historia ántes de salir del estado embrionario de crónica; la historia convertida en arte; la historia elevada á ciencia; la crítica del espíritu que guia á la historia en cada época; la filosofía de la historia; y por último, la filosofía metafísica en sus principios fundamentales; tales son los puntos de vista desde los cuales nos hace contemplar en magnífico panorama el Sr. Cánovas del Castillo el vasto asunto que forma la materia de su discurso. Y como á lo profundo de las ideas que en el suyo vierte se une el gran arte con que todos los diferentes miembros de su oracion están formados y enlazados, de aquí resulta una gran dificultad para compendiarlo, resumirlo ó extractarlo. Pareciéndome que allí nada huelga y que nada puede ser dicho mejor, sólo copiándolo

todo quedaria satisfecho. Aun así la misma constancia con que desde el principio hasta el fin se sostiene una entonacion de estilo elocuente, rica en ideas, exacta en las imágenes, profunda en los conceptos, exige una atencion que no están dispuestos á rpestar la mayor parte de los lectores del dia, más amigos de ojear los libros que de estudiarlos, y solamente acostumbrados á pasar ligeramente la vista sobre escritos por donde los autores han pasado ligeramente la pluma. Por lo mismo que el discurso del Sr. Cánovas obliga á pensar, y por lo mismo que su estilo oratorio no decae, llega á exigir cierta prolongada tension de espíritu á que los lectores se prestan ya en la actualidad muy poco.

Partiendo del supuesto de que en todas las épocas ha señalado medida, abierto teatro y prescrito límites á la historia la idea social que al tiempo de escribirse realizaba el género humano en la vida práctica, investiga cuál fué esa idea sucesivamente en la sociedad antigua, en la Edad Media, en los tiempos modernos y en la época contemporánea; llega al exámen del individualismo, que á pesar de sus recientes victorias, nunca realizará la igualdad de facultades, de aspiraciones, ó de necesidades morales entre indivíduos de naturaleza diferente; trata la gran cuestion del fatalismo; refuta á los panteistas y materialistas; y él mismo resume en estos términos las ideas expuestas en la segunda parte de su discurso: "Dios en persona (ya que carecen las lenguas de voz más exacta con que definir su naturaleza única), preside y dirige patentemente á la Humanidad en la historias Así las religiones, como las lenguas de todos los pueblos, proclaman esta verdad altamente. Debajo de la persona de Dios está la persona del hombre, que á la par de aquella existe como reflejo imperfecto y múltiple de un tipo perfecto sólo; y su mision es ir cobrando conciencia de sí misma, á travedel tiempo y del espacio, y descubriendo por medio de la comparacion sucesiva de lo real con lo ideal, ó de la Humanidad con Dios, el progreso por venir, que ninguna razon hay para que deje de realizarse en todos y cada uno á un tiempo. Con sólo poseer la certidumbre de que es una la especie humana, de que hay leyes superiores que rigen su actividad y su fin, y de que el curso de la civilizacion es progresivo, basta para que asista ya siempre la ciencia en la historia. Pero la esfera, en que la ciencia ha de obrar, no será completa miéntras no abrace á la Humanidad y al hombre, al indivíduo y al Estado, ni habrá ciencia de la historia donde se niegue la personalidad divina, donde se absorba la religion en la pura especulacion racional, donde se confunda á Dios con el mundo. Mal podria explicar, de otra parte, la historia el progreso humano, que es el fruto contínuo de las ideas y de los hechos, si en el paso de lo inconsciente á lo consciente, ó de lo instintivo á lo racional, que es su forma necesaria, no reconociera por primer agente al libre albedrío, ó por su índole individualmente absoluta, impidiera este libre albedrío que rigiesen á la Humanidad universales le-

yes. La historia no se explica satisfactoriamente sin la intervencion de Dios; y no de un Dios de voluntad ciega, fatal, incompatible con las de los libres séres que le están subordinados y son su hechura, sino de un Dios infinita y absolutamente libre, cuanto es absoluta é infinitamente verdadero, y bueno y bello. Permitidme, pues, señores, que salude tambien á la libertad en la historia; la libertad, sin la cual carecerian ya de real sentido entre los hombres el derecho, la responsabilidad, y aquella eterna justicia, por quien dijo San Agustin estas admirables palabras: *Ubi justitia non est, non esse rempublicam*; la verdadera libertad, que trae orígen de Dios, y que en este bajo mundo debe de costar tanto por lo mismo que es la más envidiable de las condiciones del sér, y el más divino de los gérmenes depositados en nuestra conciencia. »

FERNANDO COS-GAYON

ESTUDIO HISTÓRICO.

ORÍGEN Y FUNDACION

DE LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

Sabido es el orígen de las escuelas monásticas de Francia, Italia, España y otros países que ya se conocian en el siglo XI, y que, al abrigo de los cláustros, salvaron en el naufragio general los restos de la civilizacion antigua. El siglo siguiente dió un poderoso impulso á la cultura europea, haciéndola entrar en nuevas vias de actividad y progreso. De aquella época datan las más célebres universidades del mundo, que si, al secularizar los estudios, no se sustrajeron del todo á la entónces poderosa influencia del clero, entregaron la ciencia á una discusion tan libre como podia permitirse en aquel tiempo.

Los primeros Estudios de Salamanca fundáronse en la iglesia catedral en el siglo XII, puesto que en 1179 se conocia ya la dignidad de Maestrescuelas, que si en su orígen tuvo anejo el cargo de enseñar, extendióse después á presidir á los demas Maestros, gobernando las Escuelas en nombre del Obispo, del Dean y del Cabildo, como delegado suyo para tan importantísimo objeto.

Coetánea de la de Palencia, que fundó Alfonso VIII de Castilla (1), aparece la célebre Universidad Salmantina á fines del siglo XII, instituida por su primo Alfonso IX de Leon. Acreditanlo así innumerables testimo-

(1) En 1209 fija la fundacion de esta Universidad D. Modesto Lafuente en su *Historia general de España*, parte 2.ª, libro II. Otros historiadores más antiguos aseguran que los Estudios generales de Palencia los trasformó en universidad D. Alonso el Noble (VIII de Castilla) entre los años 1212 y 14.

*

nios históricos (1) que podríamos alegar, y justifícase cumplidamente con la inscripcion que se lee sobre una lápida en el cláustro de *Escuelas mayores*, muchas veces reproducida en libros y periódicos, y cuyo tenor es el siguiente:

Anno Domini MCC.

ALFONSUS OCTAVUS CASTELLAE REX PALENTIAE UNIVERSITATEM EREXIT: CUJUS AEMULATIONE ALFONSUS NONUS LEGIONIS REX SALMANTICAE ITIDEM ACADEMIAM CONSTITUIT. ILLA DEFECIT, DEFICIENTIBUS STIPENDIIS; HAEC VERÒ IN DIES FLORUIT, FAVENTE PRAECIPUE ALFONSO REGE DECIMO, Á QUO, ACCITIS HUJUS ACADEMIAE VIRIS, ET PATRIAE LEGES, ET ASTRONOMIAE FABULAE DEMUM CONDITAE.

En efecto, alzado Rey de Castilla Fernando III en 1217, dedúcese con harto fundamento que su padre Alfonso IX de Leon habia erigido el Estudio general de Salamanca en el último tercio del siglo XII, puesto que reinó desde 1188 hasta 1230 ó 31, en cuyo período cabe datar ántes de 1200 la verdadera fundacion de la Universidad de Salamanca. Pero si alguna duda pudiese quedar á la crítica acerca de este punto, resuélvela satisfactoriamente la prueba documental que la Universidad posee, citada por algunas de las autoridades que se alegan en la nota 2.ª, reproducida en parte por alguna, y publicada íntegra por primera vez en una de sus obras por el autor de este artículo (2). El precioso documento á que se alude es nada ménos que la Real cédula original, expedida por el Santo Rey D. Fernando en 6 de Abril de 1243, en que *confirma* la fundacion

---

(1) *Constituciones apostólicas y estatutos de la muy insigne Universidad de Salamanca* (Salamanca 1625).—Pedro Chacon, *Historia de la Universidad de Salamanca* (en el *Semanario erudito de Valladares*, tomo XVIII.)—Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos de Sevilla*, pág. 46, (Sevilla, 1677).—*Historia de la misma Universidad*, contenida en el luminoso *Informe de la Universidad sobre plan de Estudios*, presentado á las Córtes en 1814 (Salamanca, 1820).—*Reseña histórica de la Universidad de Salamanca*, por los doctores y catedráticos Dávila, Ruiz y Madrazo (Salamanca, 1849).—R. P. M. Fr. Pascual Sanchez, *Memoria histórica de la Universidad de Salamanca* (*Album salmantino*, números del 15 al 18).—Gil y Zárate, *De la Instruccion pública en España*, seccion 1.ª, cap. I (Madrid, 1855).—*Anuario de la misma Universidad para el curso de* 1859 *á* 1860. (Salamanca, 1860.—En todas estas autoridades y en otras que hemos visto, se dice: «Se fundó (la Universidad) *á fines* del siglo XII, *cerca* de los años 1200. Por esta razon, acaso, el erudito Fernan Perez de Oliva, al escribir la inscripcion que copiamos, fijó esa fecha concreta y determinada, en la cual están conformes tambien los historiadores de Salamanca Gil Gonzalez Dávila y D. Bernardo Dorado.

(2) *La Universidad de Salamanca en el tribunal de la Historia* (Salamanca, Oliva, 1858), pág. 6.

de la Universidad, QUE HABIA HECHO SU PADRE, y da más fuerza á sus privilegios. Este documento dice así:

«Connoscida cosa sea a todos quantos esta carta uieren como jo D. Ferrando por la = gracia de dios Rey de Castiella e de Toledo e de Leon e de Gallizia e de Cordova = Porque entiendo que es pro de myo regno e de mi tierra otorgo e mando que aya = escuelas en Salamanca e mando que todos aquellos que hy quisieren uenir a leer que ven = gan seguramiente e jo recibo en mi comienda e en myo defendimiento a los = maestros e a los escolares que hy uinieren e a sos omes e a sus cosas quantas que hy troxieren e quiero e mando que aquellas costumbres e aquellos fueros que ouieron = los escolares en Salamanca en tiempo de myo padre quando establecio hy las = escuelas tambien en casas como en las otras cosas que essas costumbres e essos = fueros ayan e ninguno que les ficiese tuerto nin fuerça nin demas a ellos nin a = sos homes nin a sus cosas aurie mi ira e pechar my e en coto mill marbs e = a ellos el danno duplado. Otrosi mando que los escolares biuan en paz e cuerdamiente de guisa que non fagan tuerto nin demas a los de la Villa e toda cosa = que acaezca de contienda o de pelea entre los escolares o entre los de la vil = la e los escolares que estos que son nombrados en esta mi carta lo ayan de = ueer de endereçar. El Obispo de Salamanca o el dean e el Prior de los = Predicadores, e el Guardiano de los descalços e d. Rodrigo e Pedro Guigelmo e Garci gomez e Pedro uellido e Ferrand sches de porto-carrero = e Pedro munniz calónigo de Leon e Miguel pz calonigo de Lamego = e a los escolares e a los de la villa mando que esten por lo que estos manda = ren. Ffta carta ap'd Valletum Reg. exp. VI. die Aprilis, Era M = CC = LXXX = prima» (1).

Ocasion es esta de desvanecer un error histórico, que desgraciadamente suele copiarse sin exámen por escritores extranjeros, acerca de la fecha de la fundacion de nuestra Universidad. M. A. Vallet de Viriville en su erudito trabajo histórico sobre la Universidad de Paris y principales universidades de la Edad Media (2) trae un cuadro cronológico de la fundacion de las de Francia y de las demas de Europa. Respecto á las de España, incurre, como es de suponer, en errores y omisiones notorios; y por lo que atañe á la de Salamanca, la supone fundada en 1250, ocupando en

(1) 1243 de nuestra era.

(2) *Le Moyen Age et la Renaissance, etc.*, tomo I, fólio XI vuelto. (Paris-Plon Frérés-1848.)

antigüedad cuatro puestos por bajo de la de Valencia, á la que atribuye la fecha de 1209.

Más completa y algo ménos inexacta es la que da Meiners á las de nuestra pátria en su «*Historia de las Universidades.*» Fija, sin embargo, la de Salamanca en 1240: la de Valladolid en 1346: la de Huesca en 1354: la de Zaragoza en 1474: la de Avila en 1482: la de Alcalá en 1499: la de Sevilla en 1504: la de Toledo en 1518: la de Oñate en 1600: la de Pamplona en 1680; y la de Cervera en 1717. Pero aún admitidos como ciertos estos datos, y resultando de ellos que la de Salamanca es la más antigua de las Universidades españolas, tendria que ceder el puesto á la de Tolosa, fundada en 1228 (y segun el citado Vallet en 1223), á la de Nápoles, que lo fué en 1224, y á las de Salermo, Bolonia y Paris, ya conocidas en el siglo XII, cuando es indudable que en antigüedad y gloria compite dignamente con sus otras tres hermanas de Paris, Oxford y Bolonia. Proviene principalmente este error de que muchos autores, en especial los extranjeros, suponen como fundador al Santo Rey D. Fernando III, que, como se ha visto por su arriba copiada Real Cédula de 6 de Abril de 1243, *confirmó* la fundacion de la Universidad, que habia hecho su padre Alfonso IX de Leon. Hay tambien autores que califican de fundador á D. Alfonso el Sábio, por el notable incremento que dió á los Estudios Salmantinos, fundando y dotando cátedras, creando la Biblioteca, y estableciendo la forma de gobierno de la Universidad, en consideracion á los servicios que sus profesores le hicieron ayudándole en el libro inmortal de las *Partidas* y en los del *Saber de Astronómia*. Porque además el mismo Alfonso X, deseoso de que la Universidad Salmantina sellase sus glorias con la autoridad pontificia, pidió y obtuvo de Alejandro IV el Breve expedido en Nápoles á 29 de Abril de 1255, que sancionó auténtica y solemnemente el ya famoso Establecimiento literario de Salamanca, nombrándole como uno de los cuatro Estudios generales del orbe (Paris, SALAMANCA, Oxford y Bolonia), y declarando que sus graduados, sin nueva aprobacion ni exámen, podian enseñar en todos los Estudios generales cristianos.

Pero hay todavía otro punto importantísimo que esclarecer, por lo mismo que afecta esencialmente al verdadero orígen y fundacion de nuestra Universidad; aludimos á la supuesta traslacion á Salamanca de la Universidad de Palencia. El respetable Mariana (1), siguiendo á otros historiadores, incurre en este error, que unos han corregido y otros copiado en obras nacionales y extranjeras. Todo cuanto se pudiera alegar en pró y en contra de esa opinion, trátalo magistralmente con sana crítica el eru-

(1) *Historia general de España*, lib. XIII, cap. I.

dito D. Rafael de Floranes en una obra que escribió en 1793, con el título de «*Orígen de los estudios de Castilla*, etc., parte 1.ª (1). Con copia de datos y no poca gracia y lucidez refuta victoriosamente el error de la traslacion de los Estudios palentinos á Salamanca y Valladolid; y exponiendo y analizando las encontradas opiniones de los muchos autores que cita, deduce de todo que los Estudios de Palencia acabaron allí, sin dar orígen ni á los salmantinos ni á los vallisoletanos, á la sazon muy florecientes; y que, sin poderse determinar el año y el motivo de aquella extincion, puede fijarse en el período que media desde 1243 á 1263. Es verdad, sin embargo, que Floranes sienta en su obra una opinion, que podrá parecer aventurada, pues dice que D. Alfonso VIII de Castilla no dió principio á los estudios de Palencia, ni D. Alonso IX de Leon á los de Salamanca, ni D. Alonso XI ni el Papa Clemente VI á los de Valladolid, ni el Cardenal Cisneros á los de Alcalá, sino que cada cual aumentó á los suyos. Que todos estos estudios estaban ya fundados y eran más antiguos, habiendo empezado por ser eclesiásticos, y trasformádose con el tiempo en seculares, como otros muchos de la nacion y del orbe. «Que los de Palencia, añade, existian en aquella iglesia en tiempo de los Godos, y con várias intermisiones y restauraciones llegaron á la mitad del siglo XIII, en cuyo tiempo acabaron allí por causa desconocida; pero sin haber sido trasladados á Salamanca ni á Valladolid, en cuyo supuesto se pretendieron restablecer, ya extinguidos, en la misma ciudad de Palencia por los años 1263, bien que sin efecto.» «Por consiguiente, continúa, no es cierto que á lo que hizo D. Alfonso IX de Leon por lo tocante á los suyos (Estudios) de Salamanca, ya hubiese sido fundamento, ya ampliacion, hubiese precedido el de Castilla con su ejemplo, ni que se hubiese movido aquel á su emulacion, no constando cuál de estos estudios sea anterior. En efecto, el salmaticense es de orígen más antiguo que aquel Rey, creido hasta ahora su fundador, aunque sin saberse el tiempo cierto que empezó, por falta de memorias, pudiendo sólo asegurarse que jamás recibió aumento por alguna accesion formal que se le hiciese del de Palencia.»

Dése ó nó crédito en este punto á la opinion de Floranes, quedan probados el verdadero orígen y fundacion de la Universidad Salmantina, no sólo con las respetables autoridades que se citan, sino principalmente con la prueba documental de la Real Cédula de San Fernando, copiada más arriba, y hasta con la inscripcion del patio de Escuelas mayores, tambien

(1) *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XX, página desde la 51 á la 278.—Los colectores no saben que Floranes publicase la 2.ª parte. La Biblioteca de la Universidad de Salamanca posee tambien una copia MS. de esta obra, anterior á la publicada.

inserta en su lugar. Todos estos testimonios históricos, destruyen asimismo el error de la traslacion á Salamanca de los Estudios palentinos, error que no puede sostenerse á la luz de la crítica moderna. Trasformados en Universidad los antiguos Estudios de Salamanca *cerca* (ó ántes, como dicen vários autores) de 1200, y creciendo en crédito y fama á los pocos años, eclipsaron á los de Palencia, que, faltos tambien de concurrencia y de salarios, no pudieron competir con los salmantinos, y quedaron abandonados ó suprimidos.

Hemos procurado demostrar, cuanto históricamente es posible, el orígen de la Universidad de Salamanca, de las más antiguas del orbe y célebre ya en el primer siglo de su fundacion. Con su carácter de europea, brotaba en su interior rica y abundante doctrina, y en el exterior no hubo hecho trascendental en que no pesase grandemente su voto. Ella es la que formaba las *Partidas* y las *Tablas astronómicas* del Rey Sábio; la que atraia á su seno numerosa y escogida juventud de España y del extranjero; de ella se hacia mencion honrosa en el XIII Concilio general (Lyon) y en el XV (Viena) era declarada la segunda de las cuatro Universidades más famosas del mundo. Ella daba Maestros á la Sorbona, á Bolonia y á Coimbra, á peticion suya, y era consultada por Pontífices y Reyes para la mejor decision de graves cuestiones canónicas y políticas; recibia embajadas y presentes de los soberanos de remotísimos países; preponderaba en los Concilios de Constanza, Basilea y Trento, é influia con el consejo y la accion de sus maestros y alumnos en el descubrimiento (7), conquista y civilizacion del Nuevo Mundo; la que primero y mejor que otra corporacion alguna representaba el pensamiento nacional en los siglos XV y XVI, cuando sus hijos vencian en los consejos diplomáticos, y administraban justicia, y ejercian las más altas dignidades de la Iglesia, y gobernaban la heróica nacion de Isabel la Católica, Cárlos I y Felipe II; la Universidad que, al mismo tiempo que Galileo era perseguido por su adhesion al sistema de Copérnico, sostenia con firmeza su en-

---

(7) Acerca de las famosas conferencias de Colon en Salamanca, léase al intento el opúsculo, arriba citado, que el autor de este artículo publicó en Salamanca en 1858, con el título de *La Universidad de Salamanca en el tribunal de la Historia*, y los demas testimonios históricos que allí se aducen; y como posteriores á esa fecha pueden consultarse las obras y periódicos siguientes: *Crónica naval de España*, tomo 8.° (Madrid, 1858).— *Revue d'Instruction publique de France*, (Paris—1859)— *Reseña históric de los progresos de la Geografía y de los viajes y descubrimientos*, lib. III, cap. I, por D. Tomás Rodriguez Pinilla (Salamanca-1868)—*Histoire d'Allemagne sur Charles V*, (publicada por vários alemanes en Paris--1864)—*Almanaque de las* NOVEDADES, del propio año, artículo *La Universidad de Salamanca*, por D. Alvaro Gil Sanz;--*Revue britannique* (nouvelle série--cinquieme année--núm. 2-- Fevrier--1865--Paris). y por último el artículo titulado *Deza y Colon*, inserto en el número 555 del *Adelante*. periódico de Salamanca (12 de Abril de 1866) por el mismo Gil Sanz.

señanza, y lo mandaba explicar por estatuto en el segundo año de Matemáticas, que llegaron en Salamanca á gran altura y extension en aquel siglo; la Universidad que, cuando la decadencia de las letras españolas en el siglo XVII y parte del XVIII, conservó mejor disciplina, y clamaba sin cesar por leyes que pusieran coto á los abusos y restaurasen las ciencias; la que en la pasada y en la presente centuria saludó ántes que ninguna otra de España la esplendente aurora de nuevas y fecundas ideas; la que fundó entónces una gran escuela filosófica, y restauró la literatura pátria, y atrájose por el primer concepto enconadas y violentas persecuciones; la Universidad, en fin, que puede presentar con orgullo la más númerosa falange de sábios en todos los ramos de la ciencia, en toda la inmensa escala de los conocimientos humanos. Eso es la Universidad Salmantina, eso significa su nombre, eso y mucho más representan los SIETE SIGLOS de su gloriosísima existencia.

Salamanca.--1868.

DOMINGO DONCEL Y ORGAZ
del Cuerpo facultativo de Bibliotecarios,
Archiveros y Anticuarios.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

LIBROS ESPAÑOLES.

La Democracia en el Ministerio de Ultramar (1869-1870). — *Coleccion de leyes, decretos, circulares y otros documentos emanados del Ministerio de Ultramar durante la administracion del Excmo. Sr. D. Manuel Becerra*; precedida de una introduccion por D. J. C. L.—Madrid, tipografía de Gregorio Estrada, Hiedra, 7.—1870.

Está dividido este volúmen en tres partes. Comprende la primera cuarenta decretos, órdenes y circulares, publicados en la *Gaceta de Madrid*; la segunda, doce proyectos de ley, que han sido impresos como apéndices al *Diario de las Sesiones*; y la tercera, otros ocho proyectos de ley, formulados por el Ministerio de Ultramar bajo la direccion del Sr. Becerra, y que no habian sido publicados todavía.

Empiezan los documentos contenidos en la primera parte, por la órden que dió á conocer á la autoridad superior de Filipinas los propósitos del Ministro de Ultramar en la gestion de los asuntos de aquellas provincias. Siguen después los decretos y órdenes sobre nombramiento, traslacion y separacion de magistrados y alcaldes mayores en Ultramar; sobre establecimiento de una comision encargada de examinar los expedientes de los funcionarios del órden judicial, y las solicitudes y títulos de los aspirantes á ingresar en él, y de proponer un proyecto de ley orgánica de tribunales y de division judicial de los territorios; sobre nombramiento de otras dos comisiones, una encargada de estudiar reformas en la legislacion penal, y otra de discutir y proponer las bases de los proyectos de ley para la reforma política y administrativa, y para la abolicion de la esclavitud en Puerto-Rico; sobre la declaracion de la libertad religiosa en las Antillas; sobre aplicacion de la parte del Código de Comercio en lo relativo á sociedades anónimas; sobre creacion de una casa de moneda en la Habana; sobre restablecimiento, en la isla de Cuba, de las contribuciones suprimidas en 12 de Febrero de

1867; sobre concesiones de líneas telegráficas, y arreglo del ramo de telégrafos; sobre modificaciones en los aranceles de aduanas; sobre fijacion de reglas para cumplir los artículos de la Constitucion que tratan de la inamovilidad judicial, y para el ingreso, ascenso, traslacion y cesantía de magistrados, jueces y funcionarios del Ministerio fiscal; sobre abono de haberes á las clases pasivas de Ultramar; sobre organizacion del *Cuerpo de contabilidad administrativa*, del de *Correos*, y del facultativo inamovible de aduanas, y sobre algunos otros asuntos.

Los proyectos de ley presentados á las Córtes tratan de las materias siguientes: declaracion de cabotaje para la navegacion entre las provincias españolas de Ultramar y la Península é Islas adyacentes, y la de aquellas entre sí; supresion del derecho diferencial de bandera; concesion, construccion y explotacion de cables telegráficos submarinos en territorio de España ó sus provincias ultramarinas; presupuestos ordinarios y extraordinarios de gastos é ingresos para las islas de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, de 1869-1870; derechos de extranjería en las provincias de Ultramar; organizacion municipal en la isla de Puerto-Rico; ley constitucional para esta misma isla.

En la tercera parte, ó sea en la de documentos no publicados, hay un proyecto de ley declarando libres á los nacidos de mujeres esclavas en la isla de Cuba desde el 29 de Setiembre de 1868; un decreto declarando tambien libres á los esclavos que sirven en el ejército cubano ó han prestado servicios á la causa nacional; y vários proyectos de ley sobre abolicion de la esclavitud en Puerto-Rico, sobre sistema electoral, sobre organizacion provincial en la misma isla, y sobre matrimonio civil; y otros proyectos de decretos, disponiendo la revision por el Tribunal Supremo de Justicia de las causas graves sustanciadas ante la Audiencia de Manila; suprimiendo la Sala de Indias del Tribunal de Cuentas del Reino; restableciendo el de Filipinas, y creando una Direccion general de Contabilidad en el Ministerio de Ultramar.

La *Introduccion* hace un resúmen y un comentario general del sistema de ideas que presidió en la redaccion de todos estos documentos oficiales.

LIBROS EXTRANJEROS.

HISTOIRE DE L'EUROPE PENDANT LA RÉVOLUTION FRANCAISE (1789 á 1795), *par H. de Sybel;* traduite de l'allemand par Mlle. Marie Bosquet.—Tomo II.—Paris, chez Germer-Baillière, 1870.

En el número 44 de nuestra REVISTA dimos alguna noticia del volúmen primero de esta obra. El segundo comprende el período que média entre Noviembre de 1792 y Marzo de 1794. Los principales sucesos son el reinado

del Terror, el principio de la guerra de Francia con Inglaterra, y el segundo reparto de la Polonia. Como ya se observaba en el primer volúmen, la mayor novedad de la obra de M. H. de Sybel se halla en el estudio, ó en el descubrimiento de nuevos datos, relativos á las negociaciones diplomáticas entre los Gobiernos del Este y del Norte de Europa respecto de la marcha de la Revolucion francesa. Hay tambien algunos retratos, notables por la ejecucion literaria, de personajes importantes de la política, de la administracion y de la guerra. Hé aquí el que el autor traza de la Czarina Catalina II:

"Ninguna criatura humana fué jamas mejor llevada por los azares del destino al puesto que le convenia, que Catalina cuando subió al trono de Rusia. La alta idea que tenía de sí misma, correspondia al poder que le habia sido dado; el vuelo de su genio abarcaba la vasta extension de su Imperio; el ardor de sus pasiones tenía necesidad de la relajacion de costumbres que reinaba en él. Todo su sér se componia de contrastes: era á la vez benévola é implacable, reflexiva y arrebatada, de una conducta disoluta y de un ardor infatigable para el trabajo; pero todos esos contrastes se resumian en una ambicion colosal y en un espíritu de dominacion que se extendia al mundo entero.

"La mayor parte de los hombres que se le acercaban se sentian irresistiblemente atraidos hácia ella por mil gracias exteriores. Era de mediana estatura; la edad abultaba algo su talle; su continente era decoroso y digno; su frente alta y limpia; su mirada tranquila y serena; la parte inferior de su rostro era la única que anunciaba, por lo grueso de las formas, la energía de sus pasiones. Se mostraba sumamente sóbria en la comida, y tenía una cordialidad encantadora en el trato de la vida íntima. Un rasgo de carácter, singular en una mujer que hizo matar á su marido y que oprimió á su hijo, era que no podia vivir sin tener en torno suyo, en las habitaciones de su palacio, una multitud de niños, por quienes se hacia llamar madre, y á los cuales vestía, instruia y colmaba de regalos. Desde el principio de su reinado se dedicó con afan á los negocios, y demostró en ellos una gran penetracion unida á una instruccion profunda. Pronto se vió que, con una minuciosidad femenina, tenía una profundidad de miras políticas enteramente varonil; que juzgaba á las personas y las cosas con perfecta exactitud; que siempre daba por sí misma el impulso á sus Ministros, y les sugeria todos sus planes: pero dos pasiones funestas, las más funestas que pueden albergarse en un corazon de mujer, manchaban su vida: la ambicion y la voluptuosidad. No repetiré la historia de los caprichos que la echaron en los brazos de sus muchos amantes, á los que daba riquezas inmensas y favores que no podian caer en manos más indignas y más vulgares; pasaré igualmente en silencio las relaciones adúlteras, de que nació el heredero del trono. Habria que admirar la energía de aquella rica naturaleza que, en medio de todos sus

excesos, conservó siempre su actividad intelectual, si en ella el remedio no hubiese sido peor que la enfermedad. No evitó que sus facultades se debilitasen si no por la fuerza de otra pasion, más ardiente y, en realidad, más noble: quiero hablar de su inmensa ambicion, de su sed insaciable de dominacion. Se apoderó de la herencia de Pedro el Grande con el deseo de acrecentarla más, y renovó, formando con ellos un vasto y duradero sistema, todos los proyectos que habian agitado en otro tiempo el espíritu guerrero y soberbio del conquistador. Al estudiar y examinar todos sus planes de conquista, lo mismo que al considerar sus desórdenes y sus prodigalidades, se siente uno trasportado de nuevo al Oriente: todo es gigantesco y poderoso, superior á toda comprension europea, pero inferior á todo sentimiento humano. Cuanto más sensata y benévola se mostraba Catalina en la intimidad, tanto más imperiosa y terrible era en el ejercicio de su autoridad. Entónces, ningun derecho la detenia, ninguna promesa le encadenaba, ningun medio le causaba repugnancia, por odioso que pudiera ser; y miéntras cambiaba con Voltaire cartas sobre la libertad y los derechos del hombre, se consideraba á sí misma como una especie de divinidad, y miraba la esclavitud de dos partes del globo como el único pedestal que convenia á su gloria. Pero así como fué acaso la única mujer del mundo que, á un mismo tiempo Emperatriz y cortesana, continuó ocupándose en los pormenores de la administracion de su casa como una buena madre de familia, se distinguió tambien de otros conquistadores en que, en medio de sus planes más ambiciosos, conservó siempre la calma de la reflexion y la completa serenidad del juicio. Aunque los caprichos de su imaginacion la lanzaban á las regiones de lo infinito, sabía en sus actos conservarse siempre en los límites de lo posible, y no emprendia nada que no fuese ejecutable. Tenía la fuerza de calmar y de contener sus pasiones violentas; y aquella mujer, que no tuvo igual en la ambicion ni en la sensualidad, no dejó nunca de dominar á los que la rodeaban y de dominarse á sí misma."

DICTIONNAIRE UNIVERSEL DES CONTEMPORAINS; *ouvrage redigé et tenu à jour, avec le concours d'ecrivains de tous les pays*, par G. Vapereau, ancien èlevè de l'école normale, ancien professeur de philosophie.—Quatrième édition, entièrement refondue et considérablement augmentée.—Un vol. en 8.° mayor.

Promete este Diccionario en su portada dar noticia de todas las personas notables de Francia y de los países extranjeros, con sus nombres, apellidos y seudónimos, el lugar y la fecha de su nacimiento, su familia, sus principios, su profesion, sus trabajos y sus empleos, sus grados y títulos, sus actos públicos, sus obras, sus escritos, etc., etc. Y en mucha parte cumple estas promesas, conteniendo en efecto un número muy grande de noticias.

De una edicion á otra, para corresponder á su título de *Diccionario de los Contemporáneos*, suprime las noticias de los que en el intermedio han fallecido, añadiendo las de los que durante el mismo espacio de tiempo han adquirido celebridad. En esta cuarta reimpresion, están ya totalmente omitidos los que murieron ántes de 1.º de Enero de 1860; y respecto de los que fallecieron desde esa fecha hasta 1865, sólo se indican los nombres y el dia de su nacimiento y de su muerte, remitiento al lector á las ediciones anteriores.

HISTOIRE GÉNÉRALE DE LA MUSIQUE, *depuis les temps les plus anciens jusqu'à nos jours*. par M. Fétis.—Ocho volum. en 8.°, de los que se han publicado ya los dos primeros, —Paris, 1870, chez Firmin Didot.

Después de una erudita introduccion, que contiene interesantes consideraciones sobre las diferentes aptitudes que para la música poseyeron ó poseen los pueblos antiguos y modernos de las diversas partes del mundo, el primer libro trata especialmente de la música vocal é instrumental en el Egipto antiguo. El segundo describe el estado y progresos de la música entre los Caldeos, Babilonios, Asirios y Fenicios, para lo que suministran preciosos datos los recientes descubrimientos realizados en Oriente, que tanta luz derraman sobre la vida y costumbres de aquellos pueblos; el tercero considera la música entre los Hebreos, y el cuarto y último de la primera parte, entre los Arabes y los Moros.

Agotada así la materia respecto de los pueblos de orígen semítico, el libro quinto y el sexto, que componen la segunda parte, tratan de la música entre los pueblos orientales de procedencia aryana, como los habitantes de la India, de la Indo-China, de Siam, de Persia, etc.

El tercer volúmen hablará de los Griegos, de los Etruscos y de los Romanos. El cuarto hará la historia de la música en Oriente y en Occidente desde el establecimiento del Cristianismo hasta fines del siglo XIV. El quinto referirá los progresos hechos, desde fines del siglo XIV hasta concluir el XVI por la ciencia de la armonía, y el desarrollo de la forma musical en los dos géneros religioso y profano. El sexto comenzará á dar noticia de la revolucion producida en el arte musical hácia principios del siglo XVII por la invencion del drama lírico, y la trasformacion de la tonalidad. El sétimo y la primera mitad del octavo, terminarán esa historia desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros dias. Y por último, la segunda parte del octavo contendrá la historia de la literatura musical, y la exposicion de todas las tentativas hechas hasta ahora para crear una crítica y una filosofía de este arte. Tales por lo ménos son los propósitos del autor.

HISTOIRE DE FRANCE, *depuis les temps les plus reculés jusqu'en* 1789; *racontée á mes petits enfants*, par M. Guizot.—Librairie Hachette et comp.

El ilustre historiador de la civilizacion europea, dice que escribió esta obra con el exclusivo objeto de enseñar á sus nietos la historia de Francia. Después ha resuelto darla á luz. Tardará, sin embargo, en ser conocida del público, porque los tres volúmenes de que constará se compondrán de 90 á 100 entregas, que se han de repartir á razon de entrega por semana, contando desde el 30 de Abril último. Más de 100 grabados servirán para representar escenas y personajes históricos, retratos, trajes y monumentos.

HISTOIRE DE LA CRÉATION; *exposé scientifique des phases de développement du globe terrestre et de ses habitans*, par M. H. Burmeister, Directeur du Musée de Buenos-Ayres; traduit de l'allemand par M. E. Maupas.—Paris, chez F. Savy, 1870.

Trata detenidamente de los problemas oscuros que se refieren á los estados de la tierra que fueron anteriores al tiempo en que ésta pudo servir para los organismos vivientes. Explica las diferentes teorías conocidas sobre el desarrollo de la vida. Sus editores creen que tiene esta obra, comparada con el *Cosmos*, de Humbold, dos ventajas: la de ser más accesible á las inteligencias vulgares, y la de estar adaptada ya á los más recientes descubrimientos de la paleontología, de la antropología y de la cosmogonía.

ÉTUDES SUR LA CONVENTION DE GENÉVE, *pour l'amélioration du sort des militaires blessés dans les armées en campagne*, par M. Gustave Moynier. — Paris, chez J. Cherbulier, 1870.

M. Moynier, Presidente de la Sociedad ginebrina de Utilidad pública, dió ya á la prensa, en 1867, una obrita titulada la *Guerre et la Charité*, que trataba teóricamente este asunto. Ahora publica la historia de la idea, reseñando los escritos de publicistas y los actos diplomáticos, que se han ocupado de ella, y refiriendo los trabajos de las Juntas celebradas en Ginebra desde 1864 á 1868. El autor encuentra en el tratado internacional de Aschaffenbourg, en 1743, la primera tentativa práctica hecha para mejorar la condicion de los militares heridos.

HISTOIRE GÉNÉRALE DE PARIS.—I. *Le bassin parisien aux âges antehistoriques*, par E. Belgrand, Inspecteur général des ponts et chaussées, Directeur des eaux et des égouts de la ville de Paris.—Paris, Imprimérie Imperiale, 1869.—Tres vols. en 4.°, con 91 estampas.

En una introduccion expone M. Belgrand sus teorías acerca de la geología y la paleontología. Después, su libro está dividido en cuatro partes. La primera, trata de los fenómenos físicos que han dado á la cuenca del Sena su forma actual. La segunda, de la Edad primitiva de Piedra, describiendo especialmente cuál debió ser el régimen de las aguas y cuál el estado de la tierra en aquella época, en que el hombre no pudo ser otra cosa que pastor. La tercera, de la formacion de los rios, la invasion de las turbas, la aparicion de los instrumentos de piedra pulimentada, las primeras huellas de la agricultura. La cuarta se ocupa en el exámen de los hechos paleontológicos.

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

EL COMERCIO DE AMÉRICA

Y LOS FILIBUSTEROS.

Los biógrafos de Luis Bonaparte, Rey de Holanda, en 1805, y padre del actual Emperador de los Franceses, le atribuyen una frase que mejor que ninguna otra pinta la imposibilidad de impedir la comunicacion y comercio de un pueblo con los demás, á poco que carezca de materias indispensables á su sustento ó á su industria.

El bloqueo continental, decretado por el vencedor de Jena en ódio á Inglaterra, era para Holanda más dañoso y más impracticable que para ninguna otra nacion, porque heria mortalmente á su numerosa marina mercante, y privaba al mismo tiempo á los Holandeses de los cereales y subsistencias que no producia su suelo, y que sólo el comercio podia proporcionarles. La configuracion de las costas de Holanda, cortadas por infinidad de golfos, bahías, desagües de caudalosos rios, lagos y pantanos hacía por otra parte imposible la vigilancia. Por esto se dice, que al recibir Luis Napoleon las quejas que, con su habitual tono imperioso, le daba su hermano por el escaso fervor con que en aquel reino se aplicaban los decretos de Berlin, exclamó:—¡Tanto valdria mandar á la piel que no transpire!

El bloqueo continental era un hecho nuevo, en cuanto á su extension y generalidad, en Europa; pero habia sido siglos ántes ensayado en otro continente, en la América española, desde que terminado el período de la conquista y pacificacion, España dominó tranquilamente en ella hasta principios de la época contemporánea. España, sin embargo, es más disculpable que Napoleon

el Victorioso, por haber creido que se podia impedir que la piel transpirase; porque tales eran las ideas de la época en que el descubrimiento de la América se verificó, miéntras que al comenzar el siglo XIX la Economía política y la Historia suministraban doctrinas y ejemplos demostrativos de la imposibilidad de dicha empresa.

Dos caractéres principales ofrece, en efecto, la política de España respecto de las vastísimas posesiones debidas á la ciencia y á la fe de Cristobal Colon, y al arrojo y talento de Hernan Cortés, Balboa, los Pizarros y sus continuadores. El primero consiste en la constancia, en la tenacidad, y aun podemos decir fortuna, con que hasta ya entrado el siglo presente, sostuvo nuestra pátria su derecho de soberanía sobre todas las regiones descubiertas por ella, con exclusion de cualquiera otra nacion extranjera, y de los súbditos de estas. El segundo consiste en la exclusion de las mismas regiones de todo comerciante y de todo comercio extranjero, por considerar reservado el del continente americano y sus numerosas islas á la metrópoli.

Ninguna de estas limitaciones era fácil de sostener; pero habia entre ambas la gran diferencia de que, para hacer guardar la primera, ó sea la exclusion de América de los extranjeros, España y los Españoles de uno y otro hemisferio estuvieron siempre de acuerdo, miéntras que respecto de la segunda, ó sea la exclusion del comercio extranjero, por más que las teorías económicas que hasta fines del siglo XVIII prevalecieron en Europa la fuesen favorables, venia á ser imposible por dos conceptos; por el acabamiento y nulidad de la produccion de España, y por el aumento constante y colosales proporciones del consumo de regiones que abarcaban sesenta y nueve grados de latitud, de las cuales sólo el reino de Méjico es cinco veces mayor que España, y pobladas por muchos millones de habitantes.

La historia de la dominacion de España en América ofrece una lucha contínua con esas dos imposibles exclusiones; lucha que si pudo sostenerse con esfuerzo y aun con fortuna en cuanto á la territorial, dejando en manos de los extranjeros solamente tal cual giron no muy considerable del manto, fué inútil y perjudicial en cuanto al monopolio del comercio, que no pudimos hacer cuando carecimos de fábricas, de industria y de naves, viniendo España á convertirse meramente en una factoría de los extranjeros.

No es el objeto de este estudio examinar lo materia compleja y difícil del sistema ó de las relaciones mercantiles de España con la América denominada española. Sobre estar hecho ese estudio de una manera suficiente por otros escritores (1), tendríamos que analizar las cuestiones de la moneda, de la balanza mercantil, del sistema colonial, de las causas de la decadencia de la poblacion, agricultura é industria de España, de los errores económicos que influyeron en ella; con otras várias materias que requeririan un grueso volúmen y prolijas disertaciones. Lo que aquí nos proponemos hacer es una narracion histórico-descriptiva, más externa que interna, de las formas y procedimientos del comercio de la metrópoli con sus posesiones en América, así como de los medios, poco morales, y aun bárbaros, de que se valieron las naciones de Europa para luchar con la política que las impedia á ellas y á su comercio el acceso de aquellos vastos países.

Tal vez de esta narracion, que juzgamos interesante á la vez que pintoresca, resulte probada la pasion con que escritores extranjeros acusan de crueles é inhumanos á los descubridores y conquistadores españoles, cuando la historia de las invasiones de los Normandos en la Edad Media, ni la de las piraterías de Barbarroja y los Argelinos en el Mediterráneo ofrecen rasgos de ferocidad y de codicia, comparables con los que señalaron la instalacion de las naciones á que aquellos escritores pertenecian en la América Central y Meridional; y de seguro se desprenderá de la misma, una leccion más de los peligros é inconvenientes de la reglamentacion excesiva y de la imposibilidad de mantener un monopolio por otros medios que no sean una produccion muy adelantada y suficiente para atender á todas las necesidades del país ó region cuyo comercio la metrópoli se reserva; en cuyo caso el monopolio no necesitaria del auxilio del Estado y se convertiria en un hecho natural.

Si el lector por sí saca estas deducciones, lo celebrarémos; mas por hoy escribimos *ad narrandum*, más bien que con el intento de probar cosa alguna, y sin otra pretension mas que la de ser exactos y, en lo posible, claros narradores.

(1) El Sr. D. J. Arias Miranda en su *Memoria* sobre el mismo asunto, premiada por la Academia de la Historia, y mi amigo y maestro, el Sr. Don Manuel Colmeiro, en el tomo II de su *Historia de la Economía política en España.*

I.

Cupo á España, al terminar el siglo XV, una de las mayores glorias de los pueblos modernos: la de llevar á cabo el suceso que un historiador, por cierto no muy benévolo para con esta nacion, denomina fundadamente «el mayor que ha presenciado el mundo despues del Diluvio (1).» Debe en efecto la tierra su figura esférica á nuestra pátria; que si ántes se sospechaba su redondez, sólo el descubrimiento del Nuevo Continente por Colon la demostró y puso fuera de controversia: débela infinitas consecuencias trascendentales de aquel gran suceso, y entre ellas los progresos de la navegacion y de la geografía y el desenvolvimiento del comercio.

Si éste no fué tan rápido al principio como hoy nos figuramos que pudo sér, no debe atribuirse solamente á error ó á negligencia de los Españoles.

En primer lugar, habia una gran diferencia entre los descubrimientos verificados por los Portugueses en la India Oriental y los de Colon, Cabral, Ojeda y Américo Vespucio. Aquellos no descubrieron propiamente países nuevos, sino un camino directo, más corto y mejor, de llegar á países conocidos, puesto que la civilizacion mahometana habia penetrado en casi todos ellos: los descubiertos por los Españoles eran completamente ignotos del antiguo Mundo, y su civilizacion era tan rudimentaria, que aún no habia llegado á la edad del Hierro. Los países adonde el arrojo de Vasco de Gama llevó á los Portugueses, estaban poblados por una raza industriosa, activa y acostumbrada al comercio y á las transacciones, siquiera no fuesen directas, con los pueblos de Europa. En América solamente Hernan Cortés y Pizarro hallaron dos Imperios que tenian cierto grado de cultura: en el resto del Continente, los Indios, ó eran caribes como los de las islas que llevan este nombre y los bravos y feroces pobladores de las márgenes del Orinoco, ó vi-

(1) M. H. Scherer, *Historia del Comercio de todos los pueblos*, traducida del aleman al frances por M M. H. Richelot y Ch. Vogel, tomo II, *Cuadro General* y Seccion segunda. Este autor, influido por el espíritu protestante, suele ser parcial contra España, é inexacto no pocas veces, aunque abunda en datos y reflexiones.

vian nómadas como las tribus del Plata y del Norte del Imperio mejicano; ó con tal sencillez de costumbres y tan gran sobriedad como los súbditos de Guanahari, en la Isla Española, que se alimentaban de raíces, y que se asustaban y dolian de ver que un Español, tipo de sobriedad en Europa, consumia diez veces más provisiones que un Indio.

Por vasto que fuera el continente recien descubierto, y por considerable que se suponga su poblacion, no era posible por aquellas razones que diese lugar en mucho tiempo á un comercio muy extenso; y así sucedió que los metales preciosos fueron al principio, juntamente con las necesidades de los armamentos hechos por los descubridores, la fuente única del que hubo entre él y la metrópoli: solamente cuando la poblacion europea aumentó por la inmigracion, y cuando del trabajo de las minas se pasó al cultivo de los campos, fué cuando los elementos de riqueza llevados allí por los Españoles, el azúcar, el café, la yerba del Paraguay, la cochinilla, juntamente con los que eran propios de aquel suelo, como el cacao, el algodon, el palo de tinte, la vainilla, el índigo, comenzaron á suministrar preciosa y abundante materia para las especulaciones mercantiles, y alimento inagotable á la navegacion. Compárese esto con la situacion y los elementos de los pueblos de la India Oriental, con quienes fueron á comerciar los Portugueses, y se comprenderá que no era fácil que en mucho tiempo España sacase de sus descubrimientos, con ser tan grandes, el partido que Portugal de los suyos, y que el comercio de América tenía que ser lento en su desarrollo.

No era posible tampoco que en los primeros pasos que se dieran en este camino dejaran de influir las ideas y los hechos que dominaban en Europa, y en particular uno que coincidia con la aparicion de Colon en la corte de Isabel la Católica. Al individualismo y al fraccionamiento de los Estados durante la Edad Media habia sucedido la formacion de poderosas nacionalidades, precisamente en la Europa occidental, llamada á mantener las relaciones más directas y frecuentes con el Nuevo Mundo. Cada nacion formó entónces un todo, una cosa completa, que creia bastarse á sí misma, que carecia del sentimiento de solidaridad que hoy aproxima á los pueblos, y que aspiraba á prevalecer sobre las demás y á dominarlas. El comercio en esta época debia ser considerado como un interes nacional; principio exacto, si se sobreentiende que la nacion no

es más que el conjunto de los ciudadanos; mas falso y pernicioso, si, como entónces sucedia, se juzgaba que la nacion era una entidad completa é independiente bajo el aspecto económico como bajo el político, y cifraba el patriotismo en no necesitar auxilio de las otras ni mantener comunicacion con ellas.

Aparte de esto, la prohibicion, la reglamentacion más minuciosa con objeto de abaratar el consumo y la exclusion de los extranjeros, empleando ora el arte, ora la fuerza para lograrla, eran ya en el siglo XVI cosas muy antiguas, y no fué preciso ciertamente inventarlas. La famosa Liga Anseática no se vió animada de otro espíritu; y en el mismo siglo XVI Venecia no permitia la circulacion de mercancías en sus aguas, sino en sus propios buques, y se atribuia un derecho exclusivo de soberanía sobre el mar Adriático, lo mismo que la república de Génova sobre el golfo de Liguria. La legislacion de la primera de estas repúblicas en materia de comercio, era durísima para con los extranjeros: prohibido estaba recibir á bordo de los buques del Estado á un comerciante que no fuese súbdito veneciano; los extranjeros satisfacian derechos de aduanas dobles que los nacionales; no podian hacer construir ni comprar buques en los puertos de la República, y buques, patrones, dueños y tripulacion todo debia ser veneciano. Cualquier asociacion mercantil entre nacionales y extranjeros estaba prohibida, y sólo en Venecia era permitido tratar con Alemanes, Bohemios y Húngaros. Los fabricantes se hallaban protegidos en sus industrias por medio de la prohibicion absoluta de los productos similares de la extranjera. Si algun trabajador aplicado intentaba llevar su arte á país extraño, se le ponia preso, ó á sus parientes, si huia, y aun hubo casos de despachar emisarios que le diesen muerte.

Exponemos estas consideraciones y datos, con objeto de que se comprenda que no era fácil que en una época en que acababa de descubrirse la imprenta y en la que las ideas caminaban aún con más lentitud que las caravelas de Colon, España adoptara en lo concerniente al régimen y al comercio de sus posesiones en América un sistema de completa libertad. Tenia que ser entónces, por confianza en sí misma y por espíritu patriótico, exclusiva en cuanto al ejercicio de su soberanía en los países comprendidos al O. del meridiano con que entre ella y Portugal habia dividido el mundo el Papa Alejandro VI, y así fué, que no solamente rechazó el establecimiento de las naciones extranjeras en la América Cen-

tral y Meridional, sino que excluyó á sus súbditos del comercio y de la residencia del mismo continente, sin más excepciones que los extranjeros habilitados para ello con licencia real, los que ejerciesen oficios mecánicos obteniendo permiso, y los encomenderos cuyas encomiendas se hubiesen dado por grandes servicios ó en casamiento, siendo confirmadas por el rey. Y por la misma causa tenia que ser restrictiva y exagerar la reglamentacion; materia la última en que se excedió, sin embargo, más que ningun otro pueblo de Europa y que ciertamente caracteriza su política mercantil.

Ni España fué creadora del sistema denominado *colonial*, ni en los primeros tiempos de su dominacion en América le aplicó, ni le conservó en su integridad posteriormente. Lo primero lo hemos visto demostrado por los ejemplos de la Liga Anseática y Venecia; en cuanto á lo segundo, basta observar, que aún cuando los viajes y armamentos de Colon y Ovando fueron costeados por el Estado, los descubrimientos y las conquistas posteriores fueron realizados por iniciativa y á costa de los particulares, ya con permiso real, ya con el de los gobernadores de la Isla Española y Cuba, ya sin él ó contra él, como sucedió á Hernan Cortés respecto de Diego Velazquez, y al mismo Pizarro respecto del Gobernador del Darien. Desde que, sofocadas las discordias y guerras de los Españoles del Perú, se estableció en este vasto reino, como pasó ántes en Méjico, un vireinato y se comenzó á dar organizacion al gobierno de la América española, tanto la navegacion como el comercio de estos países disfrutaron no escasa libertad. Y si el sistema colonial ha de ser definido, segun M. Scherer, «el monopolio en beneficio de la metrópoli de la produccion y consumo de sus posesiones de Ultramar», considerándose la corona como propietaria de todos los países descubiertos y por descubrir; puede afirmarse que España no le practicó nunca rigorosamente, porque á diferencia de otras naciones permitió á sus pueblos de América muchos y diversos géneros de fabricacion y no pocos cultivos que, como el de los cereales, la vid y el olivo habian llegado á ser la industria única de la metrópoli y su única produccion.

No pocas de las restricciones impuestas en los primeros tiempos al comercio y navegacion de América, se explican asímismo por circunstancias especiales de aquella época, que es preciso tener en cuenta para no formular juicios absolutos y precipitados. Por mucho tiempo después del gran viaje de Colon, la navegacion de al-

tura siguió siendo peligrosa. Es cierto que se conocian ya el astrolabio y la brújula, que sirvieron al ilustre genoves para llevar á cabo su primera arriesgadísima expedicion; pero ni la ciencia ni el arte náuticos, tales como en el dia los comprendemos, habian pasado de la cuna. Aquel gran descubrimiento, seguido á poco por el de la ruta á la India Oriental por el Cabo de Buena Esperanza, y completado en 1519 por el de Magallanes, fué el que procuró á la navegacion del Atlántico un fin, un objeto y un término que ántes no tenía, y por consiguiente la causa principal del progreso de la navegacion. Los buques que Colon llevó en sus expediciones no se emplearian hoy por armadores osados en el comercio de cabotaje de la Península; los que se emplearon posteriormente, sin exceptuar los que con Magallanes doblaron el cabo de Hornos y bajo el mando de Sebastian Elcano concluyeron descubriendo las Marianas y las Filipinas y dando por primera vez la vuelta al mundo, no llevaban mucha ventaja á los de Colon, y los que condujeron á Pizarro á las costas del Perú, el que descendió por el Napo y las Amazonas al Atlántico, bajo el mando de Orellana, los que desde las costas de Cuba trasportaron á las de Méjico á Grijalva y á Hernan Cortés, poco más que barcas grandes y mal pertrechadas eran. El arte de la construccion naval no comenzó á ser científico sino con los Holandeses, ya mediado el siglo XVI y no contribuyó poco á la supremacía marítima y mercantil de aquel pueblo. Hasta mediado el siglo XVIII eran pocos los buques que se aventuraban á doblar el cabo de Hornos para ir al Callao ó á Chile, y no era ciertamente el exceso de reglamentacion, ni lujo de restricciones, la causa de que el comercio de la metrópoli con las vastas regiones conquistadas por los Pizarros y Almagros, por Valdivia y por Benalcázar se hiciese todo por el istmo de Darien ó de Panamá, trasportándose las mercancías de una y otra parte á Cartagena de Indias y á Portobelo. Y se ha de advertir que desde 1492 hasta 1542, en que fué conquistado el Perú, y hasta algunos años más tarde que comenzaron á producir las minas del Potosí el metal precioso *que fortuna á tantos niega* (1), materia principal del comercio con aquel

(1) As calças soldadescas, recamadas
Do metal que fortuna á tantos niega.
(CAMOENS, *Os Lusiadas.*)

reino, ni este ni los demás reinos y provincias del continente americano tuvieron produccion, ni industria ni aun casi poblacion civilizada que requiriesen gran movimiento mercantil de parte de España. Sus necesidades fuéron pocas al principio, cuya causa, unida á las que hemos apuntado, explican muchos de los hechos y de los caractéres de aquel comercio en su primer período.

Tampoco fué España quien dió ejemplo de los monopolios concedidos á diversas compañías con perjuicio del comercio general con sus posesiones de América; este sistema, adoptado por Francia y Holanda desde principios del siglo XVI, no se introdujo en nuestra pátria hasta el siglo XVIII en que se formaron las compañías de Caracas, Guipuzcoana, de Filipinas, etc. Al principio, el comercio de la metrópoli con América, fué permitido á todos los súbditos españoles con igualdad de condiciones bajo la proteccion del Estado, quien tampoco se convirtió en comerciante por su cuenta y riesgo como lo hiciera el Portugal. Los errores vinieron luego, efecto de la insuficiencia de la observacion de los hechos económicos en aquella época, de la gran perturbacion que produjo en los precios de las cosas un aumento no previsto y muy considerable del consumo, juntamente con una prodigiosa abundancia de metales preciosos, en particular desde el descubrimiento de las minas de plata de Zacatecas, en 1532, y las de oro en el Potosí en 1545; y tanto como de estas causas, de la situacion á que redujo á España la política belicosa de la dinastía austriaca y del espíritu de exagerada reglamentacion que desde los Reyes Católicos iba dominando.

II.

Las primeras expediciones que salieron de España para los países recien descubiertos por Colon, fueron, como hemos indicado, armamentos militares ó políticos llevados á cabo por la Corona, de cuya cuenta y riesgo navegaban los buques y sus cargamentos; y el mismo sistema se siguió por algun tiempo, reservándose aquella el derecho de la comunicacion con América. La mayor parte de las que en este período se dispusieron, salian del rio de Sevilla, único puerto que por entónces se habilitó para dicha navegacion. Incomprensible parece esto hoy que cruzan los mares buques como el *Gran*

Oriental, cuyo inconveniente es hallar en el Océano pocos puertos capaces de recibirle cómodamente; pero cuando la mayor parte de las naves empleadas en la carrera de América apénas pasaban de cien toneladas, la eleccion de un puerto como aquel no tenia tantos inconvenientes. Sin embargo, como Sevilla no es puerto, propiamente dicho, como está situado tierra adentro, y eran muchos los gastos y las molestias que ocasionaba al comercio el haber de recorrer gran parte de nuestras costas para cargar allí los frutos de la misma provincia ó localidad de donde procedian, desde el principio se suscitaron grandes reclamaciones. Atendiendo á ellas, la Reina Doña Juana, en 1.° de Mayo de 1509, determinó que los navíos que en cualquier puerto se cargasen para ir á Indias, y no quisieran registrarse en Sevilla, pudieran hacerlo en Cádiz, ante el visitador nombrado á este objeto, y dependiente de los Jueces, Oficiales ó Tribunal de la Contratacion residente en la primera de estas ciudades. Y es de notar, que los perjuicios que estas restricciones ocasionaban al comercio, eran ya tan claros, que la ciudad de Santo Domingo representó, que una de las causas de no estar bien provista de los artículos más necesarios á precios cómodos, era el no poder pasar allá navío alguno sin registrarse en Sevilla; y para remedio de este mal pedia se diese licencia á los naturales de estos reinos para que de cualquier puerto de ellos pudiesen ir con sus naves al Nuevo Mundo. No tuvo éxito por entónces la peticion, pero debia ser fundada, porque más adelante, en 1529, vemos que D. Cárlos y Doña Juana: «considerando que descubiertas muchas islas y tierras en el Nuevo Mundo, era el mejor medio para que se poblasen el que en las provincias del Norte de España fuese libre el comercio con ellas, sin necesidad de sujetarse al registro y licencia en Sevilla,» habilitaron para él once puertos, que fueron los de la Coruña, Bayona de Galicia, Avilés, Laredo, Bilbao, San Sebastian, Cartagena, Málaga y Cádiz, además del de Sevilla, prévias algunas formalidades poco onerosas y necesarias para el buen órden y para el conocimiento del Gobierno, excepto la de estar obligados los Capitanes, bajo pena de muerte y perdimiento de bienes, á dar la vuelta en derechura á Sevilla; de cuyo requisito jamás, ni por ningun concepto, se quiso prescindir. El silencio que acerca de esta concesion guardan las disposiciones posteriores y la revocacion formal que de ella se hizo en 1573, demuestran que los puertos favorecidos no usaron de aquel per-

miso, ó que al ménos, no acertaron á establecer un comercio tan importante que pudiese servir para impedir el retroceso al monopolio del de Sevilla. ¿Cuál pudo ser la causa? Es indudable que la rigorosa condicion del retorno forzoso á Sevilla, disminuiria no poco el valor de la concesion, pero aún así valia mucho esta para ser abandonada. En nuestro concepto, la explicacion de aquel hecho consiste, por una parte en el escaso movimiento mercantil á que hasta mediado del siglo XVI daba lugar la América y en el temor de la concurrencia, y por otra parte en los escasos elementos con que contaba el comercio para expediciones tan largas, peligrosas y aventuradas, pues los mares americanos se hallaban ya infestados de corsarios.

Es sabido que los Monarcas españoles contribuyeron poco al descubrimiento y nada á la conquista del Nuevo Mundo, aunque una y otra cosa se hicieron á su nombre; pero no tardaron en interponer su autoridad soberana para regir á sus nuevos vasallos y las relaciones entre ellos y la metrópoli. Dos instituciones ó cuerpos principales le unieron con la última en lo tocante á la navegacion y al comercio: el Consejo de Indias, establecido en Madrid, el cual daba sér á todas las leyes, y la Casa de Contratacion establecida en Sevilla desde 1503, que entendia en todos los asuntos mercantiles. El último de estos tribunales, único de que tenemos precision de ocuparnos en este estudio, instalado al principio en el Alcázar Viejo de Sevilla cuando aún no se tenia idea de lo que eran las posesiones de América, porque ni se habia conquistado Méjico ni se habia descubierto el mar del Sur, tenía atribuciones mistas de Lonja ó Bolsa, de Consulado, de Tribunal civil y de Aduana. De los tres magistrados de que se componia, llamados Jueces Oficiales, uno residió en Cádiz desde 1530, asistido de un Teniente en representacion de sus dos compañeros que quedaban en Sevilla (1) y estos ejercian allí las atribuciones de la Casa de Contratacion respecto de la partida de las flotas y navíos; pero al regreso, todos, sin excepcion, debian presentarse en Sevilla donde se reunia el tribunal íntegro.

---

(1) Para la historia de la Legislacion del Comercio de España con América nos servimos de la obra titulada: *Memorias históricas sobre la Legislacion y Gobierno del Comercio de los Españoles con sus Colonias en las Indias Occidentales*, por D. Rafael Antunez y Acebedo.—Madrid, 1797, un volúmen en 4.°, libro metódico y completo.

Fácilmente se concibe los graves perjuicios que se originarian al comercio de hallarse sujeto á frecuentar un puerto situado tierra adentro de poco fondo, é incapaz para las dimensiones que los buques de la navegacion de América paulatinamente fueron tomando y para el número creciente de los que concurrian. Sólo viendo consignado el privilegio del puerto de Sevilla en repetidas leyes y defendido con severísimas penas puede creerse, no el que se estableciera tal monopolio, pues de esto la historia del comercio de Europa ofrecia ejemplos (1), sino el que se mantuviese cuando la América fué conocida y comenzó á ser poblada de Españoles. Esta persistencia en las medidas, al principio tomadas, esta *veneracion de las fechas* sin distinguir de tiempos ni mantener abiertos los ojos á los hechos, es lo que caracteriza la política mercantil de España hasta fines del siglo XVIII. Los Holandeses fueron tambien perseverantes, y á ello debieron, más bien que á otra cualquiera cualidad, su prosperidad comercial; pero no mantenian el absurdo sólo por hallarlo establecido, y prestaban atencion á las condiciones de los mercados que monopolizaban. Verdad es que la destruccion llevada á cabo por aquellos de los árboles de la especiería en todas las islas de la Sonda, excepto en las que juzgaron que bastaban á proveerles de dicho artículo, fué una medida bárbara á la par que errónea; pero no tanto como la de España de conservar por espacio de tres siglos para el comercio de inmensas regiones las leyes y disposiciones dictadas para el de unas cuantas islas pobladas de indios sin cultura.

Vamos á dar una ligera idea de la minuciosa reglamentacion á que el comercio de América se vió sometido.

Desde luego, no todos los súbditos que España contaba entónces en las diversas partes de Europa y en la Península misma eran admitidos á comerciar con los países del Nuevo Mundo. Respecto de los extranjeros, ya hemos dicho que desde que se descubrieron las Indias se estableció como principio inconcuso de derecho de gentes, el prohibir su paso á las provincias pacificadas y el que éstas tuvieren trato de ninguna especie con ellos. Esta disposicion no era únicamente motivada, como supone M. H. Scherer por la idea de un derecho supremo de propiedad de la metrópoli sobre los

(1) Entre otros muchos, el del puerto de Lóndres, que por largo espacio de tiempo tuvo el monopolio del comercio del té.

países descubiertos y por descubrir, considerando á las colonias como *fincas* de la Corona, ni tampoco solamente por celos de las demas potencias marítimas ni por la hostilidad en que frecuentemente vivió España respecto de la mayor parte de ellas: lo que impulsó á nuestra pátria á tan rigorosa exclusion fueron las ideas que en el siglo XVI dominaban, y principalmente la de los derechos y exigencias de la nacionalidad; y además de esto un celo religioso exagerado, porque á toda costa se quiso evitar primero que pasasen á Indias moros ó judíos, y después que se viesen allí herejes ó protestantes. En cuanto á que la Corona de España consideró á sus colonias como fincas sobre las cuales la correspondia un supremo derecho de propiedad, el aserto es falso á todas luces (1), porque el sistema de asimilacion seguido desde los primeros tiempos, la libertad industrial relativa que se disfrutó en América, muy superior á la que disfrutaba la metrópoli, las infinitas leyes protectoras de las personas de los indígenas y el denominarse siempre provincias de España las posesiones americanas, prueban que no fué la falta de elevacion de ideas ni de espíritu de justicia la causa de los errores en que incurrimos en aquella materia.

En España misma sólo fueron admitidos al comercio de América los naturales de la Corona de Castilla y los de Aragon, y poco después los Navarros. La primera declaracion acerca de la exclusion de los extranjeros se halla, dice Antunez, en uno de los capítulos de la Instruccion dada en 17 de Setiembre de 1501 al Comendador Fr. Nicolás de Ovando, cuando fué por gobernador de la provincia de Tierra Firme. Por él se le mandó, que ni en dicha provincia ni en las islas permitiera personas extranjeras, y que si alguna se hallare, la echase de allí. Disposicion que en lo sucesivo se repitió muchas veces. Y no sólo estuvo prohibido el pase de extranjeros á Indias, sino tambien «el trato y comercio activo y pasivo» de aquellos con estas; de tal modo, que miéntras Portugal se halló incorporado á España estuvo excluido como anteriormente. El cronista Antonio de Herrera, asegura, es cierto que en el año de 1526, se dió licencia general para que todos los súbditos de S. M. y del Imperio, así Genoveses como otros cualesquiera, pudiesen pasar á las Indias, y estar y contratar en ellas como los

(1) La opinion de Alejandro de Humboldt, opuesta á la de M. Scherer viene en nuestro apoyo.

naturales de Castilla y Leon, pero se ignora en quó fundó su aserto, contrario á los hechos y á las leyes de aquel tiempo.

Mas no bastaba ser Castellano ó Leonés para poder pasar á América; era necesario además obtener particular licencia para cada viaje; licencia que se daba, ó inmediatamente por el Rey ó por los Jueces oficiales de Sevilla, segun el objeto de aquel. Para obtenerla se debia hacer informacion auténtica de vida y costumbres en el tribunal de la Contratacion, bajo graves penas á los que se embarcasen sin ella. Si los mercaderes eran casados, necesitaban el permiso de su mujer, que no podia exceder del término de tres años, y habian de dar fianza por la cuarta parte de sus bienes, que no bajase de 1.000 escudos. Pero en ningun modo ni forma podian pasar á Indias, judíos, moros, herejes, reconciliados, ni los nuevamente convertidos, ni sus hijos y nietos. Tampoco podian pasar sin especial licencia los clérigos y frailes, y en particular los del Cármen calzado, restriccion de que se prescindia respecto de los Descalzos (1). Extendíase el requisito de la licencia especial á los esclavos negros y á las mujeres solteras; y, lo que prueba el espíritu exageradamente conservador de esta legislacion, tampoco podian pasar sin aquella á fines del siglo XVIII los descendientes de los Almagros y Pizarros, á cuyo fin era práctica incluir en las informaciones de los pasajeros la justificacion de no pertenecer á dichas familias. Los que sin licencia se embarcaban para Indias, que no fueron nunca en número escaso, se llamaban *polizones* ó *llovidos*: restricciones que si en su orígen tuvieron las más un objeto laudable, pasando el tiempo y subsistiendo cuando el último habia desaparecido, causaron notables perjuicios.

III.

Los buques empleados en la *carrera de Indias* debian ser naturales de España en dos conceptos; porque habian de pertenecer en propiedad ó dominio á súbditos españoles, y debian haber sido construidos en estos reinos. Verdad es, que luego que por las con-

(1) En esta materia, la política de España consistió en favorecer ó promover el pase á América de las Ordenes mendicantes, de las de propaganda y misiones, y contrariar ó impedir el de las demás Ordenes regulares.

tínuas guerras y poca seguridad de las costas de España, decayó mucho la fabricacion española de naves, y que por la paz que en el nuevo Continente se disfrutaba, se fomentó en los puntos más á propósito y más resguardados de América se mandó en 1638 que los buques construidos en la Habana, Campeche, Santo Domingo, Puerto Rico y Jamáica se estimasen como construidos en Castilla, gracia que diez años más tarde se extendió á todas las naves fabricadas en Indias. En igualdad de naturaleza, por lo que mira á construccion, eran siempre preferidas las naves vizcainas á las demás de España y América, cuando llegó el tiempo de limitar la cabida de las flotas por disminucion del consumo; con lo que está demostrada la superioridad de los habitantes de la costa cantábrica en aquella época sobre los del resto de España en materia de construccion naval. Mas conociendo pronto la decadencia de este arte, fué preciso tolerar desde fines del siglo XVI y principios del siglo XVII que navegasen á Indias bajeles de fábrica extranjera. Al comenzar el siglo XVIII, era tan grande y notoria aquella decadencia, que para enviar dos escuadras que escoltasen la flota de Nueva España y los galeones de Tierra Firme, en 1706, fué necesario valerse de la Francia.

Supuesta la naturaleza española del buque, tanto en su pertenencia como en su fábrica, era además preciso que obtuviese licencia para cada viaje que quisiera hacer á Indias, recurriendo con este objeto á los jueces oficiales de Sevilla, á los cuales estaba cometido todo lo concerniente al gobierno económico y judicial de esta contratacion: los jueces, ántes de concederla, visitaban y reconocian el buque; á cuyo fin, desde el principio del comercio de América se hallaba establecido en la Casa de Contratacion el oficio de Visitador. Las visitas que éste hacía á cada buque eran tres: en la primera examinaba el porte, edad, estado y lastre de la nave: el porte debia ser por lo ménos de 100 toneladas hasta 300, y después se amplió hasta 400. En cuanto á la edad, convienen los escritores de esta materia en que solian emplearse en la carrera de Indias los peores buques, retirados casi inservibles de la de Levante. El objeto de la segunda visita era examinar si el buque llevaba la gente, *artillería*, *municiones*, bastimentos y carga conforme á las Ordenanzas.

Estaba dispuesto que los visitadores no consintiesen pasar á Indias marinero que no fuese examinado por ellos ó no hubiese ser-

vido tres años de grumete, y que al mismo tiempo señalasen el número de gente de tripulacion que pudiese cada buque llevar, conforme á su porte. En la tercera y última visita se examinaba si se habian cumplido todas aquellas instrucciones, y algunas más que no enumeramos.

Habilitado para la navegacion un buque, restaba hacerse á la vela, solo ó acompañado, para el punto de su destino. En los primeros tiempos del comercio de Indias, cualquier buque aprestado conforme á las Ordenanzas tenía libertad para emprender su navegacion solo ó en conserva de otros buques de la misma carrera, y áun después que el temor de los corsarios de Marruecos y de los filibusteros de las Antillas obligó á los mercaderes á no salir sino en conserva de otros buques, quedó á su arbitrio ejecutarlo cuando les pareciese, siempre que se juntasen siete. No se sabe de cierto el año en que empezó el método de la navegacion en flotas; pero se le ve ya establecido en 1561, en el cual, á 16 de Julio, se expidió una Real cédula mandando que no saliese de Cádiz ni Sanlúcar nave alguna sino *en flota*, pena de perdimiento de ella y de cuanto llevase; y que en cada año saliesen dos flotas con naves para Tierra-Firme y Nueva España, la una por Enero y la otra por Agosto, con Capitan y Almirante; y que, llegando á la Dominica, se apartasen los buques que fuesen para Nueva-España, yendo el General con los de una provincia y el Almirante con los de la otra (1).

Desde entónces la reglamentacion de la navegacion de América no tuvo límites. Sucesivamente se fueron expidiendo las ordenanzas del gobierno militar y económico de las flotas, así como las instrucciones para sus jefes. Tomáronse en particular las más prolijas precauciones para que ningun pasajero ocultase el oro ó plata, y para rechazar á los piratas que infestaban los mares. La armada debia navegar «en órden de batalla,» cuidando el General de tocar alguna vez «falsa arma» para ver cómo acudian las naves y se ponian en defensa. Llegada á las Antillas, la flota que iba para Nueva-España tomaba su derrota para el puerto de San Juan de Ulúa ó Veracruz sin tocar en las islas de Barlovento, siguiendo por separado su viaje los navíos que fuesen á la Española, Puerto-Rico, Cuba y Honduras, lo mismo que los destinados á Ve-

(1) Antunez y Acebedo, *Memorias históricas*, etc.

nezuela y pesquería de las perlas. Al regreso á España, debia señalarse tiempo en que todos los buques que hubiesen de verificarlo se reunieran en la Habana. El Capitan general y Almirante de cada flota eran nombrados por el Rey.

Tan visible era ya en 1582 la decadencia del comercio de Indias, ó tan absurdo el espíritu de reglamentacion que prevalecia, que en cédula de 12 de Noviembre de dicho año «se limitaron las toneladas para cada flota conforme á la necesidad que hubiese de mercaderías,» y se mandó formar «un *concurso de oposicion* en cada flota» para admitir ó para excluir las naves que habian de ir en ella, fijándose en términos de justicia reglas al derecho de prelacion conforme «á la naturaleza, fábrica, porte, antigüedad, privilegios y servicios de las naves ó de sus dueños.» Ya hemos dicho que, en igualdad de circunstancias, las naves vizcainas tenian derecho preferente. De modo que, en este período del comercio de América, para que una nave *española* hiciese un viaje feliz á Indias y consiguiera algun lucro, se necesitaba: que no fuese catalana, ó napolitana, ó portuguesa, ó flamenca; que tuviese el porte y circunstancias requeridas por infinitas disposiciones; que obtuviesen licencia ella y cada uno de sus pasajeros; que sufriese tres visitas, y fuese aprobada en todas; que acudiese á tiempo á Sevilla á la ida, y á la Habana á la vuelta; que se librase en uno y otro viaje de los corsarios berberiscos ó marroquíes que la acechaban y perseguian desde Cádiz hasta las Azores, y de los filibusteros que la esperaban en el canal de Bahama, en el golfo de Méjico, y que la acometian dentro del mismo puerto; que fuese admitida prévio concurso; que satisficiera muchos y muy diversos derechos; y, en fin, que no hallara el mercado obstruido y pletórico por el contrabando extranjero. Una vez de vuelta en Sevilla, el Rey se reservaba la facultad, sinó el derecho, de apropiarse parte ó el todo de los beneficios bajo el nombre de *indulto*, ó con pretexto de las urgencias de la guerra, ó con otro cualquiera. Supuestas estas condiciones y circunstancias, no hay que admirar que el comercio de España con América fuera en decadencia hasta fines del siglo XVIII.

Cási anualmente hubo despacho de flotas para uno ú otro reino, muchas veces para ámbos, desde 1580 á 1680, exceptuando los cuatro años de 1590 á 1594, que se suspendió por la peste que afligió á España y que se llamó el *moquillo*; pero la abundancia y la facilidad del contrabando desde que Inglaterra, Holanda y

Francia sentaron el pié en la América española apoderándose de algunas islas, fueron causa de que las flotas y galeones tardaran años en dar salida á sus mercancías y de que se prolongara por mayor espacio de tiempo su partida de Cádiz.

Los artículos de produccion nacional, cuya exportacion á Indias estaba prohibida, eran pocos, contándose entre ellos en primer lugar las piezas de plata ú oro labradas ó por labrar, perlas y piedras preciosas, esclavos blancos ó negros sin especial permiso, *libros de romance ó historias fingidas* y armas ofensivas ó defensivas sin licencia expresa del Rey.

La más antigua y constante providencia en este comercio, fué sin duda la de sujetar á registro todo lo que se llevase y trajese de Indias; lo cual tenía por objeto, no sólo la claridad de los contratos de fletamiento entre el dueño de la nave y el de la mercancia, sino tambien la fácil exaccion de los derechos fiscales (1). Estaban sujetas á registro, además de las mercancías y frutos, las personas, para averiguar si tenian ó nó licencia del Rey. Con especial cuidado se registraban el oro y la plata y las cédulas de cambio; y para hacer más efectivas estas providencias, cada buque que salia de América traia dos registros; el suyo y el de otro buque que saliera ó hubiese salido del mismo puerto. El registro abarcaba asimismo la navegacion de unos puertos á otros en Indias, y el total de estas disposiciones se hallaba garantido con duras penas pecuniarias y personales.

En los fletes de las naves de esta carrera intervino, como en todo en aquel tiempo, la tasa, aunque no rigió al principio. Ni era éste el único obstáculo con que tenian que luchar los armadores: éstos y los comerciantes satisfacian así en Indias como en España muy pesados derechos y contribuciones. Uno de ellos era el denominado *de avería*, destinado á la dotacion ó *haber* de la armada de Indias. Tuvo principio con ésta, pagando las naves mercantes la escolta de las del Rey necesaria para librarlas de los corsarios berberiscos y filibusteros y de los enemigos con quienes España se hallaba en guerra. Los pasajeros embarcados en naves de guerra venian á pagar por *avería* veinte ducados cada uno, y lo mismo por sus criados ó dependientes, aunque fuesen esclavos. Esta contribucion no era de cuota fija respecto de las mercancías, sino que

(1) Antunez y Acebedo, en la obra citada.

se establecia por prorateo de la suma total á que ascendian los gastos de la armada en cada viaje: comunmente ascendió hasta 1587 á 4 ó 5 por 100: en 1596 fué ya de 14 por 100. Se dió en asiento ó arrendó várias veces.

El derecho de *almojarifazgo* ó de aduanas fué en el comercio de América posterior al de avería. Los Reyes Católicos entre las muchas disposiciones sábias ó liberales que, envueltas con alguna errónea, dictaron para los países descubiertos por Colon, dieron la de eximir al comercio de Indias de toda contribucion; mas no pudo durar mucho este sistema, y reinando Cárlos V, vemos ya en 1543 establecido el derecho de almojarifazgo; en cuyo año se mandó que todas las personas que trajesen de Indias mercancías ó mantenimientos, ó las llevasen de acá á allá pagasen de entrada por tierra, y cargo y descargo y venta de ellas, los derechos de almojarifazgo y alcabala y otros conforme á las leyes. Al principio fué moderada la cuota, pero no tardó en subir, alcanzando altos tipos, especialmente los vinos, que pagaron 10 por 100.

Conforme al sistema rentístico de aquel tiempo, si es que el nombre de sistema merece, las contribuciones ó impuestos sobre este ramo de la riqueza crecieron á medida que él decaia y fueron aplicados de cien modos diversos, á veces sobre una misma cosa ó concepto. En 1608 «para gastos de la universidad de navegantes,» sita en el barrio de Triana, en Sevilla, hallamos ya establecido el llamado derecho de *toneladas*, que en 1642 fué aplicado á la Hacienda, y que agregándosele otros vários, llegó á ser de los más gravosos para el comercio; no sólo por su excesiva cuota, sino tambien porque se exigia ántes de salir del puerto. Además de esto las naves de la carrera de Indias satisfacian el derecho de *almirantazgo*. Habian los Reyes Católicos concedido á Cristóbal Colon en las capitulaciones de 17 de Abril de 1492 el empleo de Almirante de todas las Islas y Tierra-Firme que descubriese en el Océano, para sí y sus herederos con las preeminencias inherentes al oficio, segun D. Alonso Enriquez, Almirante de Castilla y sus predecesores lo tenian en su distrito; y por otro capítulo se le otorgó que llevase para sí la décima parte, deducidas las costas de todas las mercancías de cualquier clase que se comprasen, trocasen, hallaren ó ganaren ó que se hubiesen dentro de dicho almirantazgo; concesion que hubiera hecho la casa del ilustre marino la más rica del mundo, pero que no se le guardó, ni podia en rea-

lidad guardarse; y en fin, en 1556, de acuerdo con el tercer Almirante de Indias, D. Luis Colon, nieto de D. Cristóbal, se declaró renunciado y extinguido el ejercicio y facultades del oficio de Almirantazgo, quedándole sólo el nombre de tal y asignándole en cambio 7.000 ducados de renta al año, que aún figuran como carga de justicia á favor del Duque de Veragua en el actual presupuesto del Estado. Esto no impidió que se siguieron cobrando los derechos establecidos bajo el nombre de *almirantazgo* sobre la carga y descarga de los buques y sobre el anclaje de todas las naves entradas en Sevilla.

IV.

Basta lo expuesto para que se comprenda uno de los peores efectos de la medida de limitar á un solo puerto el comercio de América y de obligar á los navieros y comerciantes á hacer los viajes periódicamente y en conserva.

Cuando se descubrió el continente americano, y hasta un siglo más tarde, España era una potencia marítima al par que industrial: por eso durante aquel espacio de tiempo, ó poco ménos, no tuvo necesidad de adoptar grandes precauciones contra el contrabando, ni de esforzarse en asegurar la navegacion. Además de la industria española, floreciente en el siglo XV y parte del XVI, tuvimos desde el reinado de Cárlos I los Paises Bajos, en los cuales el comercio español podia, no obstante sus ordenanzas, proveerse de géneros: Inglaterra no se hallaba tan adelantada como aquellas provincias en industria, y su marina era inferior á la de España: la república holandesa no existia aún, y los Turcos no se enseñoreaban todavía del Mediterráneo, ni los corsarios de Rabat y de Salé inundaban el Océano desde el Estrecho á las Azores. Pudo por consiguiente ser la inmensa costa de América defendida del contrabando y los mares conservarse limpios de escuadras enemigas y de piratas, con lo que el comercio, al par que de seguridad, gozó de alguna libertad. Pero cuando comenzó la decadencia de la industria española coincidiendo con el gran aumento del consumo de las Indias Occidentales, cuando aparecieron los primeros corsarios franceses é ingleses en las costas de la Española y en el canal de Bahama, y sobre todo, cuando en Inglaterra comenzaron á flo-

recer la industria y la navegacion, y las Provincias Unidas sacudieron el yugo de España, las costas é islas de la América española no pudieron ser bien guardadas, y la necesidad, al par que las ideas propias de la época, sugirieron el método de navegacion en conserva, que hallamos ya establecido en 1561 y las demas precauciones, cuyo conjunto vamos á describir.

Desde la fecha citada, ó sea en el último tercio del siglo XVI, la navegacion y el comercio entre España y sus posesiones de América, se dividió en regular ó periódica, y excepcional; y á su vez la primera quedó dividida en dos grandes secciones, de las cuales la una comprendia las Antillas y el vireynato de Nueva España, y la otra el vireynato del Perú y las capitanías generales de él dependientes.

La navegacion periódica consistió en *la flota*, destinada á Nueva España, y los *galeones* destinados á Cartagena y Portobelo; navegacion cuyos caractéres fueron hacerse en conserva, con escolta de buques de guerra y tener trazado un rumbo y estaciones de que no podia apartarse. En los intérvalos de estas expediciones periódicas, la comunicacion entre la metrópoli y las diversas regiones de las Indias Occidentales, se verificaba irregularmente por los buques *Avisos* ó correos, los buques ó naves de *Registro*, que salian para Buenos Aires, los llamados de permiso que podian armar los particulares con tales restricciones que hacian casi inútil la concesion y los que del objeto á que estaban destinados se llamaban los *Azogues*, los cuales conducian los productos del Almaden á Nueva España. Las Islas Filipinas no comunicaban directamente con la metrópoli, sino atravesando todo Méjico, y los buques que se empleaban en la comunicacion entre ambas provincias se llamaron *la Nao* de Acapulco, por el puerto de la última á que arribaban.

Flota. Se componía de buques mercantes armados en guerra y de buques de guerra de la escolta. Los primeros eran fletados por particulares en la forma y con las condiciones que hemos expresado. Al principio salia todos los años así como los galeones, pero las guerras marítimas que sostuvo España, el poder creciente de los corsarios y la extension del contrabando, fueron causa de que muchas veces pasaran dos ó más años sin que se reuniera. Varió la época de su salida de Cádiz. En el siglo XVIII era el 1.° de Junio. Su rumbo era á Puerto Rico, en cuya aguada no podia dete-

nerse más de seis dias; á la Habana, donde podia permanecer quince, y á Veracruz, donde debia estar otros quince, pena á los comandantes de perdimiento de empleo si excedian estos plazos.

Galeones. Se distinguia esta expedicion de la anterior en que toda ella, al ménos por algun tiempo, se compuso de buques de guerra. En el siglo XVIII, la época de su salida de Cádiz era el 1.° de Setiembre. No podian detenerse en el viaje de ida más que cincuenta dias en Cartagena de Indias, sesenta en Portobelo y á la vuelta treinta en Portobelo y quince en la Habana. Pero la Casa de Contratacion disponia y el contrabando mandaba: viaje redondo hubo, así de flota como de galeones, que duró años, á causa de la dificultad que hallaba el comercio para despachar sus géneros por encontrar pletórico el mercado.

En 1686 el economista Ossorio y Redin presentó á Cárlos II su libro titulado *Extension política y económica*, en el que afirma que el buque ó cabida de los *galeones* era anualmente de 15.000 toneladas, y el de la *Flota* de 12.500, en todo 27.500; de las cuales 26.000 iban cargadas de géneros extranjeros. Por donde se vé que si se hubieran guardado escrupulosamente las leyes y disposiciones que ordenaban que sólo navegasen á Indias mercancías nacionales, flota y galeones hubieran salido poco ménos que en lastre, ó hubieran tardado diez años en salir. Alguna exageracion se nos antoja que debe haber en los datos de Ossorio y Redin, referentes tal vez al tiempo en que los Ingleses no se habian posesionado de su gran centro de contrabandos, la Jamáica (1655), porque consta que al comenzar el siglo XVIII las toneladas de carga de flota y galeones eran de 5 á 6.000.

Durante el siglo XVII, de ordinario el número de naves de flota y galeones no pasó de 50; 27 para las últimos y 23 para la primera. Entre los galeones se distinguia el llamado *de la plata* por constituir este metal precioso su exclusivo cargamento; y por otro concepto el patache llamado de la *Margarita*, que se desprendia de la escuadra para servir el comercio en aquella isla, donde existia una pesquería de perlas.

Avisos. Desde el principio del comercio de Indias, hubo necesidad de despachar de Sevilla buques sueltos con órdenes y comunicaciones ó para trasportar á los gobernadores y autoridades, ó socorros prontos de todo género. Segun costumbre de aquel tiempo no tardó esto en convertirse en oficio de la Corona y enagenarse.

En 14 de Mayo de 1514 se expidió título al doctor Galindez de Carvajal, haciéndole donacion del oficio de Correo Mayor de las Indias, con privilegio para que la correspondencia con ellas no pudiera verificarse sino por medio de las embarcaciones que él despachara. Siguieron disfrutándolo sus herederos, y en el siglo XVII el Conde-Duque de Olivares se lo compró á D. Iñigo de Tarsis, Conde de Villamediana, en precio de 10.000 ducados de plata. De que esta adquisicion fué muy lucrativa para el Conde-Duque, se halla testimonio en la novela *Gil Blas de Santillana*, cuyo valor histórico es generalmente apreciado. Hablando Gil Blas con el mayordomo de aquel Ministro, D. Ramon, le oyó ponderar la gran utilidad que aquel sacaba de hacer cargar de los frutos y caldos de sus vastos estados los buques que enviaba á Indias; y en efecto, en aquel tiempo de monopolio y sabiendo perfectamente las fechas de la salida de flota y galeones, el contrabando que con sus *avisos* venia á hacer el Conde-Duque no podia ménos de proporcionarle beneficios enormes. Conforme á las ordenanzas, estos buques debian ser ligeros, de poco porte, de 50 á 60 toneladas, y luego de 100; y no podian llevar ni traer mercancías, frutos ni cosa alguna; si bien se les daban, como hemos visto, *permisos*, y pudieron en el siglo XVIII embarcar ropas y géneros.

Registros. No hubo comercio regular entre Buenos Aires y España hasta el siglo XVII. La capital entónces de aquella provincia, Trinidad, habia sido fundada en 1580. Y es curiosa y demostrativa de las ideas económicas que prevalecian en aquel tiempo, la razon que el comercio de Tierra Firme y el del Perú alegaban para que se restringiera el de Buenos Aires, al cual siempre fueron muy opuestos: decian: «que las provincias del rio de la Plata tenian todo lo necesario para la vida humana y podian pasarse sin la venta de sus efectos.» Sin el contrabando, lo hubieran pasado mal aquellas provincias, pero éste era mayor que en ningun otro punto en América por la dificultad de la vigilancia y la proximidad de las posesiones portuguesas, y no sólo abastecia á las primeras, sino que de ellas pasaba al Perú y Chile á traves de los Andes. El comercio legal consistia en los *registros* sin número fijo, que en su navegacion se gobernaban con independencia de los galeones.

Los *Azogues* eran dos grandes urcas que conducian este artículo á Veracruz con destino á las minas de Méjico, y á las cuales se las

permitia tambien carga de frutos, pero no de ropas ni manufacturas. Las islas Filipinas comenzaron á negociar con el continente asiático á fines del siglo XVI. Al principio los Españoles de Manila pasaban con entera libertad á Nueva España, Tierra Firme y el Perú los tejidos de Asía, hasta que en 1587 fué prohibida la introduccion en Indias de ropa ninguna de aquel orígen, aunque se permitió el comercio de frutos y materias laborables (1). En 1591 cesó el tráfico con el Perú y Tierra Firme, por quejas del comercio de Sevilla que creia perjudicado su monopolio, y Filipinas comerció solamente con Méjico por medio de dos navíos de hasta 300 toneladas que navegaban de Manila al puerto de Ácapulco todos los años: los que á fines del siglo XVII quedaron reducidos á uno de gran porte. A este navío era al que se daba el nombre de *Nao de Acapulco*.

Todo este comercio entre España y sus provincias de Ultramar daba lugar á tres grandes ferias, en Veracruz, Portobelo y Acapulco (2). A la primera, que se celebraba á la llegada de la flota, concurrian los comerciantes de Nueva-España y de las islas del golfo Mejicano. Solia durar cuarenta dias, y se atravesaban en ella sumas enormes, sobre 10 millones de pesos; aunque los retornos á España no importaban tanto como los del Perú, porque el comercio de Filipinas procuraba en alguna parte salida á los metales de Méjico. El cargamento que los galeones conducian á Cartagena y Portobelo se evaluaba en 10 á 15 millones de pesos, y el retorno en 20 á 30. A Portobelo concurrian los comerciantes del Perú, Chile y Tierra Firme; duraba la feria un mes, poco más ó ménos, y las ganancias de los comerciantes españoles solian ascender á 100 y aun á 500 por 100. La importacion en América consistia, principalmente, en caldos, ropas y tejidos ligeros de lana y seda, y la exportacion en metales preciosos, azúcar, cacao, cueros, grana, añil, vainilla, canela de Quito, zarzaparrilla, goma y otros productos de aquel suelo. Presidia á estas negociaciones una gran buena fe; aunque lo general era que tanto en Sevilla, á la ida, como en Portobelo, á la llegada, atravesasen la mayor parte

(1) Colmeiro, *Historia de la economía política en España*. Tomo II, *Sistema Colonial*.

(2) El Sr. D. Lúcas Alaman, en su *Historia de Méjico*, cita en vez de estas ferias las de Panamá y Jalapa; pero seguimos á los autores españoles que tuvieron á la vista la legislacion. Quizá el Sr. Alaman se refiriria á los primeros tiempos de este comercio.

de la carga uno ó varios comerciantes asociados, después de arreglar los precios de las cosas en el último mercado un jurado de Españoles y Americanos, que los fijaba, no segun su valor real, sino en proporcion de la abundancia ó escasez que de las mismas habia en las provincias á que iban destinadas.

Los inconvenientes de este sistema saltan á la vista, porque nada podia haber más opuesto á la libertad del comercio y de la navegacion. El aseguraba el monopolio de Sevilla ó Cádiz, y en estos puertos y en América, el de unos pocos comerciantes y armadores asistidos por el derecho de preferencia en las naves de mayor porte; él estimulaba el contrabando, advertido siempre con antelacion de la fecha de la partida de la flota y galeones, á quienes se anticipaba inundando de géneros el mercado; él excitaba á la reglamentacion, y lo que es peor, á la confiscacion de los caudales de particulares, como se vió, no pocas veces en el reinado de Cárlos I y algunas en los de sus sucesores, y á que só pretexto de *indulto*, coste de la armada en tiempos de guerra, y otros, se impusieran crecidas contribuciones extraordinarias, además de las ordinarias de *averías*, *toneladas*, *almojarifazgo* y demás que hemos enumerado; él, en fin, proporcionaba ocasion á Ingleses y Holandeses de apoderarse de aquellas escuadras comerciales, como lo hicieron los últimos con la flota de Nueva España á la altura de las Terceras, en 1627, y los primeros con los galeones dentro del puerto de Vigo, en 1702. Nada tiene de extraño que, auxiliado por las guerras exteriores que sostuvo la casa de Austria, y por los errores económicos, este sistema concluyera por matar el comercio español, convertido en simple factor ó comisionista de los productores extranjeros, hasta que éstos, sentando el pié en América pudieron hacer el contrabando directo, y convertir en los principales mercados de los productos de las Indias, á Londres y Amsterdam. Entónces la situacion de España, reducida á no poder enviar á América sino una expedicion cada dos ó tres años, y esa casi exclusivamente cargada de géneros extranjeros, venía á ser la misma que Gongora describe en uno de sus romances burlescos.

De los navíos de Indias
Poderosos y soberbios
Me cupo.... la dulce nueva
Cómo llegaron al puerto

JOAQUIN MALDONADO MACANÁZ.

ESTADO GENERAL DE INGLATERRA

EN EL SIGLO XVII.

CAPITULO III.

AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO.

Deteniéndonos un momento á considerar el aspecto y extension de la campiña de Inglaterra, en los tiempos á que nos referimos, conseguirémos dar al lector una idea anticipada del estado en que se hallaba la agricultura en aquel país.

El área del reino que hoy tiene 10.252.800 de acres tierra de labor, 15.379.200 de tierra de pastos, y 6.710.400 de baldíos, constaba en el siglo XVII de solos 6 millones, de tierra labrada, y 8 de pastos; pues las tierras restantes, que componian más de la mitad de todo el territorio, eran de bosque, baldío y coto.

Contábanse muchos y dilatados parques de dominio particular, poblados de frondosos árboles, como la encina, el olmo, el fresno, el álamo y el abedul. Existian además llanuras inmensas, que las lluvias y los desbordes de los rios convertian frecuentemente en mares de lodo.

Citarémos, por ejemplo, la llanura de Bedford, que abarcaba los Condados de Northampton, Huntingdom, Lincoln, Cambridge, Norfolk y Suffolk, y era toda ella un espantoso tremedal: la de Chester, que en la época lluviosa se trasformaba en una extensa laguna: la de Salisbury, que abrazaba medio Condado de Wilts, y era propiamente un monte bajo. De la misma manera, todo el terreno comprendido entre Londres y York, en una extension de

200 millas, era un lago pantanoso poblado de numerosas bandas de abutardas: las 40 millas que médian entre Abington y Glocester, estaban desnudas de todo cultivo, y entre las 80 que hay de Bigleswade á Lincoln, apénas se encontraba un cuadro cercado. El pernicioso olvido en que yacian las obras de utilidad pública, perjudicaban notablemente al labrador y al propietario, quienes á menudo se veian precisados á hacer cuantiosos gastos para librar sus mieses y ganados de las frecuentes inundaciones; inconvenientes que hubieran podido de una vez evitarse con practicar trabajos adecuados para desecar los terrenos. Así vemos, por ejemplo, que en el Condado de Derby se levantaban montañas artificiales, á fin de que los ganados pudieran pastar á pié enjuto en tiempo de las llenas del Dove. En Essex, los palacios de la nobleza se veian con frecuencia cercados por las aguas, sin que sus indolentes moradores encontraran más arbitrio que el de abandonarlos miéntras duraba el rigor de los elementos. Como resultado de este general abandono, la campiña de Inglaterra presentaba un aspecto primitivo, pero pintoresco. La caza mayor abundaba por todas partes. Los gamos corrian á manadas por los campos de Portsmouth; las grullas poblaban los marjales de Cambridge; el jabalí hormigueba en New-Forest, y la corza retozaba por los alrededores de la capital. Los castillos señoriales se alzaban en medio de aquella naturaleza bárbara, pátria natural del feudalismo; en el Chester se miraba señor de la desierta llanura un palacio de estilo Isabelino: en Northumberland asomaban, dominando la acopada altura de los árboles, las torrecillas góticas del castillo de Percy; ya se contemplaban en melancólica soledad las ruinas de la abadía de Coldingham, en Berwick; ya herian agradablemente la vista los lagos de Lancaster, los bosques de York, las colinas de Cumberland, las marinas del país de Gáles y los pintorescos valles de la frontera de Escocia.

De aquí podrá colegirse cuál sería el estado de la agricultura en Inglaterra, y cuáles sus mezquinos rendimientos, pues, en efecto, la cosecha de granos, único elemento de la riqueza agrícola, porque no se conocian los caldos, apénas subia á 80 millones de fanegas por todos conceptos, comprendiendo el trigo, cebada, heno, centeno, avena y otros. A esto contribuia el atraso en que se hallaba el arte del cultivo, por los malos utensilios que se empleaban en la labranza; así es que en la mayor parte del reino, por ejem-

plo, no se conocia otro arado que el de Kent, instrumento pesado é inútil, cuya lanza tenía 10 piés de longitud, y la cuchilla, que sólo calaba 5 pulgadas, tenía 4 de ancho; tan difícil de manejar, que á pesar de estar montado sobre ruedas, apénas podian moverlo cuatro caballos. El labrador, guiándose sólo por la rutina, se resistia á enprender las mejoras que ya se habian introducido de Flándes, Italia y España, tanto en el cultivo material de la tierra, cuanto en los plantíos, pues entónces empezaron allí á conocer el uso del trébol, del rábano y otras plantas, así como el nuevo arado de Rotheran y el sistema horticultor de Lombardía. Los colonos se contentaban con quemar las tierras ántes de dejarlas para pastos, y con seguir obstinadamente el antiguo sistema de sembrar por tercios.

La riqueza pecuaria era, si cabe, más insignificante que la agrícola. Los mejores caballos se dedicaban generalmente á la labranza y á los trasportes, y no valian en buen mercado más de 250 reales vellon. Para la remonta del ejército se valian de los caballos de España: para el servicio público estaban muy en uso las yeguas flamencas, y para el recreo de los particulares y gentes á la moda, se preferian los alazanes marroquíes, que con sólo este objeto se importaban de Tánger. El carnero de Leicester, hoy dia tan afamado, era entónces, no sólo muy inferior al merino español, sino al comun de Irlanda; pues que nos lo pintan pequeño de cuerpo, largo y angosto de cuello, alto de espaldas y bajo de lomo y rabadilla; defectos que, segun los inteligentes, son especiales del carnero de mala casta. Los productos de inmediato consumo eran cortos y de calidad ordinaria, pues ni se conocia el queso de Chester, ni la leche de Norfolk, ni la manteca de Devon, ni tenía valor alguno la vaca de Durham, que es hoy tan envidiada en los países agrícolas de Europa.

Si hubiéramos de detenernos en hacer un exámen detallado de la riqueza agrícola de Inglaterra á mediados del siglo XVII, fuerza nos sería molestar aún por mucho tiempo la atencion del lector sin notable beneficio suyo, pues con sólo la breve reseña que dejamos hecha de la extension de aquella campiña, basta para convencerse de su pobreza, y esto es lo que cumple á nuestro propósito. Bien es cierto que la prosperidad de aquel país no proviene, ni pudo nunca provenir, de los productos agrícolas de su suelo, y bien lo prueba la preponderancia que ya entónces tenian su marina, su

industria y su comercio, elementos constituyentes de su actual riqueza, que á pesar de haber estado sometidos al mismo fatal influjo que la agricultura, daban señales inequívocas de un brillante porvenir. Lo mismo pudiéramos decir, aunque en sentido inverso, de nuestra España; pues en estos últimos tiempos de decadencia la agricultura se ha mantenido próspera y floreciente, miéntras nuestra mezquina industria no ha podido salir del estancamiento en que se halla. La naturaleza ha señalado á cada nacion las fuentes de su prosperidad. Pero en la Inglaterra del siglo XVII, como en la España de estos últimos tiempos, el gusano roedor de la agricultura era el sistema político-administrativo; pues si nosotros hemos tenido mil gabelas, los Ingleses eran víctimas del más codicioso feudalismo.

En prueba de esto, partirémos del principio de que en Inglaterra no existia el verdadero derecho de propiedad territorial. Conquistado aquel reino en 1066 por Guillermo el Bastardo, Duque de Normandía, y hecho presa de la rapacidad de los guerreros normandos, fué dividido después de la batalla de Hastings en 60.215 feudos, adjudicados á los soldados y monjes á título de *tenure* ó servicio feudal; de modo que el Lord poseia á condicion de *fealty* (fidelidad), y el clero á condicion de rezo y oraciones. La posesion del primero se llamaba *franck-tenement* (tenencia franca ó libre), y la del segundo *franck-almoigne* (servicio divino franco). Además, la legislacion inglesa disponia que los bienes abintestatos, mostrencos, y áun aquellos que no tenian herederos forzosos, ingresasen por derecho de reversion en el patrimonio de la Corona. El colono poseia sólo á condicion de *villeinage*, esto es, «servidumbre,» pues debia á su señor asistencia personal cuando éste lo requeria, y este servicio denigrante se llamaba *soccage*. Tambien pagaba una especie de anata al entrar en posesion, que se llamaba *relief*, y á su muerte volvia la tierra al dominio del señor por derecho de *sheat*. Si durante su vida delinquia el colono, cometiendo traicion ú homicidio, el señor volvia del mismo modo á apoderarse de su posesion por derecho de *forfeiture* (confiscacion).

Estos privilegios, que tanto humillaban la libre condicion del hombre, no eran, sin embargo, los que más lastimaban al interes agrícola. Existian una infinidad de derechos é impuestos caracterizados con el mismo sello de servilismo, que aún subsisten en al-

gunas provincias, y de los cuales vamos á dar al lector una ligerísima idea.

El *toll* era una especie de impuesto de la clase de nuestros diezmos, conocido sólo en el Condado de Durham, y consistia en la obligacion á que se sometian los labradores de surtir al obispo diocesano de toda la madera de construccion que necesitase para la fábrica y reparo de los templos; sin que sea necesario advertir el abuso que pudo hacerse de este derecho, y lo gravoso que era para los pueblos. El *thirlage* era un derecho señorial que estaba en uso en el Condado de Berwick, por el cual se obligaba al colono á moler todo el grano de su cosecha en los molinos del señor. El *heriot* se conocia en Cumberland, y era un tributo parecido á la anata y á la alcabala, que se pagaba al entrar en posesion de una finca y al enajenarla. El *fine*, usado en la mayor parte de los condados, era una especie de derecho de hipotecas que ascendia al escandaloso tipo de 70 por 100. Tras estos venian otros privilegios que no se fundaban en razon alguna, ni habia para qué fundarlos, porque al esclavo sólo le toca obedecer y trabajar para su señor. Así, por ejemplo, en el Palatinado de Durham los pueblos tenian obligacion, cuando el Señor salia á cazar, de construirle, donde se les mandaba, una casa de campo de madera, con capilla, cocina, cuadras, habitaciones y mueblaje, surtiéndole además de criados, perros, caballos y vituallas; lo cual hace presumir que la diversion duraria muchos meses. En Berks tenian los colonos que abandonar una parte de sus tierras para pasto de los ganados de su señor, quien podia además cazar á su arbitrio y eleccion en las tierras del colono por el derecho de *free-warren*. De aquí resultaba que podian contarse más de 14 millones de tierras comunales que permanecian incultas todo el año, pues nádie queria sufrir los perjuicios que en ellas ocasionaban los cazadores y ganados trashumantes. Además, estas tierras eran, en ciertas épocas del año, para uso y aprovechamiento de determinadas personas.

La condicion del colono era, pues, tan desgraciada, como arbitraria era la fuerza y autoridad de que se revestia su señor. Este, como vasallo del rey, ejercia en su nombre la jurisdiccion civil y criminal en todos sus dominios. Abria su tribunal dos veces al año: por Primavera y por Otoño, citando á comparecencia á los colonos para que le prestaran juramento de fidelidad (*allegiance*). Estaba en las atribuciones del Lord el perseguir el incendio, el

robo, el sacrilegio, el homicidio y la traicion: el detener y prender al reo de felonía, y al que tratara de resistir á su autoridad, multando á los morosos que no le prestasen á tiempo el juramento de obediencia. Estaba además autorizado para imponer un tributo (*pollt-tax*) á sus colonos, apremiando á los que retardaban su pago; y esta facultad le habia sido concedida como medio de indemnizarse de los gastos en que hubo de incurrir, cuando recibió de la corona la propiedad feudal. Cuando el tribunal se abria para fallar en materia criminal, se denominaba (*court-leet*), y cuando su objeto era decidir en materia civil, ya fuese de oficio ó á instancia de parte, tomaba el nombre de *court-baron*.

La clase de colonos se dividia en dos categorías: á la primera, pertenecia el terrateniente-libre (*free-holder*), que era el que disfrutaba el dominio útil de una finca bajo censo enfitéutico ó reservativo; y en la segunda, entraba el terrateniente por feudo (*copy-holder*), que era propiamente un siervo, que debia á su señor toda clase de servicios personales.

El *free-holder* era, por consiguiente, el colono más considerado, y, hasta cierto punto, respetado del señor. Tenia reputacion de honradez y laboriosidad, así es que en los asuntos jurídicos se le llamaba *probus et legalis homo*: la nobleza le designaba con el apelativo de *yeoman*, y el pueblo le llamaba por irrision *beef-eater*, esto es, comedor de carne de buey, haciendo alusion á su porte abultado y rozagante, que contrastaba con la triste y desnuda apariencia del villano. Contábanse sobre 640.000 *free-holders* en todo el reino, número que suponia una poblacion de 2.559.786 almas, de las cuales 108.676 pertenecian á las religiones disidentes, 13.856 á la católica, y los 2 millones y pico restantes á la iglesia anglicana. Hacemos estas distinciones, porque no todos eran acomodados, influyendo mucho en la suerte de las familias la religion que cada cual profesaba; sin que sea preciso observar, que los disidentes y los católicos eran por lo comun, como ménos considerados, los más pobres. Para podernos formar una idea de la riqueza de esta clase, nos basta saber que solo 160.000 terratenientes-libres podian vivir con holgura, mediante una renta de 5 á 8.000 rs. vn. que les producian sus labores, incluyendo en esta cantidad los derechos feudales y contribuciones, que eran mayores ó menores, segun los condados. Pero aún los mejor librados vivian con grande economía, siendo muy significativa la cos-

tumbre, que les era propia, de matar las reses ántes del invierno por temor que se murieran de frio ó por falta de paja; con lo cual se aseguraban tambien las provisiones de boca, pues que salaban las carnes para que pudiesen servirles de alimento hasta la llegada de la Primavera. Estas carnes, así conservadas, se llamaban *Martin mess beef*, ó sea el San Martin de algunas provincias de España.

La condicion del villano debia ser de todo punto lamentable. La historia dice poco ó nada del número de *copy-holders* que se contaban en todo aquel reino, pero puede calcularse que sería algo menor que el de los hacendados. Acerca de su estado añadirémos, que como la legislacion inglesa estaba entónces muy léjos de pensar en la abolicion de la esclavitud, es muy posible que el negro cubano de nuestro siglo sea un tipo muy parecido al del villano inglés del siglo XVII.

Al dividir la poblacion rural de Inglaterra en las tres categorías que llevamos indicadas, hemos omitido expresamente el hacer mencion de los *country-gentlemen*, ó sea caballeros del campo, quienes, si bien no constituian propiamente una clase separada de las ya dichas, han merecido especial mencion de los historiadores contemporáneos. Nosotros hemos preferido tratar de ellos al hablar de los usos y costumbres en el capítulo IV de la presente obra, pues en este lugar el *country-gentleman* sólo debe considerarse como un terrateniente-libre, más acaudalado que los demás, que debia únicamente á su riqueza particular la consideracion de que gozaba, pudiendo satisfacer la avaricia del señor feudal y atender al mismo tiempo á sus propias comodidades. Sin embargo, no concluirémos esta rápida reseña sin declarar, que á estas familias poderosas son debidas las reformas que á fines del siglo XVII se adoptaron en Inglaterra, con notable beneficio de la agricultura. La nobleza llegó tambien á persuadirse, con el trascurso del tiempo, que los rendimientos de sus propiedades eran demasiado gravosos al colono, porque las tierras arables eran muy reducidas y muy numerosas las incultas. Los Russells fueron de los primeros en propagar el sistema agrícola flamenco, disecando y abonando por su cuenta más de 100.000 acres de tierra cenagosa en la llanura de Bedford. Más tarde, y á impulsos de esta saludable reaccion, el holandes Croppenburg, construyó por primera vez los diques de las playas de Lincoln, y el cultivador agradecido veia ya sus mieses á cubierto de las invasiones del mar. Poco á poco el

arado de Kent se fué remplazando con el de Rotheran: la vaca de Holanda, vino después á introducirse en el Condado de Durham: los establos á la flamenca se llegaron á preferir á los ingleses. Por fin, Mr. Bligh trasplantó el *clover,* planta muy parecida al trébol, y Weston introdujo el *turnip*, especie de rábano blanco y achatado, sustancias ámbas muy alimenticias para toda clase de ganados. Así fué paso á paso mejorándose la agricultura en aquel país hasta llegar al grado de perfeccion en que hoy la vemos, supliendo el arte y el trabajo lo que la naturaleza no puede darnos á todos en igual proporcion; porque la tierra, nuestra madre comun, no rehusa nunca amamantar á los que descubren su seno, al par que castiga á los ingratos que la olvidan y desdeñan.

Vamos ahora á examinar con la misma brevedad el estado de la industria y del comercio. Y en verdad que no pudiéramos remontarnos más allá si tratásemos de descubrir la cuna de la industria inglesa; pues en aquella época fué cuando empezó la lucha entre los intereses agrícolas y los industriales: lucha que han venido alimentando hasta nuestros dias los economistas, sin que aún sepamos si ha de ser finalmente resuelta á favor del libre cambio ó del sistema prohibitivo.

La poblacion de las ciudades era en un todo diferente de la del campo. Aquí prevalecia el interes agrícola con los usos patriarcales: allí dominaba el espíritu comercial y las costumbres del taller. Elementos distintos, habian de producir necesariamente intereses encontrados. Importaba entónces, como hoy, saber si la nacion debia ser agrícola ó manufacturera. Las fábricas de Gante, Brujas y Brusélas habian despertado el génio envidioso de los Ingleses; pero ¿cómo abatir el obstáculo del feudalismo?

En aquella época el fabricante era prohibicionista y el agricultor abogaba por el libre-cambio, que es lo contrario de lo que hoy sucede. El uno queria que se exportara la lana al continente, porque de este modo conseguia mejores precios y lograba dar mayor valor á la riqueza pecuaria; el industrial, por el contrario, se oponia á la extraccion, porque temia el mayor precio de aquella primera materia; y por otra parte sus tejidos no podian sufrir la competencia en el continente, viéndose reducido á fabricar para el consumo del país. Pero lo más extraño es, que ni el fabricante pensó al pronto en importar la lana del extranjero, ni el agricultor reflexionó en que podria llegar á importarse.

En este estado se hallaba la cuestion cuando la Irlanda empezó á extraer sus lanas para Inglaterra, sin impedimento alguno. Como consecuencia inmediata, abaratáronse los precios de aquel artículo; y el fabricante, comprando con más equidad y produciendo mejores manufacturas, pide ya sin temor la libre extraccion de lanas y tejidos. El agricultor, por su parte, apóstata de sus principios libre-cambistas, quiere ahora que se prohiba la entrada de las lanas irlandesas. Trábase una encarnizada lucha entre unos y otros. El poderoso Duque de Buckingham defiende el interes agrícola, y el no ménos considerado Duque de Ormond es el adalid de la industria naciente.

En medio de esta guerra de intereses materiales se abrieron las Cámaras de 1666, y como era de esperar, hubo sesiones borrascosas, discursos acalorados, desafíos y prisiones. Buckingham, cuya agudeza no fué nunca desmentida, dijo en el Parlamento: «que para ser libre-cambista era preciso tener un interes puramente irlandes, ó un entendimiento á la irlandesa.»—Lord Orrery le contestó arrojándole el guante. En fin, llegaron los ánimos á irritarse de tal modo, que viéronse á dos nobles contendientes reñir á puñadas en plena Asamblea, olvidándose hasta el extremo de arrancarse las pelucas. El resultado de estos disturbios fué que se prohibió la extraccion de la lana de Inglaterra, y la importacion de la de Irlanda; pero esta medida, si bien no protegia á la industria, tampoco la mataba; pues las lanas siguieron vendiéndose á precios módicos, y aun llegaron con el tiempo á abaratarse con la abundancia y estancamiento: de modo que el fabricante pudo comprar con equidad, mejorar sus tejidos, y presentar en los mercados del continente paños que competian con los de Francia y Paises Bajos. Desde entónces empezó la industria á sobreponerse á la agricultura, hasta llegar más tarde á vencerla y dominarla.

Así como el hombre industrioso que sólo debe á sus propias fuerzas la adquisicion de su fortuna, se complace en pensar en los primeros esfuerzos de su adolescencia, comparando satisfecho su pobre vida de antaño con la presente feliz y regalada: del mismo modo vemos hoy á la nacion inglesa, orgullosa como ninguna, darnos en cara con su prosperidad, debida únicamente á su infatigable industria y amor pátrio. Porque, ¿qué eran hace dos siglos los industriales de Inglaterra?

El fabricante de Manchester no pensaba en exportar sus tejidos á la India; los enviaba á Lóndres y allí se estancaban en las tiendas de la City, ó en las posadas de los pueblos de provincia El pañero de Leeds andaba con su tenducho portátil por las calles concurridas, como puede hoy hacerlo un vendedor de baratijas. El mecánico de Birmingham era un simple maestro herrero, y el minero de Cornwalles un capataz de trabajadores. El banquero de Lóndres, que tomaba contratas y transigia negocios con el Gobierno, era un artífice platero, que prestaba á la corona al 10 por 100 y tomaba del pueblo al 5.

Norwich era la ciudad manufacturera más rica del reino. Una colonia de 4.000 Flamencos y Wallones, habiase establecido en aquel punto y enseñado en él la fabricacion del bombasí. Seguíale en importancia industrial un barrio de Lóndres llamado Spithfields, donde los hugonotes franceses enseñaron el modo de fabricar sombreros, medias, cristalería y sedería. Manchester, Leeds, Shefield, Birmingham, Wakefield, Halifax y Bradford, debieron tambien gran parte de su primera actividad á los emigrados de Francia y España. Desde entónces empezaron á mejorar visiblemente las manufacturas de algodon, lana y seda, la cuchillería, y la fabricacion de hebillas, botones y espadas. Manchester importaba ya algodon de Smyrna por la cantidad de 80.000 arrobas, la cual no bastaria hoy para elaborar un pedido de 48 horas; y el valor de sus productos anuales no llegaba á 23.500 libras esterlinas, que es un 1.500 por 100 menor que el que hoy tienen. Leeds podria vender en un dia de feria valor de 1.000 libras esterlinas en paños: y para que se vea la proteccion que queria dar el Gobierno á los comerciantes, dirémos de paso, que en esta ciudad empezó por primera vez á usarse una especie de guillotina llamada *gibbet*, con el objeto de quitar la vida al que robase una pieza de paño, cuyo valor subiera de 13 peniques: tal es, segun la legislacion inglesa, el orígen de la ley penal conocida con el nombre de *gibbet-law*. En cuanto á Sheffield y Birmingham, ni siquiera se presumia que más tarde habian de exportar 500.000 fusiles y 10.000.000 de plumas de acero. Los mejores artículos que se fabricaban en aquellas ciudades eran las hebillas de hierro pulido, los botones adiamantados y los puños de espada.

Otro ramo de industria que ha adquirido después una inmensa importancia, empezaba entónces á desarrollarse; este era el de las

minas. Pero preciso es confesar que los conocimientos mineros de los Ingleses eran muy limitados; ni podia ser de otro modo, pues no se conocia una Escuela especial de Ingenieros, ni habia cuerpo alguno facultativo que dirigiera este importante ramo. La práctica y la rutina eran las normas de la ciencia. La ley en esta materia era semejante á la que hoy rige en España; el explotador pagaba derecho de superficie, y perdia su propiedad si descuidaba sus trabajos. En estos casos, el tribunal que decidia era un jurado compuesto de veinticuatro peritos, presididos por un capataz llamado el *Stewart*.

Las principales minas eran: las de estaño, que se explotaban en Cornwallis; las de hierro en York, y las de carbon de piedra, que aunque abundaban por todas partes, se trabajaban con especialidad en Newcastle. Pero de estas, sólo las de estaño y las de carbon producian utilidad, pues las de hierro sólo daban 200.000 quintales al año; cantidad mezquina que no satisfaria el consumo diario de dos hornos, y por esta razon se hacian crecidas importaciones de hierro de Francia.

A fines del siglo XVII, Cornwall y Devon extraian estaño para el continente en la siguiente forma progresiva:

En 1663	3.060	quintales.
» 1669	4.800	»
» 1698	25.940	»

El estaño valia 25 libras quintal, y los Holandeses eran los exclusivos consumidores.

El carbon de piedra, como hemos dicho, se encontraba con abundancia por todas partes, mas todavía no se habia acogido la idea de emplear este combustible en la fundicion de los metales. Se sabe, sin embargo, que un emigrado aleman fué el primero que en aquellos tiempos quiso desterrar el uso del carbon vegetal, pero sin duda los ensayos no correspondieron á sus esperanzas: pues aunque el mineral era más económico, debia operar con ménos pureza que aquel en el horno. Esto no obstante, la exportacion del carbon de piedra ascendia, á mediados del siglo XVII, á 5.500.000 quintales anuales. Newcastle era, como dejamos dicho, el condado que más carbon producia; de allí se conducia á Lóndres por mar, y al extraerse fuera del reino, adeudaba en las aduanas un sheling de derecho por cada 25 quintales.

Ultimamente, si nos fundamos en los productos anuales de aquellas minas, concluirémos diciendo que toda la riqueza minera del reino podia valuarse en 800.000 libras, que es la mitad de lo que producen las minas de cobre.

La prosperidad de las otras naciones ha sido siempre el poderoso estímulo que ha movido á los Ingleses á buscar su engrandecimiento. La Holanda era en aquella época la nacion comerciante por excelencia. El Inglés veia con dolor que la mayor parte de las naves que aportaban al Támesis eran holandesas: que el tráfico de España, Francia, Báltico y América estaba monopolizado por los buques de Holanda, y que los galeones del mismo país hacian exclusivamente el viaje á Indias de Cádiz y Sevilla. Envidiosa la Gran Bretaña, empezó por imitar á los Holandeses para luego vencerlos y aprovecharse de los restos de su poder. Con este objeto fundó una Bolsa y creó una Compañía de Indias. Siguiendo el ejemplo de Withe que habia publicado unas Memorias sobre la riqueza de Holanda, infinidad de economistas como Child, Munn, D'Avenant, Petty, King y otros, se dedicaron á escribir sobre el porvenir comercial de su país, que ellos llamaban la Aritmética-política de Inglaterra. Se llegó al punto de idear la formacion de un ministerio entendido é interesado en la pesca de la sardina, con el sólo objeto de entrar á competir en este ramo con los Holandeses que la tenian en monopolio; y tambien data de este tiempo la constitucion de una compañía comercial, que tenía, entre otros privilegios, el de obligar á todos los taberneros del reino á que consumieran anualmente un barril de sardinas. En fin, Coke dió á luz una obra en la cual recomendaba la adopcion de las leyes y costumbres holandesas, y entre ellas la de trasferir las deudas, y la de legar en favor de los hijos por iguales partes. Con esto se conseguia, no sólo dar mayor latitud al crédito, sino dividir los caudales: que cuando son excesivos y están en pocas manos, se amortizan, con el objeto de que produzcan rentas: pero pequeños y divididos, entran desde luego, segun aquel autor, á girar en el círculo del comercio, con notable beneficio de la riqueza pública.

Pero nada preocupaba tanto el ánimo de los Aritmético-políticos como la idea de poseer colonias. Se decia que la Holanda derivaba de ellas todo su poder, y que en esto habia imitado sabiamente el ejemplo de Pisa y Venecia, Tyro y Cartago. Prevaleció

pues el deseo de fundar colonias, y desde entónces, reyes, lords, comerciantes y plebeyos formaron asociaciones á porfía para poblar la América del Norte. Estas compañías despertaban la natural codicia de las gentes, publicando manifiestos, en los que se hacian las más halagüeñas ofertas á los que quisieran expatriarse, pintándoles las tierras de las Indias como manando oro por todas partes. Incitaban á las doncellas á que fueran en busca de maridos al Nuevo Mundo; y para esto se establecieron mercados en diferentes ciudades, donde se compraban mujeres solteras por cuenta de sus novios de Ultramar, á razon de 150 libras de tabaco cada una. Cuando á pesar de estos esfuerzos no se encontraban emigrados en bastante número para completar el lleno de los convoyes, se tomaban medidas arbitrarias, como el deportar las prostitutas, robar los niños y desterrar á Ultramar á los condenados políticos. De este modo se formaron como por encanto las posesiones de Virginia, Bahía, Nueva-York, Massachussets, Mississipí, Terra Nova, Nueva Inglaterra, Maryland, Jamáica y otras.

La *City* de Lóndres era el punto que más comerciaba con aquellas colonias, y aun puede decirse que allí estaban reconcentradas todas las fuerzas vitales del comercio del reino. Su tráfico subia á 70.000 toneladas, cuando el de toda Inglaterra no llegaba á 200.000; y su aduana daba de balance anual, libras 330.000, siendo así que la de Liverpool, puerto de segunda importancia después de Bristol, no redituaba libras 15.000. La riqueza de la *City* habia crecido mucho en los veinticinco años del reinado de Cárlos II; así es que en 1685 se contaban más capitalistas de libras 10.000 que de libras 1.000 se habian conocido anteriormente, y habia no pocos que poseian 40 y 50.000 libras de capital en giro. El interes del dinero corria en aquella plaza al 10 por 100, cuando en España estaba al 12 y en Turquía al 20; y se hacian tambien algunas operaciones al contado, que hasta entónces se habian transigido á 3, 6, 9 y 18 meses plazo. A pesar de esto, la City no tenía relaciones directas con los condados, efecto sin duda de la dificultad de las comunicaciones; de modo que no existia verdadero giro entre unos y otros puntos, y el Gobierno se veia precisado á conducir el efectivo de las contribuciones en carros custodiados por la fuerza armada. Pero tambien es cierto que la City podia girar sobre Francfort y Colonia hasta 1.000 libras mensuales, y 240.000 al año sobre Hamburgo. En aquel tiempo la Bolsa era

simplemente un local donde se reunian los comerciantes de buena fé para efectuar sus cambios, sin que entre ellos se conociese el juego ni el agiotaje desenfrenado que hoy forman la ocupacion de los bolsistas en todas las naciones. Pero lo que vino sobre todo á facilitar las transacciones mercantiles fué la adopcion del libre cambio de la moneda, sistema que propagaron los Florentinos por Europa, y tanto contribuyó desde entónces á estrechar las recíprocas relaciones de los pueblos.

Seguian á la City en importancia comercial Bristol y Liverpool. La primera de estas ciudades derivaba su mediana nombradía del tráfico de frutos coloniales, de la trata de esclavos, y lo que es peor, del robo de niños *(kid-napping)*, que, como ya digimos, se sustraian de la vigilancia paterna, con dolo ó con violencia, para que fueran á poblar las colonias de América. Y por cierto que es muy satisfactorio el progreso que en esto ha hecho la moral pública en Inglaterra, si hemos de traducir por verdadera filantropía el empeño con que después ha sostenido la abolicion de la esclavitud. En cuanto á Liverpool, no merecia mencionarse, pues á pesar de ser el tercer puerto comercial de aquel reino, su tráfico no excedía de 1.400 toneladas, que es lo que hoy carga un navío de la carrera de Indias.

La extraccion general de la Gran Bretaña estaba reducida á siete artículos principales, que eran: paños, granos, cecina, manteca y queso, velas de sebo, pescado y minerales: y todos ellos, á excepcion del pescado, pagaban un derecho de salida más ó ménos crecido. La importacion figuraba por el duplo de la extraccion, y consistia en moneda, alhajas, telas de oro, plata, seda, paños, tapicería, algodon, armas, provisiones, minerales, vino, pieles, mueblaje y géneros de Indias, etc. La mayor parte de estas entradas provenian de Francia, que era la nacion con quien más comerciaba la Inglaterra, pues le enviaba por valor de millon y medio de libras, en diversas manufacturas, sederías, sombreros, cristal, relojería, papel, hierro, sal, vinos y aguardientes, artículos de moda, y otros pequeños artefactos. El atraso en que se hallaban las fábricas inglesas resulta del mismo tráfico que hacian los Holandeses con aquella nacion, quienes le compraban sus paños para refinarlos en sus propios establecimientos, y revenderlos después á los primitivos expendedores. El ramo de vinos estaba casi exclusivamente absorbido por la España, pues que todo el consumo de este artículo

recaia sobre el moscatel, la malvasía, la tintilla de Rota, el Alicante, el Málaga, el Canarias y el Madera. Los vinos de Burdeos, Champagne y Oporto eran poco conocidos, prefiriéndose á estos los del Rhin, aunque tampoco competian con los españoles; lo que es notorio, por el derecho que adeudaban en aquellas aduanas: pues miéntras los vinos alemanes pagaban 12 peniques por medida, y los de Francia sólo ocho, á los Españoles se les exigia un sheling y seis peniques.

El estado del comercio de Inglaterra se reducia por tanto á los siguientes datos numéricos:

Extraccion general.....	£ 2.022,812
Importacion »	» 4.016,019
Diferencia.....	£ 1.993,207

El estado del tráfico particular con Francia era el siguiente:

Extraccion	£ 170.000
Importacion.....	» 1.500.000
Diferencia.....	£ 1.330.000

Véase por otra parte la enorme diferencia que se nota entre estos datos y los que nos ofrece el comercio inglés á principios de este siglo.

	Extraccion total.	Importacion.
Siglo XVII.....	£ 2.022,812	£ 4.016,019
Siglo XIX.....	35.264,650	31.786,262

Uno de los ramos de comercio á que más se dedicaban los Ingleses era el de trasportes, que, como dijimos más arriba, estaban casi monopolizados por los buques de Holanda. En efecto, los escritores de aquella época aseguran que en el mar Báltico vogaban 22 buques holandeses por cada embarcacion inglesa; y en la pesca de la ballena de Groenlandia, se contaban 400 de aquellos por cada una de éstas. Los Ingleses, sin embargo, no desistian de su propósito en destruir á sus rivales y desplegaban la mayor actividad, yendo y viniendo de Indias á Europa en busca de mercancías que trasportar; porque las naciones que como Francia, España y Ve-

necia teniamos relaciones mercantiles con las cuatro partes del globo, necesitábamos hacer uso de los buques extranjeros, por la escasez de los nacionales. Pero los más económicos eran sin duda los holandeses, razon por la cual los Venecianos y los del Archipiélago Jónico se servian de ellos exclusivamente, siendo muy raro el buque inglés mercante que surcaba las aguas del Adriático.

El tratado de América concluido entre la España y la Inglaterra, vino á descubrir una nueva era de prosperidad para esta última potencia, porque sus buques podian ya entrar en todos los puertos del Nuevo Mundo que no estuviesen fortificados. El Acta de navegacion que Robertson llama «la grande ordenanza del comercio nacional», contribuyó tambien muy poderosamente á fomentar el tráfico de la marina inglesa; y aunque algunos han querido negarle una parte de su importancia, es indudable que sin los reglamentos de aquel Acta, no hubieran conseguido los Ingleses arrebatar á la Holanda el comercio de los buques mercantes, y bien lo prueba el empeño con que los Holandeses trataron de inutilizarlos.

Los principios que hoy dia dominan sobre libertad marítima, no eran entónces comprendidos ni apreciados, á pesar de Grotius y otros publicistas que los explicaron y sostuvieron con loable tenacidad. Se creia comunmente que una compañía de ricos particulares trabajando á la sombra de odiosos privilegios y fueros mercantiles, podia acarrear más provecho y consideracion al país que la masa comun de comerciantes protegidos en igual proporcion; ¡como si el comercio fuera una renta estancada que pueda cederse á un contratista con beneficio del Estado! De esta creencia resultó la proteccion concedida á ciertas empresas, como fueron las compañías de Indias, Hudson, Maryland, Turquía y otras que prosperaron en aquella época escandalosamente, y de las cuales vamos á dar, por conclusion, algunas ligeras noticias.

La compañía de Indias fué creada en 1599, pero no alcanzó prosperidad notable hasta la época de la Restauracion. Entre las muchas y extraordinarias facultades que se le concedieron por Real cédula, tenia la de declarar la guerra y estipular tratados de paz, reclutar tropas de voluntarios y organizarse á su libre albedrío. Poseia en la India Oriental varios establecimientos y factorías por los cuales pagaba un censo módico al Rey de Inglaterra y un tributo nada crecido al Emperador del Mogol. Tan envanecida se ha-

llaba con su poderío, que en diferentes ocasiones mandó ejecutar capitalmente á los aventureros ingleses y extranjeros que recorrian aquellos mares. Tenía á su servicio de 25 á 30 navíos y de 2.000 á 3000 marineros, importando sus cargamentos anuales de 500 á 700.000 libras esterlinas. Las extracciones que hacia de la India consistian en nitro, pimienta, añil, algodon, drogas y aromas, dando en cambio, á los Indígenas, paños, mantas, cuchillería y baratijas.

La compañía de la *Bahía de Hudson*, no era ménos afortunada. Poseia en la India un territorio de 750.000 leguas cuadradas que eran en gran parte bosques espesos donde erraban tribus de Indios salvajes. El principal producto que de allí sacaba la empresa, consistia en pieles de marta y armiño; animales muy comunes en aquella region, que los Indígenas cazaban ingeniosamente, para cambiar sus despojos por otros artefactos europeos. Se ha calculado, que las ganancias de la compañía de Hudson, equivalian á un 600 por 100, y para esto mantenia á su servicio más de dos mil personas, sin contar la marinería de sus buques mercantes.

Las demás compañías comerciales se enriquecieron del mismo modo, si bien sus utilidades no eran tan considerables como las que acabamos de analizar. Algunos hubo, que no contando sin duda con la especial proteccion del Gobierno, sucumbieron, como la de *Moscovia*, por aparentar grandezas; pero al propio tiempo se levantaba la de *Turquía* á tal altura, que hasta enviaba embajadores cerca de los Príncipes en cuyos estados poseia establecimientos. Ellas llevaron á Inglaterra el algodon, el azúcar, el cacao, el tabaco, el palo santo, la caoba, las pieles y tantas otras producciones, conocidas hoy en toda Europa, pero que los Ingleses debieron á sus posesiones de Barbados, Virginia, Pensylvania, Carolina, Maryland y Jamáica. Ellas tambien hicieron comprender á los comerciantes del país, que nada comunica mayor actividad á los negocios que el espíritu de asociacion, y este juicioso principio, desarrollado sucesivamente, ha producido y produce hoy dia entre los Ingleses los más halagüeños resultados.

(Se continuará.)

ISIDORO GUTIERREZ DE CASTRO.

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS.

El estudio de los Evangelios apócrifos es un tema de los más atractivos é interesantes de la controversia religiosa contemporánea, para los que saben elevarse sobre las vulgaridades y bufonadas de los bravos racionalistas españoles que han salido á flor de agua con la Revolucion de Setiembre, y están algun tanto al corriente de los trabajos crítico-bíblicos de estos últimos años. Por desgracia de nuestra Nacion, el clero, á quien más especialmente pertenece el estudio de estas materias, está demasiado distraido á otras más apremiantes, tiene que acudir cada dia á los ataques del género *cursi* de oradores y gacetilleros, á la propaganda protestante, sólo posible, en España, merced al atraso general de nuestra ilustracion religiosa y científica, y hasta, vergüenza causa el decirlo, hasta se ve en la dura necesidad de pensar sériamente en su subsistencia material. Obligado á no recibir en su seno sino indivíduos del pueblo pobre, porque hace muchos años que el sacerdocio no es una carrera; pudiendo á duras penas cursar los estudíos de un seminario; sin medios de entregarse á estudios profundos, porque ni libros puede comprar; reducidos sus indivíduos á los recursos personales, sin las ventajas de la asociacion; incomunicado por necesidad con el movimiento científico extranjero, ¿qué extraño es que no vaya nuestra pátria al nivel de los pueblos de Europa, en publicaciones y trabajos religioso-científicos? ¿Qué extraño es qué, bien ilustrado por lo general nuestro clero en las ciencias eclesiásticas, tales como se estudiaban en los siglos pasados, esté un poco desorientado respecto al giro que llevan en la actualidad, si es que verdaderamente lo está? ¿Qué extraño es, sobre todo, que no emprenda trabajos literarios y científicos de

mucho aliento, cuando es raro el eclesiástico que puede sufragar los gastos editoriales de un tomo en octavo? Hay, pues, un conjunto de razones poderosas para que no se vea en nuestra nacion el movimiento científico-religioso siguiendo la direccion que lleva en Alemania, y puede llamarse dichoso el clérigo español que sigue un poco de léjos al de Francia, atrasado en un medio siglo respecto al aleman. Y por eso mismo no se ha hecho trabajo alguno, que sepamos, respecto al asunto de este escrito, cuando tantos se han hecho en el extranjero, donde los libros apócrifos del Antiguo y Nuevo Testamento se estudian con pasion, se buscan con empeño, se traducen y comentan con diligencia, se hacen de ellos colecciones costosísimas, como las ediciones de Thilo y de Tischendorf, los estudios publicados en las muchísimas Revistas religiosas de Alemania, las traducciones de Brunet y Migne. Y sin embargo, en España, jamás habiamos oido dar importancia á estos libros hasta que, encargados de enseñar á la corte la Biblioteca del Escorial, nos preguntó repetidas veces por ellos el Sr. Duque de Montpensier, excitando nuestra curiosidad y el deseo de conocer el asunto; del cual nació la conviccion del interes que tiene semejante literatura en los estudios religiosos, luego que se nos encargó la cátedra de Escritura Sagrada en aquel Seminario. Entónces registramos con este fin la Biblioteca, y solamente dimos con los antiguamente impresos, y con una Biblia manuscrita que contenia la *carta á los de Laodicea*. No fuimos más felices en Madrid, donde sólo tiene la Biblioteca Nacional el *Diccionario de los apócrifos* de Migne, y carece de las ediciones de Thilo, de Brunet, de Hahn, de la completa de Tischendorf, y de la multitud de libros apócrifos sueltos publicados, traducidos y estudiados por otros autores. Quisiéramos, pues, dar aquí una idea sucinta de los Evangelios apócrifos, cuya comparacion con los cuatro canónicos dice tanto en favor de éstos, como ya hemos apuntado en otra parte, y que tanto sirven para conocer el espíritu é idea de los primeros cristianos, el desarrollo de nuestros dogmas, el gérmen de multitud de tradiciones que se han conservado con más ó ménos fortuna, así como las ideas filosóficas y teosóficas de los primeros sectarios. Seguirémos para ello el trabajo que sobre el mismo asunto hizo M. Nicola (de Montauban), aunque dirigidos por un criterio tan distinto como puede serlo el de un racionalista declarado y un sacerdote católico. A tres clases reduce el autor citado los

Evangelios apócrifos: Evangelios judaizantes, anti-judáicos y ortodoxos. Los primeros, contienen las ideas de aquellas sectas que no pudieron desprenderse de las instituciones de la antigua ley, los segundos las de los enemigos de la misma, y los terceros los de la Iglesia, y aquellas tradiciones que, verdaderas ó falsas, no se oponian al dogma católico, y fueron recogidas sin más fin que fomentar la sencilla piedad de los fieles, porque no hay datos bastantes para creer que se hiciera con intencion apologética ó polémica. Estos son los únicos que restan aún.

I.

EVANGELIOS JUDAIZANTES.

El primero y más célebre entre los Evangelios judaizantes, es el llamado por los Santos Padres *Evangelio segun los Hebreos* ó *de los doce Apóstoles*, escrito en siro-caldáico con caractéres hebreos, como lo afirma San Jerónimo, que le copió en la biblioteca de Cesarea y lo tradujo al griego y al latin. En otra parte (1) hemos afirmado, que este Evangelio fué el texto original de San Mateo, más ó ménos interpolado con el tiempo por los cristianos judaizantes de la Siria y por los Ebionitas, y nada tenemos que cambiar en esta opinion. Es para nosotros cierto que San Mateo escribió su Evangelio en la lengua usada entónces en Palestina, y los testimonios de los PP. más antiguos é ilustrados en la materia y el texto siriaco encontrado recientemente por el capellan de la Reina de Inglaterra, Cureton, que se aparta notablemente del texto siriaco comun y se aproxima al griego de San Mateo, precisamente por su grande antigüedad, apénas dejan alguna probabilidad á la opinion contraria. Todo lo más que puede admitirse en el asunto es la opinion de Tiersch, es á saber, que el Evangelio original hebreo de San Mateo sufrió una especie de nueva edicion, corregida en la traduccion auténtica griega, que es la canónica, y una segunda que se llama *Evangelio de los Nazareos* y *Evangelio de los Hebreos*. Mas esto no difiere de lo que hemos afirmado en nuestro libro, que el original hebreo de San Mateo fué sufriendo algunas

(1) *Manuale isagogicum in Sacra Biblia.*—Lugo, 1868. Soto Freire.

adiciones y alteraciones, por las que recibió pasajes que expresaban ciertas tradiciones comunes entre los primeros fieles acerca de la vida y discursos de Jesus; y este Evangelio más modificado, segun iba pasando el tiempo, y únicamente en uso entre los Nazareos y Ebionistas, fué después el actual Evangelio siriaco, más distante del texto original y traduccion primitiva griega, que el texto de Cureton, por lo mismo que este es más antiguo, cuando todavía no habia sufrido el original sino pocas modificaciones.

Esta es la razon de que fuera alegado por algunos Santos Padres que le conocieron, sin poner en duda su valor histórico, á pesar de ser entre ellos una cosa corriente que sólo habia cuatro Evangelios auténticos y canónicos. Sin la menor duda le citan ó emplean sus palabras Ignacio, Clemente Alejandrino y Orígenes, quien hace grandes esfuerzos para interpretar un oscuro pasaje de éste Evangelio, en que se llama al Espíritu Santo *madre de Jesus*. En el siglo IV, refiere Eusebio que algunos colocaban este Evangelio en el número de los libros controvertidos ó antilegómenos, que estaban como flotantes entre los canónicos y apócrifos, porque en efecto, entónces no habia recibido alteraciones sustanciales, sin lo cual es imposible que San Jerónimo, que le leyó y tradujo, le hubiera tenido, como le tuvo, por el mismo original de San Mateo. Que se remonta al primer siglo, no ofrece duda, segun las citas alegadas; y aun San Epifánio asegura que le usaban los discípulos de Cerintho. Tenemos por cierto, que al dispersarse los primeros cristianos de la Palestina por la alta Siria y al otro lado del Jordan, se llevaron el Evangelio siro-caldáico de San Mateo; que allí se aislaron del resto de la cristiandad; que este aislamiento y el apego á las tradiciones hebreas, los fueron convirtiendo poco á poco en una secta cada vez más separada de la Iglesia, apropiándoseles el nombre de Nazareos, ántes comun á todos los cristianos; que después algunos tomaron el de Ebionitas, y progresando en su secta llegaron á quitar, del único Evangelio que conocian, los dos primeros capítulos, como contrarios á sus creencias.

De los pasajes de este Evangelio alegados por los escritores antiguos, hay dos, que parecen verdaderas interpolaciones, cuales son el citado por Orígenes (*mi madre es el Espíritu Santo*), y por Clemente Alejandrino (*el que admirare reinará*, y *el que reinare descansará*); aunque no hay razones evidentes para juzgarlo así, pues no estimamos tal la de que se salen estos pasajes del

tono general del primer Evangelio canónico, como pretende M. Nicolás. El tono general de un escrito biográfico no basta, sobre todo cuando la biografía es incompleta y se propone un óbjeto parcial, para declarar inauténtico tal ó cual pasaje que parezca distinguirse notablemente; y así, los que niegan la autenticidad de los discursos de Jesus, relatados por San Juan, por no convenir su tono al dominante en los Evangelios sinópticos, no han reparado, prescindiendo de otras más graves razones, en el texto de San Mateo, que cualquiera diria de San Juan: «Yo te alabo, Padre, porque escondiste estas cosas á los sábios y prudentes, y las manifestaste á los pequeñuelos. Porque así, Padre, te plugo. Todo se me ha entregado por mi Padre; y nádie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce nádie sino el Hijo, y aquel á quien quiera el Hijo manifestarlo.»

Ninguna dificultad encuentra M. Nicolas en que se hallaran en el texto siro-caldáico de San Mateo dos lugares alegados por San Jerónimo, en los que se daba por uno de los mayores crímenes *el contristar el espíritu del hermano*, y se mandaba *nunca estar contentos sino cuando viéramos á nuestro hermano en caridad.* El hombre de la mano atrofiada que Jesus curó (Matth. XXVII), era *albañil*, segun el Evangelio de los Nazareos; Barrabás es presentado como *sedicioso y homicida*, y dada la significacion etimológica de su nombre (*hijo del maestro de ellos*). No teniendo á mano las obras de San Jerónimo, ignoramos si en esto se refiere al texto de los Nazareos, ó habla por su propia cuenta, puesto que la interpretacion del nombre podia ser cosa suya, y la cualidad de sedicioso y homicida pudo tomarla del Evangelio de San Lúcas, y en todo caso, es probable que ámbas adiciones pasaran al texto de los Nazareos desde una nota marginal. Tambien se hallaba en este Evangelio la *historia de una mujer acusada ante el Señor, de muchos crímenes*, como dice Eusebio, y era probablemente la historia de la mujer adúltera que trae San Juan, cuya autenticidad rechazan muchos protestantes, por no encontrarse en los textos manuscritos más antiguos, ó encontrarse en distinto lugar, como flotante, segun expresion de Renan, y que nosotros hemos defendido en otro lugar con las plausibles razones alegadas por los escriturarios católicos.

Los pasajes citados por los antiguos escritores, que son comunes á los dos Evangelios, varian siempre en algo; y es muy natural,

porque de otro modo no habia razon para alegar el Evangelio de los Nazareos. Las variantes son algunas palabras ó la forma de la redaccion; y hay autores, como Richard Simon, y aun San Jerónimo al parecer, que dan la preferencia al texto de los Nazareos. Así en la oracion Dominical, donde dice la Vulgata *panem nostrum supersubstantialem, da nobis hodie*, el texto de los Nazareos empleaba una palabra que significa *mañana*, de modo, que daba este sentido: *danos hoy el pan de mañana*, ó el pan nuestro *de cada dia*, como traducen los españoles, y hasta las versiones francesas protestantes, y la de Lutero, calcadas ordinariamente sobre el texto griego. Así tambien, reprochando Jesus á los judíos el mal recibimiento que siempre hicieran á los Profetas, les dice, «que vendrá sobre ellos su sangre: *desde la del Profeta Abel, hasta la de Zacarías, hijo de Baraquias, al que asesinásteis entre el templo y el altar*;» miéntras que en el texto de los Hebreos se dice, segun San Jerónimo, *hijo de Joyada*, lo cual concuerda con el libro segundo de los Paralipómenos, donde se refiere este hecho, desapareciendo así graves dificultades exegéticas.

Cuando los pasajes difieren en la forma de la redaccion, tambien cede M. Nicolás la palma al Evangelio apócrifo; con cuánta razon, júzguenlo nuestros lectores.

San Matheo, XVIII, 21—22.

Entónces, Pedro, acercándose, le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y le perdonaré? Siete veces? Y Jesús le respondió: no digo siete veces, sino siete veces setenta.

Evangelio segun los Hebreos.

«Si tu hermano ha pecado *de palabr* contra tí *y te dá satisfaccion*, perdónale siete veces al dia.—Siete veces al dia! dijo Simon, su discípulo.—El Señor le respondió, diciendo: y aún te digo que setenta veces diez y siete.

Capítulo XIX, 16—24.

Y hé aquí llegándose uno: le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para obtener la vida eterna? Respondióle él: ¿porqué me dices bueno? Ninguno es bueno sino uno, Dios. Si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos. El le dijo: cuáles? Jesus respondió: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, honra á tu padre y á tu madre, y amarás á tu prójimo como á tí mismo. El jóven le dice: todo esto he guardado desde mi juventud, ¿qué

Ib., evangelio segun los Hebreos.

Otro hombre rico le dijo: Maestro, ¿qué debo hacer para vivir? El le dijo: hombre, cumple la Ley y los Profetas. Este respondió: yo los cumplo. El le dijo: anda, vende lo que tienes, dálo á los pobres, y ven, y sígueme. Entónces el rico se puso á golpear la cabeza, porque no le agradaba esto. Y el Señor le dijo: ¿cómo dices tú que cumples la Ley y los Profetas? Está escrito en la Ley: amarás á tu prójimo como á tí mismo, y hé ahí un gran número de hermanos tuyos, hi-

más me falta? Jesús le dijo: si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dálo á los pobres, y tendrás tu tesoro en el cielo, y luego ven, y sígueme. Y oyendo el mancebo estas palabras, se fué triste, porque tenía muchas posesiones. Entónces, Jesús dijo á sus discípulos: digoos de cierto que difícilmente entrará en el reino de los cielos. Digoos más, que es más fácil que éntre un camello por el ojo de una aguja, que no un rico en el reino de Dios.

jos de Abraham, que yacen en el polvo y mueren de hambre, miéntras que tu casa rebosa en bienes, y nada sale de allí para ellos. Y volviéndose, dijo á Simon, su discípulo, sentado junto á él: Simon, hijo de Juan, es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja, que á un rico entrar en el reino de los cielos.

En ninguno de estos pasajes vemos nosotros la ventaja de parte del Evangelio apócrifo; y aun vemos cierto aire declamatorio en la reprension que pone en boca de Jesus, y un indicio por tanto de retoques humanos.

Pero donde no puede haber duda de ser una interpolacion legendaria, es en la historieta sobre el juramento que hizo Santiago, segun el Evangelio de los Nazareos, de no comer ni beber desde la última cena, hasta que viera á Jesus resucitado; juramento completamente inverosímil, dado el estado de los ánimos de los discípulos, que nunca habian comprendido bien las profecías acerca de la resurreccion del Salvador. Sabida es la importancia que dieron á Santiago, primo de Jesus (*hermano*, segun el modo comun de hablar entre los Hebreos), los cristianos judaizantes. Y como es cierto que Jesus se le apareció particularmente, segun lo refiere San Pablo á los Corinthios (XV, 7), nada tiene de particular que los judaizantes adornaran el caso con circunstancias honrosas para el que es llamado en las Clementinas *príncipe de los Apóstoles* y *arzobispo*, como que los judaizantes quisieron ver en él, aunque sin razon, el apoyo y columna de sus apreciaciones particulares de la doctrina de Jesus.

Tambien tiene todo el aspecto de leyenda inventada para darse cuenta del bautismo de Jesus por San Juan, á pesar de su impecabilidad y santidad esencial, el pasaje aquel en que se refiere que fué invitado á recibir el bautismo por su madre y hermanos, á los cuales contestó: «¿qué pecado he cometido yo para ir á que me bau»tice, á ménos que al deciros esto, no esté en la ignorancia?» Así es que otro escrito apócrifo, la *Prædicatio Pauli*, refiere que «fué compelido cási contra su voluntad, por su madre, á recibir el bautismo de Juan.» Los Evangelios canónicos, sóbrios en este caso co-

mo siempre, refieren simplemente el bautismo de Jesús, añadiendo uno que, rehusando San Juan tanta honra, le dijo el Salvador: «déjate de eso, porque así conviene que cumplamos toda justicia.»

El Evangelio, segun los Hebreos, de que acabamos de hablar y que en nuestra opinion fué originariamente el mismo texto siro-caldáico de San Mateo, es la base de los otros evangelics judaizantes, que no fueron sino copias ó traducciones más ó ménos retocadas é inexactas del texto primordial. Así el *Evangelio de los doce Apóstoles* es el mismo de los Nazareos ó segun los Hebreos, como expresamente lo dice San Jerónimo. Es probable la opinion de Hilgenfeld de que los Nazareos le llamaran Evangelio de los doce Apóstoles, y los ortodoxos Evangelio de los Hebreos.

El diligente historiador Eusebio refiere que Pantano trajo de la India (probablemente la Etiopía) el Evangelio de San Mateo, llevado allá por San Bartolomé, y escrito como lo fué primitivamente en caractéres hebreos. No vemos, pues, en él otro evangelio distinto, ni siquiera el motivo por qué M. Nicolás le llama *Evangelio de San Bartolomé*, particularmente creyendo, como cree, en el texto siro-caldáico del primer Evangelio canónico. El *Evangelio de San Bernabé* parece no haber sido más que una version griega del anterior, más ó ménos adulterado ya por la leyenda.

El *Evangelio de Cerinto* y de los Carpocratianos fué igualmente el de los Nazareos, más ó ménos retocado; pues San Epifánio dice que usaban el Evangelio de San Mateo, pero mutilado en parte.

El *Evangelio de Pedro* parece haber sido el mismo, pero retocado en sentido doceta. La sencilla manera de expresarse del Evangelio de San Mateo, llamando, conforme al uso hebreo, *hermanos* á los primos del Salvador, hizo posteriormente buscar un medio de conciliar el dogma de la virginidad perpétua de María con la existencia de *hermanos* de Jesus, para lo cual admitieron muchos, no sabemos si con fundamento tradicional ó sin él, un primer matrimonio de San José; y como éste era tenido vulgarmente por padre de Jesus, sin que evitaran siempre este modo comun de hablar los mismos Evangelios canónicos que expresamente niegan que fuera verdaderamente su padre, como lo hacen San Mateo y San Lúcas, creyeron salir del paso, entendiendo que los llamados hermanos del Salvador, eran hijos del primer matrimonio de San José. De esta opinion fueron algunos padres y sectarios, aunque de la confrontacion de los Evangelios y Actas de los Apóstoles se deduce cierta-

mente que se trata aquí de *primos*, como lo hemos demostrado en otro lugar. No habia, pues, razon para tantos esfuerzos por conciliar la narracion evangélica con ella misma, pues que afirma claramente la milagrosa concepcion y nacimiento de Jesus, y con el dogma perpétuo de la virginidad de María. Pero los docetas quisieron poner más en seguro este dogma, y para ello admitieron probablemente el matrimonio primero de San José, pues de la concepcion y nacimiento milagroso de Jesus sacaban ellos que no poseyó un cuerpo verdadero, ó al ménos que le poseyó muy distinto del de los demás hombres. Milagro por milagro, los docetas admitian este último, como los racionalistas modernos, con M. Nicolas, desechan uno y otro, y salen del paso apelando á una narracion míthica ó legendaria. Nosotros que admitimos un Dios verdadero y vivo y un órden sobrenatural, sólo rechazamos como imposible lo contradictorio; y todavía no conocemos una física, ó química, ó filosofía que *demuestren* ser contradictorio todo lo que supera los alcances de nuestra razon natural, y las fuerzas y leyes comunes de la naturaleza.

No debe ser dudoso para nádie que el *Evangelio de los Ebionitas* era el mismo de los Nazareos en un estado más avanzado de manipulaciones y retoques, pues habian llegado á suprimir íntegros los dos primeros capítulos, como demasiado contrarios á su cristología especial. Los testimonios de Ireneo, coetáneo, y los de Epifánio, Eusebio y Jerónimo, no dejan lugar á dudas sobre este punto. Dados los hábitos de los primeros sectarios, que combatiendo con franqueza el dogma de la Iglesia, no tenian inconveniente en adulterar ó mutilar los libros simbólicos, ó escribir otros nuevos, oponiéndolos á veces á los escritos apostólicos, como procedentes de hombres que, en su opinion, no habian comprendido á fondo las enseñanzas de Jesus, cosa completamente demostrada respecto á las sectas gnósticas; nádie se extrañará de que los Ebionitas suprimieran la historia de la Encarnacion, de la venida de los Magos, de la fuga á Egipto y vuelta á Galilea, y principalmente la genealogía. Porque después de haber tenido á Jesus en un principio como un profeta ó verdadero Mesías, pero hijo natural de José y de María, habian modificado sus ideas de un modo incompatible con la historia relatada en los dos primeros capítulos del primer Evangelio canónico, y por consiguiente del texto siro-caldáico que ellos usaran. Unos veian en Jesus al mismo Adan, tal cual habia sali-

do de manos de Dios; otros un espíritu celeste superior á los Angeles, anterior á toda criatura, que después de haberse aparecido diversas veces á los Patriarcas y otros personajes del antiguo Testamento, habia vuelto á la tierra en calidad de Mesías; otros, en fin, sostenian que este espíritu celeste, que era propiamente el Cristo ó Mesías, no se habia unido al hombre, ó Jesus, sino en el momento del bautismo. Como esto contradecia á los dos primeros capítulos, los suprimieron, é introdujeron alguna otra alteracion, como las siguientes. En la narracion del bautismo de Jesus alteraron un poco el órden de los hechos referidos por San Mateo, y añadieron á las palabras que se oyeron de lo alto: «Yo te he engen»drado hoy,» con lo cual daban una base á la tercera de las opiniones referidas. Otra notable alteracion del texto introdujeron en el sermon del Monte, cuando en vez de decir Jesus: «no creais que »he venido á abolir la Ley y los Profetas; no vine á abolirlos, sino »á cumplirlos,» le hacen decir: «He venido á abolir los sacrificios; »sino dejais de sacrificar, no cesará la cólera de Dios de pesar so»bre vosotros.» A primera vista parecerá extraña esta alteracion hecha por una secta judaizante; pero hay que pensar que estos Ebionitas procedian de antiguos Esenios, medio convertidos al cristianismo; así es que, como ellos, amaban la pobreza (*ebionim* vale tanto como pobres), como ellos repugnaban todo alimento de carnes, y usaban de baños diariamente como práctica religiosa. Esto mismo explica otros retoques dados al texto evangélico. Cuando los discípulos preguntan á Jesus dónde han de disponer la cena Pascual, el Evangelio de los Ebionitas ingeria unas palabas tomadas del de San Lúcas, pero dándoles un sentido contrario. En lugar de decir: *grandemente he deseado comer con vosotros esta pascua*, le hacia decir: *¿por ventura he deseado yo comer la carne del cordero pascual con vosotros?* Del mismo modo daba por alimento á San Juan en el desierto *miel silvestre*, y no *langosta y miel silvestre*, como refiere San Mateo. Nos afirmamos por tanto más y más en el orígen que en otro punto hemos admitido para los Ebionitas, derivándolos de los Nazareos: añadiendo ahora que estos procedieron principalmente de los Esenios, y más que nada de los Esenios de Samaria, y que allí y en la Siria se fueron separando más y más de los cristianos, constituyendo la secta ebionita, por desarrollo de sus ideas teosóficas, y que el pretendido Ebion, que vulgarmente se supone su jefe, no existió jamás. El *Evangelio de*

los Elcesaitas, bajado, segun ellos, del cielo, y que perdonaba los pecados al que creyera en él, no fué probablemente otro que el de los Nazareos, ó quizá este mismo retocado para el uso particular de los perfectos ó *pneumáticos*, es decir, de los iniciados en las doctrinas de esta secta judaizante y gnóstica.

Lo mismo hay que decir del *Evangelio segun los Egipcios*, aunque probablemente habia sufrido más alteraciones. Es citado por Clemente Alejandrino, y existia por tanto ántes de la mitad del siglo II, aunque no quisiéramos tener por auténtica la segunda carta de Clemente romano, ni ver en ella una verdadera cita de este Evangelio. Clemente Alejandrino cita estos tres pasajes. En el primero pregunta Salomé á Jesus cuándo llegará su reino, y contesta Él: «cuando conculqueis la vestidura del pudor, cuando dos »sean uno, lo exterior sea interior, y el varon unido á la mujer no »sean varon ni mujer.» En otra ocasion le pregunta hasta cuándo morirán los hombres; y contesta Jesus: «cuando vosotras las »mujeres dejeis de parir.» Entónces dijo ella: «luego bien hice yo, »que nunca he parido.» El Señor replicó: «alimentaos con toda »yerba, pero no con aquella que es amarga.» Finalmente en el tercer pasaje se hace decir á Jesus: «Yo he venido á destruir las obras »de la mujer, de la mujer, es decir, de la concupiscencia, cuyas »obras son la generacion y la muerte.»

Este Evangelio fué muy conocido en los primeros siglos por los sectarios; de él usaban los docetas y los Encratitas, y, segun San Epifánio, servia mucho á los Sabelianos, como otros escritos apócrifos. Quizá se llamó evangelio, segun los Egipcios, por haber servido á las sectas gnósticas de Alejandría, y esto mismo acaso le ha hecho confundir con el Evangelio de Basílides, que enseñó en aquella ciudad.

II.

Firme M. Nicolás en las ideas de Baur acerca de las diversas fases porque dicen que pasó el cristianismo desde Estéban á Pablo y desde éste al autor del cuarto Evangelio, se apoya en ellas para establecer una clasificacion de las escuelas gnósticas antijudáicas. Tres categorías establece entre ellas, contando en la primera á Cerdon y Marcion, que, segun él, consideraban la ley antigua

como la consideraba San Pablo; en la segunda á los Valentinianos y gran número de los Ofitas, que interpretaban mal las Escrituras, alterando su sentido y á veces el texto; y en la tercera cuenta á los que absolutamente rechazaban el antiguo Testamento, como obra de un espíritu ciego y enemigo de la luz, cuyo empeño habia sido impedir la manifestacion de la verdad y oponerse á la obra de la redencion. Por desgracia esto ni *e vero* ni *ben trovato*; y digo por desgracia, sólo en cuanto á fundar en ello una base de clasificacion. Las sectas gnósticas, opuestas cási todas al mosaismo, sólo se diferencian en el más ó ménos, en los sistemas inventados para realizar la idea de un sincretismo filosófico-religioso que dominaba todos los espíritus pensadores en los primeros siglos de la Iglesia, y en la mayor ó menor elaboracion que habian dado á estos sistemas con el decurso del tiempo y de la polémica. Si esta fuera ocasion, probariamos una vez más que ni Estéban, ni Pedro, ni Santiago fueron judaizantes; que procedieron siempre de acuerdo con Pablo, en el modo de apreciar la Ley, aunque disintieron á veces en la conducta práctica; que Pablo acataba la Ley como dada por Dios por ministerio de los Ángeles; que no creyó en su abolicion por el cristianismo sino en ciertos límites, como los demás Apóstoles, pues que al fin era una preparacion para la Ley de gracia; que el autor del cuarto Evangelio, esto es, San Juan, no pensó de distinta manera; y en fin, que Marcion creyó mala y errónea la Ley antigua, que la atribuia á un demiurgo malo y autor de la materia y del mal, que mutilaba para su objeto los escritos de Lúcas y Pablo, únicos que admitia entre los del nuevo Testamento, y se ocupaba constantemente en poner en contradiccion los dos Testamentos, lo cual es el objeto de sus *Antítesis* ó contradicciones. No pudiendo, repito, entrar aquí en esta interesante discusion, resuelta ya en la misma Alemania en el sentido indicado, y en fuerza de la evidencia de la verdad, por Ewald y toda la llamada escuela de Götingen, y no abundando entre nosotros los libros en que sea ventilada, nos vemos obligados á remitir de nuevo al curioso á nuestro *Manuale* ya citado, y pasamos al asunto que estamos exponiendo.

El *Evangelio de Marcion* ha dado lugar en estos últimos tiempos á tenaces controversias, particularmente desde que Eichhorn, y luego Bertholdt, Schwegler y Ritschl, se empeñaron en ver en él el original del Evangelio de San Lúcas, escrito para los cristia-

nos *paulinistas*, como dice la escuela de Tubingen, y modificado después de la conciliacion de las tendencias judaizante y católica. En la actualidad nádie, que sepamos, sostiene ya esta paradoja; pero se ha creido poder reconstruir el Evangelio de Marcion, quitando y variando en el de San Lúcas lo que antiguos monumentos indican haber sido quitado ó variado por Marcion, puesto que Irineo, Tertuliano y Epifánio expresan claramente que Marcion compuso su Evangelio por el de San Lúcas, mutilándole y alterándole; añadiendo el último autor citado la suma de capítulos ó materias conservadas por Marcion, lo cual ha sido tomado por alguno como el texto mismo de este heresiarca. En tal sentido dió á luz Aug. Hahn el que creyó Evangelio original de Marcion, reproducido por Thilo en su *Codex apocryphus novi Testamenti*, y Volkmar su *Das Evangelium Marcions, Text. und Kritik.*

De lo dicho resulta ya que el Evangelio de Marcion era el tercer Evangelio canónico más ó ménos mutilado y retocado, de intento, para favorecer las ideas de la secta, segun los Padres coetáneos Ireneo y Tertuliano y el poco posterior Epifánio, ó por la casualidad de haber dado con un original imperfecto, segun M. Nicolás. Confiesa este crítico que, dada la posicion é ideas de los gnósticos, nada difícil le parece que mutilaran y adulteraran de intento los libros canónicos, puesto que consideraban á sus autores poco instruidos en las doctrinas exotéricas de Jesus, ó bien que habian expresado sólo las ideas exotéricas para satisfacer al vulgo de los creyentes, y se conceptuaban en el caso de exponer el íntimo significado de la predicacion cristiana; pero se le hace difícil creer que Marcion arreglara á su modo el Evangelio de San Lúcas y las diez cartas de San Pablo que admitia, porque aún dejó en el texto algunos pasajes que contradecian sus dogmas. Desde luego se convendrá en que es atrevido pretender conocer el estado de la cuestion marcionística mejor que los escritores contemporáneos que sostuvieron la lucha, y nos parece que las razones alegadas por nuestro crítico presentan alguna dificultad, pero no deciden la cuestion en favor suyo.

San Ireneo dice expresamente: «Y además de esto (de rechazar tres Evangelios) circuncidando el Evangelio de Lúcas, y quitando todo lo escrito en él acerca de la generacion del Señor, y muchas otras cosas de su doctrina... persuadió á sus discípulos que él era más veraz que los Apóstoles que escribieron el Evangelio, entre-

gando á los suyos no el Evangelio, sino una partícula de él.» Más explícito y más enérgico, segun costumbre, es Tertuliano. «Por lo que hace al Evangelio de Lúcas, dice, de tal manera es más antiguo el que nosotros tenemos que el que posee Marcion, que él mismo creyó en él algun tiempo;» y luego le arguye haciendo ver que no pudo corregir sino lo que ya existia, y pór tanto que el texto comun de Lúcas era anterior á Marcion. Y en otra parte le dice: «Pues habiendo sido cristiano, quitaste rasgando lo que ántes habias creido, como tú mismo confiesas en cierta carta, ni lo niegan los tuyos y los nuestros lo comprueban.»

¿Qué razones opone M. Nicolás á estos testimonios explícitos de escritores contemporáneos envueltos en la polémica contra la secta marcionítica? Las mismas que alegaba Eichhorn; es á saber: que en el Evangelio de Marcion existen pasajes contrarios á sus ideas, y no existen algunos que parecian favorecerlas. ¿Pero no pudo ser esto una cierta prudencia suya para no estropear demasiado el texto? ¿No pudo ser que los pasajes alegados no se hubieran empleado en la polémica por los católicos, ó bien que los marcionistas los juzgaran ménos adversos, mediante la interpretacion que les dieran, y por eso no creyera necesario Marcion suprimirlos ó adulterarlos? Además de que no todos los pasajes citados por M. Nicolás prueban en favor ó en contra de Marcion tanto como él pretende, porque no tiene una idea exacta, como hemos visto, de la teoría marcionítica. Bien que no sea exacto al pie de la letra lo que dice Tertuliano: «borró *todo* lo que era contrario á su opinion, y reservó lo compatible» lo es que sus mutilaciones recayeron precisamente sobre los pasajes que le eran más adversos; y si esto fué debido á una copia imperfecta del Evangelio de Lúcas, mucha casualidad fué en primer lugar, y en segundo no se puede concebir en un hombre erudito, que en sus trabajos críticos sobre el Nuevo Testamento puede ser considerado como el precursor de la escuela de Baur. Acaso no fué Marcion el que hizo sobre el tercer Evangelio todo el trabajo de tijera ó de hacha, como dice Tertuliano, pues el mismo escritor atribuye á Cerdon, maestro de Marcion, el uso del Evangelio de Lúcas no completo; pero el principal trabajo fué sin duda de Marcion. Examinemos los textos citados por M. Nicolás. Dice que faltaban en el Evangelio de Marcion los pasajes XI, 51; XIII, 30 y 34; XX, 9-16 de San Lúcas, en que Jesus se muestra severo contra los

judíos, y por consiguiente venian bien á Marcion. Mas ni se puede probar que realmente faltaran, ni podia favorecer á la idea de Marcion una reprension á los judíos por haber sido infieles á la Ley y haber maltratado á los Profetas, ni la profecía de la sustitucion del pueblo hebreo por el gentil, porque Marcion, repetimos, iba más adelante, y atacaba la antigua Ley como mala, procedente de un mal principio y contraria á la doctrina de Jesus que vino, «no á destruir la Ley, sino á cumplirla.» Los dos primeros capítulos eran manifiestamente contrarios á la doctrina marcionita, y ámbos fueron eliminados. El verso 19 del cap. VIII en que se dice que fueron á Jesus *sus hermanos*, contrariaba á Marcion, y quitó este verso; pero no quitó, dice M. Nicolás, aquel en que le díjeron: *tu madre y tus hermanos* están ahí. Mas no advierte que en el primer lugar citado habla el Evangelio por su cuenta, y supone, al parecer, que Jesus tenia hermanos, y por consiguiente verdadera naturaleza humana y cuerpo material, cosa que negaba Marcion, miéntras que en el segundo se citan palabras de los que rodeaban á Jesus, y que le tomaban por hombre ordinario, aunque erróneamente, segun Marcion. Desapareció el texto: «vino el Hijo del Hombre comiendo y bebiendo,» porque parecia contrariar el ascetismo de los marcionitas; pero no desaparecieron aquellos en que los fariseos reprochaban á Jesus el trato con hombres de mala vida, comiendo y bebiendo con ellos, ó le preguntaban por qué sus discípulos no ayunaban como los de Juan, ni el que refiere el convite que hizo á Jesus el publicano Leví. Mas cualquiera conoce que estos pasajes no tienen igual valor que el suprimido, porque el primero es una acusacion de sus enemigos, en el segundo no se niega absolutamente que conviene ayunar, sino que se aplaza para cuando se ausente el esposo, y el tercero no prueba que Jesus no fuera sóbrio y mortificado. Desaparecieron los textos en que se hablaba de Jonás, como dado en signo á los judíos, y de la reina de Sabá y de los Ninivitas, por no poner en boca de Jesus un llamamiento á la antigua alianza; y se dejó aquel en que justifica el Salvador su conducta con el ejemplo de David, porque este era un argumento *ad hominem* contra sus calumniadores, ni aquel en que se cita una profecía antigua á propósito de Juan, por idéntica razon. Desapareció el nombre de *Abraham, Isaac y Jacob y todos los profetas*, del cap. XIII, v. 28, cambiándolo por el de *todos los justos*; y si no sucedió lo mismo con el de

Abraham en la parábola del rico y Lazaro, fué por ser una parábola. Estos son los textos alegados por Nicolas para probar que en el trabajo de manipulacion del texto de Lúcas que Marcion hiciera, no tuvo la intencion de favorecer su causa; y aunque no pretendamos haber dado con las verdaderas razones que tuvo para quitar unos y dejar otros, todavía creemos que hay entre ellos notables diferencias, y por consiguiente que no se convence de falso ni de infundado el aserto de Ireneo, Tertuliano y Epifánio, hecho después tradicional, de que Marcion alteró el Evangelio de Lúcas para favorecer en lo posible su sistema gnóstico.

Es dudoso que *Apeles* tuviera tambien su *Evangelio* resultante de la mutilacion de algunos de los canónicos, el de Lúcas probablemente en caso afirmativo. Orígenes y San Jerónimo le acusan de haber mutilado los Evangelios; mas de lo que dice San Epifánio parece desprenderse que sólo se trata de la explicacion que daba á los canónicos, y de la audacia con que aceptaba ó rechazaba sus diversas partes, segun le convenia, entendiendo así groseramente el consejo de San Pablo de *probarlo todo y retener lo bueno*. Lo propio debe decirse de *Basílides*, que compuso un comentario al Evangelio en 24 libros, que probablemente fué llamado el *Evangelio de Basílides*; pero Orígenes dice expresamente que tuvo la audacia de escribir un Evangelio y publicarle en su nombre, y es bien difícil que Orígenes se equivocara en un asunto tan de su competencia. Es cuanto se sabe de este Evangelio, citado así comunmente; y el libro recien descubierto de los *Philosophoumena*, que cita de los escritos de Basílides dos textos del Evangelio de San Juan (*era la verdadera luz, y aun no ha llegado mi hora*), interesantes y hasta decisivos para probar la autenticidad de este, no nos dice si están tomados del Evangelio ó del comentario de Basílides.

Los *Valentinianos*, y principalmente el jefe de todos, Valentin, son acusados por Ireneo y Tertuliano, más de interpretar arbitrariamente las escrituras, que de haberlas mutilado y forjádose nuevos Evangelios. Tertuliano pone esta diferencia entre Valentinianos y Marcionitas, é Ireneo da várias muestras de las caprichosas interpretaciones de Valentin. Pero es cierto que en las diversas ramas en que se fraccionó esta herejía, se usaban peculiares evangelios, como *el Evangelio de la verdad*, del que no sabemos sino que discordaba completamente de los nuestros, al decir de San Ireneo.

Más en número eran los usados por los *marcosianos* y los *ofitas sethianos*. Márcos se jactaba de poseer una revelacion propia, probablemente el *Evangelio de Eva*, ya porque decia deber su revelacion á un principio femenino, ya por la inmoralidad de que siempre fué acusada esta secta, y que parecia formar el carácter de este Evangelio, segun San Epifánio, que nos ha conservado los dos pasajes siguientes. «Habiéndome detenido en una alta montaña, ví á un hombre de elevada estatura y á otro mutilado. Luego oí una voz como de trueno. Acerquéme para escuchar, y me habló en estos términos: *Yo soy tú, y tú eres yo. Donde quiera que estés, allí estoy yo tambien. Yo estoy extendido en todas las cosas. Tú me cojerás donde quieras, pero cojiéndome, te cojerás á tí mismo.*» Teoría de la identidad absoluta. El segundo pasaje es como sigue: «Ví un árbol que daba doce frutos cada año, y me dijo que era el árbol de la vida.» San Epifánio dice que aquí se trataba de la fluxion mensual de las mujeres.

Aunque Baur opina que el Evangelio de Eva y el *Evangelio de la perfeccion* eran uno mismo, parece que no entendió bien á San Epifánio, quien da á entender que unos Valentinianos se servian de uno y otros de otro, hablando muy poco después de estos Evangelios en plural. Si era distinto del anterior debia parecérsele bastante, pues Epifánio le llama «produccion del diablo;» y al llamarle, parece que no quiere dar á entender un verdadero poema, sino una obra fingida toda y completamente diversa de los Evangelios canónicos.

Del *Evangelio de Felipe* sólo nos queda el pasaje siguiente: «El Señor me ha revelado las palabras que el alma deberá pronunciar al subir al cielo, y cómo ha de responder á cada una de las potencias celestes. Me he conocido á mí mismo, dice, y me he recogido á mí mismo por toda parte. No he dado hijos al Archon, sino que he arrancado sus raíces y recogido sus miembros dispersos. He conocido quién eres tú, porque soy, dice, del número de los celestiales. Mas si se averigua que ha engendrado un hijo, es retenido aquí abajo hasta que pueda volver á tomar sus hijos y reabsorberlos en sí.»

Las grandes y pequeñas interrogaciones de María eran dos escritos propios probablemente de los Ofitas de Seth, que tenian además las *revelaciones de Adan* y Evangelios atribuidos á los Apóstoles. Por lo que dice San Epifánio, *las grandes interroga-*

ciones de María eran muy parecidas al *Evangelio de Eva* por el tono general, estilo y doctrina. Tambien pertenecia probablemente á una rama de Ofitas el *nacimiento de María*, que contenia, dice Epifánio, cosas horribles y detestables; siendo la única que refiere el que los judíos adoraban una cabeza de asno, y que habiéndolo visto y divulgado Zacharías, fué muerto por ello.

La caprichosa y extravagantísima secta de los Cainitas, que adoraban todo lo que condenaban judíos y cristianos, y condenaban lo que respetaban aquellos, tuvo tambien su Evangelio, que titularon *Evangelio de Judas*, el traidor, pues hicieron de él un héroe, por haber preferido, decian, á su amor y deberes de discípulo, el amor á la humanidad, cuya salud dependia de la muerte de Jesus, y él le comprometió á ella entregándole al sanhedrin cuando ya comenzaba á vacilar. San Epifánio, que con Ireneo y Theodoreto, nos da estas noticias de los Cainitas, no nos dice más de su Evangelio, á no ser que de él las tomara, como tambien la doctrina que les atribuye de dar cierta santidad al acto conyugal, y de atribuir á una Hystera la creacion del cielo y la tierra.

III.

Hemos dicho al principio de este escrito qué entendemos por Evangelios apócrifos ortodoxos, y en qué sentido les aplicamos esta denominacion, es á saber, en cuanto no se oponen á los hechos y doctrinas de los Evangelios canónicos, ántes lo dan todo por supuesto, y en ello se fundan como en su base, y fueron compuestos y divulgados entre los fieles de la Iglesia católica, sin servir á ninguna bandería ni originar ninguna division. Los apócrifos de que hemos hablado hasta ahora ofrecen el interes de no negar, sino más bien confirmar, los hechos evangélicos; de dar á conocer el espíritu é idea de los primeros sectarios, y la crítica que presidió á la aceptacion ó reprobacion de los diversos escritos que pretendian relatar la vida y predicacion de Jesus y sus Apóstoles; con lo cual gana no poco el carácter crítico y verdaderamente histórico de los Evangelios canónicos, y de los pastores de la Iglesia que los recibieron y veneraron como verdaderas historias, escritas por hombres inspirados de lo alto.

Mas este interes es mucho mayor todavía en los Evangelios ortodoxos, puesto que no contrariaban ni la doctrina ni la tradicion;

y aunque eran leidos con avidez por la piadosa curiosidad de los fieles, fueron desechados por los Obispos y santos Padres. por no constarles su autoridad histórica ni divina; demostrando así cuán léjos estaban de la piadosa y ciega credulidad que les echan en cara nuestros modernos racionalistas. Verdad es que se han recibido en la Iglesia muchas tradiciones referidas en los apócrifos; pero nádie puede probar que se han recibido *porque* las refieren los apócrifos. Estos nacieron demasiado temprano para que se pueda asegurar que no se conservaran las tradiciones orales acerca de multitud de hechos interesantes no recogidos por la sóbria austeridad de los escritos canónicos. Sabido es y confesado hoy por todos, que éstos nos dan una narracion en extremo sucinta de la predicacion de Jesus durante su vida pública, con levísimos pormenores acerca de su concepcion y nacimiento, y estos por ser absolutamente necesarios, y un solo hecho de la infancia de Jesus referido por San Lúcas. El entusiasmo y la veneracion de los Apóstoles y primeros discípulos del Salvador hácia su persona no pudieron ménos de excitar poderosamente su interes por conocer todo cuanto se referia á aquel hombre extraordinario. Suponer otra cosa sería no conocer al hombre, y principalmente á hombres tan sencillos, candorosos y entusiastas como los primeros discípulos de Jesus y primeros cristianos; sería, además, afirmar una cosa contradicha por la existencia misma de los apócrifos, que debieron su existencia á esta necesidad del corazon humano, dado el vacío que los Evangelios canónicos dejaban. Es, pues, altamente creible y verosímil que gran parte de los hechos recogidos por los Evangelios apócrifos fueron tomados de la tradicion aún viva, por decirlo así, y doméstica; es creible y verosímil en particular que los hechos principales relativos á la vida de la Madre de Jesus, encomendada á Juan desde la Cruz, y con la cual conversaron sin duda por largo tiempo los Apóstoles, ó algunos de ellos, y los parientes de Jesus, se supieron de su misma boca, salvas tal vez, y sin tal vez, algunas circunstancias con que poco á poco los iria exornando la leyenda. Entre estos hechos contamos sin duda los que han sido adoptados por la Iglesia universal, tales, por ejemplo, como los relativos á los nombres de los padres de María, á la Presentacion, á la Asuncion y alguno que otro. Nada tiene de extraño que M. Nicolás sienta lo contrario y se afane por buscar los fundamentos *legendarios* de estas narraciones: como racionalista repugna todo lo

milagroso, y como ex-protestante cree fácilmente en la introduccion de la supersticion y de la idolatría en la Iglesia; aunque debemos agradecerle que vea la decadencia y corrupcion de ésta ya en la época de los apócrifos, es decir, desde su orígen ó desde el mismo siglo primero, pues á poco después de esa época suben sin duda ninguna algunos de estos escritos, aunque los más son posteriores.

Y supuesto que los Evangelios apócrifos expresan las ideas y sentimientos reinantes entre el pueblo cristiano en aquella primitiva época, es altamente interesante saber cuáles eran esas ideas y esos sentimientos, porque ellos eran debidos á la impresion que hicieran los Evangelios canónicos y la primera predicacion. Evidentemente, el celo de los fundadores del Cristianismo les instaba á fundar iglesias con la mayor rapidez, y no les permitia insistir detenidamente sobre los puntos y circunstancias ménos importantes de la vida de Jesus y su Madre; por eso quedaron ciertos huecos, por decirlo así, que suplió en parte la tradicion, y dejaron ancho campo á la leyenda, que no engañó, sin embargo, á los vigilantes pastores de la Iglesia. Pero algunos de esos hechos, y el órden de ideas dominante en esos escritos, fueron efecto de la primera predicacion y de la tradicion doméstica de la familia de Jesus; fueron nada más que una mayor evolucion ó madurez de los gérmenes contenidos en el Evangelio y primitiva predicacion: no es preciso acudir, ni se puede, á influencias extrañas, como si el espíritu de oracion y devocion, la mortificacion y continencia, la virginidad, fueran en la Iglesia productos extranjeros, y no se hallaran fuertemente recomendados en los escritos canónicos. En una palabra, el espíritu é ideas dominante en los apócrifos son en general, con algunas excepciones, el natural crecimiento, no una metamorfósis del Cristianismo: así lo dictan la sana crítica y el buen sentido, así lo acredita su mismo nacimiento en los tiempos mismos apostólicos, cosa que socaba por su base el edificio protestante, y no deja á su ortodoxia un lugar en la historia primitiva del Cristianismo adonde volver los ojos para buscar un abolengo en que fundar su legitimidad. No aceptamos, ni con mucho, todos los hechos que nos refieren los apócrifos; aceptamos apénas alguno más de los que acepta la Iglesia: tampoco aceptamos todas las apreciaciones que hacen de los personajes evangélicos; pero respetámos sus sentimientos, su piedad, su admiracion y veneracion á

María, su delicadeza de sentimientos en mil ocasiones; y sostenemos que todo esto es el fruto natural y espontáneo de la semilla evangélica. Sobre esto pueden consultarse con fruto las reflexiones de otro Nicolás (Augusto), en su libro *La Vírgen María viviendo en la Iglesia*.

Como los apócrifos ortodoxos pueden leerse íntegros en las colecciones citadas, y en extracto en Calmet (*Disertacion sobre los apócrifos, y de la doble genealogía de J. C.*), y en parte en Cantú, no entrarémos en pormenores, y nos limitarémos á indicar sus fechas probables; pero ántes se nos permitirá traducir lo que sobre este asunto escribimos en nuestro *Manuale*: «Los libros apócrifos de los primeros siglos demuestran por dos distintas vias la autenticidad y valor histórico de los Evangelios canónicos. La primera es la misma comparacion de las dos clases de escritos. Porque los apócrifos, como escritos para defender arbitrariamente ciertas opiniones, ó para llenar la incompleta historia evangélica, ó para referir las más pequeñas circunstancias de la vida de Jesus, María y José y dar pábulo á la piedad de los fieles, ó, en fin, para utilidad de las sectas, fueron rechazados por la Iglesia, aunque, ántes de bien dilucidada la cuestion, fueron admitidos alguna vez por tal cual indivíduo, y se encuentran en ellos todas las dificultades y defectos de las historias no auténticas, y ofrecen claramente el carácter legendario, que está á la vista de todos, por sus amplificaciones, milagros increibles obrados sin motivo ni razon, y por otras narraciones fútiles é indignas de que están plagados, al paso que carecen de doctrinas, ó sólo recuerdan poquísimas tomadas de la tradicion ó inventadas en provecho de las sectas, cuyas doctrinas, en el mismo hecho de encontrarse allí, se oponen á la doctrina de los Evangelios y apoyan las invenciones de los sectarios. Luego no hay un solo argumento de los que invenciblemente militan á favor de nuestros Evangelios, que defienda los Evangelios y escritos apócrifos, los cuales, por su misma existencia, que constantemente supone la de los canónicos, y por sus caractéres internos, se distinguen claramente de los Evangelios verdaderos. El segundo camino por donde los apócrifos demuestran la existencia antiquísima de los verdaderos, consiste en su alegacion tácita, principalmente en las *Actas de Pilatos*, citadas ya por Justino mártir (año 136) y Tertuliano, y en el *Evangelio de Santiago*, usado igualmente por Justino, á no ser que digamos (como con

razon (1) creen los más) que los pasajes comunes á ámbos escritos descienden de la tradicion, entónces todavía reciente. Sea lo que quiera de este Evangelio, al ménos las *Actas de Pilatos* son indudablemente antiquísimas (Tischendorf encontró un ejemplar griego y otro latino en palimpsestos del siglo V), y preceden á la mitad del II siglo, puesto que las cita Justino en su primera apología, y suponen la existencia, no sólo de los tres Evangelios sinópticos, sino tambien del cuarto, puesto que en todos se encuentra la historia de la Pasion; pero sólo en el cuarto se puede fundar la mencion de las actas judiciales contenidas en este apócrifo. Así, pues, tanto la literatura eclesiástica genuina, como la apócrifa, demuestran en admirable consorcio y de una manera invencible la genuinidad de nuestros Evangelios.»

De lo que ántes hemos dicho se saca que no hay que confundir la fecha de la redaccion de uno de estos Evangelios con la del hecho, ó tradicion, ó leyenda que en él se refiere. Los apócrifos ortodoxos están escritos sin más plan que consignar las creencias comunes y corrientes entre los fieles; no hay en ellos fin polémico; hasta hay un olvido total de la persona del escritor, y aunque no creamos que nada absolutamente fué invencion suya, pues hay indicios ciertos de ello, tenemos por seguro que la parte de invencion es muy secundaria, y se reduce casi exclusivamente á algun discurso, algun milagro, algun adorno del hecho tradicional ó legendario que se consigna por escrito. Así es que el estilo y locucion de estas obras es idéntico al del Nuevo Testamento, como que tomaron su orígen en el pueblo fiel, acostumbrado únicamente á la lectura de los libros santos, cuyo estilo y lenguaje se habia llegado á asimilar. Por esto no prueba esta circunstancia que hayan sido escritos en la segunda mitad del primer siglo, como los libros del Nuevo Testamento; pero prueba que no tienen una fecha muy posterior, y creemos por esto sólo que los más originales no pasan del siglo II, aunque no tuviéramos otros datos para juzgarlo así. Algunos, que son compilaciones ó copias más ó ménos imperfectas de los anteriores, pueden ser de fecha muy posterior. Los hechos sobre que más particularmente insisten son la vida de la Sagrada

(1) Hoy creemos que verdaderamente cita San Justino libros apócrifos, junto con los cuatro canónicos: así nos lo ha convencido el opúsculo de Tischendorf *Sobre la fecha de los Evangelios.*

Familia, la de Jesus durante su niñez hasta la edad de doce años, la historia de la Pasion y la del descenso de Jesus á los infiernos.

Los más antiguos son: el *Protevangelio de Santiago*, el *Evangelio de la Infancia*, de Tomás, y las *Actas de Pilatos*, escritos todos que no pasan de las primeras decenas del siglo II. El primero fué traido de Oriente por Guillermo Postel en el siglo XVI, y contiene lo relativo á los padres de María, á la vida de ésta hasta el nacimiento de Jesus, referido allí tambien. San Justino, Tertuliano y Clemente Alejandrino refieren algunas cosas tomadas de este Evangelio, puesto que se encuentra en él casi con las mismas palabras, y Orígenes hace lo mismo, pero citándole expresamente con el nombre de *Libro de Santiago* (el título de *Protevangelio* se le dió Postel por referirse en él cosas anteriores á la narracion evangélica). Casi lo mismo hay que decir del *Evangelio de Tomás*, alegado igualmente por Orígenes, y muy probablemente aludido por Ireneo, quien refiere y reprende, como cuento insípido inventado por herejes, la explicacion de los misterios de la letra *alpha*, hecha por el niño Jesus al maestro de escuela Zaqueo, y que se halla en este Evangelio, con otros hechos semejantes. No es difícil que este cuento naciera entre los Gnósticos, que solian atribuir á las letras una virtud particular, si ya no era esta flaqueza comun entre los Rabinos hebreos, como lo fué después entre los Cabalistas, y no anda muy léjos de nuestro famoso hebraizante García Blanco. En el famoso decreto de Gelasio, cuya autenticidad niegan algunos, se hace mencion de un Evangelio de Tomás, *en uso entre los Maniqueos*; es creible que fuera distinto del que nos ocupa, á no ser que reinara alguna confusion en el autor de ese decreto, pues en el apócrifo hoy subsistente no hay cosa que particularmente favoreciera las ideas de los Maniqueos. En cuanto á las *Actas de Pilatos*, creemos que son obra del primer siglo ó principios del segundo, puesto que Justino apela á ellas en su primera apología como á documento oficial y convincente, que daba cuenta de los milagros verificados en la muerte y resurreccion del Salvador, y otro tanto hace Tertuliano. Como tanta importancia se daba á estas Actas en la polémica cristiana, hubo un emperador que hizo fabricar otras llenas de embustes y calumnias, á principios del siglo IV, pero la creencia firme de Justino y Tertuliano, de que se apoyaban en un documento oficial, era, sin duda, errónea, aunque tuviera algun fundamento. Es de presumir que Pilatos dió verdaderamente cuen-

ta de la muerte de Jesus al Emperador; y sabido esto, se confeccionaron las llamadas *Actas de Pilatos*, que han llegado sueltas hasta nosotros, y tambien formando la segunda parte del Evangelio de Nicodemo. Estas fueron, sin duda, las citadas por los dos apologistas, creyendo de buena fé que tenian á la vista la comunicacion oficial de Pilatos, pues si bien no se encuentra en ellas ningun anacronismo, es casi absolutamente imposible que Pilatos hablara como allí habla, es decir, como hombre grandemente deseoso de hallar la verdad, apologista de Jesus y sus milagros, y cristiano en el fondo de su conciencia, como dice Tertuliano.

El *Evangelio de la Natividad de la Vírgen* y *de la Infancia de Jesus*, escrito en latin, cuyo texto se supone que tradujo San Jerónimo, llamándole Evangelio de San Mateo, comprende á la vez la historia de María contenida en el Evangelio, y la historia de la infancia de Jesus que se halla en el Evangelio de Tomás. Pero no se atiene á ellos escrupulosamente, distinguiéndose en muchos puntos, careciendo de algunas narraciones que hay en ellos, y comprendiendo otras de que aquellos carecen. Si se considera además que nacidos en Oriente los Evangelios de la Infancia, fueron recibidos más tarde y con alguna dificultad en Occidente, se convendrá en que este libro es de fecha bastante posterior.

Hay otro *Evangelio de la Infancia*, el más extenso de todos, escrito en árabe, y que parece no ser original. Tiene bastante analogía con el de Tomás, pudiéndose considerar á este como el tema primitivo de donde aquel se deriva; pero contiene leyendas que no se encuentran en los ya mencionados, y que por su género indican la pátria de las *Mil y una Noches*. Por más que se diga que estuvo en gran favor en las iglesias nestorianas, y aun se haya llegado á considerarle como obra del mismo Nestorio, no tiene esto probabilidad alguna, si se le compara con las doctrinas de aquel heresiarca. En efecto, no es posible conciliar con la idea de que Jesus era puro hombre al nacer, y sólo debió su union íntima con la divinidad á sus eminentes virtudes, como pensaba Nestorio, la confirmacion expresa de la divinidad del niño Jesus, que hace este con las siguientes palabras dirigidas á su Madre: «Yo á quien tú has dado á luz, soy Jesus, el hijo de Dios, el verbo, como lo anunció Gabriel, y mi Padre me ha enviado para la salvacion del mundo.»

La *Historia del carpintero José* es la narracion, puesta en boca

de Jesus, de los últimos momentos de aquel santo personaje. Sólo existe una traduccion árabe del original copto. Se le considera generalmente como una especie de homilía, compuesta por un copto monofisita, para recitarla en 20 de Julio, en que se suponia la muerte de José. No se conoce la fecha de su redaccion; pero debe subir al siglo IV, aunque no es suficiente dato el hallarse allí la narracion de la muerte de María, pues esta siempre se ha creido ántes y después de este siglo; sólo que M. Nicolás equivoca la muerte ordinaria, con lo que se llama *el tránsito* de la Vírgen, es decir, una muerte apacible, para resucitar poco después y ser trasladada al cielo por los Ángeles, hecho que celebra con fiesta la Iglesia; pero no le ha declarado jamás dogma de fé, aunque así lo solicitó del Papa la Reina Isabel, creyendo sin duda que la declaracion de dogma era cosa de moda.

El *Evangelio de Nicodemo* comprende las *Actas de Pilatos* y la *bajada de Jesus á los infiernos*, dos narraciones diversas, que existieron mucho tiempo separadas, y fueron reunidas y retocadas en época y por persona desconocida. En la primera parte se exponen con violencia las acusaciones de los judíos á la persona y milagros del Salvador; pero de modo que aparecen como manifiestas calumnias. Como el rompimiento de la Iglesia con la Sinagoga empezó en este órden de ideas desde el principio de la predicacion cristiana, nada se puede colegir acerca de la época en que se escribió esta primera parte de semejante exposicion de argumento y refutacion. Por lo demas las *Actas de Pilatos* que andan sueltas son antiquísimas, como digimos ántes. La segunda parte que refiere la bajada de Jesus á los infiernos, debe ser harto posterior; si bien la considera Tischendorf como una reproduccion modificada de un opúsculo apócrifo del siglo II. Por el contenido de ella nada se puede aventurar, con M. Nicolás, sobre la época de su redaccion, pues la *leyenda,* como él dice, de la bajada de Jesus á los infiernos, es tan antigua como el cristianismo, como lo acredita el pasaje de la primera carta de San Pedro, cap. III, v. 19-20: «En el cual (espíritu) tambien fué y predicó á los espíritus que estaban en cárcel; los cuales en el tiempo pasado fueron desobedientes, cuando una vez se esperaba la paciencia de Dios, en los dias de Noé, cuando se aparejaba el arca.» (Traduccion de Cipriano de Valera). Y ha sido constante en la Iglesia la creencia de que Jesus descendió á los infiernos en alma y divinidad en el tiempo en que estuvo se-

pultado; por lo cual, apénas negaron los Apolinaristas que Jesus tuviera alma humana, se les contestó con el dogma corriente y comun del descenso de Cristo á los infiernos, del cual hablan por otra parte Clemente Alejandrino, Orígenes y Tertuliano. Y no importa que estos sólo hablaran de la predicacion que hiciere Juan á las almas de la Ley antigua encerradas en el *scheol* y no de sacarlas de allí para llevarlas al cielo; porque el no hablar de una cosa no es negarla, y los citados Padres, y en particular Tertuliano, de quien cita un pasaje que parece contrario M. Nicolás, creyeron en la beatificacion inmediata de los justos de la antigua ley, entendieron así las palabras de Jesus al buen ladron: (*Hoy serás conmigo en el Paraiso*) y ponderaban la dicha de los mártires que eran coronados después de una breve lucha. Pudo, pues, ser escrita esta parte del Evangelio de Nicodemo desde el segundo siglo, ó al ménos la base de este escrito, de que habla Tischendorf; pero repetimos que nada se sabe de cierto, y es probable que lo fuera en el siglo III ó IV. Este Evangelio fué escrito en griego y traducido después al latin; mas la traduccion de la segunda parte discrepa mucho del original, y tambien discrepan entre sí los manuscritos. El título parece ser muy posterior, por no hallarse en la version copta, ni en ningun manuscrito griego, ni en muchos latinos.

Las consideraciones que hemos hecho sobre el orígen y naturaleza de los apócrifos ortodoxos, la devocion que respiran hácia la Santa Familia, la felicidad con que entraron á veces en los sentimientos cristianos, aunque muchas otras los desconocen y estropean, la falta de crítica en los siglos medios y el gusto general por la leyenda y lo maravilloso, hicieron que estos escritos fueran conocidísimos y aun vulgares, singularmente entre el pueblo que apénas leia los libros canónicos, ménos comprensibles para él. Por eso se reprodujeron extraordinariamente, y se produjeron en infinidad de lenguas, se explotaron en los púlpitos y en los autos y misterios, la monja Roswitha tradujo el Evangelio de la infancia en versos exámetros, y fueron sobre todo el arsenal de los pintores. San José en forma de viejo, con la vara florida ó rematada en una paloma, María con un cántaro junto á una fuente en los cuadros de la Anunciacion, Joaquin desesperado por la afrenta recibida, como se le pinta en una preciosa tabla del aula de moral del monasterio del Escorial, el buey y el asno en los nacimientos, infinidad de cuadros y relieves en que se representa á Jesus hollando

al diablo ó á la muerte, ó sacando por un brazo á Adan del limbo, sombreado por una palmera, etc., son recuerdos de los apócrifos; y todavía se escriben libros devotos en que se toman como cosa corriente tradiciones de estos libros, aunque olvidados, y quizá por eso mismo, y aun aquellas tradiciones que no están autorizadas por la Iglesia. Milton las ha puesto á contribucion, como ántes lo hizo Dante, con cuyos versos cerramos este escrito, emprendido con distinto fin (Inferno IV, 52-56):

Io era nuovo in questo stato, (habla Virgilio)
Quando ci vidi venire un Possente
Con segno di vittoria incoronato.
Trasseci l'ombra del primo parente
d'Abel suo figlio, e quella di Noe.....

FRANCISCO CAMINERO.

APUNTES PARA UN ESTUDIO FILOSÓFICO

DEL

DERECHO DE FAMILIA.

El estudio filosófico del derecho de familia, supone en el hombre: una naturaleza racional que haga posible el derecho; una naturaleza social que dé ocasion al derecho; una naturaleza bipartita que pueda producir la ley de la familia; una naturaleza familiar que como especial manifestacion social de séres racionales dé motivo al derecho de familia.

Que el hombre está dotado de libertad y de racionalidad, que la libertad humana tiene caractéres propios, que el hombre, mediante su naturaleza ética, está dotado de verdadera personalidad, con fin propio, conocimiento de este fin y posibilidad de realizarle libremente; que la naturaleza finita del sér racional y social, le constituye en la especial condicionalidad del derecho; son verdades, evidenciadas hoy en diferentes capítulos de la ciencia social, que nosotros no podemos desenvolver en este momento, sin alejarnos mucho de nuestro propósito, pero que hemos de dar por sentadas y hemos de admitir sin demostracion para fundar en ellas cuanto hayamos de decir.

Por cima de todo cuanto existe, hay sin duda una ley de armonía universal que supone una variedad constante bajo una ley de unidad. Por todas partes se nos presenta la variedad armónica, revelándonos eternamente esa suprema ley de unidad, ese principio sintético mediante el cual se relaciona en un sér infinito y absoluto cuanto existe finito y limitado. En efecto, la creacion se compone de dos elementos; materia y espíritu, un elemento contin-

gente y finito que se revela en los cuerpos, y otro elemento infinito, absoluto, que se revela en la razon; mediante la dual naturaleza humana, estos dos armónicos elementos se resuelven en una unidad sintética, el hombre como indivíduo. El hombre, como sér social que vive en el espacio, se resuelve en una unidad superior, pueblo, y los pueblos en otra, sociedad; y como cuanto existe finitamente vive en el tiempo y tambien el hombre, en forma de especie, de aquí esa unidad superior, humanidad; y como el hombre está relacionado con cuanto existe finitamente como él, de aquí otra unidad superior sintética, universo; y como todo cuanto es finito necesita referirse á un sér infinito que tenga en sí la razon de su sér, de aquí esa unidad superior sintética, Dios. Una especial manifestacion de esa variedad armónica es no más la familia, primer hombre, como ha dicho Krause, entre el indivíduo y la humanidad; unidad sintética en que resuelve el hombre su naturaleza bipartita, en virtud de la cual, como especie, se compone de dos individualidades, elementos ó variedades armónicas, que llamamos sexos, varon y hembra. El hombre se nos presenta como fraccionado en dos mitades, que no siendo sino diversidades de una igualdad de esencia, tienen que ser variedades armónicas destinadas á completarse recíprocamente formando un todo sintético bajo una comun y más alta ley de unidad, pues en filosofía, lo mismo que en fisiología y en química, los contrarios sólo producen armonía, no los opuestos que se repelen ni los idénticos que acumulándose no se combinan en unidad sintética, armónica, superior. La naturaleza bipartita del hombre es por tanto la causa y la condicion de la ley de la familia, por la que esas dos diversidades del sér humano, varon y hembra, se atraen en busca de su complemento recíproco, y forman esa unidad armónica superior. Pero como toda ley de relacion refleja la naturaleza de las cosas relacionadas, cuya consecuencia es, de aquí que la ley de la familia implica un doble atractivo, físico mediante el apetito genérico, y racional mediante la simpatía estética, el sentido moral y el goce intelectual. De modo que las dos variedades humanas, buscando por la ley de la familia su recíproco complemento, como medio de realizar todos y cada uno de los fines propios de su sér, forman un verdadero dualismo armónico, bajo el doble aspecto que presenta la dual naturaleza de cada una de esas individualidades. La relacion familiar mediante la ley fisiológica

de la generacion producirá una consecuencia, la creacion de un nuevo sér, que siendo fruto de aquella relacion, no podrá ménos de estar relacionado respecto de aquellos dos séres con otra relacion, que será diversa, pero que guardará analogía con la que, al relacionar á estos, le dió á él orígen. Hé aquí lo que llamamos esposos, padres, hijos. Hé aquí la manifestacion social, concreta y determinada que llamamos familia. Hé aquí como hecho la agrupacion social de esas personas relacionadas mediante especialísimos vínculos, consecuencia inmediata de las leyes ó manera de ser propia de sus naturalezas.

Preciso es relacionar el concepto del derecho con el hecho de familia, para venir á parar concretamente al derecho familiar, lo cual no será difícil, puesto que, si, dada la finitud humana, se presenta como consecuencia necesaria una dependencia y determinacion recíprocas, *condicionalidad*, entre todos los séres humanos; si esta *condicionalidad humana* se presenta desde luego en forma de relacion social; si, dada la personalidad humana, la *condicionalidad* no puede ménos de afectar la naturaleza de los séres relacionados, siendo por tanto una *condicionalidad infringible*; si la condicionalidad social trae en pos de sí la condicionalidad de la exigibilidad de ciertas *condiciones* infringibles, necesariamente exigibles para que el hombre realice los fines propios de su naturaleza; si convenimos en llamar derecho á toda relacion humana infringible, y necesariamente exigible para la realizacion de esos fines, tendrémos que dar el nombre de derecho de familia á ciertas relaciones infringibles que no podrán ménos de existir entre los séres que forman la agrupacion social, familia, como relaciones necesariamente exigibles para la realizacion de un fin familiar que no podrá ménos de existir como fin propio y peculiar de la familia; fin que resultará de la realizacion de los fines individuales de cada uno de los miembros dentro de la familia, ó lo que es lo mismo, del cumplimiento exigible de las *condiciones* infringibles familiares.

Indicado el fundamento de la familia, dada idea del concepto de derecho, y relacionadas ámbas nociones, debemos ya concretarnos á desenvolver el derecho de familia, siendo sin duda bastante lo que va dicho para dejar adivinar, ya que no podamos exponer detenidamente, el criterio y el fundamento científicos que sirven de sólida base á cuanto hayamos de decir.

El derecho de familia, como el derecho en general, sólo puede determinarse con acierto deduciéndole de allí de donde arranca toda condicion jurídica: la naturaleza humana.

Si concebimos bien las leyes constitutivas de la naturaleza humana, y si, como consecuencia de ese estudio, llegamos á comprender bien los fines y caractéres propios de la familia como especial sociedad humana, podrémos fácil, sólida y acertadamente deducir sus condiciones de derecho.

Las condiciones más importantes que el derecho de familia necesita determinar en primer término son las relativas á la constitucion de la familia, ó sea al matrimonio. Las condiciones del matrimonio habrán de responder á los naturales fines de esa sociedad humana.

Si reconocemos que el amor, que da orígen á la familia, se funda sobre toda la individualidad corporal y espiritual de los consortes; si, como ha dicho Krause admirablemente, la familia se funda en la oposicion de los sexos, en el contraste característico de la humanidad masculina y la femenina, y los amantes se buscan porque en espíritu y cuerpo se necesitan uno á otro para formar un todo superior humano; si afirmamos, con el mismo filósofo, que sólo es legítimo el amor de todo el hombre á toda la mujer, obrando todas las fuerzas naturales y espirituales con misterioso concierto en una sociedad en que varon y mujer formen un indivíduo superior en cuerpo y alma; acertadamente concebirémos el fin del matrimonio, y hallarémos en él al mismo tiempo la razon de ser de las necesarias condiciones de derecho.

Así concebida la sociedad conyugal, no podemos ménos de admirar el perfecto concepto que Modestino formó del matrimonio al definirle: *divini et humani juris communicatio*; concepto que nosotros formulamos definiéndole: asociacion del varon y de la hembra en perfecto dualismo armónico, para la comunicacion de todos los fines humanos.

De aquí que, á nuestro juicio, la primera condicion, la constitutiva, esencial é intrínseca del matrimonio es la unidad, pues, dado su fundamento y su fin propios, hemos de reconocer como verdad evidente que, si bien son necesarias dos individualidades contrarias para formar ese sér superior, dos son bastantes, y sólo esas dos podrán producir un todo armónico; de suerte que, aceptando la fraseología de la jurisprudencia romana, podrémos

decir que la unidad es el requisito interno del matrimonio.

Inmediatamente después de la unidad se nos presenta la indisolubilidad como otro de los caractéres y de las condiciones propias del vínculo matrimonial, relacionada íntimamente con la anterior en cuanto se deriva de la misma razon de ser. Si el hombre une las dos variedades de su naturaleza bipartita, sexos, formando por medio del matrimonio un sér superior resultante del recíproco y mútuo complemento del varon y de la mujer; si el sexo no sólo entraña variedad de naturaleza corporal, sino tambien de naturaleza espiritual; si el complemento recíproco que se busca en el matrimonio tiene qne responder al doble aspecto material y racional, propio de los indivíduos relacionados en una superior y armónica unidad, y tanto es así, que lo mismo que con los órganos sensuales, acontece exactamente con las facultades anímicas; y vemos que el predominio del principio estético y la exquisita sensibilidad y la viveza de imaginacion y la especial perspicacia y acertado presentimiento de la mujer se hermanan con el maduro exámen, y la energía y el dominio de sí, y la reflexion y la mayor insistencia del hombre; y si por último sólo una completa y total union de todo el hombre á toda la mujer puede formar por el mútuo complemento de esas dos variedades armónicas, ese sér superior, verdadero fin del matrimonio; lógica y necesariamente habrémos de concluir que el vínculo matrimonial, no sólo lleva la unidad, sino tambien la indisolubilidad entre sus caractéres propios é indispensables. Por esto ha dicho Krause: que los esposos se unen con vínculo indisoluble en toda su individualidad para formar un todo superior humano; que el amor conyugal engendra una union permanente en el pensar, en el sentir, en el obrar, en la vida toda para el comun destino, en bien y goce como en desgracia y dolor; y que hermanando el matrimonio la oposicion primera y más interior de nuestra naturaleza, la del sexo, viven unidos varon y mujer como un hombre superior para el cumplimiento solidario de todos los fines humanos. Si la union de esas dos naturalezas ha de ser tan íntima, tan total y tan completa, no puede ménos de ser *una* é *indisoluble*. Monogamia indisoluble: he aquí los caractéres que indispensablemente ha de llevar el matrimonio concebido como le concebimos nosotros.

Propiamente la unidad y la indisolubilidad no son condiciones que se refieran ni á la constitucion, ni á la conservacion y desen-

volvimiento de la familia; son más que eso, son caractéres propios, esenciales, constitutivos, inseparables del vínculo matrimonial.

Ahora digamos algo acerca de las condiciones relativas á la formacion ó constitucion de la familia por medio del matrimonio, deduciéndolas del carácter y de los fines matrimoniales.

Si el matrimonio tiene por objeto fundir en su totalidad dos naturalezas individuales, serán condiciones precisas las indispensables para que haya en ambos contrayentes capacidad de realizar en esa íntima union de cuerpos y espíritus el fin del matrimonio. Allí donde haya una circunstancia que haga imposible total ó parcialmente esa íntima y completa fusion de naturalezas contrarias que buscan en el matrimonio el complemento recíproco de todas y cada una de sus facultades físicas y anímicas, faltará la capacida d faltará una condicion exigible cuando se trate de contraer matrimonio. Hé aquí por qué son condiciones del matrimonio el desarrollo físico y espiritual, ó sea la capacidad absoluta, y la capacidad relativa, que en lo físico rechaza la impotencia relativa y en lo espiritual rechaza ciertos grados de parentesco, tales como todos los de la línea recta y el primero de la colateral.

Aunque el fundamento y la esencia del vínculo matrimonial no está en la voluntad humana, sino en las leyes naturales, que son anteriores á ella, sin embargo, la misma índole del matrimonio hace indispensable en un vínculo que se contrae por séres racionales y libres, el concurso del elemento voluntario, del elemento más característico de nuestra naturaleza en forma de libre consentimiento, como condicion tambien de la capacidad relativa. De aquí que el matrimonio haya de afectar en cuanto á su forma externa la de contrato, y de aquí la espinosa y difícil cuestion de si el matrimonio debe ser considerado como un acto puramente civil, ó exclusivamente religioso.

A mi ver, el problema que suele llamarse *el matrimonio civil*, con frecuencia hace incurrir en errores y faltas graves de lógica. Si con el *matrimonio civil* se quiere decir que este vínculo, por su doble carácter está bajo una doble dependencia del Estado y de la Iglesia, se dice una verdad evidente. Si se dice que hay en el matrimonio algo que es puramente civil, como algo que es puramente religioso, se reconoce un hecho. Si los defensores del *matrimonio civil* quieren la completa secularizacion de la institucion; si quieren que el Estado legisle acerca del matrimonio prescindiendo

de todo punto de las legislaciones eclesiásticas; si sostienen esta doctrina pretendiendo ser consecuencia lógica y necesaria de la libertad religiosa; yo combato esa doctrina y la rechazo en nombre de la libertad religiosa, en nombre de la independencia completa de la Iglesia y del Estado, en nombre de la Iglesia libre en el Estado libre. Si entre las leyes constitutivas de la naturaleza humana hay una en cuya virtud el hombre es un sér eminentemente religioso; si entre todos los fines humanos el religioso es un fin tan eminentemente sintético que los absorbe á todos y supone el consorcio simultáneo de todas las facultades humanas hácia lo eterno y lo absoluto; si en el matrimonio el hombre y la mujer van á realizar en comun los fines todos de sus individuales y armónicas naturalezas, desenvolviendo en comun las facultades todas de su sér; es claro que en el matrimonio el fin religioso va de un modo preferente á ser cultivado en comun; luego el matrimonio por su misma naturaleza arguye una relacion esencial y preferentemente religiosa, sin dejar por esto de reconocer que arguye además otras importantes y diferentes relaciones; luego si es el fin religioso un fin tan preferente del matrimonio, preferente habrá tambien de ser la subordinacion de la institucion á la Iglesia.

Después de las condiciones relativas á la constitucion de la facultad por medio del matrimonio, podemos deducir las condiciones necesarias para la conservacion y desenvolvimiento de la sociedad conyugal.

El varon y la hembra no son idénticos, pero son iguales, no son distintos sino diferentes, son iguales en esencia, desiguales en combinacion de elementos, son dos variedades de un solo y único sér; el hombre presenta en sus naturalezas individuales los elementos no opuestos, pero sí contrarios, y combinables, por tanto, bajo una unidad sintética superior. La igualdad esencial de ambas naturalezas, y la perfecta armonía que su combinacion ha de producir en el matrimonio, exigen en el desenvolvimiento de toda relacion conyugal una condicion que es capital, puesto que abarca todas las que pueden mencionarse; determina el carácter del lazo matrimonial en la multitud de relaciones que puedan presentarse en la vida de los consortes. La condicion á que aludo es la igualdad, es decir, la igualdad jurídica, que no es la identidad absoluta, sino la racional proporcionalidad y equivalencia, mediante la cual los derechos y obligaciones han de ser mútuos y recíprocos. Cada in-

dividualidad, la masculina y la femenina, tendrá su esfera propia de accion, segun la especialidad de su naturaleza; pero ni el varon ni la hembra pretenderá ser superior ni absorber al otro indivíduo dentro de su personalidad; pues entónces se contradirian los fines particulares de cada una de ambas individualidades, y se destruiria la síntesis armoniosa del matrimonio. La fidelidad conyugal, como condicion de la vida de los consortes, se deduce necesariamente de la unidad que hemos dicho ser el más intrínseco de los caractéres matrimoniales, indispensable para que el vínculo lleve consigo la total fusion de ambas naturalezas en un comun vivir.

¿Y qué principió adoptarémos respecto de la relacion matrimonial á que la propiedad ó los bienes puedan dar lugar? En armonía con el carácter y la índole del matrimonio, es claro que la comunidad de bienes total y sin restriccion alguna será para nosotros la teoría que mejor responde á los principios que dejamos aceptados. Creemos que este principio podria aceptarse, no como regla invariable, sino como precepto legal modificable, amplia y omnímodamente por la voluntad de los contrayentes. Es decir, que si el matrimonio es general, en su fin, en sus caractéres y en sus condiciones, está por cima de la voluntad individual; en todo lo que se refiere á bienes, en lo que tiene de sociedad económica, como vínculo, no personal sino puramente real, creemos que tiene perfecta cabida la completa aplicacion del criterio individualista en forma de convencion. En este punto es donde se revela el contrato civil en el matrimonio.

Después de las condiciones esenciales y constitutivas del matrimonio; después de las condiciones relativas á la formacion del vínculo matrimonial; después de las condiciones referentes á su existencia y desenvolvimiento; procede hablar de su desaparicion ó terminacion, es decir, de su disolucion. ¿Cómo y con qué condiciones se podrá disolver ese vínculo que hemos dicho es indisoluble por su misma naturaleza? Nada hay absoluto en la terrenal vida humana, de suyo finita y perecedera. Por esto la indisolubilidad matrimonial no puede ser absoluta, pero lo será cuanto sea posible dentro de la relatividad y condicionalidad humanas.

La unidad, como requisito intrínseco y constitutivo de una union de índole y naturaleza esencialmente éticas, no nos permiten admitir la disolucion del matrimonio, y sí sólo, transigiendo con las imperfecciones y necesidades de la vida humana, el divorcio en el

sentido de la mera separacion de los cónyuges, y esto en virtud de condiciones que, destruyendo la idea moral del matrimonio hagan verdaderamente necesaria semejante separacion, tales como el adulterio, el crímen, la sevicia, y coincidan además con la voluntad de alguno ó de ambos cónyuges, pues si en la union aparece y se exige la voluntad como forma, no podrá ménos de presentarse en la separacion con el mismo carácter. El mútuo consentimiento no es bastante para autorizar el divorcio. Así como todo contrato en general está subordinado siempre á los principios de derecho, no viniendo el consentimiento á ser más que su forma y su condicion; así tambien el matrimonio tiene una naturaleza ética propia que no depende sino que se sobrepone á la voluntad, por más que el consentimiento sea su forma y su condicion. De aquí que si la voluntad no produjo la union con su naturaleza peculiar, tampoco puede producir la desunion; pero si apareció en la union como forma y condicion, en la desunion habrá tambien de aparecer de un modo semejante.

El carácter indisoluble del matrimonio es el criterio que forzosamente ha de tenerse en cuenta cuando se presenta el problema de autorizar ó nó las segundas nupcias, por lo cual indicarémos aquí nuestra radical opinion. Si el matrimonio es intrínseca y esencialmente indisoluble, y si lo propio y característico del vínculo matrimonial es su naturaleza ética, tal como corresponde á una union de séres espirituales, ¿dependerá la disolubilidad de la muerte de uno de los cónyuges, de la muerte que no es sino una modificacion del sér?

Porque después de todo, si la unidad constitutiva y esencial del matrimonio rechaza la poligamia, tambien rechazará las segundas nupcias, puesto que tan poligamia es la sucesiva como la simultánea. Yo creo que, segun el rigorismo de principios, las segundas nupcias no son compatibles con el carácter del matrimonio, y sospecho que responden á las mismas consideraciones que el divorcio y que la disolucion matrimonial en los excepcionalísimos casos en que ha sido admitida por la Iglesia, siempre prudente y conciliadora: me refiero á la limitacion, fragilidad é imperfeccion de la terrenal vida humana. ¿Qué significa la teoría legal de reservas, nacida indudablemente en ódio á las segundas nupcias? ¿Qué significan todas las disposiciones que el Derecho romano presenta bajo el epígrafe de medios de coercion contra los que pasan á segundas nupcias? ¿Qué explicacion tiene esa natural é instintiva aver-

sion y desaprobacion con que la sociedad suele mirar las segundas bodas? Si concebimos el vínculo matrimonial tan esencialmente espiritual como es fuerza concebir una institucion que Dios elevó á la categoría de Sacramento; si leemos los Santos Padres que han llamado á las segundas nupcias *honestam fornicationem*; si vemos que el apóstol de los gentiles, el que dió al cristianismo una forma más científica, ha dicho en su Epístola primera á los Corinthios, «La mujer está atada á la ley miéntras vive su marido; pero si muriese su marido queda libre, cásese con quien quiera con tal que sea en el Señor; pero será más bienaventurada si permaneciese así segun mi consejo, y pienso que yo tambien tengo espíritu de Dios;» si observamos como la Iglesia, aunque se ha abstenido cuidadosamente de hacer ninguna declaracion solemne en materia tan peligrosa y trascendental, sin embargo ha dejado entrever que mira tambien con cierta aversion las segundas nupcias como sospechosas ante el rigor teológico, y por esto el Derecho canónico las coloca entre las irregularidades para recibir órdenes, y las Decretales, de acuerdo con San Agustin, afirman que el segundo matrimonio no representa como el primero la union de Jesucristo con su Iglesia; si por último la propia conciencia nos hace pensar con el autor de Gil Blas de Santillana que contraer un nuevo vínculo no revela seguramente delicadeza y pudor muy exquisitos; podrémos sin duda convencernos de que tiene un sólido fundamento la opinion que acabamos de sentar.

Después de las relaciones conyugales, siguiendo el desenvolvimiento de la familia, debemos decir algo acerca de las que nacen con la aparicion de un nuevo sér, fruto de la union sensual. Como verdad prévia debemos nosotros sentar y reconocer que, cualquiera que sea la índole del vínculo entre el sér creado y sus creadores, siempre será el mismo, idéntico, respecto del padre y de la madre. Si la vida íntima y comun de los esposos, produjo ese nuevo sér, consecuencia del lazo matrimonial que lleva consigo la igualdad, la reciprocidad, como su condicion fundamental, es claro que esta misma condicion se reflejará haciendo de todo punto semejantes las relaciones paterna y materna. No podrán ser idénticas, habrá una cierta diversidad que refleje la individualidad masculina y femenina; pero habrá toda la posible identidad reflejando la comunidad de los padres al crear al hijo y la equivalente participacion habida en la procreacion.

¿Qué condiciones llevará consigo la relacion de padres á hijos? La igualdad ó reciprocidad como esencial condicion, bajo la cual se desenvuelve el vínculo matrimonial, no puede ser el criterio que desenvuelva la relacion de padres á hijos, que necesariamente ha de ser de naturaleza distinta, puesto que entraña en sí la de causa y efecto, sin que por esto apoyemos nosotros la convencion tácita entre padres é hijos ni la pretendida propiedad de aquellos sobre su obra, para fundar el derecho paterno, que fácilmente descansa en el lazo natural cuyo carácter reviste, desde el momento en que los padres sienten el deber de velar cuidadosamente por el imperfecto y desvalido sér de que se reconocen causa, y el hijo mira como á providencia visible á esos séres que adivinan y proveen á todas sus necesidades con especial solicitud.

De aquí que las obligaciones de los padres respecto de los hijos se resumen en la alimentacion, y la educacion que puede decirse que no es más que la especial alimentacion propia del sér racional; y las obligaciones de los hijos respecto de los padres son la obediencia y el respeto, que en cierto modo se deben directamente como expresion de la sumision propia y natural del sér inferior al superior, y en cierto modo se deben como la condicion indispensable para que los padres cumplan sus deberes. Estas obligaciones son la condicion especial, genuina y característica de la relacion de padres á hijos. Hay además entre ellos una obligacion mútua y recíproca que es más duradera porque no responde á la especialidad sino á la generalidad del vínculo familiar, tal es la asistencia y ayuda.

La ilegitimidad de los hijos, cumplida la condicion del reconocimiento, no altera en lo esencial la relacion natural de padres á hijos.

La tutela se funda en la necesidad de completar la personalidad incompleta de un sér falto de complemento natural.

Todos los parientes en línea recta, y los colaterales hasta el cuarto grado parece que en todo tiempo tienen entre sí recíprocamente la obligacion de darse alimentos en caso de verdadera necesidad. Sin embargo, las imperfecciones humanas hacen peligroso y difícil un ámplio reconocimiento de este deber como obligacion exigible ante la ley.

Además de las relaciones personales que llevamos mencionadas: el derecho de familia comprende otra más particularmente real,

que siendo muy importante no podemos pasar en silencio. Me refiero á la sucesion, que si bien tiene su esencial base y fundamento en la propiedad, se relaciona con el derecho familiar, como criterio que determina su regulacion. El vínculo familiar tiene mayor participacion en la sucesion intestada, medio de reserva con que la ley suple la falta de sucesion testada que de lleno descansa y se apoya en el derecho de propiedad, no siendo más que este mismo derecho en una de las várias formas en que puede ostentarse su ejercicio.

La testamentifaccion á mi juicio es consecuencia inmediata de la propiedad, es una de las facultades constitutivas del derecho de propiedad, ni más ni ménos que la enajenacion y la contratacion. Hasta allí donde la libertad sea condicion exigida por la propiedad, hasta allí y de una manera análoga será condicion necesaria de la testamentifaccion; y si la propiedad lleva consigo condiciones limitativas necesarias, la testamentifaccion exigirá tambien como necesarias otras semejantes limitaciones. Con este criterio rechazamos las legítimas, y sin creer que faltamos á la lógica, rechazamos tambien la amortizacion de la propiedad en cuanto es contraria á la capacidad objetiva de la propiedad misma, y en cuanto reconocemos ser indispensable imponer al indivíduo cierta condicionalidad en nombre del fin social.

La libre testamentifaccion tiene otra limitacion relativa al derecho que el cónyuge sobreviviente podrá hacer derivar del principio de la comunidad de bienes ó de la estipulacion matrimonial. En armonía con la completa comunidad, parece que al cónyuge sobreviviente corresponde la propiedad en la mitad de la totalidad de bienes matrimoniales, sin que el premórtuo pueda disponer de ella.

Los ascendientes, descendientes y cónyuge, en virtud de su propio derecho, podrán, por via de alimentos necesarios, mermar el haber hereditario contradiciendo la voluntad del testador.

En cuanto á la sucesion intestada, no creemos nosotros que puede hallar su fundamento en una copropiedad entre los miembros de la familia: admitida esta copropiedad, no admitiriamos más sucesion que la regulada por la ley, y rechazariamos la sucesion testada que alterase esa equitativa regulacion. Admitida esa copropiedad, sería lógico que los herederos pagasen las deudas cuando el pasivo excediese al activo hereditario.

La regulacion legal de la sucesion intestada no puede tener más base que la voluntad presunta combinada con la obligacion que puede haber en determinados casos de atender á las necesidades de ciertos indivíduos en consideracion al lazo familiar. En el órden de los llamamientos, será preciso tener en cuenta en primer lugar el cónyuge sobreviviente, que se llevará su mitad y entrará en participacion con los descendientes respecto de la otra mitad, admitiendo en cuanto á estos el principio de la representacion. A falta de descendientes, parece que el cónyuge debe excluir á todos los demas parientes.

Dando á la sucesion intestada el fundamento que nosotros le damos, creemos lógico no distinguir de hijos legítimos é ilegítimos.

Los hermanos deberán concurrir con los ascendientes. Los hermanos que no sean de doble vínculo concurrirán con los que lo sean á la herencia de su hermano, sin distincion, cuando se trate de bienes que no procedan de herencia paterna ó materna.

Parece que el principio de representacion debe tenerse en cuenta para que concurran tios con sobrinos á la herencia de hermano y tio respectivamente.

Aquí pondrémos fin á este ligero trabajo.

Aunque rápidamente, hemos considerado la relacion familiar bajo todos sus aspectos jurídicos, en su fundamento, en su desarrollo, en su desaparicion, en su elemento real y en su elemento personal. No hemos hecho, sin embargo, más que bosquejar, dar un cróquis, un boceto, apuntando ideas y principios que bien merecen ser tratados más profunda y detenidamente, con más espacio y más tiempo del que podemos consagrarles en esta ocasion.

LUIS MIRALLES.

DE LA CAPACIDAD POLÍTICA

EN LOS SISTEMAS REPRESENTATIVOS.

I.

Todo Gobierno de naturaleza liberal descansa, como la techumbre de una basílica sobre firmes pilares, en dos elementos: la organizacion extrínseca, el engranaje de sus ruedas, la combinacion de sus partes en justa medida y correspondencia; hé aquí el primero: el segundo es la suma de las condiciones morales é intelectuales que aseguran su realidad interna y su desenvolvimiento, que le dan prestigio y firmeza en el país. No basta con que un pueblo esté necesitado de holgura y expansion en las costumbres; no basta con que tome parte en la gestion de la cosa públiça, si el sistema que adopta presenta defectos, vicios orgánicos que embarazan su marcha regular y concertada: de aquí la indeclinable necesidad de que su legislacion sea un conjunto lógico y bien ordenado. Pero esta circunstancia, como dijimos, no es la única que un sistema político reclama. En vano los publicistas y los legisladores tendrian á señalada honra haber dictado un código perfectamente artístico y elaborado con alteza de miras y unidad de conjunto, si estaba en desacuerdo con las necesidades y los elementos de la sociedad: vanamente se holgaran y congratularan de su obra, si ésta se hallaba en disonancia con el sentido real y la espontaneidad de la nacion. Cuando la ley escrita peca de suspicaz y recelosa; cuando la opinion lucha y forcejea incesantemente por romper las mallas del sistema legal, este ve de cada dia más reducido y mermado su prestigio y contrariada su accion; y si en tiempo

oportuno no se adoptan reformas que abran al espíritu público proporcionadas válvulas de desahogo, bien pronto las nubes de la revolucion se ciernen sobre el horizonte de aquel desgraciado pueblo. Por reverso, cuando la constitucion legal es antagónica de la sociedad en sus elementos positivos; cuando, léjos de proporcionarle y asegurarle, por los medios naturales, la libertad en el interior y la seguridad en el exterior, engendra el desórden, la intranquilidad y el desasosiego, semejante estado de cosas no puede ser considerado como definitivo en el país á que se refiere. Pasarán los instantes de turbacion y de vértigo; y como los intereses morales y materiales languidecen y se extinguen en los saturnales de la licencia ó de la crápula, un dictador ó un monarca, un César ó un Augusto acabarán por recoger, más ó ménos tarde, la bandera del órden que, con escándalo de los buenos, rodaba escarnecida y hecha girones por la plaza pública. Y cuando esto suceda, no podrá decirse, en justicia, que la libertad perezca á manos de la tiranía ó de un miserable usurpador, sino que, como el instinto de conservacion alcanza tambien á los pueblos y colectividades y se ostenta por cima de todos los programas, aspiraciones y doctrinas, el cesarismo viene en momentos de prueba y cuando los vínculos sociales se desanudan ó aflojan á cumplir una mision suprema ante Dios y ante la historia. Tan cierto es esto, que, como decia un pensador, timbre y orgullo de Alemania, el derecho público, ó no tiene significacion para los países, ó es la *vida externa* en la realidad de sus impulsos y movimientos.

De esta observacion nacen y derivan sin esfuerzo las reglas y los fundamentos del buen criterio en política. En las sociedades antiguas como en las modernas, el fin de la entidad *poder* es siempre uno mismo: armonizar el principio de libertad con el de órden, el derecho de uno con el de todos, y realizar la justicia en la medida y proporcion que lo finito de nuestra naturaleza y las imperfecciones del estado social consienten. Separarse de este propósito, coetáneo ya del sentido comun, para correr afanosamente tras la realizacion de ideales espléndidos, no es cordura, sino desatentado proceder; y la historia enseña que cualquiera otro sistema calcado sobre aspiraciones distintas, ya se funde en el individualismo, ya en el socialismo, ora prescinda de las evoluciones del espíritu en aras del sentimiento, ora se olvide de la realidad social para convertir el toque del Gobierno en una cuestion de metafísica, léjos

de favorecer la causa del progreso, detiene su curso, ya que no acabe por cegar sus corrientes.

Y este fenómeno, en todas las épocas observado, se explica tambien *à priori*. Lo que tiene de legítimo cada uno de los elementos que se incuban y desarrollan en el seno de la sociedad, obtiene su merecida importancia en la órbita de la teoría que proclamamos como salvadora, sucediendo en estas materias lo que un filósofo y publicista, el Sr. Rios Rosas, decia del derecho y el deber que, á pesar de formularse como principios antagónicos y contrapuestos para el vulgo de los hombres, expresan en hecho de verdad el anverso y el reverso de una sola idea. Por manera, que, desarrollando un poco este pensamiento, bien podemos decir que los Gobiernos, al reconocer la *libertad* del indivíduo como justa y necesaria, no abandonan, ni mucho ménos, los intereses del *órden*, sino que aplican este principio á la esfera de la vida humana; bien así como tratando de salvar los fueros del *órden*, no contradicen ni amenguan el dogma de la libertad del indivíduo, sino que procuran combinarla y entrelazarla con las derivaciones y exigencias del mismo principio en una esfera superior. Y otro tanto dirémos del individualismo y el socialismo.

Con razon observaba un malogrado economista, Federico Bastiat, que el derecho no era una creacion voluntaria de la ley, sino que esta se impone como necesaria precisamente porque con anterioridad á ella nace y se formula el derecho. Hasta aquí no hay dificultad, y el individualismo, en cuanto se compadece y armoniza con esta fórmula, resulta justificado; pero como al mismo tiempo es una verdad incontrovertible que el hombre no vive sólo en la tierra y que su estado natural es la sociedad, de aquí que el derecho individual, en su esencia y en sus raíces, halle ya la limitacion, el temperamento del derecho colectivo, y por lo tanto que así el individualismo como el socialismo, en vez de revelar dos elementos antitéticos y contrapuestos, representan, hablando en puridad, el anverso y el reverso de un solo principio. De forma que, en el terreno de la crítica, ni siquiera puede darse como cierto que el derecho público y la política tengan por objeto, como suele decirse, concordar principios opuestos. Nó; su bandera no es la de un mero casuismo, ni su propósito, como algunos pretenden, envolverse con el manto de una retacería caprichosamente ecléctica, sino estudiar y desentrañar los problemas en la *plenitud* de su concep-

cion, sondear el derecho y sus manifestaciones en la *totalidad* de los elementos que comprenden.

Bajo esta base tan elemental como sencilla es, á nuestro juicio, como pueden rendir ópimos frutos los ensayos y lucubraciones de la ciencia social en nuestros dias. Miéntras se crea, por ejemplo, que ante la consideracion del interes público debe sacrificarse el particular, el egoismo del ciudadano luchará y reluchará cuanto pueda por mantener incólumes sus fueros y prerogativas, y quebrantar las ligaduras con que la autoridad le aprisiona: miéntras se crea que el derecho, como abstraccion, puede colocarse en las alturas del individualismo, todos los sacrificios parecerán onerosos y desdorantes, siquiera se impongan en nombre del interes comun, porque, como decia gráficamente Bossuet, «no hay derecho contra el derecho.» Otra cosa sucederia, á nuestro entender, si la idea jurídica se formulase desde los primeros albores de la vida del hombre en un sentido más armónico y complejo, en conformidad con su naturaleza y de modo que, áun como concepcion filosófica, se formulara relativamente y hallase su propio límite en el derecho de los demas. Este, repetimos, debe ser el eje, el punto de apoyo de las ciencias sociales, y así manifestaron vislumbrarlo ya ciertos esclarecidos filósofos que fueron un dia gloria y ornamento de la escuela constitucional francesa, tan poco atendida en el momento histórico que alcanzamos. Divorciar la teoría y la práctica en el campo político; aceptar en las alturas de la filosofía lo que en la práctica del gobierno se condena; reconocer un derecho en sentido humano y universal, y después eludirlo y falsearlo y desnaturalizarlo por razon de las circunstancias, nos parece un contrasentido. Armar al ciudadano de derechos absolutos é imprescriptibles contra la sociedad y el poder, y obligarle después por la fuerza á que los renuncie y deponga en aras del bien público, es un artificio menguado que con razon anatematiza el radicalismo de la época.

Fundados en esta consideracion, hemos creido siempre que las grandes batallas de la política han de reñirse necesariamente en otro campo, el de la especulacion filosófica y la metafísica del derecho. Hoy se hallan en cierto grado de desprestigio las escuelas conservadoras, y es porque, aspirando á cimentarse sobre el pedestal de los intereses, miraron con indiferencia, ya que no con mal disimulada fruicion, los pasos y conquistas del individualismo. Probablemente disfrutaran de mayor prestigio, si en vez de hala-

gar á su rival en las primeras evoluciones y de pensar en atajarle el paso por medios puramente materiales cuando se manifestó con todo el lleno de su fuerza y lozanía, hubieran tratado de seguirla y ahondarla en su generacion interna para llenar á tiempo sus vacíos, condenar sus intemperancias y corregir sus desviaciones. Más fácil, mucho más fácil que torcer el curso del rio caudaloso cuando ya lo arrollaba todo, hubiera sido salirle al encuentro en hora oportuna: entónces, la misma ciencia les proporcionara medios de sobra y recursos suficientes para demostrar que *no todo lo ideal es real*, que una observacion incompleta puede alucinar á la juventud entusiasta é irreflexiva, pero no al hombre de gobierno avezado al estudio de los problemas en la integridad de sus factores y elementos; y, por último, que la imposibilidad de hacer prácticas ciertas teorías, si algo demuestra, no es contra los pueblos y su estado de ilustracion, sino contra la verdad fundamental de la doctrina que intentaba pasar plaza de científica.

Pero, cerrando esta ligera digresion, podemos recapitular el sentido de las reflexiones precedentes, diciendo que, la idea del derecho, ó no tiene realidad objetiva fuera de la abstraccion, ó debe ser proclamada por la misma ciencia en armonía con la naturaleza del hombre y las influencias que le modifican.

Ahora bien: si esto decimos de la idea del derecho en toda su latitud; si no concebimos un solo derecho, aun en la esfera civil, que merezca tal calificacion y dictado desde el momento en que ataca el bien público y vulnera el interes de los demás, ¿qué dirémos de los llamados derechos políticos? Por la mera consideracion de los antecedentes sentados, aunque tuvieran el carácter de derechos con una claridad y evidencia que nádie acertase á desconocerla, siempre la idea de la limitacion estaria en la esencia de los expresados derechos. Y esta circunstancia bastará ya por sí sola para hacerlos descender del mundo impalpable y etéreo de la abstraccion en que el individualismo los formula como absolutos á la realidad de la vida en que, para existir, necesitan indeclinablemente condicionarse y enlazarse de manera que el ejercicio del derecho por cada uno de los ciudadanos no sirva de obstáculo á la libertad comun. Esto prescindiendo de que, como verémos más adelante, ni siquiera en tal concepto puede admitirse la legitimidad del derecho político; y que, hacer radicar el sufragio, por ejemplo, en las facultades del alma y en la psicología racional,

léjos de representar un progreso como suponen los panegiristas de esta idea, destruye por su base la ciencia política y sacrifica á las exigencias de una mera hipótesis todo el tesoro de las enseñanzas y los preceptos que hasta la hora presente habia logrado conquistar.

Entre tanto, no se olvide que, en la existencia y conservacion de todo Gobierno, sea el que fuere, hay siempre dos elementos, dos órdenes de ideas que se presentan á la consideracion del filósofo: el elemento externo y formalista, y el interno; el sistema en sí, dada su armazon, su organismo, sus relaciones, su contextura político-administrativa; y aparte de esto, la atmósfera moral, el conjunto de los sentimientos, creencias y opiniones que fermentan y se desenvuelven á su alrededor, y que unas veces le prestan sávia nutritiva, así como en otras ocasiones le sirven de rémora neutralizando su accion y haciendo fracasar sus más generosos y levantados propósitos.

Este fenómeno, dijimos, viene observándose en la vida de los pueblos, así antiguos como modernos; pero, en honor de la verdad, es fuerza dejar sentado tambien que la energía de las influencias morales es relativamente mayor al compás que se desarrollan los gobiernos libres (1). En estos últimos campea potente y desembarazada la autoridad de las ideas y de los sentimientos; experiméntase de un modo más directo el influjo de la opinion en la variedad de sus estímulos y resortes, y si la ley retira el amparo, el dique de su accion protectora, es porque tiene la seguridad de que con mayores ventajas será remplazada, en lo preventivo, por la espontaneidad del ciudadano, y en lo represivo por los fallos y anatemas de la conciencia pública. «Dad al más civilizado de los pueblos europeos—ha dicho Krause—una Constitucion fundada sobre la idea de la sociedad fundamental humana: el pueblo, sin embargo, no sostendrá esta organizacion sino cuando ella corresponda á su cultura histórica como pueblo, su moral (costumbres), su ciencia, su vida económica y demás.» (2)

(1) Esta idea tiene en su favor el voto de las escuelas políticas más radicales, y, en caso necesario, podriamos apoyarla con textos muy explícitos de Julio Simon, Barthelemy Saint-Hilaire, Julio Favre, Gambetta, etc., etc.—Proudhon, aceptándola por su parte, ha demostrado que el programa democrático reclama principalmente la capacidad *positiva* de las masas, y que, aun en el terreno de la ciencia, «el derecho que no se conoce á sí mismo, no es derecho.»

(2) *Ideal de la Humanidad*, trad. española, pág. 71.

De aquí, pues, la grande, grandísima trascendencia que ofrece para las sociedades dotadas de instituciones, en mayor ó menor escala, representativas, el estudio fundamental del problema de la capacidad política.

II.

Fijando la atencion por algunos instantes en la fórmula del tema que escribimos como epígrafe del presente artículo, á saber, la determinacion de la capacidad política en los sistemas representativos, ocurre desde luego la necesidad de precisar técnicamente el sentido de las distintas voces que comprende la cuestion planteada. Ya que desdichadamente el vocabulario político es tan ocasionado á la vaguedad y á la anfibología, la primera tarea de sus cultivadores debe ser siempre fijar el sentido de los términos y explicar la tecnología que adoptan, siguiendo puntualísimamente en esta parte el consejo de Pascal, que recomendaba la conveniencia de definir á tiempo para no tener que disputar más tarde.

Obsérvese, ante todo, que la cuestion pertenece de lleno á la política fundamental de los pueblos y no á la de circunstancias; que se refiere á las bases de la ciencia y al criterio constante, no al mecanismo concreto de una raza, de un país ó de un período determinado.

Seguidamente nos sale al encuentro la palabra «capacidad» y, fijándonos en su significacion activa, deducirémos que el propósito del tema no es contentarse con una apariencia, con una regla meramente convencional, con un rasero absoluto de igualdad entre el que sabe y el que no sabe; sino de inquirir y determinar donde se halla la capacidad efectiva, *de hecho*, al traves de los múltiples elementos y fuerza que un estado encierra.

Además, la pregunta no se concreta á la Monarquía constitucional, sino que se extiende á las formas representativas en su mayor latitud. Todo Gobierno que gira sobre el eje de la representacion, que presupone y entraña delegacion de poderes, está comprendido en la fórmula del problema. La cuestion, por lo tanto, no es de Monarquía ó República; comprende en su anchuroso territorio desde la Monarquía constitucional hasta la República. ¿Y por qué no el absolutismo? preguntará tal vez alguno de nuestros leyentes. ¿No es compatible tambien con el principio de la repre-

sentacion, dado que generalmente admite la existencia de Cámaras encargadas de traducir y formular los votos y aspiraciones de la sociedad, y acordar subsidios, etc.?—Creemos que nó: el principio de representacion á que se alude es una *gracia* á favor del soberano, no una consecuencia de la soberanía colectiva del pueblo tal como la proclama el derecho moderno. Así el Conde Balbo, uno de los más descollantes publicistas de nuestro tiempo, y que supo consagrarse con amor y solicitud á ilustrar los problemas del sistema representativo, distinguia oportunamente (1) entre Monarquía *pura* (ó Gobierno sin Cámaras), Monarquía con Cámaras de carácter *consultivo* y Monarquía templada por la representacion pública, ó sea, con Cámaras fundadas sobre el elemento *deliberativo*. Y es sabido que el egregio historiador de la Monarquía representativa en Italia reservaba semejante calificacion para el tercero de los sistemas, cuyos contornos acabamos de bosquejar.

En la historia de la ciencia no puede decirse que la idea de César Balbo constituya una novedad.

El ilustre Montesquieu, en su *Espíritu de las leyes*, que para el autor de estas líneas y otras muchas personas, es la obra más original y rica de intuiciones con que se honra la política, separaba ya la Monarquía de la República empleando una distincion parecida, y llamando republicano á todo gobierno que admitiese, en mayor ó menor escala, el principio del derecho popular; así que, para él dentro de la periferia republicana se comprendia gran variedad de mecanismos ó sistemas, desde el representativo ó de Inglaterra hasta la República federal; cuya distincion hallamos tambien virtualmente prohijada en los escritos del filósofo Kant, y otros más modernos de autoridad reconocida (2).

Continuando en la explicacion del tema, es de advertir, que las palabras «capacidad política» no constituyen una idea absoluta, sino relativa en dos conceptos: primero, por lo que respecta y trasciende á los fines de la política en sí; y segundo, porque las condicio-

(1) Fragmentos sobre política cristiana, por C. Balbo.

(2) Entre ellos nos permitirémos citar á Talleyrand que, después de haber examinado el espíritu del Gobierno inglés comparándolo con el de los Estados-Unidos, decia :—« A pesar de los nombres de Monarquía y República con que se decoran respectivamente ámbos gobiernos, no ofrecen diferencia sustancial: en la Constitucion representativa de Inglaterra hay algo de republicano, así como algo de monárquico en el poder ejecutivo de América. »

nes de la capacidad, como sujetas á várias influencias de órden exterior, son susceptibles de aumento ó disminucion en la vida social.

Por último, fáltanos determinar el sentido en que tomamos la ciencia política. No es otro que el usual y corriente. Los publicistas suelen definirla como el ramo del saber que se ocupa en la organizacion de los poderes públicos. Pues bien; empleada la palabra como adjetivo no por esto pierde su significado, sino que de acuerdo con él determina los atributos de otra que le precede. En su consecuencia, unida con el vocablo «capacidad,» vale tanto como expresar, «la disposicion ó aptitud para el fin político;» ó, adoptando una fórmula más sintética, «el hecho de utilizar y dirigir en cada período histórico las fuerzas vivas y los elementos de la sociedad para la organizacion del poder.»

Y establecidas tan sumariamente estas definiciones preliminares, bien podemos entrar de lleno en el exámen de la cuestion.

III.

Dos sistemas luchan frente á frente en el estádio de la política por lo relativo á la cuestion de capacidad: el criterio individualista, ó que busca su apoyo en los *derechos* del hombre; y el que procura resolverla, no como principio jurídico, sino de conveniencia general y como medio de satisfacer la necesidad que experimentan las naciones, *colectivamente* apreciadas, de organizar el poder en la forma más racional dada la situacion en que se hallan. Ambas teorías convienen en una cosa, por más que difieran en otras muchas: en reconocer que la nacion tiene la soberanía *constituyente*, es decir, la facultad de regirse por sí misma y adoptar las leyes que cree oportunas. La primera, sin embargo, busca la expresion de la soberanía nacional en la suma de los derechos individuales, que es, como si dijéramos, en la masa, en el agregado atomístico de las fuerzas; al paso que la segunda se limita á reconocer la soberanía como atribucion de la entidad social *tomada en conjunto* y prescindiendo del modo como la ejercita en lo interior (1). Para los partidarios del primer sistema, la soberanía

(1) B. Constant.

del pueblo lleva inviscerada ó trae como consecuencia la soberanía del individuo; para los del segundo, la nacion es soberana como entidad; pero en la realizacion del fin político, como de los demás fines humanos, debe estar subordinada á las influencias relativas que mejor pueden conducirla al resultado que desea.

Dado que el gobierno popular ó *deliberativo*, tiene por objeto extraer la suma de las influencias legítimas que una sociedad atesora, y lo que un escritor eminente apellidaba, por gráfica manera «la razon pública» de los estados, á fin de aplicarla beneficiosamente á la gobernacion de los mismos, se comprende desde luego que sólo por un abuso de lenguaje y en alas del espíritu de sistema, ha podido convertirse el *medio* en *fin*, planteando como cuestion de derecho individual la que lo es esencialmente de conveniencia y de utilidad comun. El deseo de enaltecer y sublimar al hombre, ha hecho que poco á poco se hayan ido asimilando dos ideas de carácter distinto: el derecho civil y el político. Y, sin embargo, la diferencia entre ámbos es tan notoria, que los más radicales y obstinados individualistas por poco que se fijen en el asunto, tienen que reconocer á la postre la diferencia fundamental que entre ellos existe.

En el derecho civil el primer factor es el indivíduo y su condicion propia la libertad. El hombre como tal tiene existencia civil, y llegando á la plenitud de sus facultades, determinada por la edad, es libre miéntras no lastime ni vulnere las condiciones de la libertad ajena. Por más que la idea de derecho en su generacion filosófica se eslabone y desenvuelva como consecuencia del destino que Dios impuso á la criatura y que se presenta, en cierto modo, como correlativo de la nocion del deber, la autoridad pública, dando á Dios lo que es de Dios, propende á prescindir del orígen interno de los actos fijándose en su naturaleza exterior y su trascendencia sobre los demás hombres. Dentro de estos límites la personalidad campea desembarazada en el terreno civil, sucediendo lo que con tanta lucidez expresaba ya el derecho romano al sentar el principio de que *non omne quod licet honestum est*. Con efecto: la libertad civil representa en la práctica algo más que el cumplimiento de nuestros deberes morales y religiosos; representa tambien la posibilidad de olvidarlos y quebrantarlos, de descuidar nuestros intereses, de perjudicar nuestra salud, quizás la de arruinarnos y perdernos. Y el derecho respeta esta facultad, siquiera

abusiva en el terreno moral, miéntras con ella no se menoscabe la personalidad ó el derecho de un tercero. De forma que en este punto el instinto de los pueblos se adelantó á la filosofía de Kant, que modernamente busca la condicion del derecho en su carácter exterior ó social, es decir, en la posibilidad de que se realice conciliando y armonizando la libertad de uno con la de todos. Ahrens decia que este principio constituye en el fondo la fórmula del liberalismo moderno: nosotros, ampliando el sentido de esta observacion, no vacilamos en aseverar que desde los orígenes de la civilizacion el espíritu liberal se ha presentado siempre revestido con la misma fórmula. De aquí que, por una feliz inconsecuencia á primera vista difícil de explicar, ningun poder civil, sacerdotal ó militar, por absoluto, por centralizador y tiránico que haya sido, ha tratado de confundir prácticamente lo jurídico con lo moral. Por el contrario, quizás en esta materia es más lo perdido que lo conquistado; quizás por dar mayor simetría y regularidad á la familia y á los variados círculos de la vida civil, algunas sociedades modernas respetan lo íntimo de la individualidad en ménos de lo que debieran, dando razon y oportunidad á la perspícua observacion de la Baronesa de Staël cuando, haciendo rostro á las preocupaciones y arrogancias de su tiempo, decia que en cierto concepto la libertad es antigua y el despotismo moderno.

Como quiera, nádie será osado á controvertir que en la esfera del derecho civil, el primer factor es el indvíduo, y su estado natural la libertad. En los ámbitos del derecho á que nos referimos domina el personalismo, y las consideraciones del bien público, de la utilidad general, del provecho comun le salen al encuentro únicamente como limitacion, como valla, como correctivo.

Ahora bien; es esta misma la esencia del derecho político?—Sin vacilar contestamos negativamente. Por sus fundamentos, por su fin, por los medios que emplea es señaladamente social. Aunque se encamina al bien de los indivíduos, los abraza en conjunto y no particularmente. En su terreno la consideracion de la utilidad personal es secundaria: la mira preponderante es que logre realizarse la mision de la política segun las circunstancias y condiciones de cada pueblo. Por manera que, así como el derecho civil, siquiera lo estatuyan y garanticen los códigos, descansa principalmente sobre el elemento subjetivo, en la esfera de la política campea el principio contrario. La meta de sus aspiraciones es la

mayor perfeccion relativa en el organismo de los poderes, y aquel sistema político es más aceptable y digno de loa que mejor asegura la realizacion de este fin. Ya verémos más adelante que en este punto han debido convenir, sino de un modo expreso, virtualmente, los mismos partidarios de la escuela individualista.

Semejante distincion entre el carácter del derecho civil y el político, aparece fundamentalmente en esta materia, y no debe extrañarse que nos hayamos detenido en su determinacion: ella es á todas luces necesaria para que, tratando de buscar el fundamento de la capacidad en el órden político, este problema pueda presentarse en debidas condiciones de luz y perspectiva.

Pero, ántes de pasar adelante en nuestro estudio, necesitamos hacer alto en la manera como la escuela radical decide la cuestion, y tanto más en cuanto várias de las ideas que nosotros tenemos por erróneas y eminentemente sofísticas, como engendradas por una falsa nocion del hombre, de la sociedad y del poder, léjos de haber caido en descrédito, tienen todavía fervientes partidarios y disfrutan entre el pueblo de insólita privanza.

La democracia moderna, al proclamar el principio del sufragio universal como base de organizacion para los poderes, no siempre lo hace inspirándose en los sentimientos de la época en que vive, ni en razones de utilidad comun y de conveniencia social; sino que ganosa de dar á su doctrina fundamentos sólidos busca el orígen, la raíz del derecho político en la naturaleza del hombre y hasta la determina por alguna de sus facultades psicológicas. En opinion de esta escuela, la capacidad de que tratamos no es una capacidad especial que los Gobiernos deban buscar y discernir; es una forma de la capacidad moral y civil comun á todos los hombres que viven en sociedad. Entre los demócratas, sin embargo, no se observa completa unidad de doctrina respecto de cuál sea, entre las facultades del alma, la que sirve de fundamento al derecho político. Para unos es la inteligencia; para otros la libertad ó la facultad de querer; hay tambien quien busca su fundamento en la naturaleza social que Dios impuso á la criatura. Pero de todas maneras, la escuela á que nos referimos *tiende* á borrar las diferencias entre la esfera civil y la política del derecho, haciendo que este último se formule como un todo completo, como una idea compuesta de elementos inseparables y derivada lógicamente de la naturaleza moral y psicológica del indivíduo.

De intento subrayamos una palabra en la frase antecedente, porque ella contiene, á nuestro juicio, el punto vulnerable de la cuestion. La democracia, hemos dicho, *tiende* á borrar las diferencias entre el derecho civil y el político; pero nada más. Los datos filosóficos que se recogen y acumulan como prévios, bastan para determinar una *tendencia*, no para constituir una *ley* que es lo que procederia en buena lógica si la doctrina tuviese un carácter rigurosamente científico. Nos explicarémos. ¿Qué importa la tendencia á cimentar el derecho sobre la base de la psicología, si poco después la aplicacion vuelve la espalda al principio? ¿Qué importa pregonar á campana tañida la especie de que el derecho político nace de la libertad, de la inteligencia ó de la sociabilidad, cualidades *comunes* á todos los hombres, si después se incide en la extraña contradiccion de negar el derecho de sufragio á los que son por su naturaleza sociables, inteligentes y libres? ¿Qué importa motejar de tiránicos y usurpadores á los Gobiernos que se arrogaron la facultad de discernir la capacidad política de los ciudadanos buscándola en las esferas de la capacidad positiva, si al fin y al cabo los heraldos y preconizadores del nuevo derecho adoptan en un círculo más ámplio idénticos procedimientos?

Y que estas no son acusaciones nuestras puramente gratuitas, lo patentiza el espectáculo de la manera como se aplica en todas partes la teoría del sufragio universal. Ningun Gobierno lo ha otorgado hasta ahora como consecuencia de los principios psicológicos. Porque si su base es la existencia del indivíduo, debe ser comun á cuantos existen con independencia de las condiciones de sexo y edad. Si radica en la inteligencia, en la libertad ó en la sociabilidad, no se comprende la exclusion de las mujeres y de los menores. Si el poder no está facultado para limitar y condicionar el derecho individual, ni siquiera podrá cohonestarse que sólo garantice su ejercicio desde la edad de 25 ó 21 años. Sed lógicos, partidarios del sufragio universal; si la razon de vuestro sistema se halla en datos de carácter psicológico, ¿por qué más tarde sacrificais la psicología á la conveniencia social? Si la cuestion es de conveniencia y de capacidad efectiva, ¿por qué afectais convertirla en problema psicológico?

Ante estas consideraciones verdaderamente ineludibles, porque la lógica no tiene entrañas, como decia el Sr. Pi y Margall, se oponen hace tiempo livianos argumentos.

Se ha dicho primeramente que todo principio admite excepciones, y que éstas si algo prueban, es la existencia de la regla.

Pero dejando aparte que una ley científica, siendo tal no puede admitir excepciones que destruyan la fuerza del principio sobre que reposa, es el caso que en todas las sociedades democráticas del mundo la excepcion representa numéricamente más, muchísimo más que la regla. La estadística, por ejemplo, demuestra que con leves, levísimas excepciones locales, la poblacion femenina (excluida del sufragio) supera á la masculina y así sucede tambien en España, como lo observa D. Fermin Caballero. Por otra parte, eliminados del derecho electoral los menores de 25 años, *á despecho de su integridad psicológica*, la cifra de los votantes masculinos queda considerablemente menoscabada; de suerte que, merced á tales descuentos y reducciones, la suma de los que tienen derecho electoral no llega á la tercera parte de la poblacion efectiva, ó sea de los séres dotados de las condiciones de inteligencia, libertad ó sociabilidad en que especulativa y fundamentalmente pretendió apoyarse la regla.

Esta, pues, en los Estados más democráticos no será nunca la realizacion del sufragio *universal*; por el contrario, la regla es quedar excluidos del sufragio la mayor parte de los séres inteligentes y libres que viven en la sociedad, reduciéndose y vinculándose la presuncion de capacidad á favor de «los varones mayores de veinticinco años.»

Y cuenta que tampoco logran satisfacernos las razones en que la escuela democrática funda la exclusion de los niños y de las mujeres. A la luz del criterio doctrinario tendrian ellas fuerza incontrastable, lo reconocemos; de nada sirven contra la inviolabilidad de un derecho que se supone *preexistente* á la ley y *anterior* al mismo poder.

Cuando se repite la gastada muletilla de que la mujer ha nacido, no para descender al estádio de nuestras contiendas y vivir en la atmósfera de las banderías y las recriminaciones, sino para ser el ángel del hogar, y de que los jóvenes no tienen discernimiento bastante para llenar conscientemente los derechos políticos, lo que se hace en hecho de verdad es sentar la planta mal segura en el terreno de los doctrinarios, capitular y transigir con el *más y el ménos* de las escuelas caidas, y, en una palabra, dar lugar á que los Gobiernos previsores, por la misma regla de criterio

con que se determina y condiciona el derecho excluyendo á los niños y á las mujeres, y quizás con mayoría de razon, excluyan de los comicios electorales á ciertas clases y agrupaciones no ménos tornadizas é inconscientes. De modo que en este asunto se presenta un dilema inflexible: ó el derecho radica en la individualidad, y en este caso el poder es impotente para negarlo, ó corresponde al Estado determinar quiénes son los capaces bajo la idea de la utilidad social, y en este caso el principio debe aceptarse con todas sus consecuencias.

Como quiera, importa dejar sentado que el criterio democrático que se impuso en nombre de la filosofía, no es nunca lógico con su principio. Habla de sufragio universal, y lo establece limitado. Tronaba contra los partidos medios que se atrevian á determinar dónde estaba la capacidad, y ella la determina á su vez. Quiso huir de las conveniencias y de las transacciones para cimentarse sobre una teoría filosófica perenne, y después de proclamarla la relega al olvido. Anatematiza la ficcion de que en ciertas condiciones sociales podia presumirse la capacidad, y establece la más insostenible todavía de que son capaces todos los varones mayores de 25 años. Dolíase de que, por razones de utilidad pública, un hombre de talento pudiese verse postergado á otro ignorante, siquiera rico, y ha debido acabar por hacerse tributaria de la fisiología, es decir, por dar al sexo y á la edad lo que niega á la inteligencia y á la moralidad. Y el caso es, que semejante evolucion política se preparó y efectuó á nombre de un elevado espiritualismo; tratábase de enaltecer y glorificar la dignidad humana y purificar la atmósfera social, y el resultado de tantas vigilias, de tanta declamacion y tanto vocerío ha sido la victoria, el prevalecimiento de la tendencia igualitaria en lo que tiene de más grosero y materialista. Así lo van comprendiendo ya los países que saludaron, henchidos de gozo, el advenimiento de la era democrática destinada á regenerar la tierra, ó que cuando ménos, miraban con simpatía y benevolencia la propagacion y dilatacion de las teorías revolucionarias, y á la hora presente ciertos razonamientos que deslumbraban ántes á los incautos por su aparente trabazon, exactitud y robustez, van quedando relegados á la condicion de un puro espejismo de la inteligencia tan mentiroso como seductor.

(Se continuará.)

José Leopoldo Feu.

FILÓSOFOS ESPAÑOLES.

JUAN HUARTE.

"Nongorgonas harpiasque in-
"venies; hominem solum página
"nostra sapit.

MARCIAL.

Si hay alguna obra digna de pasar á la posteridad, si alguna existe que resuma en sí el voto de los sábios, el sufragio de los eruditos y la sancion del mundo filosófico, es sin disputa *El Exámen de Ingénios* del ilustre médico español JUAN DE DIOS HUARTE.

Nada hay más grande, nada más sublime que remontarse á cuestiones difíciles é importantes para el porvenir de la sociedad humana; nada más útil y necesario que conocer ese arcano de la creacion, ese sér complicado á quien se llama hombre, y cuya sola consideracion reune en sí lo más bello y elevado de las meditaciones del mismo; pues sólo á éste es dado contemplar el universo y referirlo todo á su propia existencia. No es extraño, pues, que Pope haya dicho con tanta verdad como elocuencia, «que el estudio más propio de la naturaleza humana, era el hombre mismo.»

Si el estudio de este ente maravilloso es tan difícil, considerándolo en su estado físico como la criatura más perfecta, ¿cuánto más intrincado y confuso debe aparecer al contemplarle en la forma su carácter específico, en las producciones de su ingénio y en las facultades creatrices de este mismo talento? ¡Qué erudicion tan vasta es necesaria para fallar con buen juicio y fino criterio del mérito de una obra, toda ella dedicada á los problemas más árduos y difí-

ciles del inmenso estudio del hombre; qué de pruebas y datos se han menester para poder decir en qué punto está la verdad y en cuál el error; y finalmente, qué precision de ingénio para apreciar en su justo valor una produccion, que apénas leida, seduce y arrastra hácia sí la admiracion del lector!

Juan Huarte (navarro, esto es, natural de San Juan del Pié del Puerto), debió estudiar los primeros años en su pueblo natural, y después pasó á hacer sus estudios á Huesca, en cuya Universidad se licenció, sin que hasta hoy se sepa la data de su nacimiento, ni su matrícula en Huesca, pues es difícil averiguar lo uno y lo otro, por los trastornos de los archivos, así de su pueblo (que hoy es del dominio frances), como de la Universidad de Huesca (que hoy no existe), y por lo tanto conjetural cuanto sobre esto se ha escrito..

No es ménos conjetural el que viajase por España, y es suposicion gratuita el que hubiese compuesto su libro á su vuelta de Huesca, porque no está averiguado, y tenemos fundados motivos para creer lo contrario. En efecto, apénas concluida su carrera, la practicó sin duda en Huesca; pero está averiguado que en 1566 estaba en Granada ejerciendo la Medicina, lo cual consta por motivo de una peste que se padeció en Baeza en dicho año, y D. Juan Huarte, médico en Granada, ofreció al Rey cortar la dicha peste, como en efecto lo logró: por cuya razon el Ayuntamiento de Baeza, agradecido á este singular servicio, representó á S. M. pidiendo le autorizase para señalar al Doctor Huarte una renta anual de doscientas fanegas de trigo sobre el pósito de Baeza, á fin de que permaneciese en dicha ciudad, pues la plaza titular estaba servida y provista.

El Rey concedió esta gracia: Huarte admitió la propuesta, y residió en Baeza muchos años, sin que se haya podido averiguar si llegó á ser médico titular, ni si murió aquí, aunque es lo probable, porque su hijo D. Luis dió en Baeza una edicion de la obra de su padre, en 1594, siendo éste ya difunto.

El Doctor Huarte fué casado y tuvo un hijo, llamado Luis, como consta de la aprobacion de la edicion de Baeza en 1594: murió pobre tan esclarecido ingénio, pues de aquella misma aprobacion consta que los *únicos bienes* que habia dejado á su hijo, fueron la propiedad de su obra.

Leyendo este ingenioso autor el libro de Galeno, *De la relacion*

que tienen los temperamentos y las costumbres, se excitó su curiosidad, y esto dió ocasion á que él escribiese su preciosa obra del *Exámen de los Ingénios*, la cual concluyó no se sabe cuándo, pues, aunque el Sr. Chinchilla dice que fué en 1557, por estar aprobada en 11 de Agosto de 1574, y por lo mismo la obra no estuvo sin publicar ni treinta y seis años como dice Chinchilla, ni veintitres como afirma el Doctor Martinez, sino que se publicó al año siguiente de 1575 en Baeza. Estas equivocaciones han nacido, de que Chinchilla consideró como primitiva la de 1580 de Bilbao, que no es, como probarémos superabundantemente.

En efecto, la primera edicion es la de Baeza de 1575, que fué costeada por el señor Conde Garcés, por carecer de fondos el autor JUAN DE HUARTE.

Apénas se publicó la obra, llovieron muchas impugnaciones, motivo por el cual se prohibió y se expurgó (á pesar de estar aprobada por Fray Lorenzo de Villavicencio en 25 de Abril de 1574), cosa notable, pues este fraile era tan reputado en aquella época, que parece mentira se atreviesen contra una obra cuya *doctrina toda es católica y sana*, en sentir de dicho fraile; pero cuya autoridad y celo, y sus servicios como espía de Felipe II en Alemania para rozarse con los protestantes españoles y averiguar sus planes, no sirvieron ni á él tampoco de escudo á la obra del Doctor HUARTE, pues pudo más la intolerancia que las cualidades del autor y del aprobante.

Entre los impugnadores de JUAN HUARTE, se encuentra un jóven de raro mérito, que dirigió al autor una obra manuscrita (escrita en Córdoba en el mes de Febrero de 1578), y su edad á los veintiun años, en el curso de 4.° teología, de nombre DIEGO ALVAREZ.

Todas las impugnaciones motivaron disgustos á HUARTE, y prueban, á la vez, las mutilaciones, las supresiones, las sustituciones que ha sufrido la obra de tan insigne español.

Exámen de la obra. Ya hemos indicado que la primitiva edicion es la de Baeza en 1575, y sólo nos resta presentar las pruebas fehacientes; hélas aquí.

»*Exámen de ingenios para las scienzias*. Donde se demuestra la »diferencia de habilidades que hay en los hombres, y el género de »letras que á cada uno responde en particular. Es obra donde el »que leyere con atencion hallará la manera de su ingenio y sabrá »escoger la ciencia en que más ha de aprovechar; y si por ventu-

»ra la hubiere ya profesado, entenderá si atinó á la que pedia su »habilidad natural. Compuesta por el Doctor JUAN DE HUARTE de »San Juan, natural de San Juan del Pié del Puerto. Va dirigida á »la magestad del rey N. S., cuyo ingenio se declara exemplifican»do las reglas y preceptos de esta doctrina. Con privilegio real de »Castilla y Aragon. Con licencia impreso en Baeza en casa de Juan »Bautista 1575.»

Laudetur Christus in æternum.

»A loor y gloria de nuestro Señor Jesucristo y de su bendita »Madre la Vírgen Santa María, Señora y Abogada nuestra. Hace »fin el presente libro, intitulado *Exámen de Ingénios*, *para las »scienzias*. Acabóse á veinte y tres dias del mes de Febrero, año »del nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo de mil y quinientos »y setenta y cinco años. Fué impreso en la muy noble y muy leal »y antigua ciudad de Baeza. En casa de Juan Bautista Montoya, »impresor de libros.»

Esta es la portada, y no pos-portada final, de la primitiva edicion de Baeza. Como todo cuanto se diga de esta ave fenix de nuestra literatura es poco, añadiré algunas otras noticias.

En primer lugar hay un escudo de armas con una guirnalda de flores y una cruz en medio, con este lema.—*O crux ave spes unica*», y alrededor en la cenefa este otro. —«† *Nos autem gloriari oportet in cruce domini nostri Jesu-Christi* †», con estas crucecitas en los cuatro. Existe primero el privilegio.

En esta edicion primitiva hay la aprobacion de fray Lorenzo de Villavicencio, fecha en Madrid á 25 del mes de Abril de 1571. Y firma por mandato de S. M., Antonio Eraso.

«He visto el libro, y su doctrina toda es católica y sana, sin que »sea contraria á nuestra madre la Iglesia de Roma. Sin esto es doc»trina de grande y nuevo ingénio, fundada y sacada de la mejor »filosofía que puede enseñarse. Toca algunos lugares de la Sagrada »Escritura muy eruditamente declarados. Su principal argumento »es tan necesario de considerar de todos los padres de familia, que »si siguiesen lo que en este libro se advierte, la Iglesia, la repú»blica y las familias tendrian singulares ministros y sujetos impor»tantísimos. Esto me parece, salvo el mejor juicio.»

Sigue á esta aprobacion, la del Consejo de Aragon que dice así: «He visto y examinado el libro intitulado *Exámen de Ingenios*,

»compuesto por el doctor JUAN HUARTE (navarro), natural de San »Juan del Pié del Puerto; paréceme obra católica en que el autor »muestra singular ingenio inventivo, y ejercitado en subtil filoso»fía natural. Su argumento es exquisito entre todos los que yo he »visto y oido en su género. Y si se probase, sería (sin duda) de im»portante utilidad á la república. Tengo por provechoso el haberlo »reducido á tales términos que los ingénios puedan ejercitarse y »descubrir algunos naturales de los que el autor ofrece.»

»Parésceme que se le debe dar licencia para imprimirlo. Esto »me paresce, debajo de otro mejor juicio á que me remito. En »Madrid Agosto once de 1574. El Doctor Heredia.» Por este trozo original, se ve la equivocacion y anacronismo de fecha que se ha cometido por los que afirman y ponen la aprobacion en 1557, siendo como se vé en 1574.

Á esta licencia y aprobacion del Doctor Heredia, sigue la del Rey para Aragon. — «Fecha en Madrid á 15 de Agosto de 1574. »V. D. Bernar. Vicecan. V. Comes. g. V. Campi R. V. Plá R. »Dominus Rex mandavit mihi Petro Frapnesa visa per D. Berna»dum vice-cancel, comitem gene. thesaurarum sentis Campi »Terza et Plá. Regentes. Cano. et Talayero pro conservatore ge»nerali in diver. fin. X.cIXIX. V. Talayer per comisio genera. V. »Sentis R. V. Tersa. R.»

Tal es la edicion de Baeza, la primitiva, tan rara que jamas he visto dos ejemplares. Por el relato hecho, se ve el inmenso valor que tiene.

La edicion valenciana se diferencia de la primitiva, en que al fin del segundo proemio se añade: «¡O quan bueno y felice sería »para la buena administracion de la república, el acercar á unir »la scienzia *con el ingenio* y talento de cada uno!»

»Sed pauci, quos æquus amabit!»

Exámen de Ingenios.... Al Rey Don Felipe II. En Huesca en casa de Juan Perez de Valdivieso, año 1581. Esta edicion es en 8.°, de 406 páginas, más dos de tabla al fin. La licencia está dada por el Vicario de Huesca el Dr. D. Pablo Lozano en 16 de Agosto de 1581. Sigue la aprobacion de Fr. Lorenzo de Villavicencio, la del Dr. Heredia, y últimamente la de Fr. Gabriel de Alva en 1578. Es igual á la de Valencia, con sólo estar impresa un año después.

Además de estas ediciones, existen sin expurgar cinco ediciones españolas. Las ediciones extranjeras, la Plantiniana de 1603, la

de Amsterdam de Juan Ravenstein de 1662, son iguales á las no expurgadas, y pueden consultarse con provecho, porque no son tan raras como las españolas.

Además se han hecho, que nosotros sepamos, las ediciones siguientes:

Venecia, en italiano, por Camilo Camili, en 4.°.	1582
Idem, por Salustius Gratis, id.....	1603
Roma, id.....	1540
Idem, id.....	1619
Strasburgo, en latin, por Astosgonio.....	1612
Anhal, por Escasio Mayor, id.....	1623
Lóndres, por Juan Maire, id.....	1652
Gena, por Samuel Krebl, id.....	1663
Leon (Francia), id.....	1580
Paris.....	1605
Idem, id.....	1675
Colonia.....	1610

Creo que no se nos tachará de prolijos, los que sepan cuán difícil es aclarar hechos literarios, ni de pedantes, los aficionados á literatura, porque las anteriores líneas aclaran una multitud de puntos importantes para la historia de la literatura, y para el conocimiento de uno de los hombres más profundamente pensadores que hemos tenido en España.

Con lo dicho sobre el *Exámen de Ingenios*, se puede formar idea cabal de las vicisitudes bibliográficas, enmiendas y supresiones que ha padecido este magnífico libro. Pasamos ahora á analizarle, pareciéndonos oportuno presentar ántes el juicio que de él han formado vários escritores célebres.

«Aunque del libro del Doctor Huarte, dice el Padre Feijóo en »su carta 28, no pueda esperarse la gran reforma que él pretende, »podrá ser muy útil para otros efectos; porque siendo el autor de »un ingenio supremamente sutil y perspicaz, como consta del elo»gio que de él hace Escasio Mayor, se debe creer que da unas re»glas de especialísima delicadeza para discernir los génios, talen»tos é inclinaciones de los sujetos.» Adviértase que el famoso Benedictino solo conocia á Huarte de oidas, cosa extraña en persona tan erudita, como en la misma carta lo manifiesta.

«Me ha parecido (son palabras de Escasio Mayor, su traductor)

»el más sutil entre los hombres doctos de nuestro siglo, á quien »el público debe tributar supremas estimaciones, y que entre los »escritores más excelentes, cuanto yo conozco, tiene un gran de»recho para ser copiado por todos. Reprodujo en nuestros dias »aquella fugitiva sutileza y libertad de opinar de los sábios anti»guos, que los conducia directamente á su fin, como se ve por el »título de su certámen, para analizar lo más íntimo de la natura»leza, de tal modo y tan felizmente, que toda la posteridad que le »siga se penetrará de su gran mérito.

»La obra de HUARTE, segun Bordeu, está llena de reflexiones »singulares y de un gusto delicado; se lee muy poco á mi parecer, »y merecia un largo comentario.» Concision y verdad, hé aquí la belleza de este juicio crítico, nada sospechoso por cierto, en razon á ser dictado por uno de los más profundos pensadores de Francia.

M. Lavater, este escritor sublime y elocuente, este sabio, amigo y digno compañero de Zimmermann, en su obra sobre la fixiognomía no se olvida de citar entre los que le precedieron á nuestro JUAN HUARTE, especialmente cuando se ocupa de la relacion de las facultades intelectuales y las pasiones con los temperamentos; y su juicio relativamente á nuestro autor es más favorable que el de los demas autores á quienes critica.

Otro escritor moderno se expresa en estos términos: «Fué HUAR»TE una de las especialidades del siglo XV; uno de esos hombres »atrevidos é investigadores; uno de esos libres meditadores que »por la fuerza de su superior ingenio descubren altas verdades..... »Al leer su libro se admira con frecuencia la profundidad y pene»tracion de su autor, y las inducciones filosóficas á que le llevan »sus principios: por todas partes se encuentra la sana observacion, »la reflexion atenta, y aquella especie de virilidad científica, que, »no cediendo nada á las sutilezas de la metafísica ni á las veleida»des del orgullo, marcha derecha á su fin; no juzga sino por los »hechos; no se apoya sino en la experiencia, y constituye la filo»sofía de la sensatez, elevada á la más alta potencia.»

A pesar de todos estos juicios de personas ilustradas, nos parece oportuno añadir algunas palabras sobre esta obra, cuyo mérito literario se diferencia de todas por los principios de fraternidad y tolerancia desconocidos en las demas, por lo mismo que el exámen severo y filosófico no podia ser resistido. No es ciertamente la religion cristiana la que puede temer la discusion de su doctrina:

que ella sale siempre vencedora de la falsa filosofía, y sabe remontar su vuelo majestuoso á las regiones más sublimes, á do no llegan los tiros de la impiedad, por lo mismo que éstos jamas pueden salir del fango en que han sido engendrados.

Duélenos lamentar esta falta de aquellos de nuestros mayores, que por un falso celo, ó mejor dicho, guiados del fanatismo é intolerancia reprobados por los sublimes principios del Hombre-Dios, han producido (acaso sin pensarlo) un mal grave y de trascendencia á su pátria, despojándola de los monumentos de gloria más acrisolada, que pudieran inmortalizarla en la memoria de las futuras generaciones; pero desgraciadamente para España, sólo nos quedan lágrimas que verter sobre la pérdida de manuscritos y obras sepultadas para siempre en el olvido, ó consumidas por las voraces llamas del Santo Oficio. Los que á cada paso nos motejan de atrasados é ignorantes, entren siquiera una vez en razon, y díganos al ménos con sinceridad si la nacion que durante más de trescientos años ha estado bajo la dominacion de semejante tribunal, no ha producido demasiadas obras, y confiesen sin rubor cuánto más hubiera adelantado España bajo Gobiernos ménos fanáticos y más tolerantes. ¿Habrán olvidado los detractores de España su historia, para no ser jamas justos? No creemos que así suceda, pues observamos de algun tiempo á esta parte más justicia cuando se ocupan de España y de sus asuntos; decimos esto, y sentamos estas premisas, porque para hacer nuestro juicio tenemos que remontarnos á la época en que escribió el autor, y comparar su obra con las circunstancias que le rodeaban. Las inteligencias privilegiadas cuya accion influye poderosamente en el desarrollo progresivo de la humanidad, desde este alto punto de vista deben de ser consideradas.

Escribia Juan Huarte bajo el reinado de Felipe II, rey á quien no se ha juzgado completamente por la historia contemporánea, ya por temor, ya por falta de datos, ya, en fin, porque es un verdadero Proteo á quien unos dirigen severos cargos, y á quien otros patrocinan todos sus actos; pero de todos resulta evidentemente que su genio fuerte, su carácter enérgico y su gobierno despótico y firme era suficiente para enervar las fuerzas del más atrevido escritor, especialmente si se ocupaba de asuntos que pudieran atañer más ó ménos directamente al gobierno de los pueblos, y atacar las creencias del rey, dueño de vidas y haciendas, sin más cortapisa

á sus caprichos que su propia voluntad, expresada por una turba de aduladores cortesanos, siempre dispuestos á ejecutarlas servilmente.

En tan desgraciada época, y cuando el poder inquisitorial estaba más en fuerza, es cuando HUARTE se lanza á escribir un *Exámen de Ingenios* y á dedicar un artículo exclusivamente para representar las cualidades de que debiera estar dotado un rey, sin dejar de manifestar las muchas condiciones que exigian los jurisperitos, los sacerdotes, los médicos y todas las clases sociales, atacando preocupaciones arraigadas, tachando abusos, y penetrando en una senda aún desconocida hasta él, teniendo que compaginar por el esfuerzo de su ingenio muchas cosas que si hubiera escrito en época más bonancible no se hubiera curado ni aun de justificarlas. Pues bien, en esa época un hombre solo é ignorado desafía las creencias de su siglo y establece un sistema, el más ingenioso inventado hasta hoy, por los que se han ocupado en sondear el arcano del hombre intelectual y moral. ¿Qué importa que mezcle algunas paradojas que jamas se demostrarán, segun afirma uno de sus críticos, ó que es lástima que á ellas hubiera dado asenso el autor del *Exámen de Ingenios*? Nada absolutamente, nada; pues es necesario esforzarse mucho para probar que si no son verdades, tambien es cierto que en el terreno de lo posible acaso no haya uno que pueda resolverlas más atinadamente; además, HUARTE era hombre, y sabido es que nuestra flaca inteligencia, para una verdad que encuentre, cae en mil errores; querer que HUARTE hubiese acertado en todo, sería pretender un imposible, porque lo es evidentemente pensar que hay hombre infalible, y mucho ménos en ciencias, en que la infalibilidad nunca se alcanza.

La obra de este sábio compatriota es tal, que formó época, no sólo en la literatura pátria, sino en la Europa, y los hombres sábios de todas las naciones aprecian el mérito de este español insigne, cuya obra, escrita con fluidez y lógica profunda, llena de máximas atrevidas y pensamientos grandes, debe considerarse en tanta mayor altura, cuanto que HUARTE no podia aún expresarse sus ideas de filosofía natural (como con muchos rodeos y no sin gracias refiere él mismo), respecto de ciertas cuestiones teológicas, teniendo que acudir siempre al velo misterioso de la fé para sancionar verdades que muy fácil le hubiese sido demostrar, á tener

en su arbitrio cambiar las vallas que se lo impedian; mas sin embargo de esto, él será siempre respetado por los que amantes de la humanidad le consulten, y por el filósofo que le analice y juzgue, remontándose á la época en que escribió, y mirándole como un oráculo de elocuencia, de medicina y de filosofía, dechado de modestia y sencillez, y modelo de virtudes.

Como entre los impugnadores de HUARTE, se ha distinguido un frances sábio y erudito, á saber *Jourdan Guibelet*, médico de Evreux, en su *Exámen del Exámen de Ingenios*, dado á luz en 1631, es decir, cincuenta y seis años después de HUARTE, creemos oportuno, para completar el cuadro, sentará mejor la impugnacion española de DIEGO ALVAREZ, hecha en 1578, tres años después de publicada la edicion de Baeza. Este precioso manuscrito es de sumo valor, y por eso en otro artículo darémos noticia circunstanciada, con lo cual quedará muy esclarecida y fundada la reputacion de HUARTE y ALVAREZ, como competidores; pues entrar en lid con un filósofo á los veinticinco años de edad, el intentarlo sólo es glorioso; pero si consigue corregir al contrario, como lo logró ALVAREZ, es hasta heróico y motivo bastante para pasar á la posteridad.

OCTAVIO MARTICORENA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XXV.

Recibimiento de Silaydi.

Al anochecer entramos en Romalia, y poco después en la casa de Silaydi, que fué recibido con efusion por sus padres y por su hermana. El Sr. Rodulio que estaba allí, dijo, después de las primeras manifestaciones de alegría:

—Ahora, señores, silencio, que quiero que nos cuente Silaydi la aventura de esta noche, en la que se me figura que ha de haber hecho algun papel cierto perillan.... Dónde está?

Y buscaba con la vista á Nottely.

—Ah, ya le veo. Venga V. acá, caballerito, y haga corro con los demás.

El Sr. Nottely obedeció.

—Pues, como iba diciendo,—continuó el Sr. Rodulio,—creo que el referido perillan haya hecho algun papel en la tal aventura; de manera que.... eh, Silaydi, me equivoco acaso?

—No en verdad, no os equivocais, señor, y vais á verlo.

—Cuenta, cuenta,—dijo sonriendo el noble anciano,—pues ardo por saber lo que pasó.

Entónces el Sr. Silaydi, con todo el fuego que le inspiraban su juventud, su nobleza y su agradecimiento, contó la aventura minuciosamente, poniendo nuestro valor en las nubes, y realzando con los colores más vivos la lucha de Nottely con Russilio. Tuvo

tambien la bondad de decir que habia sido yo quien le desatara á él y á sus compañeros, y quien habia salvado la vida al embajador, matando á un bandido que, á traicion, iba á herirle por la espalda.

—Mi querido Soletty,—continuó el Sr. Silaydi,—se batió tambien como un leon: todos, en una palabra, rivalizaron en bravura; pero sobre todo el embajador, pues él fué, señores, el que concibió, dirigió y llevó á cabo este proyecto.

Al oir esto se levantó el Sr. Nomara, y acercándose al embajador, le dijo:

—Desde ayer, Nottely, soy vuestro deudor. Habeis librado de la muerte, ó al ménos de un gran peligro, á mi hijo, y este servicio no se paga sino con un reconocimiento eterno, eterno, y una amistad á toda prueba: contad con ámbas cosas; yo os lo digo.

—Dais, señor,—repuso el jóven,—demasiada importancia á lo sucedido, toda vez que cualquiera en mi lugar hubiera hecho otro tanto. Por lo demás, podeis creer que estimo en todo lo que valen vuestra consideracion y vuestro aprecio.

Dicho esto, despidióse el embajador, y salió de la estancia seguido de la mirada de Aneyda, la cual, durante la narracion de su hermano, habia sentido aumentarse el interes, ya tan grande, que le inspiraba Nottely.

Después que éste marchó, cogió Silaydi del brazo á Nostrendy, y lo condujo al hueco de una ventana, cerca de la cual estaba yo.

—Vamos, querido, cuándo te casas?—dijo el Sr. Silaydi.

—Por mí, mañana,—contestó Nostrendy;—pero....

—Qué?—preguntó el Sr. Silaydi.

—No sé si Aneyda pensará lo mismo,—respondió Nostrendy.

—Bah, pues esperábais más que mi regreso para casaros?

—En eso estábamos; pero....

—Qué diantres de peros son esos, querido? ¿Sabes que no te entiendo? Además, por qué estás tan triste? ¿Qué tienes que apénas puedes hablar? ¿Por qué no te has mostrado más alegre por haberme librado del feroz Russilio? ¿Sabes que esto me ha llamado la atencion? Vamos, qué hay? Háblame con franqueza: ¿es que acaso no amas ya á mi hermana?

—Más que á mi vida,—dijo Nostrendy con viveza.

—Será que ella no te ame?

—Hé ahí lo que no puedo decirte, á lo ménos con seguridad.

—Cómo! ¿Consistirá en mi hermana el que tu matrimonio se retarde?

—Mucho, en verdad, lo temo,—contestó Nostrendy.

—No puede ser, no puede ser. Cómo! ¡Ella tan buena, tan amable, tan dulce!... Te repito que no puede ser, como te lo demostraré sin tardar mucho.

—Entónces te deberé toda mi dicha.

—Me espantas, querido,—dijo el Sr. Silaydi, mirando á su primo sorprendido:—¿entónces Aneyda se niega al matrimonio, por lo visto?

—No digo precisamente que se niegue; pero lo retarda, al ménos, todo lo posible.

—Vamos,—dijo algo más tranquilo el Sr. Silaydi,—ya arreglaré yo todo eso.

—Hazlo, y toda mi sangre no será bastante para pagarte ese servicio.

—Diantre! Mucho amas á Aneyda, querido.

—Que si la amo!—dijo con una sonrisa que tenía algo de extraña el Sr. Nostrendy.—Que si la amo! Dí más bien que estoy loco, poco ménos que frenético por ella, y acertarás.

—No sabes lo que me alegro de ello.

—Por qué?

—Vamos, favor por favor,—dijo, clavando su vista en Nostrendy, el Sr. Silaydi.

—Cómo favor por favor? No te comprendo.

—Sí, que me hagas tú un favor, y que yo te haga otro; ¿consientes?

—Desde luego; dí pronto.

—Pues bien, hermana por hermana; quieres?

—Hermana por hermana!—repuso Nostrendy admirado.

Nomatty, que estaba cerca y oia esta conversacion, perdió el color.

—Sí, hombre, sí,—dijo Silaydi con amable sonrisa; dame á Silody, y yo haré que te den á Aneyda. Hay cosa más natural?

—Cómo! amas tú á mi hermana?—Dijo Nostrendy cada vez más asombrado.

—Con delirio, querido.

—Y te ama ella?

—Dispensa si tengo la presuncion de creer que no le soy indiferente.

—Luego la has tratado en Catilia?

—Ni un dia dejé de verla: desde el primero descubrí en ella mil bellas cualidades, y en mi trato ulterior, vi que que era un ángel. Su hermosura no tiene igual, y su virtud y su juicio son mayores aún que su hermosura. Después de algunas conferencias y súplicas de mi parte, me dió Silody su consentimiento para obtener el tuyo, sin el cual dice que no es posible nuestro enlace. Con que ya ves, querido, que mi felicidad pende ahora de tí, como la tuya pende de mí. ¿Quieres, como te dige ántes, favor por favor, ó lo que es igual, hermana por hermana? Responde.

Fatal por demás era la situacion de Nostrendy. Conocia demasiado las ventajas de aquel enlace, no sólo para su hermana, sino para él, pues era el único medio de casarse seguramente con Aneyda; pero esto, que hubiera sido su suprema felicidad seis meses ántes, era ahora un tormento, recordando el compromiso tan formal como imprudente, que habia contraido con Nomatty. Nostrendy estaba en un suplicio; así es que sólo con palabras confusamente articuladas pudo decir:

—Perdóname, querido Silaydi, si en este momento no acierto á responderte, pues la sorpresa que me ha causado tu noticia fué tan grande, que apénas, como ves, puedo explicarme: déjame reponer un poco, y luego hablarémos de ella cuanto quieras.

—Bueno, bueno,—dijo contrariado ya Silaydi;—pero no te oculto que me sorprende en extremo que no hubieses acogido, en el acto, mi proposicion.

—No te enfades por Dios,—repuso el Sr. Nostrendy,—y concédeme siquiera un momento para reflexionar.

—Los que quieras, amigo,—dijo el Sr. Silaydi con visible frialdad;—pero no extrañes que no te vuelva á tocar este punto hasta que tú lo hagas.

Y diciendo esto, le volvió la espalda, y fué á sentarse junto á Soletty. Apénas se apartó Silaydi corrió Nomatty á unirse á Nostrendy, al cual dijo pálido y temblando:

—Me sacrificarás Nostrendy?

—Déjame,—respondió Nostrendy;—voy á morir, lo sé; pero no faltaré á mi palabra.

—Morir! y por qué?—dijo mirándole con inquietud el señor Nomatty.

—Pueden oirnos aquí,—dijo Nostrendy, echando una mirada

sobre mí, que era el que estaba más cerca:—ven á mi cuarto, y en él te haré ver que soy el más desgraciado de los hombres.

Y se marcharon.

Entre tanto, decia el Sr. Nolatto:

—No tengo la menor duda de que la retirada de Nottely no tiene más motivo que el consejo que va á reunir nuestro Monarca. Nottely jamas falta á sus deberes, y como ayer ha estado fuera, querrá aprovechar esta noche para meditar la cuestion y hablar mañana con el tino y sabiduría que acostumbra.

—Pero entónces, ese diablo de rey,—dijo el Sr. Rodulio,—está empeñado en apoderarse de la Ciliana á todo trance.

—Sí, Rodulio,—dijo el Sr. Nomara;—y segun las últimas noticias que tenemos, las tropas de Catilia están ya muy cerca de Talussa. Además, sabemos que cuenta con socorros poderosos de Rotayde, que le llevará en persona el Príncipe de Nocuara.

—Calla!—dijo el Sr. Rodulio,—¿el que se batió con Nottely en el torneo?

—El mismo,—contestó el Sr. Nomara;—y es un valiente campeon.

—Efectivamente,—dijo el Sr. Nolatto,—y las cosas se van poniendo de tal modo, Príncipe, que no sé adónde irémos á parar.

—Verémos,—dijo el Sr. Nomara:—de todos modos, mañana en el consejo, sabremos á qué atenernos.

—Teneis razon,—contestó el Sr. Nolatto;—sabremos á qué atenernos; pero no sabrémos nunca (y esto es lo que nos importaba) cómo hemos de impedir que un Príncipe, por una ambicion desmesurada, ponga en conflagracion un continente como el nuestro.

—Cierto que valdria más saber eso,—dijo M. Leynoff,—pues preferible es prevenir un daño á repararlo; pero, por lo que veo, aún no habeis obtenido ese resultado los Roquelianos.

—Absolutamente nó,—contestó el Sr. Nolatto;—pero lo intentamos al ménos como lo podreis ver si asistis á una reunion donde se tratarán varios puntos, de interes vital para los pueblos

—Y cuándo?—preguntó M. Leynoff.

—Pasado mañana.

—Desde ahora os cojo la palabra,—dijo M. Leynoff.

—Y yo,—añadí á mi vez.

—Y nosotros,—dijeron los señores Nomara y Otrocy.

Los señores Silaidy y Soletty, apartados del grupo que formábamos, nada oyeron de esta conversacion

CAPITULO XXVI.

HOSPITAL DE ROMALIA.

Al dia siguiente, ya tenía en mi casa un nuevo guardia para sustituir al que habia muerto en la caverna de Russilio. Tan pronto como supo el rey el resultado de la lucha, nombró otro y me lo mandó.

Agradecido á tan singular favor, no pude ménos de ir á darle las gracias.

Esperé la audiencia, y me presenté. Apénas me vió, me dijo con aquella bondad que le era peculiar:

—Qué es eso, Mendoza? Venís á pedirme algo? En extremo lo celebraria.

—Muy exigente sería, señor, si tal hiciese, pues V. M. previene de tal modo mis deseos, que sólo á darle gracias puedo venir aquí.

—Luego venís á dármelas, segun parece?

—Sí señor.

—Y por qué?

—Por el nuevo guardia que me ha mandado V. M.

—Os engañais, Sr. Mendoza,—me dijo aquel excelente soberano,—pues en este asunto soy yo, y no vos, quien debe daros las gracias.

—A mí, señor? No comprendo á V. M.

—A vos sí, porque á vuestro arrojo, y al de vuestro jefe, sobre todo, debo yo el verme libre de un hombre tan peligroso como Russilio, que siempre se burló de mis agentes, y que me causaba no poco disgusto por el descaro con que se presentaba entre nosotros. Es una verdadera victoria la derrota de ese bandido. Sé lo que hicísteis, y lo bizarramente que os batísteis todos. Gracias.

—Y me permitirá V. M. que le haga una súplica?

—Hacedla.

—Que me consienta dar á la familia de mi guardia una pequeña renta de la espléndida que V. M. se ha dignado señalarme.

—No puede ser, Mendoza.

—No puede ser! ¿Y me permitirá V. M. que le pregunte el por qué?

—Porque ya está hecho.

—Está hecho, señor!—Dije admirado.

—Sí, lo mismo que pagadas las exéquias del difunto.

—Ah, señor,—dije lleno de reconocimiento;—V. M. no es un rey, sino un padre tiernísimo para sus súbditos, y casi un Dios para los extranjeros, á quienes colma de beneficios.

—Sabeis una cosa, señor Mendoza?

—Qué, señor?

—Que si es, en efecto, dulce hacer beneficios á los súbditos y á los extranjeros, lo es infinitamente más que unos y otros sean dignos de ellos. Ahora marchaos,—añadió,—porque tengo que ir al Consejo.

Al salir, ví con el mayor gusto al Sr. Otrocy, que se paseaba solo por los pórticos de Palacio. Después de los saludos de costumbre, dije, estrechándole la mano :

—Qué haceis aquí, amigo?

—Lo que veis, querido, pasearme.

—Sin más objeto? Permitidme que lo dude.

—Hablándoos con franqueza, Mendoza, esperaba á que saliesen del Consejo para saber algo de Catilia. El horizonte político se oscurece por momentos y llama ya demasiado la atencion.

—Así parece,—le contesté,—por lo que ví ayer en casa del señor Nomara; pero el Consejo durará mucho: ¿quereis que demos una vuelta por la ciudad?

—Con mucho gusto, Mendoza. ¿Pero por qué no habeis venido al Consejo? Queriéndoos tanto el rey, os hubiera admitido con gusto. M. Leynoff está en él.

—Sí? Y quién os lo ha dicho?

—Lo he visto entrar con el Sr. Nomara: ya sabeis que son inseparables.

En efecto, la amistad de M. Leynoff con el Sr. Nomara, habia llegado á ser tan grande, que casi siempre estaban juntos. Se habian tomado tanto cariño como nos lo habiamos tomado Nottely y yo, y como principiaba á tomárselo á Silaydi. Desde la aventura de Russilio, de que tanto se habia alegrado M. Leynoff, por la parte que yo habia tomado en la salvacion del hijo de nuestro bienhechor, los señores de Nomara nos miraban como de la familia. No me extrañó, pues, que el Príncipe llevase consigo á M. Leynoff.

—No fuí al Consejo,—dije al Sr. de Otrocy,—porque, hablándoos

con franqueza, no me gustan las cosas sérias; soy jóven todavía, y me gusta más divertirme.

—Y lo apruebo tanto más,—repuso el Sr. Otrocy,—cuanto que yo hacía lo mismo cuando era de vuestra edad. ¿Adónde quereis que vayamos?

—Adonde gusteis.

—¿Quereis ver nuestros hospitales, nuestras escuelas, ó nuestras casas de beneficencia?

—Todo, si tenemos tiempo para ello.

—Pues vamos á este hospital.

—Vamos.

Y nos dirigimos á uno que teniamos enfrente.

Siempre me causaba una sensacion grata caminar por aquellas calles anchísimas, cuyas casas y palacios eran tan altos, que mirando á los terrados nos parecia que tocaban á las nubes. Enfrente, como he dicho, estaba el hospital, y después de algunas palabras que el Sr. Otrocy dijo al portero, entramos en él.

Llamóme la atencion el ver lo espacioso y lo aseado de las salas. Léjos de percibir en ellas aquel olor particular, *sui generis*, pero repugnante, que hay en los hospitales de la Tierra, sentí por el contrario una fragancia que aspiraba con placer. Las camas eran cómodas y hasta elegantes, si se atiende al objeto á que estaban destinadas. Estaban muy separadas unas de otras, y tenian sábanas, colchas y colchones demasiado ricos para un hospital. Cuando entramos, estaba un hombre dando de comer á los enfermos; y si me admiró lo limpio y sazonado de la comida, no me admiró ménos la dulzura y amabilidad con que ejecutaba aquel trabajo. No sólo contemplaba á los enfermos, sino que no se enfadaba con algunos que, además de rehusar la comida, le trataron con dureza.

Sorprendido de semejante porte, no pude ménos de decirle :

—Mucha paciencia necesitais, amigo.

—Paciencia!—me dijo con extrañeza,—y por qué?

—Porque veo que algunos enfermos se enfadan, y léjos de hacer vos lo mismo, los tratais con más cariño.

—Pues no hago más que mi deber,—me dijo el hombre con la mayor naturalidad.

—Ya lo veo, ya lo veo; pero no todos lo harán así, amigo.

—En Romalia? yo os aseguro, señor, que no hay en toda ella un enfermero que no trate á sus enfermos tan bien ó mejor que yo.

—Ya sabeis que no soy de Saturno, y por lo mismo no debeis extrañar que os haga algunas preguntas, hijas de la ignorancia en que aún estoy de vuestros usos.

—Haced las que gusteis, señor.

—Por qué son tan buenos los enfermeros en Romalía?

Sonriose mi hombre de mi pregunta, que sin duda debió parecerle singular, puesto que me dijo mirándome con fijeza:

—Primero, señor, porque nos buscan con un cuidado exquisito, no admitiéndonos sino después de haber tomado informes muy minuciosos de nosotros; segundo, porque sino cumplimos con nuestro deber, nos despiden al momento; tercero, porque nos pagan bien; y cuarto, porque se nos hace comprender que un enfermo es siempre digno de lástima por lo mucho que padece, y que por efecto de este padecimiento suele cambiarse su carácter pasando de dulce y afable á acre y muchas veces insultante, si el mal ataca sobre todo á la cabeza. Hé ahí, señor, las causas que nos hacen ser tan buenos como habeis tenido la bondad de decir que os parecemos.

—Y las creo poderosas, amigo.

—No son acaso tan buenos los enfermeros de la Tierra?

Me quedé helado al oir esta pregunta y no sabia qué contestar, cuando afortunadamente se presentó el médico del establecimiento acompañado del Sr. Otrocy, el cual habia ido á buscarle, no sólo porque era el médico de su familia y queria saludarle, sino tambien por si yo queria hacerle alguna pregunta acerca del modo como se trataban los enfermos en Saturno.

Era el médico un hombre ya de edad, entrecano, de facciones pronunciadas y de semblante grave, pero de trato muy ameno y agradable. Me saludó afectuosamente, y dijo:

—Hace dias, señor, que deseaba conoceros á vos y á vuestro compañero, de cuyo talento y sabiduría estoy enterado. Ese viaje que acabais de hacer os coloca á una altura tal, que no debeis extrañar que deseemos trataros como á dos personas verdaderamente extraordinarias. Puedo seros útil en alguna cosa?

—Ante todo,—le respondí,—os doy gracias por el buen concepto en que nos teneis, pudiendo aseguraros que si hemos corrido algunos peligros en el viaje de que acabais de hablar, estamos más que suficientemente recompensados con la acogida que nos habeis dispensado, y por haber visto un mundo como Saturno.

—Segun eso, ¿teneis á nuestro mundo por muy superior al vuestro?

—Y tanto, que no hay comparacion entre uno y otro.

—Eso lo decis porque sois amable, y porque os hallais entre nosotros.

—No, en verdad, le respondí; lo digo porque estoy convencido de ello.

—Y son vuestros hospitales mejores que los de Saturno?

—Por lo que hasta ahora he visto, me parece que nó. Una cosa me admira de los vuestros, sobre todo.

—Qué cosa?

—Los pocos enfermos que hay en ellos.

—Pues prescindiendo de alguna epidemia que suele haber de cuando en cuando, rara vez tenemos más.

—Cómo! ¿en una capital tan grande como Romalia, nunca hay más enfermos que los que teneis ahora? Eso no es posible.

—Pues es la verdad.

—Y los pobres? no vienen aquí tambien los pobres?

—En Romalia no hay pobres, querido,—me dijo el Sr. Otrocy.

—No hay pobres! Cómo así?—pregunté cada vez más sorprendido.

—Porque en nuestro país,—repuso el Sr. Otrocy,—recoge el Gobierno cuantas personas de uno y otro sexo carecen de subsistencia. ¿Os ha pedido limosna algun mendigo desde que estais en Romalia?

—No, lo confieso, y ya esto me habia llamado la atencion.

—Desgraciado del que tal hiciese, pues sería inmediatamente castigado.

—Pero ántes de recogerlos, preciso será que pidan,—dije, creyendo parar al Sr. Otrocy.

—Nada de eso, querido,—respondió éste,—pues la policía conoce hasta la última familia pobre que hay en las ciudades y en los campos. Cuando cualquiera de sus indivíduos está enfermo, ó carece de trabajo, lo recoge al punto un comisario, mandándolo al hospital en el primer caso, ó proporcionándole trabajo en el segundo. Además, tenemos establecimientos donde á los niños abandonados se les educa y se les enseña un oficio, ó arte, segun su inclinacion. Por lo demás, tanto en los hospitales, como en los establecimientos de beneficencia, hay gran esmero en proporcionar

á los que los habitan cuanto es necesario para su bienestar; por eso hay pocos enfermos, y los que hay se curan pronto.

—Todo eso es bellísimo, amigo, y veré con gusto esos edificios.

—Cuando querais.

—Y tiene muchas salas este hospital?—pregunté al doctor.

—Otras tres exactamente iguales; podeis verlas si gustais.

En efecto, las recorrí una después de otra, y en todas observé el mismo órden, el mismo aseo, y la misma limpieza que en la primera.

—Me admira todo esto,—dije al doctor.

—Es que, caballero, sabemos muy bien, que la parte higiénica de los pueblos, y, sobre todo, de los establecimientos públicos, es la base mas firme en que reposan la salud y la vida de nuestros conciudadanos: por eso el gobierno vigila este ramo con un afan y una solicitud que le honran en extremo. Y no penseis que ha sido siempre así, nó, pues ántes de llegar á esta cultura que admirais, ha habido epidemias espantosas como producto inseparable de la ignorancia, que es de todas las plagas la plaga más terrible que puede afligir á una nacion. Bien que de esto ya oireis hablar mañana, si, como lo supongo, asistis á la reunion que ha de haber en casa del Sr. Nolatto. Pensais ir?

—Sí, y vos?

—Tambien.

—Me alegro mucho.

En esto un grito que salió del extremo de la sala, nos llamó á todos la atencion.

—Qué es aquello?—dije yo.

—Aquello, caballero, es el ¡ay! con que la inteligencia me revela el trastorno que padece.

—No os comprendo, doctor.

—Ahora me comprendereis,—respondió este.

Y acercándose á la cama del enfermo, le dijo con la mayor dulzura:

—Qué hay, amigo? qué quereis?

—Allí está, doctor, allí está,—dijo con viveza aquel infeliz: cogedle, por Dios y traedmele al momento.

—A quién, querido?

—Al pérfido que me robó á Sattilda. Mirad, mirad como se rie y me insulta el malvado.

—Ah, sí, ya lo veo.

—No es cierto, querido doctor?—dijo el jóven radiante de alegría.

—Si, querido, y voy á buscarlo; pero para que no se escape, es preciso que cierre las ventanas: así que le coja, os lo traeré.

—Bien, doctor, bien; gracias por vuestros cuidados: no dejeis de traérmele, por Dios.

A una señal del doctor, cerró el enfermero las ventanas, y salimos nosotros de la sala. Fuera ya, dije al doctor:

—Quién es ese desgraciado que así imploraba vuestro auxilio?

—Un jóven de talento y bellísimo carácter, á quien la mujer que amaba abandonó por otro que tenia una posicion más ventajosa que la suya.

—Y qué enfermedad padece?

—Una manía.

—Horrorosa enfermedad, doctor.

—Lo es en efecto.

—¿Quereis, doctor, decirme bajo qué punto de vista considerais al hombre los médicos de Saturno? Aunque no soy de la facultad, he leido algo de medicina, y me alegraria conocer la diferencia que hay acerca del modo de apreciar este sér entre vosotros y los médicos de la Tierra.

Iba el doctor á responderme, cuando aparecieron en la estancia los señores Nolatto, Nottely, M. Leynoff y el Sr. Nomara.

CAPITULO XXVII.

CONFERENCIA EN EL HOSPITAL.

—Cómo es eso?—preguntó el Sr. Otrocy.

—Qué?—repuso el Sr. Nomara.

—El haber venido tan pronto.

—Porque se ha aplazado el consejo,—contestó el Sr. Nomara.

—Aplazado! y por qué?

—Porque se ha creido prudente, ántes de adoptar una resolucion definitiva, que marche Nostrendy á Catilia á ver si, como sobrino del rey, reduce á éste á que desista de sus pretensiones sobre la Ciliana, ó en caso contrario, á que se se preste á un arreglo con la Gran Roquelia, la Nostracia y la Nattricia.

—Y ha aceptado Nostrendy?—repuso el Sr. Ottrocy.

—Sí, á los ruegos de S. M. y mios.

—Y cuándo marcha?

—Mañana.

—Y cómo habeis sabido que estábamos aquí?—pregunté al señor Nomara.

—Porque nos lo dijo un centinela que os vió entrar en el hospital; y como era temprano, y deseaba que M. Leynoff conociese á Sattulo (así se llamaba el doctor), le propuse venir á buscaros en compañía del Sr. Nottely. De qué hablábais?

—Estaba rogando al doctor me dijese lo que pensaban del hombre los médicos de Saturno.

—Delicada es la pregunta, dijo el Sr. Nottely; pero os aseguro, Mendoza, que Sattulo os dejará poco que desear al responderos.

—Luego ya conoceis al doctor?—le pregunté.

—Y quién no le conoce? Sattulo, Mendoza, es de aquellos hombres de quienes se oye hablar, pese á su modestia, tan pronto como se llega á un pueblo, y á Sattulo le conocen todos los sábios y las personas mas distinguidas de Romalia. Vais á juzgar vos mismo, y no podeis imaginaros cuánto me alegro de que le oigais, lo mismo que M. Leynoff. Vamos, querido doctor, responded al Sr. Mendoza.

—Rogándoos,—me dijo el doctor,—que no deis crédito á los elogios inmerecidos que me dispensa el Sr. Nottely, os diré..... Pero servíos tomar asiento, caballeros.

Así lo hicimos, y sentados, á su vez, el Sr. Sattulo siguió diciendo:

—El hombre, señores, es para mí el resúmen de los prodigios del Omnipotente.

Mirado detenidamente, lo primero que llama la atencion es ver que tiene, como base de la vida, un círculo. En efecto, señores, la sangre que es de donde sacan sus principios reparadores nuestros órganos, recorre un círculo ó, por mejor decir, una elipse más ó ménos prolongada, dentro de nuestro cuerpo.

¿Y no son el círculo y la esfera, las figuras predilectas del Criador, al formar los mundos y trazar sus movimientos? ¿Y el círculo y la esfera, no parecen ser las bases de sus existencias? No son elipses, más ó ménos prolongadas, las órbitas que, en torno de

sus centros, recorren los planetas, satélites y cometas? ¿Y no hay en esto analogía con lo que pasa dentro de nosotros? ¿No la hay en que unos y otros cuerpos, además de sus virtudes peculiares, tengan tambien sus cubiertas respectivas? ¿La piel no es al hombre, lo que su corteza es á Saturno?

—Sí, doctor,—dijo el Sr. Nottely,—pues aunque el círculo que recorre la sangre en el hombre, lo mismo que su figura, no sean exactamente iguales á las figuras y á los círculos que describen los cuerpos celestes, preciso es no olvidar que el objeto que tuvo Dios al crear estos, no es ni puede ser el mismo que tuvo al crear al hombre. Alguna diferencia ha de haber entre estos séres, la precisa, al ménos, para explicar la que hay en el modo de existir de unos y otros. Tened la bondad de continuar.

—¿Y por qué vemos ya,—dijo el doctor,—en este mismo círculo un antagonismo tan marcado, es decir, dos sangres distintas, y aun opuestas en su composicion y aun en sus funciones? Esto para mí es muy notable, señores, en alto grado notable; os lo aseguro.

—Y creo que tengais razon,—dijo M. Leynoff.

—La sangre arterial,—continuó el Sr. Sattulo,—viva, rutilante, y reparadora, es esencialmente distinta de la venosa, pues, además del color oscuro de esta, y de que recoge las moléculas que se desprenden de nuestros órganos al fijarse en ellos el oxígeno del aire, parece que no tiene otra mision que ir á vivificarse en los pulmones. ¿Por qué estas dos sangres distintas en un mismo círculo? Y digo en un mismo círculo, porque si bien es cierto que la sangre arterial se extravasa en el sistema capilar, para ponerse en inmediato é íntimo contacto con las moléculas integrantes de la economía, tambien lo es que vuelve á ser recogida y modificada por las raicillas de las venas que la llevan nuevamente á los pulmones.

Descuella, á la par del sanguíneo, el sistema nervioso del hombre, que es otro de los focos principales de la vida. Este sistema se compone, como el anterior, de dos discos, no sólo por su extructura, sino por su posicion y atribuciones. ¡Cuidado que semejante coincidencia es bien notable! ¿Por qué dos sistemas nerviosos diferentes?...

El primero de estos sistemas, el más precioso, por cierto, está destinado á ponernos en relacion con los objetos que nos rodean; el segundo, preside á la vida orgánica.

El primero, se le conoce con el nombre de cerebro-espinal; el segundo, con el de gangliónico, ó gran simpático. Cada uno de ellos tiene su centro: el cerebro-espinal, en la médula oblongada; el gangliónico, en el plexo solar.

Y estos dos centros, señores, son los sitios adonde van á parar las más leves impresiones y las más finas modificaciones que se efectúan en el organismo, con la particularidad (fijáos en esto) *que, al mismo tiempo que cada uno siente las que le están exclusivamente encomendadas, siente las que está sintiendo el otro.*

—El resto del sistema nervioso,—continuó el Sr. Sattulo,—no tiene más objeto que trasmitir las sensaciones, es decir, que los cordones nerviosos que salen de los dos centros referidos, no son más que meros conductores unas veces de las sensaciones, y otras de las voliciones. Sólo los pares cerebrales tienen atribuciones propias, que os diria si tuviese tiempo para ello, porque son en extremo interesantes.

—Una dificultad se me ocurre, —dijo M. Leynoff:—¿me permitís que os la exponga?

—Con el mayor gusto,—contestó el doctor.

—El cordon que está encargado de trasmitir la sensacion del centro á una parte, ¿es el mismo que debe conducirla de la parte al centro?

—El mismo.

—Entónces es forzoso que, si una sube y otra baja al mismo tiempo, se paren ámbas en el punto donde lleguen á encontrarse.

—No,—contestó el Sr. Sattulo,—porque cada cordon nervioso está compuesto de muchos filetes, rodeado cada uno de ellos de un tejido celular finísimo, que los aisla y separa de los demás, con cuya disposicion ya comprendereis que bien puede bajar una sensacion por un filete y subir otra por el inmediato, sin que en el caminó se tropiecen ni confundan.

—Siendo así, teneis razon,—repuso M. Leynoff.

—Además,—continuó el Sr. Sattulo,—cada cordon nervioso está cubierto por una especie de vaina (neurilema) que lo aisla y separa de los órganos que recorre.

—Prevision muy sábia,—dijo el Sr. Nottely,—que permite ejerza libremente sus funciones ese sistema, al cual debe el hombre su importancia y su poder. Pero esa sensacion, qué es? ¿quién la forma? cómo sube? cómo baja? podeis decírnoslo?

—Haceis unas preguntas, querido,—dijo el Sr. Sattulo,—cuya importancia vos mismo no conoceis quizá; pero ya veré si puedo contestar á ellas. Entre tanto, os diré que, para mí, á lo ménos, cuantas sensaciones experimenta el hombre dentro de sí mismo, no son más que modificaciones del fluido eléctrico animal.

Todos los médicos designan al *quid* misterioso que recorre los nervios, unos con el nombre de fluido nérveo, otros con el de fuerza nerviosa, y otros con el de espíritus animales; pero yo, considerando al hombre física y médicamente, no vacilo en asegurar que lo que recorre sus nervios no son más que las dos grandes fuerzas que animan al universo, ó, lo que es igual, los dos fluidos positivo y negativo animales. Y digo animales, para distinguirlos de los atmosféricos, pues es preciso que sepais que, aunque la electricidad que anima al hombre es igual en la esencia á la del mundo, difiere, sin embargo, de ésta, en que está preparada por uno de sus órganos para ponerla en relacion con su estructura. La electricidad, pues, de Saturno, no sirve para el hombre, así como la de éste no sirve para Saturno. La diferencia de estas dos electricidades importa mucho para el médico, puesto que la atmosférica obra siempre como causa externa, al paso que la animal se relaciona íntimamente con nuestras enfermedades.

—¿Y os será posible decir,—preguntó M. Leynoff,—cómo el hombre modifica el fluido eléctrico animal?

—Veré si puedo,—contestó el Sr. Sattulo.

La electricidad positiva de Saturno está en la atmósfera: la extrae del espacio por medio de un aparato elaborador que tiene en su superficie: la electricidad negativa de Saturno está en su seno: hay, pues, desde Saturno á la atmósfera un cambio recíproco de estos fluidos, que se combinan y neutralizan á medida que se elaboran. Miéntras este cambio se efectua con facilidad, la naturaleza rie y ostenta toda su belleza y lozanía; pero cuando el aire (cuerpo unas veces conductor, y otras aislador, segun está húmedo ó seco) lo interrumpe, la naturaleza se resiente, el viento silba, el rayo brilla, el trueno retumba, y torrentes de agua inundan la superficie de Saturno.

—Oh! eso es hermoso,—dije yo. sin poderme contener.

—El hombre, parte integrante de Saturno, puesto que vive en su superficie, y respira su misma atmósfera, separado de la cual, perece inmediatamente, coge de ésta el fluido eléctrico positivo, y

de aquel el negativo. En efecto, cuando respira, además del aire que penetra en sus pulmones, entran con él los fluidos elétrico, calórico y lumínico, que, mezclados con la sangre y modificados por ésta, son llevados al cerebro. No penetran, sin embargo, en este órgano bruscamente á causa de su extructura delicada, sino después de haber atravesado un enrejado de vasos sanguíneos que forman una membrana finísima (piamadre) que abraza inmediatamente la sustancia cortical. Esta membrana se introduce, además, en el cerebro para formar dos producciones váculo-membranosas, que son los sitios donde yo creo que se elabora el fluido eléctrico positivo. Depositado éste en la médula espinal, se difunde después por el organismo. No olvideis que este fluido es el positivo: más adelante hablaré del negativo (1).

Hizo aquí una pausa el doctor, y luego dijo:

—Si conforme hablo á hombres que por pura aficion oyen estas cosas, hablase á médicos, daria otros detalles que probasen la posibilidad de lo que expongo; pero para vosotros, y para que formeis idea de cómo los médicos de Saturno consideran al hombre, basta lo dicho.

—Os entendemos,—le contestó el Sr. Nottely,—y os escuchamos con el mayor gusto. Continuad, pues.

—Os he dicho,—prosiguió el Sr. Sattulo,—que de la sangre se extraian los principios reparadores del organismo, y por lo que acabais de oir, de la sangre se extrae tambien el fluido eléctrico animal. Cierto que ella no lo tiene entre sus elementos químicos; pero tambien lo es que lo recibe, que lo modifica y lo adapta á su naturaleza para pasarlo después á los sitios que deben elaborarlo. Y digo á los sitios, porque es preciso que sean dos, uno para el fluido positivo, y otro para el negativo. Sigamos ocupándonos del primero, que, como habeis oido, se elabora en el cerebro.

Para que este trabajo se efectue, es absolutamente forzoso, que, además de la sangre que se necesita para la nutricion de la sustancia cerebral, haya un sobrante de donde se extraiga el fluido eléctrico positivo. Y lo hay en efecto? He ahí el prodigio; lo hay, señores, y más que un sobrante, hay un *exceso*, y este exceso que

(1) De este modo pensaba el autor hace 20 años (época en que fué escrita esta obra): hoy, aunque da al fluido eléctrico animal la misma importancia en el organismo, es bajo otro punto de vista muy distinto.

veiamos, y cuyo efecto no conociamos, pasó desapercibido hasta hace poco. Y este exceso, sin embargo, cuya importancia es grande; este exceso, repito, ¿no nos dice con una elocuencia irresistible, que sólo para un objeto tan misterioso como él pudo haberle destinado Dios? ¿Y quién más misterioso que el fluido eléctrico animal? ¿Y esta presuncion no adquiere un grado absoluto de certeza, si en la economía hallamos otro *exceso* igual, para la elaboracion del negativo?

—Indudablemente,—contestamos todos.

—De la atmósfera, pues,—continuó el Sr. Sattulo,—extrae el hombre el fluido eléctrico positivo; pero ántes de adaptarlo á la delicada extructura de sus órganos, lo modifica en los plexos coroides. Y de dónde extrae el negativo?

—De Saturno. Colocado el hombre en su superficie, respira el aire que hay en ella; con este aire va el fluido eléctrico positivo; el negativo lo recoge de los alimentos (acordaos que estos vienen inmediatamente de Saturno). Una vez extraido de ellos, es recogido y llevado por la linfa (excelente conductor) á un sistema particular extraordinario y único en su clase, que es el de la vena porta. Este sistema, que es independiente, independiente, lo oís, señores, del venoso general, lo conduce después al bazo, que es á esta sangre lo que los pulmones á la arterial; en el bazo, pues, sufre la sangre de la vena porta una modificacion preparatoria, que finaliza en el hígado, donde se elabora el fluido eléctrico negativo; éste, robado por los nervios que del plexo solar van á aquel órgano, pasa luego al gran simpático para difundirse por el organismo.

—En verdad que me admira lo que estais diciendo,—repuse sin poderme contener.

—No lo extraño—respondió el Sr. Sattulo;—pero escuchad lo que falta todavía, y después me hareis las observaciones que querais.

—El hígado es el órgano más voluminoso de la economía, y á pesar de esto, no se le asignaba otra funcion que la de elaborar la bílis. Repugnaba, sin embargo, creer que un órgano de tales proporciones, no tuviese más objeto que esta pequeña secrecion. El hígado, además, tiene para nutrirse la arteria hepática, y segun la opinion de médicos que valen mucho, de esa misma sangre se extrae tambien la bílis. Otros creen lo contrario, es decir, que la bílis se extrae de la sangre de la vena porta, cosa á la verdad muy

singular, pues seria en este caso el *único* producto que no saliese de la arterial; pero sea de ello lo que fuere, y aun concediendo que la bílis se extraiga de la sangre de la vena porta ¿está esta sangre en relacion con la cantidad de bílis que en la vejiguilla se elabora? De ningun modo, porque la cantidad de sangre que la vena porta vierte en el hígado, excede mucho á la cantidad de bílis que de ella pueda sacarse: luego siempre queda un exceso cuyo uso tampoco conociamos, como no conociamos el del cerebro. ¿Y no son notabilísimos estos dos *excesos* en los dos órganos más voluminosos de la economía, y que tienen la singular circunstancia de ser igualmente coevales?...

—Me parece que ya vemos aquí un objeto,—continuó el señor Sattulo,—de importancia suma, para explicar la creacion de *dos* sangres y de *dos* sistemas nerviosos diferentes. Si la vida no hubiese de resultar de dos elementos contrarios, sin los cuales sería imposible su existencia; ¿constarian de dos elementos tambien contrarios, los dos aparatos más necesarios para sostenerla? Imposible.

Me confundo, y á veces no comprendo por qué los médicos no se fijan en esto.

—Pues qué! no piensan todos del mismo modo?—preguntó M. Leynoff.

—Todos no, amigo mio, porque no todos han hecho un estudio minucioso de la anatomía, y el imprescindible de la física para conocer el valor más ó ménos grande que pueden tener estas teorías. Pero dejando esto á un lado, prosigamos en nuestras reflexiones.

Existentes en la economía,—continuó el Sr. Sattulo,—estas dos fuerzas, ó, lo que es igual, los dos fluidos positivo y negativo animales ¿cómo es posible que dejen de producir efectos más ó ménos parecidos á los que se ven en los aparatos físicos? Y los producen, señores, cosa que no debemos extrañar, si recordamos que nuestro cuerpo tiene dentro de sí, como el torpedo, un aparato eléctrico-magnético de una perfeccion extremada.

Y sin embargo de que la potencia es una (fluido eléctrico-animal), los efectos que produce son infinitos, como nos lo demuestran los fenómenos físico-químicos que se efectuan en el organismo. Sí, M. Leynoff; todos estos fenómenos, inclusa la inteligencia (1),

(1) Considerada fisiológicamente.

no dependen de otra cosa que de la organizacion, es decir, de la disposicion delicadísima que Dios dió á la materia ponderable.

—Os comprendo, amigo,—dijo M. Leynoff.

—Veis ese reloj?—y señalaba el que estaba en la mesa,—pues la potencia que lo mueve,—continuó el Sr. Sattulo,—es la elasticidad, sin embargo de que esta propiedad no se vé más que por sus efectos. Quién mueve la mano y el minutero? Inmediatamente las ruedas, mediatamente el muelle, ó, lo que es igual, la elasticidad. Pues supongamos que se me antoja poner en la esfera, además de las horas, todo nuestro sistema planetario; ¿qué tendria que hacer para esto? añadir otra potencia? no; qué, entónces? Aumentar el número de las ruedas y la complicacion de los resortes. Luego, aunque los movimientos que se ejecutan en la esfera, pendan inmediatamente de las ruedas no por eso dejan de ser efecto de la elasticidad, por mas que esta potencia no se vea.

He ahí, pues, lo que sucede al hombre. Las maravillas que en él vemos penden inmediatamente de la organizacion, ó lo que es igual, de los fenómenos físico-químicos que en ésta tienen lugar; pero estos mismos fenómenos, no se efectuarian jamas, si no los animase y presidiese el fluido eléctrico animal. Comprendeis ahora?

—Perfectamente,—respondió M. Leynoff,—si bien tengo un escrúpulo que quisiera me desvanecieseis.

—Qué escrúpulo?

—Que considerando al hombre como acabais de hacerlo, predicais el materialismo, puesto que le convertis en una máquina; puesto que haceis depender todas sus operaciones, inclusas las intelectuales, del organismo; puesto que le quitais su libertad y el albedrío que son los atributos más preciosos de su sér, y puesto que le convertis en un autómata. Siendo esto así, ¿para qué quereis la justicia? para qué los tribunales? Segun vuestras doctrinas no debe haber castigo, ni remuneracion en este mundo, ni en ningun otro.

—Oh, M. Leynoff!—dijo con fuego el Sr. Sattulo;—es imposible que creais que yo pueda ser materialista, cuando desprecio y abomino ese sistema. Recordad que yo hablo ahora como médico y no como teólogo ni psicólogo, que me ocupo exclusivamente de los órganos y de fluidos que, aunque incoercibles, son, sin la más leve duda, materiales. Por lo demás, M. Leynoff, entre los órganos y

sus fluidos, ó, lo que es igual, entre la materia ponderable y la imponderable, hay un quiero y un no quiero, ó, lo que es igual, la voluntad; y este quiero y no quiero, ó esta voluntad, no son, no pueden ser, ni serán jamas, jamas, ¿lo ois bien, M. Leynoff? producto de la materia. Y por qué? Porque no fué nunca atributo de ésta pensar ni deliberar. Y siendo esto cierto, como lo es sin la menor duda, ¿no vienen á ser este quiero y no quiero, ó, lo que es igual, la voluntad, la prueba más inequívoca de que dentro del hombre hay algo más que materia, que hay en él una cosa sobrenatural, una cosa que se sustrae á nuestras investigaciones, que no pueden apreciar nuestros sentidos, y que por lo mismo debe pertenecer á otra esfera muy distinta de la humana? Esta emanacion, pues, ó este rayo que nos viene del Altísimo, es nuestra alma, M. Leynoff, y esta alma como nada tiene de comun con la materia, no es del dominio del médico, que no debe hablar, ni ocuparse jamas de ella, sino para enorgullecerse de poseerla. ¿Estais ahora satisfecho?

—Enteramente,—contestó M. Leynoff:—servíos continuar.

—Pasemos entónces,—dijo el Sr. Sattulo,—á otra clase de fenómenos.

Si lo dicho hasta ahora no bastase para probar que la electricidad existe dentro de nosotros, y que es la que inmediatamente nos anima, bastaria ver al organismo todo cuajado de fibras, que son sus mejores conductores, para que no nos quedase duda de este aserto. Hasta el cerebro mismo no es otra cosa que un conjunto de estos hacecillos admirables, si se exceptua la sustancia cortical, que está formada por vasillos de una tenuidad excesiva.

Aún más: estando los fluidos eléctrico y magnético existentes en los nervios, y difundidos por el organismo, es forzoso que se eliminen por la piel. Y se eliminan, señores, puesto que, unidos á los gases de que se compone el aire, y á los fluidos calórico y lumínico, contribuyen á formar la atmósfera que envuelve al hombre. Esta atmósfera no se ve, es verdad, porque está formada de cuerpos invisibles y ponderables unos, é invisibles é imponderables otros; pero se siente por sus efectos. Para que tengais una idea de ella, figuráosla como una luz remisa que se ensancha alrededor de la cabeza, que se estrecha en el cuello, que vuelve á ensancharse en el pecho, que disminuye en el vientre, y que disminuye más aún en las extremidades. Esta atmósfera que emana del hombre,

y que está compuesta de aire, del oxígeno, hidrógeno y sales que componen la exhalacion, y de los fluidos eléctrico, calórico y lumínico, se extiende doce ó trece pasos por delante, se desvanece progresivamente, y va á perderse de un modo casi insensible en la atmósfera de Saturno; de manera que todo lo que el hombre roba á ésta por medio de la respiracion y de la piel, se lo devuelve por medio de esta atmósfera, como devuelve á Saturno, por medio de sus deyecciones, las sustancias que de él habia tomado para la conservacion de su existencia.

Figuraos ahora que atraviesan esta atmósfera dos ráfagas luminosas que salen de las pupilas, susceptibles como ellas de aumento y disminucion, y que van á perderse á una distancia imposible de apreciar, porque es muy grande; figuraos otras dos que salen de los oidos, más gruesas que las anteriores, pero ménos poderosas que ellas, que van á perderse á una distancia tambien muy considerable; figuraos otras dos que salen de las narices, más gruesas que las precedentes, pero que no pasan sino muy poco de la atmósfera que atraviesan; figuraos otra que sale por la boca, más gruesa que las demas juntas, pero de ménos extension; figuraos todo esto, repito, y tendreis una idea, no sólo de las atmósferas que nos rodean, sino de lo que puede alcanzar su actividad.

Por lo dicho, y sin que me extienda en más explicaciones, comprendereis perfectamente que el influjo que los séres tienen unos sobre otros, lo mismo que sus antipatías, simpatías y afecciones, no penden de modificaciones puramente nerviosas como ántes equivocadamente se creia, sino de cuerpos que, aunque invisibles é imponderables, son, sin la más leve duda, materiales. Por ejemplo: hénos aquí ahora; ¿no parece que estamos separados? Pues no es así, toda vez que nos hallamos reunidos por medio de nuestras atmósferas, é influyendo unos sobre otros, segun el estado eléctrico de cada uno.

—¿Cómo el estado eléctrico?—preguntó M. Leynoff.

—Voy á explicarme,—contestó el Sr. Sattulo.

Todos los hombres se hallan, unos respecto de otros, electrizados positiva ó negativamente. Cuando el estado eléctrico es uno mismo, se rechazan: cuando es contrario, se atraen. Pondré un ejemplo para que me comprendais mejor.

Cuando dos jóvenes de diferente sexo se encuentran, sus atmósferas se ponen en contacto, y no sólo se mezclan é introducen en

sus respectivos cuerpos las ráfagas que de ellas se destacan, sino que se agrandan y vigorizan hasta dar lugar á fenómenos muy dignos de consideracion. En efecto, su sensibilidad se exalta á impulso de la mútua influencia que las atmósferas y las ráfagas ejercen unas sobre otras; su sangre se acelera, palpitan sus corazones, su respiracion se hace frecuente, brillan sus ojos, se colorean sus rostros, y se sienten atraidos por una fuerza irresistible. Sin embargo, la razon y la sociedad acallan estos impulsos hasta el punto de hacerlos imperceptibles.

—Ah, esto es muy curioso—dije yo, sin poderme contener.

—En general,—continuó el Sr. Sattulo,—el hombre más vigoroso está siempre electrizado en sentido positivo respecto del que lo es ménos; por eso, si en lugar de la jóven, continuó este, presentáseis al jóven un niño, ó un anciano, sucederia lo mismo; pero la atraccion seria ménos enérgica, pues, aunque respecto de ellos, se halla siempre el jóven electrizado en sentido positivo, las atmósferas y las ráfagas que el niño y el anciano le devuelven, no son tan poderosas como las que él les manda; así es que se agrandan algo, pero nunca tanto como habeis visto que sucedia con la jóven.

Pero si en lugar de una jóven, de un niño, ó de un anciano, le presentáseis otro jóven de la misma edad y de igual fuerza y poderío, electrizado en un mismo sentido, es decir, en sentido positivo, podrán la educacion, el talento, y los deberes que impone la sociedad, mantenerlos por algun tiempo en armonía; pero tan pronto como el más leve motivo ponga en accion su cólera, y esta aumente la extension y el vigor de sus ráfagas y de sus atmósferas, no sólo estos jóvenes se mirarian con tibieza, sino que llegarian á aborrecerse.

Y de estas atmósferas y de estas ráfagas, pende, señores, el que un hombre superior mande despóticamente á ejércitos poderosos, y que arrastre y conduzca al fin que se propone, á todo un auditorio por sábio y numeroso que este sea. Los grandes genios se hallan siempre electrizados en sentido positivo, respecto de los demás, que, á pesar suyo, tienen que admirarlos y seguirlos. ¿Y por qué? Porque dotados de un sistema nervioso muy activo, y rodeados de atmósferas poderosas, derraman sobre sus oyentes cantidades enormes de fluido electro-magnético, que los atraen y entusiasman hasta el punto de hacer de ellos todo lo que, con bueno ó mal fin, se hayan propuesto.

Hé ahí, pues, cómo, aunque poco conocidos estos cuerpos, nos explican con sencillez esas simpatías misteriosas que tanto nos sorprendieron algun dia, y que tanto nos dieron en qué pensar; y hé ahí cómo á medida que los estudiamos, van desapareciendo esos que el vulgo llama encantos, sortilegios y fenómenos sobrenaturales, que no son en resumidas cuentas otra cosa que fuegos y modificaciones de estos fluidos admirables.

—¡Oh doctor!—dijo á esta sazon M. Leynoff;—aunque falta mucho por saber de esa materia sobrehumana (esta es la palabra, doctor), lo que acabais de referir es de tal precio, que abre un campo dilatado al genio del hombre por el cual, si se lanza con resolucion, llegará á ejecutar cosas, que, como ha dicho el señor Nottely, le harán parecerse á un Dios.

—Así es la verdad,—dijo el Sr. Sattulo;—y si cupiese en los límites de una conferencia decir todo lo que pienso respecto de estos fluidos, veriais que no sólo se puede explicar por ellos lo que pasa en la inteligencia, sino hasta el milagro de descorrer el velo á lo futuro.

No quiero concluir,—continuó el Sr. Sattulo,—sin deciros que, así como hay dos sangres y dos sistemas nerviosos en nuestra economía, hay tambien dos vidas.

—¡Dos vidas! ¿Cómo es eso?—preguntó M. Leynof;—explicaos, amigo.

—Dos vidas, sí,—respondió éste.

—Y qué vidas son esas?

—La orgánica y la de relacion.

—Ah, sí, os comprendo;—proseguid, doctor.

—La orgánica,—continuó el Sr. Sattulo,—cuyas exigencias vienen de las vísceras, se parece mucho á la de los brutos, pues además de residir en ella el dominio del instinto, no admite, sino después de grandes luchas, la menor cortapisa á sus deseos. Cuando estos hablan, quiere satisfacerlos al momento, y lo haría á todas horas y en todas partes, si la otra no corrigiese y moderase sus impulsos. De ahí las luchas que tienen entre sí, siempre tenaces, siempre peligrosas, pues no puede vencer la una, sin que se resienta la otra.

Sí, señores; las exigencias de las vísceras son, á veces, tan imperiosas, que, no sólo desarreglan y aun dañan la inteligencia por los esfuerzos que esta hace para contrarestarles, sino que la

vencen y anonadan hasta el punto de que despojando al hombre de su razon, acaban por convertirle en una bestia.

Otras veces no pasan así las cosas, sino que siendo ménos apremiantes las exigencias de las vísceras, son, sin embargo, más persistentes, en cuyo caso, los puntos del cerebro solicitados por ellas, llegan á fatigarse y á enfermar, constituyendo así esas variadas, delicadísimas y progresivas gradaciones de la melancolía, de la manía, de la monomanía y de la demencia. En una palabra, la preponderancia de las vísceras, ó, lo que es igual, sus exigencias que no pueden existir, sino á espensas de la integridad intelectual, convierte al hombre en un ser malo, intratable y feroz, miéntras que la preponderancia de la inteligencia le hace amable, espiritual y afectuoso. Del equilibrio (cási nunca posible) de estas dos vidas, resulta la armonía perfecta de las facultades que posee el hombre, y este equilibrio lo disfrutan sólo los que ejercitan á la vez sus fuerzas físicas é intelectuales, si bien este equilibrio ¡pasmaos! no produce los grandes génios.

—Qué decis?—preguntó sorprendido el Sr. Nomara.

—No, Príncipe,—repuso el Sr. Sattulo,—porque los grandes génios, lo mismo que los grandes criminales, necesitan para serlo y distinguirse de los demás, un cerebro bien conformado (advertid que digo conformado y no desarrollado, porque un cerebro voluminoso no constituye el génio, sino la armonía que entre sí tienen las partes que lo componen), y la preponderancia de una víscera, ó que esta padezca una enfermedad crónica.

—Me sorprendeis,—dijo M. Leynoff.

—Pero pensareis como yo—repuso el Sr. Sattulo—cuando sepais en qué me fundo.

—Pues decid, decid, amigo mio.

—La preponderancia de una víscera—continuó el Sr. Sattulo—supone un exceso de vitalidad en ella, y este exceso es forzoso que agrande la atmósfera que la rodea, y por consiguiente su esfera de actividad. Advertid que todos los órganos poseen una y otra. Y como estas atmósferas y estas esferas (simpatías y sinergías de los médicos) no pueden formarlas sino los fluidos incoercibles, es claro que, actuando poderosamente sobre el cerebro, lo excitarán, vigorizarán y sacarán de su estado natural, ya comunicándole parte de la vitalidad que habia en la víscera, ó ya elevando á la suya á un grado de poder tal, que le hagan concebir esas produc-

ciones sublimes y brillantes que tanto embelesan á los hombres.

Y lo mismo que sucede con la preponderancia de una víscera, sucede con una enfermedad crónica que, manteniendo un punto constante de fluxion, y por consiguiente de vitalidad en ella, produce los efectos que acabo de referir. ¡Oh, si yo pudiera deciros todo cuanto en esta materia se me ocurre! Entónces ni admirariais los grandes génios, ni execrariais, sino que compadeceriais *ciertos* célebres criminales. Basta por hoy, señores.

Impresion grande nos causó esta conferencia: Nolatto, sobre todo, no acababa de salir de su abstraccion, ni quizá hubiera salido en mucho tiempo si el ruido que hicimos con los asientos, al levantarnos, no le hubiera sacado de ella.

—No, no os vayais aún,—dijo levantando la cabeza,—pues si bien admiro y conozco todo el mérito de lo que acaba de decir Sattulo, se me ocurren algunas dudas que quisiera me resolviese.

—Exponedlas,—dijo el Sr. Sattulo,—y procuraré complaceros.

Al oir esto volvimos á sentarnos todos.

—Vos lo habeis dicho, querido Sattulo,—dijo el Sr. Nolatto;—sin los órganos no puede haber vida, así como sin ésta no pueden existir aquellos.

—Cierto que lo he dicho y lo repito,—contestó el Sr. Sattulo.

—Y entónces,—repuso el Sr. Nolatto,—si la vida y los órganos no pueden separarse; si sólo unidos y formando un sér es como pueden percibirse, ¿qué fuerza, qué valor ó qué grado de certeza han de tener vuestras doctrinas respecto de la materia ponderable é imponderable, toda vez que si una y otra son materias, incurris en el mismo error que echais en cara á los que no ven en el hombre más que órganos? Cuál es entónces para vos la vida? ¿Dónde está? Qué quereis hacer de ella? Y aun cuando la coloqueis en la materia imponderable, como casi lo habeis hecho presumir, ¿quién os ha dicho que el análisis de esas fuerzas, y de su modo de obrar eran posibles, tratándose de una gran síntesis como es el hombre? Le matais? Adios vida, adios fluidos incoercibles, que desaparecerán como el relámpago sin dejar en pos de sí la más pequeña huella. Cómo entónces estudiais la vida? Cómo estudiais los fluidos? Y si absolutamente es imposible, como no podeis ménos de conceder, ¿qué valor tendrán, repito, vuestras teorías, que, aunque seductoras siempre, no pueden ser más que utopias, puesto que carecen de fundamento? Desengañaos, amigo: todo estudio del hombre que

no se haga sobre el hombre mismo con vida, y tal como Dios nos le ofrece á nuestra vista, será siempre erróneo, será un sistema, y como tal, incapaz de llenar los vacíos de la ciencia y las variadas modificaciones de que el organismo es susceptible. Perdonadme si os hablo con esta franqueza, puesto que así lo exige la importancia del asunto.

—Y esa franqueza, Nolatto amigo, me encanta, puesto que me pone en el caso de afirmarme más y más en mis doctrinas, que vos pretendeis desvirtuar. Vuestra objecion es justa, poderosa, y sobre todo fundada; pero en parte, en parte sólo, lo entendeis?

—Cómo en parte?

—Voy á explicarme.

Convengo en que el hombre sólo debe considerarse como tal, cuando goza del lleno de su existencia, y que exento de esta, no queden más que sus órganos; convengo en que cuando se estudian estos, no podemos estudiar la vida, ó lo que es igual, los fluidos incoercibles, porque ya no existen, y porque no dejan en pos de sí huella ninguna; y convengo, en fin, en que el hombre es una gran síntesis. Ahora os pregunto: ¿el estudio de una síntesis es el mismo que el que requieren los elementos que la constituyen? No, porque la síntesis puede estar compuesta de multitud de partes, y ser estas heterogéneas. Cuando estudiamos una síntesis, haciendo abstraccion enteramente del análisis, ¿será este estudio lo bastante para comprender aquella síntesis, y cuanto con ella tiene referencia? Imposible, porque nunca me negareis una cosa.

—Qué cosa?

—Que de esta síntesis sólo examinarémos el conjunto, es decir, su parte externa; pero jamas podremos apreciar la parte interna. ¿Y cuál os parece que ofrece más ventajas, examinar y estudiar ese exterior desentendiéndonos del interior, ó estudiar éste y después aquel, ó los dos á un mismo tiempo?

—Es que con el estudio interior,—repuso el Sr. Nolatto,—nada podreis adelantar porque os falta la vida, los fluidos incoercibles si quereis.

—Verdad es que me falta la vida,—dijo el Sr. Sattulo,—con una sonrisa imposible de describir, pero que penetró hasta lo íntimo del Sr. Nolatto; me faltan los fluidos incoercibles, no lo niego; pero si me falta esto, me queda su residencia, me queda franca y patente su habitacion que puedo registrar y examinar á mi placer

como lo hago con el cadáver; me quedan los sitios que recorrian, me quedan sus conductores, y me quedan, en una palabra, los muebles (vísceras) de su uso que estudio, como he dicho, á mi placer. Y después de haber hecho este estudio con la atencion que requiere su importancia, ayudado siempre del cálculo y de la física, ¿os parece tan difícil presentir como ya habeis visto que lo hice, cuál puede ser la naturaleza de los agentes que deben animar aquella estancia, cuál su modo de obrar, miéntras la habitan, y cuál el fin que se propone Dios al disponer las cosas de aquel modo? No habré acertado, es muy posible, ni tengo la fatuidad de presumirlo; pero después de este estudio, es decir, del de las partes, ¿no puedo hacer el del conjunto, ó lo que es igual, de la gran síntesis? Y este estudio, precedido del anterior, ¿no será más perfecto, más seguro, é infinitamente más útil, que si hubiese estudiado únicamente vuestra síntesis? Querido Nolatto, persuadios de una cosa.

—Qué cosa?

—Que la verdad es siempre una; pero que el modo de examinarla, cuando es de aquellas que no pueden apreciar nuestros sentidos, difiere tanto, como difieren los génios, la instruccion y capacidad de los mismos que la examinaron. Quereis oir otra?

—Decidla.

—Que el juez competente en ese exámen es la razon, y que la razon no sufre más yugo que el que quiere imponerse ella á sí misma. Sé que me entendeis, y basta. Verdad?

—Cierto,—respondió Nolatto;—y os confieso que vuestras reflexiones nos han llamado sobremanera la atencion y que meditaré detenidamente sobre ellas. Por lo demas, creedme, os he escuchado con gran placer y creciente curiosidad.

Inclinóse el Sr. Sattulo, nos dió la mano y nos retiramos muy complacidos de él.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

REVISTA POLÍTICA.

INTERIOR.

Comenzamos esta revista bajo una impresion de ánimo difícil de describir. ¿A qué ocultarlo? Estamos atónitos y sorprendidos. Las noticias, los hechos, los desastres de la guerra entre Francia y Prusia se precipitan con tan vertiginosa rapidez, que no sabemos si ántes de terminar la palabra que traza nuestra pluma, una nueva peripecia vendrá á cambiar la direccion de nuestras ideas. Hace pocos dias calculábamos todos las probabilidades de la lucha por una y otra parte; pero no podiamos creer, no imaginábamos siquiera, que se apresurara tan violentamente como se apresura el término de esa formidable contienda donde se ventila, no sólo la suerte de dos naciones poderosas, sino la nuestra, la de todo el mundo.

¿Qué valen y significan las estériles convulsiones de nuestra política miserable ante el grandioso y solemne espectáculo de esas muchedumbres trágicas que se acometen y despedazan en las clásicas y ensangrentadas orillas del Rhin? ¿Quién puede prestar atento oido á nuestras gárrulas discordias intestinas, cuando todos los espíritus se sienten irresistiblemente atraidos por el confuso rumor de esa dolorosa tormenta humana que lleva en su seno el misterio de nuevas trasformaciones sociales? Todo es á nuestros ojos secundario en presencia del pavoroso problema que está resolviéndose en estos momentos tan inopinadamente por el choque de las armas; problema que no ha planteado la voluntad codiciosa de dos ambiciones impacientes, ni la cólera irreflexiva de dos pueblos rivales, como cree el vulgo, sino esa fuerza oculta y desconocida que algunos llaman lógica fatal de la historia, y nosotros Providencia. Aun cuando circunscrita la guerra hasta el dia á Prusia y Francia, en el fondo oscuro de esta cuestion magna, donde, en nuestra opi-

nion, disputan su supremacía la raza latina y la germánica, palpitan confusamente dos principios religiosos, ó más bien, sus consecuencias filosóficas. La verdad es que esta desastrosa contienda representa los postreros golpes del duelo mortal empeñado entre el racionalismo que avanza y la tradicion que retrocede: es Lutero acorralando á Leon X después de más de tres siglos de una lucha implacable que sostuvo con gloria el vigoroso Concilio de Trento, y termina, como todos ven, en el triste y abandonado Concilio de Roma.

¡Oh! no nos extraña, por más que la rapidez del resultado nos asombre, la marcha dolorosa de esta guerra funesta, pero inevitable, cuyas consecuencias se ocultan á la prevision humana. Abrigábamos el presentimiento de lo que está sucediendo, porque en nuestro concepto la raza latina, ántes de empezar el combate, estaba ya moralmente vencida. Hace mucho tiempo que tiene su conciencia religiosa vacía, que ha perdido la nocion de su destino, que defiende principios en cuya eficacia no cree, y que, en el orden filosófico, está entregada en cuerpo y alma á sus propios contrarios, por más que vaya muy por delante de ellos en métodos y prácticas gubernamentales. Era imposible que con estas condiciones y en tan difíciles circunstancias pudiese en definitiva vencer á esa enérgica raza germánica que persigue un ideal de que su émula en el mundo carece ya, que conoce la importancia filosófica de la causa que sustenta, y que en estos momentos realiza quizas una segunda renovacion moral de estos pueblos del Mediodía de Europa, llenos de genio, de arte y de grandeza, pero fatalmente propensos por sus instintos demagógicos á la corrupcion y á la tiranía.

Gran parte, cási toda la responsabilidad del lamentable y decaido estado en que se encuentran, alcanza á la Iglesia, que resistiéndose á los consejos de la prudencia, negando ciegamente su sancion religiosa á los progresos del espíritu humano, anatematizando en nombre de Dios la civilizacion y la libertad, ha puesto á la Europa latina, donde predominan sus adeptos, en el terrible trance de optar entre la razon y la fé. En esta pugna, temerariamente sostenida, la fé ha perdido de dia en dia terreno, el sentimiento católico se ha debilitado, la indiferencia ha cundido por todas partes, la imposibilidad de un acuerdo entre la Iglesia y la libertad ha divorciado los intereses de las creencias, de tal modo y hasta tal extremo, que los pueblos latinos son, acaso por el esfuerzo mismo que han tenido necesidad de hacer para emancipar su inteligencia de pesadas ligaduras religiosas, los ménos morales y sin duda alguna los más descreidos.

Esta resistencia incansable y tenaz de la Iglesia á todo pensamiento reformador, ha desvanecido, por decirlo así, entre sombras, la mision y el destino de nuestra raza, que navega al azar y sin brújula por mares borrascosos. Ya en el fondo de su alma social no es católica, ni protestante, ni neutral siquiera; es una confusion humana que se precipita en el abismo de esa democracia brutal, turbulenta y niveladora que ha perdido, por la

intransigencia clerical, su esperanza en Dios y busca sólo la posesion material de la tierra.

¿Cómo habia de resistir esta confusion humana, simbolizada por Francia, cabeza y corazon de la familia latina, á esa impetuosa invasion del robusto elemento germánico, libre en la esfera de la conciencia, como el águila en los aires; pero reglamentado, regimentado, encerrado todavía políticamente en la férrea armadura de instituciones cási feudales para que sea más potente la unidad de su impulso contra la monstruosa dislocacion de nuestras fuerzas morales y políticas, cada vez más disueltas?

Ha vencido, como era de esperar; pero ha vencido demasiado pronto, casi de improviso. Se ha dejado sentir en esta lucha ántes el golpe que el amago. De la noche á la mañana Europa ha visto trastornadas todas las leyes de su equilibrio. Hoy está suspensa y aturdida: dentro de pocos dias, acaso de pocas horas, ¿cómo estará? ¡Quién lo sabe!

En medio de esta crísis suprema que á todos los pueblos alcanza, ¿qué hace ó que se propone hacer el Gobierno español? ¿Piensa permanecer cruzado de brazos, entregado á esa especie de fatalismo musulman que le enerva y aniquila? ¿Va á abrir las Córtes ó á mantenerlas cerradas? ¿Va á salir al encuentro de los sucesos ó á esperarlos con la resignacion de la impotencia?

El tiempo urge, y es menester resolver pronto. La catástrofe se cierne sobre el mundo. Ante las temerosas eventualidades que oscurecen el horizonte político, no es posible vivir en este estado de inquietud perpétua. Hace dias era discutible la conveniencia de convocar las Córtes Constituyentes; habia en pró y en contra razones atendibles, y el ánimo desapasionado y sereno vacilaba sin saber qué camino seguir con probabilidades de acierto. Pero las circunstancias han cambiado repentinamente, se ha acelerado el desenlace, la hora de las soluciones imprevistas ha sonado, y ya no es lícita la duda. O el Gobierno se cree con suficientes fuerzas para ejercer la dictadura en el momento no imposible del peligro, ó necesita á toda costa buscar para vigorizarse el concurso activo de la Asamblea soberana.

En el primer caso, es decir, si se decide á ejercer la dictadura, debe considerar detenida y maduramente el grave peso que vá á echar sobre sus hombros, comprometiendo en una lucha con lo desconocido los intereses más caros de la nacion, y exponiéndose, si le fuera adversa la fortuna, á tremendas pero merecidas responsabilidades. Por grandes que sean las ilusiones que acerca de su poder y su prestigio se forje el Ministerio presidido por el General Prim, no creemos que lleve su temeridad hasta el punto de no ver, cegado por la soberbia, los lados débiles y vulnerables de esta situacion, monárquica en principio, republicana en el hecho, mansamente anárquica en su conjunto. Ponemos á Dios por testigo de que en estos críticos instantes ningun espíritu de hostilidad guia nuestra pluma, porque sería

insensato y criminal no ahogar la voz de partido en presencia de las árduas circunstancias que nos rodean, y de las ineaperadas complicaciones que pueden envolvernos de un dia á otro; pero debemos la verdad al país inquieto y desasosegado, y no podemos ocultar, sin menoscabo de nuestra conciencia, que esta situacion es flaca, insegura y deleznable.

¿Tendrémos que hacer esfuerzos para demostrar la certidumbre de nuestra afirmacion? ¿No es, por ventura, un hecho que se impone la vergonzosa parálisis en que ha caido la Revolucion de Setiembre? En la esfera política no hemos sabido organizarnos, ni llevamos trazas de constituirnos; hemos proclamado, sin haber acertado á establecerla, la única institucion fundamental que en caso de conflicto podria agrupar en torno suyo todos los elementos de resistencia en pro del órden y de la libertad amenazados, y nos agitamos estérilmente en el vacío. En la esfera económica carecemos de recursos, siendo posible, ó más bien seguro, que el probable cataclismo de la nacion francesa, nos prive de los pocos con que podiamos contar y que eran la sola esperanza de nuestro desfallecido Erario; vivimos en un estado próximo á la bancarota, bajo la enorme pesadumbre de un déficit insaciable, y atormentados por las violentas oscilaciones de nuestro crédito moribundo. En la esfera administrativa, siéntese la confusion natural en períodos de renovacion absoluta y cambio radical de sistemas, y como consecuencia inmediata de este estado transitorio, pero inevitable, reinan la irregularidad en todas las funciones de nuestro mecanismo social, y la incertidumbre en los nuevos ó reformados poderes públicos que no poseen aún la nocion concreta y exacta de sus deberes y derechos. De suerte, que nos falta base política sólidamente asentada, nos falta dinero para estar prevenidos contra cualquier suceso trascendental, nos faltan medios ejecutivos de gobierno, ó lo que es lo mismo, este cuerpo social, empobrecido y desconcertado, no tiene idea de organizacion en su cerebro, ni sangre en sus venas agotadas, ni fuerza en sus músculos enflaquecidos. ¿Puede haber situacion más desdichada?

Hemos dicho ántes que no nos guia espíritu alguno de oposicion, y en efecto, no saldrá de nuestros lábios una palabra de amarga queja contra aquellos que pudiéndolo todo, nada han hecho, y han visto resbalar indiferentemente los dias, los meses y los años sin terminar la obra salvadora que la Nacion habia encomendado á su patriotismo. El peligro comun, la comun desgracia, son una especie de amnistía que el tiempo ofrece de vez en cuando á los hombres y partidos entre sí más enconados y opuestos, para que suspendan, con el mútuo perdon, sus imprudentes hostilidades. Preparémonos á aprovecharla, y en vez de recordar ofensas pasadas, unámonos lealmente con el propósito de salvar de la deshecha borrasca en que de un momento á otro nos podemos ver envueltos, los principios liberales que juntos hemos defendido y las instituciones conservadoras que juntos tam-

bien hemos creado. Mas para acudir oportunamente al remedio, menester es apreciar en toda su intensidad el daño; no desfigurarle, no encubrirle, no negarle, no cerrar los ojos á su triste manifestacion, no hacer, en último resultado, lo que esas aves azoradas y medrosas que creen esquivar el riesgo ocultando, para no verle, la cabeza debajo del ala. Repitámoslo otra vez más: la Revolucion de Setiembre y el Gobierno que la simboliza, tropiezan en el interior y en el exterior con grandes dificultades, y están expuestos á mortales contingencias.

¿Es posible que, dentro de estas condiciones, el Ministerio presidido por el General Prim desconozca hasta tal punto su flaqueza, que crea bastarse solo para salir al paso de los acontecimientos, mantener ilesa su autoridad comprometida, y ejercer, como ántes hemos dicho, si el peligro arrecia, la dictadura de las circunstancias? Seguros estamos de que no abriga presuncion tan loca y ocasionada á terribles desengaños. No hay más camino, pues, que abrir las Córtes, buscar en el mútuo concurso de todos los elementos revolucionarios la fuerza que aisladamente á todos ellos falta, anticiparse, hasta donde la prevision alcance, á las eventualidades probables, y arbitrar el medio de robustecer parlamentariamente al Ministerio si se mantiene firme, como de su lealtad y propia conveniencia debe esperarse, en la fe monárquica que ha sostenido y confesado.

Porque sobre este punto no nos es siquiera permitida la duda. Calumnian al Marqués de los Castillejos los que, en vista del giro que toman las asuntos de Europa, suponen en él veleidades ó vacilaciones republicanas. Sus profundas convicciones monárquicas, su dignidad personal y política, su seguridad misma, le vedan entrar en este terreno, donde, perdiéndonos, se perderia irremisiblemente para siempre. No es posible que haya cruzado por su pensamiento la absurda idea de confundir la lánguida serenidad de la revolucion española con los estremecimientos convulsivos de la angustia francesa, dado el caso hipotético de que, vencido el Imperio por las armas prusianas, se proclamase en la nacion vecina la tremenda república de la desesperacion. La república no puede nacer en Francia sino de la catástrofe, que nunca ha engendrado más que mónstruos. Pasaria como nube tempestuosa, y ¡ay de los Gobiernos imprevisores! ¡ay de los pueblos insensatos que hubieran hecho causa comun con la tormenta!

Pero ¿á qué cansarnos? Puede haber, hay en efecto, si nó en el Ministerio, al ménos cerca de él, imaginaciones impresionables y naturalezas inquietas, que, trastornadas por la grandeza de os sucesos, creen en la posibilidad, y la defienden, de una evolucion gubernamental en sentido republicano. Puede haber, hay seguramente, periódicos radicales que con cierta timidez apuntan ya el deseo de llegar á esta solucion, si la dinastía napoleónica desapareciera del trono de Francia, empujad por sus derrotas y por la exasperacion de un pueblo humillado. Pero los hombres del poder no están

tan desprovistos de juicio, que participen de estas irreflexivas exaltaciones de ánimo, y no nos cabe la menor duda de que todos ellos, especialmente el General Prim, cuyas cuentas con la demagogia no están aún saldadas, se opondrian con toda la energía de que son capaces, si la eventualidad surgiese, á esa tendencia aventurera de algunos de sus mal aconsejados amigos é impacientes auxiliares.

La república no vendrá por estos caminos; pero á nádie tanto como al Gobierno le conviene estar preparado contra el turbion demagógico que de un momento á otro puede inundarnos, si los descalabros del ejército frances se repiten y acrecientan. Por eso tenemos el íntimo convencimiento de que las Córtes reanudarán dentro de breve plazo sus sesiones, á pesar del acuerdo negativo tomado la noche del 8 por la Comision permanente.

Las palabras mismas del Presidente del Consejo de Ministros en la discusion que con este motivo se promovió robustecen nuestra creencia, y sólo sentimos que una mezquina cuestion de amor propio haya sido causa quizás de que no se llegara en la reunion del lunes á una necesaria y patriótica avenencia. Pero era preciso que á un mensaje se opusiera otro mensaje, á una peticion una repulsa, á la opinion de los señores Rios Rosas, Topete, Cantero y Lorenzana, la de los señores Martos, Madoz y Madrazo, y ante esta necesidad de nuestras malas costumbres políticas, donde la abnegacion para nada figura, se sacrificó una idea que en nuestro juicio se agitaba, más ó menos intensamente, en la conciencia de todos los indivíduos de la Comision y del Gobierno mismo.

Esta intransigencia incurable de nuestros partidos políticos, que de tantas y tan hondas perturbaciones ha sido orígen, produjo en el curso de la discusion, sostenida la noche del 8 en el seno de la Comision permanente, sus tristes y deplorabilísimos efectos. No censurarémos á nádie; pero la verdad es que no comprendemos en momentos tan difíciles como los actuales, cuando es necesaria la cooperacion de todos para vencer los obstáculos que se presentan, cuando la debilidad misma de la situacion, cuyos peligros saltan á la vista, reclama de unos y otros la mayor prudencia; no comprendemos, repetimos, que haya hombres conservadores que se declaren en oposicion abierta, Gobiernos que contesten á estas agresiones puramente personales con embozadas amenazas, ni espíritus tan esencialmente volubles que bajo la impresion de los sucesos, y con menosprecio de las ideas, dejen entrever la inminencia de un cambio radical en sus doctrinas, propósitos y soluciones. No: en estas circunstancias escabrosas, ni debe combatirse al poder, miéntras permanezca fiel á sus compromisos fundamentales, ni el Ministerio puede entregarse sin reflexion á una política de despecho, ni es lícito abandonar como miserable tránsfuga, como desertor al frente del enemigo, las opiniones que en dias más bonancibles se han profesado. Tenemos formado de los distinguidos repúblicos á quienes aludimos, un

concepto tan alto que no les creemos capaces de faltar en estas horas supremas á las inspiraciones del deber y del patriotismo. La palabra es un instrumento indócil que no siempre obedece á la direccion del pensamiento, y cuando el debate se caldea, cuando la contradiccion se hace apasionada, suele romper muchas veces la elocuencia, como corcel desbocado, los límites de la razon y la justicia. Hay que ser indulgentes con las imperfecciones incorregibles de nuestra flaca naturaleza humana.

No falta, sin embargo, quien quiera sacar partido de estos incidentes de un debate acalorado, para ahondar las divisiones que, por desdicha, separan á los más autorizados hombres de la Revolucion de Setiembre. Inútil nos parece advertir, porque á la penetracion de nuestros lectores no puede ocultárseles, que los que más se señalan y distinguen en esta poco envidiable empresa, son precisamente aquellos que mal avenidos con su disfraz monárquico, y alucinados por el aspecto nada halagüeño de los asuntos político-militares de Francia, juzgan llegada la hora de verificar un movimiento de conversion hácia la república. Estos elementos díscolos, á quienes en primer término puede culpárseles del estado de marasmo crónico en que ha caido la Revolucion, se mueven, agitan y bullen estos dias, con incansable perseverancia en periódicos, reuniones, cafés y centros políticos; buscan alianzas con los jefes del partido republicano, y hasta se asegura que mantienen secretas inteligencias con los clubs más perturbadores de Madrid, á la vez que tratan, valiéndose de sus influencias y amistades, de empujar al Gobierno por la pendiente del abismo.

La verdad es, que desde que los reveses del ejército frances han hecho entrever la posibilidad de la caida del Imperio, entre los horrores de una guerra extranjera y las violencias del tumulto, reina en determinados círculos de la capital cierta agitacion sorda que no se ve, pero que se siente. Algunos grupos pacíficos, más ó ménos numerosos en la Puerta del Sol durante las primeras horas de la noche; unos cuantos discursos incendiarios en los clubs, varios de los cuales se han declarado en sesion permanente, y algunos artículos audaces en la prensa exaltada, tales son los únicos síntomas de la oculta ebullicion, que aparecen en la superficie social. Diríase que son las palpitaciones del motin que despierta y se dispone para el combate. Esta inquietud creciente se sostiene y aviva con la esperanza falsamente extendida, y no sabemos por quién alimentada, de que el Ministerio actual tomaria la iniciativa para proclamar la República, si las oleadas de la demagogia consiguieran derribar el vacilante trono de Napoleon III. Hasta la circunstancia de haber concedido en estos momentos el Gobierno una amnistía general y ámplia para todos los delitos políticos cometidos desde el 29 de Setiembre de 1868, medida de clemencia que aplaudimos, aun cuando su oportunidad, para muchos, sea discutible, contribuye á robustecer esa desatinada creencia que ha encontrado fácil acogida entre el vulgo. El partido

republicano ha recibido la amnistía como una promesa ministerial de mayores concesiones; sus Diputados se han reunido para pedir, segun se dice, la convocatoria de las Córtes á fin de proceder á la revision inmediata del artículo 33 de la Constitucion, y el Directorio anuncia la publicacion de un próximo Manifiesto.

No sabemos si cuando se desengañen de su error y vean que el Gobierno no se aparta de la línea de conducta trazada por el deber, y exigida por la seguridad del Estado, pretenderán esos soñadores de repúblicas imposibles, imponernos su voluntad por la fuerza. Sentiriamos que llevasen á ese extremo su demencia, porque la sangre vertida estérilmente en luchas intestinas imprime indeleble mancha en los vencedores y en los vencidos; pero si á tanto se atreviesen, caiga sobre ellos la maldicion de Dios y la de todos los hombres honrados. La situacion es débil; lo hemos reconocido y confesado con leal franqueza; pero más débiles son sus enemigos, sea cual fuere la bandera que enarbolen. No esperen, no, que el Gobierno, como una transaccion que en último resultado ningun interes legítimo reclama, rompa el pacto constitucional y proclame la república unitaria. El Gobierno sabe que detras de la república unitaria se oculta la república federal, en cuyo seno fermentan las heces de la más desenfrenada demagogia; sabe que comprometeria la libertad, entregándola á los azares del desórden público, que es, ha sido y será siempre el precursor de la tiranía; sabe que lo que es violento es efímero, y que sobre las ondas movibles no se funda nada sólido y duradero; sabe que en el estado actual de Europa sería una insensatez hacer solidaria á España de los delirios en que puede incurrir la Francia calenturienta y vencida; sabe, en fin, lo mucho que conviene á nuestra dignidad nacional que el Congreso de las grandes potencias nos halle tranquilos, serenos, impasibles en medio de la general conflagracion, para que no caiga sobre nuestras espaldas el látigo ignominioso de una intervencion diplomática. Qué más necesita saber?

Pierdan, pues, toda esperanza los republicanos impacientes y sus auxiliares de última hora: el Gobierno no quiere ni puede hacer traicion á la pátria.

Abrigamos sobre este particular una confianza absoluta en el Regente del Reino, que ha regresado á Madrid, atraido por la gravedad de las circunstancias; en el Marqués de los Castillejos, cuya entereza no cabe poner en duda; en la lealtad personal del Ministerio, nunca desmentida, y en último término, en la cordura de la Nacion, que no ha de dejarse sorprender y arrebatar fácilmente por el vértigo para caer quebrantada y sin honra en el fondo del precipicio.

De cualquier modo, y como las precauciones nunca son inútiles, concluirémos esta Revista, por lo que pueda sobrevenir, con el grito del soldado que guarda de noche una plaza sitiada:—¡Centinela, alerta!

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

EXTERIOR.

Triste, deplorable prólogo ha puesto la diplomacia á la espantosa lucha de las armas que los dos primeros ejércitos de Europa han comenzado ya. Cuando medio millon de soldados va á combatir encarnizadamente contra otro medio millon, con los mayores y más perfeccionados medios de destruccion que hasta ahora ha inventado el ingenio humano, causa profunda pena considerar por qué procedimientos de etiqueta cortesana, por qué cuestiones pequeñas y pueriles, por qué malas inteligencias, ó torpezas de diplomáticos aturdidos, se decide á veces acerca de la paz ó de la guerra, es decir, acerca de la muerte ó la mutilacion de muchos millares de hombres, del trastorno de innumerables familias, de la ruina de extensas y prósperas comarcas.

Empezaron las cancillerías por dar diferentes versiones sobre la manera con que el Rey Guillermo I habia recibido, ó más bien, despedido al embajador frances. La relacion de los unos es desmentida por los otros. Apénas Emilio Ollivier afirmaba un hecho en el Cuerpo Legislativo de Paris, el Conde de Bismarck lo negaba, lo rectificaba ó lo hacía desmentir secamente.

Y después que esta polémica lamentable pareció agotada, comenzó de improviso otra de un género mucho peor. Los Prusianos acusaron al Gobierno frances de haber estado durante mucho tiempo queriéndolos seducir para que juntos cometiesen la iniquidad de arrojarse sobre la débil Bélgica, modelo de Estados pacíficos y bien regidos, con el objeto de que los despojos de su independencia sirviesen para saldar las cuentas de las dos más ambiciosas grandes potencias europeas. El Gobierno frances se ha defendido lanzando acusaciones semejantes al prusiano; y entre ámbos, en efecto, han probado cuán pocos escrúpulos tienen todavía algunas veces los diplomáticos, para disponer de los destinos de los pueblos por medio de la fuerza, y con menosprecio del derecho.

Esta segunda parte de la contienda diplomática nos parece mucho más lamentable que la primera. No hay grandes motivos para regocijarse de los progresos de la civilizacion cuando se ve el sosiego de todas las naciones europeas pendiente de un movimiento de mal humor de un rey, que no quiere continuar por sí mismo negociaciones que le desagradan, ó de la forma precipitada con que la vanidad de un ministro comunica por telégrafo á vários Gobiernos lo que ofende la susceptibilidad de otro; pero, considerándolo bien, se convence uno muy pronto de que por tan fútiles motivos no se perturbaria la paz del mundo, si esos movimientos de ira, ó

de vanidad, si esas nimiedades cancillerescas no fuesen la fórmula en que vienen á condensarse las cóleras, los recuerdos, los deseos de venganza, las aspiraciones contradictorias de dos grandes pueblos. Pero no hay consideracion que baste á dar consuelo al ánimo abatido del hombre pensador cuando la astucia, la mala fé, el abuso del poder se sobreponen al derecho claro é incuestionable, y los fuertes, sin más título que su fuerza, se conciertan para oprimir á los débiles.

Vamos á hacer una ligera reseña de la voluminosa coleccion de documentos diplomáticos que han sido publicados por vários Gobiernos desde que la ruptura de las hostilidades entre Francia y Prusia fué un hecho inminente é inevitable.

De lo que pasó entre el Rey Guillermo I y el Embajador frances en las conferencias de Ems, cuya estrepitosa y brusca ruptura fué la causa ocasional de la declaracion de guerra por la Francia, creyó conveniente el Monarca prusiano que levantase acta uno de sus ayudantes de campo, testigo de lo sucedido. Este anómalo testimonio se halla redactado en estos términos:

"En la mañana del 13 de Julio, y á consecuencia de una conversacion entre S. M. el Rey y el Conde Benedetti en el paseo de los Manantiales, S. M. me dispensó el honor de enviarme á las dos á la casa del Conde con la siguiente comunicacion:

"S. M. ha recibido hace una hora, por una comunicacion escrita del Príncipe Hohenzollern desde Sigmaringen, la confirmacion completa de lo que el mismo Conde ha comunicado esta mañana, habiéndolo sabido directamente de Paris, sobre la renuncia del Príncipe Leopoldo á su candidatura al trono de España. S. M., en vista de ello, considera terminada la cuestion."

Después que hube ejecutado esta órden, el Conde Benedetti dijo que, después de su entrevista con el Rey, habia recibido un nuevo despacho de M. de Grammont, quien le encargaba solicitase una audiencia de S. M., exponiéndole los deseos del Gobierno frances, es decir:

"1.° Aprobar la renuncia del Príncipe Hohenzollern.

"Y 2.° Dar la seguridad de que esta candidatura no se reproduciria en el porvenir."

S. M. hizo responder entónces por mi conducto al Conde, que aprobaba la renuncia del Príncipe Leopoldo en el mismo sentido y con el propio carácter que habia aprobado ántes la aceptacion de su candidatura. S. M. habia recibido comunicacion de la renuncia por parte del Príncipe Antonio de Hohenzollern, quien habia sido autorizado para el acto por el Príncipe Leopoldo. En cuanto al segundo punto, relativo á la seguridad para el porvenir, el Rey sólo podia referirse á lo que por la mañana habia replicado personalmente al Conde.

El Conde Benedetti aceptó esta respuesta de S. M. con reconocimiento, y declaró que, estando autorizado para ello, la haria conocer á su Gobierno.

Pero en cuanto al segundo punto, debia, como se lo encargaba expresamente el último despacho de M. de Grammont, mantener su peticion de una nueva conferencia con el Rey, aun cuando sólo fuera para oir de nuevo las mismas palabras de S. M., con tanta más razon, cuanto el último despacho contenia nuevos argumentos que deseaba someter al Rey.

S. M. hizo responder al Conde Benedetti, por mi conducto, á las cinco y media de la tarde, y por tercera vez, que se veia obligado á negarse absolutamente á entrar en

nuevas negociaciones sobre el último extremo relativo á una garantía que lo ligase en lo futuro. Lo que S. M. habia dicho por la mañana era su última palabra en este asunto, y el Embajador podia referirse á ella pura y simplemente.

Como respuesta á la seguridad de que el Conde de Bismarck no llegaria á Ems el dia siguiente, el Conde Benedetti declaró que por su parte se contentaba con esta declaracion de S. M. el Rey.—Ems 13 de Julio de 1870.—A. Radzivil, Ayudante de campo de S. M. el Rey."

El 18 de Julio, Bismarck dirigió á los representantes de la Confederacion de la Alemania del Norte en las cortes extranjeras una circular declarando falsas las afirmaciones hechas por MM. Ollivier y Grammont en las sesiones celebradas por el Senado y el Cuerpo Legislativo en 15 de Julio, y explicando á su manera los sucesos. En aquel documento se intentaba ya establecer una diferencia entre el Gobierno imperial de Francia y el pueblo frances, que Bismarck asegura ser amigo de la paz, y cuyas pasiones supone que los Ministros han excitado, "*desnaturalizando* ó *inventando* sucesos, *cuya falsedad les era conocida oficialmente*. Desde aquí comienza un uso, muy repetido por ámbas partes, de expresiones semejantes á estas, é igualmente impropias de los jefes de Gobiernos, áun en estado de guerra.

El Canciller de la Confederacion del Norte afirma que no ha habido nota ó despacho diplomático, como Ollivier y Grammont habian dicho, en que él hubiese anunciado á los Gabinetes de Europa que el Rey se habia negado á recibir al Embajador frances; pero confiesa que el anuncio fué hecho, en efecto, aunque sólo por medio de un parte telegráfico. El hecho mismo de la negativa de Guillermo I á recibir á Benedetti, lo cree explicado y justificado Bismarck con el testimonio del Ayudante de campo, que ya hemos copiado. Y, en cuanto á lo sucedido entre el Duque de Grammont, Ministro de Negocios extranjeros de Francia, y el Baron Werther, representante de la Alemania del Norte en Paris, se refiere á las explicaciones dadas por este último, y de las cuales une copia á su circular. La parte principal del despacho de Werther dice así:

"El Duque de Grammont añadió que consideraba la renuncia del Príncipe Hohenzollern como una cuestion secundaria, puesto que el Gobierno frances no habria tolerado nunca su advenimiento al trono; pero temia que la actitud de Prusia crease una gran irritacion entre los dos países.

"La causa de esta tension debia ser destruida, partiendo del punto de vista de que en nuestra manera de obrar con Francia, en vez de corteses, habiamos sido agresivos, lo cual era cosa reconocida por todas las Potencias. Hablando con sinceridad, añadia, no queremos la guerra con Prusia, y sí, por el contrario, relaciones cordiales. Sabiendo que yo tendia al mismo objeto, dijo que debiamos buscar juntos un medio adecuado para ejercer una influencia favorable en este sentido. Me sometió la idea de si una carta designada por el Rey al Emperador ofreceria un desenlace favorable. Al mismo tiempo apeló al corazon caballeresco de S. M. Podria decirse en esta carta, añadió, que S. M., al autorizar al Príncipe Leopoldo para aceptar la Corona de España, no pudo creer que lastimaba los intereses ó la dignidad de la nacion francesa; que el Rey aprobaba su renuncia, expresando al propio tiempo la esperanza de que habria

desaparecido así todo motivo de desacuerdo entre los dos pueblos. La publicidad dada á esta carta calmaria el espíritu público, muy excitado en Francia. Deseaba M. de Grammont que no se hablase en la carta del parentesco del Príncipe Leopoldo con la dinastía imperial, pues no se queria que la cuestion tomase carácter alguno de familia.

"Hice observar al Duque de Grammont que un acto de esta índole se habia hecho dificilísimo por el carácter de su declaracion ante las Cámaras, la cual habia herido profundamente al Rey. Lo negó, sosteniendo que la Prusia no habia sido nombrada siquiera en un discurso, reclamado por la necesidad de calmar la Cámara y la opinion.

"M. Ollivier, que llegó en este momento, insistió en la necesidad, por interes de la paz, de la carta; me rogaron que fuese yo quien la propusiera al Rey, diciéndome que de no hacerlo se verian obligados á encargar al Conde Benedetti de esta mision.

"Insistiendo en la idea de que necesitaban un arreglo de esta clase para calmar los espíritus excitados y dar fuerza al Gobierno en las Cámaras, los dos Ministros añadieron, que una carta del Rey les permitiria defender la Prusia contra los ataques que debian esperarse. Finalmente, me hicieron observar que nuestra actitud en la cuestion de la candidatura del Príncipe Hohenzollern al trono de España habia excitado más á la nacion francesa que al Emperador. Durante esta conferencia, Grammont manifestó creer que el Príncipe Leopoldo habria renunciado por consejos del Rey; pero yo lo negué, declarando que esta renuncia se debia exclusivamente á la iniciativa del Príncipe."

Antes de tener conocimiento de esta circular de Bismarck, del 18 de Julio, el Duque de Grammont expidió por su parte otra el 21, con el objeto de justificar la conducta del Gobierno frances. En ella hay un párrafo que ha dado orígen á reclamaciones del Gobierno español, y que dice así:

"Hé aquí indudablemente cuál ha sido el plan combinado contra nosotros. Una inteligencia preparada misteriosamente por intermediarios secretos debia, si no se hubiese descubierto el plan ántes de consumarse, llevar las cosas al extremo de que la candidatura de un Príncipe prusiano á la Corona de España se habria revelado de improviso á las Córtes ya reunidas. Un voto arrancado por sorpresa ántes que el pueblo español hubiese tenido tiempo de reflexionar, proclamaria, así se esperaba al ménos, al Príncipe Leopoldo Hohenzollern, heredero del cetro de Cárlos V.

"Así Europa se habria hallado frente á un hecho consumado, y especulando sobre nuestra deferencia hácia el gran principio de la Soberanía popular, se contaba con que la Francia, á pesar de un disgusto pasajero, se detendria ante la voluntad ostensiblemente manifestada de una nacion por quien se conocian todas nuestras simpatías."

Después de proclamar que toda nacion es dueña de sus destinos, habiendo llegado á ser este principio, altamente afirmado por la Francia, una de las leyes fundamentales de la política moderna, Grammont asienta que, sin embargo, "el derecho de cada pueblo, como el de cada indivíduo, está limitado por el derecho de otro, hallándose prohibida á cada nacion amenazar la seguridad ó la existencia de su vecina bajo el pretexto de ejercer su propia soberanía." Después recuerda, que en la cuestion de Bélgica se dejó oir la voz de la Europa, puesto que tomaron acuerdos decisivos las cinco grandes potencias; que las tres córtes, protectoras del pueblo helénico, se convinieron en no aceptar el trono de Grecia para un Príncipe de su familia; que

en virtud de los compromisos adquiridos por la diplomacia, fué inútil que el Congreso nacional de Bélgica eligiese Rey al Duque de Nemours, y quedó al mismo tiempo inhabilitada la candidatura del Duque de Leuchtemberg; que en la última vacante del trono de Grecia, el Gobierno del Emperador Napoleon combatió á la vez las candidaturas del Príncipe Alfredo de Inglaterra, y de otro Duque de Leuchtemberg, habiendo reconocido la autoridad de sus razones los Gobiernos de Inglaterra y de Rusia. Y, después de citar estos hechos, añade:

„La Prusia, á quien no hemos dejado de recordar estos antecedentes, pareció ceder un momento á nuestras justas reclamaciones. El Príncipe Leopoldo desistió de su candidatura y pudimos felicitarnos de que no se turbaria la paz. Pero esta esperanza abrió bien pronto camino á nuevos temores y después á la certeza de que Prusia, sin retirar sériamente ninguna de sus pretensiones, sólo queria ganar tiempo.

El lenguaje indeciso en un principio, después resuelto y altivo del jefe de la familia Hohenzollern, su negativa á mantener en lo venidero la renuncia de la víspera, el trato inferido á nuestro Embajador, al cual un mensaje verbal prohibió toda nueva comunicacion sobre el objeto de su mision conciliadora, en fin, la publicidad dada á este proceder insólito por los diarios prusianos y la notificacion hecha á los Gabinetes, todos estos síntomas sucesivos de intenciones agresivas, hicieron cesar la duda en los espíritus más prevenidos. ¿Era permitida la ilusion cuando un soberano que manda un millon de soldados declara, poniendo la mano sobre su espada, que se reserva tomar consejo de sí solo y de las circunstancias? Habiamos llegado á ese límite extremo en que una nacion que siente lo que se debe á sí misma, no transige más que con las exigencias de su honor.

Si los últimos incidentes de este penoso debate no arrojasen vivísima luz sobre los proyectos alimentados por el Gobierno de Berlin, una circunstancia ménos conocida hasta el dia daria á su conducta una significacion decisiva.

La idea de elevar al trono de España un Hohenzollern no era nueva. Ya en Marzo de 1869 habia sido señalada por nuestro Embajador en Berlin, quien fué en el acto invitado á hacer saber al Conde de Bismarck cómo consideraria el Gobierno del Emperador semejante eventualidad. El Conde Benedetti, en muchas conversaciones que sobre esto tuvo, ya con el Canciller de la Confederacion de la Alemania del Norte, ya con el Subsecretario encargado de la direccion de Negocios extranjeros, no habia dejado ignorar que no podriamos admitir que un príncipe prusiano reinase del otro lado de los Pirineos.

El Conde de Bismarck, por su parte, habia declarado que no debiamos preocuparnos de modo alguno de una combinacion que él mismo consideraba irrealizable, y en ausencia del Canciller federal, en un momento en que M. Benedetti, mostrándose incrédulo, insistia, M. de Thile habia empeñado su palabra de honor de que el Príncipe Hoenzollern no era y no podia ser un candidato sério á la corona de España.

Si se debiera sospechar de la sinceridad de seguridades tan positivas, las comunicaciones diplomáticas dejarian de ser una prenda de paz europea, y se convertirian en un lazo ó en un peligro. Así, aun cuando nuestro Embajador trasmitió estas declaraciones bajo toda reserva, el Gobierno del Emperador consideró oportuno acogerlas favorablemente. Se habia llegado á poner en duda su buena fe hasta el dia en que se reveló de súbito la combinacion que era su negacion patente."

Después de conocida la circular del Conde de Bismarck y los documentos unidos á ella, el Duque de Grammont los contesta con una nueva, que

expide por su parte el 24 de Julio. Empieza por decir que el Baron de Werther, al referir la conversacion que entre los dos medió, no presenta las cosas bajo su verdadero aspecto, por lo que se vé obligado á negar ó rectificar algunas de sus palabras y apreciaciones. Después de las negaciones y rectificaciones, que no son pocas, añade el Duque:

"Hechas estas reservas, llego á la principal acusacion que nos dirige el Gabinete de Berlin. Se dice que voluntariamente hemos planteado la cuestion cerca del Rey de Prusia, en vez de abordarla con su Gobierno. Pero cuando el 4 de Julio, siguiendo mis instrucciones, nuestro Encargado de negocios se presentó á M. de Thile para hablarle de las noticias que nos habian llegado de España, ¿cuál fué el lenguaje del Secretario de Estado? Segun sus mismas expresiones, "el Gobierno Prusiano ignoraba plenamente este asunto, que á sus ojos no existia." En presencia de la actitud del Gabinete, que afectaba no ocuparse de tal suceso, para considerarlo como atañendo únicamente á la familia Real, ¿qué podiamos hacer sino dirigirnos al mismo Rey?

Así y contra nuestra voluntad hemos debido invitar á nuestro Embajador á ponerse en comunicacion con el Soberano, en vez de tratar con su Ministro.

He residido sobrado tiempo en las córtes europeas para saber lo desventajoso que es este sistema de negociacion, y todos los Gabinetes prestarán fé á mis palabras cuando afirmo que sólo hemos seguido esta via porque todas las demás nos estaban cerradas.

Sentimos que el Conde de Bismark, tan luego como supo la gravedad del debate, no se dirigiese á Ems para recobrar su puesto natural de intermediario entre el Rey y nuestro Embajador; pero el aislamiento en que S. M. sin duda quiso permanecer y que el Canciller ha debido considerar favorable á sus designios, ¿es culpa nuestra? Y si como lo hace notar el Gabinete de Berlin, la declaracion de guerra que le ha sido entregada por nuestro Encargado de negocios constituye nuestra primera comunicacion escrita y oficial, ¿de quién es la falta? ¿Se dirigen notas á los Soberanos? ¿Podia permitirse nuestro Embajador semejante denegacion á los usos, cuando trataba con el Rey y no es por el contrario la falta de todo documento cambiado entre los dos Gobiernos ántes de la declaracion de la guerra, la consecuencia indeclinable de la obligacion en que se nos ha puesto de seguir la discusion en Ems en vez de dejarla en Berlin, adonde nos habiamos dirigido en un principio?"

Pasa después el Ministro de Negocios extranjeros de Francia á demostrar la inexactitud cometida por el Conde de Bismarck y M. de Thile, al decir que jamás la candidatura del Príncipe Hohenzollern habia sido entre ellos y M. Benedetti objeto de ninguna conferencia oficial ó particular. Al efecto, copia el siguiente despacho oficial, que ya en Marzo de 1869 el Embajador frances en Berlin remitió al Marques de Lavallete, Ministro entónces de Negocios extranjeros:

"Señor Marqués: V. E. me ha invitado ayer por telégrafo á que averiguase si la candidatura del Príncipe Hohenzollern al trono de España tenía un carácter formal. He tenido ocasion de ver esta mañana á M. de Thile, y he creido poder preguntarle si debia prestar alguna importancia á los rumores que habian circulado respecto de este punto. No le he ocultado que tenía interes en estar exactamente informado, haciéndole observar que semejante eventualidad interesaba demasiado directamente al Gobierno del Emperador para que no fuera deber mio señalarle los peligros, en el caso de que existiesen razones para creer que semejante combinacion pudiera realizarse. Le añadí que pensaba daros parte de nuestra conferencia.

M. de Thile me ha dado la más formal seguridad de que en ningun tiempo ha tenido conocimiento de indicacion alguna que pudiera autorizar conjeturas semejantes, y que el Ministro de España en Viena (Sr. Rancés), durante la estancia que hizo en Berlin, no habia hecho siquiera la menor alusion. El Subsecretario de Estado, al expresarse así, y sin que nada de lo que yo le decia pudiera provocar semejante manifestacion, *creyó deber empeñar su palabra de honor.*

Segun él, el Sr. Rancés se habria limitado á conferenciar con el Conde de Bismarck, que queria aprovechar el paso de este diplomático por Berlin, para enterarse del estado de cosas en España, sobre la situacion en que se hallaba la cuestion de la eleccion del futuro Soberano.

Hé aquí sustancialmente lo que M. de Thile me ha dicho, repitiendo muchas veces su primera declaracion de que no se habia tratado ni se trataria del Príncipe Hohenzollern para la corona de España."

El Gobierno inglés ha presentado al Parlamento, en un libro azul, la correspondencia diplomática relativa á la candidatura Hohenzollern, y á la guerra entre Francia y Prusia. Esta coleccion consta de 124 documentos, expedidos en veinte dias. Digamos algo de lo más notable que contiene. El 8 de Julio, Lord Granville escribe á Lord Lyons, Embajador inglés en Paris, diciéndole que ha encarecido al Gobierno de Berlin la conveniencia de una solucion amistosa, haciéndole observar que "la posicion de la Alemania del Norte era tal, que sino debia ceder á las amenazas, tampoco se hallaba en el caso de lanzarse en el extremo contrario por frases pronunciadas en momentos de grande excitacion." Al dia siguiente, Lord Lyons daba cuenta á Granville de su conferencia con el Duque de Grammont, en que éste le habia dicho: "Es la presente una cuestion en que los Ministros franceses no pueden dirigir, sino seguir á la nacion. La opinion pública no consentiria que hiciesen ménos de lo que habian hecho..... Hay dos cosas evidentes; que el Rey de Prusia ha autorizado la aceptacion de la corona de España, y que la resolucion del Príncipe, desistiendo de su candidatura ó insistiendo en ella, se hará de acuerdo con S. M. Por tanto, la cuestion se halla planteada entre la Francia y el Rey..... El Gobierno frances aplazará por veinticuatro horas los preparativos ostensibles de guerra, como el llamamiento de la reserva, para no excitar el espíritu público en Francia. Pero después los preparativos serán hechos con gran vigor, porque habria una grave falta en dejar que la Prusia ganase tiempo con pretextos dilatorios."

El 12 de Julio, insta Lord Lyons al Duque de Grammont á que el Gobierno frances se diese por satisfecho con la renuncia del Príncipe Leopoldo, considerándola como desenlace de la cuestion. Al dia siguiente, Grammont le contesta que la Francia no ha obtenido nada de la Prusia; que el General Fleury, su Embajador en San Petersburgo, le ha anunciado por el telégrafo que el Emperador Alejandro habia escrito al Rey de Prusia pidiéndole mandase al Príncipe Hohenzollern retirar su aceptacion de la corona, habiéndose expresado en los términos más amistosos respecto de la Francia; pero que el Rey Guillermo no habia accedido á esta recomenda-

cion de su sobrino, ni dado una palabra de explicacion á la Francia; y que las exigencias de esta última se reducian á que el Rey impidiese al Príncipe Leopoldo retirar en ningun caso su renuncia. Lord Lyons dice en seguida:

"Yo pregunté entónces si me autorizaba categóricamente á decir á mi Gobierno, á nombre del del Emperador, si en tal caso la cuestion quedaria resuelta por completo.

—Sin duda alguna, respondió; y tomando un pedazo de papel, escribió este *Memorandum* ó nota, que me entregó:

"Pedimos al Rey de Prusia que impida que el Príncipe Hohenzollern cambie de resolucion. Si lo hace, el incidente queda completamente terminado."

Observé á M. de Grammont era difícil concebir que el Gobierno frances temiese que después de todo lo sucedido, el Príncipe pudiese presentarse aún como candidato, ó ser aceptado por la España.

Grammont me respondió que era preciso precaverse contra tal eventualidad, y que si el Rey se negaba á esta sencilla prohibicion, Francia deberia suponer que abrigaba designios hostiles, y tomar sus medidas en vista de ello. Me preguntó por último, si Francia podria contar con los buenos oficios de la Inglaterra para obtener del Rey esta garantía. Dije, que nada sería más grato al Gobierno de S. M. que realizar una reconciliacion entre Francia y Prusia; pero que no podia comprometerme, sin autorizacion del Gobierno, á ofrecer lo que se me pedia sobre un punto especial."

El Gobierno británico recomienda, el 14 de Julio, al prusiano que comunique al de Paris su aprobacion de la renuncia del Príncipe Leopoldo; pero Bismarck no sólo no accede, sino que se niega aun á dar cuenta al Rey de la recomendacion. El Ministro prusiano reclama de ese modo para sí toda la responsabilidad de lo que pudiera suceder. Después va más allá todavía; pues censura que el Rey haya estado tan moderado y cortés con Benedetti. Lord Loftus, Embajador de Inglaterra en Berlin, refiere así una conferencia que habia tenido con el canciller:

El Conde de Bismarck ha mostrado muchas dudas de que estén terminadas todas las diferencias con Francia. Me dijo que la extremada moderacion mostrada por el Rey ante el amenazador tono del Gobierno frances y la cortés recepcion del Conde de Benedetti en Ems, después del severo lenguaje dirigido á Prusia, habian producido en el país profunda indignacion. Aquella mañana habia recibido telegramas de Brema, Koenigsberg y otras ciudades, expresando gran desaprobacion de la actitud conciliadora del Rey de Prusia en Ems y pidiendo que no se sacrifique el honor de la pátria.

El Conde expresó su deseo de que el Gobierno inglés, por una declaracion en el Parlamento, manifestase su satisfaccion ante el desenlace de la cuestion española, merced á la espontánea renuncia del Príncipe Leopoldo, y diese público testimonio de la serena y prudente moderacion del Rey de Prusia, de su Gobierno y de la prensa."

Este despacho de Lord Loftus induce á creer que la brusca intimacion hecha á Benedetti para que no volviese á visitar al Rey, fué producida por los consejos de Bismarck.

El Gabinete de Lóndres, en 15 de Julio, propone á la Francia y á la Prusia en idénticos términos, que ántes de declararse la guerra, recurran á los buenos oficios de alguna ó algunas potencias amigas, ofreciendo desde luego que la Inglaterra aceptará este encargo si se lo confian. Pero ni en Paris ni

en Berlin fué oida su proposicion. Después de declarada la guerra, el Gobierno inglés dedicó sus esfuerzos á trabajar en favor de los neutrales.

Todos los documentos hasta aquí citados, perdieron su interes al publicar el *Times*, de Lóndres, un proyecto de tratado, que habia sido formulado en 1866 por M. Benedetti, Embajador en Berlin, y que dice así:

„1.° S. M. el Emperador de los Franceses admite y reconoce las adquisiciones que Prusia ha hecho de resultas de la última guerra que ha sostenido contra el Austria y sus aliados.

2.° S. M. el Rey de Prusia promete facilitar á la Francia la adquisicion del Luxemburgo. Al efecto, el expresado soberano entrará en negociaciones con S. M. el Rey de los Países-Bajos para determinarle á hacer al Emperador de los Franceses la cesion de sus derechos soberanos sobre ese Ducado, mediante la compensacion que se juzgue suficiente, ó de otro modo. Por su parte el Emperador de los Franceses se compromete á tomar sobre sí las cargas pecuniarias que esa transaccion pudiera originar.

3.° S. M. el Emperador de los Franceses no se opondrá á una union federal de la confederacion del Norte con los Estados del Mediodia de Alemania, á excepcion del Austria, cuya union podrá basarse sobre un Parlamento comun, respetando en una justa medida la soberanía de los expresados Estados.

4.° Por su parte S. M. el Rey de Prusia, en el caso de que S. M. el Emperador de los Franceses se viese impulsado por las circunstancias á hacer entrar sus tropas en Bélgica ó á conquistarla, concederá el auxilio de sus armas á Francia y la sostendrá con todas sus fuerzas de tierra y de mar contra cualquier potencia que en esa eventualidad la declarase la guerra.

5.° Para asegurar la plena ejecucion de las disposiciones que preceden, S. M. el Rey de Prusia y S. M. el Emperador de los Franceses contraen por el presente tratado una alianza ofensiva y defensiva que se comprometen solemnemente á sostener. SS. MM. se obligan además especialmente á observarla en todos los casos en que sus Estados respectivos, cuya integridad se garantizan mútuamente, estuviesen amenazados de una agresion, considerándose como obligados en esa circunstancia á adoptar sin demora y no declinar bajo ningun pretexto los arreglos militares que exigiese su interes comun en conformidad á las cláusulas y previsiones arriba enunciadas."

La publicacion de este proyecto produjo una impresion muy grande en Inglaterra, y sirvió en toda Europa para lanzar ágrias censuras contra la ambicion de la Francia. Al principio, no faltó quien lo creyese apócrifo; pero pronto la duda fué imposible, ante las explícitas declaraciones del mismo Benedetti y de Bismarck. El primero, en una comunicacion dirigida al Ministro de Negocios extranjeros, en 29 de Julio, explica lo sucedido y aprecia de la manera siguiente el documento publicado por el *Times*:

De notoriedad pública es que el Conde de Bismarck nos ha ofrecido ántes y durante la pasada guerra contribuir á reunir la Bélgica á la Francia en compensacion de los engrandecimientos que ambicionaba y ha obtenido para la Prusia. Podria invocar para esto el testimonio de toda la diplomacia europea, que no ha ignorado nada. El Gobierno del Emperador declaró constantemente estas indicaciones, y uno de nuestros predecesores, M. Drouyn de Lhuys puede dar sobre esto explicaciones que no dejarian duda alguna.

Al hacerse la paz de Praga, y ante la impresion que en Francia causaba la anexion del Hannóver, del Hesse Electoral y de la ciudad de Francfort á Prusia, M. de Bis-

marck manifestó otra vez el deseo más vivo de restablecer el equilibrio europeo, roto por aquellas adquisiciones. Tratóse de diversas combinaciones respetando la integridad de los Estados vecinos de la Francia y de la Prusia, conferencióse mucho sobre el particular, procurando siempre M. de Bismarck hacer prevalecer sus ideas personales. En una de estas conversaciones, y para formar juicio exacto de sus combinaciones, accedí á trascribirlas, dictadas por él en cierto modo. La forma así como el fondo demuestra claramente que me limité á reproducir un proyecto concebido y desarrollado por él. M. de Bismarck se quedó con dicha minuta para enseñársela al Rey. Y por mi parte dí cuenta en sustancia al Gobierno imperial de las comunicaciones que se me habian hecho. El Emperador las rechazó así que se hubo enterado. Debo decir que el mismo Rey de Prusia no se mostró propicio á la base, y desde entónces, esto es, en los cuatro años últimos no he vuelto á tratar nada de particular con M. de Bismarck.

Si correspondiera á la iniciativa del Gobierno imperial el tratado en cuestion, el proyecto habria sido bosquejado por el Ministerio, y no habria para qué existiera una copia escrita por mí; habria sido redactado en otra parte y de otro modo, dando lugar á negociaciones que se habrian seguido simultáneamente en Paris y en Berlin.

Con igual fecha de 29 de Julio, circulaba el Conde de Bismarck sus explicaciones sobre el mismo asunto; y añadia nuevas noticias de otros proyectos de la misma índole. Hé aquí los principales párrafos de su escrito:

"El manuscrito publicado por *El Times* no es la única proposicion que se nos haya hecho en este sentido por Francia. Ya ántes de la guerra de Dinamarca agentes franceses oficiosos y no oficiosos, hicieron tentativas para inducirme á una alianza entre Francia y Prusia con objeto de obtener engrandecimientos recíprocos.

No necesito hacéroslo observar; la confianza del Gobierno frances en la posibilidad de semejante transaccion con un Ministro aleman, cuya posicion es una consecuencia de su acuerdo completo con el sentimiento nacional aleman, no puede explicarse sino por el hecho de que los hombres de Estado de Francia no conocen las condiciones fundamentales de la existencia de los otros pueblos.

Si los agentes del Gabinete frances se hubiesen tomado el trabajo de observar las relaciones alemanas, no se habrian entregado nunca en Paris á la ilusion de que Prusia aceptase arreglar los asuntos de Alemania con ayuda de Francia. Sabeis tan bien como yo la ignorancia de los Franceses respecto de Alemania.

Ya ántes de 1865 habia contado Francia con la explosion de una guerra entre nosotros y el Austria, y se acercaba á nosotros en cuanto nuestras relaciones con Viena amenazaban turbarse. Antes de estallar la guerra de 1866, se nos hicieron proposiciones, en parte por parientes del Emperador de los Franceses, y en parte por agentes confidenciales. Esas proposiciones tendian siempre á transacciones para procurar engrandecimientos recíprocos.

Unas veces se trataba del Luxemburgo ó de la frontera de 1814 con Landau y Sarrelouis; otras de objetos más extensos, de los que no se hallaban excluidos la Suiza francesa y la cuestion de si debia trazarse en el Piamonte la frontera, tomando la lengua por base.

En 1866 adquirieron esas insinuaciones la forma de una proposicion en regla para una alianza ofensiva y defensiva: ha quedado en mis manos el extracto siguiente de este proyecto:

1.° En caso de Congreso, proseguir de acuerdo la cesion del Véneto á la Italia y la anexion de los Ducados Daneses á Prusia. 2.° Si el Congreso no da resultado, alianza ofensiva y defensiva entre Francia y Prusia. 3.° El Rey de Prusia principiará las hostilidades á los diez dias de haberse separado el Congreso. 4.° Si el Congreso no se re-

une, Prusia atacará en los treinta dias después de firmado el presente tratado. 5.° El Emperador de los Franceses declarará la guerra á Austria luego que hayan principiado las hostilidades entre Austria y Prusia. 6.° No se hará paz separadamente con Austria. 7.° La paz se hará bajo los condiciones siguientes: á Italia el Véneto; á Prusia territorios alemanes á eleccion, hasta siete ú ocho millones de súbditos, más la reforma federal en el sentido prusiano; á Francia el territorio entre el Mosela y el Rhin, sin Coblenza ni Maguncia, comprensivo de 500.000 almas, el Palatinado bávaro; en la orilla izquierda del Rhin, Berkenfeld y Hesse-Homburgo, 213.000 almas; un convenio militar y marítimo en Francia y Prusia, luego que el Rey de Italia haya dado su adhesion."

La fuerza del ejército con que el Emperador queria ayudarnos con arreglo al art. 5.° se fijaba en 300.000 hombres.

El número de almas de los aumentos de territorios que Francia deseaba, ascendia segun los cálculos franceses (que no están en consonancia con la cifra verdadera) á 1.800.000 almas.

Callé sobre las demandas que se me hacian, y he sostenido negociaciones dilatorias sin haber hecho jamás promesa alguna.

Después del mal éxito de las negociaciones entabladas con el Rey de los Países-Bajos para la adquisicion del Luxemburgo, me renovó Francia sus proposiciones, ampliándolas. Entónces comprendieron la Bélgica y la Alemania.

En ese momento fué cuando tuvo lugar la comunicacion de M. Benedetti. Que el Embajador frances haya podido formular esas proposiciones de su propio puño, entregármelas. discutirlas en diferentes ocasiones y modificar el texto de ellas en vista de las observaciones que se hacian, sin la autorizacion de su Soberano, es cosa tan inverosímil como el aserto emitido en otra circunstancia de que el Emperador Napoleon no habia accedido á la demanda de la cesion de Maguncia, demanda que me fué hecha oficialmente por el Embajador imperial en Agosto de 1866 bajo amenaza de guerra en caso de negativa.

Las diversas fases de mal humor y de afan de hacer la guerra de Francia que hemos atravesado desde 1866 hasta 1869, coinciden bastante bien con la simpatía ó la antipatía para las negociaciones que los agentes franceses creian encontrar en mí.

Un personaje de elevada posicion que no era ajeno á las negociaciones, me hizo entender que en el caso de una ocupacion de Bélgica, hallariamos nuestra compensacion en otra parte. Del mismo modo se me dió á entender en ocasiones anteriores, que en la solucion de la cuestion de Oriente no buscaria Francia su parte en Oriente, sino en sus fronteras inmediatas.

Abrigo la idea de que si el Emperador se ha decidido á hacernos la guerra, es porque ha acabado de convencerse de la imposibilidad de llegar con nosotros á un aumento de territorio frances.

Tengo motivos para creer que si no hubiese tenido lugar la publicacion del tratado, Francia nos habria hecho después de terminados nuestros mútuos armamentos, la oferta de poner en ejecucion las proposiciones que nos habia hecho anteriormente, luego que nos hubiéramos hallado juntos al frente de un millon de soldados bien armados, enfrente de Europa desarmada, esto es, de hacer la paz ántes ó después de la primera batalla sobre la base de las proposiciones de M. Benedetti, á espensas de la Bélgica.

Relativamente al texto de estas proposiciones, haré observar que el proyecto de tratado está enteramente escrito de mano de M. Benedetti y en papel de la Embajada imperial francesa.

Los Embajadores y Ministros de Austria, Inglaterra, Rusia, Baden, Baviera, Bélgica, Hesse, Italia, Sajonia, Turquía y Wurtemberg, que vieron el original, han reconocido la letra de M. Benedetti. M. Benedetti, en la primera lectura, renunció á la cláusula final (la habia puesto entre paréntesis), después que le hice observar

que haria suponer una ingerencia de Francia en los asuntos interiores de Alemania.

Esa revision del borrador del proyecto por los Embajadores conocedores de la letra de Benedetti, revision, por lo demás completamente innecesaria, puesto que Benedetti confiesa haberlo escrito, acaba de dar un carácter deplorable á las relaciones diplomáticas seguidas en este desgraciado asunto.

Además de querer utilizar ese manuscrito para excitar los recelos de la Bélgica, la Holanda, la Suiza y la Italia contra la Francia, dícese que Bismarck lo ha utilizado tambien con gran éxito para mover á los Gobiernos de Baviera, Wurtemberg y Báden á aliarse estrechamente con él. Si además fuese cierto, como Benedetti dice, que el mismo Bismarck le dictó el documento, sería preciso convenir en que el Canciller de la Confederacion del Norte de Alemania es el Ministro de política más maquiavélica de nuestro siglo, y que por sus cualidades personales era más digno de haber figurado en el XVI.

El Duque de Grammont, contestándole en una nueva circular, en 3 de Agosto, empieza diciendo que el último escrito del Ministro prusiano no añade *hecho alguno esencial* á los que habia ya ántes afirmado, y sólo contiene algunas *nuevas inverosimilitudes*, que no merecen ser refutadas. Afirma en seguida como un hecho ya demostrado de un modo irrevocable, "á pesar de todas las negativas en contrario, que jamás el Emperador Napoleon ha propuesto á la Prusia un tratado para apoderarse de la Bélgica, perteneciendo esta idea á M. Bismarck, y siendo uno de los medios de ***su política sin escrúpulos***, que es de esperar que toque ya á su término." Añade Grammont, que se abstendria de refutar "***asertos cuya falsedad*** es hoy patente, si el autor de la nota prusiana, con ***una falta de tacto*** por primera vez vista en un documento diplomático, no hubiese citado á parientes del Emperador como portadores de mensajes y confidencias comprometedoras...." "Por grande que sea, continúa diciendo, ***la repugnancia*** con que me veo obligado, ***para seguir al Canciller prusiano***, á entrar en una ***senda tan contraria á mis hábitos***, me hago superior á este sentimiento, porque es deber mio...." Y, en seguida, formula contra Bismarck acusaciones semejantes á las hechas por éste:

"En Berlin, dice, fué donde, tomando M. de Bismarck la iniciativa que quiere hoy atribuirnos, de ideas por él concebidas, solicitaba en estos términos al Príncipe frances, á quien hace hoy intervenir en esta inconveniente polémica:

"Buscais una cosa imposible queriendo las provincias del Rhin que son alemanas. ¿Por qué no anexionaros la Bélgica, donde existe un pueblo que tiene el mismo orígen, la misma religion, y que habla el mismo idioma? Ya he hecho decir todo esto al Emperador. Si entrase en mis ideas le ayudariamos á apoderarse de la Bélgica. En cuanto á mí, si yo fuese el soberano, y no me viese compelido por la obstinacion del Rey, esto sería ya cosa hecha."

"Estas palabras del Canciller prusiano han sido literalmente repetidas en la Corte de Francia por el Conde Goltz. Este Embajador ocultaba tan poco su modo de pensar, que es grande el número de testigos que le han oido. Añadiré que, en la época de la

Exposicion universal, las propuestas de Prusia fueron conocidas por más de un alto personaje, que tomó nota de ellas, y se acuerda aún. No era esta, además, en el Conde de Bismarck una idea pasajera, sino un proyecto concertado, al que se enlazaban sus planes ambiciosos, y proseguia su ejecucion con una perseverancia probada por sus frecuentes excursiones á Francia, ya á Biarritz, ya á otros puntos. Fracasó ante la voluntad inquebrantable del Emperador, que se negó siempre á asociarse á una política indigna de su lealtad."

Desmiente después Grammont de la manera más categórica las afirmaciones de Benedetti respecto de proyectos de la Francia sobre la Bélgica, y *le desafia á la faz de la Europa* á que alegue un hecho cualquiera que pueda hacer suponer que el Emperador haya manifestado, directa ó indirectamente, por la via oficial ó por agentes secretos, la intencion de unirse á la Prusia para consumar con ella sobre la Bélgica un atentado como el *cometido sobre el Hannóver*.

Lo más interesante de este último escrito del Ministerio de Negocios extranjeros de Francia consiste en la reseña de las negociaciones iniciadas para un desarme simultáneo. El Conde Daru pidió en 1.° de Febrero á Lord Clarendon que interpusiese su influencia á fin de decidir á Bismarck á un convenio para disminuir los armamentos. El Ministro prusiano contestó que no se encargaba de comunicar la propuesta al Rey; género de negativa que por tercera vez le vemos emplear en los documentos extractados en esta REVISTA. Pero, no desanimándose por este desaire, que no era ya el primero, el Conde Daru, en 13 de Febrero, insistia en su proyecto, y anunciaba que la Francia, por su parte, se preparaba á dar el ejemplo, disminuyendo á 90.000 hombres el contingente anual para el ejército, que hasta ahora habia sido de 100.000, lo que significa una rebaja de 90.000 para lo sucesivo, puesto que hay siempre sobre las armas nueve contingentes. El cálculo es notoriamente exagerado, porque no están tomadas en cuenta las bajas naturales, y en todo caso se necesitarian nueve años para realizar la disminucion anunciada, si bien es verdad que el Ministro frances la presentaba sólo como el principio de otras más considerables. El Conde de Bismarck consintió al fin en someter el asunto al Rey; pero S. M. no aceptó la idea del desarme. Las razones que para rechazarlo tenía el Gobierno prusiano, segun las explicaba el Marqués de Lavalette, después de trasmitírselas Lord Clarendon, eran las siguientes:

"En apoyo de esa negativa, alegaba el Canciller el temor de una alianza eventual del Austria con los Estados del Sud de Alemania y las veleidades de engrandecimiento que podria tener la Francia. Pero alegaba, sobre todo, los cuidados que le inspiraba segun decia, la política de Rusia, y se lanzaba con este motivo en consideraciones particulares sobre la corte de San Petersburgo, que prefiero pasar en silencio, no pudiendo resolverme á reproducir insinuaciones ofensivas."

Estas afirmaciones del Duque de Grammont son ciertamente notables. Respecto de los Estados del Sud de Alemania, no tiene nada de extraño la

desconfianza, puesto que todos habian combatido contra la Prusia en 1866, y sólo bajo la presion de la victoria los convirtió Bismarck en aliados; pero ciertamente no se esperaba ver la noticia de que los armamentos enormes que agobian á la Europa estaban principalmente sostenidos por la desconfianza de la Prusia contra la Rusia. De todas maneras, la Rusia y los Estados del Sud de Alemania son las únicas potencias con cuya amistad, más ó ménos segura, cuenta hoy el Gobierno prusiano, armado contra ellas, segun la circular francesa, en fines de Febrero último. Bismarck lo negará sin duda alguna; y para entónces dice ya Grammont: "Cualesquiera que sean las *calumnias inventadas* por el Canciller federal, no abrigamos temor; ha *perdido el derecho á ser creido*."

Esas violencias de lenguaje han sido seguidas de las violencias de las armas. En el momento en que escribimos estas líneas, ya han comenzado las sangrientas acometidas de los ejércitos, y se espera para un dia muy próximo una gran batalla. Ya que la guerra no ha sido evitada, deseemos que tenga breve duracion, la limitacion posible en sus necesarios estragos, y las consecuencias más favorables para una paz duradera, y para mejorar el mapa político de la Europa.

FERNANDO COS-GAYON.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

LIBROS ESPAÑOLES.

La Ilustracion Española y Americana, *periódico ilustrado.*—Madrid.

El activo é inteligente editor D. Abelardo de Cárlos, no contento con los esfuerzos que viene haciendo para que *La Ilustracion Española y Americana* sea, en su forma ordinaria de publicacion periódica, digna de competir con las mejores que se publican en el extranjero, ha comenzado á regalar á sus suscritores suplementos, que contengan numerosas estampas y artículos relativos á la actual guerra entre Francia y Prusia. El primero de estos suplementos contiene, entre otros excelentes grabados, los siguientes:

Grandes retratos del Rey Guillermo I de Prusia y del Conde de Bismarck.—Salida de tropas francesas para las márgenes del Rhin.—Despedida de un jóven que le ha tocado la suerte de soldado.—Destruccion del puente de Kheld por la parte de la frontera francesa.—Regreso del jóven soldado al seno de su familia.—Las ametralladoras.—Máquinas trilladoras á vapor.—Ilustracion á la novela, de D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Dioses mitológicos contemporáneos, por Ortego.—Retratos de los Mariscales Mac-Mahon, Canrobert y Baz ine.—Plano del canal de Cinco Villas, inaugurado en 18 de Julio de 1870.

Entre los artículos literarios los hay de los Sres. Castro y Serrano, Selgas, E. Blasco, Simonet, etc.

Los que quieran poseer un álbum completo é ilustrado de la guerra franco-prusiana, deberán suscribirse á *La Ilustracion Española y Americana*, único medio por el cual se podrá adquirir la *Crónica ilustrada de la guerra entre Francia y Prusia*, que en suplementos y números ordinarios ha de aparecer en sus páginas á medida que vayan ocurriendo los acontecimientos.

Los precios para la *Ilustracion* son desde ahora los siguientes:

En Madrid, por seis meses 13 pesetas, y por un mes 2,50.—En provincias, por seis meses 15 pesetas, y por tres 8.

INGLATERRA Y LOS INGLESES, *por D. Francisco de Acuña Navarro.*—Madrid, 1870, imprenta de D. F. Lopez Vizcaino, Caños, 4.

"Este libro, dice su autor, debe su ser á un sentimiento de patriotismo; es una respuesta á la calumnia grosera y mal intencionada que cada dia periódicos, libros y hombres políticos vomitan contra nuestra noble é infortunada España. Ataques á la religion, á las instituciones, á los gobiernos, puede tal vez considerarse ser espíritu intransigente de partido, de doctrina fanática; escarnecer á un pueblo entero, vilipendiar á toda una raza, cuando ese pueblo peca de caballeresco, y esta raza es noble, sóbria y digna, tan sólo es dado á quien abriga un sentimiento perverso, y un alma envilecida; y llenos de fe, ya que no de mérito literario, hemos creido de nuestro deber contestar con este mal perjeñado enjendro á los que lanzan sus envenenados dardos á la pátria, á esa pátria en donde la historia cuenta en su lengua de mármol y bronce, y escribe en la piedra del torreon derruido, y graba en el lienzo y en el suelo de dos continentes las levantadas hazañas de nuestros mayores; esa pátria en donde yacen las cenizas de nuestros antepasados, en donde existen nuestros padres, nuestras esposas, nuestros hermanos y nuestros hijos, en donde alienta todo cuanto amamos y veneramos en este mundo."

El libro del Sr. Acuña es una diatriba sangrienta contra la Inglaterra y los Ingleses. Sus costumbres, sus usos, los vicios y abusos que afean su civilizacion, están pintados con los más negros colores. No afirmarémos que la imparcial justicia preside en su redaccion; pero no se puede negar que hay en él riqueza de datos, buen método de exposicion, mucho arte para producir el efecto que el autor se ha propuesto, estilo rápido para las descripciones, calor y vehemencia en las consideraciones.

El Sr. Acuña Navarro, cree que vale la pena visitar la Inglaterra, para disfrutar "la dicha que se experimenta al abandonarla:" Y concluye su trabajo despidiéndose de las Islas Británicas en estos términos: "Comenzó el mes de Febrero con crímenes, delitos y escándalos crecientes, mas no estaba nuestro ánimo para tomar de ellos nota; acercábase el para nosotros suspirado momento de abandonar para siempre nacion tan abominable, y ante la idea de abrazar parientes y amigos, y de pisar de nuevo el suelo sagrado de la pátria, dimos al olvido las grandes y pequeñas miserias de *Inglaterra y los Ingleses.* Ojalá que nos sea dado vivir y morir en el hermoso y noble país en que hemos nacido, y que ninguno de los séres que nos son caros, tengan la desgracia de amargar su existencia al otro lado del Canal de la Mancha."

Después de despacharse á su gusto pintando á su manera la vida del campo entre los Ingleses, las condiciones de su trato, su manera de celebrar

el domingo, sus rutinas, su animosidad contra España, su espíritu calculador, sus fiestas, sus pugilistas, su aristocracia, sus manías, su hospitalidad, la organizacion de ladrones, el protestantismo, los clubs, las nieblas y tempestades, los Fenianos, los infanticidios á precio fijo, etc., etc., hace, en una segunda parte, intitulada *Los Ingleses pintados por sí mismos*, una copiosa recopilacion de textos de periódicos, revistas, libros y autores distinguidos respecto de crímenes, delitos, malas costumbres, preocupaciones y abusos de toda clase. Es una inmensa série de terribles cargos fulminados contra la civilizacion inglesa por quien tiene capacidad, conocimiento práctico y dotes aventajadas para el desempeño de la tarea que se habia impuesto; pero no quiere, ó no puede, por haberse dejado arrastrar de la pasion, examinar y poner de manifiesto lo mucho bueno que anda mezclado con lo malo.

LIBROS EXTRANJEROS.

GUIDE DE L'AMATEUR DE LIVRES A VIGNETTES DU DIX-HUITIEME SIECLE, *contenant la description d'un choix de plus de 450 ouvrages illustrés par Boucher, Cochin, Gravelot, Eisen, Moreau, Marillièr, etc., avec le détail du nombre de figures, vignettes, et culs-de-lampe contenus dans chacun d'eux*, par Henri Cohen.—Paris, P. Rouquette, 1870.—Un vol. en 8.°, de XX, y 156 páginas.

Las obras ilustradas de los siglos anteriores son hoy buscadas con afan. "Y á pesar de eso, dice M. Cohen, no se ha formado ningun *vade-mecum* para servir de guia á los aficionados. Todas las indicaciones, en las obras de Brunet y de Querard, lo mismo que en los catálogos de ventas, están reducidas á estas sencillas palabras: "con estampas;" ó, cuando más, á decir: "con estampas de Moreau y de Eisen." En algunos pocos casos se llega hasta indicar, con más ó ménos exactitud, el número de las estampas, ó la circunstancia de estar hechas *avant la lettre*. Pero ninguna mencion se hace de las viñetas, de las orlas, de los finales grabados; jamas se da cuenta del nombre del grabador."

El mismo M. Cohen reconoce que su ensayo no puede ménos de ser incompleto, por lo mismo que nádie habia tratado hasta ahora de realizarlo. "Sé mejor que nádie, dice, lo que hay de imperfecto en esta primera tentativa de reseña de los libros ilustrados del siglo XVIII; los aficionados me ayudarán á perfeccionarlo más adelante." Promete hacer un suplemento con rectificaciones y adiciones cuando tenga las bastantes reunidas con este fin.

TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid.

LA GUERRA.

La Europa contempla asombrada los acontecimientos que en los primeros dias de Agosto se han verificado entre el Mosela y el Rhin. La civilizacion se estremece de espanto al ver desarrollarse las hostilidades entre los dos primeros ejércitos del mundo, tan numerosos y tan armados de medios de destruccion como jamas se vieron otros en el mundo.

Los vencedores de Sadowa han comenzado una campaña á la izquierda del Rhin con la misma enérgica actividad, con la misma temeraria osadía con que hicieron la de Bohemia. Los resultados, en los primeros dias, han sido tambien igualmente rápidos y sorprendentes. Más sorprendentes todavía que en 1866. Si entónces nádie, que tomase en cuenta la estadística, podia prever la victoria de un reino de ménos de veinte millones de habitantes sobre un Imperio que, además de tener cási doble poblacion, estaba estrechamente aliado á los otros cuatro reinos y demás Estados secundarios, de alguna importancia, de Alemania, ahora fué completamente imposible suponer que Francia, la altiva Francia, inmediatamente después de emprender, con jactanciosa ligereza, la guerra, preparándose á llevar las gloriosas banderas de sus regimientos hasta Berlin, iba á verse acorralada en su propio territorio, y á batirse en retirada ántes de que la mayor parte de su ejército hubiese combatido siquiera en una gran batalla.

Eso, sin embargo, ha sucedido. Los mismos Alemanes están asombrados de la felicidad de sus primeras victorias. Creyéndolas definitivas, se entregan al delirio del entusiasmo. La *Gaceta de Augsburgo* dice: «El mundo latino se va: el reinado de la Alemania comienza.»

El *Diario de Francfort* se regocija con la idea de que «la buena espada alemana empieza á tener peso en el mundo.» Y, discurriendo de esta manera, cuantos habitan desde el Palatinado hasta Polonia creen que está ya cambiado el eje del mundo político, y que han mudado de sitio el corazon y la cabeza de Europa.

Preguntemos á la razon fria, á la historia, á la geografía, á la estadística, á la política internacional en lo que tiene de más subsistente y duradero, cuál será la solucion definitiva de este conflicto, sin desconocer la grandeza de los sucesos de este momento histórico, pero sin dejarnos arrastrar por la natural propension de atribuir exagerada importancia á los hechos miéntras nos están impresionando, bien halagüeña, bien desagradablemente.

Hay un hecho, por desgracia, definitivo: que, después de una discusion diplomática, breve pero escandalosa, seguida en términos lamentables, y con un carácter entre pueril y maquiavélico, ha estallado una guerra que por muchos conceptos es un escarnio de los progresos de la civilizazion, de que la Europa se alababa.

Pero el éxito de la lucha no es definitivo. La *Gaceta de Augsburgo* se precipita demasiado á cantar el triunfo de la raza germánica sobre la latina. Si, á fuerza de oro derramado para el espionaje, han tenido los Alemanes un conocimiento exacto de la situacion y de los descuidos de sus enemigos, y han alcanzado sobre estos tres victorias, los títulos de una raza á seguir ocupando en el mundo el puesto que muchos siglos de trabajos gloriosos le habian dado, no se pierden por el esfuerzo de cuatro espías, ni por la fortuna de un par de movimientos estratégicos.

Analicemos primeramente el hecho fatal de la guerra en sí misma y en absoluto; y examinémos después, por encima de la estrategia y de la táctica, y sin dejarnos aturdir por los accidentes del combate, ni por los cantos de la victoria, las condiciones esenciales de la contienda entre Francia y Alemania.

I.

Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres. Pretender que los hombres gocen del mundo sin disputárselo, es una ilusion irrealizable. El hombre ha nacido para la lucha; está formado para la lucha; la lucha le engrandece, aumenta su robustez,

sus fuerzas, su vida; la falta de la lucha le enerva, le debilita, le conduce á la postracion, á las enfermedades, á la muerte. El hombre y los pueblos, luchando, cumplen con su destino. El hombre y los pueblos que no luchan, no tienen ya nada que hacer en este mundo, y desaparecen necesaria y prontamente de él, para dejar su sitio á otros que lo sepan ocupar mejor. Pierden su puesto y sus derechos, como Aníbal y sus Cartagineses perdieron la conquista de Roma el dia en que se olvidaron de luchar, entre las delicias de Cápua; como los Romanos perdieron el imperio del mundo el dia en que, debilitados por la molicie del lujo y de los placeres, formaron sus legiones con soldados mercenarios y con tropas bárbaras, entregándoles las armas con que los Romanos de otro tiempo, familiarizados con el combate, habian sometido la tierra; como la España del siglo XVI bajó rápidamente de su grandeza y poderío cuando las riquezas del Nuevo-Mundo, fácilmente adquiridas, hicieron olvidar á sus hijos las luchas fecundas de la industria y del comercio.

Sin luchar en los campos de batalla, como Roma, ó en las artes y las letras, como Aténas, ó en las operaciones mercantiles é industriales, como Cartago ó Venecia, no ha habido jamas nacion de que haya podido formarse historia. Sin luchar tenazmente contra el rigor de los elementos, contra las incomodidades del frio y del calor, contra el hambre, contra las enfermedades, y los mil contratiempos de su existencia terrena, el hombre no habria podido subsistir un momento.

El trabajo y el dolor han sido y serán siempre una parte principal de la vida del hombre. La agitacion y la lucha han ocupado siempre y seguirán ocupando el sitio más importante en la historia de los pueblos. Sólo cuando muere, deja el hombre de sentir dolores y de trabajar. Sólo cuando perecen, dejan los pueblos de agitarse y de lidiar.

Pero ¿será, á lo ménos, posible que las luchas de los pueblos pierdan el carácter sangriento que han solido tener hasta ahora, y que sólo rivalidades y competencias pacíficas den en lo porvenir ocupacion á la actividad humana, viniendo á ser cada vez más difícil, y hasta imposible la guerra? ¿O deberémos considerar como utópico el pensamiento de la paz universal y perpétua?

*

II.

Ignoramos si la guerra puede ser suprimida de un modo definitivo en las relaciones de unos pueblos con otros. La historia, único criterio que tiene el hombre pensador para hacer conjeturas acerca de lo porvenir, deduciéndolas de las lecciones y las experiencias de lo pasado, no nos presenta en sus muchas páginas ejemplo alguno de un estado social en que la paz no haya tenido que temer verse remplazada á cada momento por la guerra. El dia en que la guerra pudiese ser considerada como imposible ya para siempre, la historia de la humanidad sería una cosa enteramente distinta de lo que ha sido sin interrupcion desde su principio hasta nuestros dias. No sabemos lo que entónces podria ser el hombre; pero seguramente no sería lo que hasta aquí; ignoramos con qué se escribiria su historia, que hasta ahora siempre se escribió con sangre.

El primer hombre que tuvo un hermano, fué el primer fratricida; el primero, de quien se sabe que fué más fuerte y más poderoso que sus vecinos, fué el primer conquistador. Y las séries de los fratricidas y de los conquistadores, inaugurados por Cain y por Nemrod, no se han interrumpido hasta nuestros dias, ni vemos próxima la época en que concluirán.

Cierto es que en los tiempos modernos las guerras son cada vez ó ménos frecuentes, ó ménos largas y desastrosas, y no parece que vuelvan á adquirir el carácter de universal matanza y destruccion que tenian las de los pueblos antiguos, y especialmente las que dieron fin al Imperio romano y principio á las naciones cristianas; pero, no porque haya cambiado de carácter, ha dejado de subsistir inalterable en su esencia la costumbre de la guerra. Por lo mismo que es un hecho universal y constante, han sido tan diversas sus condiciones como las circunstancias de cada época. Los siglos creyentes y piadosos emprenden guerras de religion; las razas poderosas y soberbias se arrojan á la guerra por vanagloria y por espíritu de conquista; los pueblos mercantiles y dados al cultivo de los intereses materiales, hacen la guerra cuando de algun modo favorece el desarrollo de su riqueza.

Y cuando los pueblos no combaten unos con otros, se fraccionan

ellos mismos en partidos que guerrean entre sí; las luchas civiles ó las luchas sociales suceden á los combates internacionales; los hombres no dejan de derramar la sangre de sus rivales sino para hacer correr la sangre de sus hermanos. El terreno que pierden la idea y la práctica de la guerra, lo ganan la idea y la práctica de las revoluciones.

Cuando las guerras sostenidas entre Francia y la Casa de Austria, y las religiosas de los siglos XVI y XVII llegaron á fatigar á Europa, y el espíritu público pareció tomar horror á las batallas, y cuidarse más de otras ideas pacíficas que de las eternas cuestiones de límites internacionales, con tanta constancia y con fruto tan escaso para todos debatidas anteriormente, estalló la revolucion francesa, que excedió en desastres y horrores á todos los que las guerras habian engendrado. Y para distraer y terminar aquella revolucion, fué preciso que viniera un conquistador por el estilo de los antiguos, cuya reproduccion se juzgaba ya imposible, y ensangrentara la Europa con tantos y tan espantosos combates como no se creia que volverian á verse ya en nuestra época civilizada. Y después que la caida de aquel génio de las batallas hizo posible la paz general, cierto es que Europa la ha conservado la mayor parte del tiempo desde entónces trascurrido, aunque muy trabajosamente, y con lamentables interrupciones; pero en cambio las revoluciones han vuelto á invadir su suelo, y lo han agitado y conmovido de contínuo y en todas direcciones. Los hombres no han traspasado con tanta frecuencia como en los pasados siglos, las fronteras de sus países respectivos, para llevar la desolacion y la muerte á otras comarcas; pero han despedazado con manos parricidas las entrañas de su pátria. El extranjero no ha entrado á saco las poblaciones, pero los pueblos han sido acuchillados dentro del recinto de sus propias moradas por sus propios soldados; las ciudades han sido bombardeadas por sus propios gobiernos. No se han visto monarcas hechos prisioneros, como Francisco I, en el campo de batalla; pero se han visto reyes y pontífices reducidos á prision por las revoluciones dentro de sus mismos palacios, ó teniendo que apelar á la fuga para librarse de la ira de una parte de sus propios súbditos.

III.

Consideradas en las causas que las ocasionan, la guerra y la revolucion presentan completa analogía en sus caractéres esenciales. La una es la negacion de la paz exterior; la otra la negacion de la paz interior. Cuando las pasiones llegan á poder más que las leyes, y las quebrantan violentamente, y citan al combate á sus defensores, si las leyes ultrajadas son las de la política interior de un país, el movimiento se llama revolucion, excepto en los casos en que sólo merece el nombre de motin; y si las leyes quebrantadas son las de política internacional, el hecho es la guerra.

Lo mismo que el estado de revolucion, el estado de guerra se ha hecho permanente en Europa. Léjos de haberse llegado á asegurar sólidamente la paz, la guerra ha venido á ser la situacion normal de nuestro continente. Los ejércitos de todas las naciones se hallan siempre organizados bajo pié de guerra, y dispuestos en todo momento para entrar en campaña. Millones de soldados, constantemente con el arma al brazo, esperan siempre la órden de romper las hostilidades. El espectáculo que desde hace medio siglo presenta Europa cuando está en paz, es mucho más guerrero que el que tuvo en los tiempos más exclusivamente ocupados en luchas militares.

En el estado normal de las naciones europeas, lo que existe más que la paz, es una tregua, un armisticio. Si no hay hostilidades, se está siempre temiendo el momento de verlas empezadas.

IV.

Horrible y espantosa es la guerra! Naciones violentamente agitadas, pueblos destrozados, ciudades entradas á saco, villas incendiadas; hombres muertos; atropellados los ancianos y los niños, violadas las doncellas, profanados los templos, suspenso el comercio, empobrecida la industria; la miseria haciendo presa lo mismo en la hacienda de cada país que en el hogar de cada familia; el embrutecimiento extendiéndose rápidamente por las clases inferiores; la desmoralizacion corroyendo como un cáncer las entrañas

de la sociedad; unas veces el hambre, otras la peste; ¡hé aquí los elementos que componen el espectáculo de la guerra!

Los diplomáticos, desde lo interior de sus gabinetes, discuten á sangre fria sobre los destinos de las naciones; y, ora movidos por el amor á su pátria, ora excitados por los estímulos de su ambicion particular, conducen los sucesos de manera que un dia ú otro, ya tratando de evitarla, ya provocándola, llega á estallar la guerra. Y en el momento mismo, millares y millares de soldados, ignorantes la mayor parte de la causa porque combaten, se precipitan á la matanza y al exterminio, y, trastornándolo todo, destruyen en un dia todo lo que en largos años de paz ha acumulado un país en órden, riqueza, moralidad y civilizacion.

V.

Pues con ser tan tristes y tan terribles sus efectos, hay para los pueblos males mayores y más dignos de ser evitados que la guerra; y bienes más apreciables y más merecedores de amor que la paz. Muy alto se deben estimar los beneficios de ésta; pero valen más, infinitamente más, la justicia y la libertad.

La paz es un accidente dichoso en la vida de los pueblos; pero nada más que un accidente. Nunca puede ser la esencia de su destino; jamás debe ser la base de su derecho, ni el objeto supremo de sus miras. Las naciones que tengan en algo su porvenir, no deben titubear en sacrificar su reposo cuando lo encuentren momentáneamente incompatible con su dignidad. Así obró con gran gloria suya el pueblo español cuando en 1808 se lanzó decidido á la pelea, sin reparar en la desigualdad de las armas, sin contar el número de sus invasores. Amigos y contrarios hacen justicia á su heroismo, y le prodigan y le prodigarán alabanzas porque sostuvo tan tenaz y resueltamente aquella guerra, no ya con las condiciones más suaves y regularizadas de las guerras modernas, sino con las formas rudas y terribles de tiempos lejanos, resistiendo en las ciudades á la manera de Numancia, combatiendo con sus guerrilleros á la manera de Viriato.

Hay guerras que, sin ser de todo punto necesarias para la dignidad de una nacion, le son muy útiles por sus recuerdos gloriosos. La base más firme para la conservacion de una nacionalidad

consiste en los grandes recuerdos de su historia; el fuego del patriotismo en nada se enciende tan pronto como en los resplandores de la gloria. Nuestra misma guerra de la Independencia en este siglo puede servirnos de ejemplo. Supongamos por un instante que nuestro pueblo de 1808 no hubiera querido ó podido hacer tan colosales esfuerzos por mantener la dinastía de sus reyes, y el monarca intruso hubiera logrado gobernar en paz los reinos de España y de sus Indias; supongamos tambien que no hubiera sido necesaria nuestra resistencia para que Europa venciese á Napoleon, y que, caido éste y destronado su hermano, hubiese venido el rey legítimo á ocupar su sitio bajo el solio de sus mayores. En este caso el resultado definitivo habria sido el mismo, y España se habria ahorrado los raudales de sangre y de lágrimas que una guerra hace correr. Estamos, sin embargo, seguros de que España no querria cambiar la gloria que conquistó en aquella guerra, por haber obtenido los mismos resultados sin guerrear.

Hay, pues, ocasiones en que la paz no sólo vale ménos que la justicia y la libertad, sino es tambien inferior á la gloria.

Estos casos han sido los ménos frecuentes, y por cada guerra justa ó verdaderamente gloriosa, se encuentran en la historia muchas empezadas y sostenidas por espíritu de conquista, por prurito de guerrear, ó por cuestiones de etiquetas diplomáticas.

VI.

Las tendencias á la guerra, que tan arraigadas ha tenido la humanidad, han cambiado sucesivamente de carácter, y cada vez es menor su fuerza; resultado al que han contribuido diferentes causas morales y materiales.

El progreso de la filosofía en los pueblos cristianos ha suavizado las costumbres, humanizado las ideas, abolido la esclavitud, disminuido el horror de las prácticas antiguas de las guerras. El mundo no verá ya invasiones como las del siglo V, en que los vencedores exterminaban nacionalidades, legislaciones, costumbres, ciudades y razas enteras.

El considerable desarrollo adquirido por los intereses materiales del comercio y de la industria, ha contribuido por su parte eficacísimamente á la disminucion del número de las guerras. Estas

no se emprenden ahora con tanta facilidad y entusiasmo como ántes, porque han dejado de ser un negocio lucrativo. En otras épocas, cuando las costumbres eran feroces, cuando la esclavitud era un elemento esencial de las sociedades, la guerra era una necesidad. ¿Qué otra cosa que no fuese la guerra habria dado satisfaccion á los ódios internacionales engendrados por las falsas religiones, y habria provisto á los pueblos del número suficiente de esclavos? Vencedoras las doctrinas cristianas, y aminorada la esclavitud, la guerra no fué ya una necesidad social, pero fué un vicio de las vigorosas razas germanas y escitas que remplazaron al Imperio romano. Más adelante, las conquistas fueron, ó por lo ménos parecieron, por mucho tiempo, especulaciones lucrativas.

Pero hoy son tan generales y tan grandes los desastres de las guerras, que no hay quien crea fomentar con ellas sus intereses materiales. La solidaridad de las naciones civilizadas es un hecho cada vez más verdadero y más grande. Hoy no se saquean las provincias como ántes, ni se priva de sus propiedades y hasta de su libertad personal á los vencidos para hacer de ámbas cosas un reparto entre los soldados vencedores. La industria, el comercio, el trabajo y la vida de todos los pueblos padecen trastorno y disminucion con las luchas armadas entre dos de ellos. Por eso, en donde los intereses materiales no oponen su poderoso *veto* á la guerra; en donde ésta puede aún considerarse como un buen negocio, es decir, en donde la solidaridad del mundo civilizado no se quebranta, porque la contienda sea fuera de Europa y de América, allí la guerra puede seguirse haciendo sin que nádie se alarme, sin que una reclamacion universal exija su abreviacion. De esa manera ha guerreado Francia en la Argelia, la Gran Bretaña en la India, España en Marruecos, las dos primeras de esas naciones en la China, la primera unida con España en Cochinchina.

Algunos errores, que servian de fomento para las guerras, han sido destruidos por el progreso de la Economía Política. Nádie sostendria ya, como lo sostuvieron muchos escritores en el siglo XVII, la conveniencia de sostener guerras en provincias lejanas, para desahogar en ellas el excedente pernicioso de la poblacion vagabunda y aventurera.

Otra de las grandes rémoras de la guerra deberia ser la ley escrita; pero en este punto poco es lo que se ha adelantado. La di-

plomacia no es de los agentes que más han hecho por la civilizacion. Los tratados internacionales, llevados á cabo por Europa, ni han evitado ocasiones de guerras, reduciendo cada país á sus límites y condiciones naturales, ni, tales cuales han sido, fueron bastante respetados por los mismos que los hicieron.

La influencia de las ideas cristianas, la de la filosofía, la de los intereses materiales, la de la Economía Política, detienen y dificultan el paso al genio de la guerra; pero la ley internacional, que debiera ser su mayor adversario, no ha sabido ajustarse á la justicia lo bastante para merecer el amor de los débiles, ni para inspirar respeto á los poderosos. El derecho de la fuerza continúa siendo el decisivo, lo mismo que en épocas más atrasadas. Ahora, como en tiempo de Alejandro, los nudos que la diplomacia enreda, sólo los desata la espada; ahora, como en tiempo de Breno, el *Væ victis*! es la ley de las naciones, y la balanza en que se pesan los destinos de los pueblos, no es la balanza de la justicia, sino aquella otra que el Galo llevó á Roma, y que recibe en uno de sus platillos los tesoros de los vencidos, y en el otro la espada de los vencedores.

VII.

Expuestas las anteriores consideraciones sobre la guerra en general, concretemos ya las que hemos de hacer á la que en la actualidad están sosteniendo Francia y Prusia.

La grandeza de los medios puestos en accion desde los primeros momentos, será el carácter más sobresaliente de esta lucha espantosa. El mundo ha quedado, en realidad, atónito. Sabíase que iban á luchar los dos ejércitos más preparados, los dos pueblos que se disputan el primer puesto entre las grandes Potencias; no se ignoraba que desde algunos años se ocupaban sin cesar en perfeccionar sus armas y su organizacion militar. Pero, á pesar de eso, la Europa ha visto con asombro que á los pocos dias de haberse declarado abiertas las hostilidades se han puesto, en frente unos de otros, un millon de soldados. Jamas en los tiempos modernos se habia visto una cosa semejante. Si en las últimas campañas del primer Napoleon se reunieron ejércitos tan numerosos, sucedió á los veinticinco años de contínuo guerrear, y suministrando contingentes todos los pueblos europeos.

No son ya ejércitos sólo, son las naciones armadas las que combaten, como en el siglo V. La civilizacion no espera ya poderse salvar sino por el exceso mismo del mal. Después de la presente guerra, acaso ningun hombre de Estado se atreva con la responsabilidad de provocar otra.

El ejemplo de lo que ha sucedido á la Francia será saludable. No tenía la más pequeña duda acerca de la superioridad de sus armas desde los primeros momentos. Creia probable la entrada próxima de sus soldados en Berlin, y consideraba imposible que sus enemigos lograsen tocar con la culata de un fusil, ni con el casco de un caballo, siquiera por un instante, el suelo inviolable del Imperio frances. Y, sin embargo, los Franceses se tuvieron que poner muy pronto á la defensiva, y, rechazados por las armas alemanas, han desistido de penetrar en la provincia del Rhin, no han intentado el paso de este rio, han abandonado la línea de los Vosgos, y después la del Mosela, y han temido por Paris.

La trinidad, formada por el Rey Guillermo, por el Canciller Bismark y por el General Molke, triple personificacion del derecho divino de los Reyes, de la política maquiavélica y del espíritu de conquista del gran Federico, avanza temeraria hácia el corazon de Francia, trayendo detrás un ejército tan numeroso como el de Jerjes; conduciendo atados á la fortuna de la Prusia los pueblos alemanes, como los Griegos iban atados al reino macedon por Alejandro, y dando batallas tan sangrientas y destructoras como las de Atila.

¿Por qué sucede esto en el último tercio del siglo XIX, que unas veces se ve acusado de excesivo apego á los intereses mercantiles y á la molicie, y otras se jacta de su adelantada filosofía? No aumentemos todavía la oscuridad de las tintas del lamentable cuadro de estos sucesos, tratando de explicar las causas de esta guerra, segun las han expuesto los diplomáticos de ámbas naciones en la lamentable polémica que ha precedido á las hostilidades. Si la parte más florida de la poblacion viril de toda Francia y de toda Alemania sostiene ese duelo á muerte, que tiene acobardadas las imaginaciones más audaces, no es porque el Rey Guillermo haya estado más ó ménos cortés con M. Benedetti, ni porque en una nota diplomática, ó en un aviso telegráfico se haya comunicado á otros gobiernos la noticia de que aquel Monarca no queria recibir ya de ese Embajador preguntas ó que creia haber dado contestacion suficiente.

La única causa de la guerra es la ambicion, tanto por la una como la otra parte. Prusia aspira á formar la unidad alemana. Los Margraves de Brandemburgo ascendieron, por su audacia, á Electores del Sacro Romano Imperio; de Electores se convirtieron en Reyes; ahora quieren ser Emperadores. La Alemania, bajo su direccion, si su sueño ambicioso se realiza, sería la mayor potencia de Europa.

Francia, á su vez, no quiere consentir que haya ninguna nacion europea mas poderosa que ella. Si ha de verse obligada á conformarse con la hegemonía prusiana en Alemania, porque los pueblos alemanes quieran aceptarla, exige, por lo ménos, como compensacion, que se le permita agrandar su territorio. En 1866 formuló su pretension en los términos más explícitos y categóricos. El Emperador Napoleon, en documentos oficiales y solemnes declaró, al estallar la guerra entre Austria y Prusia, que el vencedor tendria que ponerse de acuerdo con Francia para la distribucion del botin, no siendo para nádie un secreto que entendia, por parte destinada á aumentar su Imperio, el territorio aleman de la izquierda del Rhin. Pero Guillermo I y Bismark contestaron con una negativa rotunda, asegurando que jamas cederian una pulgada del terreno sagrado de la pátria germánica.

Hacía, pues, cuatro años que los términos de la cuestion se hallaban formulados, y que, en realidad estaba la guerra declarada.

VIII.

Y bien pudiera decirse que desde 1815 datan, sino la declaracion, el anuncio, los deseos, los preparativos de la guerra. Desde aquella fecha la Prusia, para cuando estas hostilidades de ahora comenzasen, tomó, y ha estado fortificando sin cesar, posiciones en Tréveris, en Coblenza, en Maguncia, puntos situados á larga distancia de su antiguo territorio. Desde entónces Francia ha reclamado de contínuo contra los humillantes tratados que le dieron unas fronteras caprichosas y arbitrarias, y arregladas contra sus intereses y su seguridad con tal arte y violencia, como han probado los primeros sucesos de la actual campaña, en que, por la forma de esas fronteras, ni le fué posible tomar la ofensiva, ni colocarse á la defensiva de una manera conveniente.

Pretende Francia que la pertenece el Palatinado y los demas terrenos que Estados alemanes poseen á la izquierda del Rhin, porque en ellos se habla frances, y porque, no habiendo otra frontera natural, el rio debe servir para fijarla. La etnografia y la geografia señalan como francesa aquella comarca y aquella poblacion.

Iguales razones sirvieron para que Italia cediese á Francia el Condado de Niza y la Saboya, en donde se habla tambien el idioma frances con preferencia, y que se hallan del lado acá de los Alpes. Pero Bismark se siente mas fuerte que Cavour, y cree que la unidad alemana no tiene que pagar tributo al Imperio frances para que la permita nacer y crecer, ni está obligada á pagar servicios directos y costosos, hechos en su obsequio, como lo estuvo la italiana. Niega, pues, lo que se le pide y la razon con que se pide. Si el Palatinado habla frances, la Alsacia habla aleman: no hay más que leer en el mapa los nombres de sus pueblos, Strasburgo, Schlestadt, Weisemburgo, Lautemburgo, Phalsburgo, para comprender á qué raza pertenecen sus habitantes. Los montes son mejor frontera que los rios, y los Vosgos están más indicados, para formarla, que el Rhin. Y, además, la historia quita tambien la razon á la Francia, puesto que todas esas comarcas, tanto las actualmente alemanas que reclama, como las francesas que puede pedirle la Alemania, han pertenecido á esta última mucho más tiempo que á ella.

Á estas razones pueden replicar los Franceses que, ántes de que la Prusia fuese reino, tenia Francia la Alsacia y la Lorena; que después de algunos siglos de posesion no disputada, y de no haber manifestado sus habitantes el deseo de cambiar de pátria, no há lugar ya á tratar de esta cuestion; que no es cierto que se hable en esas provincias el aleman con la generalidad con que se habla el frances en la izquierda del Rhin; que los títulos con que mantiene la posesion de sus territorios están sancionados por el derecho internacional desde hace siglos, al paso que los de Prusia sobre comarcas que la misma Europa vencedora reconoció en 1814 corresponder á Francia, no son más que un abuso irritante de la victoria de Waterlóo, y una humillacion impuesta por la fuerza al pueblo frances, y que el pueblo frances puede rechazar con razon cuando se siente fuerte, y cuando ve que los tratados de 1815 son infringidos por los mismos que los hicieron.

IX.

La unidad alemana es una grande idea, y una noble aspiracion; más justa, más conveniente, más necesaria que la unidad italiana. Los pueblos germánicos hacian bien en desear que desaparecieran tantos pequeños ducados, principados y ciudades que los tenian divididos en parcelas insignificantes: acaso no lo han deseado nunca tanto como debieran. Pueblos de raza latina no habrian tolerado por tan prolongado período de tiempo un estado de cosas tan anómalo, tan absurdo, tan vejatorio. Esa es una inferioridad innegable de la raza germánica: cuanto más aleguen sus hombres para demostrar la legitimidad de su unidad nacional, más de manifiesto pondrán su inhabilidad política, que no ha acertado todavía á realizarla.

El enemigo más antiguo y más constante de la unidad germánica ha sido, en lo pasado, Prusia. De la misma manera que ahora la quiere llevar á cabo, lo habria hecho Austria, si ella no se hubiese convertido en núcleo de oposicion y de resistencia. Prusia ha sido la iniciadora y la sostenedora del dualismo aleman, más eficaz impedimento para la unidad que la pluralidad de intereses particulares de la multitud de Estados.

La unidad alemana está todavía muy léjos de ser un hecho definitivo. Los pueblos alemanes se presentan hoy distribuidos en los cinco grupos siguientes:

Primero.—Pueblos que ántes de 1866 formaban ya parte de la monarquía prusiana.

Segundo.—Pueblos que, por consecuencia de sus victorias de 1866, se anexionó Prusia por la ley de 20 de Setiembre de aquel año, en castigo de haber sido sus enemigos durante la guerra: el reino de Hannóver, el Electorado de Hesse, el Ducado de Nassau, y la ciudad de Francfort.

Tercero.—Pueblos que, con la Prusia, forman la Confederacion del Norte: el reino de Sajonia; los cuatro grandes ducados de Mecklemburgo Schewerin, de Mecklemburgo Strelita, de Sajonia-Weimar-Eisenach, y de Oldemburgo; los cinco Ducados de Brunswick, Sajonia Meiningen, Sajonia Altemburgo, Sajonia Coburgo Gotta, y Anhatt; los siete Principados de Schwarsbourg-Rudols-

tadt, de Schwarsbourg-Sondershausen, de Walldeck y Pyrmont, de Reuss, línea primogénita, de Reuss, línea segunda, de Schaumbourg-Lippe, y de Lippe-Detmold; las tres ciudades libres de Lubeck, de Bremen y de Hamburgo; y el gran Ducado de Hesse-Darmstad, por la parte de su territorio situada al Norte del Mein.

Cuarto.—Pueblos, que están unidos á la Prusia (no á la Confederacion del Norte), por los tratados militares á que tuvieron que someterse, después de su derrota, en Setiembre de 1866: los reinos de Baviera y de Wurtemberg, y los grandes Ducados de Báden y de Hesse.

Y quinto.—Pueblos alemanes que forman parte del Imperio austro-húngaro.

Todavía, para proceder con rigorosa exactitud, sería preciso clasificar por separado el Holstein, el Schleswig y el Luxemburgo, colocados en situaciones especiales; y señalar las diferencias de relaciones establecidas entre cada Estado y Prusia, pues aun entre los mismos de la Confederacion del Norte las hay notables. Por ejemplo, el reino de Sajonia y el Ducado de Brunswick no han cedido todavía á Prusia el derecho de dar los nombramientos y los ascensos á los oficiales de sus respectivas tropas.

El enemigo principal de la unidad alemana no es hoy Francia. Lo son, por una parte, Austria, que tiene diez ó doce millones de súbditos de la raza germánica repartidos en las diversas partes de su heterogéneo Imperio; y las dinastías de reyes y de príncipes, y las autonomías municipales de los Estados secundarios y pequeños. La guerra actual, sobre todo si fuese favorable á los federales y aliados, estrecharia los lazos que los unen, y borraria en mucha parte las rivalidades anteriores. Pero esos mismos lazos de más íntima alianza son la mayor dificultad para unificar la Alemania. Cuando todos sus Estados de alguna importancia, lucharon en 1866 contra la Prusia, ésta, que los venció, pudo hacer dar grandes pasos á la obra de construccion de la nacionalidad comun. Con el derecho de la victoria, suprimió un Reino, un Electorado, un Ducado, una Ciudad libre; obligó á la mayor parte de los Estados á entrar en una Confederacion, en que de 43 votos, fijados al Consejo federal, se reservó para sí 17, además de la Presidencia, de la direccion de los negocios generales, de la representacion diplomática comun, y del mando de los ejércitos; sometió á los pueblos del Sud á tratados militares, que le conceden igualmente el man-

do de las tropas en caso de guerra, é impuso el silencio y el aislamiento al Austria-Hungría. Pero, cuando Septentrionales y Meridionales se han mantenido unidos á sus banderas, y han participado de sus fatigas, de sus combates, de sus laureles y de sus derrotas, no podrá amenguar los derechos de esos Reyes, Grandes-Duques, Duques y Príncipes, que están peleando al lado del Monarca y de los Príncipes de Prusia.

X.

¿Quién tiene de su parte la razon?

Esta cuestion no puede ser juzgada por el exámen de los documentos diplomáticos ni de los tratados internacionales.

Los pactos sancionados por Europa en 1815, último código general de su derecho escrito, están borrados por cien hechos posteriores: por la desaparicion de la República de Cracovia, el establecimiento del Reino de Bélgica, la emancipacion del Lombardo-Véneto, el despojo de los Ducados del Elba cometido contra Dinamarca, la disolucion de la Confederacion Germánica. En esas infracciones del derecho internacional establecido á la caida del primer Imperio napoleónico, ha tenido una parte mucho más grande Prusia que Francia. Pero ésta, que se habia jactado alguna vez, no sin razon, de ser la única gran potencia capaz de pelear por una idea, no fundó en 1866 sino en el interes de su ambicion, la exigencia de que ningun Estado europeo aumentase considerablemente su poder sin darle una compensacion territorial; exigencia que, mantenida desde entónces con perseverancia, es la única verdadera causa de la guerra actual.

Prescindiendo de los tratados internacionales, que á ninguno de los dos contendientes dan la razon, ámbos reivindican el honor de ser el más autorizado y legítimo representante de la civilizacion contemporánea. Francia, cuyos soldados van cantando la *Marsellesa*, alega que ha sido la nacion propagandista, por excelencia, de las ideas y del espíritu moderno; recuerda que ha derramado la sangre de sus hijos y sus tesoros donde quiera que se ha peleado por el triunfo de la libertad y de la emancipacion de los pueblos, en Grecia, en Bélgica, en Italia: echa en cara á la Prusia que fué uno de los miembros de la Santa Alianza, que su rey se titula y

se cree monarca de derecho divino, que sus hombres políticos más importantes pertenecen al partido feudal, que jamas ha hecho nada por la emancipacion de los pueblos, y que, por el contrario, ha tomado parte siempre en iniquidades como los tres repartos generales de la Polonia, y la supresion de la República de Cracovia.

A todo esto la Prusia, además de la representacion de la grande idea de la unidad germánica, opone jactanciosa dos hechos; la de que los filósofos alemanes marchan al frente del movimiento científico del mundo, y la de que los pueblos inmediatamente puestos bajo su direccion, tienen la honra de ser los que más han extendido entre sus habitantes la instruccion primaria elemental.

XI.

¿Quién tiene de su parte la fuerza?

Si nos dejamos llevar, como el vulgo, por las primeras impresiones, producidas por los sucesos con que ha comenzado la guerra, sería preciso conceder la ventaja á Prusia. Haciendo retroceder bruscamente á su enemigo, que se preparaba á invadirla, y consiguiendo contra él tres victorias sucesivas, en que lo ha aplastado, presentando una irresistible superioridad numérica, ha repetido en el ánimo de la Europa la sorpresa con que en 1866 se le vió vencer al Austria. La repeticion del hecho es un dato que no puede ser despreciado, y que arguye fuertemente en favor de los federales. Sin embargo, ni la estadística, ni la historia, ni la crítica razonable de los recursos de cada país, ni los primeros acontecimientos de la guerra, deciden la cuestion de fuerza, considerada en términos absolutos, en desventaja de la Francia.

Su poblacion es cási igual á la de sus enemigos: muy cerca de 40 millones de almas, contra una cifra que pasa muy poco de esa. Su riqueza pública y privada no presentan inferioridad. Su hacienda nacional está próspera, y en mejor situacion que la de sus contrarios. Su organizacion administrativa es la más fuerte del mundo. Su educacion militar no cede á la de ningun pueblo. El espíritu guerrero de sus hijos no peca sino de excesivo. Sus soldados son, en la actualidad, los más aguerridos de Europa. La cohesion de sus elementos nacionales está formada por el trabajo lento de mu-

chos siglos, y es incomparablemente más sólida que la de los pueblos alemanes, anexionados, confederados y aliados de Prusia.

Si ha sido posible que los Prusianos se presenten en los primeros momentos con triplicadas fuerzas en los campos de batalla, no hay una razon para que continue esa desproporcion por mucho tiempo. Todo está, pues, reducido á saber si el patriotismo frances, aun en el caso de sufrir nuevas derrotas, se sabe colocar á la altura de las exigencias de su destino. Pasadas pocas semanas, toda la poblacion válida de Francia puede estar con las armas en la mano enfrente de toda la poblacion válida de la Alemania. Y hasta ahora no se ha probado ciertamente que, tantos á tantos, los soldados germánicos sean más fuertes que los franceses.

Aun obligada, por continuadas victorias de Prusia, si esta logra aprovechar la sorpresa y el tiempo, á hacer una paz desventajosa y humillante, no es fácil que Francia deje de ser una nacion de primer órden. La paz sería, en realidad, sólo una tregua, y el combate se renovaria al poco tiempo con condiciones de igualdad. Los pueblos de la raza latina saben sostener luchas seculares. España peleó dos siglos contra Roma, ocho contra todas las razas musulmanas, venidas sucesivamente de Africa, dos contra la Francia. Francia ha combatido cuatro siglos contra Inglaterra, dos contra la casa de Austria, un cuarto de siglo, que equivalió á muchos, desde 1792 á 1815, contra toda la Europa coaligada.

Prusia, en cambio, que, apénas ha sido una nacion de primer órden hasta 1866, en que su poblacion no llegaba, entre súbditos alemanes y no alemanes, á veinte millones de almas, sino logra realizar en su provecho la unidad germánica; si, enfrente de Austria vencida ayer, y de Francia, vencida (si la venciere) hoy, viera mas pronto, ó más tarde, desmoronarse la hegemonía prusiana como se desmoronaron sucesivamente el Sacro Romano Imperio, la Confederacion del Rhin, la Confederacion Germánica y el Imperio aleman, revolucionario y utópico de 1848, podria todavía, después de haber humillado dos grandes Imperios, dejar de ser una de las primeras potencias de Europa. Es un mortal que lucha con un inmortal.

XII.

Los demás Estados europeos tienen intereses más ó ménos directos en la lucha; pero hasta ahora se conservan en la neutralidad.

Austria no puede ver con indiferencia lo que pasa. Sobre el Rhin y el Mosa se está decidiendo acerca de su porvenir. Allí se trata principalmente de confirmar ó deshacer la obra de Sadowa. Pero Austria tiene poderosas razones para permanecer inactiva ó para caminar despacio. En primer lugar, sus procedimientos jamas han sido muy precipitados; acaso para hacer la paz, se ha dado algunas veces demasiada priesa; pero nunca para emprender la guerra. No es la primera ocasion en que se contenta con ser mera espectadora de contiendas que directamente le interesan : en la guerra de Oriente, se trataba tambien de su porvenir político sobre el Danubio, más que del de las naciones occidentales. En segundo lugar, están muy divididas las opiniones de sus habitantes y de sus hombres de Estado : los que se sienten animados de espíritu germánico, cualesquiera que sean sus rencores respecto de Prusia, vacilan en declararse en su contra cuando la ven pelear por la preponderancia del germanismo en Europa; los Eslavos y los Magyares no quieren contribuir á que el Imperio austro-húngaro vuelva á ser principalmente aleman. Y en tercer lugar, el temor á la intervencion de Rusia en la guerra es una rémora eficaz contra la de Austria.

Rusia no ve, ciertamente, con entusiasmo la amenaza de un Imperio unitario germánico de más de cuarenta millones de habitantes; pero, con sus ojos fijos siempre en Oriente, sólo en Austria y en Inglaterra ve rivales y enemigos eternos. Salvaria á Prusia, si la viese sériamente amenazada, para conservar el más útil y más seguro de sus aliados; pero prefiere reducir su papel á contener á Austria dentro de sus fronteras.

Inglaterra ha determinado con toda claridad los objetos de su política internacional, reduciéndolos á tres; la conservacion de la neutralidad de Bélgica, que aleje de la ciudadela de Ambéres la bandera de guerra de una gran potencia militar ; el mantenimiento ó el restablecimiento más inmediato posible de la paz, que es el alma de su asombroso comercio y la vida de su vastísima in-

dustria; y la limitacion de las ambiciones moscovitas en Oriente. El primero de estos fines lo ha asegurado por algun tiempo; por el segundo hará lo que pueda sin salir del terreno diplomático; por el tercero, se pondria en su caso, de parte de Austria, en aliada constante contra Rusia, su rival de ayer, de hoy y de mañana.

Italia, colocada entre la nacion que le dió la Lombardía, y la que le facilitó la adquisicion del Véneto, no es extraño que vacile. La cuestion de Roma pudiera haberla tentado á hostilizar á Francia; pero contra ésta, cuando Austria está más dispuesta á auxiliarla que á combatirla, habria sido una locura en Italia emprender la lucha. A pesar de lo mucho que ha adelantado, la unidad italiana no resistiria á la accion comun de Austria y de Francia. Roma ha sido evacuada por las tropas francesas, y los problemas políticos del poder temporal del Papa y de la integridad y capitalidad del reino italiano van á ocupar nuevamente á los partidos y á la diplomacia; pero con una importancia separada de la cuestion de neutralidad. Parece cierto, entre tanto, que Italia se arma á toda prisa para estar preparada á intervenir en la guerra, y que sus simpatías oficiales son decididas á favor de los Franceses.

Las naciones de segundo órden no desean otra cosa que alejar de sus territorios los horrores y los desastres de la lucha. Bélgica ha temido con mucha razon por su independencia; Suiza ha tomado sus precauciones para que sus fronteras no sean violadas; Holanda ha considerado con recelo que por el Rhin el vencedor, cualquiera que sea, podrá inquietarla en sus intereses nacionales; Suecia está léjos, y, por tanto, tranquila; y Dinamarca, que guarda en su alma grandes rencores contra la Prusia, y que acaso se aprestaba á buscar las satisfacciones de la venganza, ha pensado, al ver que los principios de la guerra eran desfavorables contra Francia, que ésta está muy distante de su territorio, así como Prusia es un vecino muy temible.

La guerra, pues, ha quedado limitada, á lo ménos en su primer período, á Francia por una parte, y á Prusia, sus confederados y sus aliados, por la otra.

XIII.

De todos los Estados no hay ninguno cuya neutralidad se halle fundada sobre bases tan sólidas como la de España. Nádie desea

que la abandone, ni ella siente estímulo alguno para abandonarla. Le conviene hasta tal punto, y con tal evidencia, que todos sus hombres políticos y sus partidos convienen en proclamarla como útil y como necesaria, siendo éste el único asunto sobre el cual no hay cuestion ni pareceres distintos.

A Francia, cuyo territorio separa nuestra península del resto de Europa, le conviene igualmente nuestra neutralidad. La prefiere á nuestra alianza. Siendo neutrales, le guardamos una extensa línea de fronteras, y puede dedicar toda su atencion al Este; pelea con la grandísima ventaja de tener las espaldas guardadas por una posicion inaccesible. Durante la paz, tiene una situacion céntrica en Europa, por hallarnos nosotros á su Occidente; durante la guerra, no sufre los inconvenientes naturales de esa situacion céntrica, porque nuestra neutralidad cierra en los Pirineos el área posible de extension de las hostilidades.

Siendo sus aliados, tendria que satisfacer nuestras exigencias. Los aliados no pueden ser tan desinteresados como los neutrales. Ademas los aliados son elementos activos, que conservan su albedrío y su independencia, que pueden variar á cualquier momento de actitud y convertirse en enemigos. Hay que considerarlos con recelo, sobre todo cuando se hallan en situacion de hacer mucho más daño con sus hostilidades que servicios con su amistad.

XIV.

Pero la neutralidad no se entiende si no respecto de las armas. En punto á simpatías, no hay español que sea neutral. Unos desean el triunfo de Prusia, otros el de Francia. Más exacto es decir que unos ven con placer las victorias de los Franceses y otros su derrota.

Nuestra historia está mezclada desde hace siglos con la de Francia, y puede escribirse muy bien sin tomar en cuenta la de Prusia. Aunque esta representa en Alemania las tradiciones del protestantismo y de los principados secundarios que nos combatieron constantemente y que ó nacieron ó crecieron para combatirnos cuando nuestra política nacional estuvo unida á la de la casa de Austria, ni aquella política es ya la nuestra, ni Prusia figuró en el mundo como nacion de alguna importancia miéntras los Es-

pañoles sostuvimos nuestra influencia sobre ese Rhin, ese Mosela y ese Mosa, que si hoy se tiñen tan abundantemente de sangre de otros pueblos, con tanta frecuencia se enrojecieron, durante los siglos XVI y XVII, con la de nuestros soldados.

En época mas reciente, Prusia tomó parte, como miembro del Congreso de Verona, en decretar contra España la intervencion armada de 1823, la mayor ignominia que hemos sufrido en el presente siglo. A eso están reducidas nuestra relaciones políticas con aquel reino.

Contínuas y de contrarias naturalezas, las hemos tenido con Francia, que fué nuestro enemigo tenaz cuando éramos los más fuertes y temidos en Europa. Desde Cerinola hasta Rocroy luchamos sin descanso, enfrente los Españoles de los Franceses. Después, en la guerra de Sucesion, unimos nuestras armas para pelear contra el resto de la Europa coaligada. Durante el siglo XVIII y los primeros años de este, nos mantuvimos en una amistad pocas veces interrumpida, y con mas frecuencia llevada al exceso de funestos pactos de familia, y de perniciosas alianzas con la República y el Imperio. La invasion aleve de 1808, y la heróica resistencia de nuestros padres, han dejado huellas profundas en el alma noble y altiva del pueblo español, que vé con razon en aquella guerra una de sus más grandes glorias. La intervencion de 1823, aunque ménos antipática, cuando se verificó, á numerosos partidos españoles, llena de justa amargura los sentimientos de la generacion actual.

Pero desde 1830, entre los pueblos cuyos intereses están vecinos á los de España, Francia es el único con quien no hemos estado en peligro de reñir; así como, entre los vecinos de la Francia, somos los únicos con quienes no ha tenido esa nacion conflictos.

En las cuestiones de Cuba, de Santo Domingo y del Pacífico, hemos tropezado muchas veces con la rivalidad de los Estados-Unidos. En Portugal y en Marruecos, con las intimaciones hostiles de Inglaterra. Hemos tenido guerras con Méjico, con el Perú, con Chile, con el Ecuador, con Santo Domingo, con Marruecos, con Cochinchina. El pueblo portugués, nuestro más natural amigo, no pierde ocasion de manifestar hácia nosotros recelos infundados. Y Francia, que ha peleado contra Rusia, contra Austria, contra Prusia, que hizo temer várias veces á Inglaterra con la amenaza de un desembarco, que ha puesto con repeticion en peligro la inde-

pendencia de Bélgica, que ha tenido exigencias sobre el Luxemburgo, que ha hecho sentir el peso de su fuerza á Italia, no ha provocado, en los últimos cuarenta años, ninguna cuestion que haya comprometido sus buenas relaciones con España. Dirigidos sus gobiernos sucesivamente por un Orleans, por la República, y por un Bonaparte, han vivido en constante buena armonía con los nuestros, ya cuando reinaba en España un Borbon, ya cuando hemos tenido una prolongada interinidad. Soldados franceses pelearon, en compañía de los nuestros, en nuestra guerra civil, y juntos después han estado en Méjico y en Cochinchina, habiendo además manifestado su resuelta decision de ponerse de nuestra parte, si nos convenia, en la guerra de Marruecos, y en nuestras cuestiones de Santo Domingo y de Cuba.

Hay, pues, en la historia material abundante, si sólo en los sentimientos han de fundarse, para alimentar nuestras simpatías ó nuestras antipatías respecto de Francia. Si hubiésemos de fundarlas en afinidades de raza ó de civilizacion, con dificultad podria sostenerse que son mayores las que nos ligan á los Germanos que las que nos unen á la más importante, en la actualidad, de las naciones latinas.

XV.

Una guerra larga, ó una paz con escasas probabilidades de ser duradera, y un crecimiento extraordinario del militarismo, son las dos grandes amenazas que pesan hoy sobre la Europa.

Mucho se temia de las trasformaciones hechas en el armamento de los ejércitos; pero los destrozos causados por los primeros combates han superado á los más tristes cálculos. Si se sigue peleando, aunque sólo sea por pocos meses, como se ha empezado, va á desaparecer la mayor parte de la poblacion viril de Alemania y de Francia, comprendida entre los veinte y los cuarenta años de edad. Vamos á presenciar el exterminio de una generacion entera en los países más civilizados de la tierra.

Y ante el espectáculo de esa Francia, tan marcial, tan aguerrida, que se creia á sí misma tan preparada para una lucha, en que no ha dejado de pensar desde 1866, ó más bien desde 1815, y que, sin embargo, se ha encontrado sorprendida por el descuido y

la inferioridad de sus preparativos, ¿van á deducir todos los pueblos la necesidad de adoptar el sistema militar prusiano, que impone á todos los hombres, sin excepcion, la tarea de soldados durante los mejores diez y nueve años de su vida? Sería declarar á Europa toda en estado de sitio permanente, en un campamento ó en una trinchera inmensos.

Para mezclar alguna dulzura al amargo dejo de estas tristes reflexiones, concluyamos recordando las mejoras que la mayor suavidad de las costumbres y de las ideas ha introducido en las prácticas de la guerra. Los rigores de ésta están circunscritos, en lo posible, á los ejércitos beligerantes; los ciudadanos inermes no son tratados por el vencedor como enemigos, y los derechos de los neutrales son respetados. No se entregan las poblaciones al saqueo ni al degüello; no se expiden patentes en corso; está admitido y observado el principio de que el pabellon neutral cubre la mercancía, y de que la mercancía neutral no puede ser apresada bajo ningun pabellon. Los prisioneros son guardados con humanidad, y no están expuestos á represalias. Los heridos son atendidos con esmero por amigos y por contrarios. Asociaciones internacionales los amparan desde los mismos campos de batalla, al abrigo de una neutralidad concedida á la filantropía. Pero nada de eso basta: es necesario desear que el progreso del derecho imposibilite ó dificulte sobremanera las guerras, ó que, á falta de otro remedio más noble y más honroso para la civilizacion, podamos á lo ménos abrigar la esperanza de que la misma lamentable perfeccion de las armas evite la repeticion de esas espantosas carnicerías humanas, siendo á un mismo tiempo rémora para las invasiones ambiciosas, y fuerza de resistencia formidable para los pueblos, relativamente débiles, que se defienden dentro de sus confines.

FERNANDO COS-GAYON.

Madrid 12 de Agosto de 1870.

ESTADO GENERAL DE INGLATERRA

EN EL SIGLO XVII.

CAPITULO IV.

USOS Y COSTUMBRES.

Los usos y costumbres de los Londeños habian variado completamente desde la época de la Restauracion. El antiguo cortesano sencillo, ignorante, tosco, al par que generoso en sus maneras, era ya un nuevo personaje que pretendia distinguirse por su finura y buen talante, inclinado á los placeres, apto para la intriga, y aspirante á plaza de sutil ingenio. Las damas de la corte, que en otro tiempo cifraban su orgullo en vestir sarga de lana, ahora ostentaban lujosas sedas, rivalizando en coquetismo y elegancia; la modesta silla de manos hizo lugar á la soberbia carroza; la vajilla de peltre, destinada ya á usos vulgares, habia sido remplazada con las de bruñida plata. En los tiempos de Cromwell, las fiestas públicas llevaban el sello de la austeridad republicana. El pueblo inglés, afecto entónces á la música severa, se complacia en escuchar los salmos de David ó los cantares de Salomon; pero volvió la monarquía vestida á la francesa, y ya sólo se pensaba en bailes y festines, teatros y zarabandas.

Esta trasformacion de costumbres era debida á los emigrados ingleses, que desde 1648 hasta 1660 habian vivido en medio de un pueblo festivo y licencioso. La Francia era entónces, y ha seguido siendo hasta hoy, la escuela del libertinaje de las altas clases, don-

de se aprendia á despreciar los más nobles sentimientos, y á romper los lazos más sagrados que unen al hombre con la sociedad. Luis XIV hubo de enseñar á Cárlos II que un rey puede ser relajado en su conducta y apellidarse el Grande: Fouquet hizo ver á Sunderland que un Ministro no pierde su reputacion por ser falsario; y Churchill debió aprender del gran Turena que los secretos de Estado pueden revelarse á las prostitutas, sin que por ello se empañe el honor de un Mariscal de Francia. La juventud inglesa, adiestrada en el sitio de Arras, en el campamento de Dunquerque y en la campaña de Holanda, sabía jugar á los «quince,» dar petardos, y ganar á ciencia cierta. Ni se inquietaba el nuevo Lord por la suerte de su hacienda, porque sería de mal tono que un hombre bien nacido no entregara al indispensable *maitre d'hôtel* el manejo de la economía doméstica. Finalmente, en las tertulias de Mme. de Sevigné aprendia Milady á ser condescendiente con los extravíos de sus hijas y cómplice en sus amores, sin que por eso se alarmaran los moralistas del siglo, pues con saber escribir chistes, hablar de filosofía y asistir á los sermones del P. Bourdaloue, era ya la madre ejemplar y la más recatada de las mujeres.

Con modelos tan perfectos que imitar, volvieron á Inglaterra los emigrados de la revolucion de 1640. Westminster fué desde entónces un Paris en pequeño, Whitehall un Versailles, y Windsor un remedo de San German. Los émulos de Bacon y Milton empezaron á beber en las fuentes del país que aún no habia visto nacer á Voltaire. En fin, las modas, usos, costumbres y hasta el lenguaje de los cortesanos ingleses, eran una grotesca caricatura de cuanto habian visto y oido en la corte de Francia. Entónces empezaron á llamarse los bailes de máscaras *masquerades*, y los del teatro *ballets*: el dia de besamanos *petite levée*, el de gala *grande levée*: la tertulia del rey *le coucher*, y la reunion de la reina *petit jeu*: las cenas de Palacio *ambigús*, y el tocador de las señoras *toilettes*.

¡Cosa extraña, en verdad, que los hijos de Corazon de Leon, los vencedores de Crecy, Poitiers y D'Agincourt, decayeran hasta el extremo de imitar servilmente á los vencidos! Pero tal es la índole de las naciones, y nuestra España nos ofrece un tristísimo ejemplo: ayer, soberbia con su poderío, dictaba leyes en San Quintin; hoy, humilde en su decadencia, recibe agradecida el soplo civilizador de la Francia.

Montesquieu dice, que cuando la juventud de un país llega á

corromperse, es señal que los hombres maduros están ya corrompidos; verdad incontestable, que debieran aprender nuestros mayores, cuando quieren descartarse de sus propias faltas con los extravíos de sus educandos. La juventud inglesa, en la época de la Restauracion, nos ofrece uno, entre los muchos ejemplos, que para prueba de esto mismo encierran las páginas de la historia.

El jóven noble de aquella época era un mal criado caballerete, afectado en su porte, afeminado en sus maneras, frívolo en su lenguaje y disoluto en sus costumbres. Se le distinguia con el sobrenombre de *fop*, palabra que abarca todos los calificativos que acabamos de darle. No se conocia entónces el tipo del noble adolescente del dia, que principia sus estudios en el colegio de Eton, se perfecciona en el de Oxford ó Cambridge, se hace hombre viajando por nuestro continente, y concluye por presentarse á los libres electores, para que le hagan sitio en los bancos del Parlamento. Por el contrario, se consideraba impropio del hijo de un caballero el que asistiera á los institutos de enseñanza, porque en ellos adquiria necesariamente malos modales, alternando con otros jóvenes que pudieran serle inferiores en fortuna ó nacimiento. Una madre cariñosa no podia permitir que su hijo se estropeara el vestido ó el calzado retozando, ni que desempolvara su peluca, ni que afeara la forma de sus manos: y todo esto era natural sucediese en un colegio, donde se atiende más al saber de los libros que al pulimento de la persona. Para evitar el mal, se encargaba su educacion al cuidado de un pedagogo, que atento sólo al adelanto de su propia fortuna, mimaba al educando, adulaba á sus padres, y lograba de este modo vivir en plácida holganza. La madre, uniendo sus esfuerzos á los del preceptor, desempeñaba la parte más esencial de la educacion de su hijo, enseñándole á no cruzar las piernas, á no cargarse de espaldas ni andar tambaleando, á conversar con gracia, á decir chistes, y otras muchas cosas de absoluta insignificancia; de modo, que cuando el jóven salia de las manos del tutor, podia frecuentar desde luego los templos de la moda, porque sabia hacer cortesías, bailar un minuet, recojer á tiempo un abanico, ofrecer un polvo y chapurrar el idioma frances: conocimientos todos indispensables, para distinguirse entre las gentes del gran tono.

La corte (*court*), significaba grandes cosas para la juventud dorada: gloria, poder, riquezas, placeres, todo cuanto puede caber

en la ardiente imaginacion de un jóven cortesano. Sabia éste muy bien, que para adquirir estos goces, no necesitaba ser orador ni legista, ni entender de política, ni estudiar la ciencia económica, ni saber la historia de su país; pues que conocia tantas magníficas nulidades, como el Ministro Godolphin, que jamas habló en el Parlamento; ó como Cornbury, que no sabia lo que eran los círculos de Alemania; ó como Sunderland, Consejero de Estado, que nunca aconsejó cosa de provecho. Jóvenes habia, como Hydes, Talbot, Hamilton, Sidney y otros, que al decir de sus contemporáneos, no habian visto la Universidad sino en perspectiva, y sin embargo llegaron á ocupar distinguidos puestos en el estado político. Otros eran, pues, los medios de hacer fortuna. Buckingham, divirtiendo con sus bufonadas á Cárlos II, obtuvo el cargo de primer Ministro; Churchill, vendiendo á las damas su persona, conseguia ver repleto su bolsillo; y Talbot, agente oficioso en los galanteos del Duque de York, alcanzó la dignidad de Virey de Irlanda. Hé aquí los modelos que imitaba la juventud, ansiosa de participar de los favores que con mano liberal repartia Cárlos II entre sus disolutos compañeros.

Nutrido con tales ideas y esperanzas, el nuevo cortesano no tardaba en distinguirse por el desenfreno de su conducta. Estaba de moda el libertinaje, y era natural que un jóven distinguido se hiciese esclavo de la moda; así es que apénas iniciado en las costumbres de la corte, ingresaba en el círculo de los libertinos por excelencia, especie de sociedad á que pertenecian todos los jóvenes de la aristocracia, llamados en el lenguaje de Milton *hijos de Belial*. Los contínuos desórdenes á que éstos se entregaban eran de naturaleza tan feroz, que llegaron sus promovedores á apellidarse públicamente *Mosohocks*, nombre de una tribu salvaje del Norte de América. Tambien se les conocia por otros apodos significativos, como *Nukers*, truhanes, *Scoures*, vagabundos; lo cual demuestra el ódio que les profesaba el pueblo, víctima no pocas veces de sus criminales pasatiempos. En sus correrías nocturnas se les veia embriagarse con las rameras, asaltar las sillas de mano y golpear á los cocheros, insultar á las jóvenes, apedrear las ventanas de los republicanos, y asesinar á los agentes de seguridad pública. El que más fechorías contaba era el héroe envidiado de la comunidad; de modo que cada cual se esforzaba en escandalizar á las gentes, para poder, como D. Juan Tenorio, enseñar á sus rivales un libro

inédito de fastuosos crímenes. Broncard se alababa descaradamente de poseer un serrallo de bellísimas aldeanas: Wilmot se jactaba de haberse embriagado 1825 dias consecutivos: Russell hacia mérito de haber escalado los balcones de palacio: Duncan, creia llevarse la palma por haber robado una camarista de la reina: Sunderland contaba con orgullo que llegó á perder en una noche 20.000 libras esterlinas al juego: y Oxford se hizo notable por haber sacrílegamente fingido una ceremonia nupcial con el fin de seducir á una jóven honrada. Tales eran los vicios á que se abandonaba aquella aristocrática juventud, predestinada á ver terminar su existencia entre los achaques de una vejez prematura, ó á sucumbir, como D'Avenant, á los efectos de una enfermedad vergonzosa.

Lo que más caracterizaba al *fop*, como le hemos llamado, era su fanatismo por la moda. El elegante de aquella época gastaba chupa y calzon corto, casaca guarnecida con pasamanos de seda, medias de lo mismo, zapato con moña, espadin y tricornio. Era de rigor que los guantes fuesen bordados, perfumados, de color *á la martial*, y llegados de Paris por el último *paquebot* de Douvres. La corbata era de finísimo lino, atada al cuello con un lazo enorme, cuyos extremos, guarnecidos de encajes, caian sueltos y pendientes hasta la mitad del pecho. La peluca era un promontorio de cabellos rizados, que se desprendian de ámbos lados hasta descansar sobre los hombros y espaldas, figurando en la cúspide de la cabeza una como cresta de gallo. Habia pelucas á la Bichon, á la Moutonne d'Abbé, etc., más ó ménos exageradas, pero que debian rizarse, perfumarse y empolvarse todos los dias. Ataviado de esta suerte nuestro elegante, se presentaba en los salones luciendo su lente de Paris, su relox de Nuremberg, su espejillo de Venecia: ó bien hacía su entrada triunfal en Hide Park, ya recostado en su *caleche* tirada por yeguas flamencas, ya montando con desden su brioso corcel de Andalucía.

Hamilton pinta en sus Memorias la triste figura del cortesano, que no rendia el debido homenaje á la moda. Russell, por ejemplo, era un hombre escéntrico, de quien todos se reian, por que daba en usar sombrero cónico, baston de marfil, galones de oro, y botas de picos. El mismo autor nos refiere la consideracion de que gozaban en la corte M. de Flamarin, introductor del *minuet*; M. de Grammot, que desterró la antigua carroza y adoptó la *caleche* de

Versalles, y D. Francisco de Mello, español y hombre de buen humor, que puso en boga la zarabanda. Estos beneméritos personajes eran festejados á porfía, disputándose las tertulias su asistencia; la nobleza les daba banquetes, la reina les trataba hasta con familiaridad, y el monarca les señalaba pensiones.

Los sitios que frecuentaba asíduamente el elegante eran los cafés. De éstos se conocian dos en la calle de San Jáime, que por estar situados en las inmediaciones del palacio y de los parques, eran los comunmente preferidos. El café de White se distinguia de su rival el de San Jáime, en que los tertulios del primero se reunian á tratar de cosas políticas, miéntras que los del segundo se divertian en murmurar y referir los escándalos de la corte. Para ser admitido en estos establecimientos era preciso pagar dos peniques á la entrada, y habia que abstenerse de fumar y salivar, porque el suelo estaba curiosamente entarimado. Era tambien forzoso que el vestido del concurrente fuese intachable, y sobre todo la peluca, que de no estar bien encrestada, haria pasar á su dueño por un *teignasse*, tiñoso, y sería causa de que los sirvientes no respondieran á su llamamiento. Usábase tomar café, chocolate, y sorber tabaco en polvo, miéntras se disponian las partidas de juego ó de caza, ó se divulgaban con algazara las últimas aventuras del capitan Duncan, los deslices de Miss Price y el proyectado divorcio del rey. De allí salian los ociosos para ir á la prision de Bridewell á ver azotar á las mujeres, ó á presenciar un desafío, una riña de gallos, un combate de pugilistas, ó una ejecucion del verdugo. La noche se pasaba entre los bastidores del teatro de Covent-Garden, en la tertulia del rey y en los salones de la Duquesa de York; y cuando la aurora anunciaba el nuevo dia, salian aquellos disolutos, huyendo de la luz, á reparar en letárgico sueño las fuerzas que perdian en el fuego impuro de sus bacanales.

Digna pareja del *fop*, cuyo retrato acabamos de bosquejar, era Milady en aquella época. La jóven que aspiraba á brillar en los círculos de la aristocracia, se distinguia generalmente por sus finos modales, su alta estatura, su talle flexible y esbelto, su blanquísima tez, sus ojos azules y su rubia cabellera. La virtud de la doncella era incorruptible miéntras abrigaba la esperanza de contraer algun ventajoso matrimonio. Hábil en el arte de disimular, sabía fingir una convulsion á tiempo, para dar un público testimonio de su sentimentalismo. Afectaba una predileccion decidida

por los pasatiempos inocentes, propios de la candorosa infancia, como el jugar á la gallina ciega y el hacer castillos de náipes. No sabía lo que era amor, ni queria comprender su estratégico lenguaje; así es que sacudia de la manga de su vestido, con admirable serenidad, los billetes amatorios que le entremetian sus adoradores: y prorumpia en un ¡ay! escandaloso cuando alguno le pisaba adrede el pié ó le apretaba la mano. Tal era el retrato de Miss Stewart, de Miss Wermestre, de Miss Temple, y de otras muchas que fueron célebres por su hermosura en la corte de Cárlos II.

El tocador de una de estas beldades merecia ser descrito por la pluma de otro Ovidio. El colorete y el blanquillo, los polvos y las moscas, el espejillo de bolsa, las pastas, esencias y engalanados estuches, fórmaban un elegante contraste con los billetes amorosos, esparcidos sin pretension entre mil juguetes de valor y joyas de exquisito gusto: brazaletes, collares, pendientes, cintas y moños. Allí, en un mueble que la moda habia hecho inservible, yacía el retrato empolvado de un amante en desgracia: aquí, revuelta con la basquiña que sirvió en el último baile, asomaba el mástil de una preciosa guitarra. Los cuadernos de música, la nueva zarabanda, la novela popular, las poesías de Rochester, mezcladas y confundides con otros tantos objetos de moda, contribuian á aumentar aquel bello desórden, proporcionando al artista un vivísimo modelo para poder trazar, á los ojos del curioso, el cuadro fascinador del templo de la elegancia.

Sin embargo, ¡cuánta miseria no se oculta bajo el espléndido atavío de la jóven cortesana! El amor, ese pudoroso sentimiento que eleva las almas y las edifica, era una planta exótica en el pecho de Milady. Los galanteos delicados, las sentidas frases, todo, en fin, cuanto puede conmover un corazon amante, era inútil hojarasca que su razon desechaba. Ella no comprendia aquel recatado amor de los torneos que Valenzuela profesaba á María de Austria, expresado en su divisa: «Adoro á quien me mata;» ni sentía aquellas borrascas del corazon que con tanta verdad pintaba Villamediana, cuando comparándose al ángel de las tinieblas, se decia, «más penado y ménos arrepentido,» los dardos del amor se embotaban en aquel bellísimo seno, blanco, frio é inanimado como el de la Vénus de Médicis. Su ídolo era el becerro de oro; su filosofía el positivismo. Para ella, el mérito de un galan consistia en su for-

tuna; y el más persuasivo era el que le decia sin rodeos: «Milady, os ofrezco mis 3.000 Jacobos anuales y mi persona.» Este era y ha sido por mucho tiempo después, el lenguaje oficial de los amantes ingleses.

Saint Evremond, filósofo observador de las costumbres del bello sexo, y que conocia á fondo el carácter de las damas inglesas, aconsejaba de este modo á su amigo M. de Grammont: «No espereis amor de »las doncellas de la corte: Westminster no es el Haya ni Paris. En »el Haya las solteras son sensibles y las casadas Lucrecias: en Pa»ris las unas son coquetas, y las otras muy tiernas de corazon; pero »en Westminster no se conoce más que un comun sentimiento de »interes y de egoismo.»

Si aquella aparente insensibilidad fuese el efecto de una moral austera llevada al extremo, ciertamente que no sería tan vituperable; pero no es lícito el pensarlo cuando vemos á Milady, ya entrada en años, convertirse en una lasciva romana, ó manchar, como Mesalina, el tálamo conyugal, comprando amantes indiscretos con el oro de su señor. Pasados los primeros años de la juventud, la cortesana, soltera ó casada, variaba sensiblemente de conducta. Los deseos más vulgares, las pasiones más torpes la caracterizaban. Vendía su honor por pasearse en la carroza del Duque de Guisa. Disfrazada de lacayo, asistia al desafío que ella misma causaba entre su amante y su esposo. Hoy se rinde á los vigorosos ataques de Hall el Saltimbanqui, y mañana compra á fuerza de doblones los favores de un capitan de Guardias. En sociedad, Milady era jugadora consumada de *revesino* y harto desmesurada en beber, sin que se pasara dia en que no hiciera frecuentes libaciones de aguardiente y de Canarias, de *whisky* y de *usquebangh*. Tal es el tipo que nos trasmite la crónica de aquella época, al recordarnos los nombres de las Duquesas de York, Portsmouth y Cleveland, de las Condesas de Shrewsbury, Saint Albans, Derventwater, y otras muchas que componian los círculos más distinguidos de la aristocracia.

El traje de las damas inglesas en la época de la Restauracion, era en extremo airoso, copiado, como todos sus usos y costumbres, del que llevaban las Francesas en Paris y Versailles. Aun nos place el ver en nuestros teatros modernos el gracioso guarda-infante, especie de tontillo entretejido de finísimos alambres, sobre el cual se coloca la basquiña de anchos pliegues y escandaloso

vuelo. Nos agrada aquel caprichoso calzado, con su alto tacon de madera y su moña de raso; la plateada peluca, compuesta de bucles, trenzas y ensortijados: los guantes bordados, el abanico de seda, el lente de oro, y los collares, pendientes y joyas que con tanta profusion sabian ostentar las seductoras ninfas de la moda. El fino pincel de Sir Peter Lely ha trasmitido á la posteridad los retratos de aquellas rubias hijas de Albion, que más brillaron por su belleza y elegancia, en la Corte de los Estuardos.

La sociedad, que ha sido siempre el teatro de las costumbres, ofrece ancho campo al moralista para poder discurrir á su placer sobre la corrupcion de los hombres. Si logramos trazar un cuadro exacto de la sociedad inglesa, en la época que vamos historiando, para lo cual nos suministran abundantes datos las memorias y escritos de autores fidedignos, alcanzarémos el fin que nos hemos propuesto en el presente capítulo.

Multitud de tertulias se conocian entónces en Westminster. Lady Chesterfield, Lady Hamilton, Lady Castlemaine, Lady Bristol y otras, reunian en sus saraos lo más escogido de la nobleza británica. El mismo rey abria su estrado de Whitehall á todos los cortesanos indistintamente; pero aquella sociedad de palaciegos y favoritas, no debe confundirse con las demás, esencialmente aristocráticas. De éstas, la más concienzuda era la de la Duquesa de York. Frecuentábanla la Duquesa de Norfolk, las Condesas de Shrewsbury, Portland, Porvis y Berks, las Vizcondesas de Montagne y Stafford, y las Ladies Azundel, Petri, Talbot, Howard, Landale, Arlington y Clifort. Todas estas damas pertenecian á la flor de la nobleza católica, muy superior á la protestante, porque procedia de un linaje más ilustre y se engalanaba con más antiguos blasones. A la aristocracia protestante se adherian en primera línea la Duquesa de Buckingam, la Condesa de Essex, y las Ladies Cecil, Villiers, Cooper, Russell, Coventry, Dormer y Osborne. La nobleza católica databa sus títulos de 1442: la protestante de 1620, esto es, del mismo siglo en que vivian sus vástagos más ilustres. La primera se vanagloriaba de tener por antecesores á los esclarecidos Normandos que conquistaron la Francia, la Inglaterra, la Sicilia, y la Palestina; la segunda jamas hacia mencion de su cuna, porque se avergonzaba de proceder del favorito Villiers, del mercero Coventry, del especiero Browne, y del pañero Osborne.

Las curiosas *Memorias* de Hamilton nos dan una idea del órden y espíritu que reinaba en la tertulia de la Duquesa de York. Al abrirse la reunion, los sirvientes disponian las mesas de juego, las damas formaban partidas, los caballeros hacian corrillos, y los amantes se aprovechaban del rio revuelto. Los *fops*, eternos enemigos del hogar doméstico, circulaban por todas partes dispuestos á seducir doncellas y á conquistar matronas. La Duquesa dirigia sus lentes al inconstante Jermyn, quien, por su parte, fijaba los suyos en la hermosa Lady Churchill; y el Duque, al mismo tiempo, se insinuaba con alguna picante camarista, contándole sus cacerías de zorras, sus combates navales, y sus triunfos parlamentarios. Lady Chesterfield, ántes de sentarse á la mesa del *revesino*, hace entrega de sus guantes y abanico al primito Hamilton: Milord Chesterfield, marido celoso en demasía, se coloca en un taburete algo distante para observar la conducta de su sensible esposa; pero el desgraciado es de aquellos séres que compadece la Escritura, porque tienen ojos y no ven. Mr. Denham se encarga gratuitamente de sacarlo de su letargo, por pura caridad, y le hace observar que la mano de S. A. el Duque habia desaparecido de la mesa. Milord amostazado, no vé entónces otro recurso que el de pedir consejo á sus parientes.—Mirad, mirad, dice al primito Hamilton, mostrándole la mano del atrevido Duque, ¿qué debo hacer en este caso?—Pero Hamilton, que era uno de los amantes de Milady, se creia con derecho á hacer la misma pregunta.

Al otro extremo del salon, un corrillo de damas y galanes celebra la bien torneada pierna de la embajadora de Moscovia; y los elegantes, tomando el asunto con calor, hacen alarde en competencia de haber medido piernas á cual más primorosas. Uno de ellos, un imprudente duque, dijo, que por su experiencia en el oficio, sabia que las medias verdes disimulaban mucho la falta de pantorrillas. Un noble lord que le escuchaba, se retira temblando de cólera: Milady usaba medias verdes, y era claro que el Duque habia medido las piernas de Milady.

Denham, el poeta satírico, sentado en un rincon, mordiéndose la punta de los dedos, observaba con maligna sonrisa el aprieto de los maridos. Su lengua viperina no perdonaba reputacion, por honrada que fuese, ensañándose en los celosos con irritante oportunidad. Pero al par que veia los defectos ajenos, no hacia caso de

los suyos propios; su esposa, la bella Miss Brooks, le castigaba diariamente con la pena del Talion. Así ha sucedido siempre. Molière, que tanto divertia al público frances, á costa de los maridos, era el marido más desgraciado de su tiempo.

Miéntras unos jugaban y otros murmuraban, los enamorados no estaban ociosos. El buen decir, la agudeza y el aticismo refinado, caracterizaban los coloquios de aquellos amantes fingidos, sobresaliendo las damas por su desembarazo en replicar.—Teneis celos?—decia una sensible rubia á su exigente cortejo,—pues por lo mismo los mereceis.—No profaneis el mérito de la constancia,—decia una matrona á un importuno.—Estais enfermo?—preguntaba una coqueta á un necio que suspiraba,—pues no descuideis por mí vuestra salud.

La Duquesa de York, aunque nacida en humilde cuna, sabia hacer dignamente los honores de su escogida sociedad. Ella, la hija de un pobre abogado de provincia, no demostraba extrañeza ni agradecimiento por el enlace que contrajo con el hermano del Rey Cárlos II, heredero legítimo de la corona de Inglaterra. «Me ha hecho justicia casándose conmigo», decia al hablar del Duque su esposo; queriendo sin duda encarecer sus cualidades físicas, pues en cuanto á la moralidad de su conducta, siempre habia dejado mucho que desear. Se decia que habia tenido trato criminal con el Duque ántes de casarse, y que desde muy jóven, habia sido la heroina de ruidosas aventuras galantes; rumor que no desmintió la Duquesa en su nuevo estado, pues más de una vez provocó el escándalo con sus adúlteros amores. Entre las muchas anécdotas que de ella se contaban por las tertulias y cafés, figura un chistoso lance que merece referirse. Fué el caso, que una noche en que Talbot acudió á palacio, citado por la Duquesa, se introdujo en una oscura habitacion, que él creyó muy á propósito para el logro de sus proyectos, pero que era en realidad el gabinete donde tenia sus sesiones el Consejo de Ministros; y los amantes, poco previsores en el calor de sus pasatiempos, hubieron de tropezar con el bufete, derribando un enorme tintero, y emborronando los papeles del Gobierno: quedando así probado el delito con irrecusable testimonio, pues que tan buen testigo era en este caso el papel manchado como el papel escrito. Mujeres hay siempre en las córtes de reyes disolutos, que quieren hacer un mérito de su extremada sensibilidad, llamando «amor de lo bello» á la pasion del momento,

que suelen sentir por un galan de donosa apostura; pero ni aun este nombre podia darse á los caprichos de la Duquesa, pues el *beau* Jermyn, su más constante favorito, era bajo de estatura y feo de rostro, de cabeza monstruosa, aunque vacía, y de piernas enjutas, aunque preciosas para un danzarin de oficio; que cifraba su orgullo en haber sostenido dos ó tres desafíos con poco valor, y en haber ganado algunas apuestas en las corridas de caballos.

La Duquesa tenía á sus órdenes una pequeña y distinguida comitiva de camaristas, todas ellas célebres por su hermosura, ó sus galanteos; tales eran Miss Price, Miss Blake, Miss Bagett, Miss Jennings y Miss Temple. La direccion de estas jóvenes estaba confiada al cuidado de una dueña, Miss Herbert, señora ya entrada en años, pero que aún conservaba algunos restos de su pasada lozanía. De ella cuentan los escritores, que jamas tuvo amor al sexo varonil, pero que en cambio se hallaba poseida de esa pasion funesta que Safo habia ingerido entre las damas de Lesbos. Los poetastros de su tiempo solian aguzarse el ingenio componiendo anagramas alusivos al vicio de la griega moderna; y la Duquesa, que no ignoraba cuán ciertos eran los rumores del vulgo, disimulaba aparentando ignorarlos, pues no creia prudente despedir de su servicio á la que era encubridora de sus propios extravíos.

La tertulia del rey era de ménos tono que la de la Duquesa de York. En el palacio de Whitehall, no se conocia la etiqueta ni el ceremonial que presidian las reuniones del de San Jáime. Allí habia más libertad en las palabras y más licencia en las acciones: en San Jáime se respetaban al ménos las apariencias.

La magnífica galería de Whitehall que habian construido los Tudors, era el local predilecto en que Cárlos II entretenia á sus tertuliantes. Allí pasaban gran parte de la noche los disolutos y tahures de la corte, en compañía de todas aquellas cortesanas que vivian en el ocio y los placeres: cómicas, bailarinas y favoritas, mezcladas con duquesas, condesas y camaristas: nobles lords y distinguidos diplomáticos, confundidos familiarmente con músicos, poetas, jugadores y pisaverdes.

A la hora de recepcion la galería presentaba un golpe de vista tan brillante como grotesco. A un extremo del salon se veia una gran mesa cubierta con un riquísimo tapete, y coronada de pirá-

mides de oro, alrededor de la cual se apiñaban los insaciables jugadores Buckingham, Sunderland, Grammont, Talbot, Williamson, Cornuallis y otros. Al extremo opuesto, Cárlos II recostado en cogines de escarlata, rodeando con uno de sus brazos el blanco cuello de su sultana favorita, se entretenia en retozar con la célebre Hortensia Mazarino, «la petite maîtresse» Luisa de Queronville, la bailarina María Davis y la cómica Elena Givin. Más allá «la belle Stewart» resistiéndose á una curiosidad libertina, obedece á la voz del Rey Cárlos, y enseña su pierna hasta la rodilla ante un enjambre de cortesanos que acuden á rendirle adoracion. En medio del estrado, los *dilettanti* forman corrillo para oir á un paje frances entonar una zarabanda, al són de la guitarra de D. Francisco de Mello. En fin, por todas partes se oyen requiebros, dichos picantes, bufonadas y escandalosas risas, sin que bastara la presencia de la reina á contener aquel tumultuoso desórden.

A la hora del baile se transforma la escena. Miss Wesmestre se presenta á bailar el minuet, luciendo su talle de abeja; el Marques de Flamarin, inimitable danzante, la acompaña con gravedad cómica y mesurada cadencia. Concluido este espectáculo, sale al estrado una relamida camarista, y ejecuta un paso de zarabanda al són de las castañuelas que toca Correa da Silva. En fin, después de haberse lucido cada cual individualmente, sin exceptuar á veces los más graves personajes, termina la fiesta con una contradanza general, en la que toman parte los ménos ágiles, con gran satisfaccion y risa de los bufones.

Lady Monsery era el blanco de los tiros de la malicia cortesana. A ello se prestaba admirablemente aquella noble señora, por sus risibles pretensiones y su horroroso personal. Tenia una aficion entrañable al minuet, sin reparar que su talle grosero, su cuerpo pequeño y contrahecho, y sus mal aderezados pies, eran tristes elementos para aspirar al lauro de Tersípcore. Pero lo que mas le atraia el escarnio de las gentes, era su inconcebible manía por fingirse en cinta. Cierta noche en que Milady, para castigo de sus culpas, parodiaba un minuet, desprendióse, con la violencia de sus saltos descompasados, el ridículo envoltorio con que se abultaba el seno. El terrible Buckingham se avanza fingiendo solicitud hácia el trapo caido, y le envuelve en su casaca contrahaciendo el llanto de un niño recien-nacido. Los tertuliantes prorumpen en

risotadas celebrando el talento imitativo del Duque, pero éste, sin dar el lance por concluido, se dirige á las camaristas de la reina y les pregunta si hay entre ellas algun ama de leche. Fácil es concebir la indignacion de aquellas jóvenes, y los frenéticos aplausos con que todos acogieron este nuevo chiste. La misma reina, en medio de la reprension que dirigió al Duque, no pudo contener la risa que la ahogaba. Cárlos II restableció finalmente el órden, y mandó que, para remediar el escándalo, bailara de nuevo la desembarazada.

El Chevalier de Grammont era de los que más contribuian con sus chistes á divertir la sociedad. Hastiado del amor, que le habia consumido su fortuna, se dedicaba con preferencia al juego, donde logró no pocas veces rehacer su crédito.—Chevalier, le decia al oido el filósofo Saint-Evremond, «sé que habeis triplicado »vuestro caudal; bien está: seguid en esa noble senda; adorad »al dios del dinero y renunciad á Cupido. Sobre todo, os acon»sejo que dejeis en paz á las favoritas del rey, y que seais muy »cauto. Si quereis vivir tranquilo en la corte, ocupaos en hacer »reir á Cárlos II, y dejadlo que duerma en el seno de los placeres.»

Grammont siguió por mucho tiempo los consejos de su «petit faquin de philosophe» como llamaba á Saint-Evremond. Maestro en el arte de los tahures del ejército frances, burlaba fácilmente la vigilancia de los jugadores de Whitehall, quienes á su vez solian olvidar las deudas contraidas en el juego. Cuando acosado por la mala suerte se decidia á abandonar los náipes, el Chevalier formaba un corro de curiosos y les referia los lances de su vida aventurera y los de la corte de Francia. En estos casos, el rey, la reina y la mayor parte de los tertuliantes se acercaban al grupo, queriendo devorar los disparates que salian del cerebro del Frances. A menudo, cuando para dar color á su narracion, queria referir algun dicho inmodesto, se dirigia á la reina diciéndola con sorna: «Señora, no puedo seguir la historia delante de V. M.» Pero el rey no se daba por satisfecho hasta oir el fin del cuento, y entónces se retiraba apoyando familiarmente su brazo en el hombro del poeta D'Urfey, ó entonando *sotto-voce* alguna cancion obscena.

Cárlos era un príncipe escéptico y sibarita. No tenía fe política ni religiosa, ni ambicionaba más gloria que vivir indolente entre

viciosos palaciegos, y dueño absoluto de su caprichosa voluntad. Era generoso con sus aduladores, familiar con los libertinos, enemigo de su esposa, y tirano de sus ministros cuando querian moralizarle. Gastaba su patrimonio y el de sus súbditos en protejer favoritas y ennoblecer bastardos. Los cortesanos, que veian la familiaridad con que el rey los trataba, se aplaudian de tener un príncipe tan bien vaciado en sus moldes, y le pagaban en cambio con igual desacato. En prueba de esto, se cuenta que una noche, en que estaba el rey rodeado de sus más íntimos consejeros, Verrio, pintor napolitano, le grita desde léjos:—Señor deseo obtener una gracia de V. M.—Qué quieres ? replica el rey.—Dinero, Señor, dinero; V. M. y yo sabemos, por experiencia, que á los ociosos y á los pintores pronto se nos acaba el crédito.—Cárlos, sin demostrar enfado ni sorpresa, le contesta: Ya he mandado que te entreguen 1.000 libras.—Pero, Señor, repuso el artista, esas 1.000 libras las tengo ya gastadas.—Pues á ese paso, dijo el rey, gastarás más dinero que yo.—Cierto, reponde el pintor imperturbable, pero V. M. no gasta mesa de Estado como la mia.

Tales eran las sociedades de Westminter, y tales las costumbres de los cortesanos.

Este género de vida sufria alguna alteracion con la venida del estío. Entónces la corte se trasladaba á Tunbridge, que era el Spa ó el Báden Báden de aquella época, y los elegantes, variando sus pasatiempos, requebraban las aldeanas, jugaban á los bolos, bailaban sobre el césped, y hacian su acostumbrada tertulia en casa del rey. El juego de náipes era, sin embargo, la pasion favorita, por cuya razon se infestaba aquel lugar de «rogues» ó caballeros de industria, quebrantados en su salud y más aún en su fortuna, que por la eficacia de los baños lograban restablecer la una y la otra.

Sería un error el creer que las costumbres de la nobleza británica eran comunes á todo el reino. La corrupcion de la corte no llegaba á contagiar las demás ciudades donde la industria y el trabajo tenian su cuna. El colono, el labrador y hasta el señor feudal, que residian en los campos y los castillos, afanados aquellos en regar las tierras con su sudor, estos en recoger las mieses para su regalo, no pensaban en otros goces ni podian dedicarse á otras ocupaciones. Sus costumbres eran, por lo tanto, diversas de las que hemos venido bosquejando, y ya es tiempo que digamos

algo de ellas, ciñéndonos, como hasta aquí, á la brevedad que nos hemos impuesto.

La ciudad era la verdadera y única residencia de la clase media. En su recinto no tenian cabida los palacios de la nobleza. Su aristocracia se componia del platero de Lóndres, del negrero de Brístol, del pañero de Leeds, y de los principales fabricantes de Manchester y Norwich. Su gobierno municipal estaba confiado á los mercaderes, especieros y propietarios de fincas urbanas. Fácil es pues adivinar las costumbres de aquellas gentes que, como ya hemos dicho, se ocupaban en fomentar su comercio y en dar vida á sus pequeñas industrias. Los comerciantes más opulentos, que eran sin duda los que hacian el tráfico de negros, se salian de la comun esfera por el mayor lujo que desplegaban en público, y muy particularmente por la pompa con que acostumbraban á celebrar los bautismos y hacer los funerales de sus allegados. Algunos gastaban coche y lacayos de librea, comian manjares suculentos y bebian vino de Canarias; pero la mayor parte de los fabricantes, léjos de vivir con desahogo, tenia que hacerlo con grande economía, trabajando en el mismo taller con sus aprendices, y comiendo con ellos á la misma mesa.

En el campo ó *country*, como le hemos llamado, vivia el colono oscuro de nacimiento, sencillo en su saber y humilde en su condicion. Las tareas agrícolas le entretenian exclusivamente. Ayudado de su mujer é hijos, trabajaba en la tierra desde que asomaba el alba hasta la muerte del dia, sin otro descanso que el preciso para tomar sus alimentos. A su mal provista mesa se sentaban los sirvientes, por muy viles que fueran, confundidos con su familia; y cuando alguno de sus hijos varones se casaba á gusto suyo, le construia una choza al extremo de su campo, para que en ella cohabitara con su jóven compañera.

El *country-gentleman*, ó caballero del campo, era uno de los tipos ingleses más marcados, cuyas costumbres y género de vida contrastaban singularmente con las del noble Londeño. Era el hacendado enemigo personal de los cortesanos, á quienes despreciaba como hombres venales y mal nacidos, que debian sus riquezas y blasones á la deshonra de sus madres, esposas é hijas. Jamas pisaba las calles de la capital, á ménos de ser elegido miembro del Parlamento, ó cuando la urgencia de algun asunto de familia se lo exigia imperiosamente. No entendia de política, ni alcanzaba otros

principios que los que le imponian obediencia pasiva á su rey y ódio á los revolucionarios. Vivia encerrado en su *Manor*, esto es, su posesion campestre, entregado á los placeres de la mesa y de la caza, y sin más sociedad que la de su familia é inmediatos dependientes: el capellan, el caballerizo, los monteros y los principales colonos.

El *Manor* del noble hacendado se componia de un *hall*, nombre que significaba propiamente sala, pero que se aplicaba por antonomásia á toda la casa ó palacio feudal, con un parque ó bosque, un jardin, y tierras de labradío. El *hall* era comunmente de madera y estuco ó de ladrillo, con ventanas altas y estrechas, y tejado de caballete. Muchos de estos palacios llevaban impreso el carácter normando, fortificados, como lo estaban en muchos condados, con torrecillas, almenas y fosos; pero los más eran de estilo Isabelino, llamado tambien en arquitectura Renacimiento inglés, por haber sido aquellos restaurados ó construidos en tiempos de Isabel Tudor. En el interior de dichos edificios se veian largas galerías, salones vestidos de madera de encina curiosamente tallada, chimeneas de fresno ó de piedra esculpida, techos bajos y arqueados, y escaleras espaciosas con grandes y macizas balaustradas. No se conocian tapices, ni mármoles, ni porcelanas, ni pinturas: sólo algun retrato de familia, debido al pincel de Lely, figuraba en el gran salon como prenda de lujo al lado de los trofeos de caza y de mohosas armas, que revelaban á primera vista la orgullosa antigüedad de sus posesores. En la capilla se solia ver una alta vidriera, pintada allá en los siglos que llamaban bárbaros, tal vez la pieza de más mérito que encerraba el *hall*, pero que el *gentleman* miraba con desprecio, porque creia que de las supersticiones papistas no podia nacer el genio de las artes.

El parque era una especie de dehesa y coto, con monte alto y bajo, donde pacia el ganado, retozaba el gamo y anidaba la perdiz. Sólo la naturaleza se cuidaba de adornar estos agrestes sitios de recreo, donde no se veia un cercado, ni una cascada artificial, ni un rústico asiento, ni una sombreada gruta, ni se respiraba el perfume de las flores, ni se sabía lo que era un invernáculo para dar vida y calor á las plantas tropicales. Por el contrario, la hortaliza se plantaba en el jardin; el estiércol yacia amontonado contra las ventanas del palacio, y las cuadras se disponian junto á la puerta principal del edificio.

Hecha esta breve descripcion de la morada del *country-gentleman*, es inútil extendernos demasiado sobre los hábitos de su vida patriarcal. Allí dominaba, segun la expresion del jurisconsulto Blakestone, como un pequeño Nemrod, ensoberbecido con la gran autoridad que le daban las leyes sobre sus colonos tributarios: y miéntras los realistas y parlamentarios sostenian á sangre y fuego sus principios políticos, él, indiferente á todo, preparaba su fusil, reunia sus perros, y cazaba en sus dominios la zorra y el jabalí.

La caza era la diversion favorita del *country-gentleman*; era más bien una ocupacion forzosa que la necesidad le imponia, por la multitud de lobos, ciervos, toros, jabalíes y zorras que corrian por los campos, causando grandes daños en sus sembrados. El modo de que se valian para destruir estos enemigos de la hacienda comun merece especial mencion.

Contra el toro ó jabalí se organizaban compañías de 400 y 500 batidores de á pié, y de 80 á 100 de á caballo. Los batidores trepaban á los árboles y caseríos para poder herir al bruto á mansalva, y los caballistas corrian mañosamente de una á otra parte, dispuestos á cortar la retirada al enemigo. El animal, acosado, no tardaba en presentarse en la arena, y entónces se le hacía una descarga general, y caia acribillado á balazos; habiendo fieras de vida tan robusta, que postradas con treinta y más heridas, recobraban ánimo y fuerzas para defenderse del cuchillo del cazador. Para exterminar la zorra, se empleaban indistintamente el plomo, las redes y los galgos (*grey-hounds*), animales de sin igual ligereza, que tenian un valor inmenso, y que se criaban con el mismo esmero que los caballos de sangre ó de regalo. Las bellas proporciones del galgo de buena casta, están descritas en una balada antigua, y consistian en tener cabeza de culebra, cola de rata, pié de gato, y cuello de dragon. La zorra era el más temido de aquellos selváticos brutos, por la astucia con que solia introducirse en los cortijos, destruyendo las aves, y llevándose las provisiones de boca. El cazador que lograba apresar una zorra con sus cachorrillos, adquiria una eterna reputacion en su comarca.

Cuando al fin de su larga jornada volvia el caballero á su castillo, cargado de ricos despojos, su familia le recibia en el umbral de la puerta, ayudándole á descargar la caza: sus hijas le descalzaban las espuelas, suspendian su fusil en lo alto de la chimenea,

avivaban la lumbre, y le servian la comida. Su mujer era la única que tenía derecho á sentarse á comer á su lado; pero en llegando los postres, se levantaba de la mesa para dejarlo en libre posesion de su botella de Alicante, su pipa, y su mullida poltrona. Entónces no se tomaba té, como hoy dia, después de comer. Si tenía amigos que le acompañaran, el Gentleman bebia, fumaba y cantaba hasta media noche; pero si estaba sólo, se contentaba con vaciar la botella, y dormitar al calor de la leña de su chimenea hasta la hora de dirigirse al lecho matrimonial.

Este género de vida, que tambien se adaptaba al antiguo carácter de John Bull, no se interrumpia, como hemos dicho, sino á pesar suyo y en fuerza de apremiantes circunstancias. En la corte nuestro hacendado era el ludibrio de las gentes. Si entraba en el aristocrático café de San Jáime, los concurrentes se escandalizaban al oir que pedia pipa y tabaco, ó al verle escupir sin miramientos en el pulido entarimado. Si queria levantar la voz en las Cámaras, provocaba la hilaridad general con su acento provinciano, que á leguas revelaba su procedencia de Somerset ó de York. En las tertulias ofendia la vista y los oidos cortesanos con su vestido desusado y su vulgar locuacidad. En fin, por todas partes hallaba motivo para irritarse y echar de ménos la quietud de su vida campestre.

Addisson, queriendo hacernos ver lo que era el country-gentleman en sociedad, nos refiere la siguiente anécdota.

Mr. Belfrey era uno de los 100 caballeros que contenia cada condado en Inglaterra. Intrépido *Sportsman*, esto es, cazador infatigable, y enemigo acérrimo de la música italiana, poseia una voz estentórea y unos modales harto groseros para que pudieran cubrirse con capa de franqueza y sencillez. En uno de los raros viajes que hizo á la corte, quiso asistir á la tertulia de su prima, Lady Dainty, que recibia en su casa una escogida sociedad. Belfrey, con el fin de decir algo, empieza por hacer á los tertuliantes la descripcion de una cacería, y acto contínuo, empuñando el látigo, que siempre llevaba consigo á guisa de baston, se pone á dar aullidos, sacudiendo latigazos al aire, y gritando desaforado—¡A la zorra, á la zorra!—El perrito faldero de Lady Dainty, asustado con aquella algazara, empieza á hacerle duo ladrando con encono; y fué tal el estruendo que de esta combinacion resultó, que os vecinos de las casas inmediatas salieron á formar corro debajo

de las ventanas del salon, ansiosos por saber lo que allí pasaba. Pero de pronto cesa el ruido: Mr. Belfrey habia concluido de describir lo que era una cacería de zorras. Lady Dainty, entónces, se dirige hácia su primo, y le ase del brazo para conducirlo hasta la puerta de la calle, pero Belfrey, furioso de semejante tratamiento, se revuelve y desgañita, desgarra con sus espuelas la basquiña de una señora, y hace añicos con el látigo un soberbio jarro de China: con cuyas hazañas quedó tan corrido, que en el mismo instante huyó de la corte, y no volvió á salir de su «Manor» en lo restante de su vida.»

Con esto darémos fin á este capítulo, dejando al lector pronunciar su fallo sobre las costumbres feudales y las monárquico-francesas.

(*Se continuará.*)

ISIDORO GUTIERREZ DE CASTRO.

EL CATOLICISMO Y LA FILOSOFÍA ALEMANA.

«No pretendais conocer á los pueblos sin conocer ántes á sus Dioses,» ha dicho un partidario de la Filosofía indicada. Tiene razon á todas luces, y por esto creemos que los estudios sobre Religion son los más útiles, los más urgentes y los más trascendentales de todos.

Por más que nos preocupe la política, es ésta sin la moral inexplicable, como lo es la misma moral sin el dogma. Y pudiéramos decir á los meramente políticos: quereis cuidar sólo de la bellota. cuando hay un gusano que roe el corazon de la encina. Comparad á Paris con Tetuan y conocereis los distintos dogmas que en ellos imperan.

La escuela alemana ha percibido bien las dependencias lógicas entre la religion, la moral y la política; y de aquí su insistencia sobre los estudios teológicos; de aquí el reto arrojado con valentía á todos los católicos, y de todo ello la necesidad de la crítica que emprendemos.

Pero la crítica para un católico es sumamente difícil, porque no puede prescindir del sentimiento ni dejarse llevar de él solamente.

La crítica católica, prescindiendo de la polémica de tantos diarios sagaces, que se acechan y regocijan con encontrar el hueco de la armadura de sus contrarios; la verdadera crítica católica, decíamos, tiene un verdadero modelo en la *Historia de las Variaciones* del gran Bossuet. ¡Con qué placer vemos en ella dejar á los principios el triunfo, y detras al hombre suavizar los golpes, apreciar las cualidades personales y tender un velo sobre sus defectos! ¡Ojalá

que nosotros, pigmeos comparados con tal hombre, pudiéramos imitarle!

Para imitarle es preciso no irritarnos con los que nos contradicen, y considerar lo que decia Tertuliano: «Que este mundo no »está destinado á la plena justificacion de la verdad: que es propio »á la verdad el verse frecuentemente contestada en esta vida y aun »oprimida y condenada.»

Por esto no debemos quejarnos de que tales escritores opinen de diverso modo que nosotros, ni de que impugnen nuestras creencias, ni suponerlos irracionales é injustos, siendo todo esto contra la *caridad*, sin la que no hay verdadero estilo católico.

Después de este sucinto exordio, dirémos dos palabras sobre el método que seguirémos en estos artículos.

Extractar las doctrinas anticatólicas de la escuela alemana, desde Spinosa hasta Krausse, sería un inmenso trabajo, y si este trabajo se encontrara hecho por algun Doctor de dicha escuela, criticando á éste, sería nuestro trabajo mucho más fácil y ménos indigesto á los lectores, con tal que el indicado Doctor representase bien á sus predecesores.

Le encontramos en verdad en G. Tiberghien, profesor de la Universidad de Brusélas, porque en sus *Estudios sobre la Religion* ha condensado toda la doctrina de Krausse y de sus predecesores.

Por esto el mejor método consiste en ceder la palabra á Tiberghien, contestando á cada uno de sus más capitales pensamientos, para que el lector tenga á la vista el pro y la contra y pueda decidirse sobre lo que más racional le parezca.

El primer capítulo de Tiberghien se titula *La situacion*, y comienza con las palabras siguientes de Edgar Quinet: «Salgamos de sueños; dejemos la infancia, es ya tiempo de ser hombres.»

Lo mismo decimos nosotros: despertemos del sueño de las falsas teorías, teniendo presente que están dormidos todos los que no piensan en Dios y le aman. Por esto el gran consejo de Jesus dice: *Velad* y *orad*. Velar es tener abiertos los ojos del espíritu para no dejarse seducir por las pasiones ó por los errores, para no perderse en el laberinto de la palabrería y los sofismas.

Porque esto es muy fácil en un siglo en el que abundan palabras claras y pensamientos oscuros; en un siglo en el que, como dice un crítico, reinan muchas aprensiones y pocas ideas, muchas emociones y pocos sentimientos, pocas ideas fijas y muchas erran-

tes, sentimientos muy vivos y pocos constantes, espíritus decididos y opiniones flotantes.

Para evitar estos peligros usarémos de palabras claras que contengan un pensamiento completo; frases que tengan pocos miembros, pocos engranes, para que permitan percibir de una sola mirada la luz de las ideas.

«Cuando los dogmas se van, dice Tiberghien, cuando los cultos seculares han dejado de hablar á la inteligencia de las nuevas generaciones, y no se sostienen sino por la fuerza de inercia que poseen las instituciones del pasado, por la ignorancia que favorecen y por el temor de las innovaciones que asustan á los intereses materiales, importa examinar sériamente si la religion debe ser conservada, modificada ó suprimida; si es un elemento transitorio que no encuentra justificacion sino en el período de alumbramiento de las sociedades humanas, ó si debe como todas las cosas renovarse para florecer aún bajo formas más puras en las sociedades más perfectas que nos reserva el futuro.»

Si los dogmas se van, si los cultos seculares han enmudecido, estarán muertos, y en tal caso á nada conduce la averiguacion de si deben ser conservados, modificados ó suprimidos, porque Tiberghien no habia de imitar á aquel médico de Voltaire que decia, se atrevia á escribir un tomo in fólio, probando que uno de sus enfermos no se debia de haber muerto.

Tiberghien nos diria que la religion muda, que la religion muerta es el catolicismo, y que la religion que florecerá es la religion del futuro.

¿Y qué religion es esa? Escuchemos á otro Germánico un poquito más explícito: «La idea de Dios, tal cual la tierra puede producirla, no estará plenamente acabada sino cuando todas las tradiciones humanas reunidas poco á poco; cuando cada isla en sus olas, cada clima en sus zonas, cada monte en su cadena, podrán decir de él por el órgano de un pueblo: Nació en Oriente, creció en Persia, pasó por Judea, por el Cáucaso, por los Alpes; pisó tambien en mi camino, bebió en mis fuentes, durmió en mis sombras y ahora la tierra ha engendrado á su Dios.»

Hé aquí un hermoso período para los que se contentan con la mágia de las palabras; y si estas ú otras semejantes cayeran desde lo alto de un congreso, motivarian estrepitosos aplausos. ¡Tanto es el poder de la imaginacion en los que no piensan!

Una tierra que produce ideas, es un descubrimiento peregrino: una idea que bebe en las fuentes, pisa en los caminos y duerme en las sombras podría ser bellísimo, si pudiera haber belleza sin verdad. Lo que hay de cierto es que la piedad del sentimentalismo, que el germanismo y el deismo encomian y ensalzan con las citadas frases y tantas otras semejantes, no es ni puede ser una religion, aunque la piedad sea el alma de todas las religiones. Porque no tenemos religion porque tengamos piadosas inclinaciones, como no tenemos pátria con sola la filantropía. No tiene pátria el que no es ciudadano de ningun país, el que no se decide á cumplir y defender ciertas leyes, á obedecer á ciertos magistrados, á adoptar ciertas maneras de sér y de obrar. No tiene religion quien pasa del misticismo al sensualismo, quien no ama á una religion como á una especie de pátria y de nodriza; quien no ve en ella una luz contra la ignorancia, una virtud contra la debilidad, una aptitud contra la inercia, un talento para descubrir nuestro destino en la creacion, la ley de nuestra existencia, el fin religioso de nuestra vida y la autoridad competente para encaminarnos á tal fin. Todas esas vagas aspiraciones del panteismo moderno, no han engendrado más que la melancolía del siglo que algunos toman por principio de una nueva religion. «La melancolía del siglo, ha dicho un gran escritor, es un sentimiento religioso, vago, indeterminado, que no se liga á ningun dogma, á ninguna creencia precisa, que no se apoya sobre ningun culto. Buscad el objeto de esa melancolía y no tiene ninguno fijo. Es percibida por la sed de felicidad que cada uno experimenta en el fondo de su alma. Dónde buscar tal felicidad? Está en el cielo? Está en la tierra? Lo ignora. Qué camino nos lleva á ella? No lo sabe. Una increible indecision, he aquí su indeleble carácter. Por esto no produce en el alma más que una agitacion dolorosa, una ansiedad atormentadora.»

Hé aquí la religion del futuro que vendrá, no hemos dicho bien, que ha venido del Oriente, que pasó por Persia, por el Cáucaso, por los Alpes, que ha bebido en nuestras fuentes descansando en nuestras sombras; y que no ha producido más que el eclecticismo. el panteismo y el romanticismo, pan cuotidiano de las almas sensibles y extravagantes.

Y este malestar general de la religion del futuro es tan conocido, que Madame Stael decia: «Esos vagos pensamientos que ruedan en el espíritu sin que puedan convertirse en actos, el con-

traste singular de una vida más monótona que la de los antiguos y de una existencia interior mucho más agitada, causan una especie de aturdimiento semejante al que se experimenta al borde de un abismo; y la fatiga misma que se siente después de haberle contemplado mucho tiempo, puede arrastrar á precipitarse en él.» Tiene razon Mme. Stael, y pudiera haber añadido: hé aquí la causa de la frecuencia del suicidio, primer fruto de la religion del futuro.

Y Pedro Leroux, uno de los apóstoles de la misma religion, añadia: «La vida social actual no corresponde á la actividad de nuestra alma. De la discordancia entre nuestros sentimientos con el mundo que nos rodea, provino en Byron un desprecio profundo de todas las creencias humanas y de toda religion. Terminó Byron por dudar de Dios y de todas las cosas. No fue simplemente la incredulidad vulgar, sino el ateismo más pronunciado el que le devoraba.» Y añade: «Después que la filosofía del siglo XVIII infiltró en las almas la duda sobre todas las cuestiones de la religion, de la moral y de la política, originó tambien la *poesía* melancólica de nuestra época, de la que dos ó tres génios poéticos de gran talla, aparecieron en cada una de las dos grandes regiones que dividen á la Europa intelectual, es decir, de una parte la Inglaterra y la Alemania representando todo el Norte, y la Francia, que representa toda la parte occidental, dominio particular de toda la civilizacion romana. En torno de estos grandes hombres gravitan, como los planetas en derredor del sol, una multitud de escritores notables, pero de un órden inferior. Byron por la naturaleza particular de su génio, por la inmensa influencia que ejerció, por la franqueza con que aceptó el papel de la duda y la ironía, del entusiasmo y el esplin, mereció quizas de la posteridad dar su nombre á este periodo del arte: en todo caso, sus contemporáneos le han rendido tales homenajes. Goethe le habia precedido en muchos años: pero éste, con una vida más pacífica, se hizo una religion del arte, y el autor de *Werther* y de *Fausto* llegó á ser un semidios para la Alemania, honrado por los príncipes, visitado por los filósofos, incensado por los poetas, por los músicos y los pintores, por todo el mundo.... »

«Y vemos en tal poesía un mal y un progreso. No hay parto sin dolor. Byron nos parece el signo de dos destinos: de un destino que concluye, y de un destino que comienza; de un mundo que se sepulta y de un mundo que resucita....

»Se dirá que su poesia no es más que la agonía de la desesperacion. Yo digo que hay en esa agonía rasgos que indican la resurreccion.....

»El hombre, confiando en su fuerza por la filosofía del siglo XVIII, ha pensado en nuevos destinos; ha abdicado el pasado, ha desechado la tradicion, y se ha lanzado hácia el futuro.....»

En buen hora ¡oh Leroux! Pero ¿qué percibe en ese futuro? ¿qué espera en ese futuro? Una densa niebla que no le deja percibir si amanece ó si anochece. Escuchad á Víctor Hugo, que ha pintado tal situacion en los *Cantos del crepúsculo*.

L'Orient, l'Orient! qu'y voyez vous, poétes?
Tournez vers l'Orient vos esprits et vos yeux!
Hélas! ont repondu leurs voix longtemps muettes.
Nous voyons bien la-bas un jour misterieux!
.....
.....
Mais nous ne savons pas, si cette aube lontaine.
Vous annonce le jour le vrai soleil ardent;
Car survenus dans l'ombre á cette heure incertaine
Ce qu'on croit l'Orient peut-etre est l'Occident!

La religion del futuro ignora si amanecerá ó anochecerá; porque habiendo nacido en un crepúsculo indefinible y entre las ruinas del siglo XVIII, no tiene la fe que tenía éste en su obra de destruccion.

Y, en verdad, el siglo XVIII sabía lo que queria, y no há muchos años que una revista británica decia: «La literatura del siglo XVIII tenía un solo objeto, destruir. ¡Y con qué fuerza, con qué poder, con qué íntimo convencimiento lo realizaba! Se advierte en sus producciones una gran confianza en la energía humana y en la perfectibilidad de nuestra naturaleza. Con una mano destruia la autoridad de los siglos, y con la otra abria el libro de un nuevo Apocalípsis de la renovacion moderna, que ofrecia ventura y prosperidad á todos los hombres. Voltaire, Helvecio y Diderot sabian lo que querian, y se regocijaban cuando oian desmoronarse el antiguo edificio y caer en derredor suyo, envueltos en polvo, los tronos y los ídolos, los santuarios y los castillos feudales. Aquellos hombres tenian vida y vigor; la posteridad los mirará como gigantes. Ayudábanse unos á otros en su comun empresa, y la Europa temblaba á cada nuevo monton de ruinas que atestiguaban su poder; eran los nuevos sacerdotes de una nueva era; los apóstoles fa-

náticos de una destruccion gigantesca. ¡Qué fecundidad de imaginacion! ¡Qué plan el suyo tan majestuoso y atrevido!

»Si les comparamos con los escritores del dia, ¡qué pequeños, qué falsos, y qué sin objeto nos parecerán estos últimos! ¡Qué estériles en ideas, y qué pródigos en el ridículo brillo de las palabras! Y es que la experiencia, terrible consejera del hombre, ha entibiado el ardor de los entusiastas; y tanto mayor y más amargo y profundo ha sido el desaliento, cuanto más grande fué la ceguedad con que abrigaron esperanzas insensatamente lisonjeras.

»Teofilántropos, místicos templarios y sansimonianos, todos confiesan que la seguridad social no tiene otra base, ni la revolucion otro apoyo que el de la religion.»

Pero ¿qué religion? Ah! la religion no es una teología ni una teosofía; es más que todo esto: es una disciplina, una ley, un yugo, un vínculo indisoluble. ¿Quién podrá imponerle? Strauss, Hegel, Krausse y demas filósofos que trabajan en la confeccion de la religion del futuro? ¿Son ellos los que van á renovarla y hacerla florecer bajo formas más puras, como dice Tiberghien?

Mas en todo caso, hay que suponer para la renovacion indicada, como Tiberghien supone, que el catolicismo está muerto. ¿Lo está por ventura? Recordemos la época en que con verdad pudo decirse: *los Dioses se van.*

Cuando el politeismo agonizaba, Constantino decia en el célebre edicto del año 20 de su reinado: «Consiento en que los que viven aún ofuscados en los errores del paganismo, gocen de la misma seguridad que los fieles. La equidad que se observará con ellos, y la igualdad de trato para con todos, contribuirán á ponerlos en el buen camino: que ninguno inquiete á otro; que cada uno elija lo que juzgue más conveniente; que los que huyen de vuestra obediencia tengan templos consagrados al error, pues lo quieren; que nádie atormente á los que no son de su opinion. El que posea conocimientos, que ilumine á los demas en cuanto pueda; y si no puede, que los deje en paz. Cosa distinta es reñir en los combates por adquirir la corona de la inmortalidad, que la de usar de la violencia para obligar á aceptar una religion.»

He aquí, pues, que los paganos podian acudir á arrodillarse ante sus viejos altares, y esto no obstante, sus templos estaban desiertos. Pero el Emperador Juliano, más hábil acaso que Constantino, acudió por todos medios á la defensa de los dioses, cuya importan-

cia le revelaban las mismas musas. Es imposible trabajar más que este Emperador filósofo trabajó para lograr una restauracion al parecer tan hacedera. Los viejos ídolos, aunque agobiados en su edad terrestre, llamaban á sus adoradores; pero nádie acudia más que la sociedad oficial, la milicia, los empleados, los aspirantes y aduladores. Juliano, demasiado advertido é ingénuo, conoce al fin y confiesa sus sueños restauradores. «Debia celebrar, se dice, la fiesta de Apolo: dejó el templo de Júpiter Casio, y corrió á presenciar toda la magnificencia de que era capaz Antioquía. Llevaba mi imaginacion llena de perfumes, de víctimas, de libaciones, de jóvenes vestidas de blanco, símbolo de su pureza. ..; pero todo no fué más que un bellísimo sueño. Llego al templo, y no encuentro ni una víctima, ni una torta, ni un grano de incienso. Quedo absorto, y presumo que los preparativos estarán en las afueras, y que esperan mis órdenes, como Pontífice máximo, para entrar. Pregunto al sacerdote qué ha ofrecido la ciudad en tan solemne dia: nada, me dice: hé aquí un ganso que traigo de mi casa, porque la ciudad nada ha mandado.»

Yo preguntaria ahora á los que suponen al Catolicismo muerto, sino se encuentra en sus templos un grano de incienso, después de la destruccion del siglo XVIII y de las indagaciones del Germanismo.

Y cuando esto aseveramos, no puede decírsenos que la fuerza obliga al culto católico: ni somos nosotros de otra opinion que la de un escritor de la época de Juliano mismo. «El poder de la fuerza, decia Themistio, tiene sus límites. Los decretos y los enojos de los reyes se ven forzados á reconocer la libertad de las virtudes y más que todo el sentimiento religioso.»

«Es fácil imperar sobre las operaciones del cuerpo; pero á los sentimientos del corazon y á las facultades del pensamiento, pertenece la independencia y la soberanía.... Un despotismo insensato ha osado ya esta violencia y ha querido imponer á todos los hombres las opiniones de uno solo; pero no logró más que, á la faz de los suplicios, disimulasen todos sus verdaderos sentimientos, sin convertirse á su doctrina. La hipocresía no puede durar, y una religion aceptada por temor y no por voluntad, no es más que hipocresía.»

No hay ya inquisicion por doquiera, con la que pudieran explicar los apóstoles de la religion del futuro la asistencia al culto ca-

tólico, poco observado por los que le suponen muerto. Nosotros les diriamos: acudid, observad y juzgad después, pues los hechos no son maleables.

Y ántes de terminar el análisis del pasaje de Tiberghien, les diriamos además, respecto á doctrinas: No supongais que el siglo XVIII mató el Catolicismo, pues entónces desconoceis la literatura de dicho siglo. Un solo ejemplo os puede hacer reflexionar más que las generalidades por las que aseverais la pujanza de los anticatólicos que cita la *Revista Británica*. Todos conocen la crítica de Voltaire sobre el antiguo Testamento, con la que hizo reir á sus contemporáneos, porque en tiempos de oposicion es entrañable la risa, insensata de suyo las más veces. Voltaire creyó que su crítica del antiguo Testamento no tenía réplica y así lo creyeron sus contemporáneos y muchos de sus nietos tambien.

Pero hé aquí que un hombre desconocido se levanta, el Abate Guenée, y se encarga de contestar á todos los argumentos de Voltaire contra el Pentateuco, el Levítico, contra el Exodo, contra toda la historia y toda la legislacion de Moises.

Las *Cartas Judías* de Guenée es la crítica contundente, más lógica, más conveniente y más civil y más fina que puede idearse. Es imposible leer dos páginas sin que á los lábios se asome la sonrisa, y sin que se siente en el corazon la compasion más cristiana por el superficialismo de Voltaire.

La prueba de esto es que el mismo Voltaire, que despreciaba á todos los críticos, al leer las *Cartas Judías*, dijo de su autor: «*no es en verdad hombre falto de espíritu y de conocimientos; pero es tan maligno como un mono, que al aparentar besar la mano, muerde hasta sacar sangre.*»

Por las pocas ideas indicadas vemos que la religion del futuro tan ansiada por Tiberghien, ha principiado á florecer con el sarcasmo y la ligereza de Voltaire, con la desesperacion de Byron, con la teoría del suicidio de Werther. Y cómo siempre es cierto que primavera con flores, otoño con frutos, cosecha perniciosa y nociva nos aguarda, si á fuerza de remo no lográramos ingertar las creencias en otros principios de mejor sávia; que es lo que nos mueve á escribir estas líneas, y Dios sabe cuán sincera es esta aseveracion.

Sintiendo Tiberghien la necesidad de una religion, y creyendo muerto al Catolicismo é insuficiente para las necesidades sociales, nos dice después: «O el Catolicismo, ó el progreso, tal es el dilema

para las generaciones presentes. Estos dos términos se excluyen; es preciso optar por uno. Si el progreso triunfa, el Catolicismo debe modificarse, sea por la tolerancia, sea por la reforma. Si el Catolicismo triunfa, la civilizacion se extingue.»

Cualquiera advierte que Tiberghien deseara no la extincion del Catolicismo, porque la fé en una nueva religion es para él, como para todos, una utopia, sino que el Catolicismo progresara, porque sin el progreso nada es hoy inteligible.

Si los Germánicos leyeran á los Padres de la Iglesia más que á Spinosa y á Kant, hubieran encontrado una solucion á su progreso católico. San Vicente de Lerin les hubiera dicho lo que sigue: «Alguno dirá quizá: ¿No puede haber algun progreso religioso en la iglesia de Cristo? Yo deseo que haya uno y muy grande. ¿Pudiera haber alguno tan enemigo de Dios y de los hombres para comprimir y detener tal progreso? Mas era preciso que fuera un verdadero progreso y no un cambio. Lo que constituye el progreso de una cosa cualquiera, es que se desarrolle en sí misma sin cambiar de esencia. Lo que constituye un cambio es el paso de una naturaleza á otra. Que crezcan con fuerza y vigor la inteligencia, la ciencia, la sabiduría de cada uno y de todos, del indivíduo como de la Iglesia: que crezcan en proporcion de las edades y de los siglos, pero que no salgan de su sér, que siempre el dogma sea el mismo, que el sentido del dogma no cambie de naturaleza.

«Los progresos religiosos en las almas deben modelarse con los del cuerpo, que desarrollándose con los años permanecen siempre los mismos. Hay una diferencia inmensa entre la flor de la juventud y la madurez de la vejez. Esto, no obstante, los que hoy son viejos, son los mismos que en otro tiempo fueron adolescentes, y el mismo hombre, cambiando de estado y de manera de ser, conserva siempre su misma naturaleza y permanece la misma persona.

»Que la Religion siga estas mismas leyes del progreso; que con los años llegue á ser más fuerte, que se desarrolle con el tiempo, que se engrandezca con la edad, pero que se mantenga pura y sin mancha, que permanezca en plena y perfecta posesion de todas sus partes, que son como sus miembros y sus sentidos, que no sufra ningun cambio, que no pierda nada de su naturaleza, que no padezca variacion alguna su doctrina. Nuestros padres sembraron en la Iglesia el trigo puro de la fe: que la cultura dé á esta semilla nueva belleza, pero no cambiemos la especie.

»Es preciso cultivar y sostener lo que sembraron nuestros padres, es preciso que por nuestros cuidados florezca, crezca y llegue á la madurez. Es permitido cuidar, pulir, limar con el tiempo estos dogmas antiguos de una filosofía que nos vino del cielo; pero nos está prohibido cambiarla, truncarla ó mutilarla. Que se la inunde de evidencia, de luz, de claridad, pero que guarde su plenitud, su integridad, su esencia.

»Si una vez se permite un fraude impío, tiemblo del peligro que correrá la religion. Desechada una parte del dogma católico, se desechará otra, y después otra y otra, y se llegará á desechar el todo.»

Los Católicos queremos el progreso tal cual va explicado, pero este progreso no satisface á Tiberghien, porque baja, á la luz de la lámpara de Krausse, á las profundidades de la metafísica, donde cree encontrar lo que no hay. Nosotros bajarémos con él, y estamos cierto de poder mostrarle, que ni en religion ni en metafísica puede haber progreso más que en el sentido indicado.

Lo que no puede pasarse en silencio ahora es, que si el *Catolicismo triunfa, la civilizacion se extingue*. Nosotros, por el contrario, pensamos que si la civilizacion perdiese el camino trazado por el Evangelio, detendria su vida en las lindes de los sentidos, en los goces materiales, y bien pronto la indolencia de los salvajes mataria á la ciencia y á la sociedad. Si el Evangelio imperase por completo, el hombre sería sincero, justo, bueno, caritativo y humilde, y la Cruz del Redentor romperia todas las trabas sociales opuestas á la igualdad y á la fraternidad humanas.

Porque diriamos con un gran escritor de nuestros dias: «Ninguna doctrina fué nunca tan bien proporcionada como la cristiana á todas las necesidades naturales del corazon y del espíritu: hé aquí por qué no se puede hablar contra el Cristianismo sin cólera, ni en su favor sin amor.»

No, no es el Catolicismo el que ha de extinguir la civilizacion; ni esto es inteligible; ni tal lenguaje se escuchará más que en un tiempo en que abundan, como ya digimos, palabras claras y pensamientos oscuros, ideas errantes y muy pocas fijas.

Y en verdad, lo que hace al hombre civil, es la religion, el pudor, la benevolencia, la humildad, la caridad, la justicia; y la irreligion, la impudencia, la disputa, la audacia, la ambicion, la avaricia, le hacen incivil é insociable.

La civilidad, y la civilizacion misma, no tienen otro venero que la caridad, y el Cristianismo, segun San Agustin, *non precipit nissi charitatem, nec vetat nissi cupiditatem*; no manda más que la caridad, ni veda más que el egoismo.

La Caridad bajada del cielo para conducirnos á él, la Caridad nos abraza á todos sin atender á las distinciones de la tierra, ni da ningun valor ni importancia más que á la imágen de Dios que llevamos todos en nosotros mismos. Todas las clases, las edades todas, respiran con ella la verdadera esencia de la civilidad. Fuera de la caridad, no tienen los hombres nada que los una más que el interes y los placeres, que á poco engendran la indiferencia, y después el desprecio y el ódio. Privados de caridad, viven en sociedad estrechados como un haz de sarmientos que los retiene sin unirlos, no llegando á tocarse más que por sus pasiones ó sus vicios. ¡Qué ideal el de la caridad! ¡Qué son con él comparados los sistemas sociales que nos agitan? Tenia razon un gran escritor que decia: «¿Qué ganan con la libertad los sábios y los hombres de bien, que viven bajo el imperio de la razon, y son esclavos del deber? Quizá lo que el sábio y el hombre de bien no pueden permitirse, no debiera ser permitido á nádie.»

Y Tiberghien continúa: «Es preciso esforzarse por poner un término á estas agitaciones estériles y permanentes. Las crisis demasiado repetidas fatigan y debilitan el organismo. Los espíritus se gastan en una lucha que renace siempre: los desfallecimientos se aumentan, la vida moral se pierde por intervalos.

»Busquemos otra salida, fuera de las declaraciones banales contra la política del clero. Aceptando las libertades públicas como herencia de nuestros padres, no temamos añadir una innovacion más. Cuando todo progresa en derredor nuestro, no es el cambio el que debe asustarnos, sino la inmovilidad. El verdadero conservador es el que marcha con el mundo, y el verdadero revolucionario el que quiere detener el movimiento de las ideas, y provoca la destruccion. Cuando veo que todo se ha ensayado, exceptuando la séria reforma de las instituciones religiosas, que todo se ha renovado sin decentar el espíritu de la Iglesia, que nada se ha respetado sino los dogmas del pasado, me es permitido preguntar si se ha seguido fielmente las lecciones de la historia y de la razon; si no pertenece á la religion bien comprendida repa-

rar los desastres de una religion ladeada de su mision.... La cuestion religiosa toca en todos los intereses públicos.»

Es preciso reconocer y confesar, que Tiberghien ha conocido lo secundarias que son todas las reformas cuando no eran ingertas en la religion ; que ésta es la más atendible y sin la que todas las políticas y sociales no mejoran la triste condicion humana.

La reforma de la religion en sus dogmas es imposible, por lo que ya hemos dicho : en la disciplina es posible y conveniente, pero no como Tiberghien la quisiera. El progreso, en todas las cosas que son susceptibles de él, no se efectua sino con el tiempo y con el concurso de los que nos han precedido.

El progreso es un resultado al que conducen lentamente los esfuerzos reunidos y constantes de la inteligencia humana sobre una misma cuestion: el espíritu humano no llega á él de un brinco, porque hay en el mundo intelectual una comunidad, una solidaridad de indagaciones, de reflexiones, que preparan un resultado proclamado por tal génio ó por tal época, pero que no es su propiedad exclusiva. Y si lo fuera en su estado completo, no lo seria en sus detalles, porque todos los elementos fuéron preparados por una larga elaboracion, cuando un génio poderoso reune en un resultado completo todos los elementos hallados esparcidos en la sociedad ó en la ciencia.

Los Germánicos niegan esta solidaridad de la inteligencia humana, bajo el punto de vista religioso, aislando al indivíduo de todas las indagaciones, de todas las observaciones anteriores. Es imposible que un hombre racional sostenga que su opinion individual es preferible al testimonio permanente y universal de tantos siglos. A pesar de esto, cada racionalista ha intentado proponer sus opiniones como dogmas ; y mostrándolos con exterioridades seductoras; como libertad de pensar, autonomía, soberanía de la razon; abriendo á todas las almas un solo templo, el de la naturaleza, y un solo culto, el que más grato parezca, su lenguaje fué muy pronto comprendido por las masas. Su progreso fué muy fácil por tanto, y ya divisamos desgraciadamente su término, el escepticismo, la indiferencia, la debilitacion del sentido moral y ciertas tendencias á la desorganizacion social. Que mire cualquiera en torno suyo y juzgue. Es verdad que el verdadero conservador es el que marcha con el mundo, pero el mundo marcha con la majestuosa lentitud que nos enseña la historia. Y el hombre que mar-

cha tiene un pié fijo en el presente, levantado otro hácia el futuro y detrás las huellas de sus pasos pretéritos.

Quereis prescindir del pasado? Caeis en el racionalismo; en una independencia arbitraria, ilógica, inmoral y antisocial totalmente. Reconoceis la necesidad de mirar al pasado? Pues encontrareis que lo que la *fe*, lo que el catolicismo proclaman es un *hecho*, y que el hecho no tiene otra razon que el *testimonio*: encontraréis que los hechos no son maleables; que los hechos son ciertos cuando se prueban, puedan ó no puedan explicarse. Mirando al pasado, es como podemos saber de dónde venimos; é ignorando esto, no podemos saber adónde vamos. Por esto decia el sábio Joubert: «La antigüedad más vecina de todas las creaciones, debe servirnos de guia en las cosas de moral y religion por ella recibidas. Debemos poner nuestros piés en sus huellas, *insistere vestigiis*.»

Los racionalistas no pueden prescindir del pasado, pero no satisfaciéndoles la revelacion, le explican á su manera.

La revelacion nos dice: No hay más que un solo Dios, creador del cielo y de la tierra. Inmaterial por esencia, no es accesible á los sentidos, y sólo sí á la inteligencia y al corazon puro. El hombre hecho á su imágen y semejanza, en el dia sereno de la creacion, contemplaba interiormente á la verdad soberana y la amaba como al soberano bien. En esta contemplacion encontraba el amor, la luz, la rectitud, la grandeza y la libertad. Pero rompiendo voluntariamente esa íntima union que constituia su vida, su inteligencia y su voluntad, separadas de la voluntad y de la inteligencia divinas, se perdieron en las sensaciones y en la ignorancia, y en seguida en los vicios, en la miseria, en la esclavitud.

Y después, Dios, por misericordia, llamó al hombre, viniendo por sí mismo á traerle los medios de expiacion para repararle, tal cual el Evangelio expresa.

Hé aquí en sustancia lo que la revelacion nos dice. Pero esta revelacion no satisface á los racionalistas que tienen otro Génesis que vamos á exponer.

«El hombre, luego que salió del seno de la naturaleza, donde habia vivido como el niño en el seno maternal, se vió asaltado por el mal, que le era desconocido en el estado embrionario donde habia vivido hasta entónces. Se vió obligado á luchar, y á medida que lucha, su inteligencia se pulimenta, su instinto social y reli-

gioso se desenvuelve y aumenta su poder sobre el mundo.» (Juan Reynaud, *Encyclop. nouv.*)

¿Quién comprende este orígen del hombre, ni cuál es el seno de la naturaleza, ni qué es ni cuánto dura ese estado *embrionario*? ¿Cómo le elabora la naturaleza, ni quién es esta señora? ¿Cómo el mal produce el bien, ni cómo la inteligencia brota de lo que no es inteligente? ¿Cómo la lucha con el mal forma la libertad, la personalidad, la inteligencia? ¿Cómo de lo imperfecto nace lo perfecto, ó de lo ménos lo más? ¿Qué testimonios tenemos de esa edad antiracional y estrambótica? *De esa edad*, dice Reynaud, *no ha venido ningun testimonio hasta nosotros y no vive en la conciencia de la posteridad.* Y ¿cuántos años duró este estado embrionario? *Veinticinco mil años*, dice el mismo Reynaud.

Pero no habiendo llegado ningun testimonio hasta nosotros, ni viviendo en la conciencia de la posteridad, ¿de dónde sacais esas aseveraciones tan extrañas á la filosofía y á la tradicion?

Porque escuchad; con la Biblia se conforman todas las tradiciones. El terrible dogma de la caida de nuestro primer padre, y de la corrupcion de la naturaleza humana, segun Voltaire, se encuentra por todas partes, y es el fundamento de la teología de todas las naciones antiguas. Todos los antiguos teólogos opinaban que *el alma está encerrada en el cuerpo como en una prision, en castigo de un pecado.*

Los Orficos decian que el hombre habia salido bueno é inteligente de las manos de Dios; que habia vivido en un estado de pureza é inocencia, y que el crímen por el que habia sido castigado fué posterior á la creacion.

Los Griegos y los Romanos reputaban la edad de oro como un estado feliz, en el que no habia ni trabajos, ni enfermedades, ni muerte.

Segun la doctrina de los Persas, el primer hombre y la primera mujer eran puros, sumisos á Ormund; su autor Arimanes, bajo la forma de una culebra, los sedujo con ciertos frutos con los que su naturaleza fué corrompida, é infestó á toda su posteridad.

Mauricio ha probado en las *Antigüedades indias* que la historia de Adan y de su caida, tal como la refiere Moises, está confirmada por los monumentos y las tradiciones de los Indios.

Prueba igualmente que la doctrina del pecado original era enseñada por los Druidas.

Los libros sagrados de los Chinos dicen: que en el estado del pri-

mer cielo, el hombre estaba unido interiormente á la razon soberana, y practicaba todas las obras de justicia. El corazon se regocijaba en la verdad, y no habia en él mezcla alguna de falsedad. Entónces las cuatro estaciones del año seguian un órden regular....

Nada dañaba al hombre, y el hombre no dañaba á nada. Una armonía universal reinaba en toda la naturaleza.... Pero el hombre se revolucionó contra el cielo y fué cambiado el sistema del universo, y los males y los crímenes inundaron la faz de la tierra.

Segun las tradiciones mejicanas la *madre de nuestra carne ó la serpiente*, hizo caer al hombre de su estado de inocencia.

Lamennais ha encontrado la prueba de la caida en el uso *universal* de los sacrificios expiatorios y de la esperanza de un reparador.

Preguntariamos ahora: ¿cuál es más racional y lógico, la tradicion del género humano, ó ese génesis de los racionalistas que hace salir al hombre de la tierra como salen los hongos en los matorrales?

Si fuera sola la historia lo que desmintiese á los racionalistas, todavía podrian estos dudar, aunque sin fundado criterio, de la revelacion; pero la metafísica pulveriza todas sus objeciones, como demostrarémos más adelante, cuando sigamos á Tiberghien á las profundidades de la misma.

Si los dogmas del pasado han sido respetados, como Tiberghien lamenta, es porque la metafísica y la historia los justifican; de lo contrario ¿cómo hubieran subsistido tantos siglos? Más adelante lo dirémos.

Concluimos este artículo aseverando, que las cuestiones dogmáticas son hoy las de más interes, pues como dice un crítico: «La incredulidad dogmática es un estado de irritacion y de exaltacion; nos pone en guerra perpétua con nosotros mismos, con nuestra educacion, con nuestros hábitos, con nuestras primeras opiniones; nos pone en guerra con nuestros padres, con nuestros hermanos, con nuestros vecinos, con nuestros amigos; nos pone en guerra con el órden público, al que miramos como un desórden; con el tiempo presente, que juzgamos ménos ilustrado que debiera serlo; con el tiempo pasado, cuya simplicidad é ignorancia despreciamos. El futuro y el género humano en su eternidad futura, hé aquí los dos ídolos de la incredulidad sistemática.»

(*Se continuará.*) NICOMEDES MARTIN MATEOS.

Béjar, Enero 6, 1870.

RECUERDOS DE VIAJE.

APUNTES PARA LA DESCRIPCION É HISTORIA DE GALICIA.

PRIMERA PARTE.

Salir en verano camino de las Provincias Vascongadas y Francia, el más trillado de los madrileños, es para éstos cosa tan natural y sencilla, como desatinada el emprender un viaje durante el invierno. Pocos deben de apartarse de semejante parecer, pues habiéndome llegado á la administracion de diligencias de Vigo pidiendo billete, me dijeron que, como no daban ninguno hacía ya tiempo, era imposible decirme si estaba franco el paso de las Portillas.

No se maraville el lector de la respuesta. La verdad es que se va por camino de hierro hasta Zamora; y como desde aquella ciudad es donde hay que seguir en diligencia, los pocos que en invierno van á Galicia por aquel lado, son más bien de las comarcas que baña el Duero. De Madrid, puede asegurarse pasan semanas enteras sin ir nádie.

Tan escasas eran las noticias de aquella *terra ignota*, que fué necesario avisar por telégrafo á Zamora, preguntando si pasaban coches á Galicia. Contestaron que sí; y entónces, lleno de verdadero temor de quedarme en algun mal paso, salí de Madrid en el tren-correo.

Poco se parece, en verdad, la mezquina estacion del Norte durante una fria noche de Invierno, á lo que suele ser en las ahogadas tardes del Estío. A la sazon, todos echábamos ménos el calor;

viendo tardaban en traer caloríferos, no cesábamos de pedirlos á cuantos empleados pasaban por delante del coche, hasta que llegaron los anhelados tubos llenos de agua, que, cierto, hacian grandísima falta.

Después de larga espera y encierro en el coche, capaces de hacer perder la paciencia á viajeros que no fueran españoles, parte el tren. Vénse á entrámbos lados las ramas secas de los pelados árboles de la Moncloa, y, á poco, el calor del carruaje y el gran frio de fuera son causa de que los cristales se empañen de suerte que no es posible ver nada.

Del mal el ménos. Lo cierto es que á nuestros padres no se les habria jamas ocurrido fuera posible atravesar la sierra de Guadarrama con toda comodidad en el rigor del Invierno.

¡Qué no padecerian los mismos reyes, no há mucho, dado el caso de tener que ir de Castilla la Nueva á la Vieja, en estacion semejante! Compárese á Isabel la Católica, cruzando en mula por esas asperezas, y á cualquiera que hoy disponga de unos pocos reales para ir en coche de primera clase, en blando asiento, cómodamente abrigados los piés, y no será fácil dejar de bendecir á Dios que tales ventajas nos concede. Hablo de caminos de hierro, como más adelante hablaré de otras cosas; y así, quien crea hallar en mis palabras más ni ménos de lo que dicen, se equivoca de véras.

Bien sé que el mundo vive en nuestros dias desaforadamente dividido entre los amigos de lo nuevo y de lo viejo. Entre los primeros, no dejará de haber quien se ria de verme dar gracias á Dios por los ferro-carriles; de los segundos, tambien los habrá que motejen mi aficion á lo moderno, como si á la par de lo mucho malo que en efecto hay, no hubiera tambien mucho bueno. Válgame la verdad, de la cual no me he de apartar miéntras yo pueda; y en cuanto á las palabras y tiempo que muchos tienen por bien malgastar en ciertas disputas, allá se las hayan los aficionados al moderno *ergotismo*; que, á mi entender, vale más predicar con el ejemplo que con las palabras.

Suprimidos en gran parte los inconvenientes de un viaje en Invierno, lo mismo podria decirse de las ventajas que ántes traia consigo el caminar para ir viendo tierras y poblaciones. En el ancho y cómodo espacio de un coche de primera, donde á lo sumo van ocho personas, no hallaba yo sino una grandísima molestia el saber que á breve espacio, y en el mismo tren, iban semejantes mios

en coches que ni cristales tienen, que poco habia de costar á la empresa el ponerles. Cuando, al abrir la portezuela del coche, me cortaba el cierzo la cara, dolíame el pensar en el horrible frio que experimentarian los infelices que iban en *coches de tercera*. La empresa debia, por humanidad, poner cristales á estos coches, como hace la de Medina á Zamora. Entre tanto, y miéntras una voz bienhechora, más poderosa é influyente que la mia, no lo logra, viva yo sin el remordimiento de no haber pedido para los pobres viajeros de tercera el mísero abrigo de un pedazo de cristal. ¿Quién sabe? ¡Acaso lea estos renglones la hija, hermana ó esposa de alguna persona notable, cuyo influjo obligue al cabo á la empresa á tener caridad con los que no tienen dinero para viajar en coches de primera clase! ¡Pluguiera á Dios que así fuese, evitándose tantos reumas, catarros y pulmonías mortales, merced al piadoso corazon de una mujer caritativa!

I.

Ajeno al territorio que voy atravesando, pues ni aun le puedo ver, sólo los nombres de Pozuelo, Las Rozas, Torrelodones, etc., que oigo al detenerse el tren, me indican lo que llevamos andado. Seguimos adelante. ¡El Escorial! Al oir este grito no pude ménos de asomar el rostro á la portezuela, miéntras dos ó tres viajeros se apeaban en la estacion.

¡Soberbio espectáculo! Escasa era la claridad nocturna, y con todo, la mole del Escorial, compitiendo en grandeza con los montes, cuyo dosel de argentada nieve señoreaba las cumbres, y corria después por las cañadas, formaba tan espléndida vista, que todavía mi mente se complace y deleita en su recuerdo. ¿Cuándo formará parte de nuestra educacion el enseñarnos á amar los primores de la naturaleza, no con palabras triviales y cansadas á fuer de repetidas, sino haciéndonos tener el paso desde niños para mirar la Puerta del Sol, la hermosura de un árbol, ó el régio esplendor de las sierras que tanto abundan en nuestra Península?

Todo texto traido de fuera en apoyo da una opinion, le suele servir de mucho, y como, además, los Anglo-sajones son el pueblo civilizado que verdaderamente ama en nuestros dias el campo,

citaré aquí las palabras de un inglés, á quien las artes, y España en particular, deben mucho.

Mr. Street (1) en su obra que, no sin modestia excesiva, llama mera *Relacion de la arquitectura gótica de España*, dice, y se funda, que aun en las comarcas ménos interesantes, bastan los montes y la atmósfera. Y así sucede, por ejemplo, añade; con *la vista del Guadarrama desde Madrid, vista que* REDIME la ingrata situacion de la corte, *á la cual da el único atractivo que posee*.

¡Cuántos madrileños no se quedarian, primero con la boca abierta, y después ciegos de enojo al oir que la villa del oso y del madroño no tenia para ciertas personas más atractivo sino la vista del Guadarrama! ¡Del Guadarrama, al cual nuestra torpe y soez incuria, acusa de la mayor parte de las pulmonías, debidas á la falta de los árboles que hemos ido talando, y no queremos reponer!

Y ya que del Sr. Street hablo, bien me parece citarle de igual manera, en abono de mi viaje á las *remotas tierras de Occidente*, á propósito de las cuales habré de hacerlo más adelante. Dice el insigne artista inglés, que «de intento (*purposely*) no ha querido »viajar por la tan conocida region andaluza, donde, sin duda, han »formado los Ingleses su opinion acerca de España y los Espa»ñoles.»

Hermosa y digna de visitarse es, en efecto, Andalucía, pero no es España entera, como muchos extranjeros suponen, y á bien que nuestra region del Noroeste merece, en verdad, no menor atencion y estudio. En el Mediodía están las ramas del árbol; el tronco y raíces en el Norte. Si las catedrales de Búrgos, Zamora y Leon, los templos de Astúrias, y las catedrales, templos románicos y arruinados castillos de Galicia no llamaran la atencion de corazones poco aficionados al arte, los aires puros, saludables y grato esparcimiento que nuestras provincias del Norte ofrecen durante el Estío, harán de ellas, con que los ferro-carriles ayuden, mansiones de solaz y recreo para los agostados hijos del Centro y Mediodía de la Península.

No dudamos que tan buenas calidades sean poca cosa para aquellos que más que al del espíritu, atienden al bien material de su cuerpo. Pero aun á estos les hemos de citar asímismo nuestro

---

(1) *Some Account of Gothic Architecture in Spain.* By George Edmund Street F. S. A. London. John Murray. Albemarle Street. 1865.

buen inglés, el cual afirma—y con razon—que en los más apartados lugares de Leon y Galicia no hay dificultad de hallar en la más pobre (*poorest*) posada, aves y pescados en cantidad y calidad suficientes para satisfacer á un buen comedor (*for a gourmand*).

Pero ¿qué tiene que ver con todo esto el maquinista que lleva el tren por los túneles de Robledo, la Paradilla, la Palomera, y tantos otros que no cito, hasta el de 1.000 metros, cuyo nombre es el no ménos largo y majestuoso de Navalgrande! Todavía retumban las ruedas y wagones por las bóvedas de otros túneles; rechina y silba luego la máquina en campo abierto.

¡Avila! Demás están para nosotros su rio Adaja, sus parameras y graciosas mingorrianas. Avila del Rey, de los Caballeros, cuya hermosa catedral defienden altas torres y murallas, cuyas piedras hablan, y hablarán miéntras exista el claro nombre español, de aquel Rayo de la Guerra, Sancho Dávila; de aquella Paloma del Cielo, Santa Teresa de Jesus.... Adios, Avila, bendita sea la moderna invencion que más de una vez me ha llevado á tus puertas, bendita la *vía de rieles*, el *riel-vía* (1) por donde tan fácil me ha sido encaminarme á tu honrado solar.

De Avila, los leales; dijeron nuestros abuelos, cuando en España era la mayor honra el ser leal.

II.

De los montes bajamos á la llanura. Ya no parecen á uno y otro lado cerros y peñascales de Guadarrama. Nada estorba el paso al cierzo que hiela los campos de Castilla, Arévalo, Medina del Campo....

¡Medina del Campo! ¡Qué de cosas no recuerda su nombre! Sus ferias, esplendor pasado y desventura presente, dan nuevo realce á su historia. En Medina lloró la triste y hermosa Doña Blanca de Borbon la mala fé de su esposo Pedro el Cruel. Aquí murió, se cree, de veneno el antiguo valido de D. Pedro, á la sazon su enemigo y jefe de los nobles coaligados, D. Juan Alfonso de Albur-

(1) Lástima que no se tuviese presente cuando la introduccion de ferrocarriles lo fácil que era formar esta palabra, compuesta de dos tan bellas y españolas. Aun hoy, en el Perú, llaman *rieles* á lo que nosotros, ferozmente, llamamos *carriles* y *rails*.

querque. Aquí mató el cruel Pedro á Sancho Ruiz de Villegas y al Adelantado Pedro Ruiz de Villegas.

Era Medina del Campo la más opulenta ciudad de Castilla. Su fortaleza de la Mota, en mal hora destruida para dar paso al camino de hierro (mengua de cuantos lo hicieron ó consintieron) era en verdad digna del nombre que tenía. En Medina, Isabel *la Católica* murió en 26 de Noviembre de 1504. Dícese que los últimos dias fueron para ella de mortal tristeza. ¿Por ventura la acosaban remordimientos de haber alentado la deslealtad de los grandes contra Enrique IV, y de no ser ella la legítima heredera, sino Doña Juana, á quien los Castellanos llamaron *la Beltraneja* y los Portugueses, mejores caballeros entónces, llamaron siempre la *Excelente Señora*? ¿Lloraba, acaso, la pérdida del único hijo varon, como castigo del cielo, quedándole tan sólo aquella mísera Doña Juana, á la cual llamaban ya todos *la Loca*?

Grande fué Isabel *la Católica*. Bien pueden sus nobilísimas calidades eximirla de todo cargo, en trueco, al ménos, de cuanto debió de padecer como madre y cristiana. Mandó no vistieran los pueblos luto por su muerte, pero le vistió el cielo Fueron tales las lluvias durante semanas enteras y en tan ruin estado se hallaban los caminos, que el cuerpo de la Reina salió de Medina el dia 27 ó 28 de Noviembre, no llegando á Granada, donde yace en magnífica sepultura, hasta el 18 de Diciembre. Campos inundados, torrentes asoladores, rios fuera de madre, hicieron perder la vida á hombres, caballos y acémilas, cuyos cuerpos quedaban atollados en el fango de los barrancos ó desaparecian arrastrados por las aguas. Veinte dias tardó el régio y fúnebre cortejo.... En unas cuantas horas acababa de llevarme el tren desde Madrid á Medina; cási la tercera parte del camino que tantos dias, padecimientos y muertes costó á nuestros padres.

III.

La noche era larga y cada vez más fria, como de Invierno. Quise entrar en la estacion, buscando abrigo; pero habia el mismo, por estar apagada la estufa, que pudiera hallarse en tiempos de Isabel *la Católica*. En estrechísima estancia esperaban treinta ó cuarenta personas, en pié la mayor parte, que no podian estar de otro modo.

Habia tal frio y mal olor, que preferí salir á pasearme por el andén. Además, aquellos encerrados esperaban el tren del Norte y yo seguia hácia el Duero, teniendo que aguardar como dos horas.

Para saber lo que es el frio seco de Castilla, no hay más que pasearse en Invierno de una á tres de la madrugada por el andén de Medina del Campo. Llegó al cabo el tren, pero, como siguiendo la costumbre francesa, es preciso aguardar á que abran la vidriera del salon, ó pieza de descanso, no parecia nádie, y mis encerrados seguian en su chiquero, en pié y esperando á su tren.... Partió éste, y ya un tanto escamados, salieron del encierro, preguntando por el tren ¡en que debian ir!... A la vista de ellos estaba todavía, mas ya era imposible detenerle.

Fueron de ver el apuro de los empleados y el justiciero enojo de los viajeros, que, fieles en la ibérica costumbre, se contentaron con desatarse en denuestos contra la empresa, en vez de reunirse todos para pedir les resarciesen daños y perjuicios. Esto habria dolido algo más, dando mejores resultas que unas cuantas palabras, por salpimentadas que fuesen.

En resolucion, mientras los infelices gritaban y maldecian al saber no les quedaba más remedio sino quedarse en la estacion de Medina hasta la tarde del dia siguiente, el tren del Norte habia ya desaparecido, y el de Zamora me esperaba. Allá dejé disputando á viajeros y empleados, aquellos hartos de razon y estos deseando tenerla. Cierto que público más sufrido que el español no lo hay bajo la capa del cielo. Podia y debia la empresa poner un tren para los infelices que después de pagar sus asientos, se hallaban de tal manera burlados por no haber cumplido el portero con su obligacion. ¿Lo hizo?

El tren de Zamora dió la señal de partir; yo me apresuré á ocupar mi asiento en el nuevo coche, y quedaron viajeros y empleados del ferro-carril del Norte perdiendo los primeros el tiempo en disputar, en vez de pedir se pusiese, como era justo, un tren á su disposicion. ¿Qué culpa tenian ellos de que el encargado de abrir las puertas de la pieza de descanso al andén no lo hubiese hecho á tiempo? La que tiene todo español de no saber mirar por sí, de no quejarse á tiempo con legalidad y firmeza, acudiendo después, ciego de ira, á insurrecciones y desatinos, cuyas resultas no suelen ser, en verdad, las que él desearia.

*

IV.

En los noventa kilómetros que tiene el camino de hierro de Medina del Campo á Zamora, va hojeando el viajero buena parte de la historia de España. No tema el lector que á tanto le obligue, pero raya el alba y luego la luz ilumina los campos de Rueda y la Seca, á la derecha y á la izquierda de la Nava, famosos todos por sus vinos. Más allá, á la izquierda tambien está Siete Iglesias, ¡y quién no ofrece una lágrima á su desventurado Marqués, don Rodrigo Calderon! Sigue Castronuño, tan célebre en nuestra historia, especialmente durante el reinado de los Reyes Católicos y á cuyo castillo se acogió el Rey de Portugal, vencido en la batalla de Toro. Luego, á la derecha, Villalar.

¡Quién no llora la libertad de España perdida, por culpas propias y ajenas, en aquellos campos!

En San Roman, desagüe del Hornija en el Duero, está el monasterio abierto por el Rey godo Chindasvinto, matador de doscientos nobles y quinientos de clase intermedia, usurpador del trono. Chindasvinto fué enterrado allí mismo, en sepulcro inmediato al de su amada esposa Reciberga, á la cual, en versos nacidos del corazon, habia dicho: «Si perlas y tesoros tentaran á desarmar el brazo de la muerte, fueras inmortal, esposa mia» «¡Adios, mi amada Reciberga, grata te sea la postrer morada que para tí labra tu esposo Chindasvinto!»

Tierras son estas *del Pan y del Vino*, que tenian en mucho los Reyes Godos.

Toro, sus almenas, y preciosa colegiata, el pueblo de Pelea (Pelayo) Gonzalo, cuyo nombre no parece corrompido por el uso sino para conservar á la posteridad la pelea entre Castellanos y Portugueses, llamada en adelante *Batalla de Toro*; Bamba que aún tiene el de aquel gran rey, obligado, *rara avis*, con amenazas de muerte á aceptar la corona; Zamora, en fin, con sus monumentos y sus recuerdos de Alfonso III *el Magno*, y Ordoño II, de Abdehrraman III, su destructor, y del Cid, que á todos oscurece... no es Zamora para mencionarla á la ligera en este viaje. Ya en

otro lugar, con mucha más detencion, si bien no toda la necesaria, he historiado y descrito el territorio que acabo de recorrer (1).

En Zamora concluye el camino de hierro. Al entrar en la diligencia, me olió á Galicia.... Espesa capa de heno cubria el suelo del coche, y le perfumaba llenándole del hermoso olor almizclado, que tan buen efecto me causaba. Con todo, aún estábamos bien léjos de Galicia.

La densa niebla del Duero que envolvia á Zamora, desapareció un cuarto de legua más allá, conforme íbamos subiendo, quedando el cielo azul y despejado, pero el frio era glacial. Bien les avino á mis pobres piés el heno protector. En diligencia se ve la tierra, cosa que á duras penas se logra en camino de hierro, ni agradecerá mucho el viajero obligado á cruzar los campos tristes y desiertos por donde va la carretera de Zamora á Galicia. Tampoco se hallan pueblos importantes, pues son muy contados los que llegan á tener 200 ó 300 vecinos.

Al ruido del camino de hierro, y á la compañía que casi siempre se halla en sus coches, habian sucedido el cascabeleo de las mulas y las palabras é interjecciones más expresivas que cultas del conductor y zagal. Solo en la berlina, y sin tener con quien hablar, hallaba entretenimiento—para mí siempre sabroso—en ir viendo campo y respirando su aire restaurador, de suerte que, á pesar del frio, llevaba abierta la ventanilla de al lado. Como habia llovido, no molestaba el polvo, que tanto mortifica y sofoca, especialmente cuando hace calor. Era mi único desahogo preguntar los nombres de las poblaciones que muy de tarde en tarde veia, pues leer en diligencia no es fácil, y me cansaba la vista. En esto, ancho y caudaloso rio, cuyas aguas enturbiaban arroyos y torrentes, aumentados con las grandes lluvias de este Invierno, dió descanso á mis ojos fatigados de no ver sino tierras escuetas ó encharcadas. Aquel rio era el Esla, cuyas aguas vienen del Norte de tierra de Leon y van á parar al Duero.

El Esla es rio importante, aunque no siempre traiga el caudal que á la sazon corria por entre sus peñascosas y desiertas riberas. Largo y hermoso puente le atraviesa: pero el Español, que tantas tierras ha conquistado, comienza al presente á conquistar la suya.

---

(1) Crónica de *Avila*, *Valladolid* y *Zamora*, de la CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA.

La carretera es nueva y tan reciente, que aún se ven al lado, por las llanuras inmediatas, huellas de ruedas de los coches, que por allí pasaban á causa del mal estado del camino real—donde le habia.—El puente es recien hecho, y aún el año pasado cruzaban las diligencias el rio en barcas, por lugar que el mayoral me enseñó. Al ver la espuma y embates contra las peñas, de la poderosa corriente, dí gracias al cielo de no tener que pasarlo en barca á la sazon.

El campo seguia por el estilo de lo que habia visto desde Zamora. Tierras de pan llevar, viñas, y de vez en cuando algunas robledas, entre las cuales medraban tambien encinas. Demás es decir, cuánto me alegraban aquellos árboles, después de leguas y leguas de raso desierto.

Por estas tierras se extendian á veces las armas de los Musulmanes Cordobeses cuando iban contra Leon, pues contra Galicia era para ellos harto más cómoda y segura la via de Portugal.

Por estas tierras volvió á las suyas un noble Gallego, cuya conducta no debe de haber sido muy agradable á los cortesanos, pues tan pocos le han imitado. Hablo del Conde de Lemos, insigne amparador de Cervántes. Era Presidente del Consejo de Italia en tiempos del apocado Felipe III; y viendo comenzaba la tormenta que dió en tierra con el valimiento de su suegro el Duque de Lerma, se presentó al rey diciéndole cuánto habia servido al trono de virey de Nápoles y en otras partes. Añadió, que, si en algo habia faltado sin saberlo, ofrecia su cabeza en desagravio, y, puesto que eran tantos los enemigos de él que rodeaban á S. M. y á S. A. (Felipe IV), pedia licencia para tornar á su casa. «Conde,—respondió Felipe III,—si quereis retiraros, podeis hacerlo cuando quisiéreis.»

Hallábanse en el Escorial. Besó al punto el de Lemos la mano al rey, pasó luego á hacer lo mismo con el príncipe; fuése á Madrid, donde se despidió del Consejo de Italia; y á poco, iba ya camino de Galicia. Acompañáronle hasta Guadarrama su madre la Condesa de Lemos, y su suegro y tio el Duque de Lerma.

Sería de ver por los campos y llanuras de Castilla y Leon el número de literas, caballerías y acémilas que formaban el séquito del ilustre magnate, hasta su llegada al castillo de Monforte.

V.

Galicia at last! Dirá alguno para su capote; en inglés, si le sabe, y si nó, exclamará en castellano: ¡Al cabo ya estamos en Galicia! Todavía nó, lector; ten una poca paciencia, que aún hay bastante camino hasta el que llamó Tirso de Molina:

Reino famoso, del inglés estrago.

Aún hay algo que ver ó recordar. Llegamos á Távara, villa título de marquesado, que se halla siete leguas de Zamora, y tendrá como ochocientos habitantes. Rodean á Távara algunos hermosos prados, cuya verde alfombra alegra la vista. Nada de esto fuera parte á detenernos tanto en la modesta villa, sino tuviéramos que mencionar algo digno de cuenta. Sabido es el cuento de la cabeza encantada que vió D. Quijote en Barcelona. Hablan libros, harto más antiguos, de una que fabricó Alberto Magno, que hablaba y decia cosas sorprendentes. Como quiera, es lo cierto, que en nuestra Távara habia en la iglesia una cabeza de metal que, segun el Tostado, vaticinaba, avisando además, si habia en ella algun judío. (Super. Numer. c. 21, quæst. 19).

Tambien habla de ella Rodrigo de Yepes, en la *Historia del Niño de la Guardia* (Cap. 60), añadiendo, para que no haya duda, que Távara está entre Zamora y Benavente, y en la torre de la iglesia *parece haber estado una cabeza de metal, como la que tenia don D. Enrique de Villena.*

Era el buen Alonso de Madrigal (El Tostado) hombre de fiar, si bien escribió mucho, y esta aunque no sea razon en contra, no dejará de haber quien por tal la tenga. En resolucion, como desde luego habrá curiosos que deseen saber el paradero de la cabeza de Távara, el Tostado añade que los vecinos la hicieron pedazos por ignorancia, á lo cual pone el anotado al márgen, que fué malicia de los Judíos. De donde se deduce que tambien por estas apartadas regiones habia hijos de Israel, y debian de ser tantos y tener la suficiente importancia, ó por lo ménos malicia para acabar con la enfadosa cabeza. De todas maneras, Távara posee una iglesia con su torre, ambas románicas, y dignas de atencion.

Mas allá de Távara ví que hácia nosotros venía una cuadrilla de Gallegos, hombres de buena edad y robustos, acompañados de varios muchachos de catorce á diez y seis años. Al punto comenzó

el zagal á gritar en broma ¡*Marra*, *marra*! amenazando á mis Celto-suevos con la tralla. Los hombres no hicieron caso, pero los muchachos, en especial uno á quien alcanzó cruel y alevoso latigazo, gritó:

«*Marrau un*, *Marrau dos*, *Marrau tres*, *Marrau o Demo que te leve.*»

Dolióme el latigazo al paisano de mis padres, como á mí propio, y viendo que el zagal arreaba al tiro riéndose y gritando, *Marra. marra*, le dije: «Ese infeliz, á quien sin razon, acaba V. de pegar, no dice lo que V. cree, sino que no pudiendo vengarse de otra suerte, le grita á V.: *Marrano uno, dos y tres*, *Marrano*, *el Demonio te lleve.*»

«No les entendia, exclamó el zagal que era de tierra de Palencia; pues cuando halle otros, les he de dar más fuerte.»

En aquel momento divisamos segunda cuadrilla. Pronto llegamos á ella, el zagal alzó el látigo, y un muchacho, que, sin duda salia por primera vez de su tierra, se quedó mirando á la diligencia lleno de curiosidad: Sólo él estaba al alcance de la tralla.

«No le pegue V., dije al zagal, siendo tal mi necedad que estuve por decirle (Dios me perdone) que aun á la Academia Española habia yo ido con alegatos más ó ménos literarios en pró de Galicia. Por poco no le hablo de mis trabajos históricos y novelas. Saqué la mano por la portezuela, así del brazo al zagal, y el muchacho, que, en aquel momento comprendió lo que le amenazaba, alzó la diestra, como defendiéndose, á la altura del rústico sombrero de paja que le cubria el rubio cabello, y puso en mí sus ojos azules con tal ademán de agradecimiento y sorpresa, que los mios se llenaron de lágrimas.

Allá quedó en medio del camino con la mano alzada y torcido el cuerpo, en graciosa postura, que no pidiera más un artista para dibujarle. Allá quedó, por ventura dudando, si era de burlas cuanto habia visto, si de cierto habia un Castellano capaz de tener cariño ó lástima siquiera á un hijo de Galicia.. .

VI.

Llana la tierra y excelente el camino, como recien hecho, llevaba el tiro la diligencia á buen paso. Al cabo dí vista á un nuevo

rio, no tan caudaloso como el Esla, pero que á la sazon traia mucha agua. Un puente acabado de hacer le cruzaba, y era en la construcion muy parecido al que habia atravesado leguas ántes. Canteros gallegos han labrado la piedra de uno y otro, que en verdad están admirablemente fabricados y concluidos.

Pasado el Teza, que así se llamaba el nuevo rio, hay una cuesta y de pronto parecen hácia el horizonte altas montañas nevadas, que defienden la entrada de Galicia. Por ellas es forzoso pasar, si se quiere seguir adelante. Va concluyendo el dia, el frio arrecia y la vista de la nieve es mal consuelo para quién, á pesar del heno á los piés y mantas con que se abriga, experimenta cada vez más temor á la noche que le espera.

Ya oscuro el campo y sin luz en lo interior del carruaje, no hay otro remedio sino dormir. De vez en cuando nos detenemos en una poblacion, y entónces sé que estoy en Mombuey ó en la Puebla de Sanabria. Entre ambos se halla el Remesal, pequeño pueblo donde se vieron el Rey Católico y el Archiduque Felipe, para quien la historia no ha tenido otro elogio—si tal puede decirse—que llamarle *el Hermoso.*

Todos se habian puesto de parte del sol naciente. Además de los grandes que al Archiduque acompañaban, le precedian mil piqueros alemanes, habiendo quedado á la parte de la Puebla el campamento, con artillería y seis mil hombres de guerra. Al Rey Católico seguian el Duque de Alba, y algunos caballeros y oficiales de justicia, que todos eran doscientas personas, montadas en sendas mulas.

Al de Benavente, que venía con el Archiduque, preguntó Don Fernando:

—Conde ¿cómo has engordado tanto?

—Andando con el tiempo, señor;—respondió el rico-hombre.

Si vá á decir verdad, no hay duda que el mejor modo de pasarlo bien, es andar con el tiempo. Por eso le ha sucedido siempre lo contrario al autor de estos renglones.

Cierto que pensé en estas y otras cosas, conforme la diligencia trepaba por los enhiestos ramos de la sierra Segundera, camino de la Portilla de Padornelo. Allí *ficaba ó punto*, allí estaba la dificultad; y, á pesar de que el telegrama recibido en Madrid, decia *Portillas paso franco*, no dejaba de experimentar ciertos temores, que con el frio y todo no me estorbaron dormir.

En brazos del sueño iba yo, y, lo peor, iban tambien, sino me engaño, conductor y zagal, cuando repentino choque nos hizo á todos despertar sobresaltados. Para dormir con el mayor sosiego, en el canto de un precipicio, donde lo más seguro es desnucarse, no hay sino la siguiente receta:

«Tomarás el nacer en España, vivirás siempre en ella y harás exactamente lo mismo que hacen todos los Españoles.» Es probado.

Ello fué que los cinco malos caballejos del tiro, cansados de aquellas asperezas, y, sobre todo, de las nieves, dieron á entender que no podian más, ladeándose de suerte, que, á no ser los dos metros de nieve, durísima por estar ya helada, que habia á entrambos lados del camino, lo probable fuera haber dado un vuelco todos á la vez, en cuyas resultas no quiero recrearme, ni siquiera por imaginacion.

Desperté yo y despertamos todos. Arrearon á los caballos, y permanecimos como estábamos. Arrearon, pegaron y maldijeron, y los caballos no se movieron porque no podian.

Enmedio de todo, no dejó de maravillarme, que á pesar de haber tanta nieve, el frio me molestára ménos que por las rasas llanuras de Leon. Hermoso espectáculo ofrecian los montes. La nieve ocultaba sierras y peñascales, oyéndose únicamente allá, en las más profundas cañadas, los torrentes que por bajo de los témpanos corrian.

Como la nieve apaga los sonidos, el rumor sordo de las aguas y las voces del conductor y zagal tenian en aquella soledad algo espantable y siniestro. Hubo momento en que tuvimos determinado montar en los caballos y dar la vuelta al mísero pueblecillo de Padornelo, que ya habia quedado atrás. Una hora pasó, y de ella no pocos minutos, en que desazonados todos, ni aun el conductor y zagal mostraban ánimo para maldecir. Ocurríaseme que, si en aquellas nevadas soledades se hubieran presentado unos cuantos lobos, hambrientos, como era natural, pronto habrian dado buena cuenta de nosotros.

A la sazon, un hombre que venia en la vaca, se unió al conductor y zagal, y todos empujaron las ruedas, logrando sacarlas de la nieve y fango en que habian atollado. Los pobres caballejos pusieron de su parte lo poco que podian, y partimos, no sin temor de vernos detenidos á cada momento.

VII.

Al cabo pasamos la Portilla de Padornelo, y receloso con lo que habia visto, pregunté al mayoral qué tal era la Portilla de la Canda.

—Tan peligrosa por las nieblas, como esta por las nieves; me contestó.

Ambas son los dos pasos ó puertos, por donde siempre ha sido necesario cruzar, yendo de Benavente ó Zamora á Galicia, mas no parece sino que sirven tambien para indicar la diversidad de climas de las regiones á que pertenecen. La de Padornelo está todavia en tierra de Leon, tiene 1.566 pies de altura sobre el nivel del mar y en ella el intenso frio y aire seco, mantienen la nieve mucho tiempo. El pueblecillo de Lubian, aún tierra leonesa, digan lo que quieran ciertos mapas, viene á estar entre ambas. Mas adelante está la Canda, aldehuela, cuya parroquia es anexa de la feligresía de Villavieja de la Mezquita. El pueblo está 1.431 pies, y la Portilla 1.514 sobre el nivel del mar; pero aun viniendo á tener no mucha menor altura, el clima de Galicia influye por allí notablemente. En efecto, si en Padornelo hay que temer á las nieves, en la Canda han sido causa las frecuentes y densísimas nieblas de no pocas desgracias.

Imposible parece que, á la pequeña distancia de tres leguas, sean tan diversos los climas, pero como aquellas mismas alturas les dividen, cada una está sujeta á la influencia de la region que tiene inmediata.

No parece sino que esta apartadísima comarca de España, comprendida en los confines de Zamora, Portugal y Galicia, es cosa digna de escasa atencion, pues aun en el Diccionario de Madoz no se halla el pueblecillo de la Canda, mencionado aparte, como lo están otros muchos de menor importancia.

Ni es decir que la de este sea muy grande, pues acaso no tenga sesenta habitantes. Como todas las feligresías de tal límite de España; Cadavos, Santa María Magdalena, Castromil, Santa Eufemia, Villavieja, Santigoso y otras várias, forman el Ayuntamiento de San Martin de Mezquita, no ha dejado de dar que hacer este último nombre á etimologistas y anticuarios. A la entrada de Gali-

cia, ó mejor, en el ángulo que forma Portugal en España, está la Marra y fuente de los tres reinos de Galicia, Portugal y Castilla

Todo el terreno forma parte de las Frieras, ramales de la Sierra Segundera y cuyo nombre indica harto á las claras el frio que por esta region se experimenta. Hay algunos llanos entre aquellos montes, y ya se ven por las cañadas muchos prados que riegan las purísimas aguas que de las cumbres se despeñan. Por desgracia, la vecindad de Portugal, y la agrura de los montes, favorecen el contrabando, á que se dedican muchos hijos de aquellas comarcas.

Hay en la cumbre que señorea la aldea de Santigoso, subterráneos y vestigios de antigua fortaleza. Ocurriósele á alguno si serian de obra romana, pero acaso el nombre, á primera vista musulman, de la feligresía que con el título de villa es cabeza de las otras, ha hecho creer fueran aquellos restos de tiempos de Moros.

En la provincia de Álava está un pueblo llamado Mezquía, otro en Navarra, por nombre Mezquiriz. En Galicia son varios los nombres de lugar iguales al de que vamos hablando. En San Pedro de Mezquita, provincia de Orense, dos leguas de Celanova, hay antiquísima iglesia que, segun tradicion fué en efecto mezquita (¿tendrá culpa, el nombre, de la tradicion?)

Fuera de Galicia, en Aragon, provincia de Teruel, hay Mezquita de Jarque, Mezquita de Loscos; en la provincia de Cuenca hay el despoblado Mezquitas; otro que se llama Mezquitilla en el partido judicial de Zamora; Mezquitillon se llama un lugar de la provincia de Soria; y Mezquitillas ó Mesquitillas una aldea agregada al Ayuntamiento y parroquia de Saucejo, en la provincia de Sevilla, partido judicial de Osuna. Tambien se llama Mezquía un arroyo de la provincia de Terruel, partido judicial de Valderrobles.

Como los nombres de lugar tienen en España tan á menudo origen euskaro ó vascongado, propongo, ántes de suponer haya habido por esta apartada pobrísima region templos mahometanos, el estudio comparativo de la inicial y terminacion del nombre de lugar Mezquita, en especial comparándole con el vasco Mezquía de Alava. Además, hay que tener presente que, en Pentés, una legua de la Gudiña, estuvo la antigua *Pinetum*, mansion ó parada de via romana.

VIII.

Ya estamos en Galicia y en los primeros términos de la provincia de Orense. Ya estoy en la tierra de mis padres, y aunque todavía dura la noche, puedo hablar de esta region por cosa conocida. Escaso el número de pobladores, áspero el suelo y estéril, halla en cambio el artista por los montes y hondísimas cañadas soberbias vistas que encantan y enamoran. Sigue el camino faldeando y cortando los enhiestos ramales de Sierra Segundera. En estas soledades hay muchos animales dañinos, en especial lobos y zorras. Además de los prados que las aguas de las cumbres riegan, y á veces inundan, hay por laderas y cañadas robles, monte bajo y brezo. Da el suelo cultivado centeno, patatas, lino y hortalizas. Tambien medra el castaño, que es el árbol más hermoso de la zona central europea, á la que corresponde Galicia.

Esta comarca, no sólo parte términos al presente en el vecino reino de Portugal, sino que en todo tiempo ha sido lugar indicado para defensa del territorio gallego. Así es que, además de las ruinas de fortaleza que hay hácia Santigoso, vénse por todo el término restos de antiguas construcciones. Toda antigualla es, en lo general, atribuida á Romanos ó Moros. Bien pudo haber, cuando los últimos amenazaban, fortificaciones hácia este lado, pero es sabido que en Galicia duraron poco los Musulmanes, y aun para sus entradas, todos, incluso el grande Almanzor, preferian el camino de Portugal esguazando el Duero y después el Miño, á dar la embestida por una tan desierta y áspera region, en que los naturales podian fácilmente estorbarles el paso. Además, como el camino al norte estaba cerrado por las altísimas cumbres de Segundera, y luego de San Mamed, era forzoso seguir á Orense por la Lecicia, que hasta nuestros tiempos ha sido impracticable para todo ejército numeroso, el cual, ni aun ahora hallaria fácil paso sino por el camino real.

Tambien tiene su historia la pequeña é ignorada villa de San Martin de Mezquita. Por de pronto su fundacion se pierde en la noche de los tiempos, aunque su nombre haya hecho suponer fué cosa de Moros. Como quiera, ruinas y cimientos que por allí se ven, persuaden á que fué harto superior la importancia de nuestra poblacion en lo antiguo.

De sus vecinos los Portugueses conservan memoria no muy grata, pues habiendo ellos entrado por los años de 1646, en España, llevando por jefe á un llamado Rachador, quiso éste asaltar la iglesia, donde los vecinos se habian encerrado, confiando en su fortaleza. Murió el Rachador, y los suyos, en venganza, pusieron fuego á la villa.

Subiendo y bajando cumbres se extiende el camino formando revueltas, en las cuales se tarda mucho y se adelanta bien poco. Continúa la noche. A cada paso, arroyos y torrentes que de lo alto se despeñan, distraen el tristísimo silencio que reina todo en torno, llegando hasta la misma carretera y pasando debajo por puentes y alcantarillas. A veces, mejor es no ver los precipicios que faldean la calzada.

Como la noche es tan larga, dura la oscuridad todavía, y apénas hay la suficiente luz para distinguir un objeto á pocos pasos. Detiénese la diligencia al lado de unas casas, de ruin altura, acá y allá esparcidas y no léjos de un arroyo, cuyas aguas caen, haciendo borbotones y espuma, á la vera del camino.

Estamos en la Gudiña, villa, que, no por serlo, tiene arriba de setenta casas. Y aun estas, que forman una sola calle, pertenecen las del Norte á la diócesis de Astorga, y las del Sur á Orense. Otra cosa no habrá por la Gudiña; pero aguas frescas, puras, cristalinas, y árboles y montes que se están mirando en ellas, son cosas que alegran su grandioso y frígido paisaje.

A la hora en que llegué, noche oscura todavía, nada alteraba el silencio, sino era el ruido del agua, que por distintos cauces corria. No lo hacia mal tampoco el frio; pero, abrigándome cuanto pude, miré al cielo, y creí rayaba el alba.....

Tenía los ojos puestos en el espacio por donde acababa de pasar. ¡Nada veia sino la oscuridad más completa; pero, hácia lo alto, pareció, como de repente, bellísima aureola de color blanco azulado por el centro y cuyos extremos se desvanecian en la atmósfera. Tan hermosa vista me hizo dudar si tenía ante mis ojos una aurora boreal; pero sus tintas eran harto más apagadas y uniformes

A fuerza de mirar, descubrí otras dos ó tres aureolas, aunque más lejanas y confusas, y entónces, comprendí, al cabo, que no eran sino las cumbres nevadas por donde acababa de pasar. Cerraban el horizonte los hermosos semicírculos, que bien

parecian argentadas diademas de aquellas descomunales montañas.

¡A fé que tan soberbia vista, vale la pena de emprender un viaje á Galicia en el rigor del Invierno!

IX.

Amaneció, y el contraste de las tierras de Galicia con las de Leon, últimas que la luz del dia anterior me habia dejado ver, era tan favorable á nuestra verde y hermosa Erin como siempre que con lo interior de la Península se compare.

De la Gudiña parten dos caminos; el que va desde Zamora y Benavente á Vigo, por Orense, y el que, cruzando la Sierra Seca, y faldeando laderas de San Mamed, sigue á Orense tambien por Laza, cruzando el amenísimo valle del propio nombre, que bañan el Tamega y Cereijo.

¡Qué clima tan benigno el de Galicia! Miéntras las nieves interiores de Leon y ámbas Castillas, se muestran heladas y sin el menor asomo de vegetacion, allá por las alturas de Navallo y Barreira, así como por las cañadas y valles que de trecho en trecho se ven, cubre la tierra perpétuo manto de verdor. Si en Invierno, y con los árboles desnudos de hoja, está la tierra siempre verde, ¡qué no será en Primavera! Bien que la amenidad de Galicia no se agosta ni con los rigores del Estío. En cuanto á los aficionados á truchas, las hallarán excelentes en las frescas aguas de toda esta region.

Cruza el camino por comarca poco poblada y estéril, que no pueden ser otra cosa las desmesuradas alturas que por esta parte defienden la entrada de Galicia. Mas apénas se hunde el terreno para dar paso á las aguas, divididas después en reguerillas de los prados, los ojos se deleitan en aquella aterciopelada y fresca alfombra que va por laderas y profundidades hasta desaparecer en las revueltas de los montes. De vez en cuando, especialmente, hácia la comarca de Rios ú Orrios que está poco más adelante, se ven hermosísimos valles, que si tal parecen en Invierno, no es mucho sean verdadera mansion de frescura y delicia en Verano.

Desde la pequeña villa de Santa María de Rios, que apénas tendrá doscientas casas, contando con sus lugares, Flor de Rey, Co-

belas, Marcelin, Navallo, Pena de Souto, San Cristobo, Mañoás y la Trepa; quedan doce leguas á Orense, llenas de amenidad la mayor parte. Cierto que todavía el camino va por grandes alturas, apénas cubiertas de vegetacion; pero desde ellas se ven cañadas y valles que ponen deseo en quien les mira de quedarse á vivir para siempre en ellos. El mismo contraste con las asperezas por donde baja el camino, les realza.

Iba cruzando desierto y estéril monte, cuando ví dos muchachas de diez á doce años, arrancando matas de urces ó brezo, con las cuales formaban haces. La borriquilla abandonada á sí propio al márgen del camino, pastaba la yerba de la cuneta, aguardando pacientemente la carguilla que las pobres muchachas disponian en la empinada ladera. Tienen las urces grandes raíces y madera durísima, que, á falta de otra, da buen combustible. No hay arbolado por aquellas alturas, y es gran lástima. Como en todo los alrededores no se veia una sola habitacion ni rastro de cultivo, pregunté á la niña que estaba más cerca, para dónde llevaban aquella leña.

«Para Fumaces,»

me contestó, apartándose con ámbas manos el cabello que le cubria el rostro, y echándose atras el delantal ó *mantelo* que, á modo de mantilla, se ponen las Gallegas en la cabeza cuando llueve ó hace frio.

Santa María de Fumaces es una pobre feligresía de treinta y tantos vecinos, que está una legua de Verin y once de Orense. Poco más allá descubre el viajero una de las más hermosas vistas de España.

Altos montes que forman parte ó descienden de las soberbias sierras Seca, de San Mamed y Larouco, forman el deleitoso valle de Monterey ó Verin, que va hasta Chaves, en Portugal, y cuyos fertilísimas tierras fecunda el rio Tamaga, nacido en el ayuntamiento de Laza.

La cerrazon de nieves, nubes y nieblas que se ve por las cumbres en derredor hace todavía más alegre el benigno cielo de Verin. Desde lo alto, y cayendo todo en forma de menuda lluvia, tenía yo á la vista el apacible valle que el sol medio entoldado, alegraba, aumentando el atractivo de los fértiles campos. Acá y allá parecian las eses que formaba el rio, y era en verdad seductor el aspecto de tanta fertilidad y hermosura al pié de los enhiestos montes, cuyas cumbres ceñia nevada diadema.

Bajando al cabo la larga y pintoresca cuesta de la Arnada, llegué á la villa de Santa María de Verin, que así se llama. Era dia de feria; dentro y fuera de la poblacion iban y venian mercaderes y compradores de Galicia y Portugal. Lo que más se beneficia es el ganado, que en esta parte del antiguo reino suevo es pequeño, de pelo oscuro, y áun negro. A menudo pasan por la puerta de Hierro, siguiendo las riberas del Manzanares á Madrid, manadas de bueyes, de las cuales van teniendo cuenta un par de hombres. Aquellos pobres animales, de pequeño cuerpo y largas astas, llegan tan cansados, que muchas veces se caen en el camino por serles imposible tenerse en pié. Ese es el ganado que en gran cantidad envia la provincia de Orense al mercado de la corte. El ganado vacuno y la cria de mulas para Castilla dan mucho dinero á Galicia.

El puente de Verin sobre el Tamaga fué construido en tiempos de Felipe II, y recompuesto en 1795 por el Conde de Monterey, Duque de Alba. Tiene seis arcos, 252 piés de largo y 13 de ancho. Entre la villa y la parroquia de Abedes están las aguas minerales, excelentes para el mal de orina, de las *Sousas*, de gran fama en Portugal, y que, á no estar en nuestras manos, la tendrian mucho mayor.

Verdadera pena causa dejar el valle de Verin, más conocido por el nombre de Monterey. Esta última villa está un cuarto de legua distante, y tiene hermoso palacio de los Condes de su título. Fué repoblada por D. Alfonso VIII (1150). Enrique IV le dió en condado á D. Sancho Sanchez de Ulloa y á Doña Teresa de Zúñiga y Viedma. Hoy está el Condado en la casa de los Duques de Berwick y de Alba.

Conforme se sale del valle, las revueltas del camino, que por la sierra se dirige, dejan ver á cada momento las amenísimas riberas del Tamaga. Quedan á la derecha el pico de la Atalaya, de 1.866 metros de alto, y á la izquierda el valle de Villaza. Después, el cielo nublado y aun lluvioso y la tierra estéril dan muestra de la altura por donde va la carretera. Más á lo interior puso el gran Tirso de Molina dos personajes á su comedia *La Gallega Mari-Hernandez*, quienes describen esta region de la manera siguiente:

—Caldeira, esta es Galicia.
No vive en estas sierras la malicia
De envidias y traiciones,

De lisonjas, engaños y ambiciones.
.....
.....
—Asperilla es la tierra.
—Es de Laroco esta empinada sierra,
Y Limia este florido
Valle (que es guarnicion de su vestido),
Por fértil estimado;
El de Laza, que yace á estotro lado,
Ameno se avecina
Al val de Monterey, con quien confina.
Cinco leguas de Chaves
Dista este monte.

Tirso, en quien el vigor heróico y la vida que sabía dar á sus personajes aventajan á su tan celebrado gracejo, sola calidad que muchos admiradores suyos le conceden, rivaliza con Shakespeare. Y no lo dice sólo el modesto autor de estas humildísimas líneas, que á tanto no se atreviera, de no tener en abono de su opinion la de un escritor eminente y gran juez en materias de arte, ya que no en asuntos de moral. Hablo de Jorge Sand, que en su traduccion, ó imitacion más bien, de *El condenado por desconfiado*, llama á Tirso en el prólogo Shakespeare español.

No es tiempo de extenderse más en el asunto, que en otro lugar trataré despacio; pero aquí, y siempre que ocurra lo mismo, creo que todo hijo de la region boreal de Iberia, desde Galicia al pueblo Vascongado, debe mostrarse agradecido á Tirso de Molina, no por haber éste adulado á Gallegos ni Vascos, lo cual no ha hecho, mas por haber sabido estudiarles y comprenderles cual ningun otro escritor de tiempos antiguos y modernos.

Se sigue hácia la Limia alta, á Abacides; quedan á la derecha Ginzo y el castillo de Pena, más allá del cual, en Trandeiras, está el exconvento del Buen Jesus, de Franciscanos. Hácia Nocelo de Pena hay las ruinas de Lúnica, ciudad romana.

La Limia, adonde se baja después de cruzar las tierras que la separan de Verin y Monterey, es una de las comarcas más singulares, ricas é importantes de Galicia. Rodean á la laguna Antela ó Lago Beon pantanos que forman buena parte de aquel espacioso valle. De Ginzo de Limia sale, cruzando la carretera, un terreno de tal suerte encharcado, que no es posible poner los piés en seco fuera de aquella, ni media vara. Diríase que va atravesando un rio, á no ver las aguas detenidas. Luego se pasa el rio Limia ó Antela,

que aún por allí conserva el nombre de la laguna donde nace, por el puente de San Mateo ó de las *Poldras*. Y á la verdad que este último nombre me recuerda el de los *polders* de Holanda, terrenos muy parecidos al que voy atravesando.

A decir verdad, para conocer los tiempos primitivos de Galicia es necesario, además del estudio comparativo del vascuence, especialmente en cuanto á nombres de lugar, el del orígen ariano de sus pobladores. Así como en buena parte de España se hallan nombres de orígen arábigo, por nuestra region del Norte y Occidente no pudo el Musulman borrar la honrada tradicion de nuestros padres iberos y celtas. Las desinencias en *bre*, como por ejemplo, en Lambre, Cambre (Cambray), Tambre, Pambre, Tiobre, Callobre; las en *antes*, como Serantes, *Nantes*, *Cervantes*, y otra porcion que podria citar de diversos géneros, persuaden á tener en cuenta lo que digo.

X.

Después de Ginzo de Limia, se halla San Estéban de Saudianes ó Saudiás. Inmediata se ve la torre ó castillo del propio nombre donde estuvo *Géminas*, así como más allá, en Couso, se conserva el miliario LXVI. Por aquí corta el camino real la antigua via romana, que enlazaba, cruzando ántes el término donde hoy está Castro Caldela, la via de Geira con la de Larouco. ¡Qué hermosa vista ofrece desde aquí el valle de Limia! Muy cerca de la carretera se alza la cuadrada torre feudal de Saudiás, cuya mole señorea sobre las ruinas del castillo buena parte del no sin razon llamado granero de Galicia. Al viajero que demuestra deseos de conocer la tierra, le enseñan además por las alturas el castillo de Pena, de que no há mucho hablé. La riqueza y singular aspecto de aquella comarca, no ménos que el recuerdo de cuanto fué en la Edad Media y tiempos de Roma y anteriores, realzan el atractivo y respeto que todo pecho noble experimenta en la region donde los antiguos creyeron encontrar el rio Letéo. Decian, que pasadas sus aguas se perdia la memoria; y en verdad, que vistas las amenísimas comarcas que fecunda el Miño, bien se puede perder el recuerdo de las más hermosas del mundo!

Cruza luego el camino por várias alturas, y pasado el Monte de San Márcos, se baja la cuesta donde hay una fuente, y se llega

á Nanin. Aquí nos detendrémos, no en virtud de la importancia de la poblacion, mas para advertir el gran error de la Guia de Mellado (año 1864), la cual me habia dado el susto de hacerme creer que Nanin, Allériz y Taboadela se hallaban en pleno reino de Leon, entre Palacios y el Remesal, buen trecho ántes de la Puebla de Sanabria. ¿Qué terremoto, ó que desconocido trastorno del suelo ibérico, me decia yo, ha podido hacer dar semejante salto á los desventurados Nanin, Allériz y Taboadela? Miraba el Itinerario de Valladolid á Orense (pág. 130) y tornaba á mirarle, sin volver en mí del asombro que tal cambio me causaba.

En fin, no hay más remedio sino persuadirse á que la Guia de Mellado está grandemente equivocada, y advirtiéndoselo al lector, seguir adelante.

Así lo hice, llegando á Allériz, cuyo hermoso valle circundan los montes de Penamá y Santa Marina. En su rio Arnoya forman los naturales unas pesqueras llamadas *cañizas*, donde recogen excelentes truchas, anguilas y lampreas; miéntras en los altos montes hay toda suerte de caza, especialmente en la Sierra de San Mamed, donde se hallan ciervos, rebezos y aun osos.

Es Allériz pueblo importante, y tiene la gloria de ser pátria del célebre P. M. Fr. Felipe de la Gándara, cuya casa subsiste en la villa, así como las de Soto-Almirano, Amoeiro, Arias y otros no ménos ilustres. Tambien lo es en gran manera Allériz, por haberse criado en ella el tan justamente alabado escritor Feijó, nacido en Melias. Deben verse las iglesias, en especial la de Santiago, fundada, segun dicen, cuando la villa, y el hermoso convento de religiosos franciscanos, fundado por la reina Doña Violante y su hijo el rey D. Sancho III de Galicia y de Leon y IV de Castilla, más conocido por Sancho el *Bravo*, en la Era MCCCXXIV (año de 1286.)

De los Judíos hay gran memoria en Allériz. Dícese que en el Campo de la Mina se han hallado lápidas con caractéres hebreos. De las sepulturas, repetiré lo que en la Crónica de Orense (1) he dicho: «Tambien parecieron várias sepulturas todas de piedra, en forma de silla, donde ponian los cadáveres sentados y con algunas alhajas de plata y oro. Tal es la noticia que se da sobre estas sepul-

(1) En ella, así como en mis Crónicas de la Coruña y Pontevedra (*Crónica general de España*) pueden verse más pormenores sobre Galicia.

turas, si bien en forma y modo de enterrar los cadáveres no concuerdan con el orígen que se les atribuye.» Y aquí advertiré, que por un error de que no respondo, como de otros muchos, están en la referida Crónica al tratar de Allárizz, malamente confundidos la capilla de San Benito y el convento de Santa Clara, ya mencionado. El hermoso castillo de Allárizz, propiedad del Marqués de Malpica, ha padecido completa ruina últimamente. ¡Cuándo comprenderémos los Españoles lo obligados que estamos á mirar por los edificios y objetos de arte que nuestros padres nos legaron.

De Allárizz se sube, bajando luego á San Miguel de Taboadela, por la cuesta del propio nombre; queda á la derecha el valle de la Rabeda, después Castroverde, luego Sejalbo y más allá de su ponton se deja á la derecha la casa llamada de Sevilla, nombre singular para estos lugares. Va el camino costeando el rio Barbaña, que luego entra en el Miño. Se atraviesa el antiguo Campo de la Feria, hoy Alameda del Posco, y al pié del Monte Alegre está Orense.

Antes de entrar en la noble ciudad, advierta todo español amante de su pátria, que siguiendo el Miño arriba, cuyas aguas bañan los campos de Orense, está el pueblecito de San Miguel de Melias, pátria del ilustre Feijóo.

Tambien á la izquierda y no léjos de Allárizz, hemos dejado el monasterio de Celanova, uno de los más importantes de España.

Orense, ciudad que en nuestros dias ha prosperado en proporcion más que ninguna otra de Galicia, merece particular estudio. El antiguo reino Suevo fué tan codiciado y tenido en estima por los Godos, que cuando éstos le conquistaron, no entró en su imperio como una provincia cualquiera, mas quedó siempre como reino aparte.

«E si algun escándalo aviniere en la tierra de Spanna ó de *Gulizia* ó de Francia, ó en alguna tierra nuestra que sea de nuestro reino», dice el Fuero Juzgo (Ley IX, tít. II, lib. IX.)

Nuestros padres, cediendo al empuje de los Musulmanes, hallaron en la region del norte el vigor aniquilado con la hueste de Rodrigo, orillas de Guadalete. Recobradas ambas Castillas, Andalucía y las tierras de Levante, descubierta América después, nuestra vida dió el sér á un nuevo mundo. Las ciudades aventajan á primera vista en importancia al campo, la region del norte no tiene grandes poblaciones, y nosotros no profesamos todavía, por

desgracia, aquella noble máxima inglesa de que el hombre hizo las ciudades, el campo le hizo Dios.

Durante los siglos XVII y XVIII, siglos de decadencia para España, no hubo en ésta ojos y alma sino para sus regiones más despobladas del centro y mediodia. En aquellas dos últimas centurias, anteriores á la presente, nuestras calidades padecieron singular alteracion. De graves, sesudos y enemigos de colorines para nuestros vestidos, llegamos en el siglo pasado á tener fama solamente por nuestros bailes y cantares, causa de que nuestros hermanos europeos nos pintaran con guitarra y castañuelas en las manos, acostumbradas otros tiempos á empuñar el cetro de medio mundo.

Llegó el caso—mengua es pensarlo, sonrojo decirlo—de que un príncipe español, el segundo Don Juan de Austria, desacreditase el valor de Iberia, no queriendo mandar sino soldados alemanes. Nuestra disposicion por las armas varió de tal suerte, que la infantería, nervio de todo ejército, no sólo perdió su antiguo renombre, sino que el Ministro Ensenada, llegó á decir á Fernando VI (1): «La caballería, sin gran trabajo se puede renombrar *porque el español se inclina á ella*, y caballos suficientes producirán Andalucía y Extremadura, etc. Lo difícil es el aumento de la infantería, pero no imposible; *los naturales no aman la infantería*, etc.»

De suerte que para el Marqués de la Ensenada no eran Españoles los Catalanes, hijos del alto Aragon, Navarros, Vascos, Montañeses, Asturianos y Gallegos, que apénas montan á caballo. ¡Qué de otra suerte pensaba el Gran Capitan, cuando pedia Asturianos y Gallegos para combatir y vencer á los Franceses de Nemours y á los Escoceses de Aubigny!

Cierto que para decir un estadista afamado como Ensenada, que los hijos de aquellos valientes peones de Rávena y Pavía *preferian* guerrear á caballo; para desconfiar, en suma, de la firmeza de nuestra infantería, que siglos ántes no habia tenido rival, era forzoso gran mudanza en el brioso, constante y esforzado carácter español.

Si en lo que voy diciendo, hallara nádie ni aun sombra siquiera de mala fé, de perversa intencion contra tal ó cual provincia, para ensalzar las del Norte, preferiria callar. Protesto que suponer en mi intencion tamaña infamia, es calumniarme.

La traslacion de la Corte á Castilla la Nueva, puso al Gobierno

(1) Informe para el adelantamiento de la Monarquía y buen gobierno de ella, presentado al Rey en 1751, por el Marqués de la Ensenada.

en más directa relacion con las provincias del Sur y Levante, alejándole por extremo de las provincias del Norte. Acaso estas perdieron tanto como el mismo Valladolid. Orillas de Pisuerga la corte, no habria sido el primer camino de hierro de España el de Alicante, sino el del Atlántico y Francia.

Como quiera, Barcelona, Valencia, Málaga, Sevilla, Cádiz y gran parte de las demás ciudades populosas de España llamaban ante todo la atencion, miéntras los moradores agrícolas ó marineros del norte sólo eran tenidos en cuenta para exigirles sangre y dinero. Harto han dado ya. Tiempo es de estudiar sus poblaciones, artes y costumbres.

Pelayo, asturiano; Alfonso, VII *el Emperador*, gallego; Guzman *el Bueno* y San Fernando, leoneses; el Cid, castellano, hijos son de aquella tierra, allende Guadarrama, á la cual por mucho tiempo llamaron los Musulmanes *Chalikya* (Galicia); prueba de la señaladísima importancia de *Jakobsland* (1), que así llamaban á Galicia los Normandos.

Pero nuestros Españoles de la region boreal, dieron cuanto valian y tenian, inclusa la sangre de sus hijos, por librar á España de la aborrecida raza mestiza de Sem y de Cham, sectaria de Mahoma. España, después de llevar á cabo las más altas empresas que recuerda la historia, vuelve á sí los ojos, y quiere estudiarse y conocerse. A la espada del guerrero y gobernable del descubridor, bien es ya que acompañen el conocimiento de cuanto hemos hecho en ciencias, armas, letras y artes.

Bellísimo resúmen de toda gracia material, recreo de los ojos y encanto del corazon es el alcázar de Alhambra. Cuanto el lujo de las tierras que laten al beso abrasador del Mediodia, pudo inventar para su recreo y placeres, lo halla ó sueña quien visita el palacio de Alhamar.... No permita Dios que España consienta su destruccion.

Pero hay algo, y aún mucho más, que los alcázares de Granada. Al lado del *alharíte*, esté el *franc-mason*, cuyo nombre indica, desde el siglo pasado, cosa harto distinta de lo que eran aquellas corporaciones de arquitectos y albañiles que tan soberbios edificios labraron en Europa durante la Edad Media.

Las catedrales de Leon, Búrgos y Toledo, hermosísima aquella (*pulchra leonina*), admirables estas en sus pormenores y conjun-

(1) *Jakobsland*, Tierra de Santiago.

to, fueron en tiempo las mas conocidas de España. La de Sevilla, si bien de tiempos en que el arte gótico se hallaba en decadencia, merece por sus proporciones y grandeza notable atencion. Hoy desde Barcelona á Pamplona, desde Avila á Zaragoza, están ya recorridos y aun en parte estudiados los hermosos templos con que el arte cristiano ha dejado indeleble huella en nuestra Península.

Una sola region de España quedaba por conocer y ya hay dos libros excelentes sobre la catedral de Santiago; el de Street, de que más arriba he dado cuenta, y otro de D. José Villa-Ámil y Castro, titulado: *Descripcion histórico-artistico-arqueológica de la catedral de Santiago* (Lugo, 1866. Imprenta de Soto Freire, Editor).

Mi objeto ha sido llamar la atencion del lector, llevándole como por la mano y procurando no asustarle,—que el arte y la historia asustan á no pocos,—á los umbrales de algunos monumentos de Galicia, descansando á veces por aquellos campos deleitosos.

De catedrales solamente, hay en este Reino las de Santiago, Lugo, Mondoñedo, Orense y Tuy, todas importantes y dignas de estudio. De monasterios, colegiatas, parroquias y otros templos dignos de mencion fuera la lista más larga de lo que consienten los límites del presente escrito.

Entre tanta riqueza veamos algunas joyas, indicando otras muchas, casi desconocidas ó que lo son del todo. ¡Pluguiera á Dios que mi acento tuviera autoridad suficiente para llamar la atencion de todo buen español!

Nueva vida, nuevo amor al estudio de cuanto es nuestro, cunde por el ámbito de Iberia. Nuestros corazones repiten el eco de una voz que acusa á España de olvido, cuando no de ingratitud.

Vuelva el Español los ojos á tierras donde su sangre regenerada repudió siempre todo maridaje con razas inferiores, y conservando ilesa la tradicion del Arya Asiática, cuna de Celtas y Suevos, mantuvo, primero por las armas y después por las artes, perpétua union con sus hermanas de Europa. ¡Vuelva, como el guerrero moribundo pone todavía el recuerdo y la esperanza en el regazo de su madre.... como el marino, después de dar la vuelta al globo, torna loco de alegría á la costa, donde por primera vez desafió á la inclemencia del Océano.... como el águila, cansada de campos y llanuras, recoge el vuelo, y partiendo á lo alto, busca la peña enhiesta y señera donde anida!!

(Se continuará.) FERNANDO FULGOSIO.

DE LA CAPACIDAD POLÍTICA

EN LOS SISTEMAS REPRESENTATIVOS.

(Continuacion.)

IV.

Frente á frente de la teoría que se conoce con el nombre de sufragio universal y anterior á ésta en el órden histórico, aparece la de los derechos limitados y que se traduce políticamente por la institucion del censo. Más práctica que la primera, no deduce la capacidad política del derecho individual, ni trata de cimentarse sobre la base de la psicología. Sus fundamentos son distintos, aunque, á decir verdad, tampoco se ha presentado nunca del todo lógica con el principio científico que establece.

Para esta escuela—tal como la explicó Royer-Collard,—los llamados derechos políticos no son ilegislables, absolutos y ni siquiera derechos. Arrancando del supuesto de que el fin de la política es social y no individual; partiendo del principio de que la emision del voto es simplemente un medio práctico de realizar la organizacion del poder, traza una línea divisoria, un muro de separacion entre los derechos civiles y las funciones públicas. Los primeros corresponden al hombre como tal, aunque determinados y regularizados; las segundas sólo pueden confiarse al ciudadano en cuanto ofrezca garantías positivas de cumplir discretamente el fin político. Bajo este criterio, la escuela á que nos referimos

busca la capacidad política en el terreno de la capacidad *efectiva* deduciéndola de datos exteriores.

Pero hemos dicho ya que esta escuela tampoco suele presentarse de todo en todo consecuente, y vamos á probarlo. Es por demas que en el terreno de las doctrinas separe con fino escalpelo la nocion del derecho y la de las funciones públicas que la política trae inherentes, si en la práctica ha revestido siempre el desempeño de tales funciones con el carácter de *un derecho*. Los favorecidos por la ley, los que reciben esta investidura por reunir las cualidades determinantes de la capacidad, no la ejercen como acto *obligatorio*, sino que á tenor de su capricho la practican ó descuidan sin darle cuenta á nádie, ni quedar sujetos por ello á correctivo ni sancion de ninguna clase.

Esta circunstancia, de carácter accidental, ha contribuido en gran manera á que se perdiese de vista la naturaleza de los derechos políticos en la Monarquía constitucional. A los ojos del radicalismo, las personas revestidas con las condiciones externas de la capacidad, eran como los privilegiados de aquel órden de cosas, los señores feudales de la libertad, los bracmanes del siglo XIX, que al compas de las circunstancias y segun lo estimaban conveniente, salian de sus tiendas para tomar parte en la organizacion del poder ó abandonaban esta tarea considerándola como liviana ocupacion de gente moza. Bajo esta funestísima influencia, el prestigio del cuerpo electoral decreció considerablemente; y miéntras por un lado, los Gobiernos invocaban los títulos de la *capacidad* como fundamento, como determinacion del derecho, por otro los favorecidos, los privilegiados, los sedicientes *capaces* hacian alarde de no estar, ni con mucho, á la altura de esa capacidad que por convencion se les atribuia. Esta es la verdad, y no hay para qué recatarlo. La ignorancia, la indiferencia, el nepotismo, hasta la venalidad en determinadas ocasiones han sido piedra de escándalo para los buenos y honrados, ántes que el sufragio se convirtiera en atributo comun á todos los varones mayores de 25 años.

Entre tanto, las clases inferiores de la sociedad, que presenciaban los malos ejemplos, y estaban sobreexcitadas por efecto de una propaganda pertinazmente insidiosa, ardian en el deseo de ocupar un puesto en el banquete y tomar parte directa en las funciones de la política. Y hasta cierto punto su pretension era lógica. Si el criterio de la limitacion no impedia los abusos de la ig-

norancia y de la misma venalidad, ¿en nombre de qué interes ó alto principio se privaba del sufragio á clases enteras? Si los llamados á ejercer un ministerio público no comprendian su trascendencia y lo desdeñaban por falta de educacion, ¿cómo decir que se excluia á las clases inferiores por poco preparadas é inconscientes?

Estos argumentos, fundados en una práctica abusiva, que al principio se oyeron con indiferencia por estadistas y repúblicos poco previsores, cundieron luego con la velocidad del rayo y prepararon el estallido de la revolucion. Y consumada esta, para huir de los abusos del censo, se proclamó el sufragio universal; para evitar el inconveniente de que la capacidad política se vinculara en unos pocos, que á veces no estaban á la altura de su mision, se extendió el sufragio á un número mucho mayor que reconocidamente no lo estaba; para contrariar los perjuicios inherentes al censo, se adoptó la ilimitacion del derecho sin otros requisitos determinantes que los dos temperamentos fisiológicos del sexo y de la edad.

Ahora bien; basta considerar á cierta profundidad las causas generadoras del mal, para que se advierta lo incongruente del remedio que se adoptó con el propósito de hacer frente á la enfermedad que se observaba. Si la indiferencia nacia de la poca ilustracion de los escogidos, ¿habia de cesar á proporcion que se ensanchara el número de los *incapaces*? Si la corrupcion era obstáculo á que los hombres dotados de ciertas condiciones ejercieran sus derechos con independencia, ¿debia esperarse la extirpacion del mal porque entraran en el concierto de la vida pública otros ciudadanos *ménos independientes* todavía? Si las clases que se llamaban privilegiadas tenian, en efecto, escasos elementos de capacidad *positiva*, ¿habia de corregirse el mal condensando aun mayormente las tinieblas de la ignorancia, y dilatando el círculo de los incapaces é ineptos? O, en otros términos, ¿de la suma de las incapacidades habia de brotar la expresion de la capacidad?—No es fácil legitimarlo en buena lógica, á ménos que la democracia se prometiera cicatrizar ó restañar las hondas llagas del cuerpo social mediante una novísima aplicacion de aquel principio homeopático *similia similibus curantur*. Pero si en la ciencia médica es dudosa la autoridad de este principio, aún nos parece más controvertible en el campo político.

Como quiera que sea, al adoptarse el sufragio convencionalmente llamado universal, la escuela novadora cayó en los mismos errores que habian sido el obstáculo, la piedra de tropiezo para la doctrinaria. Decíase ántes que el organismo de esta última era una armazon puramente artificiosa, un convencionalismo, un agregado de *ficciones* en desacuerdo con la realidad social, y por una anomalía inexplicable la revolucion exageró las dificultades en vez de disiparlas. Tratábase de desvanecer una *ficcion* que servia de sustentáculo á la teoría del censo limitado, y lo que se hizo en hecho de verdad fué prohijar otra *ficcion* más hueca é inverosímil todavía. Los Gobiernos limitados partian del supuesto de que, dadas ciertas condiciones externas, la profesion de determinadas carreras ó el pago de cierta cuota anual á título de impuesto, la capacidad debia *presumirse*: esto no era la verdad en algunos casos: después se reconoció que la capacidad debia *presumirse* por las simples condiciones de sexo y edad, y esta ficcion es mucho más absurda que la primera. El espectáculo de Francia, España y demas países que han aprohijado las formas del derecho novísimo, si algo demuestra es que el sufragio universal, áun en el sentido de sufragio lato, no existe de hecho, sino que es reemplazado por la soberanía de la inteligencia relativa dentro de cada bandería ó parcialidad. Sí, no nos cansarémos de repetirlo; la masa del pueblo no vota jamas, ni ejerce las funciones que se suponen; en ciertos distritos rurales se mueve bajo las mismas influencias que la institucion del censo, y en los grandes centros, quien vota por él es la pléyada de los hombres más ó ménos bien intencionados y diligentes que se ocultan detrás de esa pantalla que tiene por nombre la clase proletaria, y que sabe halagar y electrizar sus instintos prometiéndole innovaciones y mejoras que casi nunca realiza en el poder. Más tarde, cuando las ilusiones lozanas y primerizas de hoy se hayan desvanecido, cuando la rotacion de los sucesos haya puesto de relieve la impotencia de los novadores y la esterilidad de los programas políticos si no se apoyan en la opinion ilustrada y las virtudes cívicas, la masa popular tampoco votará por sí, sino que, convertida de radical y demagógica en satélite ó aduladora de la dictadura ó del cesarismo, venderá por un plato de lentejas esa diadema esplendorosa de la soberanía individual con que sus cortesanos trataron de enaltecerla y glorificarla. Y esto lo saben perfectamente las escuelas revolucionarias;

así es que su sistema, mejor que en beneficio de la clase proletaria, se predica y fomenta en ódio á las que suelen llamarse privilegiadas. Los argumentos capitales en que se funda no son positivos, sino de negacion; más claro, para orillar y resolver el problema de la capacidad, no se inquiere y escudriña de buena fe si los llamados al sufragio universal son realmente *capaces* (que es lo que debiera demostrarse), sino que todo el esfuerzo de su dialéctica laboriosa se reduce á patentizar que por el hecho de la limitacion resultaban favorecidos algunos incapaces, miéntras se apartaba de los comicios electorales á otros de cuya inteligencia y educacion no podia dudarse.

Por otra parte, la experiencia acredita que en los grandes sacudimientos de la sociedad no todo es obra de los revolucionarios.

El publicista aleman, autor de la *Historia del siglo XIX*, Gervinus, observa con razon, en un pasaje de este libro, que el amor al bien, desviándose de su cauce, obra algunas veces sobre nuestra época con la eficacia y trascendencia de un elemento revolucionario altamente peligroso. Por efecto de este impulso, generoso en el fondo, se exageraron los inconvenientes del censo durante la monarquía de Julio; y aun en España no han faltado espíritus superiores que, en alas de su ardentísimo é inacabable celo por la causa del bien, han contribuido, y no poco, á preparar la revolucion que ha hecho retemblar en su cimiento los pilares de nuestra constitucion social. Bien se comprende que aludimos á la falanje católica llamada así por excelencia y á su malogrado jefe el Marqués de Valdegamas. Ante las irregularidades y fluctuaciones del parlamentarismo, ante los abusos que ocurrian cada vez que se dirigia un llamamiento al cuerpo electoral, ante la accion no siempre justificada y discreta de los gobiernos y la debilidad de los electores, ante los estravíos é intemperancias de la «bella pecadora» como solia llamarse á la discusion, era costumbre del grupo á que nos referimos denunciar al público las demasías y los escándalos que se observaban fulminando anatemas tremebundos contra el poder y deslumbrando á las gentes con golpes de efecto y rasgos de apocalíptica elocuencia.—Sucedia esto á raiz de las complicaciones y trastornos que produjo la revolucion de 1848; y el resultado de tanta porfía hubo de ser que, en lugar de considerarse la obra de la política como paulatinamente perfectible, en lugar de estudiarse serenamente las dificultades con que luchaba el sis-

tema constitucional en su terreno propio, es decir, no perdiendo nunca de vista la limitacion del sér humano y las contrariedades relativas de cada pueblo en el tiempo y en el espacio, se estimuló inconsideradamente al espíritu revolucionario aun por los que ménos interes mostraban en desenvolverlo y fomentarlo. Otra cosa hubiera sido en el caso de que las escuelas conservadoras, penetradas de la gravedad de las circunstancias, estuviesen á la altura de su mision poniéndose al lado del principio de autoridad, y, en vez de excitar el espíritu aventurero y levantisco de las razas y los pueblos meridionales, procurasen, como la aristocracia de Inglaterra, ayudar al poder con elementos positivos preparando á los ineptos y favoreciendo el desarrollo de la educacion moral é intelectual. No se hizo así por desgracia, y, después de sembrar vientos, era natural que más tarde se cosecharan tempestades. Conste por lo tanto que en la sacudida revolucionaria de que tanto se duelen y lamentan algunos, no todo es obra del periodismo ni de las predicaciones tribunicias: si el pueblo la impulsó, la desacertada conducta de las clases superiores ha sido su cómplice.

V.

Sentados estos precedentes en el campo de la crítica histórica y doctrinal, pasemos á formular nuestra opinion sobre el problema de la capacidad política.

Hace tiempo nos propusimos sondearlo un poco en sus relaciones con el sistema representativo, y, sin pretension de ningun linaje, darémos á conocer el pobre fruto de nuestras vigilias.

Veamos, ante todo, el procedimiento empleado para estudiarlo. Aplicando el método de observacion recomendado por Le Play (1), y examinando en conjunto la manera como resuelven la dificultad los Gobiernos de Europa y América, se nos presentaron frente á frente dos sistemas: el de los derechos individuales, ó que propendía á considerar la capacidad política como una manifestacion de la capacidad civil; y el que trazaba una línea divisoria, una valla entre la libertad civil y el ejercicio de las funcio-

(1) Véanse sus obras "La reforma social en Francia y la Organizacion del trabajo."

nes políticas. Desde luego, sin embargo, advertimos que en ningun pueblo campeaba y dominaba el primer sistema en toda su latitud y con sus consecuencias lógicas, sino que en la práctica se tenian como necesarias para el ejercicio del derecho individual las condiciones de educacion y competencia: tanta era la fuerza del segundo sistema que lograba imponerse á sus detractores bajo una forma más ó ménos encubierta.

Otro dato hubo de presentarse inmediatamente á nuestra consideracion, y es, que si como los Gobiernos todos, aun los mas obstinados y recalcitrantes, pensasen en rendir un tributo de homenaje á la democracia, verdadera pasion del siglo, como dijo Guizot, por diversidad de caminos, senderos y atajos, los poderes públicos de los países civilizados tendian á ensanchar la base del sufragio para templarse, en cuanto fuese posible, en las corrientes de la opinion y no vivir un solo momento divorciados del espíritu de la época. Por un lado, pues, el ejercicio de los derechos se procuraba que radicase fundamentalmente en las condiciones, no *finjidas*, sino *reales* y positivas de la capacidad; por otro, se ostentaba el vivísimo anhelo de sustraer el campo político de la influencia del monopolio y poner en consonancia las leyes con las costumbres, las ideas con los sentimientos, la forma con el fondo, la organizacion legislativa con el pensamiento de la sociedad. En vano se decia por la democracia que los partidos conservadores eran reaccionarios: precisamente uno de sus caractéres típicos era la tendencia á liberalizar y mejorar, pero paulatinamente, con firmeza y seguridad; por otra parte, tampoco era justa la acusacion que estos últimos fulminaban á las veces contra los innovadores suponiendo que lo sacrificaban todo á las exigencias del individualismo y al espíritu de rebeldía.

Pero si bien colocados en el terreno de la observacion, pudimos juzgar á plena luz y libres de vulgares prevenciones el fin de las dos escuelas, no por eso habiamos de permanecer neutrales en la contienda, ni exagerar los deberes de la imparcialidad hasta el punto de que en las investigaciones de la legislacion comparada se ofuscase la conciencia del observador y se perdiesen en este traicionero laberinto las reglas de nuestro criterio. No, aun haciendo justicia á la lealtad de los adversarios, aun comprendiendo que sus intenciones se apartaban mucho del bastardo intento que la pasion les atribuia, conservamos íntegra la fé de nuestra escuela,

y, poniendo en contacto los dos sistemas que hemos descrito, optamos por el segundo sin desconocer ni menoscabar el levantado propósito á que responde el primero. O, en otros términos, al decidirnos por la segunda aspiracion tuvimos en cuenta señaladamente que ella constituye el medio natural y filosófico para la realizacion de la primera en lo que tiene de justa. Empero, no por esto pudimos echar en olvido los errores y los abusos á que habia dado lugar la teoría de los derechos limitados; y, si le prestamos nuestra adhesion, fué con el aditamento de varios requisitos y condiciones que le permitieran ilustrarse, moralizarse y desenvolverse.

Hé aquí, pues, la explicacion de nuestra doctrina.

En el campo de la ciencia jurídica aparecen siempre dos nociones fundamentales: la del derecho y la del poder. La primera es esencialmente egoista, y expresa la extension de nuestra libertad racional en provecho propio. La segunda presupone tambien ampliacion, ejercicio de libertad, pero no es ya con fines exclusivamente particulares: mejor que un derecho es un cargo, una funcion pública, un ministerio que la ley confiere á los que considera capaces de realizar un fin determinado. El derecho, como condicion necesaria para que el hombre realice sus destinos, aparece con la misma individualidad; la idea de poder es relativa á cierto desarrollo físico y moral, á la posesion de ciertos requisitos, á la posibilidad de realizar el fin que lo determina.

Cualquiera que se fije atentamente en el carácter distinto de estas dos ideas fundamentales, comprenderá á primera vista que el problema de la capacidad política, mejor que á la nocion del derecho, en sentido estricto, corresponde á la órbita del poder. No existe para lisonjear la vanidad del hombre ni satisfacer sus caprichos, sino para realizar un bien; no tiene por objeto el fin inmediato de que el ciudadano emita un sufragio, sino la buena organizacion del poder; no responde á la conveniencia particular, sino á la utilidad comun ó social. De tales precedentes se deduce que proclamar la legitimidad del derecho político como inherente á todo indivíduo, es desnaturalizar el fin de la política y el carácter del poder. Desnaturalizar la idea política en cuanto sacrifica la buena constitucion del organismo gubernativo, *esencia* de la cosa, al hecho de que en semejante tarea intervenga mayor ó menor número de personas, circunstancia puramente *accidental* en la

cuestion. Y desnaturalizar el carácter del poder, toda vez que lo confiere á un gran número de ciudadanos, sin curarse de averiguar anticipadamente si los favorecidos reunen ó nó las condiciones necesarias para cumplirlo.

En esta dificil materia, pues, lo que importa principalmente es el fondo y no la forma; de manera que teniendo por base la capacidad *de hecho*, no hay inconveniente en que el poder se ejerza por el mayor número. Al contrario: ya verémos á su tiempo que donde la cultura y la capacidad son generales, lo lógico y conveniente es ese mismo sufragio universal, que como necesidad jurídica rechazarémos siempre. La historia enseña, efectivamente, que donde dicho sistema rinde buenos resultados, no es porque se respete la esencia de un supuesto *derecho* humano, sino porque el desarrollo de la civilizacion, el incremento adquirido por las condiciones de inteligencia y moralidad hace sumamente difícil designar quiénes son los escogidos entre la masa de los ciudadanos. Por manera que en tales pueblos la cuestion electoral se resuelve de un modo opuesto, enteramente opuesto al sentido con que en España se plantea. Aquí se dice comunmente que por no saber hallar quiénes son los *capaces*, la cordura aconseja entregarse á los azares de la ignorancia; allí se considera que por ser difícil señalar una masa privilegiada en inteligencia y moralidad, lo mejor es invocar el concurso de todas las clases.

La cuestion de capacidad política, por lo tanto, es de utilidad comun y no de derecho estricto; y la regla fundamental en el asunto, á despecho de todas las teorías, es que la capacidad del derecho se funde, en cuanto sea posible, sobre la capacidad *de hecho* ó efectiva. Al escribir estas palabras, sin embargo, no pretendemos, ni con mucho, haber resuelto la cuestion: dejamos sentada una fórmula abstracta, y nada más.

Falta ahora —y es lo difícil precisamente — averiguar cuáles son, entre los elementos de la sociedad, los que mejor representan la capacidad *efectiva* en cada momento histórico.

Entre los maestros y campeones del sistema constitucional se observan disidencias en este punto. Para unos el elemento más apreciable es la instruccion; para otros la propiedad ó la riqueza; los hay, finalmente, que buscan con preferencia la representacion del os grandes intereses sociales.

Confesamos que, constitucionalmente hablando, no nos satisfa-

ce ninguna de estas fórmulas. La instruccion tiene importancia, pero no es el todo, y tanto como ella al ménos valen la independencia y la moralidad; la riqueza individual dista mucho de prestar una regla de criterio constante é inequívoca para resolver una cuestion de capacidad. Y la razon es óbvia. O la riqueza se admite como patente de aptitud personal, ó en el sentido de que ella presupone el trabajo, es decir, el triunfo del espíritu sobre la materia. La primera suposicion la destruye la experiencia: dejando aparte que hay ricos incapaces, no podemos prescindir de que en todos los países existen muchos hombres capaces que no son ricos. En cuanto á la segunda, todavía es ménos satisfactoria. Si honrar á la riqueza es honrar al trabajo, la riqueza honrada debe ser la personal, no la trasmitida ó heredada; y, sobre todo, si la consideracion que le sirve de base es firme y valedera, cae por tierra, en un instante, el edificio de la capacidad relativa, y lo estrictamente lógico es admitir á todos en el ejercicio del sufragio, supuesto que todos los hombres trabajan, que todos desenvuelven sus facultades activas, y dichosamente se hallan comprendidos en la ley económica de la solidaridad. Más claro: si el trabajo *anterior* puede ser termómetro de capacidad, con mayores títulos reclamaria sus fueros y prerogativas el trabajo presente.

La calidad de propietario tampoco es garantía absoluta de capacidad. Y aunque lo fuere, colocados en este terreno nos sería difícil señalar la línea de intervencion que revela la aparicion del derecho; pues, como está demostrado, las formas de la propiedad son múltiples y dilatadísimas, y el jornalero es propietario tambien en cierto sentido.

Una consideracion análoga se nos ocurre respecto de que el Estado busque con preferencia la representacion de los grandes intereses sociales. Todos los que la nacion encierra, en cuanto son legítimos, merecen ser atendidos y respetados, y por lo tanto lo grande y lo pequeño dependen en la generalidad de los casos del punto de vista que escoge el observador.

En este conflicto debe adoptarse una fórmula distinta y que, aunque conduce á resultados parecidos, es la única que responde al fin de la política y la idea de poder. El ejercicio de las funciones políticas pertenece, *no personalmente* al rico, al propietario, ni al hombre ilustrado, sino en conjunto á la *mayor ilustracion é independencia relativas de un Estado.*

Miéntras la cuestion se coloque en el terreno individualista en que generalmente se revuelve, es irresoluble. La inteligencia de cada uno en particular no siempre se revela por señales exteriores; la moralidad, como cosa de fuero interno, se resiste á ser determinada por condiciones externas y taxativas.

Si se tratase, pues, de sondear é investigar la inteligencia y moralidad de cada indivíduo—lo hemos dicho ya—el problema sería irresoluble. El criterio de la profesion que ejerce cada uno, el de su riqueza, el de su nacimiento, todos aparecen ocasionados á decepciones. La experiencia demuestra, v. gr., que no hay título por elevado que sea que constituya siquiera una credencial de sentido comun, y de lábios que académicamente debieran considerarse autorizados se oyen contínuamente sandeces, inepcias y lamentables desbarros que no aceptaria como suyos el último gañan. Por otra parte, la calidad de rico, la circunstancia de pagar una cuota superior de imposicion, no es garantía absoluta, ni mucho ménos, de que un indivíduo represente el grado de ilustracion suficiente ó posea la dignidad y la independencia de carácter necesarias para el ejercicio de la soberanía. En una palabra, no existe un rasero perfecto para conocer la moralidad y la inteligencia de *cada indivíduo*; adóptese el sistema que se quiera, resultarán siempre incluidos algunos que no lo merecen, y excluidos otros que pudieran estar continuados: es un achaque indeclinable de la limitacion humana extensiva tambien á los Gobiernos.

Para resolver la dificultad conviene tomar un punto de vista más seguro. La observacion da á conocer un hecho, un fenómeno de gran importancia social que, apreciado en su justo valor, resuelve el conflicto, ó, cuando ménos, nos suministra un rayo de viva luz entre la densidad de las tinieblas. La cuestion que era irresoluble en el terreno individual, se simplifica y despeja en el terreno general de las agrupaciones, en el de las grandes masas.

¿De qué se trata cuando se estudia el problema de la capacidad política?—De hallar la suma, el extracto de la mayor capacidad circunstancial, de la mayor independencia y de la mayor educacion relativas de un pueblo. Pues bien; colocada en este terreno la dificultad, se esclarece súbitamente. Los mismos que pondrán en tela de juicio que un diploma académico sea garantía de capacidad en el indivíduo, se verán imposibilitados de poner en duda que las clases facultativas y literarias representan, en globo, un

mayor grado de ilustracion y cultura que otras inferiores. Del mismo modo, aunque se reconozca que ocupando una posicion aventajada viven algunas personas entregadas al regalo y á la molicie, y destituidas cási de conocimientos útiles, no puede controvertirse que la riqueza, como tal, facilita considerablemente la educacion y la instruccion de las familias, poniendo en las manos de los hombres medios positivos de obtenerla. Y que esto no es una suposicion aventurada lo prueba la experiencia del mundo; de manera que en tanto la riqueza se considera como *presuncion* de capacidad que los mismos radicales truenan enérgicamente contra los poderosos y opulentos en el sentido de que, poseyendo infinitos medios de hacer bien y ocupando un nivel superior á las demás clases, no están á la altura de sus deberes.

Además, siquiera sea cierto que la instruccion y la riqueza no siempre van acompañadas de independencia y dignidad, ello es que una y otra favorecen de tal manera la independencia que, faltando su concurso, esta última se hace ilusoria. Así, en vano el hombre completamente ineducado blasona de su independencia personal cuando en la práctica se halla á la merced del primer explotador que hace propósito de engañarle. Y del mismo modo, el ciudadano que vegeta desdichadamente en el seno de la penuria y el desvalimiento, está necesitado de condiciones verdaderamente heróicas para defender, contra las asechanzas de la corrupcion mundana, la pureza de su conciencia política. Cervántes dudaba en su tiempo de que el pobre «pudiese ser honrado:» sin llegar á tanto, bien podemos nosotros negar categóricamente que la falta de recursos con que lucha cási siempre el proletariado, le permita educar sus facultades á la altura de la importante tarea que se le encomienda, y más todavía de que el estado de privacion en que vegeta, le permita llenar dignamente sus deberes políticos.

Es seguro que el radicalismo democrático de nuestra época tendrá por inexactas estas afirmaciones. Hace tiempo que se observa señalado empeño en atribuir á la clase proletaria un grado de preparacion suficiente para tomar parte en las tareas de la vida política, deduciéndola del empeño y la tenacidad con que lo reclama, sobre todo en los grandes centros de poblacion. Este argumento, sin embargo, no basta para convencernos. La avidez con que el proletariado reivindica los que llama sus derechos en esta parte, no es cuestion política; es una manifestacion, una faz de la lucha

económico-social que mantiene contra las clases privilegiadas. El secreto, la clave del fabuloso medro y desarrollo que han obtenido modernamente las ideas democráticas, no pertenece á la política, sino á la moral social. El principio de igualdad se preconiza, no como resultado de una educacion suficiente, que sería lo importante, sino como arma de combate y en ódio á los ricos; de forma que, como advertia hace años Emilio Ollivier, el auxiliar más positivo de la democrácia en el mundo, es un sentimiento bastardo, la envidia (1). Por esto no es de extrañar que en nuestros dias en que la envidia y la malquerencia se hallan exacerbadas y como en su período álgido, el campo democrático dilate tan asombrosamente sus confines. ¿Y cómo no habia de ser así? Este fenómeno aparece natural; y dejando aparte un grupo de hombres bien intencionados, encendidos en la antorcha de la caridad, que miran la cuestion política como la realizacion social del Evangelio, ello es que bajo los anchos pliegues del pabellon democrático se cobija tambien una gran parte de los que viven mal avenidos con el Código penal, de los descreidos, de los petardistas, de los tramposos, de los que crían mala sangre contra todo órden de cosas bien organizado y estable; en una palabra, aquel conjunto de hombres y familias que forman en los países civilizados lo que un economista respetable, M. Fregier, apellidaba por pintoresca manera clases dañosas (dangereuses) de la sociedad.

De cuyas observaciones se desprende, pues, que lo que se señala como un adelanto político, no es en el fondo sino un peligro social. Importa poco que se hable de la capacidad y de la iniciativa del proletario cuando sin esfuerzo se trasparenta el móvil perturbador á que obedece; que se difundan, por un lado, doctrinas de caridad y de justicia, acentos de reconciliacion y dulcedumbre, miéntras por otro se estimulan sordamente trasnochados ódios entre el capital y el trabajo y se prepara insidiosamente la realizacion de un estado de cosas en que los supuestos señores de ayer habian de ser los explotados del dia siguiente. Esta es—duele reconocerlo—la meta á que se encaminan los esfuerzos de muchos agitadores; este el ideal que acarician en sus vigilias y lucubraciones. ¡Como si la obra del progreso pudiese cimentarse sobre cadáveres y hacinadas ruinas! ¡Como si los pueblos hubieran de asentar el majestuoso

(1) Recientemente hemos visto la misma idea en un libro de E. Renan.

edificio de su prosperidad sobre despojos ensangrentados y fuese posible enrarecer y purificar la atmósfera con voces de venganza y estallidos de amarga desesperacion!

El reconocimiento de este peligro indica el puerto de salvacion en medio de la borrasca que corren los intereses sociales.

Ante los siniestros avances de la idea socialista y comunista, ante el peligro que nos amenaza, ante los esfuerzos que hace el error para desvirtuar la influencia del elemento moral, ante la afanosa solicitud que se desenvuelve para oscurecer en las conciencias la idea de Dios, desterrar de la política el espíritu gerárquico y degradar á la mujer, esa triple empresa de gigantes que, como ha observado Le Play, absorbe y consume á tantas inteligencias varoniles de nuestro tiempo, necesario es despertar del letargoso sueño y saber apercibirse para hacer frente á las tribulaciones del porvenir. Y el primer paso debe ser, en nuestro concepto, evitar que tan insensatas aspiraciones entren en el campo de la vida política por el portillo del sufragio universal; torcer la impetuosa corriente igualitaria que hoy nos sojuzga y avasalla; poner en màs estricto acuerdo la política con las exigencias morales de la sociedad; sacrificar un poco las pretensiones del individualismo á los intereses colectivos de la asociacion; subordinar la razon política á la razon práctica; dar cimiento y firmeza al principio de gobierno y á la buena administracion de justicia; y, en resúmen, declarar guerra implacable, sin tregua ni descanso, á esa libertad vertiginosa y anárquica que, como decia la madre de los Gracos, pone satisfaccion y regocijo en los malos y hace estremecer á los buenos.

Esta es la gran mision del poder público y de los sistemas representativos en el momento histórico que alcanzamos. Para obtener este grandioso resultado, ¿qué importan los pequeños sacrificios? ¿Qué importan las dificultades inherentes á todo sistema misto? ¿Qué importa, por ejemplo, que al formular las bases y las condiciones de la capacidad política en el sentido de conveniencia social y no individualista, la limitacion de las facultades humanas, inherente tambien á los hombres de gobierno por más encumbrados que se consideren, no permita que todos los ciudadanos inteligentes, morales y bien intencionados de un país estén comprendidos en las tablas del censo, ni que puedan utilizarse y aprovecharse con matemática exactitud todas las partículas de capacidad política que existen en el seno de una sociedad? ¿Qué

trascendencia podrá tener que algunos ignorantes resulten incluidos en el censo si á su lado figuran al mismo tiempo y contrastan su influencia gran número de personas investidas de la capacidad necesaria y otras justamente celosas de que los elementos de progreso sigan su marcha concertada y tranquila? ¿Qué importancia puede darse al hecho, tan decantado y repetido, de que por los azares y caprichos de la suerte tal vez un editor oscuro é ignorante ejerza el derecho electoral, miéntras el literato, que abastece sus prensas, se ve privado de este beneficio por no pagar directamente cuota alguna de contribucion?—A la verdad que estas inclusiones y exclusiones del antiguo sistema tienen bien escasa importancia para que, al efecto de impedirlas, se sacrifique sistemáticamente la capacidad verdadera á la *razon del número*, y se dejen abandonados é indefensos altísimos intereses cien veces más venerandos que la negra honrilla de algun escritor ó el envidioso impulso de los que han dado en la flor de apellidarse los desheredados de la vida social. Y tanto más, en cuanto el sufragio que se llama ilimitado tiene tambien su criterio de limitacion, y desde el momento en que se subordina á los requisitos de sexo y edad ofrece anomalías idénticas á las que trataba de corregir. Es doloroso, ciertamente, que el literato ó el artista pueden resultar excluidos del censo en ocasiones; pero no lo es ménos que en nombr del individualismo filosófico se conceda al paleto más záfio é ignorante la investidura que no tendrian la baronesa de Staël ó Mme. Recamier por razon de su sexo, ó que se negaria á Pascal, Mozart, Pitt y demas talentos precocísimos que la historia registra en sus anales si hubiesen pretendido ejercerla el dia ántes de llegar á la mayor edad.

En resúmen, sea el que fuere el sistema electoral que se adopte en los sistemas representativos, descansará siempre sobre una *ficcion*, porque la ley no puede regular la capacidad concreta de cada indivíduo: siendo así, pues, la cordura y el buen sentido político aconsejan posponer el elemento individual al social, el derecho á la funcion pública, el egoismo á la utilidad comun.

Colocado en este terreno el hombre político, vislumbra ya sin esfuerzo la manera como puede resolver el problema electoral. Tratando de buscar la mayor inteligencia, moralidad é independencia colectivas de un país, no tiene más que fijarse en los *hechos* que suceden á su alrededor. Si en las clases literarias y facultativas se en-

cuentra realmente un nivel superior de ilustracion, debe darles una influencia correlativa á la capacidad que representan. Si la riqueza expresa colectivamente un grado mayor de cultura y facilita la independencia, tampoco puede prescindir de este hecho. De manera que aunque el sábio y el ignorante, el rico y el pobre sean iguales ante la ley, y valgan lo mismo como hombres, teniendo en cuenta que aquí no se trata de su identidad psicológica, sino de la mayor probabilidad que ofrecen respectivamente de llenar en conciencia una funcion pública, lo más cuerdo y oportuno es abandonar las abstracciones de la metafísica para buscar la capacidad donde se encuentra de *hecho*, es decir, entre los elementos más ilustrados é independientes del Estado.

Pero hasta aquí no hemos visto más que una fase de las dos que presenta el árduo problema de la capacidad política.

Dijimos ya que, observando la manera cómo los pueblos han constituido su sistema electoral, habiamos notado que en el asunto de que hablamos juega siempre una doble influencia: la cuestion de capacidad en sí, y la conveniencia de que las leyes se formulen, en cuanto se pueda, como producto de una necesidad comun realmente sentida. De modo que si el primer elemento es convergente y tiende á restringir, el segundo es expansivo y propende á dilatar y ampliar el número de los electores en cuanto sea compatible con los intereses morales y materiales de la sociedad. Suponiendo que en la materia no hubiese más que un interes exclusivo, asegurar la representacion de la capacidad, por eliminacion se iria reduciendo el círculo de los electores hasta el punto de encomendar esta tarea á la Academia de Ciencias morales y políticas. Por reverso, teniendo en cuenta tan sólo la conveniencia de que las leyes nazcan como producto genuino de la opinion, el sufragio habia de ser más legítimo en cuanto más lato y extenso. En este estado, la política aconseja un procedimiento que tienda á concordar ámbas tendencias, á sintetizar, por decirlo así, el principio de la capacidad y el sentido social.

Y esta doctrina, que por una parte viene justificada con la experiencia de los pueblos que mejor han revelado el sentimiento de la libertad, y por otro se explica *à priori* por la variedad y complexidad de los elementos que la vida social atesora, tiene tambien en su apoyo la autoridad de los grandes maestros de la política. Entre ellos citarémos al Conde Jhon Russell en su importante *En-*

sayo sobre la historia del Gobierno y de la Constitucion británicas. En la introduccion de esta obra, el ilustre hombre de Estado se ocupa de examinar la cuestion electoral; y después de impugnar las teorías individualistas que le salen al paso, condensa en unas pocas bases los que, á su juicio, merecen el nombre de principios fundamentales en este asunto, y son:

1.° Que el cuerpo electoral signifique y exprese principalmente el término medio de la inteligencia comun.

2.° Que ofrezca en conjunto garantías suficientes de atender á la conservacion de la propiedad.

3.° Que aunque no pueda responderse de su completa incorruptibilidad, no aparezca ante la opinion pública como tachado de corrupcion: Y

4.° Que pueda ser considerado como expresion de las tendencias generales de la comunidad por sus íntimos lazos con la opinion pública (1).

¡Qué diferencia entre el sentido práctico, el exquisito conocimiento de la sociedad en que vivimos, revelado por cada una de las proposiciones que anteceden, y la vaguedad con que el espíritu filosófico de nuestros individualistas plantea y solventa la cuestion! ¡Qué diferencia entre la Nacion Británica haciendo del toque del Gobierno una cuestion de buen sentido y de experiencia, y la democracia del continente, mensajera siempre de derechos *ilegislables* en teoría, pero forjadora de cadenas y dictaduras en la práctica!

Antes de concluir este capítulo harémos presente que, en nuestra opinion, la teoría del censo ó del derecho limitado tiene ménos prestigio del que merece por no haberse establecido nunca en un terreno franco y despejado y admitiendo sus consecuencias naturales y legítimas. Si no corresponde á la esfera del derecho individual, el sufragio representa un deber, un cargo, una funcion pública, y en este caso no se comprende cómo su ejercicio es voluntario y no da lugar á la debida responsabilidad por los abusos y manejos de que es susceptible. Quien posee un derecho, puede ejercerlo ó renunciarlo, ya que existe en su favor; no se comprende que el hombre tenga en sus atribuciones y caprichos dejar de practicar aquellos actos que por su capacidad *presunta* le están conferidos en nombre propio y representacion de los demas. Igual-

(1) Trad. francesa de Carlos Bernard, pág. 38 de la Introduccion. 1865.

mente, como las costumbres son el gran auxilio de las leyes, no sería de escasa utilidad y trascendencia que los Gobiernos, en vez de explotar y utilizar habitualmente, siquiera con miras elevadas, la incapacidad social, dieran el saludable ejemplo de reprimir algunos de los manejos á que se prestan en manos de hombres poco capaces, y que en ciertos casos no sería difícil justificar. Es ajena de este escrito la tarea de estudiar en concreto el mecanismo, la manera práctica como el sufragio se habia de hacer obligatorio y quedar sujeto á responsabilidad. Para nuestro propósito basta con la enunciacion de la idea, á fin de que se sepa que, al negar la calidad de derecho á la emision del voto en los comicios, no retrocedemos por ningun estilo ante las consecuencias de nuestra doctrina.

Por ciertas personas que estudian concienzudamente los problemas de la ciencia social, se ha pensado en hacer del ejercicio del sufragio una cuestion, no individualista, sino corporativa ó de clases, dándoles en cierto modo una representacion correlativa á su influencia en la sociedad. En principio esta idea no se aparta de los fundamentos que nosotros aceptamos en la cuestion electoral y propende, de una manera más directa todavía, á contrarestar el espíritu democrático ó igualitario. Prácticamente, sin embargo, ofrece dificultades, y no pocas, hacer revivir en el terreno de la política un espíritu corporativo que apénas se manifiesta en la sociedad. Desde la caida de los gremios, la opinion tiende al arrasamiento de los desniveles exteriores entre las colectividades ó granos sociales y, siquiera sea útil contrarestar esta tendencia niveladora, dudamos mucho de que esto pueda alcanzarse empleando medidas directas enderezadas al renacimiento de lo que va debilitando la mano del tiempo, *maximus novatur tempus*. De todos modos, repetimos que en el campo teórico no podemos rechazar esta idea, y que la dificultad para nosotros es meramente práctica ó de organizacion. Hace poco soltamos una idea que está necesitada de cierta explanacion y desenvolvimiento. Decíamos, como recordarán nuestros leyentes, que nosotros rechazábamos el sufragio universal como la fórmula del derecho en la cuestion de capacidad política; pero que en determinadas circunstancias lo admitiriamos como conveniente. Y es la verdad. Cuando las condiciones de inteligencia y moralidad son tan generales en un pueblo que el espíritu del cuerpo electoral, aun extendiéndose á todos los varones mayores de veinte y cinco años, no es obstáculo para que realice

la diversidad de los fines que tan perspícuamente le atribuye el ilustre repúblico inglés ántes citado; cuando el *hecho* corresponde al *derecho* y el *medio* al *fin*, léjos de estimar peligroso que todos los ciudadanos concurran á las funciones de la vida pública, tal medida realiza, en nuestra opinion, el ideal de los sistemas representativos. ¿Qué más puede desearse que ver establecida en una sociedad la capacidad de *derecho* de todos los ciudadanos como simple expresion de la capacidad de *hecho* ó efectivo?

Entre tanto, sin embargo, lo condenamos con todas nuestras fuerzas aplicado á pueblos incultos combatidos por el espíritu de exajeracion y donde las fuerzas de la generalidad de los hombres son más activas desgraciadamente para el mal que para el bien. Y nuestra conviccion sobre este punto es tan inveterada, que en el sufragio universal es donde creemos ver hace tiempo el más grave peligro de la sociedad moderna.

Sea esto dicho en el terreno de las doctrinas y sin menoscabo de la obediencia y rendido acatamiento que, como españoles, prestarémos siempre á la Constitucion del Estado.

(Se continuará.)

JOSE LEOPOLDO FEU.

Barcelona, Abril, 1870.

RUINAS DEL CASTILLO DE TUDELA.

Los recuerdos que, perdidos entre las edades remotas, vienen de vez en cuando á herir nuestra imaginacion con la viveza que hieren á la mente de un anciano las conmovedoras escenas que en su infancia presenciara, cúbrense de un velo sombrío para el filósofo, y de color de rosa para el poeta. Delante de unas ruinas, el hombre pensador habrá de hacer historia; el hijo de las Musas pedirá á su laud armonía. Meditará el uno bajo el peso de abrumadoras ideas al comparar la nada de la humanidad con lo infinito del tiempo, y elevará el otro un canto plañidero que consuele á la pena de su alma, pues el poeta goza áun gimiendo.

Todo lo que es muy antiguo nos inspira algo de ese respeto peculiar á lo misterioso. El hombre no sueña solamente con el porvenir; sueña tambien con el pasado. Lo primero es tan natural como el revestir de las imágenes halagüeñas de la esperanza las siniestras huellas que deja la desgracia en el campo de nuestra existencia. Lo segundo es el signo más característico de la edad caduca; carácter que ya hacía notar Horacio respecto á su época, y que, al sobrevivir al mundo romano y á las inmensas vicisitudes de la Edad Media, infiltrándose de igual modo en todas las generaciones modernas, puede formularse en estos términos: «Lo anterior es mejor que lo posterior.» Absurdo que sólo se concibe soñando; y tan irrealizables son los sueños de los viejos como los de los niños.

Cuando nos detenemos á considerar el aspecto de unas ruinas tan imponentes como las que forman el objeto del artículo presente, podrá ocurrírsenos admirar la férrea virilidad del siglo que las diera el sér, el que levantara al coloso sobre sus hombros de gra-

nito, el que hiciera erguirse su frente entre el fragor de las tempestades, armando á su brazo formidable con el rayo de las batallas; pero de ningun modo habrémos de empequeñecer á los siglos, de aquel sucesores, no más que porque presenciaron impasibles el derrumbamiento de tal gigante, abandonando su carcomido esqueleto á los siniestros buhos.

I.

Descúbrense las ruinas del castillo de Tudela en el concejo de este nombre, á dos leguas de la capital de Astúrias, sobre el monte llamado Pico de Lanza. A las faldas de este monte existia, durante la dominacion romana, la ciudad de Lancia, cuya posesion fué considerada por los dominadores del mundo de tal importancia, que en tiempo de Augusto edificaron para su defensa la fortaleza de *Tutela*, nombre que en la Edad Media sufrió la ligera adulteracion con que hoy se le conoce, ya con objeto de contener las frecuentes sublevaciones de los indomables montañeses, ya de precaverse contra los amagos de las tribus bárbaras.

Hasta la invasion de los Sarracenos fué el castillo para el país lo que un altivo señor para sus esclavos, por más que no siempre sufriesen con resignacion los *Astúres* el abuso constante de su poder. Pero desde la época citada los esclavos hallaron, entre los brazos fortísimos del señor, seguro asilo, humanitario albergue contra el terrible conquistador. La antigua raza sojuzgadora se confundió y hermanó con la vencida, por arrojar de su suelo á los hijos del desierto.

Lo mismo que sus leones, embistieron contra Lancia y su castillo. La ciudad fué arrasada, pero el coloso se irguió sobre sus humeantes escombros, merced al heroismo de los compañeros de don Pelayo, cuyos esfuerzos eran multiplicados hasta un límite fabuloso por el aliento de la fe y por el valor de la constancia. La epopeya de Covadonga no se iniciaba con ménos grandiosidad en el lugar más célebre que nuestra historia señala, que bajo los derruidos cuanto olvidados muros de Tudela.

Vanamente estrechaban el sitio los Árabes, puesto que, obligados de contínuo á distraer lo más florido de sus ejércitos contra las furiosas arremetidas que sufrian, ya de un lado, ya de otro,

por aquellos incansables guerrilleros, que caian sobre ellos como avalanchas desde lo alto de sus montañas, y cuyo rápido acrecentamiento amenazaba convertir un dia en sitiados á los sitiadores; cada vez que intentaban el asalto, experimentaban, con nuevas é irreparables pérdidas, la imposibilidad de la rendicion de los firmísimos baluartes.

El mismo Tarik, el invencible, el mimado por la victoria, aquel guerrero, cuya sangrienta huella no se ha borrado todavía de las márgenes del Guadalete, hubo de humillar su frente orgullosa ante el gigante de Tudela, que le vió volver grupa desesperado y desaparecer con rumbo á Leon en medio de sus huestes. Y aquella retirada, aunque sin desórden, era la primera derrota de Tarik.

Desde entónces libró el castillo de Tudela á la parte principal de Astúrias de las incursiones agarenas. Pasaron muchos años: alejóse la guerra de las fronteras de la provincia, y los inexpugnables muros quedaron á solas con el respeto venerable que á las gentes del país infundian. Mas no por ello quedó su importancia anulada, y del dominio del Concejo pasó á la propiedad Real, sin que las crónicas que hablan del caso determinen la época en que sucedió, mencionando únicamente, que el año de 1222 fué conferido el título de Gobernador al Jefe de la guarnicion de la fortaleza.

II.

Queda reseñada la primera parte de la historia del castillo; y ántes de principiar la segunda, que, si no tan gloriosa, ofrece en su grande interes mayor variacion y certidumbre indudable, no habrá de conceptuarse inoportuno el dirigir una rápida ojeada al estado social de Astúrias, durante casi toda la Edad Media.

De entre las nuevas generaciones que surgieron simultáneamente con la dominacion de los Sarracenos, surgió asímismo, mucho más desigual que nunca, la servidumbre de los débiles bajo los fuertes; advirtiendo que los señores asturianos, aquellos nobles improvisados que arrancaran con las lanzas su ejecutoria de los broqueles de sus contrarios: aquellos rudos soldados que debian la obediencia y acatamiento de sus compañeros á un valor más terrible que el suyo, á una impiedad más feroz con el vencido, daban á la referida servidumbre un carácter tan cruel é irritante

como era humana y llevadera la impuesta por los conquistadores.

Llevaba entónces el Asia en cultura algunos siglos de ventaja á la Europa, y por la ley eterna é inmutable del progreso, así como los Romanos habian tenido por bárbaros á los Españoles y á los Godos, así tambien, junto á la civilizacion de los hijos de la Arabia, bárbaras habian de sér las costumbres de los descendientes de Romanos. Porque los restos de la dominacion del gran imperio en la península ibérica, al perder su nacionalidad confundiéndose con los naturales, no hallaron mejor medio de borrar sus huellas de oprobio, que bajarse hasta el tosco nivel de su primitiva rudeza.

Los jefes animosos que entre los Cántabros y Astures eligiera D. Pelayo para dar principio á la reconquista, tardaron muy poco en ser sustituidos por los señores de horca y cuchillo, quienes no tanto se cuidaron de llevar sus mesnadas á la frontera, como de alimentar sus mútuas rivalidades en sangrientas peleas, con gran desolacion del país é irremediables detrimentos de sus moradores.

Pasado el peligro comun, rechazados los Agarenos á las llanuras de Castilla y á los valles de Andalucía, natural hubiera sido que la fraternidad más humanitaria volviera á aposentarse en los libres hogares, bajo las bóvedas de aquellos magníficos bosques, en medio de aquella naturaleza cuya exuberancia y prodigalidad convidan á la union y á la concordia

Y asi sucedia, en efecto, dentro de las cabañas, pero no en las moradas señoriales, tan numerosas como inexpugnables á la sazon, en el reino asturiano. Cada castillo era un nido de buitres, cuya voracidad insaciable nunca dejaba de encontrar alimento, ya entre los siervos miserables, ya entre sus rivales altaneros.

El de Tudela, no tanto por lo ventajosísimo de su posicion, cuanto por la férrea estructura de sus almenadas torres, que con decir que eran de construccion romana no habrá necesidad de añadir nuevas palabras á las de su mayor encarecimiento, habria necesariamente de ocasionar desgracias más considerables. Así, al ménos, lo consignan antiguos cronicones, en los que, sin duda por hallarse escritos por monges asturianos, se ha querido evitar la vergüenza é indignacion que habia de arrojar la posteridad sobre la memoria de aquellos inhumanos señores, omitiendo sus nombres, ó dejándolos completamente sepultados bajo el polvo de sus archivos.

Nada hay tan sombrío y horrible como algunas narraciones

histórico-fantásticas que aun hoy dia puede escuchar el viajero de los lábios de los campesinos tudelanos, con referencia á los calabozos y subterráneos del castillo en los primeros tiempos de dominacion de los señores de pendon y caldera.

En dichas narraciones abundan sobremanera las heroicidades de bandoleros convertidos en libertadores del pueblo, las violaciones de doncellas, espantosamente vengadas por manos misteriosas, los combates de los desalmados caballeros con vestiglos y dragones guiados hasta las profundidades subterráneas donde el fruto de sus rapiñas encerraban, por medio de columnas de fuego que súbitamente aparecian en los espacios, ó por flamígeras antorchas que negros demonios llevaban con giro vertiginoso.

No faltan tampoco rasgos de extremada hidalguía por parte de alguno de los señores, ni hazañas tan maravillosas como las de los caballeros de la Tabla Redonda. Ni se echa, á las veces, de ménos, el nunca bien ponderado enano del cuerno de la abundancia, ni la poética dama blanca de las leyendas alemanas: en lo cual claramente se desmiente á los que niegan á nuestras provincias del Norte su analogía con las razas eslavas. Cierto que la dama blanca es el alma de todas las leyendas principales de la Alemania, y que en las de Astúrias sólo de vez en cuando aparece como un elemento secundario; pero esto procede de la grande alteracion que sufrieron aquellas razas entre nosotros, desde siglos remotos, por repetidísimas invasiones, que naturalmente habian de impelerlas hácia su centro primitivo, los bosques de la Germania.

Tan densa como fué la oscuridad de la historia durante los primeros siglos de la Edad Media, tan radiante apareció el brillo de las tradiciones romancescas, de las leyendas milagrosas, de los cuentos cuyas fantásticas proporciones dejaban atrás á los de las «Mil y una noches.»

No habiendo quien contase ó quien escribiese los rasgos de la Gloria y del Amor con la sencillez de la verdad, necesariamente habian de apoderarse de su campo las acaloradas imaginaciones por el abundantísimo alimento que donde quiera encontraban, y que ofrecia á su atrevimiento la credulidad sin límites de la ignorancia.

No resiste el autor de este artículo al deseo de trascribir aquí una de las tradiciones á que se refiere, aunque promete hacerlo de la manera más concisa, siquiera como muestra de las creencias populares de Astúrias, respecto á uno de sus monumentos famosos.

III.

Arruinado hoy completamente el castillo de Tudela, y sin haber encontrado en las crónicas, detalles suficientemente descriptivos para que en presencia del resto aislado de un torreon, el único que no ha concluido de desmoronarse, y de los cimientos que se descubren, y llegan á once piés de espesor, pueda suplirse con probabilidad de certeza, al descuido ó negligencia de los cronistas, y á la saña implacable de los tiempos, habrá que prescindir de tan importante circunstancia, respecto al interes de la relacion.

Era, segun el cómputo popular, á principios del reinado de Alfonso VI, cuando dominaba en el castillo uno de esos señores cuya generosidad y valor constantemente ofrecian motivos de alabanza á la consideracion de sus vasallos; quienes en prueba de ella, añadian los dictados de «muy noble y dadivoso» á su nombre de Don Albar Tellez.

Tenía este caballero una hija hermosa como la primavera de los valles del Nora, y pura como el cristal de la fuente de Guanga (1), la de virtudes maravillosas. Ningun mancebo podia envanecerse de haber atraido una mirada de sus ojos de color de cielo, por apuesto y gentil que le encontraran las demás doncellas del país.

Llamábase Hermesinda, y en prueba de cariño, su padre la habia ofrecido casarla con el hombre que fuera de su gusto, en la seguridad de que no habia de entregar su mano sino al más digno de poseerla, y nunca á indivíduo alguno de otra religion que la cristiana.

Tiernamente la repetia su oferta al declinar de una tarde de otoño, hallándose una y otro disfrutando de apacible temperatura, asomados al balcon principal del torreon de oriente del castillo, cuando apareció de improviso un ginete árabe á la entrada del puente levadizo. Venia cubierto de polvo y jadeante, perseguido por una turba inmensa de hombres, mujeres y muchachos, que le arrojaban piedras y ballestas.

---

(1) Existe en lo alto de una montaña, casi á las márgenes del Nalon, y dominando á la villa de Právia. Segun los campesinos, toda doncella que lava el rostro en sus aguas, lava tambien sus malos pensamientos.

Insuficiente á resguardarle contra su innumerable multitud el ancho escudo, pugnó por revolver su cabalgadura sobre la muchedumbre, al encontrarse con el puente, aguijoneándole sangrientamente, ya con los acicates, ya con la punta de su cimitarra, que blandia con el desembarazo propio de un caballero.

Y el noble animal, herido y maltratado, revolvió á tiempo que D. Albar con enérgicas voces, y Hermesinda agitando su blanco pañizuelo, pudieron contener á los perseguidores, quienes *incontinenti* se dispersaron, haciendo acatamiento á su señor, no sin que alguno protestase asegurando que habian querido matar ignominiosamente á aquel perro musulman, por traidor y por villano, más que por enemigo de su fe y de su pátria.

Y hubo todavía quien se atrevió á suplicar á D. Albar que les permitiese dar cumplimiento á su homicida proyecto, jurando y perjurando que habia de ser un acto de justicia divina y humana.

Pero el castellano de Tudela, atento únicamente á sus sentimientos de caballerosidad, y sin otra guia que un generoso impulso hácia un enemigo solo y perseguido, y perseguido por villanos, mostrando ser un caballero, un hombre de su altiva clase, aunque de pueblo distinto, mandó que en el acto fuese alzado el rastrillo del puente, y á los pocos momentos el Arabe descabalgaba briosamente dentro del patio del castillo, entre numerosos pajes, escuderos y palafraneros, que el honor de servirle aparentaban disputarse, puesto que su voluntad repugnaba lo que el mandato de su señor debia hacer agradable.

Hermesinda vió á aquel hombre, y su rostro de azucena coloreóse como una aurora de Mayo. ¿De dónde procedia aquel dulce fuego? Sólo podria ella habérselo preguntado á su corazon, único responsable, á juzgar por su temblor y repentino azoramiento.

Hacer aquí un retrato del Arabe caballero, seria casi poner en duda el exquisito gusto de la delicada doncella, y por más que haya de defraudar las esperanzas de alguna curiosísima lectora, me limitaré á decir que era todo lo perfecto que puede suponerse, el tipo varonil más acabado de la raza árabe pura; un moreno de ojos negros y ardientísimos, frente prominente, nariz aguileña, barba sedosa, cabeza arrogantísima, sobre un cuerpo no ménos arrogante.

Don Albar recibió á su huésped á la entrada del salon destinado á los festines y otras solemnidades, haciéndole alzar del suelo,

donde habia hincado una rodilla, obstinándose en besarle la mano con vivas muestras de gratitud.

Aben-Zobey,—que este dijo era su nombre,—dando á entender que no desconocia completamente el lenguaje castellano, lo cual no ha de causar extrañeza á quien tenga presente la aficion de los Arabes al cultivo de los idiomas y el contacto en que se hallaban con nuestro pueblo; refirió que, á consecuencia de un disgusto grave que habia tenido con su Rey Almemun (1), se alejara de Toledo en busca de Alfonso VI, con ánimo de pasar en su corte el tiempo necesario á que este huésped y amigo de su monarca hubiese de conseguir volverle á su gracia.

Añadió que el Rey de Castilla, aunque le recibiera con atencion y consideraciones, le habia manifestado que no creia prudente su permanencia en medio de su Corte, dándole al propio tiempo guardias suficientes á acompañarle á otro punto de su reino que designara, lo cual habia llevado á cabo, acordándose de la buena fama de Don Albar Tellez, para suplicarle la hospitalidad que acababa de obtener.

Preguntándole D. Albar la causa de haber llegado sin la escolta y en la deplorable situacion de que le librara, contestó que habia despedido á los guardias á su llegada al Concejo de Tudela, porque se habia considerado más seguro bajo la salvaguardia del nombre de su señor.

Mordióse los lábios el Castellano, y observó que la ignorancia de los villanos tan sólo pudiera ocasionar el conflicto, asegurándole castigaria á los culpables, y acompañándole en seguida á la bien exornada habitacion que le destinara.

Al saludar á Hermesinda, lanzó sobre ella Aben-Zobey una mirada como un relámpago, y, al contestarle con otra la hermosa doncella, confundiéndose las dos miradas, se convirtieron en un rayo, rayo de amor que D. Albar no vió brillar.

A la mañana siguiente, muy temprano, invitó á su huésped á acompañarle á la caza del jabalí, y el huésped aceptó de muy buen grado, ocultando su inmensa satisfaccion al saber que la cristiana beldad, de quien ardientemente se enamorara, habia de ser de la partida.

Púsose en movimiento todo el castillo, y á poco salia de sus puertas una lucida cabalgata, seguida de innumerables monteros

(1) Almenon le llaman otros.

y de una jauría considerable, internándose en los bosques seculares situados á un tiro de ballesta de la parte occidental del castillo.

Hermesinda, sobre una hacanea blanca como el armiño, cabalgaba entre su padre y Aben-Zobey, que gallardamente dominaba un potro negro como el abismo, y cuya ancha nariz parecia aspirar el fuego del Africa.

Aben-Zobey ahogaba sus suspiros; Hermesinda velaba sus miradas.

La caza principió. El eco sonoro de la trompa retumbó de valle en valle y de montaña en montaña, asustando á los tímidos corzos y haciendo salir con furia de sus guaridas á los fieros jabalíes.

En la distribucion de puestos habia correspondido uno de los más peligrosos al Castellano, su hija y Aben-Zobey, solos. Pasó, no obstante, algun tiempo, sin que indicios descubriesen de que habia de cumplirse su deseo. Unicamente les entretuvo una corza que mató el Arabe con su jabalina, con una destreza que asombró á sus compañeros, cortándola en seguida la cabeza y presentándosela galantemente á Hermesinda, quien la aceptó con un rubor que hizo la ventura del diestro cazador.

Impaciente D. Albar salió á recorrer los demás puestos, con objeto de enterarse de las dificultades que se oponian á la continuacion de la caza con el éxito que esperaba, y dejando en tanto á su hija encomendada á la guarda de su huésped.

Este era el momento anhelado por Aben-Zobey para arrojarse á los piés de la doncella, y jurarla un amor eterno y delicioso como el paraiso de las huríes, á ella, la reina de la hermosura, la sultana de sus sueños, la vírgen de ojos de cielo y mejillas de azucena, la que Alá habia enviado al mundo para hacer la felicidad de su siervo Aben-Zobey, el vasallo poderoso, cási tan poderoso como el rey Almemun, que le temía y envidiaba, y por eso le habia obligado á abandonar su corte, donde él poseia alcázares y jardines maravillosos que ofrecerla, esclavos para servirla, y valientes guerreros para custodiarla.

Prolijo fuera expresar cómo acrecentaria las proporciones de esas magnificencias la ardiente imaginacion y el amoroso entusiasmo del Arabe.

Hermesinda temblaba enagenada por la ilusion al escucharle, y al rogarle que no continuase de hinojos ni hablase á su corazon con aquella mágica elocuencia, no tuvo valor para libertar á su mano de nieve de los besos febriles de sus lábios de fuego.

Aben-Zobey la propuso la huida; Hermesinda contestó que tal propósito era de imposible cumplimiento, y que desgarraba su filial corazon. Volvió á arrojarse él á sus plantas, y volvió ella á decirle con lágrimas en los ojos que si queria hacerla feliz bastaba con que se convirtiese á su religion; porque entónces su padre consentiria, puesto que la habia ofrecido casarla con el hombre á quien quisiera, y no habia de dar su mano á quien al adorarla á ella no adorase igualmente á su Dios, el Dios verdadero.

Iba el enamorado musulman á prometer y á jurar el cumplimiento de cuanto ella quisiera, á tiempo que hendieron los aires, partiendo de lo más espeso del bosque, gritos de espanto y de dolor, que debian anunciar alguna terrible desgracia.

Impulsados por el mismo sentimiento, Hermesinda y Aben-Zobey se lanzaron al lugar del peligro. Cruel y horrible espectáculo hirió sus ojos. Ante ellos yacian dos moribundos; un hombre y una fiera: el hombre era D. Albar Tellez; la fiera un oso gigantesco, que aún, cubierto de heridas y de sangre, afianzaba una de sus garras poderosas sobre el pecho desgarrado del caballero.

Hermesinda cayó como herida de un rayo sobre el cuerpo de su padre, y Aben-Zobey, después de rematar al feroz animal, hubo de llevarla en sus brazos á la orilla de un arroyo inmediato, yerta como un cadáver, y manchado de negra sangre el blanco cendal que su seno velaba.

A este tiempo llegaron presurosos varios monteros, y descubrieron igualmente, y levantaron de entre unos matorrales vecinos, el cadáver de otro compañero, horrorosamente despedazado por la fiera, y por cuya salvacion intentada yacia su señor moribundo.

El duelo de aquellos hombres, tan rudos como fieles, fué imponente, conmovedor, sombrío y mudo en unos, ruidoso y exaltado en otros. Estos hicieron trizas en un momento, en su impotente rábia, el cuerpo enorme del oso; aquellos hicieron pedazos el tosco lienzo de sus camisas para contener el rio de sangre que manaba de las heridas de D. Albar, y para retener por breves instantes su postrer aliento.

Uno de ellos ayudó á Aben-Zobey á volver en sí á Hermesinda, por medio del agua del arroyo.

Y pasaron algunos meses; y el Árabe continuaba en el castillo de Tudela, prodigando á la huérfana dolorida los consuelos de su amoroso sentimiento, con asombro y escándalo de los vasallos de

D. Albar, á quien habian dado sepultura al dia siguiente de la catástrofe, en la capilla de su mansion.

Y acrecentóse la indignacion de aquellos leales, cuando vieron á Hermesinda trocar su brial enlutado por las alegres galas del himeneo; cuando contemplaron á aquella hija del más cabal cristiano, dispuesta á entregar, con su mano, las primicias de su virtud y de su hermosura, á quien ostentaba, sobre el turbante aborrecido, la aún más aborrecida Media Luna.

Aben-Zobey habia seducido á Hermesinda hasta el punto de reducirla al lazo conyugal, sin que él hubiese sido bautizado, aunque con la promesa de verificarlo al propio tiempo ó inmediatamente después de las bodas.

Menos crédulos los Tudelanos que su confiada señora, dispusieron una venganza terrible para la misma noche de la fiesta nupcial, secundados por la mayor parte de la guarnicion del castillo, pues sólo á unos cuantos demasiado codiciosos y un si es no es desalmados, habian conseguido atraerse las dádivas y astucia del Arabe.

A altas horas de la noche indicada, á pesar de que el castillo resplandecia como una áscua de oro, por las iluminaciones de la fiesta, siniestros augurios resonaban alrededor de sus almenas, producidos por los buhos y otras aves nocturnas; augurios que no tardaron en verse justificados.

Al estruendo espantoso de un encarnizado combate, se unió el fragor del incendio en el torreon de Oriente, que era el principal, donde se defendian, como tigres acorralados, los servidores de Aben-Zobey contra los innumerables acometedores que sobre ellos lanzaban toda clase de armas mortíferas y con especialidad enormes piedras, desde los otros torreones, desde el patio y desde afuera.

Aben-Zobey alentaba á los suyos, sosteniendo á Hermesinda entre sus brazos: pero, en un momento que dieron de tregua los sitiadores á su devastadora faena, desapareció con su preciosísima carga, sin que ni unos ni otros hubiesen podido averiguar su paradero.

—Digo—sí lo averiguaron, pues los Tudelanos creen hoy como artículo de fé que Hermesinda y su seductor fueron ahogados entre las llamas por D. Albar Tellez, que se alzó vengador de su tumba de la capilla; y respecto á los compañeros de Aben-Zobey, alguno, de vista larga, alcanzó á distinguirle penetrando en tierra de los suyos, y llevando á la grupa de su magnífico potro, de color de abismo, á la enamorada cuanto bella Hermesinda.

Queda de esta tradicion el referir que, después de tal desenlace, amigos y enemigos tornaron á hacer las paces, volviendo asimismo á construir, entre todos, el derruido é incendiado torreon de Oriente.

IV.

Llegando ahora á la última parte histórica de los recuerdos que trae á la mente el aspecto de las ruinas del castillo de Tudela; ya explorado el campo de la tradicion y conocidas las creencias que el fanatismo religioso y el pátrio entusiasmo han arraigado en el país; resta manifestar que hasta principios del siglo XIV no volvió á recuperar la famosa fortaleza la importancia perdida, y fué con ocasion de las reñidas contiendas entre el Obispo y el Concejo de Oviedo, durante la ausencia larga de D. Rodrigo Alvarez de Asturias (1) *Corendero* del Rey.

Asalariada por el Obispo la guarnicion del castillo, hacía incursiones por el Concejo, cometiendo atropellos y robando á sus habitantes, en tal manera que, indignado el Rey D. Alonso XI, escribió al Obispo y su cabildo en 2 de Octubre de 1315, reprendiéndoles severísimamente por los daños causados á los pueblos. Y como no bastasen amonestaciones, llegó á poner sitio al castillo Don Rodrigo Alvarez, durante la primavera del año siguiente, logrando apoderarse de él, después de muy obstinada resistencia.

Vuelto el castillo, después de este desastre, al poder real, distinguióse por su fidelidad al Rey D. Pedro, habiendo sostenido varios sitios, sin entregarse á las tropas de D. Enrique, sino en el último extremo de desesperacion de sus defensores, y cuando hubieron sabido el trágico suceso de Montiel.

Don Enrique le cedió á su hijo natural, D. Alfonso Enriquez, el cual, en abierta rebelion contra su hermano D. Juan I el año 1381, le obligó á acudir á Astúrias con el ejército real, y poner al castillo el último de los sitios que sufrió; pues, habiéndose apoderado de él, por asalto, no sin tres meses de terrible asedio, ordenó su desmantelamiento completo en 1382. Y tan completo fué, que no se hizo necesaria la poderosa ayuda del tiempo, para que el viajero exclame, con tristeza melancólica, al detenerse en lo alto del Pico de Lanza: «hé ahí los miserables restos de un monumento célebre»: «hé ahí las ruinas del castillo de Tudela.»

(1) Autoridad superior en la provincia.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XXVIII.

SEGUNDO PASEO POR LA CIUDAD.

Cuando llegamos á casa, nos esperaban para comer: era ya muy tarde.

—En dónde habeis estado, Mendoza? — me dijo el Sr. Silaydi.

— En el hospital, querido, oyendo una conversacion muy agradable.

—Sobre qué?

—Sobre el hombre, es decir, sobre el modo como le consideran los médicos de Saturno.

— Y os ha gustado?

—En extremo.

—Entónces habeis oido á Sattulo.

—Calla, le conoceis?

—Y quien no conoce á Sattulo? Sattulo, querido Mendoza, es un hombre de mérito, á quien se oye siempre con gusto: ya no me admira la tardanza de papá.

—Pues vamos, no hagamos esperar á las señoras.

Estábamos reunidos, y sólo nos faltaba Nostrendy.

—Que le avisen, — dijo el Sr. Nomara.

Salió al instante un ayuda de cámara, que no tardó en volver,

diciendo que estaba el Sr. Nostrendy acabando sus preparativos de marcha, y que pronto bajaria.

—Está solo?—dijo el príncipe.

—Con el Sr. Nomatty.

—Entónces debemos esperarlos,— dijo la princesa.

—Señora, — dijo el ayuda de cámara, —me encargó el señor Nostrendy rogase á V. A. que principiasen á comer, pues él y el Sr. Nomatty sólo tomarian un bocado.

—Pues comamos,—dijo el Sr. Nomara.

Noté que Aneyda y su hermano apénas tocaban los manjares, y que parecian como disgustados: pensé que algo acaso habia pasado entre ellos y Nostrendy.

Este apareció, por fin, visiblemente alterado. El Sr. Nomatty, por el contrario, me pareció más satisfecho que nunca, cosa que me sorprendió en extremo. ¡Cuánto no hubiera dado por saber lo que habia pasado entre los dos!

—Hicisteis vuestros preparativos, Nostrendy?—preguntó el principe.

—Sí, tio.

—Pues comed algo.

Y volviéndose á su amigo, añadió.

—Sentaos, Sr. Nomatty.

Sentados todos, dijo con aire resuelto la princesa.

—Cuidado, Nostrendy, con que no os detengais mucho, y que traigais á vuestra hermana para que presencie vuestro enlace con Aneida, que se efectuará tan pronto como volvais.

—Bien, señora, así lo haré.

—Y que venga, — continuó la princesa, —en el supuesto que ha de pasar con nosotros algun tiempo. Lo oís?

— Si señora, y os repito que así lo haré.

—Lo que importa, Nostrendy,—dijo el Sr. Nomara,—es que recabeis de vuestro tio que retire las tropas de la Ciliana: haced cuanto podais por conseguirlo.

—Lo haré, señor,—contestó Nostrendy,— pero temo mucho que no pueda complaceros, porque conozco al rey, y sé que la toma de Talussa es su idea favorita.

—Entónces,— repuso el príncipe,— esforzaos para que acceda á la conferencia.

—Eso es más fácil, y me prometo conseguirlo.

—A qué hora pensais salir?

—Después de media noche.

—Pues recogeos pronto, y dormid algo.

—Ya pienso en eso, —contestó Nostrendy.

A los postres, y ántes que de costumbre, Aneyda, que se sentia algo indispuesta, se retiró con su madre. El Sr. Nomara y M. Leynoff se levantaron poco después para dar su paseo acostumbrado. Silaydi, Nostrendy, Nomatty y yo nos quedamos en la mesa tomando café.

—Con que, ¿cosa convenida, eh?—dijo Silaydi, así que quedamos solos.

—Sí, — contestó Nostrendy, — si no lo impide algun suceso inesperado.

—Y qué suceso ha de impedirlo, Nostrendy?

—Qué sé yo? Pero si nada acontece, de seguro vendrá Silody.

—En ese caso, ningun obstáculo hallarás por parte de mi hermana.

—Lo crees así?— dijo Nostrendy, mirándole con fijeza.

—Lo juro, — contestó Silaydi.

Nostrendy se inmutó visiblemente. Cada seguridad que le daba su primo era para él una puñalada, pues veia cuanto se oponia á su dicha el compromiso contraido con Nomatty. ¿Cómo éste, que conocia su amor y la impetuosidad de su carácter, no se apresuraba á librarle de él? Porque era tan malvado, como religioso Nostrendy en cumplir su juramento. Además, tenía sus planes, que conocerá el lector más adelante.

¿Pero como Nostrendy, si pensaba dar gusto á Nomatty, ofrecia traer á Silody consigo? Esto me daba mucho en qué pensar. El Sr. Nostrendy dijo:

—En hora buena.

—Tú cumple por tu parte, — dijo Silaydi, — que de la mia yo respondo. Ahora te ruego que entregues esa carta á Silody: va abierta, y en ella le participo tu consentimiento y mi deseo de que venga pronto á Romalia.

—Se la entregaré,-contestó Nostrendy, metiéndola en su cartera.

¿Porque el Sr. Nomatty estaba tranquilo, á pesar de la seguridad con que hablaba Silaydi? Los sucesos lo dirán.

—Y ahora que vás á hacer? —preguntó Silaydi al Sr. Nosendy.

—Algunas despedidas, y á acostarme.

—Pero nos verémos ántes de marchar, nó?

—Se supone, — contestó Nostrendy.

En seguida se marcharon él y el Sr. Nomatty. Solos ya, me dijo el Sr. Salaydi, que como procedia de buena fé estaba alegre con las promesas de su primo.

— Ahora, Mendoza, os prendo.

—Me prendeis! y con qué objeto?

— Con el de que me dediqueis todo el dia de mañana.

—Hola, y qué hemos de hacer?

—Muchas cosas: primero, algunas visitas; luego os enseñaré las escuelas, ó cualquier establecimiento público; por la tarde recorrerémos los cafés, después pasearémos, y luego irémos al teatro.

—Soberbio, amigo! precisamente era eso lo que deseaba, sin que hasta ahora hubiese podido conseguirlo.

— Y con quién? con papá? Nunca va al teatro, y se halla muy á gusto con M. Leynoff, que tampoco me parece muy aficionado á estas diversiones. ¿Con Nottely, á quien os veo tan íntimamente unido? Me parece demasiado formal ese jóven para que quiera llevaros á esos sitios. Os faltaba yo, Mendoza, que hago á todo, y héme aquí.

—Cabal, amigo; y ahora podré gozar con vuestro padre, M. Leynoff y Nottely de las cosas sérias de Romalia, y con vos, de sus encantos. Qué diantre! Aún soy demasiado jóven para que no me guste divertirme.

— Yo lo creo, y otro tanto hicieron ellos cuando eran de nuestra edad. Con que cosa convenida, eh?

—Sí.

— Irémos á pié para pararnos en cualquier sitio, y así gozarémos más.

—Corriente. Y si acaso se nos reune Nottely, os disgustará?

—A mí? Todo al contrario, me agradaria en extremo; quien se disgustaria sería él.

—Es un brillante jóven, verdad?

Esto lo dije con el objeto de sondear sus disposiciones respecto de una persona que me interesaba tanto, y ver qué partido podria sacar de él en los acontecimientos que preveia iban á sobrevenir.

—Yo lo creo, Mendoza; y aunque no le debiera la vida (porque

se la debo, amigo, sin el menor género de duda), diria lo mismo. Diantre! Todo lo reune, buena figura, talento, instruccion y un valor á toda prueba. Oh! es un verdadero fenómeno ese jóven. ¿Cuál será la beldad que logre algun dia cautivarle? Envidiable sería la tal niña.

Mi corazon latia de gozo al oir estas palabras, y tentado estuve á decirle algo; pero recordando el amor que tenía á Silody, y la esperanza que fundaba en el que Nostrendy tenia á su hermana para conseguirla, me parecian demasiado prematuras estas explicaciones, y creí prudente esperar á que los acontecimientos me proporcionasen una coyuntura más feliz; así es, que me contenté con responderle.

—Con efecto, querido; mucho debiera envanecerse una mujer con tal conquista, porque Nottely, como vos decis, no tiene igual.

—Papá le quiere sobremanera, y aún me parece que Aneyda le estima mucho. Sólo en mamá he notado cierta frialdad.... un no sé qué.... En fin, yo le preguntaré el motivo.

Temblé al oir esto; pero como cualquiera palabra que se me escapase, pudiera hacerle caer en la verdad, me contenté con decir:

—Sería alguna aprension vuestra.

—Puede ser, puede ser, pero nó: Diantre!—dijo de pronto, y como si acabase de asaltarle alguna idea;—después de un servicio como el que me hizo, esa frialdad es muy notable. Ya veré, ya veré....

Y luego volviéndose á mí, añadió:

—Os dejo, Mendoza.

Y estrechándome la mano, se marchó.

A la mañana siguiente, salimos muy temprano de casa.

Siempre me sorprendia el no hallar en las calles ninguna de esas caras patibularias que recorren las ciudades de la Tierra. En Saturno, ó á lo ménos en Romalia, no veia más que semblantes francos, y de una inteligencia muy superior á la que suele tener el pueblo. Jamás percibí que se burlasen de mi talla, que debia sorprenderles en extremo. Tampoco manifestaban esa curiosidad nécia que lastima á las personas delicadas, y excepto la primera vez que nos veian, no hacian más alto en nosotros que en cualquiera. Eran afectuosos y amables con M. Leynoff y conmigo, y lo eran unos con otros hasta el punto de no haber presenciado una sola riña miéntras estuvimos en Romalia: se les veia entregados al trabajo,

sin que en las calles se observase ese barullo, ni ese ruido atronador que en la Tierra producen los vagos, las mujeres del pueblo, los coches y las campanas. Era una delicia caminar por aquellas calles, en que además de su extremada limpieza, nada nos molestaba, pues los carruajes y los caballos, que tantos sustos causan á los distraidos de la Tierra, tenian un sitio destinado para ellos.

Tan absorto iba en estas contemplaciones, que lo notó Silaydi.

—En qué pensais, Mendoza?—me dijo.

—En el juicio y cultura de estos habitantes.

—Qué! no son así los de la Tierra?

—Particularmente si; pero en lo general.... Decidme, Silaydi, hay en Romalia tabernas?

—Ante todo, querido, es preciso que me digais lo que son tabernas.

—Ah! sí, no me acordaba que no las conocereis por este nombre.

Entónces le di una idea de estos establecimientos.

—Precisamente como esos nó; pero hay sitios donde se reunen los artesanos los dias de fiesta, y en las horas de descanso, que son desde que se pone el sol hasta que se retiran á sus casas. Estos edificios son grandes y cómodos, y en ellos hay cuanto puede satisfacer los deseos de esta gente, como comida, bebida, ó juegos puramente de recreo.

—Y no se embriagan, quiero decir, ¿no se exceden en el vino y en el juego?

—Jamás,—dijo, mirándome con extrañeza, el señor Silaydi.

—Diantre! Tan juicioso son los habitantes de Romalia?

—Es que si no lo son, querido, se lo hacen ser.

—Cómo así? Explicadme eso.

—Porque no hay en Romalia un solo establecimiento público, que esté fuera de la influencia del gobierno. En cada uno de ellos tiene un agente, que responde del órden con su sueldo, con su destino, ú otro cualquier castigo arreglado á la gravedad de la falta; así es, que en las tabernas, como vos las llamais, ó en los cafés de nuestros trabajadores, como los llamamos nosotros, no puede excederse ninguno de los concurrentes, porque ántes que lo haga, se le contiene ó le arrojan á la calle. Esto en cuanto á la primera falta, que si reincide, se le castiga, y si comete la tercera, se le prohibe para siempre la entrada en el establecimiento.

¡No faltaba más, sino que se les dejasen cometer los delitos para castigarlos después! No, amigo, lo que importa es prevenirlos, y esto lo hace el gobierno con un cuidado y una solicitud que le honran en extremo. Os aseguro, Mendoza, que después que se estableció esta vigilancia, no sólo el pueblo está mucho más morigerado, sino que apénas se vé un delito en Romalia. Con que ya veis, querido, que de este modo no son posibles los excesos.

—Cierto, cierto,—le respondí;—pero mucha prudencia necesita el tal agente para que no abuse de sus facultades.

—En otro tiempo así sucedia, Mendoza; pero ahora que el gobierno rebosa en juicio y circunspeccion, ahora que los ministros no son como ántes, es decir, unos hombres osados é ignorantes, sino hombres probos y llenos de sabiduría (porque no sabeis el cuidado con que se buscan en Romalia los ministros), ahora, repito, que estos ministros no tienen mas objeto que el bien y la felicidad de la nacion, ahora no sucede lo que otras veces, pues su mayor empeño lo ponen en elegir hombres dignísimos de los empleos que desempeñan. Y esto tanto con los más importantes, como con aquellos que significan poco.

—Y lo consiguen?

—Os aseguro que sí, Mendoza.

—Y no me direis cómo obtienen ese resultado, cuyas ventajas conozco?

—Ya lo creo, y por lo mismo que el gobierno lo conoce tambien, pone tanto cuidado en la eleccion.

—Y cómo? quereis decírmelo?

—Primero, no admite ninguna recomendacion, porque si la recomendacion es admitida, dais al que recomienda y no al recomendado, la gracia que solicita: puede haber un desatino mayor? Segundo, los busca entre la gente cuya vida pública y privada está exenta de toda mancha; tercero, los examina con extremado rigor acerca de los conocimientos que exige el empleo que se le confiere; cuarto, los paga bien, y quinto, jamás los quita sin motivo grave.

—Bien, amigo, me parece eso perfectamente.

Aquí íbamos de la conversacion, cuando me dijo Silaydi:

—Estamos á la puerta del Sr. Ottrocy: queréis que subamos?

—Con mucho gusto.

No estaba en ella, pero nos recibió su esposa, muger muy amable y de gran atractivo.

Pasamos después á ver á los señores Notty y Soletty, que tampoco encontramos, mas sí á sus familias, con quienes estuvimos hablando largo rato.

Por último nos dirigimos á la habitacion del Sr. Esttrola, el cual, después de estar algun tiempo con nosotros, se marchó á palacio dejándonos en compañía de su esposa é hija.

Hablábamos de cosas indiferentes, cuando entró Soletty. Después de saludar á las señoras, y cambiar con nosotros un apreton de manos, dijo:

—No esperaba hallaros aquí.

—Pues ya lo veis, querido.

—Qué pensais hacer esta tarde?

—Recorrer la ciudad á pié, y entrar en algunos establecimientos.

—Vais al teatro?

—Es probable,—contestó Silaydi; y si quieres acompañarnos al paseo, irémos juntos.

—Corriente.

—Qué pieza se ejecuta hoy?—preguntó la señora Notissa.

—La *Corattila*,—respondió Sottely.

—Es nueva?

—Para vos, por lo que veo, sí; pero no para mí, que ya la he visto en Nattricia.

—Y cual es su argumento?

Miéntras Soletty, Nottisa y Silaydi, se ocupaban de la comedia, me dijo Nassala en voz baja:

—Tenia que hablaros, caballero Mendoza.

—A mí, señorita?

—Sí.

—Y de qué?

—De Aneyda.

—De Aneyda! pues qué hay?

—Acaba de salir de aquí la princesa, y ha tenido con mamá una conversacion acalorada acerca de su hija.

—Y sobre qué? podeis decírmelo?

—Está enojada contra ella por su frialdad respecto de Nostrendy, y decidida á casarla con éste tan pronto como vuelva de Catilia.

—Diantre!

—Lo peor es que mamá la apoya en todo, porque quiere mucho á Nostrendy.

—Eso más? pobre Aneyda!

—Yo quise defenderla, pero me riñeron y me mandaron callar.

—Mucho se van complicando las cosas, señorita, y si el príncipe no toma parte en este asunto, temo más que nunca á la princesa.

—Escuchadme. No me cabe la menor duda de que estais al corriente de las cosas de Nottely, y yo leo en el corazon de Aneyda. Los dos se aman, pero no se atreven á decírselo. Y francamente, Mendoza, Dios los ha hecho el uno para el otro, porque es imposible hallar dos jóvenes de tanto mérito, y que posean cualidades más brillantes. Vos os interesais por Nottely; yo por Aneyda: favorezcámoslos.

—No deseo otra cosa. Algo he hecho ya, pero para hacer más, necesitaba poseer la confianza de Aneyda.

—De eso me encargo yo. En qué sentido está Silaydi? lo sabeis?

—He ahí el mal: Silaydi no sospecha nada del amor de su hermana, y ménos que Nottely la ame á ella; pero Silaydi tiene interés en que Aneyda se case con Nostrendy.

—Cómo así?—dijo Nassala sorprendida.

—Porque Silaydi está enamorado de Silody, y á mi vista ha ofrecido á Nostrendy, que si le daba á su hermana, él haria que Aneyda fuese suya.

—Oh, oh, eso es más sério, amigo, y en verdad que me hace temblar. ¿Cuando yo creia que Silaydi fuese de los nuestros por el servicio que le hizo el embajador, salimos ahora con ese compromiso que, ni remotamente, sospechaba? Ahora sí que digo yo: ¡pobre Aneyda!

—Sin embargo no desmayemos; mañana iré á su casa, y haré cuanto pueda porque se confie á vos, á quien sé profesa la más alta estimacion. Son ya demasiados los obstáculos que se ofrecen á esos jóvenes para que no les prestemos nuestro apoyo.

—Yo ya estaba dispuesto á hacerlo; pero ahora que me veo secundado por tan amable compañera, léjos de mirar esto como un trabajo, lo miraré como un placer.

—Eso lo decis porque sois amable.

—Bien sabeis, señorita, cuán grande es mi deferencia hácia vos, y cuán acreedora sois á mi reconocimiento. Esto no podeis dudarlo, Nassala.

—Ni vos que os he distinguido siempre, desde la primera vez que os he visto.

—Por lo que os estaré eternamente agradecido.

—No os olvideis de prevenir á Aneyda.

—En cuanto á eso, descuidad.

—Muy bien, señora,—dijo á esta sazon el Sr. Soletty,—puesto que vais al teatro, ya me direis lo que os ha parecido de esa pieza.

—Venís, Mendoza?—me dijo el Sr. Silaydi.

—Cuando gusteis.

En la calle ya, me dijo Silaydi:

—Qué quereis ver, Mendoza?

—El establecimiento más cercano.

—Pues entremos en esta escuela.

—Entremos.

CAPITULO XXIX.

CUTROSY.

El edificio era, como todos los de Saturno, inmejorable. Alzábase airoso y esbelto de en medio de los jardines que por todas partes le rodeaban, y que, á su vez, estaban cercados por verjas de hierro, al traves de las cuales se escapaban las flores á millares.

Cuando llegamos, los niños habian salido ya; pero apénas supo el maestro que nosotros estábamos allí, se apresuró á presentarse.

Acostumbrado yo á ver las figuras vulgares, y, á veces, ridículas de los maestros de la Tierra, aquel hombre con su porte y maneras intachables, y que se harian notar en la reunion más distinguida, no pude ménos de sorprenderme grandemente.

—Me parece, querido Cutrosy,—dijo el Sr. Silaydi,—que venimos en mala ocasion: habeis depachado ya los discípulos, y este tiempo que os quedaba libre, tendreis que destinarlo á....

—A nada que sea importante: servios entrar.

Dentro ya, nos enseñó el establecimiento. En todas las clases ob-

servé órden, aseo y comodidad. Nada faltaba tampoco en ellas de lo necesario para la comprension y práctica de lo que allí se enseñaba. En una, en la de geografía, ví un mapa notabilísimo que llamó sobremanera mi atencion. En él recorrí, con ávida mirada, las partes en que Saturno estaba dividido, las naciones que componian cada parte, y las capitales que les pertenecian. Y en este rápido viaje de la imaginacion, me ayudaba el Sr. Cutrosy indicándome las costumbres de cada país, nombrándome las producciones de cada pueblo, y refiriéndome, á grandes rasgos, la historia y vicisitudes de aquel mundo.

Nosotros nos encontrábamos en la parte más civilizada, que se llamaba Tolenayda. De ella, la nacion más culta, era la Nostracia, y después la Gran Roquelia. La Catilia y la Natricia eran otras dos potencias, que, con las anteriores, componian aquella parte de Saturno.

Por las explicaciones de Cutrosy, y el exámen del establecimiento, comprendí que en la Gran Roquelia, la primera enseñanza era objeto especial de los cuidados del Gobierno, y que se le concedia trascendental y bien entendida importancia.

—Decidme,—pregunté al profesor,—¿hace mucho tiempo que las escuelas están montadas de este modo?

—No mucho; tan sólo de doscientos años á esta parte: oid la causa. Un hombre de génio é instruccion, el inmortal Cottilo, hablando cierto dia con uno de los antepasados del monarca acerca de la corrupcion escandalosa de la época, le dijo:

—Quereis, señor, extirpar en gran parte, ó acaso del todo, los males que abruman á la nacion?

—Ya lo creo; pero es eso posible?

—V. M. puede, si gusta, regenerar la Gran Roquelia.

—Y cómo?

—Por medio de las escuelas.

Sonrióse el rey con aire de duda.

Pero Cottilo habló, y el monarca cambió de idea.

—Vaya,—dijo;—no creí que tu remedio fuese tan eficaz, ni que la instruccion primaria tuviese tanta trascendencia. La cosa es grave, y merece la pena de que nos fijemos en ella.

—¡Gran señor! No lo sabe bien V. M. La primera enseñanza, y no temo afirmarlo por mi honor, es la base más firme de la cultura y prosperidad de una nacion, y por consiguiente, de la felicidad

y bienestar de las familias. Procurad que los hombres sean buenos, y la sociedad será mejor. ¿Y cómo se hacen estos hombres? En las escuelas, señor, no lo dude V. M.; pues aunque á ello contribuyen tambien los demas establecimientos literarios, en las escuelas es donde se reciben las primeras impresiones, que, grabadas en almas tiernas y exentas de toda mancha, adquieren un grado de fijeza y poder tales, que léjos de borrarse con el tiempo, acompañan al hombre hasta el sepulcro.

—Sí, sí, Cottilo,—dijo el rey;—me hace fuerza lo que dices. Es preciso reunir mañana el Consejo, y que le expongas todas esas razones: si, como lo creo, las aprueba, quiero que al instante hagas un reglamento para las escuelas, y que tú mismo seas uno de los maestros.

—Yo!—dijo sonriendo el Sr. Cottilo;—no puede ser, señor.

—No puede ser! y por qué?

—Porque no soy digno de tanto honor.

—No eres digno de tanto honor!—dijo sorprendido el soberano.—Cómo! ¿tú que me das el consejo y conoces su importancia, tú, Cottilo, no eres digno de ser maestro? Estás loco por fuerza.

—Y sabe V. M.—dijo, sonriendo, el Sr. Cottilo,—¿cómo debe de ser un maestro de primera enseñanza, tal cual yo lo concibo?

—Un hombre sabio y bueno, y tú eres uno y otro.

—Ah, señor, si bastase ser bueno y sabio para maestro, muchos encontraria V. M. que pudiesen desempeñar estos destinos. Para ser maestro, señor, es preciso tener una virtud sin tacha, ser fino, amable y grave á la vez, poseer una instruccion muy vasta, principalmente en medicina, un conocimiento profundo del corazon humano, y sobre todo, un tacto exquisito para dirigir los niños, premiar la aplicacion y la virtud, y castigar el vicio. ¡Un maestro, señor! un maestro, para ser bueno, no debiera ser un hombre.

—Pues qué debiera ser entónces?

—Casi un Dios.

—Y dónde encuentras tú esos semidioses?

—Búsquelos V. M.

—Pero en dónde? en el cielo?

—Aunque pocos, tambien los hay en Saturno; lo que importa es saber hallarlos.

—Pero cómo? de qué modo? Indícame tú algo.

—Escójalos V. M. entre los hombres más virtuosos, y que más

brillen en las ciencias; dótelos de un modo régio; eleve su categoría al nivel de las más altas de la Gran Roquelia, pues ocupando tan distinguido rango, poseerán todas las cualidades á él anexas, y conocerán de lleno la responsabilidad que este mismo rango y la sociedad les imponen en el desempeño de sus destinos. ¿No va á depositarse en ellos la dicha y bienestar de las familias, y por consiguiente la cultura y prosperidad de la nacion? Pues que esta los dote con esplendor.

Hé aquí, caballero, la conversacion que pasó entre el rey y el señor Cottilo. La propuesta se hizo al dia siguiente en el Consejo, y no sólo fué aprobada por unanimidad, sino con entusiasmo. ¡Tan grande fué la conviccion que el Sr. Cottilo llevó al corazon de los vocales! Este hizo, en seguida, el reglamento que rige actualmente las escuelas, y tuvo que ser maestro porque S. M. se empeñó en ello. Desde entónces, Sr. Mendoza, principió la prosperidad de esta nacion.

—Me dejais pasmado,—le contesté,—y me habeis hecho comprender toda la importancia que para la sociedad tiene la enseñanza de los niños.

—Pues por mucha que le deis, señor, nunca será, creedme, la que ella tiene en realidad. Ahora voy á deciros el motivo de que los niños lleven un mismo traje.

—Ah, sí, lo habia olvidado. Os escucho.

—Primero, un traje igual,—continuó el Sr. Cutrosy,—hace conocer á los que lo llevan que iguales han de ser los deberes que tengan que cumplir; segundo, dice muda, pero elocuentemente al maestro, que la enseñanza debe ser tambien igual, es decir, que debe dispensarla con el mismo amor á los pobres que á los ricos; tercero, acostumbrados los niños á esa igualdad, se cobran más cariño, habiéndose observado que por este medio iba desapareciendo, poco á poco, esa profunda ojeriza que habia entre los pobres y los ricos, ojeriza que daba lugar á ataques perpétuos y á perpétuas y á veces sangrientas represalias; y cuarto, en fin, que con este afecto, que suele durar toda la vida, las clases altas protegen y se interesan por las bajas.

Debo advertiros tambien, que los maestros tienen un poder absoluto sobre los niños, del cual no abusan jamas, porque son muy ilustrados, y los aman demasiado; pero este poder es la base de toda buena educacion, pues poco importaria (fijaos en esto) que los

maestros se esmerasen y sacrificasen por los niños, si éstos, apoyados en el indiscreto cariño de sus padres, como hemos visto sucedia ántes, se empeñasen en no estudiar. Aquí el que no se aplica segun su capacidad, que el maestro tiene cuidado de apreciar, es castigado con relacion al grado y á la gravedad de la falta, y ya se guardarian los padres de decir nada al maestro, porque el gobierno los reprenderia y aun los castigaria, si tratasen de reconvenirle. Hé aquí por qué los niños aman y respetan tanto á los maestros.

—Oh, amigo! Desde luego admiro y apruebo cuanto acabais de referir, porque conozco demasiado su importancia.

—Y no están montadas lo mismo vuestras escuelas en la Tierra?

El puñal estaba al pecho y no sabia qué responder, cuando afortunadamente dijo el Sr. Silaydi:

—Amigos, la conversacion es buena; pero os olvidais que es ya muy tarde; otro dia la continuareis. ¿Quereis acompañarnos á comer, Cutrosy?

—No, gracias; ya sabeis que á los que tenemos hijos nos gusta comer en familia: además, se abre la clase á las tres y no puedo faltar á ella.

Y volviéndose á mí, añadió:

—Caballero, he tenido un placer en conoceros, y celebraria que no fuese esta la última vez que nos viésemos.

—Así lo espero,—le contesté,—y estoy muy agradecido á vuestra amabilidad: disponed de mí como gusteis.

Cuando estuvimos en la calle, me dijo el Sr. Silaydi:

—Os gusta Cutrosy?

—Mucho.

—Es un hombre de mérito, y probablemente le vereis en la reunion de mañana.

—Pensais ir?

—Verémos. No me gusta, Mendoza, hallarme donde está papá, no por mí sino por él, pues temo coartar su libertad. Un padre, y un padre tan angelical como el mio, mira mucho lo que dice cuando tiene delante á su hijo.

Cuando llegamos á casa, se dirigió Silaydi al cuarto de su madre y yo al mio. Al atravesar por delante del cuarto de Aneyda, volví á ver al Sr. Nomatty en conversacion con la doncella, y, como la primera vez, se ocultaron de mí tan pronto como me vieron.

—Nó, esto no se hace sin objeto,—dije para conmigo:—qué tramará este hombre?

Iba á entrar en mi cuarto, cuando tropecé con el Sr. Sulfendy: su semblante triste me chocó.

—Qué teneis, amigo? Parece que no estais contento?

—Y no os equivocais, Sr. Mendoza.

—Os sentis mal?—le dije con interes.

—Al contrario, me siento perfectamente: es por la señorita.

—Por Aneyda!—Pues qué hay?

—Sé, señor, cuanto os aprecian SS. AA., y así no temo deciros lo que pasa.

—Oh, hablad, hablad, querido Sulfendy, sin temor alguno, y seguro de mi discrecion.

—Ayer, señor, hubo una escena fatal.

—En dónde?

—En el cuarto de la princesa.

—Y con qué motivo?

—Con el de despedirse el Sr. Nostrendy.

—Ah, sí; y que hubo? Decid.

—Preguntó éste á la señorita, si estaba dispuesta á casarse con él, cuando volviese, y si podria irse con esta satisfaccion.

—Eso no se pregunta,—dijo al punto la princesa,—á una niña como Aneyda, que conoce sus deberes, y sabe que sólo dando gusto á sus padres puede ser feliz.

—No ignoro, señora,—repuso el Sr. Nostrendy,—cuánta es vuestra bondad para conmigo; pero tampoco debeis extrañar que ambicione un poco la de Aneyda.

—Y como Aneyda no tiene más voluntad que la mia, y yo respondo de ella, me parece que debeis estar satisfecho. ¿No basta que yo diga que se casará?

—Oh, sí señora, y mucho que basta, si Aneyda no tiene nada que oponer.

—Pero mamá,—dijo con voz suplicante la pobre niña,—¿no te parece que soy aún demasiado jóven? ¿No podrias retardar un poco este matrimonio? Soy tan feliz junto á tí, y al lado de mi papá!

Al oir estas palabras, el Sr. Nostrendy perdió el color, afectándose de tal modo, que tuvo que sentarse para no caerse. La princesa lo notó, y dijo, temblando de despecho:

—Señorita, abusais de mi paciencia, y no puedo sufrir más. Ten cuidado, Aneyda, pues no sabes aún de lo que soy capaz.

—Mamá, mamá, no me quieres ya? ¿Por qué te enojas y me riñes tanto? Si me hablas así, me matarás.

Y la niña se ahogaba; pero la princesa, léjos de conmoverse, añadió, cada vez más irritada:

—Responde te digo; ¿te casarás con tu primo, sí ó nó?

—Mamá!...

Y la niña, pálida como un cadáver, cayó sin conocimiento.

—Oh, señora,—dijo, en mi concepto demasiado tarde, el señor Nostrendy;—no la atormenteis así; os lo suplico.

—Dejadme, Nostrendy: Aneyda necesita rigor, y sólo con él acabaré de vencer su carácter rebelde. Ahora, marchaos seguro de que cuando volvais, no hallareis oposicion, yo os lo digo.

Se marchó el Sr. Nostrendy, y entre la princesa y yo, pues no quiso que nádie entrase porque no presenciasen aquel lance, la metimos en la cama. Allí, con sumo trabajo, y haciéndola respirar algunas sales, conseguimos que volviese en sí.

Esto es lo que pasó ayer, y hoy, de resultas de una conversacion que la princesa tuvo con el Sr. Nomatty que no la deja un punto, y que parece ser el encargado, cerca de ella, de los intereses de su amigo, se reprodujo la misma escena: de manera, que si esto sigue así, es muy posible que la señorita enferme, y que acaso muera.

—Y el Sr. Nomara, qué dice á esto?—pregunté.

—No sabe nada.

—No sabe nada! Pues qué, Aneyda, no busca el único apoyo capaz de librarla de los furores de su madre?

—No, porque ésta le ha prohibido hacerlo.

—Dios mio!—dije;—y cómo hemos de remediar esto? Perdonadme, amigo, si os dejo, porque quiero ver á M. Leynoff.

—Sería agraviaros,—me dijo el Sr. Sulffendy,—el encargaros la reserva.

—Descuidad,—le respondi.

Entré en nuestra habitacion, y dije á M. Leynoff:

—Hay mil bellezas en este mundo, amigo; pero tambien hay sus desgracias como en el nuestro.

—Dejarian de ser hombres estos habitantes,—me dijo M. Leynoff,—y sería una mentira la inmortalidad del alma, si así no sucediese. Por qué decis eso, Mendoza?

—Por qué he visto cosas que me llenaron de admiracion, recorriendo la ciudad con el hijo del Sr. Nomara; y al llegar á casa supe que Aneyda habia tenido un gran disgusto.

Entónces le conté la conversacion con el Sr. Sulfendy.

—Muy ciega está esa señore,—me dijo M. Leynoff,—y veo que es preciso decir algo al Sr. Nomara.

—Indudablemente—le contesté:—las cosas no pueden seguir de esta manera, y el mejor modo de evitarlo es contar al príncipe lo que pasa; en el alma celebro oiros hablar así.

—Quiero á Aneyda, Mendoza; primero por ella; luego porque es hija del Sr. Nomara; y después, porque la ama Nottely; de consiguiente, estoy pronto á hacer en su obsequio todo lo que de mí dependa.

(*Se continuará.*)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

REVISTA POLÍTICA.

INTERIOR.

Basta recorrer con ánimo sereno la historia de los últimos treinta años para cerciorarse de que la única forma de gobierno compatible con los adelantos modernos hay que buscarla en el régimen representativo, rodeado de todas las garantías que permiten el desarrollo de la libertad.

Las revoluciones, los alzamientos, las guerras, cuantos trastornos y peligros pueden afectar más ó ménos directamente á las naciones, prueban á la larga la virtud del sistema parlamentario ejercitado bajo la garantía de un trono que, sin ser obstáculo al ejercicio de los que ahora, por moda. se llaman derechos ilegislables y han constituido siempre las libertades públicas, ofrezca una solucion de continuidad en el poder y sea garantía de órden y de paz.

Cuando contemplamos el espectáculo que hoy presenta la Europa, ante las grandes batallas que ya han tenido lugar, y teniendo en cuenta las que por desdicha se preparan, sin dejar de admirar el heróico valor, el patriótico entusiasmo de los contendientes y la grandeza de la lucha, nuestras simpatías están por completo de parte de los pueblos neutrales.

Ni la libertad se asentará sobre unas bases más sólidas porque sea Francia la que salga triunfante, ó resulte en definitiva Prusia vencedora, ni la civilizacion habrá adelantado en uno ú otro caso. Lo que conviene es que la guerra termine cuanto ántes, que las naciones neutrales aprovechen una ocasion oportuna para interponer unidas su influencia y poderío, si fuese necesario, con el objeto de que tan tremenda lucha tenga fin, sin que el incendio que ha estado á punto de prender en la capital del Imperio vecino,

y que, mal apagado, puede revivir de un momento á otro, alcance á otros pueblos, y la hoguera revolucionaria se extienda por todo el Mediodía de Europa como en 1848, dando lugar á consecuencias tan tristes como entónces, viniendo á ser, faltos de escarmiento, los exagerados defensores de la libertad los llamados á colocar con sus propias manos las piedras angulares sobre que han de levantarse las nuevas tiranías.

Apénas tranquila la Nacion española de las pasadas catástrofes, recientes temores han agitado los ánimos sobrecogidos por el peligro de que el partido republicano se lance otra vez á vias de hecho, infundiendo verdadero pavor la idea de que pudiera triunfar por un momento siquiera. No hemos participado nosotros de la creencia, con secreta intencion tal vez esparcida, de que el Presidente del Consejo se preparaba á nuevas aventuras, y de que, si los vientos republicanos soplaban fuertemente del lado de los Pirineos, él dejaria henchir las velas revolucionarias, dispuesto á coger el timon que habia de encaminar á puerto seguro la nave del nuevo Estado. ¡Donosa ilusion hubiera sido en el General Prim abrigar ni por un solo instante semejante pensamiento!

Prescindiendo de que, en nuestro sentir, la República no puede plantearse hoy en ningun punto de Europa, sin que muera pronto por sus propios excesos, en España tiene ya demasiada organizacion el partido, suficientes apóstoles, no pocos mártires, para que la sangre recientemente derramada se borre, las luchas de ayer se olviden, y vengan á formar en las últimas líneas los que con un derecho indisputable serian proclamados como los mejores, los más dignos, los más consecuentes, los verdaderos depositarios del fuego sagrado el dia después de la victoria.

Discurramos, sin embargo, un momento sobre la extraña hipótesis de que, con el asentimiento de algunos monárquicos arrepentidos, triunfase por un momento la República. No queremos ocuparnos del atentado social, pues no mereceria otro nombre, de que semejante forma de gobierno se impusiese por la fuerza. El federalismo apareceria entónces con todo el esplendor de su natural barbárie; pronto cada Estado, declarándose independiente, formaria su autoridad soberana, dejando á la consideracion de nuestros lectores las fuerzas de que, para impedir los desmanes más vulgares, dispondrian los nuevos Gobiernos.

No ha tenido lugar un pronunciamiento, una revolucion, entre nosotros, sin que las juntas de distrito, ó de barrio, improvisadas en el entusiasmo de la victoria, cuando todo es abnegacion, generosidad y nobleza, hayan trabado rudas contiendas, por creerse cada una adornada de títulos, antecedentes y merecimientos de que las demás carecian: si esto sucedia cuando el poder habia de ser efímero y pasajero, fácilmente se comprende el edificante cuadro que algunas horas después del glorioso alzamiento presentaria la Nacion española, en la cual serian extranjeros y considerados como sospecho-

sos cuantos elementos sociales no estuviesen afiliados desde antiguo en el partido triunfante.

El ejército, rota por completo la disciplina, sería disuelto enmedio de una nacional francachela, y los jefes superiores, tachados de poco afectos al nuevo órden de cosas, se encontrarian vigilados de cerca, si no eran sometidos á duras y extravagantes purificaciones.

Se contrista el ánimo al pensar á qué triste estado podia llegar este país el dia en que en cada provincia funcionase una autoridad independiente de la Metrópoli, sin que existiese un poder central con nervio suficiente para sostener el imperio de las leyes. ¿Qué respeto mereceria la propiedad, qué acatamiento la justicia, qué garantías tendria la seguridad personal, adónde llegarian las venganzas privadas, y cuál podria ser el desarrollo del bandolerismo?

Léjos está de nosotros, al escribir estas líneas, la idea de ofender en lo más mínimo á los defensores ilustrados de las ideas republicanas. Abrigamos el más firme convencimiento de que piensan como nosotros, de que les asaltan idénticos temores, de que están firmemente convencidos de que ellos correrian los primeros y mayores peligros.

Un sentimiento de consecuencia política, mal entendido á nuestro juicio, les impulsa; compromisos solemnes ante la opinion pública los ligan; ideas profesadas en la niñez, cuando tal vez se consideraban irrealizables y deslumbraba la grandeza de sus peligros, los compromete. Su historia, sus votos en la Asamblea, sus conversaciones particulares, su honradez personal y la nobleza misma de sus caractéres, son pruebas irrecusables de esta verdad.

No sería más halagüeño el porvenir, si, lo que no esperamos, desmembrándose una parte de la mayoría monárquica, se reformase por la Asamblea el artículo 33 de la Constitucion, proclamándose de una manera legal la República.

Jamas hemos visto posicion análoga á la que ocuparian en las huestes republicanas los arrepentidos, ni creemos que la historia registre en sus variadas páginas un gobierno tan débil como el que necesariamente habria de formarse. Una república de tránsfugas, impuesta por las circunstancias de orígen extranjero, triunfante en ódio á un partido ó á algunos de sus hombres, proclamada por Diputados que faltarian á sus compromisos más solemnes, pues han sido elegidos por sus respectivos comitentes como monárquicos, y distinta en su forma de lo que los republicanos verdaderos piden y defienden, era realmente una solucion más ridícula y diabólica que lo que jamas pudieron idear los más encarnizados enemigos de la Revolucion.

Más débil, más marchita, más reaccionaria y más centralizadora, si queria vivir algunos meses que la de 1848 en Francia, la República española moriria pronto víctima de sus propios excesos, combatida por sus legítimos

representantes, odiada de los verdaderos revolucionarios, cuyas esperanzas frustraria por completo, maldecida por los verdaderos liberales, cuyas patrióticas aspiraciones serian ya imposibles, dejando libre el campo á los reaccionarios de todos los matices, que subirian al poder ensalzados y aclamados por el verdadero pueblo, ansioso de paz y dispuesto á echarse en brazos de quien le prometeria órden para salvar en tan deshecha borrasca los aniquilados restos de la pátria.

¿De qué argumento podrian valerse para explicar su conducta los que fueran á defender las mismas soluciones políticas que hasta ahora han combatido? ¿Tendrian el poco envidiable valor de decir que el estado de Europa ahora era favorable á la República, y que ántes le habia sido adverso? Este raciocinio, que es el único que se nos ocurre, es sin duda alguna el más opuesto á nuestra altivez histórica y á la índole tradicional de nuestro carácter.

Sólo en los Estados Unidos de América ha podido aclimatarse, y no sabemos si para siempre, este género de instituciones; pero ¡qué pasion, ceguedad ó ignorancia no se necesitan para desconocer las radicales diferencias que existen entre el orígen de aquel pueblo y los antecedentes de la Nacion española y de casi todas las naciones de Europa!

Creemos firmemente que ni Washington, ni Adams, ni Franklin, ni Patrick, ni Morris, ni Hamilton sobre todo, serian republicanos, si tuviesen asiento en la Cámara constituyente española, si fuesen aquellos grandes patriotas los llamados á fundar nuestras nuevas instituciones.

No se improvisan los pueblos, ni se crean en pocos dias costumbres políticas, ni se desentrañan con unos cuantos discursos vicios de siglos. Las instituciones republicanas de la América inglesa encontraron por firmísima base las libertades que consignaba la Gran Carta, á que de antiguo era tan adicto el pueblo inglés. Los ciudadanos que emigraron á aquellas regiones, dejaron en su isla natal, como asegura el historiador más entusiasta de las instituciones de América, el clero y la nobleza, elementos cuya importancia nádie puede desconocer, y cuya influencia será siempre grande en el desenvolvimiento de la civilizacion de un pueblo.

Las antiguas libertades de Inglaterra implantadas en un suelo vírgen, sin tradicion monárquica, sin afecciones dinásticas en lucha, sin un clero prepotente, sin intereses creados, sin nobleza, sin las costumbres cultas de las monarquías, sin los vicios socialistas del absolutismo, sin las dificultades que una estrecha propiedad territorial trae consigo, con tierras inmensas que explotar libremente por doquiera, brotaron con tal vigor enmedio de una gran igualdad social, que hubiera sido locura semejante á la que pretenden realizar aquí los defensores de la República haber pensado en construir allí una Monarquía.

El amor de la libertad no nació súbitamente en el suelo de la Virginia

en 1776. Los nietos de los Puritanos no inventaron la democracia que habian llevado sus padres del otro lado de los mares. Antes que Locke escribiera el *Gobierno civil* y Rouseau el *Contrato social*, los emigrantes de Plymouth habian fundado una verdadera República.

La historia de los pueblos enseña á los buenos gobernantes el camino que deben seguir al fundar nuevas instituciones.

Del espíritu de la prensa ministerial de estos últimos dias se deduce, que tan claras verdades se han abierto camino en el ánimo de los gobernantes, y todas las fuerzas vivas de la sociedad están dispuestas á defender el Código fundamental, ya que, por desdicha, no tienen otro símbolo más real, más palpable para el país el órden social y las libertades públicas.

Algunos artículos de los periódicos más radicales, que han sacrificado por el momento los intereses más grandes de la pátria al efímero temor de que los hombres de ideas conservadoras que han aceptado los principios revolucionarios, tengan la influencia que debieran en la gestion de los negocios públicos, hicieron justamente concebir esperanzas á ciertas publicaciones republicanas de que el Gobierno, ó al ménos sus hombres de más iniciativa hasta ahora, estaban dispuestos á proclamar solemnemente aquella forma política.

Por fortuna para el país, las ilusiones han durado poco tiempo, y el Regente del Reino, con el beneplácito, sin duda, de sus Consejeros responsables, ha tenido una conferencia con vários personajes importantes, en la cual se ha visto claro, que desde el Presidente del Consejo hasta el último indivíduo de la mayoría monárquica, están dispuestos á sostener en toda su integridad la ley fundamental del Estado.

No podia ser por ménos, pues no sólo las reflexiones ántes expuestas habian de tener gran fuerza en tan eminentes patricios, sino que la conducta del pueblo frances y de la nacion italiana en la ocasion presente, han puesto de relieve el justo temor que levantan por doquiera los partidarios de la República.

Prescindiendo de que el Gobierno tenga el vigor suficiente para sostener la tranquilidad si los enemigos del reposo público intentasen turbarlo, es lo cierto que su posicion en la Cámara sería comprometida si las cosas siguiesen como están, si no se reconstituyen los antiguos lazos de la mayoría. La presencia en la Asamblea de los Diputados republicanos, que estaban en el extranjero, no sólo aumentará en una cifra importante el número de los adversarios del Gabinete, sino que hará imposible aquella especie de tregua ó amistad disfrazada, que durante los últimos meses de la pasada legislatura ha existido entre los bancos de la extrema izquierda y el Ministerio.

Los espíritus transaccionistas se concentrarán en tan exígua minoría en la ya robusta oposicion, que el Gabinete tendrá por necesidad que apoyarse

resueltamente en la izquierda ó en la derecha; pues de otro modo correrá diariamente el peligro de ser derrotado.

De esta situacion comprometida y difícil, puede redundar un gran adelanto para el país. La historia de la humanidad enseña, que del fondo del mal suele salir el bien, y que, por el contrario, las grandes fortunas, suelen engendrar en su seno terribles catástrofes. Así, pues, no sería difícil, si todos ponemos un poco de nuestra parte, que en esta legislatura, cuando la Revolucion está rodeada de mayores contratiempos, quede por fin terminado el edificio de las instituciones, de que sin ningun género de dudas depende la prosperidad nacional.

Es preciso que los hombres formales de todos los partidos hayan adquirido ya el más firme convencimiento de que no hay esperanza de mejorar el estado de los negocios públicos, sino perfeccionando nuestro organismo político dentro de la Revolucion, y que fuera de ella, cualquiera que sea el juicio que se tenga formado de este gran suceso, no hay esperanzas de salvarse. Si las personas sinceramente liberales y juiciosas, si las individualidades y los grupos que representan en la Nacion española sus intereses más respetables, y que son al mismo tiempo expresion sincera de sus verdaderas aspiraciones, permanecen desunidos, dispersos, contemplando con fria indiferencia los negocios del Estado, sin otro empeño que hacer el vacío alrededor de los poderes públicos, el país se perderá en definitiva, alcanzando la responsabilidad á todos. Si, por el contrario, saben anteponer los deberes de buenos ciudadanos á sus quejas y resentimientos personales, si se convencen de que en el siglo en que vivimos es inconcebible delirio soñar en reacciones que en todos los pueblos han dado por resultado grandes cataclismos, y se apresuran á tomar parte activa en los negocios públicos, acudiendo con valor á los comicios electorales, á las Diputaciones, á los Municipios, entrando, en fin, de lleno en la vida moderna de las naciones, España podrá alcanzar en poco tiempo el lugar que de derecho le corresponde en Europa.

Mas para que así suceda no es el Gobierno quien tiene ménos altos deberes que cumplir. Es preciso que el Ministerio se eleve sobre las pequeñeces de las fracciones que hasta ahora han pretendido dominarla; es necesario que el general Prim se persuada de que su mision es más alta que sostenerse en el poder algunos meses y repartir los dónes de la fortuna entre sus adeptos; es de necesidad absoluta que cese la suspicacia entre las antiguas huestes liberales monárquicas, para que exista estrecha y sincera union entre el Regente y sus Ministros. Divididos los monárquicos, nádie tiene elementos suficientes, no ya para fundar las nuevas instituciones, pero ni siquiera para derrotar á sus adversarios; unidos y compactos, por el contrario, su fuerza es inconstrastable; pero como acaba de decir con no comun talento y extraordinario patriotismo un General distinguido, de quien Francia atribulada espera en la actualidad mucho:—"El error de todos los Gobiernos es-

"triba en considerar la fuerza como la *última ratio* del poder. Todos, en grâ-"dos diferentes, han relegado al olvido la verdadera fuerza, la única que es "eficaz en todos los tiempos, la única que es decisiva cuando se trata de re-"solver los grandes problemas que encierra la civilizacion: *la fuerza moral.*

"Todos, en diferentes grados, han sido *personales*, sin comprender que el "poder impersonal que se presenta como una delegacion del poder de la na-"cion, que obra siempre en interes de la nacion y jamás en *el suyo propio*, "que se somete á todas las intervenciones que aquella estima conveniente y "que las considera como una verdadera salvaguardia, que es leal, sincero, "ardiente por el bien público y *profesor de honradez pública*, está únicamente "en posesion de esta fuerza moral cuyo poder es tan grande."

Pues esta buena moral, que nace del respeto á las instituciones, y de que los pueblos se gobiernen por sí mismos sin ridículos subterfugios ni mentiras legales, de que el General Trochu se declara partidario entusiasta y la cual estima como primer elemento para salvar la capital del Imperio vecino, es la que debe formular por la imparcialidad de sus actos el Gobierno de la Revolucion si quiere estar á la altura de su encargo y elevar á un alto rango el país cuyos destinos preside.

Es necesario que los Ministros sean *profesores de honradez pública*, lo cual nada tiene que ver con la honradez privada de cada uno, que nádie pone ahora en duda, sino con la *honradez política* en que la fuerza moral se engendra y de la cual nace.

Es necesario gobernar en nombre de ideas definidas, guiarse por principios fijos, tener propósitos claros, fines conocidos, dentro de los cuales caben aquellas transacciones de pensamientos afines que van á realizar por el general concurso el plan general de la obra.

Hay que desengañarse: en Europa no puede existir más que una clase de gobierno; la monarquía constitucional que permita sin desórden la práctica de las libertades públicas; el Gobierno que existe en Inglaterra, en Holanda, en Bélgica, que se acaba de fundar en Italia y que se está planteando en Austria. Todo lo demás son delirios de almas cándidas ó propósitos malvados de espíritus misántropos.

Hemos dicho al comenzar esta Revista, que únicamente los pueblos en que se practica sinceramente el sistema representativo saben evitar los males de que está siendo hoy teatro el suelo frances. Si el primer Ministerio parlamentario que formó el Imperio no se hubiera modificado; si el jefe del Estado no hubiera creido conveniente el plebiscito que aumentaba su poder personal; si Buffet y Daru hubiesen permanecido en el Gobierno, la guerra con Prusia no hubiera tenido lugar; estamos seguros de ello. Ellos hubieran comprendido que, como dice Proudhon, hay algo de providencial y misterioso en que Francia no se extienda hasta el Rhin. Ni la Galia Céltica, ni la Galia Franca, ni la Galia Romana lo alcanzaron. Luis XIV no

pudo conseguirlo; Turena, Condé, Vauban, Luxemburgo y el Mariscal de Villars fueron para tamaña empresa impotentes. Napoleon I pagó en Waterlóo contra la Europa coaligada el haberlo por un momento alcanzado; pero los poderes personales no escarmientan porque necesitan estár rodeados de permanente gloria para mantener viva su influencia; la paz pública, el desarrollo de la prosperidad nacional por medio de la industria y del trabajo, son bienes que carecen del estruendo y brillantez que para sostenerse necesitan.

Si en España no llegamos á fundar verdaderas instituciones, si los Gobiernos han de seguir teniendo el carácter personal que predomina en el actual Ministerio, más tarde ó más temprano, en una forma ó en otra, tocarémos idénticas consecuencias. Lo hemos dicho muchas veces en estas REVISTAS y no nos cansarémos de repetirlo; el mundo moral está sujeto á leyes indeclinables.

Por el poder personal de los grandes reyes de nuestra historia, por el poder personal, después, de los validos se explica la decadencia de la pátria: el poder personal llevó á Fernando VII á cometer verdaderos crímenes, y por ejercerlo llora en tierra extranjera la ex-Reina Isabel eterno destierro. Si el poder personal ha de seguir existiendo constantemente entre nosotros, si la Revolucion no tiene fuerza para que desaparezca, el país arrastrará una existencia tormentosa, oscilará de revolucion en reaccion, de anarquía en absolutismo, sin alcanzar jamas la existencia de los pueblos cultos.

Pedimos al cielo que el Gobierno persista en el camino últimamente emprendido, deseando que todo el mundo comprenda la gravedad de las actuales circunstancias. Esperamos que los partidos monárquicos, animados de noble patriotismo, se muestren dispuestos á hacer cada cual algun sacrificio en aras del bien comun.

Créanos el General Prim, de cuya buena fé no abrigamos la menor sospecha. Sobre él pesa una gran responsabilidad, por lo mismo que sin razon, en sentir nuestro, se le juzga todopoderoso y capaz de guiar á su antojo el carro de la Revolucion: por halagüeña que sea la pintura que en el elegante preámbulo del decreto de amnistía hace del estado de los negocios públicos el Sr. Ministro de la Gobernacion, la verdad está muy distante del diseño; el país lo conoce y pide á voz en grito paz moral, sin la cual no hay prosperidad posible ni verdadero órden público.

J. L. ALBAREDA.

EXTERIOR.

¡Cuán grande era la confianza con que los Franceses emprendian la guerra! Por fin, iban á borrar las huellas de aquellos odiados pactos internacionales de 1815, con que los diplomáticos de Viena, explotando la derrota de Waterlóo, habian humillado y empequeñecido la Francia. Los límites de su pátria iban á llegar al deseado Rhin, no sólo desde Basilea hasta Lautemburgo, sino hasta Holanda. Tréveris, Maguncia, Coblentza, Colonia, iban á dejar de ser los puestos avanzados que la Prusia enemiga estaba ocupando, desde hacía medio siglo, en el territorio frances, para amenazar desde ellos el corazon de Francia. La unidad alemana iba á dejar de ser un peligro; y, en todo caso, sería compensada con exceso por la unidad francesa, que comprendiese todo el actual Imperio, y el Palatinado, y la parte occidental de la provincia prusiana del Rhin, y lo demás que los Estados alemanes poseen á la izquierda del rio, y acaso el Luxemburgo, y tal vez la Bélgica! Ya la Inglaterra pedia explicaciones respecto de la neutralidad belga; pero el Gobierno frances se hacía el distraido, y no contestaba sino con evasivas, y la opinion pública del Imperio hubiera condenado como una debilidad injustificable y como una imprevision indigna de ser perdonada, toda garantía nueva que á Bélgica se hubiese dado.

¡A Berlin, á Berlin! se gritaba en Paris por todas partes; en las plazas públicas lo mismo que en el Cuerpo Legislativo. Los Diputados y los periodistas hablaban de arrojar á los Prusianos á culatazos al otro lado del Rhin como de empresa facilísima y segura. M. Emile de Girardin, reputado desde hace muchos años como el primer periodista de Francia, y ahora Senador del Imperio, daba con un juego de palabras, en un teatro, la medida exacta del poco valor concedido á la tarea que se encomendaba al ejército. Como se exigiese á un actor que cantase, como todos sus compañeros, con los versos de Alfredo de Musset la música del Rhin aleman, y él se excusase alegando que no la sabía ni le era posible aprenderla en pocos minutos, el periodista-Senador gritó desde un asiento de la platea: "Es decir, que se necesita más tiempo para aprender el Rhin (*apprendre*) que para conquistarlo (*prendre*). En el Cuerpo Legislativo, un Diputado creyó conveniente propo-

ner que se armasen las poblaciones próximas á la frontera, en la prevision de que el extranjero llegase á invadirla por algun punto. Una gritería intolerante le ahogó la voz, protestando contra tan ignominiosa suposicion. Quiso insistir en ella, atenuándola mucho, y limitando su hipótesis á la posibilidad remota de que el enemigo, siquiera por un momento, y en algun punto aislado, lograse poner su planta en el suelo de Francia; y el mismo jefe del Gobierno, M. Ollivier, declaró que no debian suponerse posibles semejantes casos. El Ministro de la Guerra, M. Leboeuf, contribuia por su parte á aumentar la confianza, asegurando que el Imperio estaba preparado para la guerra, y que ésta sería rápida y ventajosa.

La única voz que en aquella gritería de fanfarronadas, de promesas exageradas al patriotismo, de amenazas locas contra el extranjero, tomó un acento grave, y quiso llamar la atencion de los Franceses hácia las dificultades y peligros de la guerra, fué la del Emperador. En su proclama al ejército, apénas hubo llegado al cuartel general de Metz, decia á los soldados: "Vengo á colocarme á vuestra cabeza para defender el honor *y el suelo* de la pátria..... La guerra que empieza será *larga y penosa*, porque tendrá por teatro lugares erizados de obstáculos y de fortalezas." ¡Qué impertinentes parecieron estas frases á la mayor parte de los Franceses! Creer la próxima guerra *larga* ó *trabajosa*, y sobre todo, que en ella iba á tratarse del *suelo* de la pátria, les parecia desconocer demasiado los recursos y la fuerza de Francia. Más pasadero encontraban que Napoleon III dijese á las tropas: "Vais á combatir con uno de los mejores ejércitos de Europa," porque el mérito atribuido al enemigo aumentaria el de la victoria, que se contaba como segura.

Pero el Emperador mismo se engañaba, porque añadia en su proclama: "Cualquiera que sea el camino que tomemos *fuera de nuestras fronteras*, encontrarémos las huellas gloriosas de nuestros padres." Se engañaba toda la Europa, que consideraba como indudable que los Franceses iban á tomar la ofensiva. Y bien podemos añadir que los mismos Prusianos y sus aliados participaban del error, puesto que se dedicaron con afan á inutilizar líneas de ferro-carriles, á cortar puentes, y á colocarse entre Tréveris, Coblentza y Maguncia, ocupando posiciones defensivas sobre las líneas del Mosela, del Saar y del Rhin, y esperando en ellas el ataque de los impetuosos soldados franceses.

Los dias pasaban, y la Francia se impacientaba mucho y toda Eu-

ropa se impacientaba un tanto. Los hombres de este siglo nunca creemos que las cosas marchan demasiado aprisa. Segun parece, Napoleon III y los Mariscales conocieron, desde que deliberaron por primera vez sobre el teatro de las operaciones militares, las grandes dificultades con que iban á tropezar. ¿Se referian, en su sentir, esas dificultades á las naturales y propias de los dos únicos movimientos militares que les eran posibles entónces, y que consistian, el uno en atacar á los Prusianos, aparapetados entre sus plazas fuertes, y los tres rios, y el otro en atravesar el Rhin con un material inmenso á la vista de un ejército enemigo numerosísimo, y no quebrantado todavía por ningun combate? ¿O comprendieron desde luego la enorme desproporcion numérica con que federales y franceses se habian presentado en las líneas de operaciones?

Como quiera que sea, el dia 2 de Agosto el ejército frances atacó el punto más avanzado del ejército enemigo, y sin grande esfuerzo se apoderó de Saarbruck, que los Prusianos apénas le disputaron. Napoleon III se halló presente en aquel combate, y á su lado su hijo, el Príncipe imperial, oyó por primera vez silbar las balas, y á la tierna edad de catorce años dió muestras de gran serenidad y sangre fria. El regocijo que causó en Paris aquel primer paso dado en el camino dela guerra, fué bien pronto amargado y olvidado.

El dia 4, el Príncipe real de Prusia ataca á los Franceses en Wissemburgo, punto en que formaban un ángulo las dos extensas líneas de frente que estaban ocupando, una desde allí hasta Thionville, y la otra hasta Strasburgo. El general Douay, que mandaba en aquel puesto avanzado, muere peleando, y los Franceses tienen que ceder ante fuerzas muy superiores. El Mariscal Mac-Mahon, que no pudo llegar á tiempo para salvar las tropas de Douay, y la posicion de Wissemburgo, se sitúa en Woerth; pero el dia 6, le ataca allí el mismo Príncipe real de Prusia, y si el intrépido Mariscal frances no muere como Douay, es porque las balas enemigas parecen evitarle. Ya no era una division la que sufria el ataque, como dos dias ántes, sino un cuerpo de ejército entero, compuesto de tropas escogidas, entre las que estaban algunos regimientos de zuavos y de *Turcos*, y mandado por el General en quien Francia tenía depositada mayor confianza. Sin embargo, la superioridad numérica de los federales continuaba siendo abrumadora; se habian presentado 140.000 contra 35.000 Franceses. En vano los guerreros de Africa hacen prodigios de valor; en vano los regimientos de caba-

llería dan cargas heróicas. El número vence; los Franceses emprenden la retirada, que no tarda en convertirse en desordenada fuga.

Y en el mismo dia, el General Frossard, que habia tomado el 2 á Saarbruck, es rechazado con grandes pérdidas hácia Metz. Al ver llegar sus tropas en el desórden propio de la derrota, y al saber lo sucedido al ejército de Mac-Mahon, se escapa del cuartel general del Emperador un grito de angustia, que esparce el pánico hasta Paris, que llena de estupor á todo el Imperio, y que causa el mayor asombro en toda Europa. "Aquí no hemos perdido todavía la sangre fria ni la confianza; pero es necesario que Francia haga un esfuerzo supremo para salvarnos y para salvarse." ¡Terrible contraste entre estas exclamaciones que piden socorro para un ejército cuya mayor parte no habia combatido, y la confianza absoluta con que los Franceses habian mirado hasta entónces la guerra! Napoleon III habia dicho pocos dias ántes en una alocucion dirigida á todos sus súbditos: "Voy á ponerme á la cabeza de ese valiente ejército que está animado por el amor del deber y de la pátria. El sabe lo que vale, porque ha visto en las cuatro partes del mundo que la victoria ha seguido sus pasos." Y á sus soldados, en la proclama ántes citada, les habia recordado, como garantía de que vencerian á los Prusianos, sus triunfos sobre los Rusos y los Austriacos, su buena fortuna en Africa, en Crimea, en China, en Italia y en Méjico. Las armas francesas, en efecto, habian mantenido brillante su prestigio en todas partes, aun en aquellas en que la diplomacia del Gobierno imperial habia sido desgraciada.

La lucha ofensiva estaba convertida en defensiva: la guerra de Alemania se habia cambiado en guerra de Francia; las esperanzas de dictar la paz muy pronto en Berlin estaban sustituidas por los temores de que los fenerales se apoderasen en breves dias de Paris. El patriotismo frances se encontraba puesto á ruda prueba; era, en efecto, necesario el esfuerzo supremo que el Emperador reclamaba desde Metz en sus inesperados despachos telegráficos. Si Francia no se levantaba hasta la altura de las exigencias de su infortunio, resultaria indigna de su pasada grandeza.

Afortunadamente para su gloria y su porvenir, se mostró desde el primer momento resuelta á todos los sacrificios y á todos los esfuerzos de patriotismo, de heroismo, de abnegacion, que el destino le pidiese. Los cantos prematuros de triunfo se trocaron en gritos de rabia y de venganza; de venganza contra el extranjero que habia hollado el suelo sagrado de la pá-

tria; de furia contra el Gobierno imprevisor que habia puesto á Francia con sus faltas en tan duro trance.

Las faltas cometidas eran notorias, innegables, enormes. Consistia la primera en la inconcebible ignorancia de la diplomacia francesa, que no habia visto los preparativos de Prusia, miéntras Bismark organizaba, no ya un ejército, sino toda una nacion, ó, por mejor decir, muchas naciones armadas para el combate, que si no han traido al Rhin, con todos sus hombres, á las mujeres y á los niños, como los Germanos del siglo V, han conducido un material inmenso de víveres, de artillería, de municiones, de hospitales ambulantes, de telégrafos, de puentes. Sin embargo, desde 1866, no sólo debian tener su vista muy fija en estos preparativos las legaciones francesas en Alemania, sino que, para que su vigilancia fuese más eficaz, todas tenian agregados militares con este exclusivo objeto.

La segunda falta, igualmente inconcebible, estuvo en no saber que el ejército frances carecia de la fuerza numérica que, segun los datos oficiales, le correspondia, y que no podia poner enfrente del prusiano sino un soldado para cada dos ó tres enemigos.

La tercera, y acaso la más grave é influyente en los primeros desastres de la guerra, fué creer que, en presencia de cuatrocientos mil soldados mandados por los Príncipes y Generales prusianos, maestros en la estrategia y la táctica, se podia estar cubriendo, durante muchos dias, dos líneas de frontera tan extensas como las de Sierk ó Thionville á Wissemburgo, y desde este punto á Strasburgo: sesenta leguas, ocupadas en toda su extension por pequeños cuerpos de ejército, contra cualquiera de los cuales podia el enemigo acumular, en cualquier momento, fuerzas triples, cuádruples, décuples.

Se imputaban tambien como crímenes al desventurado Ministerio Ollivier otras cosas. En la ansiedad por saber noticias, que tan natural es en todos los ciudadanos de un país en momentos críticos, se habia recibido con vivo disgusto la órden de que los periódicos no hablasen de los movimientos de las tropas; y el descontento llegó al colmo cuando, habiendo detenido el Gobierno algunas horas la comunicacion de los despachos anunciando las derrotas del dia 6, se supieron en Paris por los periódicos de Lóndres.

Convocadas precipitadamente las Cámaras por órden de la Emperatriz Regente, les fueron presentados varios proyectos de ley, para el armamento de toda Francia, y para arbitrar recursos para los gastos de la guerra.

Los proyectos fueron votados por unanimidad y con entusiasmo; pero contra los Ministros los ataques fueron escandalosamente violentos. La izquierda del Cuerpo Legislativo no toleraba ni que hablasen; y se llegó pronto al extremo de lanzarse algunos Diputados sobre el banco ministerial y abofetear á uno de los Ministros. Estos no se defendieron de los cargos; pidieron que, sin perder en discusiones acerca de sus personas y sus actos el tiempo que hacía falta para proveer á la defensa de Francia, se votase si seguian teniendo la confianza del Cuerpo Legislativo. Este se la negó en seguida en votacion ordinaria, y el Ministerio del 2 de Enero, que después de restablecer el régimen parlamentario, habia aspirado á la gloria de restablecer las fronteras nacionales de 1814, fué expulsado del poder por la mayoría parlamentaria por haber traido á su país la ignominia de la invasion extranjera.

Las leyes votadas por el Cuerpo Legislativo y por el Senado, llaman inmediatamente á las filas del ejército á todos los mozos que debian ser sorteados en la quinta de este año, sin distincion de los números que les toquen por suerte, que sólo serán tomados en cuenta después de concluida la guerra: á todos los solteros ó viudos sin hijos, de 25 á 35 años, que no estuviesen ya sirviendo en la Guardia movilizada; y á todos los licenciados de las seis últimas quintas, anteriores á las que tenian hoy sus contingentes en los regimientos. Mandan ingresar en la Guardia movilizada á todos los mozos de 21 á 25 años á quienes no hubiese tocado la suerte de soldados, y á los que habian cambiado de suerte, ó puesto sustitutos; y disponen, que todos los demás ciudadanos de 21 á 50 años, solteros de más de 35, casados ó viudos con hijos, formen la Guardia nacional sedentaria del Distrito municipal en que estén domiciliados desde un año ántes.

A estos preceptos legislativos, segun los que deben tomar sin pérdida de tiempo las armas todos los varones franceses, desde los 20 á los 50 años, sin otra excepcion que la de los inútiles para el servicio por defecto físico, han contestado en todos los puntos de Francia el entusiasmo y el ardor patriótico. Los alistamientos voluntarios se hacen en una escala verdaderamente admirable. Todo el mundo quiere correr á la defensa de la pátria. Las jactancias anteriores, las burlas prematuras, las caricaturas del enemigo, vituperables y con frecuencia pueriles, las ligerezas, las frivolidades, que ahora se recuerdan como un remordimiento, son rescatadas por el sacrificio individual que todos hacen de su sangre y de su fortuna en aras de la

pátria. A los juegos de palabras, los equívocos, las chanzonetas, las manifestaciones alegres de un carácter superficial, suceden los acentos austeros de la noble ira inspirada por el amor del suelo natal, y del decoro y la integridad de la nacion. Se repiten por doquiera hechos dignos de los varones ilustres de Plutarco. Francia el país del *vaudeville*, de la caricatura y del *cancan*, deja de bailar y de reir, y se arroja sobre las armas para salvar, con su territorio, el honor de su historia y el de la raza latina. Que persevere en esos sentimientos; que, si su ejército ha de sufrir nuevos reveses, la guerra popular, de que los Españoles dieron tan insigne ejemplo en la de su Independencia, sea sustituida á los esfuerzos de las tropas regulares; que no consienta en hablar de paz miéntras el extranjero esté armado sobre suelo frances; que se resigne á que la guerra dure tanto como sea necesario para conquistar una paz honrosa; y Francia puede estar segura de que la conquistará.

Desgraciadamente, hay partidos políticos que no quieren desaprovechar la ocasion de pretender el poder para sí. Los radicales y demagogos, que á fuerza de humanitarismo y de cosmopolitismo, dan ménos importancia á la idea de la nacionalidad que al triunfo de sus utopias, han reclamado imperiosamente la peligrosa honra de encargarse de la salvacion de Francia en estos críticos momentos. Recuerdan á todo instante la admirable campaña militar hecha por la Convencion, y dan por supuesto que la forma republicana tiene virtud para unir estrechamente la victoria á las banderas revolucionarias. En lo antiguo se entendia al revés: Roma, cuando se veia amenazada por un extranjero invasor, nombraba un dictador, y le conferia el poder absoluto; ó bien daba la dictadura á sus primeros magistrados ordinarios, decretando el *caveant Consules*. Es verdad que en 1792 la Convencion, con su energía, salvó á Francia; pero lo hizo centralizando el poder, vigorizándolo en la única forma en que entónces era posible, creando la unidad de accion, haciendo, en suma, todo lo contrario de lo que en otras cualesquiera circunstancias, que no sean las especialísimas de entónces, puede hacer el establecimiento de un Gobierno republicano sustituyendo al monárquico. Cuando la Convencion se reunió, la Monarquía estaba derribada; el Rey se hallaba preso en calabozos, de que no habia de salir sino para el cadalso; los Prusianos avanzaban victoriosos por los caminos que recorren ahora; los Príncipes franceses, con lo más granado de la nobleza, del clero, del ejército, conspiraban desde Coblentza contra su pátria,

y mantenian numerosas y estrechas relaciones en la Córte; los Girondinos se preparaban á proclamar el federalismo.

En aquellas críticas circunstancias, la Convencion, sin retroceder ante ningun horror, reconcentró en sus manos el poder para que hubiese unidad de accion en la defensa del territorio, y en la resistencia á la guerra civil, y para oponer enérgicamente la unidad indivisible de la pátria á las doctrinas federales. Pero aquella situacion anómala y singular no puede repetirse. Hoy no hay emigracion de Coblentza, ni realistas sublevados en la Vendée, ni federales; y si hay algo parecido á eso, está en los republicanos. Ni la conspiracion desde el extranjero, ni la guerra civil, ni el federalismo, son procurados por nádie más que por los demagogos. Para vencer á los Alemanes lo que se necesita no es hoy la guillotina levantada en Paris para los ciudadanos franceses, como la levantó en 1793 la Convencion que no tuvo, en realidad, otro instrumento de gobierno que el verdugo: lo que hace falta es buena direccion, estrategia, táctica, disciplina militar, administracion activa y ordenada, hacienda bien conducida, armas, municiones, diplomacia, escasez de discusiones públicas, abstencion absoluta de tumultos en las calles, esmero en evitar todo motivo de division entre los defensores del país.

Caido el Ministerio Ollivier ante las exigencias de la extrema izquierda, la Emperatriz Regente, con el asentimiento del Emperador, encargó la formacion de uno nuevo al General Montauban, Conde de Palikao, que lo formó con diputados de la extrema derecha y del centro derecho. Tres eran los principales motivos alegados por los republicanos, y por los demás miembros de la izquierda para exigir que el Gabinete del 2 de Enero les cediese el poder: primero, que los partidarios del Imperio napoleónico habian comprometido á Francia con sus errores ó sus faltas; segundo, que el Cuerpo Legislativo, representacion directa de Francia, tenia el derecho y el deber de dirigir por sí mismo negocios tan trascendentales como la guerra, convirtiéndose en comité de defensa nacional; y tercero, que era insoportable el silencio impuesto por el Gobierno respecto de los sucesos militares y el monopolio que queria ejercer de las noticias del cuartel general. Pues bien; el Ministerio del Conde de Palikao se compone de representantes de fracciones más imperialistas que las que apoyaban al de Emilio Ollivier; ha empezado exigiendo más confianza en sus actos, y ha llevado más léjos a condicion del silencio en cuanto á los sucesos militares; y sin embargo,

os que echaban á gritos y á bofetadas á los Ministros anteriores, han recibido con respeto y con benevolencia á los nuevos.

Verdad es que, en cambio, la minoría republicana ha dirigido censuras muy fuertes contra el Emperador, á las que no se ha contestado; que ha exigido que deje de ser el generalísimo de los ejercitos, y se ha visto complacida, hasta cierto punto, con el nombramiento del Mariscal Bazaine, para General en jefe del del Rhin, sin que haya, segun las declaraciones de Palikao, ningun mando superior al suyo, ni á parte de él; que ha logrado que en la proclama del General Trochu, encargado de la defensa de Paris, no se hable del Emperador ni de su dinastía; que el Presidente del Consejo evita tambien citar al Monarca, de quien es Ministro, y parece fundar todos sus títulos al poder en el apoyo de la Cámara; y que, por toda estas causas, se habla, como de suceso inmimente, de la caida del Imperio, y de la constitucion de un Gobierno provisional. Sin embargo, hasta los momentos de ser escrito este artículo, al lado del hecho certísimo de que el Gobierno imperial está tan desprestigiado como lo demuestran esos rumores y esos sucesos, no hay hecho alguno en las regiones oficiales que pueda ser considerado como el principio de la revolucion dinástica anunciada. Si el Ministerio y la mayoría del Cuerpo Legislativo no han contestado á la minoría con la energía con que ésta ha atacado, puede consistir en que se crea conveniente no discutir la persona del Emperador, y apartar su responsabilidad de los actuales sucesos.

Entre tanto, pasan los dias, y los Generales franceses detienen al enemigo, ganando el tiempo posible para que se completen los armamentos de Francia. Desde el dia 14 al 18 ha habido combates y batallas repetidas; pero las relaciones telegráficas, en que ámbas partes se atribuyen las victorias, no permiten hasta ahora saber lo que ha pasado. Lo seguro es, que al campamento de Chalons, en que se está concentrando el grueso del ejército frances, han llegado por una parte el Emperador y el Príncipe imperial, atravesando por entre los Prusianos; por otra, el Mariscal Mac-Mahon, cuya popularidad no sólo no ha sido destruida, sino que parece haberse aumentado con los desastres de Wissemburgo y de Woerth, y que ha conducido hasta aquel punto su ejército derrotado, sin que el del Príncipe real de Prusia, su vencedor y cuatro veces más numeroso, le haya molestado, á pesar de haber hecho hasta Nancy el mismo camino; por otra, el General Félix Douay, con el sétimo cuerpo de ejército, que estaba ántes en Bellfort;

y por último, los refuerzos enviados desde Reims, Paris y otros puntos. Las fortificaciones de Paris están ya con su sistema de defensa completo. Todo el mundo conviene en que el General Palikao tiene una actividad admirable para la organizacion de nuevos cuerpos. El Mariscal Bazaine pelea casi diariamente con los ejércitos federales, primero y segundo. Si desde el 14 al 18 se ha propuesto forzar el paso para reunirse con el Emperador y Mac-Mahon, no lo ha logrado; si su objeto ha sido entretener al enemigo miéntras en Chalons se agrupan fuerzas suficientes para la resistencia, y miéntras Paris completa sus fortificaciones, ha conseguido hasta ahora lo que se proponia.

Hay un punto en que las noticias, desgraciadamente, están conformes; en que las pérdidas por ámbas partes son enormes. Alemania dispone nuevas reservas para completar las mermadas filas de los federales. Francia tendrá que redoblar tambien sus esfuerzos. Todas las demás potencias, cada vez más encerradas en la neutralidad, no ven la ocasion de intervenir para hacer algo en favor del restablecimiento de la paz.

Ha comenzado el bombardeo de Strasburgo. Desde esta ciudad y la de Phalsburgo, tambien sitiada por los Alemanes, se han hecho salidas por las guarniciones, habiendo sido muy feliz la de esta última plaza, que logró causar 1.500 muertos á los sitiadores. Se aguardan noticias de las operaciones de la escuadra francesa en el Báltico. Pero los destrozos y horrores de estos puntos apartados son, en su mayor parte, sin resultado. La cuestion se ha de decidir ahora en torno de Metz, y en frente de Chalons; después, en donde la suerte de las armas disponga. El ciego azar de las batallas es en la actualidad el árbitro de la política, y le impondrá sus leyes caprichosas. Quiera Dios que la tempestad pase pronto, que el horizonte se aclare, que la sangre derramada, ya que con espantosa abundancia corre, sea fecunda en frutos de una paz duradera, estable, ajustada á las verdaderas necesidades de los pueblos.

FERNANDO COS-GAYON.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

HISTORIA DE LA MATRÍCULA DE MAR, Y EXÁMEN DE VARIOS SISTEMAS DE RECLUTAMIENTO MARÍTIMO, *por el Capitan de fragata, D. F. Javier de Salas, indivíduo de número de la Academia de la Historia.*—Madrid.—Imprenta de T. Fortanet.—1870.

Este libro no es enteramente nuevo. En 1865 publicó su autor, de órden del Gobierno, una Memoria sobre matrículas, dividida en tres partes. De la primera y segunda, corregidas y aumentadas, se compone la que, tambien de órden superior, ha visto ahora la luz pública.

Es nueva una epístola que á su frente ha puesto el Sr. Salas, en donde con fina ironía combate á los enemigos de las matrículas, y de la cual trasladaríamos aquí, con gusto, vários pasajes; pero contentémonos con el siguiente recuerdo de los resultados que la reforma realizada en 1820 produjo; recuerdo oportuno, á pesar de que en las circunstancias de aquella época y de la actual hay diferencias dignas de ser tomadas en cuenta.

«De 1.622 hombres, convocados en el departamento de Ferrol por decretos de Córtes fechas 14 de Mayo de 1821 y 11 de Noviembre del siguiente, faltaron 1.578, obteniéndose tan sólo 84, que, en vez de utilidad para los buques, eran semillero de toda clase de vicios. De 1.730 llamados en el de Cartagena, faltaron 1.373. Análoga suerte cupo al de Cádiz. La provincia de Canarias no remitió ni uno solo; lo mismo la de Granada; Sevilla uno, en vez de los centenares que le habian correspondido; en Mallorca paseábanse tranquilamente por la capital unos 300 desertores, sin que el Ayuntamiento, á cuyo cargo estaba la matrícula, los persiguiera; en la Ha-

bana veíanse amarrados todos los buques del apostadero por no poder disponerse ni de un solo hombre para dotarlos. Y cuenta, que la totalidad consistia en la corbeta *Céres*, bergantines *Hiena* y *Marte*, goleta *Clarita* y cinco cañoneros; cuya suma de dotaciones no llega á la de una de nuestras actuales fragatas. La corbeta *María Francisca*, destinada á comision urgente y peligrosa del servicio, salió con la tercera parte de su fuerza: la fortuna evitó un combate: de otro modo, ¿qué hubiera sido de la honra del país? Pero al cabo lastimáronla profundamente las vergonzosas y trascendentales sublevaciones del navío *Asia* y bergantin *Aquiles*."

La parte primera de la nueva edicion contiene principalmente las noticias históricas, aumentadas con otras de várias clases, y con reflexiones y comentarios dignos de ser estudiados. La segunda reseña la vida del marinero, y la compara con la del soldado; coteja la matrícula de mar con la quinta; examina el sistema de sorteos para dotar de personal los buques de la Armada; y explica los sistemas de reclutamiento naval seguidos en Inglaterra, Prusia, Italia, Brasil y Francia.

Como apéndice, se inserta la traduccion de un notable artículo sobre estos mismos asuntos, que publicó *la Revue des deux mondes*, y que se atribuye al Príncipe de Joinville.

HISTORIA DE LAS GERMANÍÁS DE VALENCIA Y BREVE RESEÑA DEL LEVANTAMIENTO REPUBLICANO DE 1869, *por Manuel Fernandez Herrero*; precedido de un prólogo, de Roque Bárcia.—Madrid, imprenta de la viuda é hijos de M. Alvarez.—1840.

El título de esta obra bastaria para demostrar que la política ocupa en ella tanto lugar, por lo ménos, como la historia. El prólogo se propone demostrar que el levantamiento republicano en 1869 fué idéntico, en sus tendencias, en su espíritu, en su significacion, al de las Germanías de Valencia; que los federales son los agermanados de ahora, como los agermanados fueron los republicanos federales del siglo XVI. Las semejanzas entre dos sucesos históricos son siempre posibles; pero cuando se cree conveniente señalarlas, es justo indicar al mismo tiempo las desemejanzas. Estas últimas serian probablemente mayores que aquellas, si el cotejo se hiciese con imparcialidad y buen criterio.

A pesar de las referencias hechas de los sucesos de un siglo á los del otro, el relato de la insurreccion de 1869, que ocupa sólo el capítulo 26 del libro, es más bien un apéndice, poco ligado con el resto. Son dos relaciones históricas, entre las que no existe unidad, aunque tengan una paginacion seguida, y estén encerradas ámbas en un solo y pequeño volúmen.

LIBROS EXTRANJEROS.

LETTRES COMPLÉTES D'ABÉLÁRD ET D'HÉLOÏSSE, *texte latin soigneusement revu; traduction nouvelle, précédée d'une étude philosophique et littéraire*, par M. Gréard, inspecteur de l'Académie de Paris.—Librairie Garnier frères.

Las cartas de Abelardo y Heloisa no son conocidas sino por traducciones infieles. Aun el mismo original latino no es completamente digno de fé; acaso se demuestre algun dia que, en la forma en que ha llegado hasta nosotros, no conserva la que primeramente le dieron sus autores. M. Gréard ha procurado, segun todas las noticias hasta hoy disponibles, corregir cuidadosamente el texto, y traducirlo con fidelidad.

De la autora y heroina de las *Cartas* dice así: «La sencillez en el heroismo es la más rara de las perfecciones; por eso no es, de ordinario, bien comprendida. Los diferentes traductores de las Cartas de Abelardo y Heloisa han entendido á su manera, é interpretado á gusto de las preocupaciones y de las pasiones de su siglo respectivo aquel sacrificio sublime. El autor de *la Novela de la Rosa*, y Villon, en su balada, inspirándose en sus resentimientos contra la vida monacal de la Edad Media, prestan á la desesperacion de Heloisa un sabor de despecho irónico. Entre las manos de Bussy-Rabutin y de sus imitadores, Heloisa se convierte en una especie de Longueville arrepentida, lanzada en el convento por el remordimienio de sus faltas. El siglo XVIII hace de ella una religiosa disgustada y rebelde. En nuestros dias, bajo la influencia de Werther, de René, de Obermann, se ha extrañado que no prefiriese buscar en la muerte el remedio y el fin de sus sufrimientos. Y no se ha comprendido que no habia lugar en su alma, ni para el despecho, ni para el arrepentimiento, ni para una resolucion personal cualquiera. Fa-

milia, honor, religion, Heloisa lo inmoló todo á Abelardo; aniquiló su voluntad en la de su amado; no se reservó nada para sí, nada más que el derecho de ser toda para él. Los arranques generosos y las piadosas ternuras que una instruccion de una profundidad y de una extension, poco comunes en su siglo, habian desarrollado en su alma, se convirtió de repente en un sentimiento único. Ama á Abelardo, ama á la criatura como los grandes santos aman á Dios, con un amor absoluto, infinito. En el momento de tomar el velo, el único pensamiento que la hubiera llenado de dolor, y, segun ella misma añade, de vergüenza, habria sido que Abelardo pudiese sospechar la espontaneidad de su sacrificio. "Dios sabe, dice Heloisa, que, por una sola palabra tuya, te habria, sin vacilar, precedido ó seguido á los abismos inflamados de los siglos; porque mi corazon no estaba ya conmigo, sino contigo y en tí. Y, en efecto, ¿no habia aceptado la más cruel de todas las muertes, el olvido?"

Tipografía de GREGORIO ESTRADA, *Hiedra*, 7, Madrid

ÍNDICE DE LOS ARTÍCULOS DEL TOMO XV.

Núm. 57.

Págs.

Castello Branco, por D. Antonio Romero Ortiz..... 5
Novelistas contemporáneos de la Gran Bretaña, por D. Emilio Huelin..... 36
Las generaciones artísticas de la ciudad de Toledo (continuacion), por D. B. Perez Galdós..... 62
La crísis de España, por D. Cárlos Navarro y Rodrigo..... 94
Una temporada en el más bello de los planetas (continuacion), por D. Tirso Aguimana de Veca..... 122
Revista política interior, por D. J. L. Albareda..... 142
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 152
Noticias literarias.—*Observaciones sobre la novela contemporánea en España.—Proverbios ejemplares y Proverbios cómicos, de D. Ventura Ruiz Aguilera,* por D. B. Perez Galdós..... 162
Boletin bibliográfico..... 173

Núm. 58.

Leyendas del antiguo Oriente, por D. Juan Valera..... 177
El hombre pre-histórico, por D. Recaredo de Garay y Anduaga... 195
Estado general de Inglaterra en el siglo XVII, por D. Isidoro Gutierrez de Castro..... 223
Las Bibliotecas, por D. José de la Cuesta y Crespo..... 242
El Licenciado Pedro de La-Gasca, por D. Cárlos Ramirez de Arellano..... 252
Una temporada en el más bello de los planetas (continuacion), por D. Tirso Aguimana de Veca..... 266
Revista política interior, por D. J. L. Albareda..... 294
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 301
Noticias literarias.—*Discursos leidos en la Academia de la Historia en la recepcion pública de D. José Godoy Alcántara*, por D. Fernando Cos-Gayon..... 310
Estudio histórico.—*Orígen y fundamento de la Universidad de Salamanca,* por D. Domingo Doncel y Orgaz..... 323
Boletin bibliográfico..... 330

Núm. 59.

Págs.

El comercio de América y los Filibusteros, por D. Joaquin Maldonado Macanáz..... 337
Estado general de Inglaterra en el siglo XVII (continuacion), por D. Isidoro Gutierrez de Castro..... 362
Los Evangelios Apócrifos, por D. Francisco Caminero..... 379
Apuntes para un estudio filosófico del derecho de familia, por don Luis Miralles..... 406
De la capacidad política en los sistemas representativos, por D. José Leopoldo Feu..... 419
Filósofos españoles.—Juan Huarte, por D. Octavio Marticorena.. 434
Una temporada en el más bello de los planetas (continuacion), por D. Tirso Aguimana de Veca..... 444
Revista política interior, por D. G. Nuñez de Arce..... 472
Revista política exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 480
Boletin bibliográfico..... 494

Núm. 60.

La guerra, por D. Fernando Cos-Gayon..... 497
Estado general de Inglaterra en el siglo XVII (continuacion), por D. Isidoro Gutierrez de Castro..... 521
El Catolicismo y la Filosofía alemana, por D. Nicomedes Martin Mateos..... 541
Recuerdos de viaje.—Apuntes para la descripcion é historia de Galicia, por D. Fernando Fulgosio..... 557
De la capacidad política en los sistemas representativos (continuacion), por D. José Leopoldo Feu..... 585
Ruinas del castillo de Tudela, por D. Luciano Carcía del Real.... 604
Una temporada en el más bello de los planetas (continuacion), por D. Tirso Aguimana de Veca..... 616
Revista política interior, por D. J. L. Albareda..... 633
Idem id. exterior, por D. F. Cos-Gayon..... 641
Boletin bibliográfico..... 651

AP
60
R4
t.15

Revista de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY